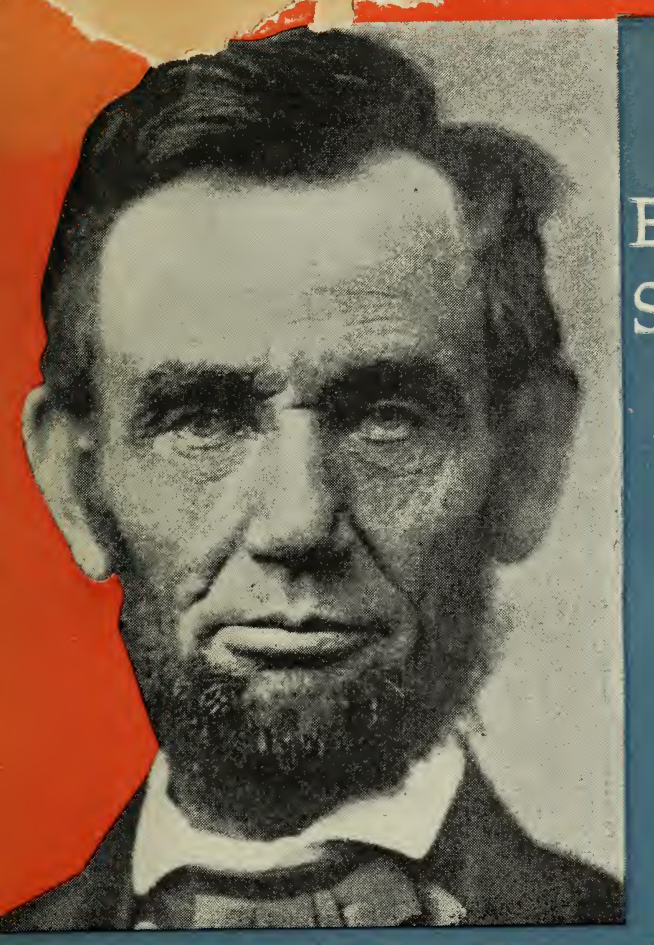


EMETERIO
S. SANTOVENIA

LINCOLN

EDITORIAL AMERICALEE / BUENOS AIRES

Un cubano ilustre en las letras y en la vida política de su país, Emeterio S. Santovenia, ha tomado la personalidad extraordinaria de Abraham Lincoln, el honrado Abe, aquel rudo leñador, abogado y presidente de los Estados Unidos que proclamó la abolición de la esclavitud de la raza negra y se encontró en el centro de uno de los conflictos internos más graves de la historia de la gran república, la guerra de secesión. El gigante de las praderas, sin maldad para nadie, con caridad para todos, supo imponer respeto hasta en las filas de sus adversarios por la grandeza moral de todos sus actos y la generosidad de sus pensamientos. Oraciones suyas como la de Gettysburg han entrado en la historia como páginas insuperables y como testamento eterno.

Raramente se estremeció el mundo tanto ante una tragedia como cuando trascendió la noticia de que el gran presidente de los Estados Unidos había sido asesinado por un fanático. Su muerte y la muerte de F. D. Roosevelt en nuestros días han sido acontecimientos de repercusión universal como muy pocos otros.

Santovenia ha tomado la vida del libertador de esclavos con celo, con escrupulosidad y con verdadero cariño. Su trabajo, que tiene además el mérito de haber ilustrado de manera insuperable la posición panamericana de Lincoln, de respeto inviolable por las otras repúblicas del continente entra en la categoría de las obras clásicas y definitivas sobre un tema. Nada de lo publicado hasta aquí en lengua castellana, con haberse publicado mucho, iguala a estas páginas rigurosamente históricas y exaltadamente humanas sobre el honrado Abe.

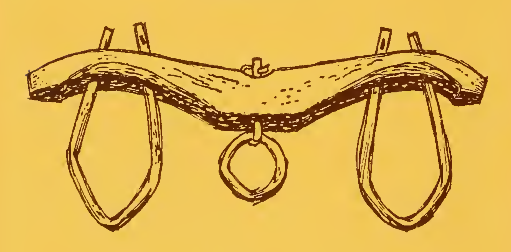
Precio $ 10.—

E. S. SANTOVENIA

L I N C O L N

LINCOLN ROOM

UNIVERSITY OF ILLINOIS
LIBRARY



MEMORIAL

the Class of 1901

founded by

HARLAN HOYT HORNER

and

HENRIETTA CALHOUN HORNER







EMETERIO S. SANTOVENIA

LINCOLN

EDITORIAL AMERICALEE
Buenos Aires

Queda hecho el depósito que
previene la ley número 11.723

Copyright by Editorial Américalee
Buenos Aires, 1948

PRINTED IN ARGENTINA

Acabóse de imprimir el 20 de junio de 1948
En los Talleres Gráficos AMERICALEE
Tucumán 353 Buenos Aires

973.7L63
BSa 54li

Lincoln
Room

PREFACIO

En el curso de quince años he venido realizando las investigaciones y las tareas que culminan en el presente libro. He estudiado la vida y la obra de Abraham Lincoln poniendo especial atención en su proyección sobre la América latina. He querido hacer luz en torno a sus actividades y frente a las cuales no se detuvieron otros analizadores de la existencia del prohombre.

Para componer este libro he consultado y utilizado papeles que constituyen preciosas fuentes históricas de los Estados Unidos de América: ni más ni menos que lo que puede y debe hacer cualquier compatriota de Lincoln deseoso de reconstruir e interpretar su pensamiento y su acción. También he utilizado manuscritos e impresos de otra procedencia: aquellos de los que he extraído parte de lo que hay de real novedad en las páginas que siguen. He indagado desde México hasta la Argentina y desde las islas del Caribe hasta las repúblicas del Pacífico, a lo largo y a lo ancho de la América latina. No quiero decir que en la América latina he encontrado lo esencial para llegar a un conocimiento mejor de lo que Lincoln pensó e hizo en relación con los países vecinos al suyo. Ni pretendo ocultar que en su patria se hallan los manuscritos e impresos que contienen las más indelebles huellas de su paso por la Tierra. Así y todo, escritos de la América latina respecto de Lincoln, provenientes de contemporáneos suyos, contribuyen a esclarecer la índole de sus ideas y procederes.

El uso de las fuentes en idioma inglés conjuntamente con las existentes en otras lenguas, de modo principal la española —la que se habla en la mayor parte de la América latina—, me ha permitido llegar a conocimientos más amplios y cabales que los que habría logrado si hubiese limitado mis consultas a las primeras de tales fuentes. Un ejemplo puede ilustrar mi aserto. Naturalmente, son esenciales e indispensables los documentos diplomáticos conservados en los archivos de la ciudad

de Wáshington, los escritos políticos de la época de la Guerra de Secesión, los papeles de Lincoln coleccionados por John G. Nicolay, John Hay y Paul M. Angle y las obras debidas a historiógrafos tan eminentes como Carl Sandburg, James Morton Callahan, Jay Monaghan y J. C. Randall. Pero la correspondencia de la Legación de México en los Estados Unidos ordenada por Matías Romero, el representante del gobierno de Juárez cerca del de Lincoln, constituye un precioso complemento de todo eso para llegar a una exacta información sobre las ideas y los actos del propio Lincoln en el tratamiento de los graves problemas internacionales creados por la intervención de Europa en asuntos e intereses fundamentales de América.

No parece aconsejable limitarse al estudio de lo estrictamente personal en la vida de un hombre que trabajó entre muchos, y que estuvo a la cabeza de un pueblo, y que tocó cuestiones precedidas de grandes hechos, si se quiere penetrar en el sentido de su obra. Para aquilatar el sentido de lo que Lincoln hizo o dejó de hacer en cuanto a la América latina, cuya suerte tanta importancia ha tenido siempre para los Estados Unidos, he considerado conveniente recordar cómo se iniciaron, cómo progresaron y cómo se enturbiaron las relaciones entre las repúblicas del Hemisferio Occidental antes del advenimiento del abogado de Springfield a la Casa Blanca. Asimismo he juzgado procedente señalar la reacción de la América latina ante la política de Lincoln, reacción exhibida por diversos conductos, entre los cuales el constituído por la prensa periódica no es el de menor trascendencia.

Con el examen de la conducta de Lincoln en las relaciones de los Estados Unidos con el resto de América no he pretendido recoger pruebas en corroboración de determinada tesis: he pretendido contribuir al esclarecimiento, cualquiera que fuese su resultado, de puntos históricos de entidad. He aquí algunos de ellos:

1. Posición de Lincoln frente al fenómeno de la expansión territorial de los Estados Unidos de América en conexión con la esclavitud de la raza negra y la integridad y seguridad de otros países del Hemisferio Occidental.

2. Actitud de Lincoln ante la imposibilidad de conjurar la amenaza de secesión del Sur con medidas comprometedoras de la integridad territorial y la soberanía internacional de países latinoamericanos.

3. Normas y decisiones internacionales de Lincoln en

una situación gobernante en que participaba William H. Seward.

4. Forma en que Lincoln llevó la dirección de las relaciones exteriores a la Unión y particularmente las interamericanas.

5. Miras y determinaciones de Lincoln respecto de la convivencia y la solidaridad hemisféricas.

6. Definición lincolniana de la amistad entre las naciones de la vecindad americana.

7. Política de Lincoln en relación con la Doctrina de Monroe.

8. Ideas y posturas de Lincoln en el caso de México, campo de ensayo y acción de la intervención y expansión monárquica de Europa en América.

9. Dimensiones de la proyección de Lincoln en la América latina.

Sobre los enumerados puntos y otros de análoga importancia se leerán en este libro noticias, no hipótesis. Por la significación que entrañan muchos de los datos exhibidos, he optado por emplear abundantes referencias bibliográficas. No he acudido a ellas cuando el texto se refiere a hechos expuestos en la generalidad de las biografías de Lincoln. En cambio, por medio de notas llamo la atención hacia los archivos, libros, folletos y periódicos constitutivos de las fuentes que deparan autoridad a mi relato, que me he afanado en ajustar a la verdad histórica.

La mayor parte de las fuentes de la presente obra no comprende los nombres de todas las personas a quienes debo gratitud por la ayuda que, ya en una forma, ya en otra, me han prestado a lo largo de tres lustros en mi empeño de escribir este libro y darlo a la imprenta. Estoy obligado a mencionar con agradecimiento, y muy gustosamente lo hago, a Colón Eloy Alfaro, Olmedo Alfaro Puig, Francisco de Arce, José T. Barón, Samuel Flagg Bemis, Mariano Brull, Néstor Carbonell, Pedro Corpión, Octavio R. Costa, James B. Childs, Laurence Duggan, Alberto Espinosa, José Antonio Fernández de Castro, Enrique de Gandía, Carlos García Urquiza, José Gorostiaga, Mariano D. Grassi, Gonzalo Güell, Ramiro Hernández Portela, Enrique Herrera, Julián Martínez Castells, Horacio A. Martínez Franque, Josefina Mayol, Rafael Nieto, Joaquín Pardo, Fermín Peraza, Enrique Pizzi de Porras, Carolina Poncet, Herminio Portell Vilá, Pablo Prida, Miguel A. Ramos, Julio Le Riverend, Emilio Rodríguez Demorizi, Pedro

Saavedra, Enrique D. Tovar y Sumner Welles. El Jefe de la División de Archivos del Departamento de Estado de los Estados Unidos de América, Roscoe R. Hill, y el Director del Archivo Nacional de Cuba, Joaquín Llaverías, me han favorecido con sus conocimientos y bondades. Mi esposa, Zoila Montesimos, ha participado con amor y asiduidad en la labor requerida para componer las páginas que siguen.

Siempre se conserva grato recuerdo de los fondos de papeles impresos que suelen dejar satisfecho el espíritu de investigación histórica. Tal es la memoria que guardo de los establecimientos de cultura donde mi avidez fué calmada cuando a ellos acudí en demanda de datos para confeccionar la presente obra. Séame lícito dejar aquí mención de la Biblioteca Pública de Nueva York, de la Biblioteca del Congreso de Wáshington y de la Biblioteca de la Sociedad Económica de Amigos del País de La Habana.

Henry Steele Commager ha escrito que la literatura sobre Lincoln es tan voluminosa que resulta difícil exponer algo que no haya sido dicho ya, o emitir cualquier crítica que no haya sido ya gastada por la controversia, o sugerir una interpretación que no haya sido ya expresada. Bruce Barton ha afirmado que cada año, con nuevas obras sobre Lincoln, se pone de relieve un aspecto distinto de su carácter. Ambos autores han hablado el lenguaje de la verdad. He compuesto este libro sin olvidar que no es fácil hacer descubrimientos al estudiar a Lincoln y examinar su actividad creadora. Pero pienso que no ha sido baldío mi empeño de clarificar su política latinoamericana, apenas aludida en los millones de páginas impresas acerca de su vida y sus afanes.

Por haber ocupado el ámbito nacional en uno de los períodos más azarosos de la vida de los Estados Unidos, la personalidad de Lincoln ha sido estudiada especial y reiteradamente como una de las primeras de su país. ¿Cuál es su lugar en el resto de América o, para hablar con mayor propiedad, en el seno de toda América? ¿Trabajó Lincoln solamente para su pueblo? ¿Pensó en la suerte de las tierras vecinas a su patria? ¿Qué concepto tuvo de la amistad interamericana? ¿Puso atención en la mejora del hombre a través del espacio y del tiempo? Adecuadas respuestas a tales preguntas pueden encontrarse en las páginas que van a continuación de estas líneas.

Cigarral de Turibacoa,
La Habana, año de 1947.

Capítulo Primero

KENTUCKY E INDIANA

I am not ashamed to confess that twenty-five years ago I was a hired laborer, mauling rails, at work on a flatboat— just what might happen to any poor man's son.

ABRAHAM LINCOLN

1

El paisaje era triste. Arboles y arbustos cubrían parte del suelo. La monotonía de la floresta causaba desaliento en la vida animal. La influencia del páramo pesaba sobre hombres y cosas. El pedazo de tierra de esta manera vestido por la Naturaleza formaba parte del condado de Hardin, en Kentucky, en los Estados Unidos de América.

El país no vivía en absoluta paz. Los indios querían hacer valer sus derechos sobre las tierras no tocadas aún por el arado de los blancos. Los lobos aullaban por la noche. Los osos infestaban la floresta virgen. Hombres y fieras se disputaban el señorío de una tierra que no pagaba con mucha largueza el afán de quienes la labraban.

Era tiempo de invierno. El frío se ensañaba en la gente humilde. Niños y ancianos y mujeres y hombres sufrían. La inclemencia de la estación dificultaba la producción agrícola. La penuria castigaba a los que pretendían obtener del suelo, directa o indirectamente, los medios indispensables para subsistir. Era tiempo de invierno aquel en que en una cabaña del condado de Hardin, en Kentucky, Nancy Hanks, mujer de Thomas Lincoln, esperaba dar a luz un hijo.

La cabaña de Thomas Lincoln, en el condado de Hardin, no se diferenciaba de las demás casas de vivienda levantadas por los labradores de Kentucky. El propio Thomas Lincoln la había construído, en un terreno suyo, con troncos sacados en los bosques del lugar. Tenía un cuarto, una puerta y una

ventana. Bajo su techo era posible pasar una tempestad mejor que al aire libre. Pero de los rigores del frío no podía escaparse por el mero hecho de meterse entre aquellas toscas paredes, más parecidas a las de un rústico corral que a las de una humana habitación.

El 12 de febrero de 1809, desde la cama en que acababa de alumbrar, Nancy Hanks dijo que el recién nacido se llamaría Abraham, como su abuelo paterno: Abraham Lincoln. Thomas Lincoln se sintió feliz con el advenimiento de su hijo. Su mujer, madre desde hacía dos años de una niña, Sarah, aumentaba la prole con un varón, y era ella misma quien decidía que llevase el nombre de Abraham Lincoln.

Abraham Lincoln, nacido el 12 de febrero de 1809, era nieto de un nieto de Samuel Lincoln, venido de Inglaterra a Massachusetts hacía un siglo y tres cuartos de otro aproximadamente. El abuelo europeo había creado familia en América. El abuelo americano, el abuelo Abraham Lincoln, se había establecido en Kentucky, procedente de Virginia, con su mujer y sus hijos Mordecai, Josiah y Thomas. Con él, Thomas Lincoln se hizo agricultor. Bajo la protección de él, Thomas Lincoln aprendió el oficio de carpintero. Se hallaba él trabajando en el campo con Thomas Lincoln cuando cayó muerto al sonar un tiro disparado por un indio pintado con vivos colores. Tierras heredó Thomas Lincoln de su padre.

Thomas Lincoln era propietario de setecientos acres de tierra en el momento de nacer su hijo Abraham. Cultivaba su predio. Empleaba también sus manos en trabajos de carpintería. Tenía voluntad enérgica. Buscaba siempre una vida mejor y más fácil para él y para los suyos. No bebía. No blasfemaba. Su rostro reflejaba la fortaleza de un espíritu habituado a luchar contra la adversidad.

Nancy Hanks tenía numerosos deudos, a los que Thomas Lincoln, presuroso, fué el 12 de febrero de 1809 a dar la alegre nueva de que acaba de nacerle un hijo. A uno de esos parientes expresó ella, desde la cama, aquella determinación suya de que el nuevo fruto de sus entrañas se llamase Abraham, Abraham Lincoln, como el abuelo paterno. Se veía clara la existencia de cordiales y afectuosas relaciones de Thomas Lincoln y Nancy Hanks con sus respectivos parientes por afinidad, sin excluir los desaparecidos. La mujer de Thomas Lincoln quiso alargar la memoria de su suegro, respetada y amada en su casa, poniendo el nombre de Abraham al niño por ella dado a luz, en un frío día del invierno de 1809, en la humilde cabaña del condado de Hardin, en Kentucky.

En 1810, un año después del nacimiento de Abraham Lincoln, los gobernantes de los Estados Unidos advirtieron la proximidad de una crisis que podía cambiar fundamentalmente la situación de la América española y extinguir sus nexos coloniales con Europa. La posición geográfica de la Unión y otras consideraciones obvias llevaban a ésta a ver un interés íntimo en todo lo que era capaz de afectar los destinos de la parte hispánica del Hemisferio Occidental. Convenía mantener la atención puesta en tan importante materia y adoptar cuantas medidas fuesen compatibles con el carácter neutral y la política honrada de la Nación. Los Estados Unidos deseaban exhibir la más sincera buena voluntad hacia los pueblos de la América española, por ser vecinos suyos y por alentar la Unión el anhelo de cultivar relaciones amistosas con ellos, cualesquiera que fuesen sus nexos con Europa o su organización interna. En caso de ocurrir la separación política de la Metrópoli, en adviniendo un sistema de gobierno independiente, el de Wáshington encontraría de acuerdo con sus sentimientos y conducta promover un intercambio entre los habitantes de este hemisferio [1].

El niño Abraham Lincoln empezaba a articular algunas palabras cuando el gobierno de los Estados Unidos consideró que no podía continuar haciendo el papel de espectador indiferente de la tendencia de las colonias de España en América a cambiar su régimen político [2]. La evidente disposición de casi todas las provincias hispanoamericanas a separarse de Europa y constituírse en estados independientes despertaba enorme interés en Wáshington [3]. En Wáshington se miraba con simpatía la insurrección que se estaba desarrollando en América del Sur [4]. Los contactos entre los Estados Unidos y los pueblos vecinos que adquirían personalidad propia se iniciaron sin mayor dilación. Ya se tenía por cierto y seguro el

[1] WILLIAM R. MANNING, *Diplomatic Correspondence of the United States concerning the independence of the Latin-American Nations*, New York, 1925, vol. I, pp. 6-7: Robert Smith, Secretary of State, to Joel Robert Poinsett, appointed Special Agent of the United States to South America, June 28, 1810.

[2] *Ibid.*, p. 8: Robert Smith to John Armstrong, United States minister to France, November 2, 1810.

[3] *Ibid.*, p. 11: James Monroe, Secretary of State, to Joel Robert Poinsett, United States Consul General at Buenos Aires, April 30, 1911.

[4] *Ibid.*, p. 12: James Monroe to John Quincy Adams, United States Minister to Russia, November 23, 1811.

triunfo de los países resueltos a propulsar su independencia.

Thomas Lincoln llegó a comprender que el lugar donde habían nacido sus hijos no satisfacía sus deseos de mejora ni correspondía al esfuerzo de sus brazos. Así, en el año 1811 se trasladó con los suyos a Knob Creek, donde adquirió una finca de doscientos treinta acres. La nueva casa no aventajaba a la dejada atrás: una cabaña de troncos, con una puerta al frente y una pequeña cerca de madera. Junto a esta vivienda crecían algunas plantas silvestres. En Knob Creek empezó Abraham Lincoln a recibir instrucción. En el otoño de 1815 él y su hermana fueron enviados a una escuela primaria sostenida por Zachariah Riney a dos millas de la vivienda de ellos. El pobrísimo local del colegio estaba fabricado con pedazos de tablas. Poco más que el abecé era lo que allí se enseñaba.

La suerte de Thomas Lincon no cambió en Knob Creek. Y él quiso encontrar la mudanza en otro paraje. Supo que en Indiana se vendía tierra de cultivo a bajo precio. En diciembre de 1816 reunió sus pertenencias, las puso en un carro, montó en éste con su familia y abandonó a Kentucky. Se internó en Indiana, el Estado que acababa de ser agregado a la Unión. En su floresta, poblada de osos y otros animales salvajes, se detuvo. Las primeras semanas fueron tormentosas. Thomas Lincoln, su mujer, sus dos hijos y un viejo matrimonio sufrieron terribles penalidades: pasaron aquel invierno apiñados en una choza descubierta por un lado, con un pequeño fogón para cocinar y calentarse. Al fin, él levantó en Pigeon Creek, en el condado de Perry, una casa, casi tan mala como las cabañas que había ocupado en Kentucky: tenía una chimenea revestida de arcilla, pero carecía de cuartos y tabiques y su piso era de tierra sin apisonar. Abraham Lincoln llevaba entonces pantalones de piel de venado y zapatos confeccionados en el hogar. No obstante su corta edad, ya ayudaba a su padre en el laboreo del suelo y del bosque.

El interés y la simpatía de los Estados Unidos por las colonias hispanoamericanas que trabajaban por su independencia se manifestaron con la cautela aconsejada por el hecho de hallarse la Unión en paz con España. La neutralidad observada por el gobierno de Wáshington respondió a la consideración de que se encontraba frente a una guerra civil. Pero esta conclusión no enervó el anhelo de que los pueblos que mantenían la insurrección adelantasen su bienestar. Los Estados Unidos seguían cultivando relaciones con España en tierras y aguas de América mientras la Metrópoli conservaba

su autoridad en ellas. Cuando tal autoridad era abrogada, con el consiguiente establecimiento de un régimen independiente, la seguridad de los derechos de la Unión daba paso a la amistad con el nuevo orden de cosas [5].

La infancia de Abraham Lincoln y la infancia de los países de la América hispana que advenían a la independencia avanzaban trabajosamente por las líneas paralelas, en la misma época y con idénticas dificultades. Lincoln conocía lo que era vivir en condiciones inferiores a las de las tiendas de pieles de los indios. Los territorios que se emancipaban de España carecían de adecuada y eficaz administración pública, se agitaban en medio de las rivalidades de los nuevos hombres de gobierno y soportaban las ambiciones de los caudillos de baja laya.

El infortunio de Lincoln no consistió solamente en las apreturas de su existencia, que tan extremas eran. En 1818 el condado de Perry fué visitado por una terrible epidemia. El mal de leche hizo estragos irreparables. Nancy Hanks se contagió, cayó en cama y murió de fiebre maligna. La modesta casa de Thomas Lincoln se llenó de tristeza. La pequeña Sarah tenía pue cuidar a su hermanito, cocinar para su padre y para ellos y realizar los demás menesteres domésticos. Abraham comenzó a sentir los efectos del desamparo producido por la ausencia de la madre.

3

La azarosa vida de Abraham Lincoln, por la misma insignificancia de él, distaba mucho de merecer atención análoga a la prestada por los Estados Unidos al desarrollo político-social del resto de América. Lincoln, a lo sumo, era una esperanza de ciudadano: una, no más, entre los millones de débiles esperanzas constituídas por los niños que la Unión tenía entonces. En cambio, la América latina se presentaba a los ojos de James Monroe y sus colaboradores como un fenómeno digno de constante y escrupulosa observación.

Los tropiezos y ajes inherentes al período formativo de las nuevas naciones no desviaron a los Estados Unidos de su interés hacia los países del Sur. La indagación dirigida a cono-

[5] *Ibid.*, pp. 42-43: Richard Rush, Secretary of State ad interin, to Caesar A. Rodney and John Graham, Special Commissioners of the United State to South America, July 18, 1817.

cer los modos de vivir y proceder de estos pueblos era paso previo a medidas de mayor trascendencia. Ningún gobierno revolucionario se hallaba reconocido formalmente por el de Wáshington al cabo de una ya larga y extenuante lucha. Pero se esperaba, y con ansiedad, que cualquiera de ellos diese pruebas de tener lograda su estabilidad para iniciar su admisión de derecho en la comunidad internacional [6]. Por otra parte, habiéndose apuntado la posibilidad de una mediación de las grandes potencias entre España y sus colonias insurrectas, los Estados Unidos no ocultaron su actitud contraria a participar en ese empeño si el objetivo buscado era adverso a la total independencia política y comercial de la América del Sur [7]. Los legados de la Unión en la Gran Bretaña, Francia y Rusia fueron instruídos para que averiguasen de qué manera mirarían estas monarquías el reconocimiento de la emancipación de las colonias hispanoamericanas por los Estados Unidos.

La política que el gobierno de los Estados Unidos quería desarrollar respecto de los pueblos del resto de América que advenían a la independencia se basaba en el propósito de preservar las instituciones bajo las cuales la Unión crecía en poder y prestigio. La recomendación de George Wáshington enderezada a mantener con las naciones extranjeras únicamente relaciones comerciales no era olvidada. Los Estados Unidos deseaban la consolidación de los países que en el Hemisferio Occidental se emancipaban de España al calor de principios republicanos y democráticos. Estos principios se asemejaban a los expresados en el mas célebre de los documentos escritos por Thomas Jefferson. En cambio, cualquier influencia de las monárquicas potencias de Europa en América representaba una amenaza para la conservación y prosperidad de aquellas doctrinas, dignas de ser tenidas por patrimonio de toda América.

Los Estados Unidos no pretendían intervenir en la cruenta lucha existente entre España y sus antiguas colonias. Observaban el conflicto con inquietud. Les importaba mucho la forma en que terminase. No les agradaba la posibilidad de que una mediación internacional frustrase o postergara el designio emancipador de los pueblos armados contra la metró-

[6] *Ibid.*, p. 61: John Quincy Adams, Secretary of State, to George W. Erving, United States Minister to Spain, April 20, 1818.

[7] *Ibid.*, p. 65: John Quincy Adams to Albert Gallatin, United States Minister to France, May 19, 1818.

poli. Su aspiración consistía en que América fuese asiento de una comunidad de repúblicas.

4

Thomas Lincoln sufría en su corazón la orfandad materna de sus hijos. Reflexionaba sobre la necesidad de buscar remedio a tamaña desgracia. Concebía proyectos. Esperaba cada nuevo día la solución necesaria para poner fin a su duelo y quebranto. Recordó que conocía y hasta había amado a Sarah Bush, desde hacía tres años viuda de Daniel Johnston. Sarah Bush vivía en Elizabethtown, en Kentucky. Thomas Lincoln recorrió a caballo el largo camino de su casa a la de Sarah Bush bajo el frío del mes de diciembre de 1819. Sin embozo le habló: ambos eran antiguos amigos, habían quedado en la viudez, tenían hijos y podían casarse y tomar la ruta de Indiana. En la mañana del día siguiente el pastor metodista de Elizabethtown los unió en matrimonio. Inmediatamente después el marido, la mujer y la prole de ésta —John, Sarah y Matilda—, con el ajuar de la desposada, montaron en el carro tirado por caballos que Thomas Lincoln había conseguido.

El viaje desde Kentucky hasta Indiana fué realizado afrontando el aire cortante, la gruesa costra de nieve y el medio helado río Ohio, atravesado en una balsa. Cuando los recién casados llegaron a la granja de Pigeon Creek, al cabo de cinco días de andar, por la puerta de la cabaña salió corriendo un niño extremadamente flaco, que llevaba una camisa hecha jirones y unos pantalones de gamuza rotos por todas partes. Sarah Bush no reparó tanto en aquellos andrajos como en la mirada de quien los exhibía: una mirada, la mirada de Abraham Lincoln, que ella no hubiese acertado a describir con palabras.

La nueva madre de Abraham Lincoln, al bajarse del carro que la conducía desde Elizabethtown, se acercó al desharrapado pequeñuelo, lo estrechó entre sus brazos y le advirtió que él y ella serían buenos amigos. El abandono en que yacía Abe Lincoln, como Sarah Bush lo llamó en seguida, formaba parte del tétrico cuadro que ante su vista tenía aquella mujer, que hasta entonces había vivido con cierta holgura. El interior de la cabaña que la segunda esposa de Thomas Lincoln encontró en el condado de Perry era un exponente cabal de miseria: un camastro de tablas montadas sobre groseras patas, un jergón relleno con pajas de maíz, unas pieles

de ciervo astrosas haciendo las veces de ropa de cama, unas prendas de vestir inservibles, unos escabeles de tres patas, una mesa de tablón desbastado con el hacha por la cara de arriba, una hornilla holandesa, un caldero resquebrajado y un par de cucharas de hierro. Abe Lincoln dormía sobre un montón de hojas en el desván, al que subía por unos tarugos fijos en la pared.

La madrastra se dió prisa en pedir leña a Thomas Lincoln para hervir agua. Con el agua hervida y el jabón que llevaba en un pellejo, sin alejarse de la lumbre, se alzó las mangas y acometió la tarea de asear a Sarah y Abraham. Algunos minutos después los dejó lustrosos y peinados. Así fué como Sarah Bush tomó el gobierno de su nueva vivienda y acometió la obra de transformarla. Al cabo de quince días todo había cambiado allí. El propio Thomas Lincoln no era ya un hombre negligente en el orden doméstico: el carpintero ayudaba con su industria a reconstruir la casa. Y su hijo fué vestido de tal manera —camisa nueva, bragas a la medida y mocasines y gorro de piel— que, colocado frente a un espejo, se preguntó, con alegre estupefacción, si era realmente suya la imagen que contemplaba.

Sarah Bush se abrió paso en el corazón de Abe Lincoln. Casi insensiblemente, con el gran poder que le daba su inclinación a querer a sus hijastros no menos que a sus hijos, ella se ganó el cariño y el respeto de los huérfanos de Nancy Hanks. Abe Lincoln empezó a obedecer y amar a la nueva madre. De otra manera no hubiera podido pagar él justamente lo que iba debiéndole por su tierna solicitud.

La compenetración de Abe Lincoln con Sarah Bush se acendró en poco tiempo. Un día la esposa de Thomas Lincoln sorprendió a su hijastro mirándola fijamente, con extraordinaria serenidad, mientras ella preparaba tortas de maíz. ¿Qué meditaba él? ¿Cómo podía expresar la idea que lo dominaba en aquel instante? De pronto, listo ya para salir a escape por la puerta inmediata, dijo que durante toda su vida preferiría las tortas de maíz. El elogio de lo que era simple hechura de las manos de la buena mujer envolvía una actitud conmovedora del pequeño. Ya Sarah Bush gozaba porque Abe Lincoln no le dirigía una palabra áspera ni una mirada dura y porque los pensamientos de los dos marchaban completamente de acuerdo.

La falta de instrucción de Sarah Bush era notoria: no sabía escribir y solía poner una cruz donde debía firmar. Sin embargo, ella se deleitaba cuidando de que Abe Lincoln

estudiase y oyéndole contar lo que él aprendía. Sólo un año llevaba Sarah Bush en su nuevo estado civil cuando Abe Lincoln era un adolescente crecido y fuerte, que con facilidad manejaba un hacha y caminaba cada día ocho millas para asistir a una escuela de primeras letras. El maestro no sobresalía. En cierta ocasión este maestro dijo que Abe Lincoln estaba mejor alimentado que instruído. Abe Lincoln encontró exacta tal conclusión y dió sus razones: mientras él mismo se alimentaba —por supuesto, con la ayuda de Sarah Bush— era el autor del severo juicio quien le enseñaba.

5

Durante varios años los Estados Unidos vigilaron las aptitudes y conducta de las rebeldes colonias de la América del Sur con ánimo de reconocer su soberanía internacional. Llegaron a la conclusión de que la suerte de estas provincias se hallaba decidida y que su independencia estaba consolidada cuando apreciaron la concurrencia de hechos y circunstancias singulares: el largo tiempo consumido por la guerra, el buen éxito que la había coronado en favor de la revolución, la condición en que se encontraban las partes y la completa incapacidad de España para cambiar esa situación. Entonces el presidente James Monroe sometió a la consideración del Congreso el propósito de reconocer como naciones independientes a los países del Continente que habían sido de España. La medida fué concebida con la profunda convicción de que se ajustaba al Derecho Internacional y de que los Estados Unidos iban con ella a satisfacer un deber que les imponían su carácter, sus intereses esenciales y la posición que ocupaban en el mundo [8]. La Cámara de Representantes y el Senado de la Unión se produjeron en concordancia con las miras de Monroe, y una ley de 4 de mayo de 1822 autorizó un crédito para sostener en las nuevas naciones de América las misiones que el propio Presidente estimase convenientes. La trascendental innovación fué estrenada mediante el nombramiento de ministros de los Estados Unidos en Colombia, México, Buenos Aires y Chile [9].

[8] *Ibid.*, pp. 146-148: President James Monroe to the United States House of Representatives, March 8, 1822.

[9] *Ibid.*, pp. 209-210: John Quincy Adams to Baron de Tuyll, Russian Minister to the United States, November 15, 1823.

La regla a que los Estados Unidos obedecieron al reconocer la soberanía internacional de sus vecinos hispanoamericanos no pudo dejar de tener su excepción. Esta excepción comprendió a Cuba. En momentos en que empezaban a organizarse las legaciones de la Unión en las países independientes de América hizo su aparición el deseo del gobierno de Wásington de que Cuba continuase en su conexión política con España [10]. Luego advino la doctrina a que dió expresión y nombre el presidente Monroe, con tres pronunciamientos fundamentales: a) los Estados Unidos consideraban peligroso para su paz y seguridad que una o más de las potencias europeas pretendiesen extender su sistema político a una porción cualquiera de América; b) los Estados Unidos tendrían por manifestación de una voluntad poco amistosa para con ellos el hecho de que una potencia europea interviniese en un pueblo independiente del Hemisferio con el designio de oprimirlo o dominarlo; c) los Estados Unidos no intervendrían en las colonias o dependencias de Europa en América entonces existentes [11]. Cuba era una colonia o dependencia de España en el Hemisferio Occidental.

La adolescencia de Lincoln y la adolescencia de las nuevas naciones americanas corrían por canales parejos, a semejancia de la infancia de uno y de otras. Lincoln recibía incompleta instrucción primaria y comenzaba a emplear sus brazos en rústicas labores, sin que le fuese dado cultivar y ejercitar ampliamente su inteligencia. Los países de habla hispánica organizados en el mundo de Colón alcanzaban la atención y la consideración de los Estados Unidos, que les reconocían su soberanía internacional, aunque con reservas que condenaban a la desigualdad y al atraso políticos a las colonias de Europa en América que no habían logrado su emancipación. A mayor abundamiento, ambas adolescencias, la de Lincoln y la de las nuevas naciones americanas, estaban sujetas a las contingencias de una época histórica que se distinguía por el ímpetu de hombres y naciones.

[10] *Ibid.*, pp. 185-186: John Quincy Adams to Thomas Randall, Special Agent of the United States in Cuba, April 29, 1823.

[11] *Ibid.*, pp. 216-218: Message of President James Monroe, at the commencement of the first session of the Eighteenth Congress of the United States, conmunicated to the Senate, December 2, 1823.

La coexistencia de los Estados Unidos y las demás naciones de América en el primer cuarto del siglo XIX tuvo ambiente benigno en la órbita oficial de ambas partes. También contó con magníficos agentes entre los ciudadanos de la Unión. Sin esta acción popular acaso habrían tardado mucho en ser realidades internacionales la neutralidad del gobierno de Wáshington y el reconocimiento de la independencia de los aludidos países. En los Estados Unidos se pusieron a la cabeza del movimiento hacia la expansión de la libertad sobre todo el haz de la tierra americana varones notables por sus ideas y por su acción. Uno de ellos fué Henry Clay, por ninguno de sus compatriotas aventajado en los esfuerzos favorables a la emancipación de pueblos vecinos.

En ruedas de amigos y parciales, en asambleas populares y en el Congreso de la Unión estuvo Clay al servicio de los intereses de América. Para él los intereses de América no se circunscribían a los de su patria: para él los intereses de América se hallaban lo mismo en el Sur que en el Norte del Hemisferio. Con esta opinión avanzó hasta los días en que empezaron a ser normales las relaciones entre su nación y las demás naciones independientes del Nuevo Mundo. Y la misma manera de ver los negocios públicos lo acompañó en las funciones de Secretario de Estado con el presidente John Quincy Adams, empeñados en solidar la soberanía internacional de los países continentales recién salidos de la servidumbre europea.

Cuando Clay asumió la dirección de las relaciones exteriores de los Estados Unidos ya estaba escrito que la revolución que había separado las colonias hispanoamericanas de la servidumbre europea, y les había permitido formar gobiernos propios, y les deparaba la condición de miembros de la sociedad de las naciones civilizadas, figuraba entre los acontecimientos más importantes de la historia moderna [12]. Este concepto se hallaba en perfecta armonía con íntimas y arraigadas convicciones suyas. Hasta entonces él había hablado como alterador enérgico, político avisado y legislador de alto bordo. Desde entonces se halló en funciones el hombre de Estado.

Clay afrontó una doble tarea: a) consolidar los progresos alcanzados en la obra de ampliar el área de la libertad en

[12] *Ibid.*, p. 192: John Quincy Adams to Richard C. Anderson, appointed United States Minister to Colombia, May 27, 1823.

América; b) fijar el alcance de la política de la Unión frente a los propósitos y amagos de algunas potencias europeas en relación con el Nuevo Mundo. Entre ambos empeños, muy mezclados con ellos, surgían complicaciones que asimismo demandaban atención. Pocos días después de ponerse al frente de la Secretaría de Estado empezó Clay a expresar oficialmente sus puntos de vista, que eran los de la Nación, acerca de la convivencia americana frente a las ambiciones y demasías europeas. Los principios sentados por el presidente Monroe estaban en juego.

El fin victorioso a que Simón Bolívar había llevado la guerra en el Perú y la ausencia de tropas hispánicas en México eran hechos suficientemente decisivos para que España desistiese de continuar peleando contra sus antiguas colonias americanas. España debía concertar la paz con las nuevas naciones, las que presumiblemente compartirían con el gobierno de Wáshington el deseo de terminar la lucha de una manera honorable. Si esto no era logrado, Colombia y México seguirían armados. De producirse semejante caso, probablemente Colombia y México emprenderían la conquista de Cuba y Puerto Rico [13].

Los Estados Unidos, en opinión de Clay, no podían permanecer indiferentes ante evoluciones internacionales que presagiaban un cambio de dominación en Cuba. El comercio, la paz y la seguridad de ellos se hallaban íntimamente relacionados con la suerte de la Isla. No querían intervenir en sus asuntos internos. Pero espiaban los movimientos producidos en derredor de ella. Por su posición, Cuba dominaba, a la par que el Golfo de México, el comercio de los Estados Unidos que pasaba cerca de sus costas. En poder de España, estaban abiertos sus puertos, silenciosos e inofensivos sus cañones y garantizada su posesión por los mutuos celos e intereses de las potencias marítimas de Europa. Bajo la soberanía de cualquiera de estas potencias, excepto España, sobre todo bajo la soberanía de Gran Bretaña, Cuba sería para los Estados Unidos causa de serios temores. Tampoco contemplaban ellos sin aprensión la posibilidad de que Cuba pasase a México o a Colombia, naciones que carecían de la fuerza marítima necesaria para conservar y proteger la Isla. Los Estados Unidos no deseaban engrandecerse con la adquisición de Cuba. Sin embargo, si esta Antilla había de cesar de ser pertenencia de

[13] *Ibid.*, pp. 229-231: Henry Clay, Secretary of State, to Joel R. Poinsett, appointed United States Minister to Mexico, March 26, 1825.

España, era imposible dejar de aceptar que la ley de su posición precipitaba su agregación a los Estados Unidos [14].

Clay contempló la hipótesis de que Cuba ingresase en el concierto de los países libres de América. Si la población de la Isla llegaba a ser capaz de sostener su independencia y de lanzarse francamente a proclamarla, podía estar el interés real de todas las partes en ayudarla a constituir el gobierno propio. Entonces merecería ser considerada la conveniencia para las naciones del Continente de garantizar esa independencia contra cualquier ataque europeo [15].

Lo fundamental consistía en aprovechar la situación de Cuba y Puerto Rico para constreñir a España a negociar la paz con las naciones salidas de sus colonias del Continente. España debía estar advertida de que ambas Antillas podían ser fácil presa de Colombia y México. Por interés de España, no de los Estados Unidos, éstos deseaban que aquélla diese por terminados los intentos de reconquista. En prenda de la buena fe de tal excitación el gobierno de Wáshington se mostraba satisfecho de que Cuba y Puerto Rico continuasen en poder de España, con sus puertos abiertos al comercio de la Unión [16]. En el estado a que habían llegado las cosas, lo cuerdo e importante para España era retener sus posesiones antillanas. En realidad, por la prolongación ciega y fatal de la guerra, España se hallaba en peligro de perder aún más, pues ganar era para ella imposible. Tales reflexiones quedaron expuestas por Clay, en obedecimiento a instrucciones del presidente Adams, al impetrar los esfuerzos del Emperador de Rusia para poner fin a la contienda entre España y los países hispanoamericanos [17].

El gobierno de los Estados Unidos dedicaba a la América latina buena parte de la atención que reclamaban los asuntos nacionales. La república fundada por George Wáshington y Thomas Jefferson tenía aún mucho que trabajar para poner a sus hijos en condiciones de vivir humanamente. La coexistencia de sus agregados sociales tropezaba con el inconveniente que era la ominosa esclavitud de la raza africana. También muchos blancos sufrían las consecuencias de un régimen

[14] *Ibid.*, p. 231.

[15] *Ibid.*, pp. 231-232.

[16] *Ibid.*, p. 243: Henry Clay to Alexander H. Everett, United States Minister to Spain, April 27, 1825.

[17] *Ibid.*, pp. 244-250: Henry Clay to Henry Middleton, United States Minister to Russia, May 10, 1825.

que no había conseguido montar el aparato necesario para educar adecuadamente a los nuevos ciudadanos. Hasta los dieciséis años de su edad, Abraham Lincoln no había podido asistir a las malas escuelas abiertas en la vecindad de la granja de sus padres durante un número de días superior al correspondiente a doce meses. Su instrucción adolecía de deficiencias originadas por una manifiesta ausencia de la acción privativa de los poderes públicos. Por lo demás, a la misma edad de dieciséis años él necesitaba pensar en obtener empleo para sus brazos. Por aquellos días manejó una lancha en Anderson Creek y ganó un peso realizando trasbordos. Nunca había entrado en su bolsillo una moneda igual lograda por su personal esfuerzo.

7

El gabinete de Wáshington no anduvo solo durante mucho tiempo en la manera de apreciar y en el deseo de resolver en una forma determinada el conflicto entre España y las nuevas naciones de América. Londres, con gran satisfacción de Wáshington, se mostró partidario de acelerar la paz entre España y sus emancipadas colonias y ayudar a que Cuba continuase bajo la dominación hispánica. Wáshington y Londres ya marchaban armónicamente en pos de la consolidación de los Estados entonces recién organizados en América [18]. Para insistir en la necesidad de adoptar esta solución, que llevaba aparejada la subsistencia de la soberanía de España en Cuba y Puerto Rico, Clay exhibía un grave peligro para España: el peligro de que, si ésta se obstinaba en proseguir la guerra en el Nuevo Mundo, la Unión no podría evitar que Colombia o México, o ambos conjuntamente, consumasen la adquisición de Cuba en defensa de su seguridad exterior [19].

La política de los Estados Unidos y de la Gran Bretaña acerca de las naciones hispanoamericanas quedó definida y afirmada en las postrimerías del primer cuarto del siglo XIX: ambas potencias trabajaban por devolver la paz al Hemisferio Occidental y consolidar la emancipación de las antiguas colonias españolas, pero Cuba y Puerto Rico debían seguir bajo la servidumbre europea. Una proposición semejante había

[18] *Ibid.*, pp. 254-260: Henry Clay to Rufus King, United States Minister to Great Britain, October 17, 1825.

[19] *Ibid.*, pp. 265-266: Henry Clay to Henry Middleton, December, 26, 1825.

sido expresada privadamente, en lenguaje claro y con mucha franqueza, por Bolívar. El Libertador tenía advertido cómo podían las dos Antillas hispánicas ser utilizadas para amenazar a España. Le parecía bien que Colombia dejase saber a Fernando VII que, si no reconocía su independencia y concertaba la paz, las tropas sudamericanas invadirían a Cuba y Puerto Rico. Le importaba más acabar la guerra que emancipar las dos islas. *J'ai ma politique á moi.* Esta frase suya fué explicada sin rodeos: Cuba independiente perturbaría a Colombia, y, en cambio, Colombia sacaría mayor provecho del amago de agresión a las Antillas españolas que de la insurrección de ellas. De conducirse bien, su política produciría un grande efecto [20].

Las ideas de Clay en torno a la independencia de las antiguas colonias hispanoamericanas del Continente, como las ideas de Bolívar, tendían a asegurar lo logrado sin afrontar los peligros de nuevas empresas. Una nueva empresa era para el hombre de Estado la inclusión de Cuba y Puerto Rico en la órbita de la transformación política de América. Este modo de apreciar la situación de las Antillas españolas parecía llamado a perdurar. A lo sumo, en la necesidad de no apartar la atención de lo que era realmente un problema de la convivencia de América y Europa, las previsiones de Clay desembocaban en secretas indagaciones acerca de las manifestaciones de la opinión pública en Cuba respecto de tres puntos singulares: a) conformidad ó inconformidad con la condición que la Isla tenía de colonia de España; b) entusiasmo o indiferencia ante la posibilidad de lograr la independencia; c) adhesión o aversión a las nuevas repúblicas americanas [21]. Junto a la Doctrina de Monroe aparecía la escuela de Clay.

La Doctrina de Monroe y la política de Bolívar, por encima de discrepancias respecto de la unión de las naciones de América, se manifestaron conformes de toda conformidad en el caso de las Antillas hispánicas. Estas islas debían seguir siendo colonias de España para que las nuevas repúblicas del mundo colombino fuesen reconocidas y respetadas por su antigua metrópoli. El precio que grandes rectores de América ofrecían por la seguridad exterior de los pueblos emancipa-

20 VICENTE LECUNA, *Cartas del Libertador,* Caracas, 1929, vol. IV, pp. 226-227: Simón Bolívar a F. de P. Santander, Diciembre 20, 1824.

21 WILLIAM R. MANNING, *Diplomatic Correspondence of the United States concerning the independence of the Latin-American Nations,* New York, 1925, vol. I pp. 282-283; Henry Clay to Daniel P. Cook, United States Confidential Agent to Cuba, March 12, 1827.

dos en el Continente consistía en el sacrificio de la libertad de Cuba y Puerto Rico. Monroísmo y bolivarismo coincidían en punto tan esencial.

La escuela de Clay para la consideración de los negocios públicos de América —de una América tan amplia como él la veía y le era posible ayudar a transformar políticamente— se formó bajo la inspiración de sólidos principios. Era natural que estos principios contasen con seguidores durante mucho tiempo. En verdad, enraizaron entre sus conciudadanos en momentos en que Abraham Lincoln hacía de su adolescencia otra escuela: la escuela donde el hombre rústico, envuelto en extremo desamparo, batallaba por ser útil.

8

Allá por un poblado de desvencijadas cabañas, a principios del segundo cuarto del siglo XIX, una mujer solía observar el continente y el indumento de un mocetón. Era largo de pies y de manos, y desgarbado todo. De la tierra tenía manchas en las manos y comidas las uñas. O no llevaba zapatos, o se los ponía sin medias. Los calzones eran de piel de cabra, y tan cortos que se le veía el tobillo, huesoso y desnudo. Ese mozo, ese pobrete, ese descalzo, era Abraham Lincoln [22].

El campo y el río se dividían la actividad de Lincoln. Era leñador, labrador, cazador, carnicero, carpintero, forrajeador, jornalero y almadiero. Ayudaba a su padre a fabricar ataúdes, armarios y otros muebles. El trabajo era tan variado y duro como lo requerían su época y sus necesidades. Según sus propias palabras, vivía la breve y simple existencia del pobre.

A la tristeza de lo cotidiano se añadía de vez en cuando el dolor producido por algún inesperado quebranto. La vida de Sarah Lincoln, la vida de la hermana que lo había acompañado en la cruel orfandad materna, significaba mucho para él. Y Sarah Lincoln, casada con Aaron Grigsby, murió de parto. El pobre Abraham Lincoln tenía que refugiarse en el ejemplo de Job. Dios había dado y Dios había quitado: bendecido debía ser el nombre del Señor.

Sarah Bush no se cansaba de cuidar a su entenado. Le alimentaba el cuerpo y el espíritu. Le servía tortas de maíz y

22 JOSÉ MARTÍ, *Cuba. En Casa,* La Habana, 1938, p. 172.

guisados de carne y papas. Le hacía recobrar el buen humor. Y Abraham Lincoln empezó a dar señales de nuevas aptitudes. Procuraba despertar la curiosidad e hilaridad de sus contertulios con bromas y chascarrillos, como su padre. A veces no eran celebrados, y su carcajada sonaba en medio del silencio de los demás, que le afeaban esta manera de regocijarse. Solamente su segunda madre lo comprendía: ella mantenía el derecho de él a reír sus propios chistes.

El padre no estaba contento con la afición de aquel que empleaba mucho de su tiempo en leer cuanto impreso se procuraba y escribir con péñola de buitre y tinta de raíz de cereza. Thomas Lincoln creía que no era menester tanta letra para ir pasando. Sarah Bush salía siempre en defensa de las inclinaciones del hijo, únicamente satisfechas cuando él percibía algo nuevo. En los versículos de la Biblia y en las fábulas de Esopo encontraba Abraham Lincoln inspiración y alegría. El libro *Life of Wáshington,* de Weems, le mostró bellos horizontes morales: la vida de George Wáshington iluminó la oscura senda de Lincoln por las selvas [23]. El ávido de saberes suplía con su ingenio la escasez o falta de material gastable. Practicaba las operaciones aritméticas en una tabla, que cepillaba según iba cubriéndola con sus cálculos. Cuando no disponía de papel, que era lo más común, se valía de un carbón y de un pedazo de madera para conservar un conocimiento adquirido o una idea concebida. Con frecuencia el largo estudio lo dejaba rendido en el suelo. Entonces, sin despertarlo, lo tapaba con una sobrecama Sarah Bush, el hada que el Cielo había deparado a sus ansias de cultivar la mente.

A los diecinueve años era un hombre fuerte, con seis pies y cuatro pulgadas de talla, tan capaz como cualquier otro de hundir profundamente el hacha en un tronco. Su estado de alma más corriente, la melancolía, lo llevó a pensar en su fealdad física. Pero su mundo interior disponía ya de potencias suficientes para vencer adversidades externas.

[23] D. F. SARMIENTO, *Obras,* Buenos Aires, 1900, vol. XLIII, p. 302.

Capítulo II

PRADERAS DE ILLINOIS

I am humble Abraham Lincoln.
ABRAHAM LINCOLN

1

James Gentry, rico propietario y comerciante de Pigeon Creek, necesitó enviar hacia abajo por el río Mississippi su harina, sus puercos y su tocino. El opulento mercader buscó a un hombre que se comprometiese a realizar con su hijo Allen aquel trabajo. Pensó en Abraham Lincoln, que a la sazón tenía veinte años. Lincoln aceptó el ofrecimiento. Los dos jóvenes descendieron por el Mississippi hacia Nueva Orleans en la chalana que llevaba el cuantioso cargamento. Por las márgenes de la caudalosa vía fluvial iban permutando mercancías. Entre las dificultades que afrontaron se halló el ataque de una partida de gente de color. Otra cosa impresionó fuertemente a Lincoln: el espectáculo de un mercado de esclavos. Al cabo de tres meses Lincoln y su compañero llegaron a Nueva Orleans, donde vendieron el cargamento y la chalana. En Nueva Orleans tomaron el barco que los devolvió al punto de partida.

El viaje de negocios a Nueva Orleans dió a Lincoln confianza en sí propio. Su edad y aquella prueba le permitían considerarse en aptitud de gobernar libremente su persona. Ya era un hombre. Era más: era un ciudadano con el derecho y el deber de votar. Con estas convicciones del hijo aparecieron nuevos deseos del padre: los deseos de abandonar Indiana. Catorce años llevaban viviendo allí. En la balanza de su fortuna se hallaban equilibrados los reveses y las bienandanzas. Reveses, y grandes, eran la pérdida de Nancy Hanks y Sarah Lincoln y la persistencia de la penuria que los acom-

pañaba desde Kentucky. Bienandanzas, y no pequeñas, eran la presencia de Sarah Bush y las virtudes que asomaban en Abraham Lincoln. Pobres, tan pobres como habían llegado, salían de Indiana. Thomas Lincoln vendió por un puñado de dólares los acres de tierra que poseía a título de dueño. Las personas que formaban la familia encabezada por él amontonaron sus pertenencias en carretas de bueyes y se dirigieron a las praderas de Illinois.

En la ribera septentrional del río Sangamon, entre la floresta y la pradera, se detuvieron Thomas Lincoln y los suyos el 1º de marzo de 1830. ¿Era realmente tierra de comida abundante la bañada por el Sangamon? Ninguno de ellos era capaz de saber la suerte que estaba reservada allí a los recién llegados. El jefe de la familia era un hombre cuyos deseos estaban limitados a la consecución de un mediano pasar. En cambio, su hijo alentaba nobles ambiciones, y llevaba en sí designios que quizá él mismo no podía precisar, y no se hallaba en disposición de limitar sus actividades a simples labores manuales. Así y todo, para principio de una vida nueva en Illinois, Abraham Lincoln ayudó a su padre a construir una cabaña de troncos, cercar la tierra adquirida y prepararla para el cultivo.

A principios de 1831 el joven Lincoln conoció a Denton Offut, un mercader muy hablador y muy bebedor. Lincoln y dos de sus parientes convinieron con Offut en llevar a Nueva Orleans, por el Mississippi, un cargamento de manteca, maíz y puercos vivos. La empresa duró desde abril hasta julio. Diez dólares mensuales constituyeron el salario pagado por Offut al extraño, pobre e indefenso muchacho, carente de amigos, que era Lincoln.

2

Del segundo viaje de Lincoln a Nueva Orleans salió una grave determinación. Quien aspiraba a ser algo más que su padre abandonó su casa. En abril de 1831 había estado en Nueva Salem con motivo de su convenio con Denton Offut. En el mes de julio volvió a esta aldea, atraído por Offut, que le prometió emplearlo en un almacén que proyectaba abrir allí. Mientras llegaba Offut su futuro dependiente creó relaciones amistosas en la localidad. Paseó. Habló en ruedas de curiosos. Entretuvo a muchos con historietas de su cosecha. Se ganó las simpatías de cuantos iban conociéndolo. Al fin, em-

pezó a trabajar en el establecimiento de Offut. Pocos días después midió sus fuerzas, en lucha libre, con el más robusto de los hombres de aquellos lugares. Hubo hasta una riña tumultuaria. Lincoln venció con sus puños y sus razones. Su popularidad, adornada con un cordial respeto, era ya un hecho consumado en Nueva Salem.

En Nueva Salem existía una rara institución en la taberna de Rutledge, centro de diversas actividades donde Lincoln pasaba mucho de su tiempo libre. Más importante que la taberna de Rutledge fué para Lincoln la sociedad de polémicas que había en Nueva Salem. En su seno Lincoln habló en voz alta. Nunca había pronunciado seriamente un discurso. El que allí lo dió a conocer como orador fué aplaudido. Lo mejor que Lincoln sacó de la asamblea de debates de Nueva Salem fué un creciente anhelo de ensanchar sus conocimientos. Estudió aritmética, gramática y literatura. Jack Kelso, pescador, filósofo, soñador y admirador de los poetas, le leyó páginas de Shakespeare y Burns.

La popularidad rápidamente adquirida en Illinois decidió a Lincoln a presentar su candidatura a la Legislatura del Estado. En una circular expresó su pretensión. Cada hombre abrigó siempre una ambición especial. La de él era clara: ser verdaderamente estimado por sus conciudadanos y hacerse digno de tal aprecio. Por decir quedaba hasta donde él podía llegar en la realización de su mayor anhelo. Había nacido en humildísima situación social. Carecía de relaciones entre los pobres y de amigos entre los ricos capaces de recomendarlo con eficacia. Su aspiración estaba fiada a los electores independientes. Su triunfo en las urnas lo obligaría a trabajar sin descanso. Pero podía ocurrir que las buenas personas considerasen prudente dejarlo en segunda línea. Si éste era su caso, él se hallaba tan familiarizado con la adversidad que no se sentiría muy deprimido.

El indio Black Hawk dió este nombre a una insurrección. El gobernador de Illinois pidió tropas voluntarias para debelarla. Lincoln se inscribió en la oficina de reclutamiento abierta en Nueva Salem. La campaña careció de trascendencia. Al cabo de tres meses de andar y desandar caminos Lincoln volvió sano y salvo a Nueva Salem. Pero había entrado en la vida pública, formalmente, por la puerta del servicio militar, con el empleo de capitán en la guerra de Black Hawk.

Lincoln regresó a Nueva Salem dos semanas antes del día señalado para la elección de componentes de la Legislatura. Su breve ensayo militar no le hizo abandonar la aspira-

ción que tenía anunciada. Se dispuso a defenderla por medio de la palabra hablada. Un mitin que se celebraba en Pappsville fué perturbado por un alboroto. Lincoln dejó la plataforma, tomó por el cuello y por los fondillos al causante del tumulto y lo echó afuera. Como si nada hubiese ocurrido, ocupó la tribuna e inició un discurso. De nuevo advirtió quién era él. Era el humilde Abraham Lincoln, incitado por muchos amigos a presentar su candidatura a miembro de la Legislatura. Su política era breve y dulce, a semejanza del baile de la vieja: prometía trabajar por la creación de un banco, por un régimen interno mejor y por una alta tarifa. Si resultaba electo, sabría agradecerlo. Si no lo era, quedaría no menos contento que entonces. En aquellos comicios de 1832 no obtuvo los votos necesarios para triunfar.

Estaba sin trabajo. Proyectó tomar el oficio de herrero. Pensó ponerse a estudiar leyes. Acabó por hacerse comerciante por cuenta propia. Se asoció a William F. Berry, y ambos adquirieron el almacén del chalán Offut. El negocio no podía prosperar: Lincoln invertía parte del tiempo estudiando y narrando cuentos y chistes y Berry bebía licores fuertes en exceso. La compañía se disolvió. Lincoln se adjudicó las existencias y se obligó a pagar las deudas. Las deudas pesaban mucho más que las existencias. La capacidad de Lincoln para empeños mercantiles no aparecía por ninguna parte. El establecimiento se arruinó.

En mayo de 1833 Lincoln recibió el nombramiento de administrador de correos de Nueva Salem. El modesto empleado empezó a gozar del privilegio de ser el primero que leía los periódicos que llegaban a la aldea. Solía poner dentro de su sombrero las cartas dirigidas al vecindario y distribuirlas a lo largo de su camino. La plaza era cómoda, pero no suficientemente remuneratoria como para vivir de ella. El cuitado empleó el tiempo que le sobraba en partir leña, realizar otros trabajos rústicos, atender la circulación del *Sangamo Journal* y aprender el oficio de medidor de tierras. La medición de tierras lo sacó de apuros. Fué sustituto del agrimensor del Condado, y ganó dinero bastante para salir de miserias, aunque no de sus deudas de comerciante fracasado.

La vocación propia y el consejo de John T. Stuart, compañero suyo en la guerra de Black Hawk, lo decidieron a prepararse para ser abogado. Mentor Graham le deparó auxilios y fórmulas [1]. Lincoln conseguía libros a préstamo en Spring-

[1] KUNIGUNDE DUNCAN AND D. F. NICKOLS, *Mentor Graham. The man who tought Lincoln,* Chicago, 1944, pp. 134-135.

field. En el bufete de Stuart encontraba amparo. En cada viaje de ida y vuelta entre Nueva Salem y Springfield adelantaba mucho. En Nueva Salem solía sentarse, con los pies desnudos y en alto, a la sombra de un árbol, sin apartar la vista de las páginas en que aprendía la ciencia jurídica. Un día, cuando estaba entregado a esta faena, sobre una pila de leña, un labriego le preguntó qué leía. Su respuesta envolvió toda una rectificación: él no estaba leyendo, sino estudiando Derecho. Estudiando Derecho, y no leyendo, tropezó con una dificultad. Las frecuentes indicaciones a la necesidad de demostrar lo sumieron en un mar de confusiones. No acertaba a explicarse qué era una demostración. Creía que, si no llegaba a entender el significado de esta palabra, no sería abogado. Y tomó una resolución radical: se fué a la casa paterna y permaneció en ella hasta que pudo demostrar cualquier proposición de los libros de Euclides. Comprendió entonces las bondades de la cultura clásica y de la precisión matemática. Con una seguridad antes desconocida regresó a la tarea mediante la cual quería prepararse para ser agente y servidor de la justicia humana.

3

El ciudadano cedió al impulso de ser político. Comenzó seriamente a ser político bajo la inspiración de Henry Clay, el estadista que tanto había trabajado en la esfera popular y en la oficial por el auge de la cooperación de las naciones americanas. Desde los días de sus tratos con hombres de negocios en el río Mississippi y en Nueva Orleans venía Lincoln ejercitando sus facultades de observador en los negocios públicos. Sabía que su patria contaba con un excelente conductor de muchedumbres en Henry Clay, cuyos discursos leyó con asiduidad y estudió con amor. Los fulgores de Clay llegaban hasta las praderas de Illinois.

En 1834 Lincoln aspiró nuevamente a formar parte de la Legislatura de Illinois. Triunfó. Debía trasladarse a Vandalia, residencia del gobierno del Estado. Tomó a préstamo doscientos dólares para comprarse una indumentaria adecuada a su nueva función pública y para atender otras necesidades ineludibles. El 1º de diciembre de 1834 la Legislatura reanudó sus trabajos. En Vandalia conoció Lincoln a Stephen A. Douglas, miembro también de la Legislatura. Lincoln tuvo

entonces a Douglas por el más insignificante de los hombres allí reunidos [2].

Los primeros días de actividad en Vandalia debieron de renovar en Lincoln recuerdos de muy variada índole. La posición que él empezaba a ocupar no le había caído del Cielo. Muchas eran las vicisitudes que señalaban su ascensión desde las paupérrimas cabañas de Kentucky e Indiana hasta la casa donde deliberaban los legisladores de Illinois. El valor de la conducta era reconocido en la democracia republicana que arraigaba en su patria. Se podía ser pobre, pero honrado, y lograr preeminencias. Por de contado, el nuevo hombre público no se hallaba sino en el principio de su carrera. De su propio esfuerzo y de sus virtudes y capacidades, más que de la ajena voluntad o gracia, pendían sus futuras glorias, si glorias le estaban reservadas.

La obligada labor en la Legislatura lo inclinó a informarse más y mejor de las cosas políticas. Su preferencia por la literatura histórica lo familiarizó con el pensamiento de los fundadores de la Nación. Ya no era Henry Clay, enseñanza viva, su única fuente de inspiración. La lectura asidua lo adentró en el conocimiento de las ideas y los hechos de los padres de su patria. A lo que desde la infancia sabía de George Wáshington pudo añadir el examen de las aspiraciones y realizaciones del primer conductor que había tenido la Unión. Entre los patriotas y estadistas de la época de Washington ninguno, sin excluir al propio Wáshington, despertó en Lincoln mayor interés que Thomas Jefferson. Lincoln pasó sus ojos muchas veces sobre páginas escritas por Jefferson acerca de los negocios públicos y de las relaciones humanas. En su mente se fijaban conceptos, como los de la Declaración de Independencia, que le parecían emitidos para todos los tiempos.

La sociedad mercantil que Lincoln tuvo con Berry dejó rastros desagradables. El haberse hecho cargo del activo y del pasivo de la compañía envolvió a Lincoln en serias complicaciones. Pleitos sobre pleitos fueron iniciados contra los dos fracasados negociantes. Luego, al morir Berry, quedó Lincoln obligado a satisfacer todas las deudas contraídas por ambos en el corto tiempo en que fué de ellos el almacén abierto por Denton Offut en Nueva Salem.

¿Existieron sentimientos afectivos entre Lincoln y Ann

2 WILLIAM H. HERNDON AND JESSE W. WEIK, *Abraham Lincoln. The true story of a great life,* New York, 1930, vol. I, p. 154.

Rutledge, una jóven de Nueva Salem? ¿Fueron felices para Lincoln los días en que acendró su predilección hacia Ann Rutledge? ¿Fué Ann Rutledge novia suya? De ser afirmativas las respuestas a esas interrogaciones, hubo algo más y de mayor importancia. Las relaciones entre Lincoln y Ann Rutledge quedaron rotas en forma dolorosa: el paludismo, que atacó a Lincoln, extinguió la vida terrenal de la que estaba llamada a ser su esposa. Extrema aflicción se apoderó de su ánima. El triste creyó morir. Gimió. Lloró. De la melancolía pasó a la desesperación. Largo camino anduvo y desanduvo con reiteración para visitar la tumba de su amor. Se vió atormentado por la idea de que la lluvia y el viento azotaban el solitario sepulcro. Lentamente fué saliendo de tanta congoja, que él llegó a creer superior a su fortaleza moral[3].

4

La proximidad de una nueva elección lo compelió a manifestarse dispuesto a continuar en la Legislatura de Illinois. En poco tiempo había adquirido mucha experiencia. Solicitó el favor de los ciudadanos de Sangamon con un programa no exento de atrevimientos. Lanzó la idea de situar a las mujeres en el mismo plano ocupado por los hombres en el ejercicio del sufragio. Su conducta se encontraba ya sujeta a una regla estricta: él deseaba vivir, alcanzar posición y obtener honores, pero prefería sucumbir antes que ser desleal a sus principios por acelerar sus avances políticos. Quienes reconocían sus virtudes y merecimientos fueron bastantes para enviarlo por segunda vez a la Legislatura.

En los estudios jurídicos avanzó lo suficiente para considerarse en aptitud de solicitar licencia para ejercer la abogacía. La obtuvo el 1º de marzo de 1837. John T. Stuart, el letrado de Springfield que lo había alentado y ayudado a tomar su profesión, lo invitó a trabajar en calidad de pasante en su bufete. En parte por esa excitación, en parte porque Nueva Salem no ofrecía posibilidades halagüeñas respecto del trabajo forense, Lincoln decidió trasladarse a Springfield.

En Nueva Salem había pasado Lincoln los años menos malos de cuantos llevaba vividos. Política y socialmente sus adelantos eran notables. De simple labriego se había trans-

[3] WILLIAM F. BARTON, *The Life of Abraham Lincoln,* Boston-New York, 1943, vol. I, pp. 211-222.

formado en destacado ciudadano. Su intervención en los negocios públicos lo mantenía en el seno de la Legislatura del Estado. Sus ansias de cultura se hallaban coronadas por la posesión de conocimientos gracias a los cuales su labor ya no era manual, sino inteletual. Había entrado en Nueva Salem como un indigente. Salía de esta aldea en condiciones de conquistar nuevos lauros y provechos. En un caballo prestado puso sus pertenencias y hacia Springfield se dirigió el 15 de abril de 1837. Esperaba encontrar en Springfield mejores medios que en Nueva Salem para desarrollar su actividad productiva.

Las funciones de Lincoln en el bufete de Stuart no fueron las de un pasante, como ambos abogados habían convenido que fuesen. Stuart fué solicitado por empeños políticos que lo apartaban con demasiada frecuencia del trabajo profesional, y Lincoln asumió la tarea de atender a los clientes y conducir los pleitos. En el orden personal las cosas se le presentaron de manera que él pudo decir que en Springfield había paz, bienestar y dicha.

Lincoln pensó en casarse con Mary Odens, que lo aventajaba en edad, letras y bienes de fortuna. Este varón tenía concepto propio sobre la vida conyugal. Ceñía el matrimonio a los términos de un contrato. Pretendía que fuesen claros, tan claros como el cristal. Se proponía hacer cuanto estuviese a su alcance por la felicidad de la mujer que quisiese unir su suerte a la de él. Se sentiría desgraciado si fracasaba en tal empeño. Creía que el casamiento le permitiría ser más dichoso que la soltería. Pero estaba seguro de que todo esto sería posible en el caso de que la elegida de su corazón se dispusiese a entrar en el matrimonio con anhelos semejantes a los suyos. Mary Owen consideró a Lincoln deficiente en ciertas cosas esenciales para la ventura de una mujer. Lincoln sintió alivio y consuelo cuando Mary Owen destruyó así los proyectos nupciales que él y ella habían acariciado.

En ocasión en que Daniel Webster viajaba por el Oeste Medio se conocieron él y Lincoln. Webster era ya famoso. Lincoln era un principiante. La vida y las ideas de Webster constituyeron una influencia que Lincoln aceptó con alegría. La palabra de Webster servía de vehículo a un designio que tenía por objetivo el bien común, palabra y designio que sedujeron a Lincoln. El modesto hombre público de las praderas pensaba que el ilustre orador y estadista, para gloria y provecho de la Nación, debía ser exaltado a la Casa Blanca.

Los progresos que Lincoln alcanzaba hijos eran de una recia voluntad. Sin embargo, no faltaba algo desdoroso para él. Ponía escaso cuidado en su modo de presentarse ante las demás personas. Mucho llamaban la ajena atención sus frecuentes distracciones. A las censuras que así suscitaba no podía oponer sino el propósito de enmienda. Aquel ánimo creador, que había sido capaz de sacar a su dueño de la inferioridad y el desamparo, debía corregir olvidos y abandonos que afeaban al propio Lincoln y disgustaban a muchos de los que lo rodeaban y estimaban [4].

En 1838 se le ofreció de nuevo la oportunidad de alejarse de la Legislatura o pretender su reelección. Optó por lo segundo. Sus ideas políticas adquirían diafanidad. Una cuestión nacional, la esclavitud de la raza africana, demandaba su atención. ¿Percibía síntomas de descomposición colectiva cuando admitió la posibilidad de que los Estados Unidos perdiesen su libertad? Pero no dudaba de su entereza. En una hora cualquiera de inmenso infortunio él no sería el último en desertar: él nunca desertaría de las filas cívicas. El hombre que de esta manera pensaba fué mantenido por el sufragio popular en la Legislatura de Illinois.

5

Mientras Lincoln se mezclaba intensamente en la política, a la par que era uno de los seguidores de Henry Clay, ocurrieron en la América hispana novedades concordantes con las ideas expuestas por el propio Clay desde la Secretaría de Estado de la Unión. Clay había encarecido la conveniencia de que España dejase de intentar la guerra de reconquista contra las naciones salidas de sus colonias, concertase la paz con ellas, reconociese su independencia y se asegurase la quieta posesión de Cuba y Puerto Rico. España había desoído aquellos consejos, y su fracaso había sido absoluto. El tiempo, más persuasivo que la palabra humana, condujo a España a la conclusión de que debía negociar tratados de paz y amistad con las nuevas repúblicas americanas, reconociendo su emancipación y renunciando a todo derecho territorial o de soberanía en ellas. La rectificación se inició con el tratado entre España y México y se desenvolvió en serie:

4 CARL SANDBURG, *Abraham Lincoln. The Prairie Years,* New York, 1926, vol. I, pp. 230-231.

1. España y México concluyeron un tratado por el cual la primera reconoció como nación libre e independiente a la República Mexicana. Ambas altas partes se propusieron olvidar el pasado nocivo, se obligaron a amnistiar a los mexicanos y españoles que pudiesen estar sujetos a sanciones con motivo de la guerra hispano-mexicana y sentaron las bases de un intercambio comercial provechoso para las dos naciones.

2. Venezuela admitió en sus puertos los buques mercantes españoles y ofreció a los súbditos de España la protección y las garantías de que gozaban los de las demás naciones. España resolvió que las procedencias de Venezuela fuesen admitidas en los puertos de la Península y sus islas adyacentes como las de las demás naciones amigas. Los buques de las dos altas partes quedaron equiparados respecto del pago de derechos.

3. El Uruguay resolvió considerar y admitir los buques españoles en la misma forma en que fuesen considerados y admitidos los buques uruguayos en los puertos de España. España determinó dar a las procedencias del Uruguay tratamiento análogo al que recibían las de las naciones con las que mantenía relaciones amistosas.

4. Nueva Granada primeramente admitió los buques españoles como amigos y después los equiparó a los nacionales. España correspondió con medidas semejantes a las adoptadas por Nueva Granada.

5. Chile y España empezaron por admitir recíprocamente sus buques mercantes como neutrales por dos años y acabaron por mantener ese acuerdo sin limitación de tiempo.

6. El Ecuador concedió a los buques españoles la consideración establecida para los nacionales. España concluyó con el Ecuador un tratado por el cual ella renunció a la soberanía y a cualesquiera otros derechos y acciones que hubiese creído tener sobre el Ecuador y ambas altas partes pactaron total olvido de los antagonismos del pasado, se comprometieron a amnistiar a los españoles y ecuatorianos perseguidos a consecuencia de la guerra, se ofrecieron amistad, paz y unión y fijaron reglas para poner término a las reclamaciones pendientes y para evitar todo nuevo encono [5].

Tales tratados y acuerdos introdujeron la normalidad internacional entre España y repúblicas organizadas en territo-

[5] JERÓNIMO BÉCKER, *Historia política y diplomática desde la independencia de los Estados Unidos hasta nuestros días (1776-1895)*. Madrid, 1897, pp. 341-343.

rios que ella había poseído: lo mismo, aunque con más de una década de tardanza, que había propugnado Clay. Pero Clay había hablado de otro interés como cebo capaz de inclinar a España a la aceptación de los hechos consumados en el continente: la permanencia de Cuba y Puerto Rico bajo la dominación hispánica. Y la primera de las negociaciones diplomáticas llevadas a buen término por España y las nuevas repúblicas americanas, la negociación con México, también comprendió la subsistencia de la soberanía de España en las dos Antillas. El mismo día en que se firmó el tratado de paz y amistad entre la República Mexicana y España los propios plenipotenciarios, Miguel Santa María y José María Calatrava, suscribieron un artículo secreto adicional a dicho tratado que contempló la solución apuntada once años antes por Clay. El gobierno de México deseaba dar un testimonio expreso de su decidida disposición a cumplir las obligaciones contraídas en el citado tratado de paz y amistad, con mayores veras hallándose en su vecindad posesiones ultramarinas españolas, y en el mentado artículo secreto prometió impedir y reprimir con absoluta eficacia todo acto dirigido a perturbar a la Metrópoli en las aludidas colonias o en cualquiera de ellas y ofreció evitar que residiesen en las costas o los puertos de la República personas que abrigasen el propósito de provocar conmociones atentatorias a los restos del señorío de la Corona en el Nuevo Mundo [6]. Las posesiones ultramarinas españolas de que México quedaba siendo custodio eran Cuba y Puerto Rico.

Semejante a la estabilidad internacional adquirida por las naciones de la América latina, cuya soberanía se hallaba reconocida hasta por España, era la solidez lograda por el hombre público que había en Lincoln. En 1840 Lincoln alcanzó por cuarta vez la elección de miembro de la Legislatura de Illinois. Aquellos años de labor oficial en común entrañaron un excelente aprendizaje para quien, como él, se hallaba ávido de adiestrarse en el manejo de los negocios públicos. Una de las señales de su vocación política radicó en la asiduidad con que asistía a las sesiones de la Legislatura y en la participación descollante que tomaba en el estudio de los asuntos que por ella pasaban. Sólo por una causa superior a su voluntad de-

[6] ANTONIO DE LA PEÑA Y REYES, *El tratado de paz y amistad con España (Santa María-Calatrava)*, México, 1927, pp. 151-157. (*Archivo Histórico Diplomático Mexicano.*)

jaba él de cumplir fielmente los deberes que había asumido como representante del pueblo [7].

6

Con reiteración vió Lincoln frustrados sus intentos matrimoniales. Soltero seguía en 1840. En esta situación de libertad conoció a Mary Todd, una de las bellezas de Springfield: poco más de veintidós años de edad, ojos azules, pestañas largas, frente ancha, cabello castaño claro con destellos bronceados, formas hermosas y temperamento vivaz. Ella procedía de Kentucky, la tierra natal de Lincoln. Había venido al mundo en medio de la abundancia, crecido en la holgura, tratado a personajes como Henry Clay y adquirido instrucción en buenos colegios. Sabía música. Hablaba francés. En todo esto se diferenciaba de Lincoln. Pero no divergían totalmente. A semejanza de Abraham Lincoln, desde su niñez Mary Todd supo distinguir entre un liberal y un demócrata en la política de su país. Como Abraham Lincoln, en su adolescencia Mary Todd pudo ver un mercado de esclavos y el lugar donde eran flagelados los negros que violaban las leyes y costumbres establecidas por los blancos. El problema de la servidumbre de una parte de la población de los Estados Unidos, con todos sus horrores y pasiones, como lacra humana y fenómeno políticosocial, formó parte de las cosas sabidas por Mary Todd —caso análogo al de Lincoln— mucho antes de que su existencia entrase en la madurez [8].

Los ojos de Mary Todd se fijaron en Lincoln en 1840. El mismo año Lincoln prometió casarse con Mary Todd. Las relaciones amorosas así formalizadas entraron en seguida en un mar de confusiones y desvaríos. Mary Todd no se hallaba segura de que el matrimonio le reservase la felicidad. Lincoln vaciló ante lo caprichos de la mujer llamada a ser su consorte. Mientras ella dudaba de las bienandanzas del proyectado enlace, ya en el invierno de 1840 a 1841, él alimentó la idea de que su unión con Mary Todd le estaba vedada por razones poderosas. Lincoln llegó a confesar su inquietud y arrepentimiento a la novia. Era el 1º de enero de 1841. Hubo lágrimas, abrazos, besos, protestas de cariño y esperanzas de

[7] CARL SANDBURG AND PAUL M. ANGLE, *Mary Lincoln. Wife and Widow*, New York, 1932, p. 338.
[8] *Ibid*, pp. 21-38.

que todo tomaría seguro camino de paz y comprensión. Pero Lincoln se sintió destrozado, casi fuera de sí, y Mary Todd, en agridulce resolución, le devolvió la palabra de matrimonio [9].

No fué para Lincoln novedad sin trascendencia su rompimiento con Mary Todd. Todo Springfield comentó la suspensión de la boda. Lincoln cayó en absoluto abatimiento. Durante una semana estuvo en cama, atacado de melancolía. Adelgazó. Perdió fuerzas hasta para hablar. No ocultó su flaqueza. Se sintió desacreditado por la hipocondría. Se consideró el más miserable de los hombres. Pensó que no quedaría un solo rostro alegre en la Tierra en participando sus semejantes de lo que él soportaba. Por consejo de su médico, que en un cambio de ambiente veía la salvación del enfermo, aspiró a salir del territorio nacional: podía representar a los Estados Unidos en Bogotá, en Nueva Granada. Pero le fué imposible lograr destino en la América del Sur. El atribulado siguió pensando en el día fatal en que juntos habían derramado lágrimas él y su prometida. Aunque pretendía recobrarse, únicamente a medias lo conseguía. Lo acompañaba la tenaz idea de que, en parte por su culpa, por culpa de él, Mary Todd era desgraciada. Esto continuaba hiriendo su alma [10].

Joshua F. Speed, confidente de Lincoln, le advirtió que debía casarse con Mary Todd o alejarla para siempre de sus pensamientos. Lincoln aceptó el consejo, pero sólo en principio. Antes de decidirse por una de las soluciones señaladas por Speed necesitaba recuperar la confianza en su propia habilidad para mantener las determinaciones que tomase. Con esa habilidad él se había enorgullecido, por ser otrora la joya más preciosa de su carácter. Pero la había perdido, y Speed sabía cómo y dónde. Estaba empeñado en recobrarla cuando, un día del año de 1842, se encontró con Mary Todd. Ambos hablaron del pasado y del porvenir: quisieron poner sus recuerdos al servicio de sus esperanzas. La que de nuevo era pareja de enamorados volvió al camino abandonado. En octubre de 1842 Lincoln escribió a Speed para preguntarle si se sentía verdaderamente feliz en la vida de casado. Con ansiedad aguardó la respuesta, que fué afirmativa [11].

El 4 de noviembre de 1842 Abraham Lincoln y Mary Todd se casaron. Ante el reverendo Charles Dresser, que llevaba hábitos canónicos, el esposo puso en uno de los dedos

[9] *Ibid.*, pp. 39-44.
[10] *Ibid.*, pp. 44-57.
[11] *Ibid.*, pp. 57-60.

de la esposa el anillo que simbolizaba uno de sus pensamientos capitales: *Love is eternal*[12]. Con la idea de que su amor a Mary Todd sería eterno Lincoln entró en el matrimonio.

La pareja matrimonial formada por Abraham Lincoln y Mary Todd —ya Mary Lincoln— era ciertamente rara. Por la estatura, la complexión, el origen y el carácter, él y ella constituían opuestos extremos. El era alto, delgado, descendiente de familia humildísima, sobrio, paciente y lento en el discurso. Ella, pequeña, gruesa, perteneciente a casa rica, vanidosa, inquieta y flúida en la conversación. Lo peor radicaba en la irritabilidad de ella. El conocía ese defecto desde el principio del noviazgo, y ya podía tenerlo por el obstáculo puesto en el camino de un buen marido para probar y acendrar más y mejor el dominio de sí propio[13].

Lincoln se inició en la vida conyugal con alborozo. Las destemplanzas de su mujer, por sabidas, no lo amilanaron. Una vez más se hallaba presente su habilidad, la habilidad de Lincoln, para mantener sus resoluciones. Al matrimonio había ido al cabo de torturantes vacilaciones, y estaba decidido a conllevarlo con sabiduría. Su sabiduría se manifestaba por la elegancia, la paciencia y el optimismo que ponía en su nuevo estado civil. Cinco días después de su enlace, el abogado de Springfield escribió a un colega suyo que el hecho de haberse casado entrañaba para él una maravilla[14].

Mary Lincoln acompañaba a su marido en la doble empresa de soportar estrecheces económicas y afanarse por salir de ellas. La pareja sabía vivir modestamente. Sus anhelos alcanzaban enormes alturas. El político era reclamado por nuevas aspiraciones, que merecían la aquiescencia de su mujer, ansiosa de preeminencias y glorias.

7

A lo largo de las peripecias amorosas que culminaron en su matrimonio Lincoln no desatendió el ejercicio de la abogacía. Se apartó del bufete de Stuart. Se asoció a Stephen T. Logan. En su despacho imperaban el abandono y el desorden. Su personal desaliño no podía depararle distinción social. Sus descuidos y distracciones llegaban al extremo de que ponía

12 *Ibid.*, pp. 60, 326-327.
13 *Ibid.*, pp. 63-64.
14 *Ibid.*, p. 60.

papeles de importancia en su sombrero y los olvidaba y perdía cuando cambiaba la prenda con que cubría su cabeza. Pero lo esencial era su honradez, que se convertía en uno de los mejores valores del foro de Springfield. Se sabía que él no entraba en combinaciones reñidas con la ética. Su extraña manera de llevar los asuntos judiciales y de conducirse ante los tribunales le daba buena fama entre las personas honestas y popularidad entre la gente llana. Su conducta en el manejo de negocios ajenos elevaba su posición moral. Su fidelidad a la justicia era pagada en forma muy significativa: era pagada con la estimación y el respeto de quienes conocían sus ideas y procederes.

Después de ocho años de labor en la Legislatura del Estado dejó de pertenecer a ella. No experimentó desazón alguna por este alejamiento de las funciones oficiales. Le asistían motivos poderosos para estar satisfecho de sus tareas públicas. Miraba hacia atrás, y nada veía que lo constriñese a arrepentirse de las palabras y los esfuerzos por medio de los cuales había perseverado en la defensa de los principios liberales.

El matrimonio empezó a dar fruto humano. Mary Lincoln tuvo un hijo en 1843: Robert Todd Lincoln. El padre sintió renovadas sus obligaciones para con los suyos y sus ansias por luchar por el logro de una vida mejor individual y colectivamente.

La sociedad de Lincoln con Logan se extinguió para dar paso, en cuanto a Lincoln, a su consorcio con William H. Herndon. Esto ocurrió el año en que nació Robert Todd Lincoln. En aquel tiempo la suerte se mostró benigna para con Lincoln. Su prosperidad se hizo notar por las sumas de dinero que ganaba, por la adquisición de una casa y por los pagos que pudo efectuar para reducir la deuda que le había dejado su comercio de Nueva Salem.

Sus aspiraciones políticas miraban hacia el Congreso de la Unión. En 1843 las expresó con franqueza. Por si había alguien que dijese que él no quería ir a Wáshington representando a Illinois, se adelantó a desmentir el posible aserto. Lincoln deseaba participar en el trabajo privativo del Poder Legislativo de la Unión. Voces interiores le decían que allá, en la capital de la Nación, su palabra y su acción tenían campo propicio para manifestarse al servicio de las doctrinas justas y avanzadas que constituían su ideario.

La política de Henry Clay no cesaba de influir en Lincoln. Ya en la Legislatura de Illinois, ya en la esfera del ciudadano atento a los negocios públicos, Lincoln no había

apartado su atención de las orientaciones de Clay. Durante más de una década habían tenido especial significación las palabras y actitudes de Clay frente a las de otros hombres sobresalientes, como John C. Calhoun. Calhoun exaltaba la soberanía de los Estados, a los que atribuía potestad aun para vetar las leyes acordadas por los poderes nacionales, y defendía la esclavitud a trueque de los mayores atrevimientos, como el de la expansión territorial. Clay, el vocero de la pacificación de la América española, consagraba sus energías al mantenimiento de la Unión y repudiaba las invasiones de suelos vecinos. Y la campaña presidencial de 1844, en la que Clay aspiró a la primera magistratura de los Estados Unidos, tuvo por punto capital la anexión de Texas. Calhoun, Secretario de Estado, declaró en una nota diplomática que era necesario que la Unión adquiriera a Texas a fin de evitar que este país se convirtiese en un foco de agitación antiesclavista. Clay, aspirante a la jefatura de la República, calificó la anexión de Texas a los Estados Unidos como una medida nociva al carácter nacional, precursora de una guerra con México, peligrosa para la integridad de la Unión y no exigida por la opinión pública. Lincoln se sintió entonces entrañablemente ligado a Clay y a lo que Clay representaba.

El político de Illinois, miembro del Partido Liberal, se lanzó a una campaña intensa en favor de la elección de Clay. En su Estado adoptivo y en el de Indiana pronunció discursos enderezados a extender y afirmar lo que tenía por una verdad inconcusa: elevar a Henry Clay a la Presidencia de los Estados Unidos era trabajar por la grandeza nacional y por el respeto a la integridad territorial de los países vecinos. Para él los esfuerzos de Clay en favor de los hispanoamericanos en la época de sus luchas emancipadoras, por encima de toda otra consideración, constituían una amplia corroboración de lo que el propio Lincoln llamó la pasión predominante de su ídolo: un desinteresado amor a la libertad y al derecho [15]. Por este su bello ideal de estadista él expuso cuanto era y tenía [16].

El fracaso de Clay en los comicios, con el consiguiente triunfo de James K. Polk, anonadó a Lincoln, puesto que no había concebido dudas acerca de su candidato. Su congoja no anduvo sola: en muchas poblaciones los partidarios de Clay

[15] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln*, Lincoln Memorial University, vol. II, p. 171.
[16] *Ibid.*, vol. III, p. 255.

expresaron públicamente su dolor llevando cintas de luto. Aquello tuvo para él los caracteres de un duelo personal. Se decía que Lincoln, nacido para político y profeta político, difícilmente se equivocaba. La derrota de 1844 constituyó para él un enorme desengaño [17].

[17] NOAH BROOKS, *Abraham Lincoln and the downfall of american slavery,* New York, 1894, p. 100.

Capítulo III

GUERRA EN MÉXICO

...The war with México was innecessarily and unconstitutionally commenced by the President.

ABRAHAM LINCOLN.

1

En andar por los tribunales de justicia consistía la manera de ganar la vida que Lincoln tenía en 1844. Esto no se hallaba reñido con el conocimiento ni con la experiencia que necesitaba para ser un buen conductor de muchedumbres. Las miserias humanas tan frecuentemente exhibidas en las controversias suscitadas por pasiones e intereses ensanchaban su comprensión. Bien veía que no todo era paz ni dulzura: mucho había de pugna y acrimonia en el cotidiano desarrollo de los acontecimientos. Lo que ocurría en el limitado círculo de sus actividades profesionales no era sino reflejo de los antagonismos visibles en la existencia nacional. El revés político que fué la derrota de la candidatura presidencial de Henry Clay devolvió a Lincoln a la asiduidad en las lides del foro.

En realidad, se hallaba en el vértice de una tormenta política desatada por la subsistencia de la esclavitud de la raza negra en los Estados Unidos y por la expansión territorial de éstos. La trabazón que llegó a producirse entre ambos hechos amenazaba la estabilidad de la Unión. El equilibrio de los Estados Unidos era un remedio falso, sujeto a las consecuencias de constantes intrigas e incontenidas ambiciones. El caso de Texas, que tanto había influído en el resultado de las elecciones presidenciales de 1844, era muy instructivo.

La anexión de Texas a los Estados Unidos, culminación de un proceso de transformación política iniciado con la independencia de este territorio, perdido por México, se consu-

mó, en vísperas de asumir James K. Polk la presidencia de la Unión, al aprobar ambas ramas del Poder Legislativo, por mayoría de votos demasiado significativa, la resolución conjunta que fijó los términos en que podía ser admitida Texas en los Estados Unidos[1]. Aquello era la señal de la agravación del conflicto existente ya entre el gobierno de México y el de Wáshington: lo que había sido una tirantez de relaciones internacionales se encontraba a punto de desencadenar una contienda armada. Detrás del hecho de la anexión de Texas crecía la intención de agregar otras tierras a la Unión.

Naturalmente, Lincoln estudió los sucesos desarrollados en derredor de la cuestión de Texas. Ningún interés despertó en él lo que a muchos entusiasmaba. Si los texanos formaban un pueblo libre y republicano, semejante al de los Estados Unidos, ¿qué bien se derivaría de la anexión? Por otra parte, ¿cómo podían esperar los partidarios de la esclavitud el progreso de este mal por efecto de la anexión? El observador de Springfield llegó a conclusiones diáfanas. Siempre creyó que a Texas serían llevados esclavos, con anexión o sin ella. Si eran conducidos a causa de la anexión, el número de ellos disminuiría en el lugar de donde se extrajesen. Sin embargo, quedaba la probabilidad de que, con la anexión, fuesen introducidos en Texas y mantenidos en esclavitud algunos hombres que de otra manera alcanzarían la libertad. De ser esto cierto, la anexión era nociva. Obligación primordial de los Estados libres —de los Estados sin esclavos—, custodios de la unidad nacional y hasta de la misma libertad, aunque ello pareciese paradójico, era dejar en paz a los esclavistas de otros Estados. Pero estaba igualmente claro que él y quienes pensaban como él no debían prestarse, ni directa ni indirectamente, a evitar que la esclavitud muriese de muerte natural, ni favorecer la idea de que encontrase nuevos lares para vivir cuando le era imposible subsistir en sus antiguos predios[2].

El matrimonio era para Lincoln la institución cuya definición había leído en la Biblia. El marido y la mujer constituían una sola vida. En su caso esta vida alcanzaba la estimación y el respeto de cuantos la conocían. En 1846 el advenimiento de Edward Baker Lincoln, el segundo hijo, alegró la casa. El padre seguía pensando que cada nueva obli-

[1] NICHOLAS MURRAY BUTLER, *Building the American Nation,* New York, 1939, p. 234.

[2] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. I, pp. 276-277.

gación privada le señalaba la necesidad de trabajar con mayor ahinco por el bien público.

El rostro y el porte de Lincoln en el año del nacimiento de su hijo Edward Baker denotaban el estado de prosperidad y serenidad por él logrado a puro esfuerzo propio. No era rico, pero el ejercicio de la abogacía le daba lo suficiente para sostener con decoro su hogar. Aunque no se encontraba conforme con muchas de las cosas que ocurrían en su país, grande era el sosiego que le producía la certidumbre de que con sus ideas y sus actividades podía contribuir al progreso colectivo. Inquietud no le faltaba: la soterrada inquietud de un genuino alterador. Sin embargo, lo que se apreciaba en su exterior era la presencia de un hombre dispuesto a luchar sin estridencias ni impaciencias. Una estampa de aquella época lo exhibió sentado en una butaca, no mal trajeado, con el cabello alisado, la faz rasurada y suave y la mirada escrutadora.

2

En el año de 1846 se produjeron dos acontecimientos llamados a influir fuertemente en la existencia de Lincoln. El primero fué el inicio de la guerra entre los Estados Unidos y México. El segundo consistió en la reanudación de su actividad política con el propósito de ser miembro de la Cámara de Representantes de la Unión. La guerra de México fué una consecuencia natural de la anexión de Texas, ya por el agravio de que el propio México se consideraba víctima, ya por la insistencia con que el presidente Polk pretendía ensanchar el área de sus adquisiciones territoriales con detrimento del suelo mexicano. La campaña de Lincoln se desenvolvió con cierta facilidad y con buen éxito, pues el aspirante logró pronto ser candidato de los liberales y acabó venciendo a su contrincante demócrata, por añadidura notable predicador metodista [3]. Lincoln fué enviado por Illinois al Congreso en momentos en que la guerra en México constituía el más importante de los negocios públicos de la Nación.

Su presencia en la Cámara de Representantes empezó a notarse por la participación que tomó en una discusión sobre tarifas. Pero no se hizo esperar su intervención en el trata-

[3] FRANCIS FISHER BROWNE, *The Every-Day Life of Abraham Lincoln,* New York, 1915, p. 99.

miento legislativo de la contienda entre su país y México. Comprendió que se hallaba obligado a discutir y votar con conocimiento de causa. Examinó los antecedentes de la situación bélica creada al otro lado de la frontera meridional de la Unión. Encontró que el presidente Polk, en mensajes al Congreso, tenía declarado que México había rehusado recibir a un enviado extraordinario de los Estados Unidos y oír sus proposiciones para zanjar las dificultades sobre límites, había amenazado con reiteración, había invadido el territorio de la Unión por la región de Texas y había derramado en suelo de los Estados Unidos sangre de ciudadanos norteamericanos, todo lo cual había obligado al gobierno de Wáshington a declarar que existía guerra con México. Estas afirmaciones dieron ocasión a que se propusiese pedir al Presidente de la República que informara a la Cámara de Representantes con toda precisión acerca del paraje donde fué derramada la primera sangre de ciudadanos de los Estados Unidos. En la Cámara de Representantes se pretendía saber si era cierto o incierto que pertenecía a la Unión el lugar donde ciudadanos de los Estados Unidos habían sido agredidos por mexicanos armados en el choque inicial del conflicto [4].

Las dudas abrigadas por miembros de la Cámara de Representantes en presencia de los informes ofrecidos por el Presidente de la República sobre la causa determinante de la contienda bélica con México fueron seguidas de la declaración, producida en la propia Cámara, de que aquella guerra había sido comenzada por el máximo magistrado de los Estados Unidos sin necesidad e inconstitucionalmente [5]. Semejante declaración provocó el malestar de los adictos al presidente Polk. Algunos de ellos se quejaron de la actitud de quienes tan severamente juzgaban a éste. Lincoln recogió las alusiones dirigidas a él y a los demás que habían votado la declaración de innecesidad e inconstitucionalidad de la guerra de los Estados Unidos contra México, y se propuso demostrar cómo había penetrado en la verdad del caso. Su discurso del 12 de enero de 1848, en la Cámara de Representantes, se inspiró en el deseo de hacer luz en torno a una cuestión de suma importancia.

Al principio de la guerra que se desarrollaba en México él había opinado que quiénes no aprobaban en conciencia la

[4] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, New York, vol. I, pp. 318-320.
[5] *Ibid.,* p. 327.

conducta del presidente, por saber poco o por saber demasiado, debían, sin embargo, como buenos ciudadanos, guardar silencio sobre este punto, por lo menos hasta que la lucha concluyese. Pero Polk y sus amigos se empeñaron en elaborar explicaciones que sacaron de quicio las cosas y ofendieron a sus discretos adversarios. La tentativa de probar con la verdad lo que no podía probarse con toda la verdad obligó a hablar a Lincoln, inconforme con que se le imputasen actos injustos.

Polk se afanaba en demostrar que las hostilidades se habían iniciado en territorio de los Estados Unidos. Lincoln demandó de Polk que respondiese a su interrogatorio plena, franca y verazmente. Polk debía recordar que estaba sentado donde Wáshington se había sentado. Recordándolo, Polk se hallaba obligado a contestar como Wáshington habría contestado. La Nación no toleraría ser engañada, ni Dios lo permitiría. El Presidente no podía pretender emplear una evasiva o una ambigüedad por toda respuesta. Si Polk no probaba que era norteamericana la tierra mojada con la sangre que inició la guerra en México, Lincoln quedaría convencido de lo que ya sospechaba: que Polk estaba igualmente convencido de que aquella sangre, como la sangre de Abel, clamaba al Cielo contra el propio Polk.

A lo espurio de los orígenes de la guerra se agregaban los fines buscados por la administración de Polk y ciertos medios que palabras del Presidente denunciaban. Los fines iban concretándose en la adquisición de vastas extensiones territoriales de la pertenencia de México. Entre los medios que Polk concebía para concertar la paz se encontraban los consistentes en inducir al pueblo mexicano a que, desoyendo los consejos de sus propios conductores y confiando en la protección de su enemigo, formase un gobierno con el cual los poderes de Wáshington concluyesen una paz satisfactoria para ellos. Según Polk, esto podía ser lo único capaz de precipitar la extinción de la lucha. En puridad de verdad, el Presidente se pronunciaba en favor de una manifiesta ingerencia en la política interior de México.

Lincoln clamó contra procederes que envolvían desmedida ambición. Polk incidía en contradicciones y omisiones que redundaban en desdoro de la Unión. Las vacilaciones del Presidente en el caso de México encubrían segundas intenciones o exhibían insuficiencia para conducir el conflicto en que había metido a su pueblo. Ofrecía la impresión de encontrarse desorientado, confundido, miserablemente inseguro. Lincoln anhelaba que Dios le concediese a Polk la facultad de mostrar

que no había en su conciencia algo más penoso que todas aquellas perplejidades mentales [6].

La preparación que Lincoln había adquirido en su adolescencia —cuando, a solas con el coraje de varón sano, había comprendido lo que significaba demostrar— le sirvió para hacer un excelente discurso en defensa de su opinión sobre la guerra entre los Estados Unidos y México. La lógica concluyente y la precisión matemática de sus razonamientos podían ser utilizadas lo mismo para situar dentro de sus justos límites una ardua cuestión internacional que para demostrar cualquiera de las proposiciones de los libros de Euclides.

3

Lo que Lincoln expuso en la Cámara de Representantes con motivo de la cuestión de México afectaba a uno de los más intrincados problemas de la Unión. La expansión territorial y la subsistencia y hasta la expansión de la esclavitud desempeñaban papeles principalísimos en torno a la guerra. En el Senado se manifestaban pareceres graves. Frente a Thomas Corwin y Daniel Webster se hallaban John C. Calhoun y Jefferson Davis. Corwin confesó que, si él hubiese sido mexicano, como era norteamericano, habría llamado al invasor, le hubiera instado a que se acercara, para abrirle con las manos ensangrentadas una tumba hospitalaria [7]. Webster quiso obtener una declaración oficial de que los Estados Unidos no peleaban para cambiar sus fronteras con daño de México, sino para lograr un arreglo sobre sus límites. Calhoun pretendió que se considerase contraria a la Constitución cualquier ley que directa o indirectamente privase a los ciudadanos de un Estado de la Unión del derecho a emigrar con sus propiedades, y propiedades eran los esclavos, a otro territorio de los Estados Unidos [8]. Davis expresó que la adquisición de la mayor parte de México mediante una guerra era un título legítimo, porque el título de conquista estaba considerado válido desde que el hombre empezó a existir socialmente [9]. Un an-

[6] *Ibid.*, pp. 327-345.

[7] CARL SANDBURG, *Abraham Lincoln. The Prairie Years,* New York, 1926, vol. I, pp. 361-362.

[8] RAÚL DE CÁRDENAS, *La política de los Estados Unidos en el Continente Americano,* La Habana, 1921, p. 49.

[9] CARL SANDBURG, *Abraham Lincoln. The Prairie Years,* New York, 1926, vol. I, p. 360.

tiguo conocido de Lincoln, Stephen A. Douglas, dijo cuál era el criterio dominante en los Estados Unidos en relación con el caso de México: el Presidente Polk ejecutaba precisamente lo que Federico el Grande había hecho en Silesia: tomar posesión primeramente y negociar después [10].

La crítica de Lincoln a la política de Polk en el caso de México reveló un gran valor. Ciertamente, la guerra contó con el apoyo de casi toda la Nación [11]. Él encaró semejante estado de opinión con el propósito de que su país no cometiese una injusticia irreparable. Las censuras no tardaron en producirse. Amigos y adversarios suyos coincidieron en afearle la conducta observada en la Cámara de Representantes.

El primer reproche le llegó de William H. Herndon, su compañero entrañable, que le escribió para expresarle la contrariedad que sufría al conocer la noticia de su actitud en el caso de México. La procedencia de aquella reprobación no le permitía dudar de su sinceridad, la que le causó inquietud. Pero no menos sinceridad puso él en la respuesta. Si una persona tan allegada como Herndon se mostraba en desacuerdo con sus pronunciamientos y no entendía su postura, lo sentía sobremanera, pues sabía que otros amigos tampoco la comprenderían. Sin embargo, se hallaba en disposición de apostar su vida a que Herndon, de hallarse en su lugar, habría obrado como él. Seguro se encontraba de que Herndon no hubiese aprobado actos basados en mentiras. A mayor abundamiento, deseaba que el inconforme leyese frase por frase todo su discurso, contenido en un folleto que ya estaba en camino [12].

Un notable miembro del Congreso, Alexander H. Stephens, de Georgia, pronunció enérgicas palabras en condenación de los malos pasos atribuídos a Polk con motivo de la guerra entre los Estados Unidos y México. Stephens se refirió a la ausencia de buenas razones por parte del gobierno de Wáshington en el mantenimiento de la contienda y denunció el hecho de que se trataba de intimidar con el cargo de traición a quienes se permitían condenar la conducta del Presidente y su gabinete. El tono de la peroración de Stephens conmovió a Lincoln. Al terminar Stephens su discurso los ojos de Lincoln estaban humedecidos por las lágrimas [13].

10 *Ibid.*, p. 362.

11 HAROLD UNDERWOOD FAULKNER, TYLER KEPNER, HALL BARTLETT, *Vida del Pueblo Norteamericano*, México, 1941, p. 70.

12 JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln*, Lincoln Memorial University, vol. I, pp. 351-352.

13 *Ibid.*, p. 354.

La incomprensión de que Herndon dió señales y la injusticia que Stephens denunció no se detenían. En el condado de Clark demócratas y liberales se reunieron en asamblea popular con el propósito de enjuiciar el discurso pronunciado por Lincoln en la Cámara de Representantes. No hubo largas deliberaciones, puesto que todos se hallaban conformes en reprobar la conducta del legislador. El acuerdo único allí adoptado fué extremo: se resolvió que Abraham Lincoln, por haberse declarado contra su patria, fuese olvidado por sus electores para siempre, excepto para condenarlo. En armonía con este pronunciamiento, hubo periódicos que llamaron a Lincoln nuevo Benedict Arnold [14].

El representante por Illinois se sentía fuerte en su posición. Como la controversia sobre la razón o la sinrazón de la guerra desarrollada en México había pasado del Capitolio a la calle, en la calle mantuvo él sus puntos de vista. El reverendo J. M. Peck sostuvo que los Estados Unidos no habían cometido acto alguno de agresión contra México. Lincoln aprovechó esta oportunidad para dejar reafirmado su criterio, basado en hechos inconcusos. Era un hecho que las tropas de la Unión, al avanzar hacia el Río Grande, marcharon hacia un territorio mexicano pacífico e intimidaron y ahuyentaron a los habitantes de aquella región. Era un hecho que el Fuerte Brown fué construído por soldados norteamericanos en terrenos algodoneros mexicanos. Era un hecho que la captura del capitán Thornton y de sus conmilitones por mexicanos se llevó a cabo en el suelo reconocidamente mexicano. Ante tales hechos concretos, expresados sin rodeos, él pidió que se le mostrase alguna ley de estado, ley de nación, ley moral, ley religiosa, cualquier ley, humana o divina, que los considerase no agresivos. Lincoln no podía admitir que hubiese perdido su significación el precepto que de antiguo tenía mandado no hacer a otro lo que para sí no se desease [15].

Lincoln cumplió sencillamente lo que tuvo por un deber frente al conflicto bélico precipitado por gobernantes de su país bajo el cielo de México. Entonces apareció en él un americano que veía en grande el destino de América: una América en la que las naciones se respetasen y se detuvieran ante los propios apetitos de tierras. Condenar el hecho de privar a

[14] CARL SANDBURG, *Abraham Lincoln. The Prairie Years,* New York, 1926, vol. I, p. 372.

[15] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. II, pp. 25-26.

México de parte de su suelo, aunque este hecho redundase en acrecimiento del área de su patria, equivalía a ser hombre de toda América.

4

Con la guerra entre los Estados Unidos y México pasó un agudo período de la acción parlamentaria de Lincoln. La contienda que hizo sangrar a hombres de ambos países vecinos fué para el representante por Illinois una amarga experiencia. Indudablemente, ganaban auge las dos expansiones que dividían la opinión nacional. La expansión territorial y la expansión esclavista, juntas o separadamente, seguían apareciendo en el fragor de la política y en las lucubraciones de los gobernantes. El conflicto bélico de la Unión con México quedaba atrás. En cambio, los factores que habían intervenido en su producción estaban presentes aún.

El representante liberal por Illinois estudió importantes asuntos sometidos a la consideración de la Cámara. Su parecer, oral o escrito, se manifestó sobre el servicio postal, las concesiones de tierras públicas y otros negocios nacionales. Por lo demás, el político se mantenía con los ojos abiertos y los oídos atentos. No debió de serle indiferente el ingreso de Horace Mann en la Cámara. Mann ocupó la vacante causada por la muerte de John Quincy Adams. La posición de Mann frente a la esclavitud de la raza negra tenía que impresionar la sensibilidad de Lincoln.

La presencia de Lincoln en Wáshington no fué un suceso cualquiera para la compañera de su vida. Mary Lincoln se había propuesto ascender por la escala de los triunfos de su marido, y hechos consumados correspondían a sus anhelos. Le produjo inusitada satisfacción, rayana en vértigo, ver al hombre a cuya suerte tenía unida la suya ocupando un asiento en el Congreso de la Unión. En la capital federal el matrimonio se alojó en una modesta pensión. Con lo que iba ahorrando en aquel tiempo Lincoln terminó de pagar las deudas resultantes de su fracaso como honrado mercader en Springfield [16].

El canje de las ratificaciones del tratado de paz entre México y los Estados Unidos, en 1848, permitió a Polk hacer un recuento del proceso expansionista de su patria en que él había intervenido. El crecimiento de la Unión en menos de cua-

[16] CARL SANDBURG AND PAUL M. ANGLE, *Mary Lincoln, Wife and Widow,* New York, 1932, pp. 64-65.

tro años era enorme: la anexión de Texas, el arreglo de los títulos sobre el Oregón y la conquista de los territorios de Nuevo México y Alta California habían dado a los Estados Unidos 1.193,061 millas cuadradas. Los restantes veintinueve Estados y la parte todavía no organizada de las Montañas Rocosas sumaban 2.059,513 millas cuadradas. Era evidente que tales conquistas equivalían a más de la mitad de la anterior área de la Unión. La extensión de ésta se aproximaba a la de Europa. exceptuada Rusia [17]. Polk podía sentirse contento de ser eficaz agente de la doctrina en que se basaba el Destino Manifiesto: como en la concepción de los prohijadores del Destino Manifiesto, la civilización norteamericana, afirmada en instituciones democráticas y republicanas, iba extendiéndose ilimitadamente. La inquietud de Lincoln ante el avance territorial de su país con merma de la superficie de México fijaba la responsabilidad de tamaño exceso en Polk y sus amigos. En efecto, dos consejeros de Polk —James Buchanan, Secretario de Estado, y Robert J. Walker, Secretario del Tesoro—, constreñían al Presidente a que agregase a los Estados Unidos la totalidad de México [18].

El conflicto entre los Estados Unidos y México había desembocado en una guerra de que resultó despojo. La víctima del despojo era México. Por supuesto, Polk no admitía en sus expresiones públicas tal idea de despojo, pero señalaba con fruición las conquistas territoriales logradas por la Unión. A otros se halló reservada la tarea de denunciar aquel desafuero del Destino Manifiesto. Ya se vió que Lincoln no se quedó solo en el Congreso. Fuera del Capitolio de Wáshington también tuvo compañía, excelente compañía: Henry David Thoreau, pensador y ciudadano de altas calidades, dejó oír su opinión sobre lo ocurrido al Sur del Río Grande.

Thoreau analizó la afirmación según la cual América había de ser la arena en que tendría efecto la batalla por la libertad. Creía que se exaltaba la libertad en un sentido meramente político. El hombre de los Estados Unidos podía estar escapando de las garras de un tirano político, pero todavía era esclavo de un tirano moral y económico. Los enemigos de una reforma en Massachusetts no eran los potentados del Sur, sino los comerciantes y agricultores del propio Massachusetts, más

17 JULIUS W. MULLER, *Presidential Messages and State Papers*, New York, 1917, pp. 1614-1615.

18 CARL SANDBURG, *Abraham Lincoln. The Prairie Years*, New York, 1926, vol. I, p. 369.

interesados en el comercio y en la agricultura que en la humanidad. Tales varones del Norte carecían de preparación para hacer justicia a los esclavos y a los mexicanos. Millares y millares tenían opinión opuesta a la servidumbre de la raza negra y a la guerra de conquista, y, sin embargo, se sentaban con las manos en los bolsillos, y decían que no sabían qué hacer, y no hacían nada, y subordinaban la cuestión de la libertad a la cuestión del comercio libre, y leían tranquilamente las listas de precios con las últimas noticias de México después de comer, y hasta se dormían sobre aquéllas y éstas. Lo que Thoreau denunciaba de manera tan clara y gráfica constituía el medio que circundaba a Lincoln en los días en que con su palabra y su pluma quiso evitar que su patria fuese enemiga del resto de América.

El desarrollo de la doctrina del Destino Manifiesto tuvo a su servicio a Stephen A. Douglas, que en el Senado de la Unión ostentaba la representación de Illinois en tanto Lincoln la compartía en la Cámara. Ambos personajes frecuentaban en política las mismas rutas o rutas muy cercanas entre sí. Habían emigrado a Illinois sin otro patrimonio que la voluntad de abrirse paso venciendo dificultades y reveses. Se habían encontrado en Vandalia, en el seno de la Legislatura del Estado. Habían salido para Wáshington con la autoridad otorgada por los votos de sus conciudadanos. La diferencia existente entre sus respectivas maneras de ver ciertas cuestiones nacionales, como la expansión territorial y la expansión esclavista, los situaba en campos diametralmente opuestos. Lincoln tenía demostrada su aversión a la idea de ensanchar el área de la Unión por malos procederes desde el día en que, en la Cámara de Representantes, habló sobre la guerra de México.

Capítulo IV

INVASIÓN DE CUBA

They were fighting against one of the worst governments inthe World; but their fault was that the real people of Cuba had not asked for their assistance; were neither desirous of, nor fit for civil liberty.

ABRAHAM LINCOLN.

1

James K. Polk cerró las puertas de su despacho en la Casa Blanca a las doce horas del día 10 de mayo de 1848. Poco después se vió precisado a conceder una nueva audiencia. Lo visitaron Stephen A. Douglas, senador por Illinois, y John O'Sullivan, ciudadano de Nueva York. Douglas y O'Sullivan fueron conducidos a la presencia de Polk por el deseo de apremiar a éste para que ejercitase una acción encaminada a adquirir de España la isla de Cuba. O'Sullivan leyó y dejó a Polk un papel explicativo de sus miras en favor de la medida aconsejada. Polk oyó los puntos de vista de Douglas y O'Sullivan. Consideró prudente silenciar su opinión sobre el asunto. No obstante no haber expresado su parecer, estaba resueltamente convencido de la conveniencia de que Cuba pasase a formar parte de los Estados Unidos [1].

El tratamiento de la cuestión de Cuba por el gobierno de los Estados Unidos en 1848 fué iniciado merced a la gestión apadrinada por Douglas, que, ganoso de incluir a la Isla en la aplicación de la doctrina del Destino Manifiesto sin pérdida de tiempo, puso en las manos de Polk el hilo de un negocio internacional muy acorde con las propensiones del Presidente con tanta energía censuradas por Lincoln. La solución

[1] MILO MILTON QUAIFE, *The diary of James K. Polk during his presidency, 1845 to 1849,* Chicago, 1910, vol. III, p. 446.

propuesta consistía en que la Unión adquiriese la Isla por título de compraventa. En Wáshington avanzó mucho. En Madrid fracasó por la rotunda negativa del gabinete de Isabel II [2].

El intento de que los Estados Unidos comprasen a Cuba llevado adelante por el gobierno de Polk se mantuvo en secreto hasta fines de 1848. El 18 de diciembre el Senado conoció una moción, firmada por Jacob W. Miller, de Nueva Jersey, encaminada a obtener del Presidente de la Unión que informase al propio Senado si Wáshington había iniciado negociaciones con Madrid para adquirir la Isla [3].

Miller sacó el proyecto de comprar a Cuba para la Unión de la esfera de los rumores y suscitó pronunciamientos graves. En el Senado llegó a anunciarse que el próximo Presidente de los Estados Unidos, ya electo, Zachary Taylor, era partidario declarado de la incorporación de la Isla a la Unión [4]. La suerte de la proposición de Miller fué sometida a votación nominal, y veintitrés senadores, triunfando contra diecinueve, determinaron suspender la discusión. Uno de los de Florida votó por la continuación del debate. Contrarios a su prosecución fueron algunos de los septentrionales. Stephen A. Douglas, el introductor de la cuestión de Cuba en los planes de Polk, quiso que se guardase silencio oficial sobre lo que era una aspiración suya. Thomas Corwin, que con tanto ardor había defendido a México en el Senado, apoyó a Miller.

En la discusión y votación que en el Senado provocó el rumor de que el gobierno de Polk había comenzado a negociar la compra de la más importante de las posesiones que en las Antillas conservaba España aparecieron alineados el Sur y el Norte en los opuestos extremos de uno de los problemas de la Nación. El Sur obstruyó el esclarecimiento de las actividades atribuídas al Presidente sobre Cuba: el Sur estaba al lado de Polk. El Norte quería luz: el Norte era adverso al propósito de que la Isla se agregase a la Unión [5]. Lincoln quedó entonces enterado de que la doble actividad de quienes querían más territorios para los Estados Unidos y mayor área para la esclavitud pretendía ejercitarse en Cuba, donde la privación de libertad de la gente de color era tenida por esencial para la subsistencia económicosocial del país.

[2] EMETERIO S. SANTOVENIA, *El Presidente Polk y Cuba,* La Habana, 1936, pp. 32-119.
[3] THE CONGRESSIONAL GLOBE, Washington, D. C., December 19, 1848.
[4] *Ibid.,* January 8, 1849.
[5] *Ibid.*

Una de las iniciativas desarrolladas por Lincoln en la Cámara de Representantes a principios de 1849 enfocó la prohibición de introducir esclavos en el Distrito de Columbia y la libertad de los que a partir de 1850 allí naciesen de madres esclavas [6]. La esclavitud y la trata en el Distrito de Columbia constituían motivos de escándalo nacional. En la propia Cámara, a raíz de haber emitido Lincoln su idea reformadora, Horace Mann echó sobre el Congreso la responsabilidad de que la ciudad de Wáshington fuese el Congo de América [7]. La proposición de ley de Lincoln, no prosperó, seguramente porque daba a una cuestión grave una solución prudente, a la manera de Henry Clay, cuyos principios y procedimientos tanto seguían influyendo en él.

La actitud adoptada por Lincoln ante la guerra de conquista llevada por los Estados Unidos a México influyó en su posición política. No en vano salieron de Illinois expresiones del descontento causado por la energía con que Lincoln había censurado la agresión del gobierno de Polk al país vecino. Se aproximaba el momento en que el Representante a la Cámara debía someterse a una nueva prueba electoral, y la opinión pública no se mostró propicia a posibilitar su continuación en el Congreso. Para quien se sentía satisfecho de obrar en armonía con sus convicciones esto no pudo tener los caracteres de un descalabro. En el peor de los casos era el alto precio que pagaba por ser leal a sus principios, virtud a la que él reconocía mucho más valor que a una posición oficial conservada a trueque de soterrar sentimientos de justicia fuertemente enraizados en su conciencia. La defensa de la integridad territorial de México costaba a Lincoln el sacrificio de su permanencia en el Poder Legislativo de la Unión, pero su espíritu se hallaba tranquilo: denunciando un desafuero de su país, lejos de realizar un acto de traición, como pretendieron hacer creer sus detractores, estaba velando por el decoro nacional y la paz internacional.

Al expirar el período para el cual había sido electo miembro de la Cámara de Representantes, en 1849, Lincoln regresó a Springfield. Desde Springfield pretendió obtener un alto cargo federal. Creyó que podía el presidente Zachary Taylor

[6] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol, II, pp. 96-100.

[7] THE CONGRESSIONAL GLOBE, Washington, D. C., February 23, 1849.

nombrarlo jefe de la Oficina General de Tierras. Sus gestiones cesaron ante las dilaciones y dificultades que se oponían a su aspiración administrativa.

Los húngaros batallaban por romper las cadenas que los aherrojaban. La noble causa iba apasionando a los hombres justos de todas partes. En Springfield halló entusiasmos y adhesiones. La pluma de Lincoln se movió para poner sobre el papel los acuerdos adoptados en un mitin celebrado allí en septiembre de 1849. Los asistentes de aquel acto no se contentaron con significar su simpatía y admiración hacia la gloriosa lucha de los húngaros por su redención. El documento redactado por Lincoln expresó que el reconocimiento de la independencia de Hungría por el gobierno de los Estados Unidos era un deber de los americanos libres para con la libertad republicana [8].

3

La vuelta de Lincoln a Springfield se distinguió por el vigor de su actividad intelectual. Quiso progresar en el conocimiento de las matemáticas para acendrar sus saberes. Reanudó el estudio y la práctica de las leyes. Parecía olvidarse de la existencia de la política. Pero no se aisló. El ejercicio de la abogacía lo llevaba de un lado a otro sobre las praderas de Illinois. A veces pernoctaba en posadas campestres. Entonces se encontraba en su elemento. Gozaba a sus anchas, y quienes lo rodeaban eran partícipes de su alborozo. Con las expansiones de su espíritu corrían parejas sus excelencias como intérprete de las leyes. Lo mismo en lo civil que en lo criminal demostraba su capacidad y su habilidad.

No era un letrado apegado al mero interés material; no lo atraían más los asuntos en que alcanzaba brillantes éxitos que aquellos en que llevaba la peor parte. A sí propio se dió reglas de oro. Ajustó su conducta al principio de que la diligencia debía ser compañera inseparable de su ministerio: no dejaba para luego lo que podía hacer inmediatamente. No alentaba pleitos. No exigía honorarios exorbitantes. Pensaba que en las cosas de justicia era ineludible la obligación de mantenerse honesto: quien no se sintiese capaz de ser un abogado honrado tenía que decidirse a ser honrado sin ser

[8] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. II, pp. 127-128.

abogado. El honrado abogado de Springfield, el honrado Abraham Lincoln, ganaba litigios, dinero y reputación.

La desgracia visitó el hogar de Lincoln a principios de 1850. El segundo de sus hijos, Edward Baker, voló al Cielo. Padre y madre se confundieron en la aflicción. El niño, que no había cumplido aún cuatro años de edad, al quedar sus restos materiales sepultados en la tierra de su nacimiento, aumentó el apego de su genitor a Springfield.

Desde Springfield observó Lincoln con ansiedad los pasos de un nuevo empeño de Henry Clay para evitar la desintegración de los Estados Unidos a causa de la expansión de la esclavitud de la raza africana. En el debate desarrollado en el Senado de la Unión intervinieron viejos rivales: el propio Clay, John C. Calhoun y Daniel Webster. Calhoun se hallaba tan extremadamente enfermo, tan próximo a la tumba, que careció de fuerzas físicas para pronunciar el discurso que sus potencias espirituales acababan de inspirarle y que por encargo suyo leyó el senador James M. Mason, de Virginia. Webster participó en el debate en una forma que lo privó de prestigio y popularidad en el Norte y de la estimación de hombres como Emerson, quien dejó de tenerlo por su héroe. Clay, que prohijó el acuerdo adoptado, sufrió la acusación de haber obrado a impulsos de su deseo de ser Presidente [9]. El arreglo de 1850 admitió a California como Estado, estableció gobiernos territoriales en Utah y Nuevo México, comprendió medidas sobre devoluciones de esclavos fugitivos y prohibió la trata en el Distrito de Columbia, aunque sin abolir la servidumbre en el mismo existente [10]. Lo último se hallaba especialmente en armonía con lo propuesto por Lincoln el año anterior en la Cámara de Representantes. Lo demás, el resto del esfuerzo realizado por el hombre que era su ideal de estadista, no se apartaba mucho de sus anhelos de allanar dificultades para salvar a la Unión, tan frecuentemente colocada en peligro por quienes no se conformaban con el noble y alto trabajo de solidarla bajo la creciente preponderancia de la libertad.

[9] NICHOLAS MURRAY BUTLER, *Building the American Nation,* New York, 1939, pp. 227-228.

[10] *Ibid.,* p. 215.

Era inevitable que se mezclasen turbias miras con limpias ideas en una época de perplejidad y lucha como la que los Estados Unidos vivían a mediados del siglo XIX. Narciso López, general de los ejércitos españoles, se hallaba refugiado en los Estados Unidos desde que tuvo que salir precipitadamente de Cuba al ser descubierta una conspiración, por él dirigida, para rebelar a la Colonia contra la Metrópoli. En la Unión organizó una expedición armada, y en mayo de 1850, en los días en que el acuerdo propulsado por Clay sosegaba a unos ciudadanos y enardecía a otros, partió en el barco de vapor *Creole* con rumbo a Cuba y tomó la ciudad de Cárdenas, en la costa septentrional de la región central de la Isla. La resistencia hecha a López le obligó a reembarcar y volver a los Estados Unidos. Este regreso alcanzó inusitada resonancia en la Unión. Realidades y acontecimientos entonces recientes ocuparon la memoria de muchos hombres: los fermentos revolucionarios exhibidos en Cuba, la frustrada tentativa de obtener de España que vendiese esta Antilla a los Estados Unidos, el debate en el Senado sobre tan grave propósito, el envalentonamiento de los esclavistas del Sur y la existencia de la esclavitud en la Isla. A todo eso se añadía una gran revelación: ya se sabía que era sencillamente posible llegar a invadir a Cuba con gente equipada y despachada en los Estados Unidos.

La diversidad de los factores que intervenían en la cuestión de Cuba produjo mucha confusión. López y sus allegados políticos querían sincera y ardientemente la independencia de la Isla, pero no era posible decir lo mismo de algunos de los que en los Estados Unidos se manifestaban entusiasmados ante la presunción de lo que ocurriría en Cuba en momentos más o menos próximos. Detrás de la aspiración de privar a España de lo mejor del resto de su imperio colonial había designios decorosos y pensamientos tortuosos. Un acérrimo adversario de la extensión de la esclavitud de la raza negra, Charles Sumner, calificó de afrentosa para los Estados Unidos la expedición que había arribado a Cuba y capturado a Cárdenas [11]. Una nueva teoría se propagaba en los Estados Unidos: el establecimiento del trabajo libre en Cuba podría ser una razón para que esta Antilla pasase de las ma-

11 EDWARD L. PIERCE, *Memoir and letters of Charles Sumner*, Boston, 1893, p. 216.

nos de España a las de una potencia peligrosa para América [12]. Por consiguiente, los ambiciosos de tierras y los enemigos de la libertad humana fijaban sus ojos en la adquisición de Cuba como medida de seguridad para sus intereses y proyectos.

López fué sometido a juicio en los Estados Unidos con motivo de las actividades que habían culminado en la expedición guerrera contra la dominación de España en Cuba. La opinión pública se puso a su lado. El proceso, sin consecuencias lesivas para él, aumentó su popularidad y las posibilidades de un nuevo empeño para invadir la Isla.

En 1850 se acentuó la propensión de Lincoln a reflexionar sobre cosas superiores. Las cataratas del Niágara excitaron su imaginación. Las reglas de conducta que había concebido para el ejercicio de la abogacía se adentraron tanto en su modo de ser y proceder que creyó conveniente llevarlas al papel. Hasta se entregó a la tarea de preparar notas para lecturas públicas. Los frutos de su trabajo intelectual, a su entender, no eran exclusivamente suyos: a todos pertenecían y a todos debían ser ofrecidos.

Se despedía el año de 1850, tan lleno de tristezas íntimas e inquietudes por la suerte de la Nación, cuando la alegría reapareció en Lincoln. Su mujer alumbró el tercero de sus hijos. Con el nombre de William Wallace quedó señalada esta nueva prolongación de la familia del honesto Abraham Lincoln.

John D. Johnston, hermanastro de Lincoln, le rogó que le prestase ochenta dólares. El caso tenía precedentes. El peticionario siempre advertía que iba a salir de apuros de una vez por todas, y jamás dejaba de estar con el agua de las deudas hasta el cuello. Lincoln, ya escarmentado, le escribió una extensa carta. Le negó el préstamo. Le advirtió que procedía mal ofreciendo sus tierras en garantía, porque, si con ellas pasaba privaciones, ¿cómo iba a vivir en perdiéndolas? Le afeó su ociosidad. Le aconsejó que trabajase con fe y ahinco para ganar un buen jornal y para pagar con su sudor y fatiga algunas de las cantidades que debía. Le prometió una recompensa: al cabo de cuatro meses le donaría una suma igual a la que el cuitado obtuviese con el esfuerzo de sus brazos. El hijastro de Sarah Bush se dirigió al hijo de Sarah Bush

[12] GEO BANCROFT, *The Life and Character of Abraham Lincoln* in JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln*, Lincoln Memorial University, vol. VIIII, p. XIV.

como lo hubiera hecho un personaje bíblico. La sencillez y la sinceridad eran fidelísimas compañeras de Lincoln.

La suerte jugaba con este hombre virtuoso. El dolor volvió a apoderarse de él en enero de 1851. Su padre, que era como un viejo árbol trasplantado a las praderas de Illinois, cayó derribado por los años en el condado de Coles. El hijo de Thomas Lincoln asumió entonces una obligación más: la obligación de ayudar a vivir a Sarah Bush. Su celo ejemplar tuvo por vehículo el propósito de que su segunda madre, la que tanto lo había apoyado en el anhelo de ser un hombre útil, no sufriese privaciones en la nueva viudez.

5

En Cuba algunos hombres de ideas avanzadas laboraban con designios semejantes a los que movían a Narciso López y sus seguidores en los Estados Unidos. El 4 de julio de 1851, como para enlazar el acontecimiento antillano con la conmemoración de la Declaración de Independencia de la Unión, Joaquín de Agüero inició en Camagüey una insurrección contra la soberanía de España en Cuba. Agüero había emancipado a los esclavos heredados de sus mayores y se había ocupado en instruir a la gente ignorante de su país: dos determinaciones que, haciendo de él un criollo excepcional, se hallaban en pugna con la política colonial imperante en Cuba. El movimiento de Camagüey desafió el aparato bélico mantenido por la Metrópoli en la Isla, y Agüero, el alterador que pretendía introducir en su patria el señorío de la democracia republicana, cayó en desgracia y fué fusilado con tres de sus compañeros de armas.

En tanto Cuba era agitada por esfuerzos internos, en los Estados Unidos se multiplicaron los aprestos para atacar el poder de España en la Isla. Aunque oficialmente se condenó y contrarrestó la intensa actividad revolucionaria desarrollada en torno a Narciso López, éste logró partir de la Unión a principios de agosto de 1851, en el buque de vapor *Pampero,* con cerca de quinientos individuos, en demanda de aguas y tierras cubanas. Muchos de ellos eran norteamericanos. El primer regimiento de artillería se hallaba a las órdenes de William L. Crittenden, graduado en la academia militar de West Point y coronel en la guerra entre los Estados Unidos y México. El *Pampero* arribó el 12 de agosto a las Playitas del

Morrillo, en la costa septentrional de la región occidental de Cuba.

Los hombres mandados por Crittenden chocaron con tropas españolas, que los vencieron y desconcertaron. Crittenden regresó al mar y en frágiles botes embarcó con William Scott Haines y cincuenta compañeros más. Los fugitivos fueron descubiertos en el cayo Lebisa por el buque de guerra *Habanero,* aprehendidos el 13 de agosto y conducidos a La Habana. El Capitán General vaciló acerca de la pena que debía imponer a los prisioneros. Un personaje influyente lo indujo a ordenar la muerte de ellos en masa [13]. El 16 de agosto, en las faldas del castillo de Atarés, en La Habana, soldados españoles fusilaron y mutilaron a Crittenden y cincuenta de sus compañeros. En esta matanza perecieron cuarenta naturales de los Estados Unidos, cuatro de Irlanda, uno de Escocia, dos de Hungría, uno de Italia, uno de Filipinas y dos de Cuba[14].

Las noticias procedentes de Cuba en relación con la suerte de los expedicionarios del *Pampero* levantaron protestas de diversa índole en los Estados Unidos. En el Sur los tumultos adquirieron caracteres alarmantes. Hasta en ciudades apartadas se celebraron reuniones públicas para adoptar resoluciones sobre los sucesos de la Isla. En Baltimore se organizó una parada en la que se execró al cónsul de los Estados Unidos en La Habana por su lenidad ante la matanza de Atarés. En Filadelfia se tomaron acuerdos concretos. Salieron de una asmblea popular. Comprendieron los siguientes pronunciamientos, considerados obligatorios para el Congreso y el Presidente de la Unión: a) demandar de España la retirada de las tropas destinadas a la Isla y la concesión a ésta de amplias libertades en lo político, lo religioso y lo económico; b) abolir las medidas contrarias a la intervención armada de ciudadanos de los Estados Unidos en la lucha de un pueblo de América contra la opresión de una potencia europea; c) obtener de España satisfacción por la matanza de ciudadanos de los Estados Unidos que habían prestado sus servicios a la libertad de Cuba, en una causa semejante a la defendida por Lafayette y sus seguidores, y el castigo de los

13 JOSÉ IGNACIO RODRÍGUEZ, *Estudio histórico sobre el origen, desenvolvimiento y manifestaciones prácticas de la idea de la anexión de la isla de Cuba a los Estados Unidos de América,* La Habana, 1900, p. 161.

14 ANDERSON C. QUISENBERRY, *Lopez's Expeditions to Cuba. 1850 and 1851,* Louisville, Kentucky, 1906, p. 87.

autores de actos que los reunidos diputaban atentatorios a la civilización [15].

La invasión de Cuba había sacudido a porciones importantes de la población norteamericana. Tales movimientos podían ser aprovechados por ciudadanos de alto oficio para adoptar determinaciones graves. Políticos respetables no apartaban su atención del gobierno de Wáshington ni de ciertos personajes. Abraham Lincoln, desde el observatorio que era Springfield, midió el alcance de acontecimientos y propensiones que afectaban la existencia nacional. Charles Sumner, aun en instantes en que notaba calma en las esferas oficiales en cuanto a la Isla, presumió que próximamente en el Congreso aparecerían iniciativas encaminadas a adquirir esta posesión española y supuso que el asunto formaría parte de algún programa en la siguiente elección presidencial [16]. Horace Mann expresó categóricamente su opinión cuando dijo que Douglas, senador por Illinois y aspirante a la Casa Blanca, incluía a Cuba en el conjunto de sus ofrecimientos al Sur [17].

Acciones y reacciones sostenían y negaban la eficacia del compromiso nacional de 1850 —presentes se hallaban las tentaciones sobre Cuba— cuando sobrevino la muerte de Henry Clay. Este infausto suceso sacó a Lincoln del retraimiento a que se había acogido. El 16 de julio de 1852, en Springfield, hizo el elogio de su mentor político. No recordó solamente lo que sus conciudadanos le debían como defensor de la libertad y la grandeza nacionales: recordó también los servicios prestados por el estadista ido a la independencia de la América del Sur y a la cooperación hemisférica en una época de incertidumbre y tibiezas. Los discursos y las decisiones de Clay habían estado a la altura de las armas de Bolívar [18]. Por lo demás, Lincoln fué el panegirista natural de Clay. En la lucha de propósitos e intereses que amenazaba la integridad de la Unión, con desconocimiento de sus esencias republicanas y democráticas y olvido del significado de la Declaración de Independencia, Lincoln sentía con frecuencia sobre su espíritu el peso de duelos y quebrantos análogos a los soportados por

15 ROBERT GRANVILLE CALDWELL, *The Lopez's Expeditions to Cuba. 1848-1851,* Princeton, 1915, pp. 115-116.

16 EDWARD L. PIERCE, *Memoir and letters of Charles Summer,* Bos ton, 1893, p. 111.

17 [MARY TYLER PEABODY MANN], *Life of Horace Mann,* Boston, 1865, p. 354.

18 JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. II, pp. 155-177.

Clay, y en su bello ideal de hombre de Estado encontraba consolaciones, orientaciones y estímulos.

Lo ocurrido en La Habana con motivo de la invasión de Cuba continuó siendo en los Estados Unidos motivo de comentarios y pronunciamientos, a veces en extremo graves. De nuevo se exhibían discrepancias fundamentales entre Abraham Lincoln y Stephen A. Douglas. Lincoln sostenía que todo pueblo que se sintiese dispuesto a ser independiente y con fuerzas para luchar poseía el derecho de levantarse, expulsar al gobierno detentador de su suelo y adoptar el más conveniente a sus intereses: valioso y sacratísimo derecho llamado a dar la libertad al Mundo entero [19]. Douglas esperaba que Cuba entrase a formar parte de la Unión por efecto de la ley del Destino Manifiesto [20]. El juicio de Lincoln, emitido como tesis genérica, podía ser o no ser aplicable a la sociedad cubana de mediados del siglo XIX. El vaticinio de Douglas, mantenido ante un caso específico, estaba inspirado por la codiciada Antilla. De todos modos, Lincoln y Douglas pensaban de manera enteramente distinta acerca del porvenir de Cuba.

6

La Convención Nacional del Partido Demócrata se reunió, en 1852, en Baltimore. El nombre de Douglas sonó allí y concentró sobre sí bastante atención. Su preeminencia lo convirtió en factor de armonía y fuerza para sus correligionarios. Douglas pronunció su primer discurso en apoyo de la elección presidencial de Franklin Pierce en Richmond, en Virginia. Habló de ciertos pormenores de la vida nacional. Uno de éstos era el fusilamiento de medio centenar de norteamericanos en la ciudad de La Habana el año anterior. El orador llegó a dos conclusiones: a) acertados o equivocados, aquellos ciudadanos de los Estados Unidos habían sido aniquilados con violación de pactos internacionales que España se hallaba obligada a respetar; b) el gobierno de Wáshington debía exigir al de Madrid una satisfacción por la matanza de Atarés [21].

El Springfield Scott Club preparó un acto para el 14 de agosto de 1852. Un hombre joven, Tompkins Bush, estaba

19 *Ibid.,* vol. II, pp. 338-339.

20 ALLEN JOHNSON, *Stephen A. Douglas. A study in american politics,* New York, 1908, p. 396.

21 PAUL M. ANGLE, *New Letters and Papers of Lincoln,* Boston and New York, 1930, p. 85.

encargado de hablar allí, pero se excusó por hallarse aún convaleciente de una grave enfermedad. Lincoln lo sustituyó. Pronunció un largo discurso, comenzado la noche del 14 de agosto y terminado, en una nueva reunión, el día 26. En la segunda parte se refirió a las apreciaciones de Douglas con ocasión del fusilamiento de medio centenar de norteamericanos en La Habana [22].

No se detuvo Lincoln a discutir si aquellas muertes se habían consumado con violación de un tratado existente entre los Estados Unidos y España. Por un claro principio de derecho público, le parecía abusivo aplicar penas sin formación de proceso alguno. Los ajusticiados habían sido privados del derecho a defenderse. Todavía más: el exterminio perpetrado fué completamente innecesario e inhumano [23]. Pero convenía situar debidamente la cuestión. ¿Cuál era la doctrina aplicada a los fusilados en las faldas del castilo de Atarés? ¿Eran ciudadanos norteamericanos en el momento de la ejecución? En rebeldía contra España, que no se encontraba en guerra con la Unión, ¿no habían renunciado a la autoridad y protección de los Estados Unidos? En este caso, juzgados como si hubiesen sido naturales de Cuba, los Estados Unidos carecían de acción para demandar de España la satisfacción apuntada por Douglas.

Lincoln consideró en otro aspecto la actitud de Douglas. Aceptaba que él, Lincoln, estuviese equivocado al juzgar la demanda del Senador y admitía la procedencia de exigir a España una reparación por el fusilamiento de ciudadanos de los Estados Unidos en Cuba. ¿Cuál sería la índole de la reparación? No pecuniaria, ciertamente. ¿Una repudiación del acto por el gobierno de España, con el castigo de sus perpetradores? Esto parecía imposible, dado el carácter del caso. La reparación, de haberse pedido, debió producirse como consecuencia de un estado de guerra. Si Douglas pensaba que existía causa para una guerra, suya era la responsabilidad de la omisión, por no llevar al Senado la proposición de romper las hostilidades con España. Según la constitución de los Estados Unidos, el Congreso, no el Presidente, declaraba la guerra. Douglas formaba parte del Senado, y, sin embargo, no tomó iniciativa alguna. Su silencio probaba que en él podía más la inclinación a trabajar por una elección presi-

22 *Ibid.*
23 *Ibid.*, p. 105.

dencial que el deseo de vindicar el honor de la Unión o vengar la sangre de sus ciudadanos [24].

Lincoln no se ciñó a calificar de innecesaria e inhumana la matanza de Atarés. También puso su mente en la raíz de la actitud de los hombres allí sacrificados. Cuba soportaba como régimen permanente el organizado bajo una autoridad militar. La esclavitud de la raza negra no sólo era conservada en la Isla, sino incrementada de continuo por el ilícito comercio de carne africana. La voluntad del Capitán General constituía la ley suprema de la Colonia. La producción del país estaba sujeta a procedimientos concebidos para enriquecer a unos pocos a costa de los demás. Política, social y económicamente vivía Cuba una civilización retrasada. Lincoln resumió todo esto cuando dijo que los fusilados en las faldas del castillo de Atarés, en La Habana, habían peleado contra uno de los peores gobiernos del Mundo [25].

El haber peleado contra un gobierno pésimo no justificaba suficientemente, en opinión de Lincoln, la conducta de los hombres salidos de la Unión para Cuba en son de guerra. Ellos obraron con error al escuchar exhortaciones que no partían del verdadero pueblo de Cuba. En realidad, los planes insurreccionales acerca de Cuba eran obra de minorías, como casi siempre lo fué en el curso de la Historia todo movimiento dirigido a remover intereses creados y a elevar el nivel de sociedades humanas. Lincoln afirmó que el pueblo de Cuba no deseaba su libertad.

El notable político de Springfield no creía preparada la Isla para vivir bajo un régimen de libertad [26]. A juicio tan extremo lo indujo el conocimiento de la inactividad de los criollos ante los esfuerzos organizados en pos de la independencia. Graves realidades confirmaban su falta de fe en la capacidad de los cubanos para el gobierno propio. Aun habituado a presenciar los vicios colectivos de la Unión y los desafueros fomentados a la sombra de la esclavitud, a conclusiones negativas lo llevaron ciertos hechos corrientes en Cuba. La existencia de los habitantes de Cuba se hallaba a merced del capricho o de la brutalidad de quienes mandaban. El territorio de los Estados Unidos era asilo de hijos de Cuba perseguidos en la Isla por aspirar a que su país alcanzase suerte mejor.

24 *Ibid.*, p. 106.
25 *Ibid.*, p. 105.
26 *Ibid.*

En aquel año, el de 1852, a raíz de discutir Lincoln opiniones emitidas por Douglas con motivo de sucesos que habían conmovido a Cuba y a importantes grupos de los Estados Unidos, el senador por Illinois volvió a hablar de la Isla. Esta vez lo hizo en términos que redimieron de lo vulgar un largo discurso pronunciado para complacer a quienes pretendieron que él trazase los lineamientos de una sana política democrática. Tres medios señaló para que, por uno cualquiera de ellos, Cuba fuese agregada a la Unión: a) cuando el pueblo de la Isla se mostrase merecedor de la libertad, estableciendo y manteniendo la independencia, y pidiese la anexión, tendría que ser anexada; b) cuando España estuviese en disposición de vender a Cuba, en prestando sus habitantes el consentimiento, los Estados Unidos debían aceptar la transmisión en justas condiciones; c) si España se viese constreñida a ceder su mejor Antilla a la Gran Bretaña o a otra potencia europea, la Unión se hallaría en el caso de tomar y conservar esta colonia de todas maneras [27]. Las nuevas conclusiones de Douglas, que respondieron al eco dejado por la invasión de Cuba, chocaban con las ideas de Lincoln sobre la convivencia americana.

Los anhelos de prosperidad patria alentados por Lincoln se detenían ante la propensión a que los Estados Unidos se adueñasen de tierras sobre las cuales existían o era posible que existiesen elementos idóneos para sostener gobiernos propios. Las proposiciones expresadas en 1852 por Douglas acerca de Cuba se dirigían a satisfacer el deseo de que esta Antilla llegase a ser una posesión norteamericana. Lincoln no había admitido la probabilidad de que Cuba fuese internacionalmente soberana. Pero su manera de pensar sobre la expansión territorial y la política exterior de su país era tan clara y conocida que no cabía atribuirle designios absorbentes y contrarios a los de los cubanos que querían crear en Cuba una nación libre e independiente.

27 ALLEN JOHNSON, *Stephen A. Douglas. A study in american politics*, New York, 1908, p. 208.

Capítulo V

POLÍTICA REPUBLICANA

> *I believe this government cannot endure permanently half slave and half free. I do not expect the Union to be dissolved —I do not expect the house to fall— but I do expect it will cease to be divided.*
>
> ABRAHAM LINCOLN.

1

En una de aquellas expresiones que tan bien reflejaron su sabiduría, Lincoln advirtió que él ignoraba quién había sido su abuelo y que le interesaba mucho más saber qué sería el nieto de su abuelo. ¿Negaron estas palabras importancia a la genealogía como valor moral, o a la continuidad de la familia, o al respeto debido a los mayores? Ni el pensamiento ni la conducta del autor de tales frases se apartaron del deber de honrar a sus antepasados. Así se vió, entre muchas veces, al advenir, en abril de 1853, el cuarto de sus hijos. ¿Qué nombre le fué puesto? Padre y madre estuvieron contentos en llamarle Thomas en memoria de Thomas Lincoln, ausente de entre los vivos hacía veintiséis meses.

Después de una década de matrimonio el esposo había pasado por muchas pruebas adversas. La mujer no pudo escapar de las garras de la impetuosidad, una impetuosidad a veces rayana en insania. Con sus violencias solía intimidar a doncellas, mensajeros y tenderos. Con su incomprensión de cuando en cuando abrumaba al marido. Verisímiles fueron los relatos según los cuales ella lo persiguió con una escoba en cierta ocasión y le echó un cubo de agua a la cabeza desde la ventana de un piso alto en un momento en que él esperaba que le abriese la puerta de su casa. Un día, acaso el único en lo que llevaba de vida conyugal, el consorte perdió

los estribos ante el pésimo humor de su compañera: la asió por un brazo y le enseñó por dónde debía salir a la calle. El desgraciado suceso consternó a quien no había podido resistir una de las embestidas a que estaba acostumbrado: Lincoln se sintió atormentado por la vergüenza que le producían sus pensamientos, se abstuvo de comer, no pudo dormir y se hundió durante largas horas en la desesperación. Pero aquello pasó, y pasó, según el propósito del triste, para no volver [1].

El espíritu de Lincoln se hallaba limpio de soberbia, rencor y odio. Por temperamento, la caridad en su más amplia acepción era su guía. Por convicción, amaba al prójimo como a sí propio. Por autoeducación, el libro de Job lo inducía a ser varón recto y justo. Por generosidad, estas virtudes se acendraron al servicio de la paz conyugal. Lincoln adecuó sus procederes a la necesidad de soportar los irremediables excesos y defectos de su esposa. Conocía perfectamente los males que la hacían sufrir. Las frecuentes irritaciones de ella provenían de violentos e incurables dolores de cabeza. La infeliz empezaba por encolerizarse y acababa por acongojarse bajo el peso de desórdenes físicos arraigadísimos y de disturbios mentales repentinos. Sus histéricas estridencias la abochornaban. La aparición de un arrebato presagiaba una dulce calma. El marido vencía las mayores dificultades a fuerza de paciencia y comprensión, que Mary Lincoln era la primera en reconocer y agradecer [2].

El honesto abogado de Springfield utilizaba sabias normas para preservar el sosiego doméstico. Cuando cortejaba a Mary Todd y en los comienzos del matrimonio, él la había hecho responder por el nombre de *Molly*. Después, apenas empezó a tener prole, la llamó *Mother*. A veces una tormenta por ella levantada se aplacaba y extinguía con una sola palabra de él: *¡Mother!* En días de perturbación atmosférica Lincoln regresaba apresuradamente a su casa, puesto que sabía que semejantes fenómenos físicos enfermaban y aterrorizaban a su mujer. De una buena filosofía conyugal dió muestra el paciente letrado el día en que fué consultado por un marido que deseaba eliminar la dificultad creada por su esposa al obstinarse en que se cortara un árbol que había en el patio de su morada. El cónyuge que se adaptaba a las exigencias feme-

[1] CARL SANDBURG AND PAUL M. ANGLE, *Mary Lincoln, Wife and Widow,* New York, 1932, pp. 67-71.
[2] *Ibid.,* pp. 67-68.

ninas del hogar aconsejó a su cliente, que, por el amor de Dios, cortase aquel árbol [3].

Marido y mujer, al cabo, mantenían el hogar con el santo propósito de vivir conforme a los preceptos dictados por el apóstol de Tarso. Se guardaban fidelidad. Se socorrían recíprocamente. El marido protegía a la mujer. La mujer obedecía al marido. Sí, en definitiva, ella lo obedecía. Y lo amaba sin tasa. Y ambicionaba su gloria, la gloria de él, como la cosa para ella más dulce y seductora.

Los años iban haciendo a Lincoln más dueño de sí. Su espíritu se elevaba a regiones superiores. Este místico solía caer en algo que los demás tenían por indolencia o por sueños disolventes. Con frecuencia la melancolía embarazaba su ambición. Pero a su lado se hallaba una recia voluntad, que lo despertaba y rehacía: era la voluntad de Mary Lincoln. Ella le ayudaba a desarrollar su personalidad en una forma no exenta de misterio. La voz de su mujer debió de hablarle con insistencia del destino que le estaba reservado. Un hombre de su tenacidad, de sus virtudes, de sus fuerzas internas, de su desasimiento y de su apego a la justicia no podía quedar vegetando en las praderas de Illinois mientras su pueblo, por obra de atrevimientos y alucinaciones, crecía como para alcanzar talla de gigante.

2

Gobernantes y políticos de los Estados Unidos no ocultaban sus miras egoístas respecto de las Antillas y la América del Centro. Las tierras bañadas por el Caribe excitaban la codicia de los expansionistas y acuciaban el celo de los esclavistas. Sentimientos e intereses que rebasaban las fronteras físicas y morales de la Unión buscaron ámbito benigno en colonias y repúblicas de habla española.

La anexión de Cuba a los Estados Unidos apasionó particularmente a los seguidores de la doctrina del Destino Manifiesto, a despecho del fracaso de las expediciones de Narciso López, inspiradas por el patriotismo de algunos y favorecidas por el egoísmo y el desenfreno de otros. Los primeros años de la segunda mitad del siglo XIX fueron fecundos en lucubraciones e intentos consagrados a enriquecer el patrimonio nor-

[3] *Ibid.*, pp. 68-72.

teamericano con la principal de las Antillas[4]. Estas manifestaciones del ansia de aumentar el área nacional tenían que llamar la atención de Lincoln, cuyas ideas sobre tal inclinación no habían cambiado.

La América del Centro era manjar muy apetecido por los hambrientos de tierras en los Estados Unidos. Las insuficiencias y calamidades de la política interior de las pequeñas repúblicas del Continente y su cercanía a la Unión conspiraban contra su seguridad exterior en una época en que la usurpación de suelos ajenos constituía un acto lícito para muchos americanos de habla inglesa. Los que reprobaban excesos colectivos de esa laya, como Lincoln, hasta eran tenidos por patriotas tibios, incapaces de comprender la función histórica de los Estados Unidos a la manera en que la veían y apreciaban los enemigos de una honesta convivencia hemisférica.

El intenso trabajo dedicado a lograr la adquisición de nuevos territorios ocupó asimismo la esfera de acción de la opinión pública. En la calle se discutía libre, amplia e insistentemente. Esto pudo influir en la alteración de la idea de que los Estados Unidos comprasen a Cuba: el gobierno de Wáshington pareció dispuesto a apoyar el advenimiento de una república en la Isla. En 1853, bajo la administración del presidente Franklin Pierce, en instruciones dadas por el Secretario de Estado a Pierre Soulé, designado Ministro en España, se reconoció el derecho, la necesidad, la utilidad y la procedencia de que Cuba pasase de la condición de colonia a la de nación soberana. La misión encomendada a Soulé obedeció al deseo de eliminar el foco de frecuentes inquietudes y dificultades que para los Estados Unidos era Cuba en poder de España. Pero el carácter impetuoso del legado, las circunstancias que rodearon su nombramiento, la expectación que despertó y la índole de ciertos intereses políticos situados detrás de todo aquello, lejos de favorecer la apuntada solución, concurrieron a crear la presunción de que el gabinete de Wáshington procuraba romper con el de Madrid[5]. Los ecos de las expansiones populares a que dió lugar la elección diplomática recaída en Soulé debieron de llegar hasta el notable ciudadano de Springfield como un toque de alarma.

[4] HERMINIO PORTELL VILÁ, *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España,* La Habana, 1939, vol. II, pp. 18-25.
[5] *Ibid.,* p. 28.

3

Con los peligros de la política exterior se manifestaron los de la política interior al advenir el año de 1854. Lo estrenó Stephen A. Douglas con el informe que rindió al Senado acerca de Nebraska. So color de robustecer el derecho de cada Estado para decidirse en favor o en contra de la esclavitud en su suelo, se creó la llamada soberanía del algodón. No la inventó Douglas, pero él la prohijó con el designio de aplicarla en grande escala. En lo sucesivo serían los votos de una región, y no los del Congreso de la Unión, los autorizados para pronunciarse sobre un negocio público de la magnitud de la condición servil de parte de la población de la propia comarca. Con semejante principio era incompatible la subsistencia del viejo compromiso del Missouri, que fijaba la línea divisoria de las dos fracciones del país donde se consentía y donde se rechazaba la inhumana institución. El primer día de 1854 encontró a la esclavitud de la raza africana excluída de más de la mitad de los Estados por sus respectivas constituciones y de la mayor porción del territorio nacional por prohibición del Congreso, y media semana después comenzó la contienda [6].

Las ideas de Douglas favorables a la soberanía del algodón tuvieron detrás los votos de la mayoría del Congreso —un Congreso que abandonaba atribuciones que le eran privativas, según opiniones muy respetables— y desembocaron en la ley Kansas-Nebraska, destinada a organizar el gobierno local en los vastos territorios yermos situados al Oeste y el Noroeste del Missouri [7]. La ley Kansas-Nebraska presagió una terrible tormenta. Borró sacrificios y humillaciones del Norte, retiradas del Sur, acuerdos, transaciones. Dejó en completa desnudez la gravedad de los intereses desencadenados [8]. Eliminó el equilibrio entre el Norte y el Sur. El pueblo del Norte quedó fuertemente alterado. La campaña antiesclavista adquirió energía suma. La hora del despertar sonó para algunos hombres. Abraham Lincoln salió de su retraimiento.

En 1854 Lincoln tenía lograda una excelente reputación en Illinois como consecuencia de su dedicación al estudio y a

[6] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. III, p. 3.

[7] NICHOLAS MURRAY BUTLER, *Building the American Nation,* New York, 1939, p. 238.

[8] ENRIQUE PIÑEYRO, *Hombres y Glorias de América,* París, 1903, p. 25.

la práctica de las leyes y por efecto de su honrado comportamiento en el foro. El abogado comprendió el deber de dar paso a nuevas actividades del ciudadano. El hombre cuya desgarbada e impresionante figura se perfilaba en las praderas de Illinois era ambicioso, reflexivo, probo y sempiterno buscador de la verdad. Comprendía de manera admirable el sentimiento dominante acerca de la esclavitud en los Estados del Sur y en las zonas limítrofes [9]. Situaba en el trabajo libre la inspiración de la esperanza, ausente en la esclavitud. Diputaba maravilloso el poder de aquélla sobre el esfuerzo humano y sobre la felicidad. Para hacer pública su oposición a la extensión de la esclavitud de la raza negra en los territorios libres, bajo la pesadumbre y la inquietud que le causaba la ley Kansas-Nebraska, pronunció un discurso, el 16 de octubre de 1854, en Peoria.

Lincoln habló en Peoria para refutar opiniones de Douglas respecto de la extensión de la esclavitud y para aludir a propagandas de políticos y periódicos relativas a la expansión territorial de los Estados Unidos. Su postura fué la privativa de quien consideraba obligación indeclinable e indelegable de todo pueblo la preservación de sus libertades e instituciones y defendía el postulado de que ningún hombre era bastante bueno para gobernar a otro hombre sin el consentimiento de éste. En cuanto a lo que radicaba fuera de las fronteras de su patria, discurrió con conocimiento de las versiones e inclinaciones que circulaban en su medio. Un senador afirmó, a raíz de la promulgación de la ley Kansas-Nebraska, que el Sur se hallaba dispuesto a posesionarse de Cuba y parte del territorio de México como paso previo a su separación del Norte. Un diario de Illinois denunció que Douglas acababa de decir en Nueva York que lo establecido para Kansas y Nebraska debía ser aplicado también a México, Cuba e Islas Sandwich. La prensa demócrata se refería con demasiada frecuencia a la necesidad de adquirir para la Unión, por anexión o por conquista, Cuba, Puerto Rico, la región septentrional de México e Islas Sandwich [10].

A los mantenedores de tan graves propensiones se dirigió Lincoln cuando, en su discurso de Peoria, señaló dos errores: a) el de dejar que la esclavitud se enseñorease de Kansas y Ne-

[9] WILLIAM SPENCE ROBERTSON, *América Contemporánea* en RICARDO LEVENE, *Historia de América,* Buenos Aires, 1941, vol. XII, p. 137.

[10] ALBERT J. BEVERIDGE, *Abraham Lincoln.* 1809-1858, Boston and New York, 1928, vol. II, pp. 247-248.

braska; b) el de permitir que la esclavitud se extendiese por todos aquellos lugares del Mundo donde había hombres inclinados a aceptarla y perpetuarla [11]. Y lo sobresaltaba el recuerdo de esas mismas desgracias al utilizar su pensamiento sobre Cuba para reafirmar su posición en cuanto al compromiso del Missouri: suponer que él lo repudiaba era no menos absurdo que atribuirle propósitos contrarios a retener antiguas adquisiciones territoriales de los Estados Unidos porque se abstenía de apoyar la idea de apoderarse de Cuba [12]. El discurso de Lincoln en Peoria evidenció que el abogado de Springfield daba la talla requerida para ser uno de los conductores de la Nación [13].

En los días en que Lincoln dejó de dar más importancia al ejercicio de su profesión que a la intervención en la política se sucedían en la vida nacional, tras la invalidación del compromiso del Missouri, novedades que de sobra justificaron su alarma. Hasta lejos de la Unión se trabajaba por conspicuos agentes de ella para acelerar el advenimiento de sucesos peligrosos. El gobierno de Wáshington tenía situados en Londres, París y Madrid a James Buchanan, J. Y. Mason y Pierre Soulé. El rango personal de estos plenipotenciarios evidenciaba la existencia de algún encargo trascendente que debían atender conjuntamente, como el que ocupó la atención de los tres en la semana larga, a mediados de octubre de 1854, durante la cual permanecieron reunidos, deliberaron extensamente y adoptaron acuerdos en Bélgica y Prusia sobre la situación y el porvenir de Cuba. En un documento destinado al Secretario de Estado de la Unión y firmado en Aquisgrán, pero históricamente conocido con el título de Manifiesto de Ostende, aquellos legados opinaron que era urgente para los Estados Unidos obtener de España la venta de la Isla y que, si el gobierno de Madrid se negase a consumar esta negociación, el de Wáshington se hallaría en el caso de decidir sobre su conducta y quizá en la necesidad de obrar bajo el imperio de la ley de la propia conservación [14]. Semejante pronunciamiento, que envolvía una terrible amenaza, no constituyó un fenómeno esporádico. Casi en los momentos en que concluía el manifiesto de Ostende se desarrollaban en Wáshington iniciativas peligrosas. Charles Sumner detuvo en el Senado, en una sesión

[11] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. II, p. 205.

[12] *Ibid.,* p. 211.

[13] STEFAN LORANT, *Lincoln. His life in photographs,* New York, 1941, p. 69.

secreta, una moción encaminada a situar en las costas de Cuba los barcos de la armada de la Unión que navegaban en aguas de Africa. Se discurría mucho en torno a la posibilidad de aprovechar la guerra de la Gran Bretaña y Francia contra Rusia para perpetrar un golpe audaz en la más rica posesión de España en las Antillas. Los estadistas del Sur, que simpatizaban con Rusia, desde antes hablaban de sus islas meridionales aludiendo a todas las del Caribe [15]. Así se hallaba presente otra vez la concomitancia de la expansión territorial de los Estados Unidos con los peligros de la esclavitud que habían colocado a Lincoln en la línea de combate.

4

La intranquilidad políticosocial que se manifestaba en importantes grupos de ciudadanos de la Unión no era debida únicamente a la exacerbación del problema de la esclavitud de la gente de color. Los excesos imperantes bajo el rótulo de Kansas-Nebraska provocaban nobles rebeldías, como la de Lincoln. Pero mucho influía también en los estados de ánimo de muchedumbres de norteamericanos la presencia de algunos hombres empeñados en renovar la vida de la Nación. El mismo Lincoln reaccionó por lo que en él había de mentor y apóstol no menos que por su inconformidad con los desmanes de los defensores de la soberanía del algodón.

Poetas, filósofos, sociólogos y reformadores comunicaban acentos viriles a la existencia de los Estados Unidos en los albores de la segunda mitad del siglo XIX. En la política de la Unión intervenían hombres que representaban ideas disímiles entre sí. Muchos de ellos alcanzaban extraordinaria estatura moral. Pero se hallaba demasiado generalizada entre ciertos pensadores y alteradores la creencia de que la Nación no era regida en armonía con los anhelos más puros y fecundos. Desde Ralph Waldo Emerson hasta Abraham Lincoln, pasando por todo lo que florecía entre un poeta-filósofo y un autodidacto decidido a servir los mejores intereses humanos, había quienes se afanaban con valentía y sin descanso por acelerar el movimiento ascensional de los Estados Unidos.

Entre Emerson y Lincoln se encontraban Henry David

[14] HERMINIO PORTELL VILÁ, *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España.* La Habana, 1939, vol. II, pp. 61-65.

[15] EDWARD L. PIERCE, *Memoir and letters of Charles Sumner,* Boston, 1893, vol. III, p. 407.

Thoreau, William Lloyd Garrison, Wendell Phillips, Josiah Warren y Stephen Pearl Andrews. Estos ciudadanos sobresalientes tenían ideas propias y definidas acerca de los negocios públicos. ¿Qué era para ellos el Estado? Para Emerson, una herramienta de la nivelación espiritual y de la minoridad moral. Para Thoreau, una conveniencia, que frecuentemente dejaba de serlo e invitaba a la desobediencia civil. Para Garrison, una suplantación de la voz interior del individuo, la única capaz de decidir sobre derecho e injusticia. Para Phillips, una usurpación por parte de algunos para la opresión de los demás. Para Warren, un estorbo al advenimiento de instituciones especiales adecuadas a los propósitos y al bienestar de las personas naturales. Para Andrews, un menosprecio de valores esenciales de la Naturaleza. Para Lincoln, una combinación de factores materiales e inmateriales destinada a hacer para una comunidad humana lo que ésta requiriese en provecho suyo y que sus componentes no pudieran ejecutar total o parcialmente obrando por separado, con la añadidura de ciertas restricciones, a saber: a) el Estado no debía intervenir en lo que al individuo fuese posible lograr eficazmente por sí mismo; b) un hombre nunca sería suficientemente bueno para gobernar a otro hombre sin su consentimiento; c) cada hombre se hallaba obligado a ponerse al lado de quien defendiera una causa digna y a alejarse de quien tomara caminos de perdición.

El pensamiento progresista de compatriotas de Lincoln en la época en que él ascendía a la cumbre moral de la Nación solía tener desviaciones peligrosas bajo el signo de un liberalismo desaforado. Esto ocurría particularmente cuando se daba paso a ideas acráticas. Negar la necesidad del Estado y propulsar su descrédito y ruina era destruir sin propósito ni esperanza de reconstruir. Lincoln, hombre conservador en la mejor acepción de este vocablo, no podía compartir aspiraciones demoledoras de lo que él juzgaba hasta cierto punto útil e indispensable. Tampoco cabía atribuir a Emerson, cuya influencia en la vida espiritual de su pueblo tanto crecía, el deseo de arrasar las instituciones públicas. Emerson y Lincoln coincidían en ansiar el señorío de grandes caracteres en la dirección de las cosas de todos. El poeta y filósofo de Concord anatematizaba al Estado en advirtiendo que no era creador de caracteres. El abogado de Springfield llegaba a la conclusión de que lo fundamental, en la relación existente entre el carácter y la reputación, radicaba en el carácter, árbol del que la reputación era sombra.

Como hablando por todos los pensadores y alteradores justos de su generación, Emerson fijó en 1855 el alcance de las aspiraciones llamadas a engrandecer a los Estados Unidos. Cuando conoció *Leaves of Grass,* el libro de Walt Whitman, creyó que esta firma era un mero seudónimo, bajo el cual se ocultaba un personaje maduro, acaso no tan digno de admiración por su conducta como por su estro. Se frotó los ojos para convencerse de que aquel rayo de luz no era una ilusión. Intensa fué su alegría al saber por un periódico que Walt Whitman era un nombre real y un valor nuevo. Tomó la pluma. Escribió al poeta, su nuevo colega en las bellas artes y en los hondos afanes de esparcir la verdad. La obra de Whitman era la de más genio y más sabiduría entre cuantas había dado América. Respondía a la urgencia de probar que el exceso de trabajo mecánico y la plétora de linfa en el temperamento no embotaban ni rebajaban la inteligencia. Las libres, decididas y valientes ideas de Whitman eran incomparables tanto por el fondo como por la forma. Emerson, que llamó a Whitman su bienhechor, saludó así el principio de una carrera que, a juzgar por la salida, tendría un amplio campo de acción. Whitman llevaba en sus versos el mensaje de las generaciones que Lincoln consideraba capaces de colaborar en una obra de regeneración colectiva.

Lincoln dejaba atrás lo que en él pudo haber de retraimiento estéril. Su misticismo, fuerza natural y creciente, era compatible con sus fervores humanos. El se hallaba entre los empeñados en cerrar las vías tortuosas de la Unión. Asumía su trabajo con cabal concepto de los hechos que demandaban corrección y de los remedios que era posible y necesario aplicar. Respetaba las creaciones de los padres de su patria. Comprendía que la máxima tarea cívica consistía en fortalecer el pacto federal, sanear la vida nacional y afirmar la libertad republicana.

5

La nueva actitud de Lincoln aumentó su prestigio y lo reincorporó a la política candente. Sus antiguos electores pusieron los ojos en él con el propósito de enviarlo al Senado de la Unión. Lyman Trumbull obtuvo la mayoría de los votos [16]. Pero Lincoln quedó siendo el ciudadano conspicuo que

16 CARL SANDBURG AND PAUL M. ANGLE, *Mary Lincoln, Wife and Widow,* New York, 1932, p. 78.

había tomado la decisión de combatir bravamente los males y peligros que advertía en la existencia nacional.

Un audaz agitador, natural y ciudadano de los Estados Unidos, William Walker, dirigió sus actividades agresivas a la América del Centro después de haberse manifestado parte en ciertos movimientos organizados con la mira puesta en Cuba y México. En Nicaragua desembarcó, dominó, oprimió y hasta resucitó la esclavitud de los indios [17]. Nicaragua fué teatro de usurpación y tiranía. Las repúblicas de Costa Rica, Guatemala, Honduras y El Salvador se solidarizaron con Nicaragua en la lucha contra Walker, quien violaba la seguridad de estas pequeñas nacionalidades y perturbaba la integridad de la familia centroamericana [18]. La América del Centro tuvo a Walker por agente de perversas inclinaciones de los Estados Unidos, y la influencia de los Estados Unidos en la América del Centro quedó menoscabada. La América del Sur reflejó en el tratado continental de 1856 los sentimientos de desconfianza y hostilidad engendrados por los atrevimientos de Walker y por las simpatías con que los Estados esclavistas de la Unión vieron el allanamiento de Nicaragua [19]. La osadía de Walker pudo pasar, a juicio de observadores de la clase a que pertenecía Lincoln, como producto de la propaganda realizada en la Unión para avivar el espíritu del Destino Manifiesto y satisfacer los apetitos de tierras en México, las Antillas y regiones aun más distantes [20].

El largo predominio del Partido Demócrata en la gobernación del país desembocó en medidas que, como la ley Kansas-Nebraska, agraviaron a muchedumbres de ciudadanos y rectores de la opinión pública. Era natural e inevitable que adquiriese fuerza un movimiento político dispuesto a ofrecer a la Unión procedimientos y soluciones capaces de salvarla de un cataclismo. Y el Partido Republicano, en formación desde hacía muchos años, súbitamente creció y se aprestó a lidiar. El prestigio de su programa y el número de sus adictos le permitieron sentirse fuerte moral y materialmente. Pero

17 VIDAL MORALES Y MORALES, *Iniciadores y primeros mártires de la revolución cubana,* La Habana, 1901, p. 415.

18 WILLIAM R. MANNING, *Diplomatic Correspondence of the United States Inter-american Affairs,* Washington, D. C., 1934, vol. IV, pp. 74-964.

19 CARLOS SÁNCHEZ Y SÁNCHEZ, *Curso de Derecho Internacional Público Americano,* Ciudad Trujillo, R. D., 1943, pp. 177-178.

20 SAMUEL FLAG BEMIS, *The Latin American Policy of the United States. An Historical Interpretation,* New York, 1943, p. 93.

el Partido Republicano no se envalentonó. Procedió con la cautela necesaria para no poner en peligro la subsistencia de la Unión. No desplegó la bandera de la abolición de la esclavitud. Se limitó a rechazar los últimos compromisos contraídos por el Norte, intimidado por la arrogancia del Sur. Juzgó que tales compromisos permitían la extensión de la gangrena, siempre combatida por el Norte. Se empeñó en poner en armonía su acción con las palabras pronunciadas por Daniel Webster hablando del Ohio: la ordenanza de 1787 imprimió en el suelo mismo, cuando estaba todavía cubierto por la selva, la imposibilidad de que lo pisaran esclavos [21]. A este partido, cuyo ideario tanto concordaba con el suyo, Lincoln se adhirió resueltamente.

Las palabras y los procederes de Lincoln respondían a pensamientos semejantes a los que pautaban la conducta del Partido Republicano. Lincoln detestaba a los cazadores de esclavos fugitivos y condenaba la opresión de los negros por blancos envilecidos. Pero Lincoln no iba más allá de la oposición a que se extendiese la esclavitud a regiones donde no existía. Su adhesión al credo republicano se debió a que él lo consideraba coincidente con su manera de juzgar la cuestión que más hondamente perturbaba la conciencia nacional [22].

El Partido Republicano no estuvo tardo ni remiso en reconocer la sólida y creciente reputación de su nuevo prohombre. En la Convención de Filadelfia, en 1856, desde el primer escrutinio aparecieron más de cien votos en favor de Lincoln para candidato a la Vicepresidencia de la República [23]. La política del abogado de Springfield se exhibía en términos que satisfacían a los adversarios de la extensión territorial de la esclavitud sin irritar a los abolicionistas radicales [24]. Sus condiciones de conductor de muchedumbre se afinaban.

6

En la campaña electoral de 1856 el Partido Republicano llevó de candidato a la Presidencia a John C. Frémont, varón

21 JOSÉ MARTÍ, *Escenas Norteamericanas,* La Habana, 1941, vol. IV, pp. 123-127.

22 REINHARD H. LUTHIN, *Abraham Lincoln becomes a republican* en *Political Science Quarterly,* New York, 1944, vol. LIX, pp. 426-438.

23 J. G. RANDALL, *Lincoln, the President. Springfield to Gettysburg,* New York, 1945, vol. I, p. 101.

24 STEFAN LORANT, *Lincoln. His life in photographs,* New York, 1941, p. 74.

impetuoso y muy popular. En el verano de aquel año Lincoln recorrió Illinois en intensa propaganda política. Su mujer advirtió entonces que, aunque él era un Frémont, no debía ser incluído entre los republicanos abolicionistas, pues su deseo consistía en que la esclavitud se mantuviese donde estaba [25]. Lincoln declaró enfáticamente, en Galena, que él y sus correligionarios no querían disolver la Unión [26].

El triunfo de la candidatura presidencial de James Buchanan fué el de un conocido servidor de la expansión territorial de los Estados Unidos en países hispanoamericanos. La política oficial no se apartó de las sendas escabrosas. Pero la pujanza demostrada por el Partido Republicano constituyó una magnífica esperanza para quienes anhelaban por lo menos poner un dique a la esclavitud de la raza negra.

La administración de Buchanan se inició bajo los perturbadores efectos provenientes de la sentencia de la Corte Suprema de Justicia de los Estados Unidos en el caso del negro Dred Scott. El fallo, elaborado por el Presidente de la Corte, Roger B. Taney, comprendió dos pronunciamientos gravísimos: a) un negro no podía establecer demanda alguna ante los tribunales de los Estados Unidos; b) el Congreso de la Unión carecía de potestad para impedir que cualquier ciudadano se trasladase con sus bienes, y meros bienes eran considerados los esclavos, de una parte a otra de la Nación. Así quedaban barridos, por inconstitucionales, los pactos o compromisos, desde el del Missouri hasta los más recientes, que habían tratado de enervar la propensión a introducir la esclavitud de la raza africana en tierras no colonizadas aún y pertenecientes a todos los componentes de la Unión. Estas declaraciones de la Corte Suprema entrañaron para los esclavistas sin condiciones, con el Presidente a la cabeza, motivo de inmensa alegría. Las tuvieron por segura señal de próspera fortuna. Con tal augurio respecto de la política interior corrieron parejas las intenciones e iniciativas acerca de la expansión territorial. Buchanan se mostró consecuente con su pasado, y de nuevo tomó el hilo de la idea de precipitar la adquisición de Cuba por los Estados Unidos. Los dos negocios públicos causantes de las mayores inquietudes cívicas sufridas

25 CARL SANDBURG AND PAUL M. ANGLE, *Mary Lincoln, Wife and Widow,* New York, 1932, pp. 194-196.

26 JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. II, p. 295.

por Lincoln gozaban, siquiera fuese aparentemente, de extraordinario vigor y excelente salud.

Los intereses colectivos eran ya parte tan importante de la vida de Lincoln que éste creyó que se hallaba obligado a expresar públicamente su parecer en torno a todo lo que envolvía la decisión dada por la Corte Suprema en el caso de Dred Scott. Las nobles pasiones del patriota movían al político a señalar las proximidad de conflictos cuyas consecuencias eran incalculables. El 26 de junio de 1857 Lincoln pronunció en Springfield un discurso destinado a esclarecer la razón enturbiada por las influencias que llevaban a hombres de altísimo oficio a cerrar los caminos por donde la Nación, a juicio de ciudadanos eminentes, podía adelantar su progreso material en tanto sonaba la hora de redimirse de las lacras negadoras de la pureza de la Declaración de Independencia. El orador encontró sólido apoyo para sus puntos de vista en doctrinas que le venían de sus lecturas bíblicas y del conocimiento que tenía de las raíces de su pueblo [27].

La intervención de Lincoln en la cosa pública no mermó los bríos del profesional que en él había. Su pericia, prestigio y prosperidad eran crecientes en el ejercicio de la abogacía. Asuntos de su bufete le produjeron satisfacciones y provechos en 1857. A mediados de año hizo un viaje a Nueva York, donde ajustó con los dirigentes del Ferrocarril Central de Illinois cuantiosos honorarios por servicios legales. En agosto y septiembre su presencia en Chicago estuvo relacionada con la preeminencia que había alcanzado [28].

La tensión de sus labores se reflejaba fielmente en su talante. El bienestar privado le permitía presentarse en los círculos sociales adecuadamente trajeado. Pero su cabeza y sus facciones denotaban honda inquietud, la inmensa inquietud proveniente de las complicaciones de la existencia nacional. Su cabellera andaba revuelta. Los rasgos de su cara dejaban ver la firmeza con que se oponía al avance de perniciosas ambiciones colectivas. Su mirada, la mirada de un triste, parecía velada por los presagios de aspérrimas luchas.

[27] *Ibid.*, pp. 315-339.

[28] CARL SANDBURG AND PAUL M. ANGLE, *Mary Lincoln, Wife and Widow,* New York, 1932, pp. 200-201.

La Convención Republicana de Illinois nominó a Lincoln candidato a Senador de la Unión en junio de 1858. El discurso de aceptación por él pronunciado ante aquella asamblea, en Springfield, comprendió reiteradas referencias a la doctrina de Nebraska, a la decisión sobre Dred Scott y a la conducta de Douglas [29]. Así quedaron fijados tres puntos singulares de la lucha que se aproximaba en torno a la representación senatorial de Illinois, ya en disputa entre Lincoln y Douglas. La cuestión de la esclavitud se agravaba, según declaraciones de gente adicta a Douglas, por el intento de renovar la trata africana. Si Douglas había pasado años queriendo probar que los blancos tenían el sagrado derecho de introducir en los territorios a negros encadenados, ¿no pretendería demostrar —preguntaba Lincoln— que era igualmente sagrado el derecho de comprarlos donde más baratos se encontrasen? Esto se hallaba intimamente conectado con el designio de apoderarse de Cuba, con tanta insistencia acariciado por Buchanan.

A juicio de Charles Sumner, todo tendía a hacer de Cuba el eje de la causa antiesclavista. Si la Isla caía en manos de los conductores norteamericanos de la esclavitud, el sistema recobraría vida e imperio y su predominio quedaría asegurado por tiempo indefinido. España podía frustrar tan peligrosa posibilidad emancipando a Cuba. La Isla era el cuello, que debía ser cortado, de la esclavitud. La independencia de Cuba daría un golpe contundente a la nefasta institución, condenada en ese caso a breve supervivencia en los Estados Unidos [30]. Por otra parte, en Cuba se estimaba el problema de Kansas estrechamente ligado con la situación política de la Isla. Cualquier estadista talentoso y arrojado sería capaz de desviar el ímpetu perturbador del sosiego en la Unión desfogando sus bríos en los conatos de una guerra de conquista en las Antillas [31]. Ninguna de estas observaciones escapaba a la perspicacia de Lincoln, afinada por las complejidades derivadas de choques internos y de ambiciones que no se detenían sino en tierras extrañas.

[29] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. III, pp. 1-15.

[30] EDWARD L. PIERCE, *Memoir and letters of Charles Sumner,* Boston, 1893, vol. III, p. 568.

[31] DIONISIO A. GALIANO, *Cuba en 1858,* Madrid, 1859, p. 219.

La nominación de Lincoln como candidato a Senador respondió a la certidumbre, abrigada por los republicanos de Illinois, de que él era el único capaz de combatir con armas semejantes contra Douglas. Ya en el discurso de Springfield, el 16 de junio, el elegido para tal lucha recontó las fuerzas políticas que seguían su credo. Dos años antes los republicanos tenían en sus filas un millón trescientos mil votos frente a un enemigo disciplinado, orgulloso y envanecido. En 1858 ese mismo enemigo se mostraba vacilante, desunido y descontento. El resultado de la nueva lid no era dudoso. La prudencia podría acelerarlo. El error, demorarlo. Pero, más temprano o más tarde, el triunfo sería una realidad. De aquel discurso quedaron en la memoria de muchos hombres las palabras, enraizadas en el Nuevo Testamento, según las cuales no era posible que la Unión subsistiese indefinidamente con una mitad esclava y la otra mitad libre. La Unión no se disolvería: la Unión cesaría de hallarse dividida [32].

Los seguidores de Lincoln consideraron que él debía debatir públicamente con Douglas los puntos en que sus opiniones discrepaban. Lincoln propuso a Douglas que ambos se dirigiesen a los mismos auditorios durante la campaña. Douglas aceptó. Cordialmente convinieron los lugares y las fechas en que habían de encontrarse. Los lugares, todos de Illinois, Ottawa, Freeport, Jenesboro, Charleston, Galesburg, Quincy y Alton. Las fechas: desde el 21 de agosto hasta el 15 de octubre. Lo acordado se cumplió con exactitud. Illinois fué recorrido por los dos candidatos, a veces en el propio vehículo, y muchedumbres de hombres, mujeres y niños presenciaron aquel duelo de oradores, elevado a la fama a partir de los días en que se produjo. Los rivales demostraron poseer capacidad y habilidad extraordinarias. Douglas evidenció que no en vano se le apellidaba *Pequeño Gigante:* cinco pies y cuatro pulgadas de talla, gordo y enérgico, frente a los seis pies y cuatro pulgadas de Lincoln, escuálido y severo, con una cicatriz sobre su pómulo derecho más visible que nunca. Lincoln suscitó la discusión en términos comprometedores para su elección, pero idóneos para levantar caza de mayor cuantía: más le importaba continuar abonando el terreno para la campaña presidencial próxima que ir entonces el Senado. Los debates giraron alrededor de la esclavitud y de la Unión —política esencialmente interior—, y, sin embargo, los

[32] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. III, p. 2.

antagonistas no pudieron dejar de tocar la expansión territorial, para Douglas una posibilidad deseada y para Lincoln un atrevimiento repudiado.

La alusión de Lincoln al hogar en discordia y al caso de Dred Scott arrancó a Douglas graves declaraciones. Douglas acusó a Lincoln de hacer la guerra a la Corte Suprema, porque la decisión sobre Dred Scott no destruía la doctrina de la soberanía popular, y rechazó la idea de que un negro fuese o pudiese ser un ciudadano. Lincoln aclaró que no deseaba oponerse a la esclavitud donde existía, ni promover la igualdad social entre negros y blancos, pero que los negros tenían el derecho a comer el pan que ganaban con sus manos y que, de todos modos, aun circunscrita la esclavitud a los Estados que de antiguo la admitían, el pueblo iba a ver con alborozo su extinción.

Douglas fué el primero en hablar de la expansión territorial. Se refirió a la soberanía de los Estados para manejar sus propios asuntos, y declaró que los intereses de la Unión podían ser promovidos por medio de la adquisición de Cuba. Si la Isla se hallaba al alcance de los Estados Unidos, éstos debían tomarla tal como la encontrasen y dejar al pueblo de ella que decidiese acerca de la subsistencia o extinción de la esclavitud. Lo opinado para Cuba era aplicable a cualesquiera porciones de México, Canadá u otras regiones del Hemisferio Occidental, porciones a cuyos habitantes se reservaría la potestad de mantener o abolir la condición servil de parte de su población. Lincoln objetó las proposiciones de Douglas. La política de Douglas, ¿alcanzaría buen éxito y llegaría a silenciar toda oposición? De ser así, sus próximos pasos consistirían en la usurpación del territorio del desdichado México, la invasión de ricas zonas de la América del Sur y la ocupación de islas muy prometedoras. Tales probabilidades amenazaban seriamente la soberanía internacional o la libre determinación de los países que atraían las codiciosas miradas de Douglas y de quienes como él pensaban.

Los discursos de Lincoln y Douglas tuvieron por escenario a Illinois y por auditorio a la Nación [33]: tanto y tan grande interés despertaron aquellas largas piezas oratorias [34]. El re-

33 NICHOLAS MURRAY BUTLER, *Building the American Nation,* New York, 1939, p. 244.

34 JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. III, pp. 200-356; vol. IV, pp. 1-387; vol. V, pp. 1-85.

sultado de la elección —aunque los republicanos obtuvieron más votos que los demócratas de Douglas, éstos y los de Buchanan dieron el triunfo al propio Douglas en la Legislatura del Estado— fué lo de menos. Lo fundamental fué el alcance que en toda la Unión tuvo el conocimiento de la doctrina y el carácter de Lincoln. Jamás apareció con mayor diafanidad que entonces la verdad de que él concedería lo no esencial a fin de lograr lo esencial. Y lo esencial estaba en el avance de las ideas y los propósitos del Partido Republicano, puesto ya en el camino de trascendentes victorias por obra de un hombre que representaba la quintaesencia del norteamericanismo. Este hombre era Lincoln, que pronunciaba palabras máximas, que a todos vencía en el secreto de conmover a los oyentes por medios inesperados y sencillos, que decía las cosas de manera que quien las escuchaba las tenía por suyas propias, que deparó a la elocuencia el aroma fuerte de la selva bíblica conseguido en contacto con la Naturaleza y que unió, con arte de ferrador, la claridad a la grandeza [35].

A lo largo de aquel debate político, tan excepcional que el país lo siguió con raro interés, hubo episodios en los que sobresalieron la ternura y sencillez de Lincoln. El día del encuentro de los dos oradores en Charleston se produjo uno de ellos. Gente de todas las edades y clases se movieron en varias millas a la redonda para participar en el desfile organizado con ocasión de la gran reunión o para presenciarlo. Una mujer provecta se situó, de pie, en la calle. Pasó una carroza tirada por bueyes y ocupada por gañanes que hendían trozos de madera a golpes de hacha debajo de un cartel que contenía inscripciones relativas a un honrado Abe, labrador y matador de gigantes. Detrás de la carroza, en un coche negro charolado, apareció un personaje que con el sombrero de copa saludaba a derecha e izquierda. La anciana lo reconoció, y, confundida, quiso escurrirse, ocultarse a los ojos de él. Pero Abraham Lincoln, tan pronto como vió a Sarah Bush, hizo detener el carruaje que lo conducía, descendió apresuradamente, avanzó hacia su madrastra, la rodeó con sus brazos y le dió un beso: sorpresa y saludo semejantes a los que, treinta y nueve años atrás, en Pigeon Creek, en Indiana, habían iniciado la honda e invariable afección existente entre la segunda esposa y el hijo de Thomas Lincoln.

[35] JOSÉ MARTÍ, *Escenas Norteamericanas*. La Habana, 1941, vol. IV, p. 166.

Las aventuras de William Walker en la América del Centro despertaron la audacia de hombres y grupos de los Estados Unidos engolosinados con la idea de ser confalonieros del Destino Manifiesto. La administración de Buchanan, inclinada a comprar a Cuba, también pretendió adquirir Chihuahua. Sam Houston, el caudillo de Texas, fué más atrevido: aspiró a colocar a todo México bajo el protectorado de los Estados Unidos. Las luchas intestinas en la vecina república hispanoamericana fueron apreciadas por los expansionistas de la Unión como una buena coyuntura para satisfacer sus ambiciones de tierras. Muchos mexicanos, lastimados por viejos despojos y renovadas agresiones provenientes de los Estados Unidos, pensaron en buscar la ayuda de Europa para atajar los peligros que procedían del Norte [36]. Estos peligros no sobresaltaban únicamente a los países de la América latina. Los hombres de la otra América, la de habla inglesa, que anhelaban la grandeza patria sin perturbar la paz internacional ni negar las libertades esenciales en un régimen de gobierno progresista —paz internacional y libertades esenciales que tenían en Lincoln un sesudo defensor—, observaban con justificada inquietud la incontinencia de los políticos que trabajaban por ensanchar el área nacional aun arriesgando a la Unión a verse rodeada de pueblos recelosos y ofendidos.

El vencedor de Lincoln en la contienda electoral de Illinois empleó las postrimerías de 1858 en un viaje de salud. Pero Douglas era un político demasiado conocido para pasar inadvertidamente por donde tenía correligionarios y admiradores. El 6 de diciembre habló en Nueva Orleans ante numeroso auditorio. Llevaba su mente cargada de pensamientos que chocaban con los de Lincoln. Se refirió a la soberanía de los Estados y al destino que el Todopoderoso había reservado a la Unión. La Unión quedaría como arquetipo de naciones: se extendería a medida que su población aumentase y que sus intereses demandasen más territorios. Al otro lado del mar se hallaba Cuba. La Isla debía pasar a los Estados Unidos, y era locura discutir esta presunción: ella pertenecía al Hemisferio Occidental y guardaba las bocas del río Mississippi, corazón del Continente y cuerpo de la Unión. Su adquisición era sólo

[36] OLLINGER CRENSHAW, *The Knights of the Golden Circle. The Career of George Bickley* in *American Historial Review,* 1941, vol. XLVII, p. 27.

cuestión de tiempo. El gobierno de Wáshington estaba obligado a recibir a Cuba tan pronto como se presentase una justa y razonable oportunidad [37].

Douglas respondió al instinto de conocer de cerca la codiciada Antilla, más que a la necesidad de seguir el consejo de viajar, cuando se dirigió a Cuba. Aquí recogió noticias sobre las maneras de pensar y vivir de sus habitantes y recibió deferentes atenciones de autoridades y personas de importancia [38]. Regresó por Nueva York. En Baltimore nuevamente opinó en voz alta acerca de la expansión territorial de su patria: por amor a sus valores materiales y morales y al progreso humano, en defensa de su comercio y para asegurar la estabilidad de sus instituciones, los Estados Unidos se verían obligados a apoderarse de México, tomar a Cuba y extenderse hasta ser una república sólo limitada por los océanos [39].

En Wáshington había quienes se negaban a respetar el principio de que la soberanía de las naciones latinoamericanas debía ser garantida por el decoro de las grandes potencias. El presidente Buchanan quiso dejar sentir la fuerza de sus armas hasta en el Río de la Plata. Un ciudadano de los Estados Unidos pretendió resarcirse de quebrantos económicos sufridos en el Paraguay. Buchanan exigió a esta república el pago de un millón de dólares como indemnización por ese fracaso, y, en apoyo de semejante demanda, despachó hacia el Sur del Atlántico dieciocho buques de guerra con ciento noventa cañones, doscientos cincuenta y siete oficiales y dos mil cuatrocientos soldados. La escuadra llegó al Río de la Plata en enero de 1859 y alarmó extraordinariamente a Montevideo, Buenos Aires, Paraná y Asunción del Paraguay. Justó José de Urquiza, Presidente de la Confederación Argentina, ofreció sus buenos oficios y se trasladó de Paraná a la Asunción [40]. Su mediación evitó el agravamiento del conflicto entre la Unión y el Paraguay [41]. Urquiza laboró ahincadamente hasta

[37] STEPHEN A. DOUGLAS, *Speeches... on the occasion of his public receptions by the citizens of New Orleans, Philadelphia and Baltimore,* Washington, D. C., 1859, p. 9.

[38] A MEMBER OF THE WESTERN BAR, *Life of Stephen A. Douglas, United States Senator from Illinois,* New York, 1860, p. 186.

[39] STEPHEN A. DOUGLAS, *Speeches... on the occasion of his public receptions by the citizens of New Orleans, Philadelphia and Baltimore,* Washington, D. C., 1859, p. 16.

[40] ENRIQUE DE GANDÍA, *Historia de la República Argentina en el siglo XIX,* Buenos Aires, 1940, pp. 679-680.

[41] B. GONZÁLEZ ARRILI, *Sesenta Años de República,* Buenos Aires, 1945, p. 45.

sacar la grave dificultad de una desigual contienda bélica [42].

Los excesos del Sur no daban tregua al desasosiego de quienes velaban por el engrandecimiento nacional sin caer en la rapiña internacional. Jefferson Davis, apoyado por Douglas, pidió que los Estados Unidos tomasen posesión de Cuba y la retuvieran hasta llegar con España a un acuerdo respecto de ciertos asuntos pendientes [43]. Mayor gravedad tuvo el adelanto alcanzado en el Congreso por el proyecto de comprar a España la mejor de sus posesiones antillanas: se recomendó la adopción de una ley que autorizase la adquisición de Cuba y pusiera a la disposición del Poder Ejecutivo los recursos necesarios para consumar la operación. Este avance de los propósitos de Buchanan exacerbó las pasiones en el Norte. En el Congreso se alzaron voces enérgicas para condenar tal intento, así como el de invadir regiones mexicanas fronterizas [44]. La suerte no había querido que Lincoln interviniese en las deliberaciones suscitadas en el Senado de la Unión por tanta complicación en torno a la esclavitud, en la que continuaba involucrada la expansión territorial. Pero el conductor de muchedumbres de Illinois permanecía en guardia.

9

La paciencia y la serenidad creadoras crecían en Lincoln frente a los desbordamientos de aquellos cuyas propensiones y ambiciones él combatía. Su mirada tenía cada vez mayor alcance. En una lectura ofrecida en Springfield a principios de 1859 comentó irónicamente las actividades de la Joven América, el más popular de los adolescentes de la edad que corría. La Joven América era un movimiento colectivo muy acorde con las principales ideas de la época: exaltación de las doctrinas republicanas y democráticas, intervención del Hemisferio Occidental en asuntos de Europa y expansión territorial de los Estados Unidos [45]. El juicio de Lincoln reflejó las conclusiones

[42] WILLIAM R. MANNING, *Diplomatic Correspondence of the United States. Inter-American Affairs.* 1831-1869, Washington, 1932, vol. I, pp. 675-679; 1938, vol. X, pp. 195-200.

[43] LOUIS HOWLAND, *Figures from American History. Stephen A. Douglas,* New York, 1920, p. 331.

[44] HERMINIO PORTELL VILÁ, *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España.* La Habana, 1939, vol. II, pp. 119-122.

[45] OLLINGER CRENSHAW, *The Knights of the Golden Circle. The Career of George Bickley* in *American Historical Review,* 1941, vol. XLVII, p. 23.

a que había llegado observando las actitudes y la conducta de ciertos ciudadanos de su país: la Joven América se alumbraba con aceite de ballena del Pacífico, lucía un anillo de diamantes del Brasil, usaba reloj de oro de California y fumaba tabaco de La Habana [46].

La Nación avanzaba hacia momentos decisivos. En el seno de la convención demócrata del Estado de Mississippi, en julio de 1859, Jefferson Davis, tan adicto siempre al designio de enriquecer los territorios de los Estados Unidos con el de Cuba, dejó caer palabras amenazadoras. Davis adicionó las razones o sinrazones corrientemente aducidas en favor de la adquisición de la Isla, que consideraba entonces eminentemente deseable, cuando expresó que la importancia de Cuba para los Estados del Sur sería enorme en formando ellos una confederación separada [47]. Al final del año de 1859, en un discurso pronunciado en Kansas, Lincoln recordó que él y William H. Seward venían advirtiendo que la esclavitud era un elemento durable de discordia en los Estados Unidos y que no habría paz verdadera mientras no prevaleciese el principio de libertad [48]. El irremediable conflicto señalado por Lincoln y Seward ya no cabía en la Unión, y las consecuencias de este hecho se dejaban sentir en tierras hispanoamericanas. George W. L. Bickley, el activo creador de la organización secreta Caballeros del Círculo Dorado, no obraba por sí solo ni por un reducido grupo de sus compatriotas, sino por muchos de ellos, cuando proyectó aprovecharse de las condiciones caóticas de México para extender la dominación de los Estados Unidos al Sur del Río Grande [49].

Hasta principios de 1860 los esfuerzos de Lincoln dentro del Partido Republicano se desarrollaron en Illinois y Ohio: en Illinois intensamente y en Ohio transitoriamente. El nuevo año amplió la esfera de acción del lidiador. En el mes de febrero fué invitado por correligionarios suyos de Nueva York para que allí hiciese uso de la palabra. Su llegada a la populosa ciudad no destruyó la presunción de que él era un ente raro y desaliñado: alta estatura, larga y delgada cabeza,

[46] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham* Lincoln, Lincoln Memorial University, vol. V, p. 100.

[47] *New York Tribune*, New York, August 31, 1859.

[48] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln*, Lincoln Memorial University, vol. V, p. 262.

[49] OLLINGER CRENSHAW, *The Knights of the Golden Circle. The Career of George Bickley* in *American Historical Review*, 1941, vol. XLVII, p. 23.

desordenada cabellera, inhábiles manos y grandes pies. Su traje era nuevo, pero denotaba la inferioridad de su sastre. Sus recién estrenados zapatos le apretaban y lo hacían cojear. ¿Lograría este extraño personaje del Oeste Medio impresionar gratamente a los rectores y a las muchedumbres del Este?

En la noche del 27 de febrero de 1860 Lincoln ocupó la tribuna del Instituto Cooper, en la ciudad de Nueva York. Inició su discurso tomando un concepto vertido por Douglas acerca de principios provenientes de los padres de la Nación en un punto tan controvertido como el de la esclavitud. Sus reflexiones se remontaron a los orígenes de la Unión y siguieron el desarrollo histórico de ella hasta el alzamiento de John Brown en Harper's Ferry, la tentativa de gente blanca para promover una insurrección de esclavos, que éstos no quisieron afrontar. Sus razonamientos y conclusiones aparecieron acompañados de una matemática precisión y una vigorosa lógica. Le parecía posible modificar la acción humana hasta cierto extremo, pero no pensaba lo mismo de la naturaleza humana. El juicio y el sentimiento nacionales contra la esclavitud acumularían por lo menos millón y medio de votos. ¿Era patriótico destruir aquel juicio y aquel sentimiento desbaratando la organización política que los concentraba? Difícilmente podría dispersarse un ejército que había sido puesto en batalla frente a nutridos fuegos. Por lo demás, tamaño desafuero sólo serviría para forzar la voluntad colectiva creadora de tan poderoso movimiento a que saliese del pacífico canal que le suministraba la urna electoral y se lanzara por otra vía. Indudablemente, existían síntomas de tormenta. El Partido Republicano, por boca de uno de sus rectores, daba señales de hallarse preparado para resistir el visible mal tiempo.

La presencia de Lincoln no quedó siendo un privilegio exclusivo de Nueva York. Distintas poblaciones del Este lo llamaron y escucharon sus pronunciamientos [50]. Diez discursos sobre las aspiraciones y orientaciones del Partido Republicano constituyeron una labor ímproba, mayormente cuando muchos de los que los escucharon conocían sus ideas fundamentales, expresadas en letras de molde. Este sacrificio fué espléndidamente compensado por el interés con que miles de hombres, y mujeres, y niños, oyeron la voz que partió de las praderas de Illinois para difundir la verdad a lo largo y a lo ancho de otros Estados.

50 JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. V, pp. 293-371; vol. VI, pp. 1-4.

La política republicana sirvió a Lincoln y se sirvió de Lincoln. Los primeros años de vida vigorosa del Partido Republicano hicieron del abogado de Illinois un campeón de grandes ideales y le permitieron proyectarse sobre toda la Nación. Lincoln correspondió a esta prestación con eminentes recursos: carácter, talento, poder de penetración, palabra elocuente, don suasorio, resolución firme delante del peligro y acción fundadora. El Partido Republicano advino para satisfacer las exigencias de nuevos tiempos. Lincoln, incorporado a sus filas en una hora crítica, descolló entre hombres de extraordinarias facultades y virtudes.

Capítulo VI

MESES DECISIVOS

Let us have faith that right makes might, and in that faith let us to the end dare to do our duty as we understand it.

ABRAHAM LINCOLN.

1

Medio siglo de la vida de Lincoln quedaba atrás. Su influencia en los altos destinos de su país se reafirmaba como la de uno de aquellos varones que, oscuros de nacimiento, avezados a la lucha desde la infancia, con escasos o ningunos recursos para adquirir educación en la escuela y probados en todo linaje de dificultades, daban lustre a los breves y sencillos anales de la pobreza y le abrían paso hasta los encumbrados oficios para los cuales sus talentos y peculiaridades los tenían preparados [1]. Había empezado a subir por sendas escabrosas. Su ascensión se producía con lentitud y dificultad, muy en armonía con las adversas circunstancias que rodearon su existencia durante varios lustros. Ya en la época en que era notable su posición social y política él advirtió que no se avergonzaba de confesar que había sido un trabajador asalariado, martillando tablones y laborando en una chalana [2]. En el año de 1860 él nombre y la conducta de Lincoln inspiraban respeto y confianza en los Estados Unidos, y no pequeña parte de este público aprecio se debía a la noble y bella combinación de la humildad de su origen con el fulgor de su inteligencia.

El tiempo corría cargado de enormes complicaciones y

[1] D. F. SARMIENTO, *Vida de Abran Lincoln,* Nueva York 1866, p. 1.

[2] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. V, p. 361.

siniestros presagios. La gran laceria norteamericana, la esclavitud de la raza africana, agravaba por días las relaciones entre los Estados y comprometía el mantenimiento de la Unión. La otra calamidad pública, el ansia de quitar tierras a países vecinos, empezaba a chocar con una propensión no menos peligrosa para los demás pueblos de América: la propensión de algunas potencias europeas a inmiscuirse en el gobierno y aun enervar la soberanía internacional de repúblicas del Hemisferio Occidental.

México era entre los vecinos de los Estados Unidos uno de los más amenazados por la codicia expansionista. Con el desenfado del gobierno de Buchanan, que ponía en peligro la integridad de las regiones septentrionales mexicanas, coincidieron lac actividades de organizaciones privadas, como la de los Caballeros del Círculo Dorado, agente de la esclavitud de los negros y de la anexión de tierras cercanas. A principios de 1860, con el pretexto de que se proponían auxiliar a Benito Juárez en el empeño de liberalizar a México, los Caballeros del Círculo Dorado adelantaron gestiones y diligencias enderezadas a expandir su influencia en países de habla española. Proyectaron que hombres adiestrados en Baltimore, Wáshington y las principales ciudades del Sur acometiesen la rápida y completa conquista de México y el establecimiento de una nación separada e independiente [3]. Aunque en todo esto hubo mucho de quimérico, se hallaba clara la intención de violar sagrados derechos del pueblo cuya defensa Lincoln asumió doce años antes en la Cámara de Representantes.

Periódicos de los Estados Unidos exponían sin rodeos el deseo de ensanchar el suelo de la Unión con el de países latinoamericanos. Se decía que el genio político de la república de habla inglesa había de consistir en ocupar y anexar tierras vecinas: en lo que restaba del siglo XIX y algo del XX debían Cuba, México y la América del Centro pasar a ser posesiones de los Estados Unidos. Se incluía en el patrimonio de la época que corría la idea de trabajar de continuo por la expansión territorial de la Unión. Se anunciaba que el viejo Sam Houston invadiría y conquistaría a México, echaría a los indios al mar y esclavizaría a los negros y mestizos. A esto se llamaba labor civilizadora y preparatoria de la anexión de la patria de Hidalgo y Morelos a la de Wáshington y Franklin. Se advertía que en Cuba y México los rayos del sol y la con-

[3] GEORGE FORT MILTON, *Abraham Lincoln and the Fifth Column*, New York, 1942, pp. 67-68.

dición servil de parte de la población eran fenómenos naturales e inseparables [4].

Para los norteamericanos de la escuela en que descollaba Lincoln era una desgracia ver señalada la Declaración de Independencia como fuente de derechos negadores de la justicia humana. No menos intensa aflicción les producían los ímpetus de un egoísmo que amenazaba la paz internacional. Las imprentas del Sur insistían en difundir la creencia de que México, país esencial a los intereses económicos de la Unión, no podía quedar a la merced de acontecimientos capaces de interrumpir su adelanto. México, paraíso terrenal adyacente al Sur, debía ser repoblado y reordenado por su vecino de habla inglesa. Y lo peor no residía en la expresión de tales opiniones: lo peor residía en el hecho de que políticos notables participaban de ellas y estaban listos para atacar a México [5].

Sobre México se cernía otro riesgo, cuya génesis era obra de la insania de algunos de sus hijos. Reaccionarios mexicanos no se sentían satisfechos con la detentación del gobierno de su país, y concibieron la idea de impetrar el auxilio extranjero para perpetuarse en el disfrute del poder público. El infortunado pensamiento pretendió apoyarse en el supuesto de que la República no podía salvarse de total ruina por sus propias fuerzas y de que había que recurrir a la intervención de una potenica europea para que arrancase a México de las garras del monstruo que lo devoraba [6]. El propósito perturbaba por igual la soberanía del pueblo mexicano y la Doctrina de Monroe. La mala semilla quedó lanzada en el surco de las amenazas. Su germinación dependía del clima bajo el cual viviría en el futuro próximo la seguridad americana, tan dependiente de la paz y la integridad de los Estados Unidos.

En España ganaba terreno el designio de transportar a América la bandera de la reconquista. En el Senado hispánico se alzó la voz de Juan Prim, general de los ejércitos de la Península. Prim sostuvo que las diferencias entre España y México habrían tenido una solución pacífica si el gobierno de Isabel II hubiese procedido con un espíritu más conciliador y justiciero, condenó los aprestos guerreros dirigidos por el gabinete de Madrid y afirmó que la fuerza de los cañones no daría a la potencia agresora la razón de que carecía [7]. La

[4] OLLINGER CRENSHAW, *The Knights of the Golden Circle. The Career of George Bickley* in *American Historical Review,* 1941, vol. XLVII, p. 28.

[5] *Ibid.,* pp. 28-29.

[6] *Excelsior,* México, D. F., Mayo 31, 1942.

[7] GENARO ESTRADA, *Don Juan Prim y su labor diplomática en México,* México, 1928, pp. 3-25.

victoria de España en su guerra contra Marruecos aguijó el ánimo bélico de la nación ibérica, inclinada a regresar en actitud retadora a tierras de América que ella había dominado durante tres siglos. No era México el único de estos países en que la codicia ponía sus ojos. Cerca de México, en las Antillas, estaba Santo Domingo, y las flaquezas de algunos de sus dirigentes se mostraron propicias a satisfacer la ingerencia de Europa en América. El imperialismo del gobierno de Madrid acentuaba la importancia que Cuba tenía para la economía de los Estados Unidos. En el año de 1860 el número de buques norteamericanos despachados en el consulado de los Estados Unidos en La Habana era superior al de cualquier otro de la Unión, sin excluir los establecidos en Londres y Liverpool [8].

La intrincada situación de México, los barruntos de intervención de Europa en América y los propósitos de España respecto de algunas de sus antiguas colonias elevadas a naciones soberanas constituían motivos de inquietud para los hombres que en los Estados Unidos pensaban seriamente en la función de gobernar a la Nación y en la conveniencia de favorecer la cooperación hemisférica. Pero los Estados Unidos pasaban por momentos erizados de extremos riesgos. Los políticos de alto coturno, y Lincoln era uno de ellos, necesitaban meditar sin descanso ni tregua en la urgencia de conjurar las amenazas que se levantaban contra la libertad universal y la unidad nacional. El interés de los mejores ciudadanos de los Estados Unidos se identificaba con el anhelo de precipitar el advenimiento de soluciones capaces de salvar a la Unión de los inmensos riesgos que la acechaban.

2

El de 1860 era año de elecciones presidenciales en los Estados Unidos. Demócratas y republicanos se aprestaban a la lucha, aunque no con iguales armas ni en idénticas condiciones. Los demócratas, que constituían el partido dominante, durante largo tiempo con notable mayoría y el goce de las ventajas administrativas, se hallaban minados por hondas discrepancias surgidas entre sus conductores, y debilitados moralmente por su compenetración con esclavistas y expansionistas.

[8] HERMINIO PORTELL VILÁ, *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España,* La Habana, 1939, vol. II, p. 130.

Los republicanos, que exhibían con entusiasmo y optimismo el extraordinario avance logrado en los comicios de 1856 y 1858, contaban con la savia y el prestigio inherentes a una agrupación joven y enemiga de lacras políticas y sociales que no se compadecían con los principios de justicia y libertad provenientes de los fundadores de la Nación. Los demócratas, todos unidos, podían concentrar bajo su vieja bandera a los más de los ciudadanos. Pero los republicanos, con el resorte de la cohesión, se encontraban en situación de dar la batalla por la conquista del gobierno de la Unión con grandes posibilidades de victoria.

En tanto los demócratas no conseguían llegar a un acuerdo sobre la candidatura presidencial, a que Douglas aspiraba frente a poderosas influencias oficiales, los republicanos constituyeron su Convención Nacional en Chicago. La segunda quincena de mayo de 1860 empezó allí fuertemente agitada. Miles de ciudadanos presenciaron la reunión de los delegados del Partido Republicano. Los nombres de varios ciudadanos preeminentes circularon desde luego entre los encargados de escoger al aspirante a la máxima magistratura nacional. La votación se inició en medio de inusitada expectación. En el primer escrutinio aparecieron William H. Seward con ciento sesenta y tres votos y Abraham Lincoln con ciento dos. La segunda prueba acercó notablemente a ambos rivales. El de entonces fué un momento decisivo. Los miembros de la Convención, bajo la acción febril de nobles pasiones, debieron de sopesar las ventajas y los inconvenientes ajenos a los hombres sobresalientes entre quienes oscilaban sus preferencias. Con Seward estaban sus muchos años de experiencia política, adquirida en las altas funciones de gobernador de Nueva York y senador de la República, y la opinión de que era capaz de enervar el movimiento separatista de algunos Estados mediante la eliminación del uso de la fuerza. En Lincoln confluían las esperanzas de quienes buscaban estos fines esenciales: a) proscribir el principio que atribuía a la Constitución la responsabilidad de extender la esclavitud a los Territorios como una consecuencia de la naturaleza de ellos; b) establecer que la condición normal de los Territorios era la libertad de sus pobladores; c) negar que el Congreso u otras personas jurídicas o naturales tuviesen potestad para dar carácter legal a la horrenda institución donde previamente no existiera. La Convención se movió en favor de Lincoln, aclamado después de la tercera votación entre ensordecedores vítores.

La Convención Nacional del Partido Republicano puso

al lado del nombre de Lincoln el de Hannibal Hamlin, de Maine, como candidato a la Vicepresidencia de los Estados Unidos. El 21 de mayo de 1860 el comité enviado desde Chicago para notificar a Lincoln su nominación encontró en su sencilla casa de Springfield al ciudadano a quien se quería llevar a la Casa Blanca. Lincoln agradeció el honor que se le dispensaba, no ocultó la profunda emoción que lo dominaba, anunció que consideraría detenidamente el programa adoptado por la Convención y prometió responder por escrito al Presidente de ella sin innecesaria demora.

La noticia de que la Convención Nacional del Partido Republicano había designado a Lincoln candidato a la Presidencia de los Estados Unidos causó inusitado contento en Springfield. Los vecinos del conspicuo ciudadano se echaron a la calle en demostración de júbilo. A pie y a caballo, con sombreros de copa o con indumentos humildes, los hombres que habían visto subir de la insignificancia a la grandeza a quien ya era uno de los principales políticos de la Nación acudieron hasta su morada. La alegría colectiva no era en Springfield inferior a la que experimentaba Mary Lincoln, segura entonces de que no eran descabelladas sus ansias y esperanzas de que su marido alcanzase encumbradas posiciones públicas.

El 23 de mayo de 1860 Lincoln extendió y firmó el documento que había prometido al comité procedente de Chicago. El escrito, breve y ceñido, dijo cuanto era menester expresar a la magna asamblea del Partido Republicano. El candidato aceptó la nominación, aprobó la declaración de principios y sentimientos acordada por la Convención, invocó los derechos de los Estados, de los Territorios y del pueblo de la Nación, recordó la inviolabilidad de la Constitución, encareció la unión, armonía y prosperidad perpetuas de todos e imploró la asistencia a la Divina Providencia para que su vida y sus empeños llegasen a ser factores determinantes de tan altos anhelos.

En el Oeste eran conocidos el nombre y los merecimientos de Lincoln. Pero el resto de la Nación no sabía lo suficiente para creer que la designación hecha por los republicanos reunidos en Chicago respondía a las urgentes necesidades de los Estados Unidos en momentos decisivos. El ciudadano que en la Convención había triunfado de William H. Seward, entonces en la cumbre de la fama y favorito del Este, parecía desde lejos una mera reputación local, inferior a lo que la Unión demandaba. Sin embargo de las aclamaciones

con que fué recibida la candidatura de Lincoln en Chicago, miles de norteamericanos ansiosos de producir un cambio en la dirección de los negocios públicos recibieron aquella noticia fría y tristemente y estimaron que el suceso, sobre ser obra de la precipitación, condenaba al país a seguir sufriendo los males atribuídos al largo predominio de los demócratas. Pensadores y patriotas hablaron de los azares de la política para expresar la sorpresa y el desengaño que experimentaban con motivo de la nominación del abogado de Springfield [9].

El cuadro electoral de los Estados Unidos en 1860 se ajustó a lo que era de esperarse de la cohesión de los republicanos y del desquiciamiento de los demócratas. La candidatura de Lincoln fué abrazada con fervor por sus parciales. En cambio, sus adversarios no lograron mantenerse alineados detrás de un solo hombre: los miembros de su Convención Nacional se dividieron en dos secciones, que, separadamente, nominaron candidatos a la presidencia a Stephen A. Douglas y John C. Breckenridge. El programa de Douglas reprodujo la teoría de la soberanía popular acerca de la esclavitud. La doctrina de Breckenridge fué la de Calhoun, que aducía el derecho de todo amo a transportar sus esclavos a cualquier parte de la Unión. Otro candidato se aprestó a luchar por la Presidencia: John Bell, designado por un grupo de ciudadanos que pretendía ignorar el conflicto de la esclavitud.

La campaña se desarrolló en forma violenta. El triunfo de Lincoln fué pareciendo más probable a medida que se acentuó la división de los demócratas. Pero la posibilidad de victoria para los republicanos apareció con peligros de secesión. Los voceros del Sur no ocultaron los sentimientos y pensamientos extremos que engendraba la presunción del triunfo de Lincoln. Desde hacía tiempo se inculcaba a los Estados con esclavos la noción de su separación de la Unión para el caso de que saliese Presidente un adversario de sus ideas e intereses. Esta propaganda fué reforzada con declaraciones y actos concretos. Alexander H. Stephens, de Georgia, el mismo que había conmovido a Lincoln, y le había arrancado lágrimas, en la época de la guerra entre los Estados Unidos y México, anunció que la elección del candidato republicano sería seguida de una tentativa de secesión. Antes de los comicios varios gobernadores del Sur se comunicaron sus designios sobre la manera de proceder conjuntamente en lo que ellos conside-

[9] RALPH WALDO EMERSON, *The complete essays and other writings*, New York, 1940, p. 918.

raban fundamental si Lincoln era el llamado a suceder a Buchanan [10]. Tales presagios y actividades hacían decisivos los meses que corrían.

3

Las complicaciones internacionales en torno a tierras de América también hacían decisivos para los estadistas de la Unión los agitados meses que se iniciaron con la nominación presidencial de Lincoln. En Europa se volvía a pensar codiciosamente en el Nuevo Mundo. España se aprestaba a desarrollar proyectos de reconquista. El capitán general de Cuba, Francisco Serrano, acariciaba la idea de que el gobierno de la Isla fuese el centro de la acción política y militar de su patria en América. El ministro plenipotenciario de España en Wáshington, Gabriel García Tassara —talentoso diplomático, hombre de letras y padre de una hija de la gran poetisa cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda, víctima del desvío de él cuando expiró el fruto de los amores de ambos— observaba las reacciones que en los Estados Unidos producían ciertos propósitos y sucesos relacionados con cercanos países hispanoamericanos y vigilaba las vicisitudes que la Unión afrontaba. García Tassara transmitió con frecuencia a Serrano noticias e impresiones muy instructivas.

La cuestión de México causaba agitación en los Estados Unidos. García Tassara no creía en el triunfo de Juárez. Pero tuvo por indubitable que México entraría en una nueva época. La grave situación de México se asemejaba a la interior de los Estados Unidos, lo que tanto como una seguridad podría ser un peligro. No era de temer que la Unión conquistase a Cuba: era de temer que sobreviniese una interrupción de relaciones entre Wáshington y Madrid, que no acomodaría de ninguna manera a España. Una acción excesiva por parte de Europa contribuiría a precipitar ese indeseado suceso [11]. Naturalmente, los quebrantos de América robustecían la idea de que se aproximaba la hora de la resurrección de la influencia de España en el Hemisferio Occidental [12].

El movimiento colectivo representado por los Caballeros del Círculo Dorado no perdió de vista la coyuntura favorable

10 NICHOLAS MURRAY BUTLER, *Building the American Nation*, New York, 1939, p. 248.

11 ARCHIVO DE EMETERIO S. SANTOVENIA, La Habana: Gabriel García Tassara a Francisco Serrano, Junio 11, 1860.

12 *Ibid.*, Junio 16, 1860.

a sus designios derivada de la agravación del antagonismo entre el Sur y el Norte. En oposición a lo que significaba la candidatura presidencial de Lincoln, en el verano de 1860 cobraron fuerza los proyectos más atrevidos. La adquisición de Cuba, México y la América del Centro por los Estados Unidos se conectaba con la reasunción de la trata, ya en las regiones de la Unión que tenían esclavos, ya en las costas de Africa: se premeditaba robustecer las pretensiones del Sur mediante el incremento del trabajo servil en la parte latina del Hemisferio Occidental. Los millones de negros y mestizos encadenados y encadenables desde el Potomac hasta el Brasil serían suficientes para balancear el creciente poder políticosocial alcanzado por la raza caucásica en el Norte y el Oeste de los Estados Unidos. El caudillo de los Caballeros del Círculo Dorado, George W. L. Bickley, pretendía llevar a México —en extraña mezcla y a modo de bendición de la civilización— la Biblia, la pistola de bolsillo y la esclavitud de la gente de color [13].

México constituía un punto a la vez de atracción y peligro para las otras naciones. España y los Estados Unidos sobresalían en esta especial posición. El reino de Isabel II tenía que proceder con mucha prudencia, según su representante diplomático en Wáshington: en México debía hacer todo lo que pudiese sin comprometerse abiertamente. A ello estaba obligada España por la presencia de un testigo y actor de la calidad del gobierno de Wáshington, con mayor razón en los momentos críticos de una elección presidencial [14].

La parte de habla hispánica de la isla de Santo Domingo acuciaba la ambición de los españoles que proyectaban reconquistas. Desde Madrid y La Habana se seguía con inusitada atención el progreso de las dificultades dominantes en la República Dominicana. A su vez, Wáshington llevaba buena cuenta de los oficiales que de España y Cuba partían para la otra Antilla con el propósito de acelerar la decapitación de la República y la anexión del país a la antigua nación colonizadora [15]. Indudablemente, Santo Domingo entraba en la órbita de las inquietudes norteamericanas. Los hombres de la Unión que se disputaban el honor y la responsabilidad de asumir

13 OLLINGER CRENSHAW, *The Knights of the Golden Circle. The Career of George Bickley* in *American Historical Review,* 1941, vol. XLVII, pp. 47-48.

14 ARCHIVO DE EMETERIO S. SANTOVENIA, La Habana: Gabriel García Tassara a Francisco Serrano, Septiembre 1º, 1860.

15 SUMNER WELLES, *Naboth,s Vineyard. The Dominican Republic.* 1844-1924, New York, 1928, vol. I, p. 205.

el gobierno federal en el período siguiente al de Buchanan se hallaban amenazados por una nueva complicación en las Antillas, donde España quería rehacerse y prosperar.

En Wáshington se hallaba en 1860 representando diplomáticamente al México de Juárez, en funciones de Encargado de Negocios, Matías Romero. De su país había salido con los prestigios logrados al servicio de la causa constitucional o liberal. En la Unión procuraba dar a conocer las aspiraciones de su partido y se mantenía bien informado de las opiniones y tendencias de los principales grupos de los Estados Unidos. En días de extraordinaria pugna entre Lincoln y sus rivales por llegar a la Casa Blanca, en el mes de septiembre, Romero llevó al papel el resumen de sus observaciones. El Partido Republicano sostenía que el mal de la esclavitud debía ser disminuído y remediado cuanto antes. El Partido Demócrata tenía la condición servil de la población negra por el fundamento de la sociedad y por tan beneficiosa para los esclavos mismos como para la Unión e insistía en que ésta adquiriese nuevos territorios. Cuba continuaba siendo codiciada, mayormente por su condición de colonia con esclavos. Lincoln y sus correligionarios se oponían al aumento de los peligros y dificultades que circundaban a la Nación [16].

Tres semanas antes del día señalado para las elecciones una adolescente de Westfield escribió a Lincoln que las señoras, por el gusto con que veían a los hombres con barba, podían inducir a sus maridos a votar por él y decidir su triunfo si él dejaba crecer la suya. El prócer contestó con sencilla ternura a la pequeña comunicante. Como nunca había llevado barba, ¿no creía ella que la gente podría tener por afectación el hecho de que entonces empezara a dejársela?

Las amenazas de desintegración de los Estados Unidos crecieron según avanzaba la campaña presidencial y se acentuaba la posibilidad de victoria de Lincoln. El legado de España en Wáshington consideraba próxima tal novedad. Hubiese o no hubiese separación, para él la Unión estaba herida de muerte. Y le parecía hábil que España, aguzando el sano juicio, dejase a los Estados Unidos entregados a sí mismos, sin distraerlos con la precipitación de las fraguadas empresas de reconquista en América [17].

[16] [MATÍAS ROMERO], *Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la intervención extranjera, 1860-1868*, México, 1870. vol. I, pp. 177-178.

[17] ARCHIVO DE EMETERIO S. SANTOVENIA, La Habana: Gabriel García Tassara a Francisco Serrano, Octubre 26, 1860.

Las elecciones presidenciales, celebradas el 6 de noviembre de 1860, dieron a Lincoln menos de la mitad de los votos emitidos. Pero él fué el candidato que más obtuvo. El resultado de los escrutinios anunció que el prohombre escogido por el Partido Republicano iba a ser el próximo Presidente de los Estados Unidos. Desde el momento en que hubo la certidumbre del trascendental acontecimiento, las responsabilidades públicas fueron inmensas para el ganador. Su acendrado amor al mantenimiento de la Unión quedó sometido a dificilísima prueba.

La vida de Lincoln se hallaba destinada a mudanzas fundamentales. Su mundo interior entraba en una esfera de acción tan preñada de obstáculos que él sufría indescriptible congoja. Sus hábitos externos no podían escapar a los cambios impuestos por su exaltación. Hasta la ajena genialidad influía en su existencia. La exhortación de la adolescente de Westfield para que él dejase crecer su barba no había sido desoída. La cara del nuevo primer magistrado no fué otra desde los días mismos en que su pueblo lo escogió para regir los supremos destinos nacionales: su barba comenzó a sombrearle el rostro y a darle un aspecto muy distinto del que ofrecía cuando se lo afeitaba completamente.

En la hora de la victoria de Lincoln —hora histórica, de alegría y esperanza para unos, de consternación y locura para otros— se ahondó la incompatibilidad entre los que amaban a la Unión y los que la subordinaban a la satisfacción de sus pasiones e intereses. La fe en la pacífica subsistencia de los Estados Unidos declinó. Muchos eran en el Sur los que tenían a Lincoln por un simple radical, enamorado de la igualdad de todos los hombres, o por un mero republicano, jefe de un partido cuyo programa incluía el aislamiento de las naciones esclavistas [18]. El conocimiento definitivo de los escrutinios acentuó los augurios siniestros. El plenipotenciario de España en Wáshington comprendió perfectamente que las graves decisiones se aproximaban a su ápice. Diputó muy serio lo que ocurría. Consideró a la Unión víctima de la adversidad. Se lamentó de que los periódicos españoles no sacasen partido de lo que allí pasaba, digno de ser presentado con provecho

18 WILLIAM SPENCE ROBERTSON, *América Contemporánea* en RICARDO LEVENE, *Historia de América,* Buenos Aires, 1941, vol. XII, pp. 142-143.

a los ojos de Cuba y del resto de la América hispana [19]. De aquello a la separación irremediable habría minutos o años, pero el inconforme no se sacaría ya la espada del cuerpo [20].

Por si el conflicto interior no era suficiente para poner en peligro la paz, Buchanan no cuidó de conservar la amistad entre los Estados Unidos y el resto del Nuevo Mundo. El Jefe del Ejecutivo consentía lo mismo en una agresión a cualquiera de las repúblicas del Pacífico que el intento de nuevas usurpaciones de tierra mexicana. Dos barcos norteamericanos cargaron ilegalmente guano del Perú. El Perú reaccionó, en defensa de la soberanía nacional, reteniendo ambos buques. Y el gabinete de Wáshington no vió inconveniencia alguna en dejar rotas sus relaciones diplomáticas con el de Lima. En realidad, cuando ya se hallaba hecha la elección de Lincoln como Presidente de la Unión, Buchanan le preparó el trabajo de evitar una guerra de los Estados Unidos con el Perú [21].

Inmediatamente después de escrutar los votos del Estado para Presidente, logrados por Breckenridge, la Carolina del Sur dió salida a su ímpetu separatista. En cumplimiento de una ley votada por su Legislatura, una convención del Estado acordó el 20 de diciembre de 1860 declarar disuelto el pacto federal, en que había sido parte la Carolina del Sur, contenido en el instrumento jurídico denominado Constitución de los Estados Unidos [22]. La Carolina del Sur imputó la responsabilidad de su determinación a los Estados opuestos a la extensión de la esclavitud, de los que dijo que habían obrado en forma contraria a la carta magna de la Unión. El ejemplo dado por el disidente estimuló a otros Estados del Sur, envalentonados por la negativa de Buchanan a adoptar rápidamente las medidas de fuerza capaces de someter a los rebeldes y desbaratar sus planes. El advenimiento del año de 1861 fué saludado por los distintos pronunciamientos que, con intervalos de pocos días, fueron emitiendo Mississippi, Alabama, Florida, Georgia y Louisiana [23].

19 ARCHIVO DE EMETERIO S. SANTOVENIA, La Habana: Gabriel García Tassara a Francisco Serrano, Noviembre 11, 1860.

20 *Ibid.*, Noviembre 20, 1860.

21 JAY MONAGHAN, *Diplomat in Carpet Slippers. Abraham Lincoln deals with Foreign Affairs,* Indianapolis - New York, 1945, p. 67.

22 CARL SANDBURG, *Abraham Lincoln. The War Years,* New York, 1943, vol. I, pp. 8-9.

23 M. MÁRQUEZ STERLING, *Proceso Histórico de la Enmienda Platt,* La Habana, 1937, vol. I, pp. 402-405.

En los días iniciales de la secesión Lincoln advirtió que la diferencia principal entre sus adversarios y su grupo consistía en que ellos consideraban que la esclavitud era un sistema muy conveniente y digno de extenderse y él y los suyos la tenían por un mal que debía ser restringido y al cabo extinguido [24]. No fué obra de la casualidad, sino de la similitud existente entre el régimen social que el Sur de la Unión quería conservar y el régimen social que España mantenía en Cuba, la entrada de esta Antilla en el año de 1861 con la introducción de esclavos arrebatados a las costas de Africa. Ni fué producto del azar, sino de arraigadas convicciones, la negativa de Lincoln a acceder a las pretensiones de aquellos que, vencidos en la lucha electoral, amenazaban con disolver el gobierno de la Unión si no seguía rigiendo la ley de sus conveniencias. Ni fué hija de súbita inspiración, sino de viejas reflexiones, esta otra conclusión a que Lincoln llegó: de aceptar el Norte las demandas del Sur en enero de 1861, se producirían el descrédito y la ruina de los republicanos y del Gobierno y se verían los Estados Unidos constreñidos antes de un año a tomar a Cuba como condición ineludible para que los esclavistas se quedasen en la Unión [25].

5

La elección de Lincoln fué considerada por los progresistas de México como signo de sucesos felices. El gobierno de Benito Juárez no se limitó a apreciar el alcance de una mudanza muy prometedora. Hizo llegar sus congratulaciones hasta el hombre llamado a asumir la suprema dirección de los Estados Unidos. Y dió instrucciones a su Encargado de Negocios en Wáshington, Matías Romero, para que se trasladase a Springfield y procurase hablar con Lincoln. Juárez quiso que Romero expresase a Lincoln algunos hechos e ideas importantes: a) la política de México se basaba en doctrinas de libertad, progreso y justicia semejantes a las seguidas por los Estados Unidos;b) México sostenía inalterablemente el espíritu humanitario contra la esclavitud; c) él, Juárez, se lisonjeaba de la existencia de puntos de contacto entre sus principios y los

24 JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. VI, p. 81.
25 *Ibid.,* p. 93.

principios de Lincoln y esperaba que esto contribuiría a consolidar la amistad de los dos países[26].

Romero visitó a Lincoln el 19 de enero de 1861. Le informó de los peligros que México estaba corriendo y de los esfuerzos que Juárez y sus seguidores realizaban para poner a la República en el goce de la libertad. Lincoln dirigió a Romero algunas preguntas. Una de ellas estuvo encaminada a conocer cuál era la condición de los peones en la nación vecina. A Lincoln había llegado la versión de que los indios retenidos en los trabajos de las haciendas sufrían una esclavitud más abominable que la de los negros en las plantaciones del Sur de la Unión, versión que estaba adicionada con la creencia de que los abusos que por desgracia se cometían en algunas partes de la república eran generales en ella y se hallaban autorizados por la ley. Romero explicó que los excesos de que los cobrizos eran víctimas estaban vedados y sancionados por la legislación mexicana, cuya aplicación sería cierta en existiendo un gobierno sólidamente establecido. Lincoln manifestó que le satisfacía extraordinariamente saber lo que acababa de oír. Después, cuando Romero concluyó de exponer lo que traía en la mente, Lincoln habló de manera explícita y hasta con vehemencia. Se interesaba mucho por la paz y prosperidad de México. Durante su gobierno, lejos de poner obstáculo alguno a la consecución de semejantes fines, haría cuanto pudiese por coadyuvar a ellos. México debía confiar en que mientras él ocupase la presidencia de los Estados Unidos recibiría entera justicia en todas las cuestiones pendientes o que se suscitasen entre las dos repúblicas y sería tratado con sentimiento de alta consideración y verdadera simpatía. Por lo demás, el alto magistrado electo abrigaba la seguridad de que no sobrevendría motivo que lo obligase a modificar los pareceres expresados. La entrevista terminó con el anuncio de parte de Lincoln de que iba a meditar sobre los negocios de México y a decir a Romero en una carta, en permitiéndoselo sus ocupaciones, lo que pensaba en torno a lo conversado y en vista de varios cuadernos que el propio Romero puso en sus manos[27].

El 21 de enero de 1861 Lincoln tomó la pluma para escribir a Romero. Las inquietudes del momento no le permitieron dar a su carta la extensión que deseaba. Pero los cortos

26 [MATÍAS ROMERO], *Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la intervención extranjera, 1860-1868,* México, 1870. vol. I, p. 274.

27 *Ibid.,* pp. 686-687.

renglones que dedicó al Encargado de Negocios de México en los Estados Unidos fueron vehículo de diáfanos pensamientos y sentimientos. Después de agradecer la visita que Romero le había hecho, y aun bajo el buen efecto proveniente de ella, trazó unas frases no menos precisas que sencillas. Mientras le llegaba el momento de obrar oficialmente en nombre de los Estados Unidos, todavía como uno de sus ciudadanos, expresó sus sinceros deseos por la felicidad, prosperidad y libertad de Romero, de su gobierno y del pueblo de México [28].

El diplomático mexicano salió de Springfield satisfactoriamente impresionado. Llamó hombre honrado y sencillo a Lincoln, cuyas palabras llevaban el sello de la sinceridad, y no el de las frases pomposas, vacías de sentido, usadas por los educados en la escuela de la falsa política y acostumbrados a ofrecer mucho sin propósito de cumplir. Y pensaba que el hecho de ser México hasta entonces la única nación que había felicitado a Lincoln por su elección debía convencerlo de los buenos sentimientos del país regido por Juárez hacia principios que avanzaban por el camino del triunfo en los Estados Unidos [29].

Por más de una razón se hallaban hermanados los Estados Unidos y México cuando Matías Romero visitó a Lincoln. Los dos pueblos padecían bajo la amenaza de la desintegración. De las dificultades de ambos podían aprovecharse las ambiciones europeas para saciar su sed de influencia y dominación en América. En uno y en otro la condición servil de parte de la población constituía la sinrazón de infortunadas discordias. En ellos se levantaban los hombres sobresalientes para guiar a las muchedumbres hacia soluciones humanas y libertadoras. En cada uno de estos alterados países estaba presente el claro varón llamado a conducir los destinos patrios en medio de insólitos reveses. Lincoln, en los Estados Unidos. Juárez, en México. Por añadidura, concurrían en Lincoln y Juárez circunstancias muy semejantes: la humildad de sus orígenes, la pobreza de sus infancias, la templanza, la melancolía, la paciencia, la serenidad, el ejercicio de la abogacía, el afán de levantar a los oprimidos, el paso por los cuerpos deliberativos, el amor a la paz, la necesidad de afrontar conflictos bélicos, la defensa de las leyes constitucionales y el apego a la causa

28 EMANUEL HERTZ, *Abraham Lincoln. A New Portrait,* New York, 1931, vol. II, p. 801.

29 [MATÍAS ROMERO], *Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la intervención extranjera, 1860-1868,* México, 1870. vol. I, p. 687.

de la unidad nacional en momentos de profunda conturbación colectiva[30]. Suertes tan gemelas, sobre ser coetáneas, llegaron en enero de 1861 a puntos muy singulares de sus respectivos caminos. Juárez, instalado en la capital de la Nación, era el primer Presidente de formación puramente civil de su país que encaraba el tumulto interior y la agresión foránea. Lincoln, próximo ya a asumir las funciones de la Casa Blanca, era el primer Presidente de la Unión que necesitaba contrarrestar la acción violenta enderezada a eliminar los frenos de la esclavitud de los negros y a romper el pacto federal.

6

Los sollozos de alegría de Sarah Bush al saber que su hijastro había sido electo Presidente de los Estados Unidos llegaron en misterioso eco a los oídos de Lincoln. Y Lincoln respondió a aquel generoso sentimiento de Sarah Bush de manera singular. En viaje largo y molestísimo, parte en ferrocarril, parte en coche de caballos, entre barrizales y nieve, en el invierno de 1861, fué desde Springfield hasta la campestre morada de la viuda de su padre. Le llevó dos presentes: uno material y uno espiritual. El material consistió en un corte de alpaca negra. El espiritual estuvo constituído por graves confidencias. La anciana mujer y su visitante se transmitieron opiniones. El encumbrado político, lejos de desdeñar los juicios de la encanecida matrona, los estimaba en mucho. El ciudadano escogido para que ocupase el máximo oficio público de la Nación buscaba en las fuentes de su mundo moral santas inspiraciones para enfrentarse con las arduas tareas que lo esperaban en Wáshington.

No faltaron ciudadanos sobresalientes encariñados con la idea de salvar la Unión al precio de una nueva transacción. El senador John J. Crittenden, de Kentucky, propuso introducir urgentemente en la Constitución algunas enmiendas: a) la esclavitud sería prohibida al Norte y reconocida al Sur de cierto límite; b) el Congreso no tendría facultad para abolir la esclavitud en los Estados que la permitiesen ni en el Distrito de Columbia; c) los propietarios de esclavos fugitivos que no fuesen capturados serían indemnizados por el gobierno federal; d) el Congreso no se opondría al tráfico interno de

[30] JUAN DE ARAMIL, *Vidas Paralelas: Juárez y Lincoln* en *Diario de la Marina,* La Habana, Febrero 9, 1943.

esclavos. Esta iniciativa pasó a una comisión integrada por miembros del Congreso y encargada de estudiar las opiniones y reclamaciones de los Estados adversos y los Estados afectos a la esclavitud [31].

El último día de enero de 1861 la confusión y la incertidumbre reinaban en Wáshington. Algunos abrigaban la esperanza de que alcanzarían buen éxito las bases para un nuevo compromiso preparadas por representantes de los Estados. Otros pensaban que solo se conseguiría detener la secesión en los Estados limítrofes. Atraer a los que se habían separado parecía imposible. Lincoln observaba desde Springfield. De las dos políticas conocidas respecto del Sur, la de la fuerza y la de las concesiones, se sabía de su inclinación a la primera en tanto que William H. Seward, a quien tenía escogido para Secretario de Estado en su gabinete, prefería la segunda. Se proyectaba reunir una convención de Estados con la intención de lograr decisiones sin consideración a principios de partido. Gentes del Norte que trabajaban por un arreglo se resolvían a aceptar las proposiciones de Crittenden, lo que implicaba la abdicación del Partido Republicano. En contra de toda conciliación estaban la situación general de las cosas, que iban más lejos que los hombres, y la actitud del Sur, tan negado a mantener la Unión que cuando vislumbrase la probabilidad de un avenimiento lo frustraría con cualquier tropelía [32].

Lo concebido por Crittenden sólo tenía capacidad para postergar la extrema gravedad del irreprensible conflicto nacional. Mucho más era lo que Lincoln deseaba con todas las potencias de su espíritu: Lincoln quería eliminar urgentemente la posibilidad de la extensión de la esclavitud de la raza africana. Adoptar las medidas apuntadas por Crittenden era dejar al Sur en aptitud de seguir exigiendo concesiones para quedarse en la Unión [33].

La posición de Lincoln frente a las tentativas de transacción, de manera especial en presencia de la prohijada por Crittenden, no quedó a merced de conjeturas. El Presidente electo declaró que era contrario a cualquier acuerdo que favoreciese o permitiera la extensión de la esclavitud en el suelo

[31] WILLIAM SPENCE ROBERTSON, *América Contemporánea* en RICARDO LEVENE, *Historia de América,* Buenos Aires, 1941, vol. XII, p. 146.

[32] ARCHIVO DE EMETERIO S. SANTOVENIA, La Habana: Gabriel García Tassara a Francisco Serrano, Enero 31, 1861.

[33] OLLINGER CRENSHAW, *The Knights of the Golden Circle. The Career of George Bickley* in *American Historical Review,* 1941, vol. XLVII, p. 49.

de la Nación y consideró esencialmente nociva cualquier treta tendiente a la adquisición de nuevos territorios y al crecimiento en los mismos de la discutida institución [34]. En verdad, una de las razones que él apreció para rechazar la transacción propuesta por Crittenden, al costo de la guerra civil, fué su temor de que con el mentado compromiso el poder de los partidarios de la esclavitud –simbolizado por organizaciones tan provocativas como la de los Caballeros del Círculo Dorado– se emplease en esfuerzos encaminados a la anexión de países vecinos del Sur y a la introducción de la servidumbre humana en ellos, en una política continua para contrapesar las fuerzas de la libertad en el gobierno de Wáshington [35]. Naturalmente, la iniciativa de Crittenden fué rechazada por los republicanos.

Febrero de 1861 empezó siendo uno de los meses decisivos que los Estados Unidos y Lincoln venían viviendo. El día 8 se ordenó y estableció en Montgomery, en Alabama, una constitución para el gobierno provisional de los soberanos e independientes Estados de la Carolina del Sur, Georgia, Florida, Alabama, Mississippi y Louisiana [36]. El Sur no desistía del empeño separatista. El Norte, hecho hombre en Lincoln, se disponía a defender la subsistencia de la Unión.

[34] WILLIAM SPENCE ROBERTSON, *América Contemporánea* en RICARDO LEVENE, *Historia de América,* Buenos Aires, 1941, vol. XII, pp. 146-147.

[35] SAMUEL FLAGG BEMIS, *The Latin American Policy of the United States,* New York, 1943, p. 93.

[36] JAMES D. RICHARDSON, *Compilation of the Messages and Papers of the Confederacy,* Nashville, 1906, vol. I, p. 3.

Capítulo VII

JURAMENTO Y GOBIERNO

> *A majority held in restraint by constitutional checks and limitations, and always changing easily with deliberate changes of popular opinions and sentiments, is the only true sovereign of a free people.*
>
> ABRAHAM LINCOLN.

1

En febrero de 1861 la cabeza de un importante vecino de Springfield mostraba algo parecido a una transfiguración. Su cabellera, abundante y larga, daba una dulce sombra a su frente. Su barba, dejada crecer desde hacía muy poco tiempo, acentuaba la nobleza del rostro. Sus ojos, acaso como nunca hasta entonces, buscaban en el espacio infinito luces guiadoras para cumplir con firmeza y acierto graves e inmensos deberes. Así se aproximaba Abraham Lincoln al día de su entrada en la Casa Blanca.

Los tres meses que siguieron a las elecciones populares de las que Lincoln salió Presidente fueron piedra de toque de sus virtudes cívicas. Nunca él necesitó más que entonces hacer uso de la paciencia y de la sensatez de que tan bien dotado se hallaba. Cuando sus adversarios se exaltaban, y amenazaban, y adelantaban sus planes destructivos, de cuyos efectos no estaba excluído su propio triunfo, procedió con absoluta serenidad. Cuidó de que ni una sola frase suya pudiese empeorar los negocios públicos. Permaneció en Springfield como en un retiro, reflexionando sin cesar, consagrado a medir la magnitud de la obra y el peso de las responsabilidades que iba a afrontar desde la primera magistratura de los Estados Unidos.

Las dificultades nacionales crecían. En horas en que Lincoln se preparaba para tomar la ruta de la ciudad de Wáshington se trabajaba en la capital federal por zurcir las antagónicas secciones de la Unión. En el Congreso había hombres de buena voluntad que todavía confiaban en la posibilidad de evitar la desintegración de los Estados Unidos utilizando procedimientos que olvidaban la necesidad de robustecer la legítima autoridad del poder político emanado de la voluntad popular. Un acuerdo más adoptado en el Capitolio de Wáshington sobre la situación jurídica de la esclavitud carecía de idoneidad para cerrar el paso al conflicto que sumía a Lincoln en constantes meditaciones.

El 11 de febrero de 1861 fué un día de emociones para el presidente electo. Su partida de Springfield no podía reducirse a un suceso vulgar. Lincoln, seguido de su esposa y su prole, dejó atrás el modesto hogar que era testigo de bellos sueños y esperanzas. En la estación ferroviaria estuvo rodeado de una muchedumbre de ciudadanos. En una breve improvisación habló de lo que su cerebro y su corazón abrigaban. Advirtió que sólo quien se hallase en situación semejante a la suya apreciaría la tristeza que la causaba su ausencia de Springfield. Debía a este pueblo todo lo que él era: en su seno había vivido más de un cuarto de siglo y habían nacido sus hijos y en su tierra quedaba sepultado uno de ellos. No sabía cuándo volvería a ver a sus amigos de tantos años. Iba a asumir el cumplimiento de un deber enorme, quizá más pesado que cualquiera de los sobrellevados por sus predecesores desde los tiempos de George Wáshington, quien satisfizo el suyo con el auxilio de la Divina Providencia, en la que siempre confió. Sentía que sin la superior ayuda que sostuvo a Wáshington él no sería feliz. Toda su fe se encontraba puesta en el Todopoderoso. Entre congojas y consolaciones se despidió de aquellos que habían presenciado su lenta y trabajosa ascensión.

2

El viaje emprendido en demanda de la ciudad de Wáshington fué interrumpido en numerosas poblaciones de los Estados de Indiana, Ohio, Nueva York, Nueva Jersey y Pennsylvania. Los agasajos dispensados al prócer estuvieron acompañados del deseo de escuchar su palabra. La fué emitiendo con sencillez y claridad, anheloso de hacer luz y poner paz

en los espíritus agitados por las huracanadas ráfagas del Sur.

La raíz bíblica de su cultura pudo contemplarse en las parábolas con que aludió a las dificultades circundantes y a la mejor manera de tratarlas, como cuando recordó el tiempo de guardar silencio invocado por Salomón. Se refirió al problema de la secesión con la idea de someter proposiciones a la consideración de sus auditorios, y no con la intención de dilucidar controversias. En un apóstrofe dirigido a sus conterráneos usó un climax muy significativo: conciudadanos de Kentucky, amigos, hermanos. Se trazó la pauta, aconsejada por las variantes y movedizas escenas del momento, de no hablar sobre los embarazos de la Nación sin adquirir un conocimiento general de todo el campo. Para obrar con seguridad, quiso hallarse en libertad de modificar y cambiar el rumbo de su política en conformidad con el dictamen de los acontecimientos. Aunque la ansiedad lo embargaba, se sintió fuerte con la ayuda de la paciencia y el tiempo y el apoyo de Dios y el pueblo, a semejanza de Mazzini.

Señaló dos etapas pricipales de la democracia cuando dijo que la adhesión de un hombre a un partido representa la voluntad de favorecer el interés del país y que desde el instante en que una elección quedaba atrás era propio de una patria libre que sus hijos se mostrasen unidos hasta los próximos comicios. Este criterio, elevado a la norma de su conducta, le permitió advertir con alborozo que acudían a saludarlo como Presidente electo grupos de caballeros que no habían votado por él, pero que ya lo respetaban y acataban como supremo magistrado de la Unión. La memoria de los fundadores, avivada por el contacto de reliquias de los años heroicos, aguijó su disposición al sacrificio: prefería caer asesinado en la Sala de la Independencia, en Filadelfia, antes de abandonar el amor a los principios proclamados en la celebérrima declaración escrita por Thomas Jefferson. Lo justo y lo grandioso aparecieron en conclusiones suyas estrechamente enlazadas; a) el desarrollo de los Estados Unidos continuaría, simbolizado en estrella tras estrella, hasta que sus resplandores cubriesen quinientos millones de hombres libres y felices; b) cada estrella agregada al pabellón nacional lo sería para responder a la aspiración de contarla entre las fijas, en medio de la abundancia y el contento de la paz, y no para oscurecerla con los horrores de la guerra [1].

[1] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. VI, pp. 110-165.

En los días empleados por Lincoln para cubrir la ruta de Springfield a Wáshington la principal novedad en la situación de los Estados Unidos consistió en el mejor conocimiento que observadores extranjeros adquirían del carácter y las aptitudes del Presidente electo. Se le tuvo por un hombre honrado. Se le vió trasladarse desde un estrecho círculo político hasta una posición cuyas aflictivas dificultades él conocía. La porción ardiente de su partido quería la guerra e iba a ella, con la separación o sin la separación. La fracción moderada pretendía evitar la contienda civil para que el Norte conservase por lo menos a los Estados limítrofes. El alto mandatario colocado entre tales tendencias debía adoptar graves decisiones. Las mayores probabilidades presagiaban el conflicto armado. Esto ocurría respecto de los asuntos interiores. Cuanto a los exteriores, las miras de Francia sobre América inquietaban demasiado a España en tanto las ambiciones de ambas potencias europeas en torno al Hemisferio Occidental suscitaban serias reacciones en los Estados Unidos [2].

Lincoln arribó a Wáshington la última semana de febrero de 1861. No pretendió desconocer el hecho de que empezaba a estar rodeado de gentes que en su mayoría se habían manifestado y acaso seguían manifestándose contra él. Por esto mismo, consciente de la gravedad de la hora que vivía, aprovechó la primera oportunidad que se le presentó desde que la situación política del país se hallaba alterada para expresar públicamente sus intenciones en un lugar donde existía la institución de la esclavitud. No odiaba a quienes la mantenían. Ni abrigaba propósitos enderezados a privar a ciudadano alguno de los derechos establecidos en la Constitución. El principio de igualdad, atributo tan esencial de la democracia republicana, regía su conducta en el estudio y la consideración de las aspiraciones y los intereses de todos sus compatriotas [3].

Frente a la prudencia de Lincoln se alzaban la arrogancia y la decisión del Sur. En realidad, la secesión crecía libremente. La pusilanimidad y la pasividad de Buchanan y sus colaboradores ayudaron a socavar la Unión. El Presidente se abstuvo de adoptar medidas eficaces contra acuerdos y actitudes de innegable carácter rebelde. El régimen de Wáshington nada hizo en oposición al avance de las fuerzas destructivas.

[2] ARCHIVO DE EMETERIO S. SANTOVENIA, La Habana: Gabriel García Tassara a Francisco Serrano, Febrero 13, 1861.

[3] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. VI, pp. 165-168.

Tan rara postura significó calor y hasta ayuda para el Sur. La Confederación —el nuevo orden de cosas creado por el Sur— surgía a la existencia como otra república a través de la desintegración de la Unión, y el expirante gobierno de los Estados Unidos contemplaba aquello con culpable inactividad. Bajo estos tristes signos los perturbadores adelantaron su trabajo. A fines de febrero de 1861 ya funcionaba el gobierno de los Estados Confederados y su Presidente, Jefferson Davis, se permitía dirigir oficialmente una carta al de los Estados Unidos para presentarle a un legado suyo encargado de establecer amistosas relaciones entre unos y otros. El advenimiento del mes de marzo no detuvo tales progresos. El Estado de Texas se adhirió a la constitución de Montgomery [4]. Los castillos y arsenales de las regiones del Sur se hallaban en manos de los separatistas, con excepción de los fuertes Sumter, en Charleston, y Pickens, Taylor y Jefferson, en la costa de Florida o cerca de ella [5].

La presencia de Lincoln en Wáshington y sus comprensivas y cordiales declaraciones no pudieron cambiar de súbito un ambiente que por distintas razones era contrario a su causa. Los ostensibles ímpetus del Sur influían en las opiniones circulantes en la capital de la Nación. Wáshington era una ciudad del Sur en casi todas sus fases. Fundamentalmente, la mayor parte de su aristocracia estaba compuesta de dueños de esclavos y separatistas o simpatizantes de la secesión. Con estas personas cultivaban relaciones íntimas los miembros del cuerpo diplomático extranjero allí acreditado, quienes acababan por ser impresionados en favor de las pretensiones del Sur. Cuando Lincoln aguardaba en Wáshington el día en que debía tomar posesión de la Presidencia, de allí mismo salían para los países representados en los Estados Unidos noticias y opiniones adversas a la subsistencia de la Unión [6]. Uno de los informadores de alto coturno era, seguía siendo, Gabriel García Tassara, el Ministro Plenipotenciario de España, expresivo corresponsal del gabinete de Madrid y del capitán general de Cuba. Diferentes del pensamiento y del deseo del legado hispánico eran el pensamiento y el deseo de Matías Romero, el Encargado de Negocios de México.

[4] NICHOLAS MURRAY BUTLER, *Building the American Nation,* New York, 1939, pp. 250-256.

[5] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. VI, pp. 297-298.

[6] FREDRIC BANCROFT, *The Life of William H. Seward,* New York, 1900, vol. II, p. 155.

3

El 4 de marzo de 1861, en Wáshington, en el frontispicio oriental del Capitolio, en presencia de numerosos ciudadanos y en medio de extraordinaria expectación, Lincoln juró solemnemente desempeñar con fidelidad el cargo de Presidente de los Estados Unidos y observar y defender su Constitución y pronunció el discurso inaugural de su administración. Le tomó el juramento Roger B. Taney, Presidente de la Corte Suprema de Justicia, el redactor de la decisión en el caso de Dred Scott, decisión que tan enérgicamente había influído en la vida pública de Lincoln. Stephen A. Douglas, el viejo rival político, cuidó el sombrero de copa del nuevo máximo funcionario mientras éste sostenía las hojas de papel del discurso que iba leyendo. Juramento y discurso fueron emitidos por el Presidente con la emoción determinada por las circunstancias que rodeaban aquel instante histórico.

El discurso inaugural entró en seguida en la consideración del conflicto nacional que a todos conmovía. El Presidente se dió por enterado de que el Sur creía que con el advenimiento de una administración republicana corrían riesgos sus propiedades, tranquilidad y seguridad. Reiteró la declaración de que no estaba en su ánimo atacar directa ni indirectamente la institución de la esclavitud en los Estados donde existía. Así lo había dicho y repetido, y así lo había expresado y mantenido el programa electoral de su partido, por él aprobado y defendido. Pero las circunstancias presentes y su manera de apreciar las responsabilidades públicas no le permitieron guardar silencio ante una conspiración formidable contra la Unión, que, a su juicio, era perpetua por imperio de la ley universal y de la ley constitucional. Ningún Estado, por su propia inclinación, podía salir legalmente de la Unión. Deber del primer magistrado era oponerse a la tentativa de secesión, y lo llenaría cumplidamente hasta donde fuese practicable y hasta que su legítimo amo, el pueblo de los Estados Unidos, le ordenase en forma idónea lo contrario. El poder de que empezaba a hacer uso sería empleado en sostener, ocupar y poseer las propiedades y plazas pertenecientes al Gobierno y en recaudar los derechos e impuestos correspondientes a la Unión. La verdadera soberanía de un país libre únicamente era posible mediante una mayoría de ciudadanos regida por restricciones y limitaciones constitucionales y cambiable en el curso regular de las ideas y opiniones colectivas. La disputa substancial consistía en que una sección de la Unión creía que

la esclavitud era justa y digna de ser extendida mientras que otra sección la creía injusta e indigna de auge. Pero eso no bastaba para romper el pacto federal. En manos de los compatriotas descontentos, y no en las del Presidente, se hallaba el terrible recurso de la guerra civil. El Gobierno no acometía a los díscolos. No habría lucha bélica si los del Sur no agredían. Ellos no habían prestado juramento alguno de defender las instituciones públicas, y él, en cambio, tenía hecho el muy solemne, ya anotado en el Cielo, de protegerlas y conservarlas. El Presidente y sus conciudadanos, todos sus conciudadanos, no eran ni debían ser enemigos, sino amigos. Aunque la pasión hubiese puesto tirantes sus vínculos afectivos, estaban en la obligación de no destruirlos. El estadista se sintió poeta en el instante de finalizar su larga oración: anunció que las místicas cuerdas de la memoria, tendidas desde el campo de batalla y desde el sepulcro de cada fundador hasta el corazón de cada uno de los que vivían y hasta cada hogar patrio, reforzarían el coro de la Unión si volvían, como sin duda volverían, a ser pulsadas por los ángeles buenos del común destino [7].

Un hombre del pueblo se hallaba al servicio de la Nación en los más ímprobos menesteres a ella inherentes. Era enteramente norteamericano. No había cruzado el mar: no estaba echado a perder por la insularidad inglesa ni por la disipación francesa. No tenía vicios. Poseía un fuerte sentido, al que fácilmente obedecía. En la discusión era esencialmente convencedor. Su gran cabeza le permitía sacar de sus tareas el rendimiento máximo: a su condición de trabajador incansable se unía una prodigiosa facultad ejecutiva. El nuevo ocupante de la Casa Blanca justificaba la excelente opinión que acerca de él había concebido el Oeste. Aunque al primer encuentro no fascinaba, pronto su rostro y sus maneras desarmaban sospechas, inspiraban confianza y conquistaban voluntades [8]. En Wáshington empezaba a probar por sí mismo la certeza de aquel juicio suyo según el cual la reputación era la sombra del carácter: la integridad de su carácter, adornada con una bondad sin límites; perennemente aumentaba su reputación.

Dos hechos notorios del estreno del gobierno de Lincoln produjeron excelente impresión: el tono del discurso inaugural y la calidad de los hombres que formaron su gabinete. Sus

7 JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. VI, pp. 169-185.

8 RALPH WALDO EMERSON, *The complete essays and other writings,* New York, 1940, pp. 917-918.

pronunciamientos del 4 de marzo tuvieron toda la virtud de armonizar la energía de sus propósitos respecto del mantenimiento de la Unión con la cordialidad puesta en el llamamiento dirigido a los propulsores de la secesión. El gabinete reunió a personajes prestigiosos, duchos en las lides de la política: William H. Seward, Salmon P. Chase, Simón Cameron, Gideon Wellers, Caleb B. Smith, Montgomery Blair y Edward Bates, de Nueva York, Ohio, Pennsylvania, Connecticut, Indiana, Maryland y Missouri, respectivamente [9]. Unos, como el mismo Lincoln, habían sido liberales. Otros procedían de las filas demócratas o habían seguido los mejores de los principios que las inflamaban. Todos habían coincidido en el anhelo de renovar la vida nacional a través del Partido Republicano. Entre los ciudadanos leales y honrados inspiró inusitada confianza el encumbrado mandatario que escogió para que fuesen sus más cercanos consejeros a conductores de la opinión pública tan sobresalientes que en su mayoría habían sido considerados dignos de aparecer como candidatos al alto oficio por él ejercido [10].

La significación de los Secretarios del Despacho de Lincoln no permitía que entre ellos reinase una absoluta conformidad sobre ciertos negocios públicos. La notable personalidad de Seward, Secretario de Estado, chocaba con la vigorosa de Chase, Secretario del Tesoro. Algo semejante ocurría con respecto de otros. Pero en lo fundamental podían trabajar sin dificultades, puesto que en casi todos la preeminencia cívica se debía a la existencia de innegables virtudes [11].

La más importante de las designaciones hechas por el Presidente recayó en Seward. Esta trascendencia emanó por igual de los antecedentes y de las presumibles consecuencias del nombramiento. Seward había sido rival de Lincoln en el seno del Partido Republicano, y a extremo tal que estuvo a punto de ser el candidato escogido por la Convención Nacional que nominó al abogado de Springfield. Lincoln realizó un acto atrevido poniendo a la cabeza del Gabinete a un prohombre capaz de ser el primero, sin excluir al propio Presidente, en la estimación popular, arresto, por lo demás, muy natural en el sencillo varón considerado sin par en valor, sa-

[9] J. A. SPENCER, *History of the United States*, New York, vol. IV, pp. 13-14.

[10] D. F. SARMIENTO, *Vida de Abran Lincoln*, Nueva York, 1866, p. 125.

[11] GIDEON WELLES, *Lincoln and Seward*, New York, 1874, p. 48.

biduría y fuerza intelectual [12]. En las circunstancias que afligían a la Nación, ante el peligro de la guerra civil y en la proximidad de serios embarazos exteriores, la cultura y la experiencia de Seward estaban llamadas a jugar un papel principalísimo al servicio de la Unión. El Sur se empeñaba en crear otra república, y este suceso, agravado por el conflicto bélico que se veía venir, demandaba las luces y los esfuerzos del estadista que Lincoln contempló en Seward.

4

En la complejidad de la política exterior de los Estados Unidos se destacaban los problemas de la América latina, tan atrayente para ciertos hombres y grupos de la de habla inglesa como para la Gran Bretaña, Francia y España. En la América latina tenía puestos sus ojos Seward. Participaba de las convicciones de Webster acerca de la expansión comercial de los Estados Unidos en el Pacífico. Le seducían las proyecciones del Destino Manifiesto. Había señalado el colosal tamaño del futuro imperio norteamericano: estaciones de su país serían levantadas en la costa Noroeste del Océano Artico, el Canadá sería agregado a la Unión, las repúblicas latinoamericanas quedarían reorganizadas bajo la benigna influencia de la gran Nación del Norte, de la que llegarían a formar parte, y la ciudad de México adquiriría el rango de capital de los Estados Unidos, inmensos al cabo de tales progresos [13]. En este punto no se hallaba clara la posibilidad de una armónica colaboración de Seward con Lincoln. Las ideas del Presidente eran contrarias al crecimiento de la Unión en regiones latinoamericanas —fuesen repúblicas constituídas, como México, o naciones en formación, como Cuba—, criterio con el que no armonizaba el de su Secretario de Estado. Si el estadista instalado en la Casa Blanca seguía manteniendo las opiniones sustentadas por el político de Springfield, tendría el antiguo gobernador de Nueva York que refrenar sus ímpetus expansionistas.

Las primeras semanas de la administración de Lincoln estuvieron cargadas de expectación. El Sur no se detenía. Las ilusiones puestas en la tarea apaciguadora de algunos hombres

12 BENJAMIN HÁRRISON, *Vida Constitucional de los Estados Unidos,* Nueva York, 1919, p. 139.

13 HERMINIO PORTELL VILÁ, *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España,* La Habana, 1939, vol. II, p. 137.

se desvanecieron. Caso señaladísimo fué el de Alexander H. Stephens, que de partidario de la integridad de los Estados Unidos pasó a Vicepresidente de los Estados Confederados. Las conclusiones más absolutas eran expresadas con toda naturalidad. Se decía que la condición normal del negro dentro de la civilización norteamericana era la esclavitud, y que la piedra angular del régimen de Montgomery descansaba sobre la creencia de que el hombre de color no era igual al blanco, y que la invención del Sur nada tenía que ver con el pensamiento de los creadores de la Nación, y que el principio de una raza superior avanzaba victoriosamente. Como las padres de la Unión, Lincoln pensaba que la esclavitud violaba las leyes de la naturaleza, aunque, a semejanza también de los fundadores, esperase de la lenta labor del tiempo el acabamiento de la inhumana institución. Las repercusiones del conflicto entre el Sur y el Norte llegaban lejos. En las Antillas españolas la oscuridad de la piel de parte de la población reproducía la injusticia generadora de la lucha que se desataba en los Estados Unidos, y lo que en el Continente se discutía, con los puños ya en alto, en Cuba y Puerto Rico aguijaba las pasiones y ahondaba las discrepancias en torno a la misérrima suerte de la raza africana.

En la Casa Blanca se meditaba sin cesar sobre los sucesos sin precedentes que el Gobierno tenía que encarar. La tozudez del Sur requería medidas de precaución por parte de Wáshington. Las coercitivas estaban reservadas para el caso de que el régimen de Montgomery pasase de la amenaza a la agresión. En la segunda quincena de marzo de 1861 Lincoln dictó providencias encaminadas a socorrer lo poco que en el Sur quedaba representando la autoridad de los Estados Unidos. Pero toda la actividad mental del Presidente no se gastaba en eso. El reordenamiento de las relaciones exteriores ocupó parte de su atención. La acción de España en tierras de América que ya no eran suyas se aprovechó de las sombras que envolvían la existencia norteamericana, y esta novedad también requirió la consideración del gabinete de Lincoln.

5

El cuerpo diplomático acreditado en Wáshington constituía uno de aquellos grupos humanos en cuyo estudio Lincoln ocupaba parte de su tiempo. Las ideas predominantes entre sus componentes y las propensiones personales de cada uno

de ellos debían ser cuidadosamente apreciadas en un tiempo de dificultades nacionales enlazadas con las relaciones exteriores. Algunos no merecían mucha atención, ya por sus condiciones de mente y carácter, ya por la flojedad de los nexos entre sus respectivos países y los Estados Unidos. En cambio, aquellos en quienes no concurrían esas circunstancias negativas eran personas de la mayor importancia en la vida oficial del Presidente. En Wáshington tenían representación la Gran Bretaña, Francia, Prusia, España, Portugal, Cerdeña, Bélgica, Bremen, Rusia, Austria, Holanda, Suecia, México, Guatemala, El Salvador, Costa Rica, Nicaragua, Honduras, Confederación Granadina, Venezuela, Ecuador y Brasil.

Los representantes diplomáticos de Europa en los Estados Unidos eran en su mayoría reaccionarios. Esto se hallaba muy en armonía con la índole de los regímenes dominantes en sus países. La libertad republicana propugnada por Lincoln no podía entusiasmarlos. Además, aquellos que procedían de potencias que no renunciaban a participar en la política y la economía de América veían con fruición el crecimiento del conflicto que amenazaba la subsistencia de la Unión. Uno que se calificaba a sí propio de liberal, el Ministro de España, alimentaba ideas en extremo significativas: defendía lo suyo con tanto apasionamiento que prefería los horrores de la Inquisición con su raza a los beneficios de la libertad con otra cualquiera [14].

La América latina se encontraba representada en Wáshington en forma demasiado irregular al iniciarse la administración de Lincoln. Antonio J. de Irisarri era plenipotenciario de Guatemala y El Salvador. Luis Molina era legado de Costa Rica, Nicaragua y Honduras. México, Confederación Granadina, Venezuela y Ecuador se conformaban con mantener encargados de negocios en Wáshington. El Brasil tenía acreditado como ministro a Miguel María Lisboa.

Entre los diplomáticos latinoamericanos que en marzo de 1861 se halalban en los Estados Unidos sólo había uno de ideas liberales: Matías Romero. Uno de los más distantes del Encargado de Negocios de México en materia doctrinal era Luis Molina, quien consideraba innecesaria la libertad de cultos y tenía por una utopía la ley fundamental de cualquier república. Casi todos ellos formaban un círculo de alucinados

14 [MATÍAS ROMERO], *Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la intervención extranjera, 1860-1868,* México, 1870. vol. I, p. 699.

en torno al Ministro de España[15]. El talento y las fanfarronadas de García Tassara conspiraban contra una política inspirada en los principios sustentados por Lincoln.

Las opiniones y actitudes de lord Lyons, Henri Mercier o Gabriel García Tassara casi siempre eran importantes, porque, más o menos fielmente, reflejaban las de la Gran Bretaña, Francia o España, con tantos intereses creados y en creación en el Hemisferio Occidental. El pensamiento y la acción de los representantes de las naciones latinoamericanas encerraban extraordinaria trascendencia para Lincoln. Pero las naciones latinoamericanas, con la salvedad de México, no habían notado nada nuevo en el advenimiento del abogado de Springfield a la Casa Blanca ni en las inclinaciones de las dependencias europeas. De la política exterior del propio Lincoln dependería en gran parte que los pueblos organizados al Sur del Río Grande mantuviesen o cambiasen sus modos de ser y proceder respecto de los Estados Unidos.

6

El servicio exterior de los Estados Unidos adolecía, desde el punto de vista de Lincoln, de las deficiencias ajenas al hecho de hallarse cubierto con personas afectas a una administración con cuyas orientaciones no coincidían las de la situación inaugurada el 4 de marzo. La deslealtad y la tibieza constituían evidentes peligros. El Presidente se fijó en la necesidad de remover a muchos funcionarios diplomáticos. En cuanto a Europa, los cambios iban dirigidos a mantener informadas con exactitud a las grandes potencias acerca de las vicisitudes de la Unión y evitar que los Estados Confederados suplantasen en el respeto extranjero a los Estados Unidos. Las sustituciones en las naciones de América tenían otras finalidades. La política expansionista era fuente de enormes recelos y temores. La guerra contra México, las tentativas de tomar a Cuba, el allanamiento de la América del Centro, la propaganda de la Joven América, las maquinaciones de los Caballeros del Círculo Dorado, el envío de una escuadra al Río de la Plata en son de guerra contra el Paraguay y la ruptura de relaciones con el Perú tenían reducida a poca cosa en los países latinoamericanos la idea de que los Estados Unidos amaban y amparaban la libertad para todos.

[15] *Ibid.*, pp. 595-700.

Lincoln se propuso crear un clima de comprensión y confianza para con el gobierno de Wáshington en los demás pueblos del Hemisferio Occidental. Pocos días después de su toma de posesión, en el mismo mes de marzo, inició el movimiento de jefes de misiones diplomáticas. Escogió a Thomas Corwin para Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en México y a Flisha O. Crosby, Frederick Hassaurek, David K. Cartter, Robert M. Palmer y Andrew B. Dickinson para Ministros Residentes, respectivamente, en Guatemala, Ecuador, Bolivia, Argentina y Nicaragua. De estas designaciones la más significativa fué la recaída en Corwin, así por el lugar a que era destinado y las circunstancias en que lo era como por los antecedentes y condiciones del elegido.

La situación de México era anormal. Juárez luchaba contra la reacción de sus adversarios, la intromisión extranjera y las amenazas provenientes de potencias europeas. Había expulsado del territorio mexicano al plenipotenciario español, Joaquin Francisco Pacheco, por enemigo de su gobierno, y, aunque se hallaban en juego los buenos oficios del representante diplomático de Francia en México para disipar los malos efectos de todo aquello, las relaciones entre la República y el gabinete de Isabel II seguían tirantes [16]. Por otra parte, México recordaba que los excesos de la administración de Buchanan habían rozado su suelo, con la ineluctable consecuencia de exacerbar viejas querellas. En presencia de estos hechos, y muy en armonía con sus viejos sentimientos y con los expresados hacía poco a Matías Romero acerca de la seguridad y el bienestar de la vecina nación, Lincoln pensó que Corwin sería un agente ideal de la nueva política exterior que él, el Presidente, deseaba llevar adelante en América. Corwin era el eminente ciudadano de Ohio que en el Senado de la Unión había defendido con tanto ardor como Lincoln en la Cámara de Representantes la integridad territorial de México: se afirmaba que su actitud en favor del país por entonces invadido por tropas de la Unión le había costado el sacrificio de su posición en el Congreso y se le tenía por el más ilustre y brillante amigo de México en los Estados Unidos [17].

La República Dominicana preocupaba a los americanos opuestos a que Europa acrecentase lo que le quedaba en el

16 JERÓNIMO BÉCKER, *Historia de las relaciones exteriores de España durante el siglo XIX,* Madrid, 1924, vol. II, pp. 490-497.

17 CARL SANDBURG, *Abraham Lincoln. The War Years,* New York, 1943, vol. I, pp. 158-159.

mundo de Colón. Desdichadamente, hijos de Santo Domingo colaboraban con políticos y funcionarios de España en el afán de resucitar las relaciones de colonia y metrópoli entre ambos países. Las gestiones realizadas en La Habana por dominicanos aspirantes a someteres al yugo hispánico encontraron en el capitán general de Cuba la mejor de las acogidas. Francisco Serrano se declaró partidario de la anexión de Santo Domingo a España por estimar que había llegado la hora de correr los riesgos de una empresa llamada a hacer de su patria un poder en América. No negaba la probabilidad de que España necesitase sostener una guerra con los Estados Unidos, pero no consideraba aconsejable adelantar por causa tan trascendente lo que tarde o temprano tenía que suceder. Peor le parecía que los dominicanos se arrojasen en brazos de los norteamericanos. El pensamiento de Serrano acabó por enseñorearse de las voluntades que decidían en España. Y, sobre todo, en Santo Domingo no apareció el remedio suficiente para evitar el colapso de la independencia. El 18 de marzo de 1861 se proclamó el reinado de Isabel II allí, ante el gobierno que pasaba por republicano y los principales personajes y las fuerzas armadas que lo sostenían, y el caudillo del movimiento, Pedro Santana, dirigió una carta a la soberana española para poner en su conocimiento lo acaecido y a sus pies las llaves de la preciosa Antilla [18].

En momentos en que la noticia de los sucesos de Santo Domingo avanzaba por los caminos del Mundo, dos diplomáticos, Gabriel García Tassara y Matías Romero, discurrieron en Wáshington acerca de las relaciones entre España y los Estados Unidos con motivo de las nuevas actividades hispanas en América. El legado de Madrid dijo que había llegado para la raza española, frente a la anglosajona, el turno de la prosperidad. Le parecía que en el evento de una guerra entre España y los Estados Unidos la nación europea no tendría absolutamente nada que temer y que un ejército de treinta mil peninsulares se pasearía impunemente por todo el país norteamericano sin encontrar ningún importante obstáculo. Esta confianza y el resentimiento que llevaba en sí por los agravios inferidos en la Unión a España precipitaban en García Tassara el deseo de que sobreviniese un conflicto generador de la contienda bélica de que tan buenos frutos se prometía. La cuestión de Santo Domingo estaba a la mano. Gar-

[18] JUSTO ZARAGOZA, *Las Insurrecciones en Cuba,* Madrid, 1873, vol. II, p. 678.

cía Tasasra presumía que Wáshington no consentiría mansamente la violación de la Doctrina de Monroe en las Antillas. Hasta preveía que el Departamento de Estado le enviase su pasaporte. De ocurrir cosa tan grave, él tomaría en consideración la conveniencia de trasladarse a Montgomery, reconocer el gobierno de los Estados Confederados e impedir el bloqueo de sus puertos con la armada española. Ya a solas, pesando y midiendo las palabras de García Tassara, el Encargado de Negocios de México juzgó difícil saber si lo que acababa de oír era una baladronada propia del carácter andaluz, o una especie que se pretendía echar a rodar para intimidar al gabinete de Lincoln, o en realidad un proyecto que hubiese merecido seriamente la atención del plenipotenciario de España [19].

Entre Santo Domingo y Cuba hubo comunicaciones y connivencias constantes alrededor de la anexión ofrecida por Pedro Santana a Isabel II. La Habana iba logrando la categoría de centro de irradiación de la política de España en América, como quería Serrano. De lo premeditado y adelantado en La Habana se continuaba teniendo puntual información en Wáshington, con alegre inquietud para el personal de la legación hispánica y amarga agitación para los funcionarios federales. El que la bandera de España ondease de nuevo en Santo Domingo era profundamente intranquilizador, mayormente en una época de dificultades sin precedentes para los Estados Unidos.

Lo ocurrido en Santo Domingo el 18 de marzo de 1861 se supo en Wáshington al expirar este mes. En realidad, la noticia no causó la sensación que habría producido algunos meses antes. La Unión estaba atónita. La nueva actitud de España aumentó la confusión. Sin embargo, no podían los reconquistadores de América confiar mucho en que las cosas, que tan bien se presentaban para ellos, no cambiasen de rumbo. Posible era que surgiesen obstáculos en los Estados Unidos y hasta en Europa: en los Estados Unidos por obvias razones monroístas y en Europa por celos coloniales. El legado de España en Wáshington casi se extrañaba de no haber recibido alguna advertencia del Departamento de Estado dentro de las primeras venticuatro horas siguientes a aquella en que

19 [MATÍAS ROMERO], *Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la intervención extranjera, 1860-1868,* México, 1870. vol. I, p. 399.

se había conocido allí la consumación de la anexión de Santo Domingo [20].

Con lo de Santo Domingo se hallaba en juego lo de México. El gobierno de Lincoln no descuidaba lo que acontecía y podía acontecer entre Juárez y algunas potencias europeas, especialmente Francia. García Tassara escuchó palabras halagadoras para su orgullo y para sus propensiones horas después de saberse en Wáshington que Santo Domingo se hallaba anexado a España. Se le habló con encarecimiento de la necesidad de armonizar intereses de su patria y de los Estados Unidos para conducir los asuntos de México y del resto de la América latina. Esto permitió al legado de Madrid suponer que el grave paso dominicano sería tomado con una pacífica reserva por la Unión. En medio de tal incertidumbre la principal novedad que García Tassara observaba en las relaciones exteriores consistía en la amenaza de guerra de los Estados Uniros contra Francia en el caso de que Napoleón III, como temía, reconociese la soberanía internacional de los Estados Confederados. De todo ello se infería que nada debía tenerse por definitivo [21].

6

La disquisición del Ministro de España en Wáshington alrededor de las intenciones internacionales de la administración de Lincoln fué hija de meras presunciones. Dentro de la mayor reserva el Secretario de Estado elaboraba proyectos que en parte afirmaban y en parte negaban lo sentado por García Tassara. La preeminencia de Seward quiso exhibirse ante el propio Lincoln. En 1º de abril de 1861 el Secretario de Estado sometió un memorándum con algunas ideas a la consideración del Presidente. Se sentía molesto notando que al cabo de casi un mes de vida el Gobierno no había adoptado determinaciones esenciales: nada realmente nuevo veía en la política interior ni en la exterior. Por otra parte, de su mente no se alejaba la idea de que el conflicto nacional podía conjurarse en absteniéndose el Norte de usar la fuerza contra el Sur, omisión que aspiró a combinar con una acción bélica de América contra Europa capaz de estrechar la unidad de

20 ARCHIVO DE EMETERIO S. SANTOVENIA, La Habana: Gabriel García Tassara a Francisco Serrano, Marzo 31, 1861.

21 *Ibid.*

todo el Hemisferio Occidental. El Secretario de Estado ansiaba que el Señor diese una excusa a la Unión para romper hostilidades con la Gran Bretaña, Francia y España, medio que juzgaba el mejor para conservar la paz interior [22].

Seward habló sin disimular mucho su arrogancia para con el Jefe de la Nación. Expresó de manera precisa su ansiedad y sus puntos de vista. Deseos suyos eran: a) sustituir el problema de esclavitud o liberación por el problema de secesión o unidad, o, en otras palabras, hacer de una cuestión de partido una cuestión de patriotismo; b) demandar explicaciones, categórica y simultáneamente, de España y Francia; c) solicitar también explicaciones de la Gran Bretaña y Rusia; d) enviar agentes al Canadá, a México y a la América del Centro para excitar un vigoroso espíritu continental de independencia contra la intervención europea; e) convocar al Congreso para declarar la guerra a España y Francia si ambas potencias no daban explicaciones satisfactorias. A estas especificaciones Seward agregó algunas reflexiones. Cualquiera que fuese la resolución que se adoptara, debía adoptarse con energía. El Presidente podía conducir el empeño por sí mismo, y ser en ello extremadamente activo, o delegar en uno de los miembros del Gabinete. Una vez decidido lo que procedía realizar, estaría presente la hora de dar por terminados los debates y acometer el cumplimiento de lo acordado. El Secretario de Estado reconoció que el problema planteado no era de su especial incumbencia, pero advirtió que no pretendía eludir responsabilidades [23].

Lan indicaciones de Seward respondían a su deseo de tomar enteramente la dirección de los asuntos extranjeros. Hasta pudo parecer que aspiraba a asumir las funciones privativas de un primer ministro [24]. ¿Se creyó tan superior e indispensable como para sobrecargar el ánimo del Presidente con la imputación de que el Gobierno carecía de política interior y exterior y con la velada amenaza de retirarse si no eran seguidos sus consejos? ¿Habían inferido realmente España, Francia, Gran Bretaña y Rusia agravios que reclamasen de Wáshington la acción enérgica y extrema apuntada por el Secretario de Estado? Era cierto que acababa de ser

22 SAMUEL FLAGG BEMIS, *A Diplomatic History of the United States,* New York, 1942, p. 367.

23 JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. VI, pp. 234-236.

24 JOSÉ MARTÍ, *Escenas Norteamericanas,* La Habana, 1941, vol. XI, p. 56.

izado de nuevo el pabellón de España en Santo Domingo y que Europa alimentaba fuertes intereses e intrigas con la mira de medrar en México. Pero estos acontecimientos lesivos a la integridad de América no se hallaban aún en situación que sólo admitiese el correctivo de una declaración de guerra por parte de la Unión, sometida entonces a tremenda prueba.

Las cuestiones señaladas por Seward en su memorándum eran de aquellas que Lincoln tenía muy estudiadas y sobre las cuales había opinado. Desde que el Secretario de Estado se separó, el 1º de abril, del Presidente, después de dejarle conocer sus pareceres, éste meditó mucho. Sin embargo, no fué difícil para él responder a las exhortaciones de su notable consejero. El mismo 1º de abril Lincoln contestó por escrito a Seward. Recordó que en su discurso inaugural había dicho, con la expresa aprobación del Secretario de Estado, que la autoridad que se le había confiado se emplearía en administrar y conservar las posesiones y cobrar los impuestos pertenecientes al Gobierno. Esta declaración y la orden dada para que tropas de la Unión protegiesen y conservaran sus defensas formaban parte de la política interior que demandaba Seward, con la única diferencia de que esa política, la política del Presidente, no admitía el abandono del Fuerte Sumter. También había una política exterior. Aunque las noticias recién recibidas de Santo Domingo entrañaban un nuevo problema, ya las circulares e instrucciones preparadas para el cuerpo diplomático de la Unión y otras faenas semejantes hablaban de las previsiones del Poder Ejecutivo, no echadas de menos con anterioridad. Sobre la idea de hacer la guerra a España y Francia nada dijo Lincoln. En cambio, se refirió enfáticamente a la proposición final de Seward: el Presidente se reservaba el derecho de decidir en las cosas de su incumbencia y el de solicitar el parecer de todo el Gabinete acerca de los asuntos que requiriesen consulta [25].

En la contestación de Lincoln a Seward no fué omitida ninguna de las palabras necesarias. Tampoco pudo pasarse por alto uno solo de sus pronunciamientos. La discusión quedó terminada. El Presidente, que poseía la segura intuición característica del genio, se hizo fuerte en su posisión de supremo magistrado [26]. Por lo demás, puso las potencias de su

[25] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. VI, pp. 236-237.

[26] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Abraham Lincoln. A history,* New York, 1890, vol. III, p. 449.

espíritu en función de grandeza: aquel debate escrito permaneció en absoluto secreto, aun para el resto del Gabinete y para las personas de la mayor intimidad de Lincoln, y no dejó huella desagradable alguna en el cerebro de este varón singular, siempre empeñado en ensalzar las virtudes de los hombres que, como el Secretario de Estado, compartían sus inmensas inquietudes y ansiedades [27].

Si el más severo juez de Lincoln era Seward, la noble lección del 1º de abril de 1861 produjo en el émulo, y por arte misterioso en la Nación, la certidumbre de que en la ciudad de Wáshington estaba el gobierno exigido por la gravedad de aquel momento histórico. El Presidente había jurado defender la Constitución y todo lo que la Constitución simbolizaba. Su energía y su paciencia obraban armónicamente para dar a los Estados Unidos un gobierno acorde con el solemne juramento. Juramento y gobierno eran las palabras de pase adoptadas por el triste que desde la cumbre política de su país tenía que afrontar las más duras y peligrosas responsabilidades.

27 SUMNER WELLES, *The Time for Decision,* New York, 1944, p. 392.

Capítulo VIII

PALACIO EN LLAMAS

I hold that, in contemplation of universal law and of the Constitution, the Union of these States is perpetual.

ABRAHAM LINCOLN.

1

Las ideas cruzadas entre Lincoln y Seward el 1º de abril de 1861 sobre las orientaciones políticas del Gobierno aclararon mucho la situación. El Presidente no se hallaba en disposición de realizar acto alguno que derivase hacia el abandono de sus deberes constitucionales, ni deseaba afrontar los riesgos de una guerra internacional cuando los de una civil parecían ineludibles. En el fiel de ambas determinaciones se encontraba un gran sentido de responsabilidad, incompatible con la dejación de obligaciones esenciales respecto de la seguridad nacional y la integridad hemisférica. La seguridad nacional tenía expresión en la cabal subsistencia de los Estados Unidos. La integridad hemisférica traducía el principio según el cual América no podía servir de campo de acción para nuevas empresas conquistadoras de Europa.

El gabinete de Lincoln se dió por enterado el 2 de abril de lo que había ocurrido en Santo Domingo. El Secretario de Estado se dirigió al Ministro de España en Wáshington. Se refirió al rumor de que súbditos españoles y desleales nativos habían izado en la mencionada Antilla la bandera de la antigua metrópoli y preparaban la conversión de la República Dominicana en colonia hispánica. Reprodujo la noticia de que España enviaba a las Antillas el grueso de su escuadra y mucha tropa a causa, según Madrid, de los graves cambios que eran esperados en cuanto a la administración de los Estados Unidos. Luego, dando por consumado el suceso

de Santo Domingo, dejó conocer la posición de Lincoln. Si tentativas como la señalada alcanzaban la aceptación de Madrid, ello acaso sería el primer paso de un plan de intervención armada por parte de España en los libres países americanos —naciones independientes y porciones considerables de la Unión— que habían hecho inmenso su imperio ultramarino. Durante más de medio siglo los Estados Unidos habían mantenido una triple política acerca de las Antillas: a) respetar el título y la posesión exhibidos por España sobre Cuba y Puerto Rico; b) impedir la conquista de las dos islas por otro poder; c) contenerse de adicionarlas a su propio territorio, no obstante ser ellas muy atractivas para el pueblo norteamericano. El Presidente no pretendía apartarse de los antecedentes señalados. Pero tenía que hacer serias advertencias. No experimentaría satisfacción alguna en sabiendo que los últimos sucesos de Santo Domingo habían sido autorizados por el gobierno de Isabel II o podrían obtener su sanción. Vería con desagrado e inquietud que Cuba fuese base de movimientos enderezados a introducir o robustecer la autoridad española en el suelo dominicano. La aprobación por Madrid del proyecto de anexión de Santo Domingo sería considerada por el Presidente como una actitud poco amistosa hacia los Estados Unidos y lo obligaría a organizar la resistencia contra la prosecución de empresas de esa índole en la República Dominicana o en cualquier otro lugar del Nuevo Mundo [1].

La cuestión de Santo Domingo era de toda América. Lincoln quiso poner en su consideración acento esencialmente americano. Supuso que sus ideas respecto de la acción recolonizadora de España podían poseer algún interés para las demás repúblicas del Nuevo Mundo. Por disposición suya, Seward dió a conocer de modo confidencial a los representantes diplomáticos de la Confederación Granadina, Guatemala, El Salvador, Nicaragua, Costa Rica, Honduras y México —los únicos de las repúblicas latinoamericanas a la sazón residentes en Wáshington— su nota de 2 de abril de 1861 a García Tassara, para que sus gobiernos pudiesen adoptar las medidas de seguridad a que obligaba la conducta de España [2].

El 4 de abril de 1861 recibió Seward dos notas de las

[1] DEPARTMENT OF STATE, BUREAU OF ARCHIVES, Wáshington, D. C.: William H. Seward to Gabriel García Tassara, April 2, 1861.

[2] JAMES MORTON CALLAHAN, *American Foreign Policy in Mexican Relations,* New York, 1932, p. 279.

más opuestas procedencias con motivo de la que él había enviado a García Tassara acerca de la acción hispánica en Santo Domingo. Los remitentes eran el Ministro de España y el Encargado de Negocios de México. García Tassara expresó que el movimiento de buques y tropas desde España y Cuba hasta Santo Domingo obedecía a la necesidad de proteger, a petición de dominicanos, a españoles y dominicanos contra haitianos, que la gente armada no desembarcaría sino a solicitud de autoridades dominicanas, que las medidas de prevención adoptadas nada tenían que ver con la situación de los Estados Unidos y que para responder a los demás puntos tratados por Seward aguardaba instrucciones de Madrid [3]. Romero significó su esperanza de que México apreciaría la actitud de Wáshington como una franca muestra de la madura y firme resolución de evitar el desarrollo de influencias europeas adversas al mantenimiento del régimen republicano en América [4]. García Tassara procuraba dilatar cualquier reacción de los Estados Unidos contra su patria. Romero observaba en la postura del gobierno de Lincoln una manifestación de solidaridad hemisférica en extremo conveniente para México.

La actitud de Lincoln para con las repúblicas hispanoamericanas con motivo de las actividades españolas en Santo Domingo mereció atención y opinión excepcionales del Encargado de Negocios de México. Romero envió con un mensajero especial a su Ministro de Relaciones Exteriores copia de la nota dirigida el 2 de abril por Seward a García Tassara. Y señaló la importancia de la iniciativa de Lincoln: a) el escrito de Seward equivalía a una invitación hecha a México para que juntase sus esfuerzos a los de los Estados Unidos, a fin de evitar que preponderasen en América las influencias europeas contrarias a las instituciones democráticas; b) tal era la primera vez que los Estados Unidos llamaban a México para que tomase parte en una cuestión hemisférica, reconociendo la posición que le correspondía entre las naciones de este lado del Atlántico [5].

3 DEPARTMENT OF STATE, BUREAU OF ARCHIVES, Wáshington, D. C.: Gabriel García Tassara to William H. Seward, April 4, 1861.

4 *Ibid.*: Matías Romero to William H. Seward, April 4, 1861.

5 [MATÍAS ROMERO], *Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la intervención extranjera, 1860-1868,* México, 1870. vol. I, pp. 706-708.

Del nuevo tono que iba adquiriendo la política exterior de la Unión empezó a tenerse noticia en la América latina. México, el México reformista comprendía que sus anhelos colectivos coincidían con el criterio liberal y justo del gobierno de Lincoln. Hasta la acción indirecta de Lincoln apuntalaba la soberanía internacional de México, puesto que la negativa a consentir en la división definitiva de la Unión en dos grandes secciones evitaba que los Estados Confederados, incontenibles en su frontera meridional, derramasen en la altiplanicie mexicana la tinta negra de la esclavitud [6]. Lo meramente adjetivo también contribuía a fomentar la mutua comprensión. El nombramiento recaído en Thomas Corwin produjo en México los efectos deseados por Lincoln. Claramente expresó Juárez que esa designación era una prueba inequívoca de que el Presidente de los Estados Unidos se hallaba decidido a estrechar las relaciones entre ambos países: a la noble empresa contribuirían las relevantes prendas de Corwin, cuya celebridad, tan eminente como su mérito, lo precedía en México [7].

Dos propósitos principales abrigaba la administración de Lincoln respecto de México: a) ayudarlo a mantener el orden interior, su integridad territorial y su completa independencia frente a los peligros de potencias extrañas; b) enervar la acción de los Estados Confederados dirigida a extender su autoridad en el suelo del vecino país. Para hacer efectivo lo primero, determinó postergar la tramitación de las numerosas reclamaciones por daños o perjuicios de que eran víctimas ciudadanos de la Unión. Para lograr lo segundo, organizó una estrecha vigilancia sobre posibles movimientos del Sur destinados a atacar a la Baja California y Sonora [8]. Estos designios y actos guardaban relación con la necesidad que los Estados Unidos tenían de impedir que México favoreciese de alguna manera, de grado o por fuerza, a los Estados Confederados.

Durante la primera semana de abril de 1861 fué intenso el intercambio de pensamientos y orientaciones entre Lincoln y Seward acerca de los asuntos latinoamericanos. El hombre del Departamento de Estado habló y razonó con el de la Casa

[6] JUSTO SIERRA, *Juárez. Su obra y su tiempo,* México, 1905-1906, pp. 285-286.

[7] ANGEL POLA, *Miscelánea. Comunicados, respuestas, iniciativas, dictámenes, informes, brindis, etc., de Benito Juárez,* México, 1906, pp. 54-55.

[8] JAMES MORTON CALLAHAN, *American Foreign Policy in Mexican Relations,* New York, 1932, p. 280.

Blanca insistentemente. Detrás de la reserva de lo tratado se hallaban viejos principios y nuevas determinaciones oficiales. Quien en alguna forma hubiese escuchado las palabras que entonces salían de los labios del Presidente habría recordado los ideales de cooperación americana de Henry Clay, el mentor que tuvo el opinante en su juventud. Y el mismo observador hubiera tenido que reconocer que tales ideales seguían avanzando por la senda del progreso bajo la acción del estadista que al cabo de tantos años se empeñaba en sostenerlos y aplicarlos.

3

El Ministro de los Estados Unidos en México designado por Lincoln debía recibir instrucciones para el desempeño de su gestión diplomática. Diversas y muy calificadas razones hacían de México uno de los puntos singulares de la política exterior de la Unión. El 6 de abril de 1861 Seward se dirigió a Corwin. Lo que en aquella ocasión quedó escrito estuvo inspirado en la urgencia de producir una saludable coordinación de juicios y esfuerzos entre la Unión y México. Seward reflejó así el pensamiento y el sentimiento de Lincoln:

1. El estado de los asuntos de México era tan imperfectamente conocido en Wáshington que el Presidente encontraba difícil comunicar a su legado particulares y prácticas instrucciones en relación con la conducta a que había de ajustar su misión. Se sabía, sí, que el gobierno de Juárez, por mucho tiempo limitado a las costas del país, había triunfado de sus adversarios y logrado establecerse en la capital de la Nación. La nueva situación abría plaza a la esperanza de un próximo bienestar público.

2. La administración de Lincoln había hallado los archivos oficiales repletos de quejas contra el gobierno de México por excesos consumados contra ciudadanos norteamericanos. Pero el Presidente tenía resuelto no dar curso a demanda alguna por razón de tales hechos: de buena gana difería el cumplimiento de este deber, ingrato en cualquier momento, hasta que el gabinete de Juárez pudiese cimentar su autoridad y restablecer el orden y la armonía en México.

3. El gobierno de los Estados Unidos ansiaba la cesación del desorden crónico que afligía a México. Esta desgracia, grave en cualesquiera circunstancias, lo era mucho más en aquellas en que la Unión encaraba perturbaciones civiles engen-

dradas en regiones fronterizas. Las relaciones de los dos países se hallaban abocadas al hondo quebrantamiento que era de temer para cuando la autoridad de un vecino por tanto tiempo debilitado encontrase la del otro temporalmente suspendida.

4. Lincoln deseaba que sus representantes diplomáticos se abstuviesen de promover o admitir discusiones sobre las dificultades internas de la Unión o censuras contra sus compatriotas colocados en oposición a su autoridad. Pero tenía especial interés en que el gobierno de México supiese que esos embarazos no provenían de un intenso y permanente descontento popular, ni guardaban relación alguna con el sistema de gobierno o el funcionamiento de las instituciones nacionales, y que los Estados Unidos adoptarían rápidamente, y en forma constitucional, los remedios conducentes a la restauración de la paz pública y a la preservación del concierto federal.

5. El buen éxito de los Estados Unidos en la defensa de su integridad dependía en no poco de la acción del gobierno y del pueblo de México. Lincoln entendía que México, lejos de beneficiarse por la postración o la obstrucción de la autoridad federal en la Unión, quedaría expuesto a nuevos y terribles riesgos. Por otra parte, una situación anárquica en México operaría ineluctablemente como sedución en los conspiradores contra la total subsistencia de la Unión, ansiosos de crecer y fortalecerse por medio de la conquista del propio México y otras tierras de la América latina. Paz, orden y autoridad constitucional en todas y cada una de las repúblicas del Hemisferio Occidental eran indispensables no exclusivamente para cualquiera de ellas, sino para el común bienestar de este medio globo.

6. El Presidente creía hallarse en presencia del momento más interesante y trascendental de los negocios internacionales de su país. Abrigaba firmemente el designio de no inmiscuirse en el desenvolvimiento de los intereses políticos, religiosos o regionales de México. Comprendía que conductas opuestas a la suya habían quebrantado la amistad de los Estados Unidos con algunas de las naciones representadas en Wáshington. Deseaba renovar y vigorizar las relaciones de los Estados Unidos con todos los demás pueblos de América. Esperaba con la mayor sinceridad que la independencia y soberanía de México, al cabo de tantos y tan cruentos conflictos, fuesen universalmente reconocidas y respetadas. La política interamericana demandada un nuevo estilo, y él quería ponerlo en circulación.

7. Lincoln vivía convencido de que la seguridad, prosperidad y felicidad de la Unión serían mayores si México man-

tenía eficazmente su independencia e integridad que si éstas eran mermadas, aun cuando una porción de su territorio o todo el país o su soberanía pasasen a los propios Estados Unidos. Temía que la habilidad de México para preservar la República no pudiese resistir la acción hostil o poco amistosa de parte del pueblo norteamericano. Si él hubiese necesitado otro estímulo que el de la rectitud de su conciencia para tratar con espíritu de justicia e igualdad a México, lo habría encontrado en la reflexión de que el conflicto que conmovía a la Unión y asombraba al Mundo no existiría en habiendo podido México, en todo tiempo y con firmeza, defender su suelo. En esto México se encontraba entre las naciones modernas más infortunadas. Pero el Presidente de los Estados Unidos advertía la presencia de circunstancias favorables a la esperanza de que pronto terminaría la triste experiencia del país vecino. En verdad, México no tenía ni debía tener enemigos. Un interés universal cuerdamente concebido sólo podía derivar hacia el desarrollo de sus recursos naturales y el respeto a sus sencillas virtudes, al heroísmo de sus hombres y a su inextinguible amor a la libertad civil.

8. El poder de la Unión, por voluntad de su Presidente, se empleaba en evitar agresiones de ciudadanos suyos a México. De esta manera coadyuvaba a la restauración de la normalidad en la nación vecina. Ambos empeños —el restaurar la normalidad interior y el de evitar que la perturbasen desde afuera— requerían que el gobierno y el pueblo de México tratasen de quitar a los visionarios y aventureros de todas partes la coyuntura de que se valdrían, con la bandera de redención o la de reforma, para adelantar invasiones y usurpaciones.

9. Desde hacía algunos años en México confluían graves planes de ambas partes del Atlántico. Naciones de Europa y regiones y grupos de ciudadanos de los Estados Unidos premeditaban la anexión parcial del territorio o la extinción total del gobierno independiente de México. Había un peligro inmediato: los Estados Confederados podían pretender extenderse sobre un suelo tan cercano al propio. Corwin no fallaría al asegurar a Juárez que Lincoln no tenía ni tendría simpatía alguna por tales proyectos, cualesquiera que fuesen sus orígenes y modalidades.

10. En Wáshington se temía que los rebeldes del Sur intentasen inducir a México a que reconociera la independencia a que aspiraban. El Presidente pensaba que la organización de un gobierno distinto en la porción meridional de la Unión llegaría a ser más peligrosa para México que perjudicial para los

Estados Unidos. En el momento a la sazón presente los Estados Unidos ofrecían a México las mayores garantías de seguridad e integridad. El legado de Lincoln cerca de Juárez debía extremar sus cuidados y empeños para contrarrestar las posibles gestiones de los Estados Confederados encaminadas a lograr que México admitiese su soberanía internacional.

11. Lincoln no ocultaba que las repúblicas latinoamericanas se hallaban distanciadas de los Estados Unidos, ni negaba que éstos fuesen ajenos a los errores y prejuicios generadores de tamaña desgracia. La América latina y la América anglosajona mantenían frente a otras naciones una actitud común, que, justificada y saludable, determinaba la conclusión de que los pueblos del Hemisferio Occidental debían ser tan amigos como vecinos. Amigos y vecinos se encontraban en el caso de apoyarse y sostenerse los unos a los otros en la defensa de la soberanía de cada uno de ellos, que era la de todos, contra los agentes de desintegración interior y contra los poderes o influencias exteriores.

12. El sistema republicano de gobierno pasaría por toda clase de pruebas, triunfaría permanentemente en los Estados Unidos y se haría digno de ser adoptado por todas las naciones. Este pensamiento de Lincoln se hallaba adicionado con la creencia, abrigada por el propio Presidente, de que la victoria se abriría paso penosamente a través de estorbos creados por elementos antagónicos, que eran la herencia de otros tiempos y de diferentes instituciones. Lincoln estaba muy esperanzado en el auge definitivo de la democracia republicana, no obtante los peores obstáculos, y no sólo en México, sino también en los demás países del Nuevo Mundo. Pero él consideraba esencial e ineludible que las naciones latinoamericanas contasen con mayor tolerancia y más generosas simpatías de los Estados Unidos que de cualesquiera otros pueblos.

13. El Presidente se hallaba en la mejor disposición para favorecer la renovación políticosocial de México. México debía conocer su modo de pensar y querer. Corwin, el ciudadano por él escogido para desarrollar fundamentales proyectos de comprensión y cooperación, daría a su misión un carácter más elevado que el de una mera amistad comercial y convencional: su misión avanzaría con espíritu desinteresado, sin ambición bastarda, plena de fervor americano en el sentido de la palabra. Con una conducta sinceramente fraternal, despojada de todo concepto ficticio, el Ministro se ganaría la confianza y la benevolencia del gobierno de México y señala-

ría la iniciación de un nuevo orden de cosas, llamado a precipitar la prosperidad y felicidad de ambos pueblos y a elevar a las naciones republicanas del resto del Mundo [9].

Fervorosamente americana, y americana en el sentido hemisférico del vocablo, quiso Lincoln que fuese la gestión de Corwin en México. En realidad, las instrucciones dadas al Ministro miraron a toda América tanto como a la Nación para donde él salía. Algunos de los puntos y anhelos fijados por Seward bajo la inspiración del Presidente resultaban comunes a las distintas repúblicas del Hemisferio Occidental. La paz, el orden y la autoridad constitucional eran necesidades de la totalidad de los países americanos, y su satisfacción desembocaba en alta conveniencia para el universo de Colón. Los errores y prejuicios que habían distanciado de los Estados Unidos a las repúblicas latinoamericanas eran en parte imputables a la propia Unión, y la mejor manera de producir una rectificación esencial consistía en lograr que estos pueblos fuesen tan amigos como vecinos. La democracia republicana luchaba en América contra antiguos resabios, y su triunfo dependía en no poco de la tolerancia y las simpatías con que los Estados Unidos tratasen a las naciones latinoamericanas. Las relaciones entre la Unión y México iban a entrar en un período de igualdad y justicia, y así se iniciaba la renovación del ordenamiento interamericano. Voces interiores dictaban estos pronunciamientos de Lincoln. El estadista que resolvía y ejecutaba en 1861 con la mira puesta en una clara y fecunda cooperación americana era el político que había reflexionado y hablado muy seriamente en 1848 con el designio de evitar que los Estados Unidos se aprovechasen de la flaqueza de México para aumentar su territorio.

4

Las ideas de Lincoln sobre la política exterior triunfaban de las de Seward, tanto respecto de su desenvolvimiento general como en lo tocante a la América latina. Así quedó demostrado en los azarosos días de abril de 1861. El Secretario de Estado empezó a conducir las protestas contra las violaciones de la Doctrina de Monroe con la moderación, entonces tan del gusto del Presidente, impuesta por la necesidad de

9 FRANCIS WHARTON, *A Digest of the International Law of the United States,* Wáshington, 1886, vol. I, pp. 306-311.

no comprometer a la Unión en conflicto exterior alguno mientras parecía inevitable una conflagración interior. El firmante de las concretas instrucciones dadas a Corwin no mostraba tener ni remoto parentesco político con el orador que fogosamente había anunciado el advenimiento de una era de extraordinaria expansión de los Estados Unidos en la América latina y la conversión de la ciudad de México en capital de la Unión.

Los motivos de ansiedad para Lincoln y sus colaboradores eran observados por el Ministro de España en Wáshington con su habitual agudeza. El 7 de abril de 1861 veía la situación norteamericana muy mala para los norteamericanos [10]. Penetraba en las entrañas de los graves problemas de la Unión sin perder de vista los intereses hispánicos, comprometidos en la empresa anexionista de Santo Domingo y en los atisbos sobre México y otras tierras de América. Por lo demás, le franqueaban el paso en las esferas sociales —y las esferas sociales tenían tangencias con las oficiales— su mundología y las vastas relaciones logradas en los años que llevaba en la legación de Wáshington. El *Jerez de Tassara* —el sabroso vino del país del Ministro— era famoso en Wáshington: buena prueba de que sus convites le permitían llegar hasta ciertas intimidades y reservas [11]. Para ayudar desde su posición a conducir sin mayores reveses las nuevas ambiciones de España en sus perdidas colonias americanas, especialmente en las perturbadas por luchas internas, García Tassara ponía su fe en la alianza que para él podía ser la lucha entre los Estados Unidos y los Estados Confederados.

La inclinación de Lincoln al cultivo de la amistad entre los Estados Unidos y la América latina rivalizaba con la atención por él prestada a la creciente defección del Sur. No podía desearse más o no cabía esperar tanto para una buena política exterior de quien se veía constreñido a encarar una horrenda crisis interior, mayormente cuando no se hallaba en disposición de permitir la destrucción de la obra de los padres de su patria. Las intenciones del Presidente seguían siendo diáfanas: de los poderes colocados por el pueblo en sus manos no partiría agresión alguna contra el Sur, pero estos poderes serían utilizados para proteger y conservar el patrimonio colectivo cuya guarda le incumbía.

10 ARCHIVO DE EMETERIO S. SANTOVENIA, La Habana: Gabriel García Tassara a Francisco Serrano, Abril 7, 1861.

11 B. VICUÑA MACKENNA, *Diez meses de misión a los Estados Unidos de Norte América como ajente confidencial de Chile,* Santiago, 1867, vol. II, p. 43.

El Fuerte Sumter, en la bahía de Charleston, solitario bastión rodeado de enemigos, era en el Sur un símbolo de la autoridad de la Unión custodiado por no menos de cien hombres bajo el mando de Robert Anderson. Lincoln quiso amparar y conservar ese residuo de legítimo señorío, y despachó auxilios y refuerzos con destino al mencionado castillo de la Carolina del Sur. Un general confederado intimó la rendición de quienes lo guarnecían. Al ser negada, los separatistas dispararon, en la mañana del 12 de abril de 1861, el cañonazo anunciador de la guerra civil: el cañonazo que Lincoln había advertido que no saldría de las filas de los Estados Unidos. El Fuerte Sumter repelió la agresión. Pero el fiero bombardeo de que fué objeto durante varias horas, el incendio de su interior y la falta de provisiones apagaron sus fuegos y aceleraron su evacuación. El Sur, hablando por boca de su artillería y capturando el Fuerte Sumter, hizo saber a los gobernantes de los Estados Unidos su decisión de pelear para mantener el acuerdo de romper el pacto federal.

Una delegación del Estado de Virginia se presentó en la Casa Blanca el 13 de abril de 1861. El Presidente la recibió. En voz alta él leyó el preámbulo y la resolución contenidos en un documento que los visitantes le entregaron, emanado de la Convención de Virginia, sumida en incertidumbre sobre la política que el máximo magistrado de los Estados Unidos se disponía a seguir con los Estados Confederados y ansiosa de conocer su opinión definitiva. El interpelado respondió fácilmente: se refirió a su discurso inaugural y ratificó lo dicho entonces acerca de sus deberes constitucionales frente a la tentativa de secesión. Puesto que ya se sabía que un violento e injustificable ataque contra el Fuerte Sumter acababa de cometerse, era evidente que había sonado para la Unión la hora de repeler la fuerza con la fuerza [12]. Algunas horas después de producirse estas declaraciones en Wáshington, el 14 de abril, atracó en La Habana el pailebot *Emma D. Russie* con bandera confederada, que el mismo día las autoridades españolas hicieron cambiar por el pabellón de las barras y las estrellas [13].

[12] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. VI, pp. 243-245.

[13] HERMINIO PORTELL VILÁ, *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España,* La Habana, 1939, vol. II, p. 141.

La noticia de la caída del Fuerte Sumter sacudió al Norte. El Gobierno y el pueblo se aprestaron a la lucha. El 15 de abril de 1861 Lincoln llamó a la milicia de varios Estados para integrar el número de setenta y cinco mil hombres armados, a fin de reprimir la subversión de la Carolina del Sur, Georgia, Alabama, Florida, Mississippi, Louisiana y Texas, y convocó al Congreso, que debía reunirse el 4 de julio para deliberar y determinar las medidas requeridas por la gravedad de los negocios públicos [14]. El Sur quiso ponerse a tono con el Norte: conocido el pronunciamiento oficial de Lincoln, Jefferson Davis anunció que, puesto que el Presidente de los Estados Unidos tenía declarada su intención de invadir con fuerzas armadas los Estados Confederados para capturar sus baluartes militares y, por consiguiente, malograr su independencia, era deber de los propios Estados Confederados organizar la defensa de los derechos y libertades del país por todos los medios que las leyes y los usos de la guerra autorizaban [15]. El fragor de los combates iba a decidir la suerte de la vasta nación dirigida por el prudente, paciente y honrado Abraham Lincoln.

Al nombre de Jefferson Davis quedó añadido el de Robert F. Lee en la organización de las fuerzas del Sur tan pronto como se inició el conflicto bélico. Davis y Lee se hallaban estrechamente ligados desde hacía muchos años. Juntos habían considerado actitudes norteamericanas respecto de cercanos países de lengua española. Las miras de ambos habían coincidido con las de Polk, culminantes en la guerra contra México y en la mutilación del territorio de la vecina república. A raíz de esto Lee había sido instado por conspiradores cubanos para que asumiese el comando de una expedición destinada a extinguir la dominación de España en la Isla. Pero Davis, enterado por Lee de aquella invitación, había opinado que no podía aceptar proposición alguna para servir contra un gobierno con el cual el de los Estados Unidos se encontraba en paz [16], parecer muy acorde con el expuesto en aquella época por Zachary Taylor, suegro de Davis, Presidente de los Estados Unidos y autor de una proclama condenatoria de esfuerzos desarrollados en la Unión para invadir a Cuba o a

[14] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. VI, pp. 246-248.

[15] JAMES RICHARDSON, *Compilation of the Messages and Papers of the Confederacy,* Nashville, 1906, vol. I, p. 60.

[16] FREDERICK MAURICE, *Robert E. Lee, the soldier,* Boston and New York, 1925, pp. 37-38.

México, más probablemente a Cuba que a México[17]. Por supuesto, el criterio expresado por Davis a mediados del siglo XIX no había perdurado hasta las postrimerías de la sexta década, cuando el agitador del Sur abogaba apasionadamente por la agregación de Cuba a los Estados Unidos. Las humanas vicisitudes depararon la condición de cerebro y brazo de los Estados Confederados a estos varones, Davis y Lee, para quienes no eran tierras políticamente desconocidas las de la América latina.

6

Todos los pueblos civilizados, con mayores veras los de la vecindad hemisférica, vieron con inquietud cómo empezaba la guerra en los Estados Unidos. La razón de ello era que los demás países tenían intereses y pasiones semejantes a los de uno u otro bando en discordia. La contienda iniciada con el ataque al Fuerte Sumter era el nefasto resultado de una vieja pugna, sostenida y exacerbada por la esclavitud del negro. Pero no residía en ésta la única causa del terrible choque. Con la esclavitud se hallaban en juego problemas sociales, económicos y políticos en más de una fase análogos a los que en otras partes agitaban la conciencia humana. En el Sur y el Norte representaban valores y aspiraciones muy disímiles.

En el Sur los blancos constituían una minoría, pero una minoría que era la clase dominante en una sociedad alzada sobre el trabajo de los esclavos. Esta clase privilegiada se sustentaba con una economía agraria, cuya regla era el latifundio. El cultivo del algodón era tan extenso que abastecía en más de las tres cuartas partes el mercado nacional y el europeo. La industria se desarrollaba lenta y pobremente. Los ricos plantadores retenían la tierra, vivían rodeados de holguras y lujos, se distribuían los esclavos, manejaban el comercio, suministraban a la Nación profesionales, funcionarios y hombres de Estado, dejaban a los blancos pobres las áridas colinas de pinos, sujetaban a la gente de color libre a odiosas trabas y sostenían que la mano de obra negra era esencial para la prosperidad de su vasta región. Los hijos de los pudientes solían terminar la educación en el extranjero. La principal de las fuentes de la cultura del Sur era la inglesa. La inmi-

[17] JULIUS W. MULLER, *Presidential Messages and State Papers,* New York, 1917, p. 1642.

gración no tenía importancia ni existía en forma apreciable donde el bracero libre no podía competir con el esclavo. En tales condiciones la población, que aumentaba de manera irregular, tendía a multiplicar el número de los siervos.

En el Norte la población crecía y las ciudades se ensanchaban con inusitada rapidez por el efecto de la inmigración de europeos en grande escala. La mano de obra de varones libres realzaba el trabajo. La actividad económica se exhibía en forma varia: aserraderos, minas, fundiciones, fábricas, ferrocarriles, astilleros, inventos y bancos. Procedimientos nuevos y mejoras esenciales transformaban la agricultura. La máquina se hallaba al servicio del hombre. La cultura avanzaba paralelamente a los progresos materiales. El frecuente contacto con los pueblos más adelantados del otro lado del Atlántico favorecía las artes, las letras, las doctrinas filosóficas, los sistemas educativos, la enseñanza secundaria y la universitaria. El periodismo prosperaba sin cesar. Grandes pensadores y mentores se complacían en ser agentes del bien público. Ralph Waldo Emerson, analizador de los hechos eternos de la vida, hizo la apología de la inquietud cuando advirtió que la conformidad era patrimonio de las mentes débiles. Horace Mann, maestro en su patria y fuera de ella, intervino en la política nacional y ennobleció las tareas del Congreso de la Unión con la pulcritud de su palabra y de su conducta. Un espíritu renovador era denominador común de los esfuerzos individuales y colectivos del Norte.

El contraste entre los modos de ser y vivir de las dos grandes secciones de la Unión era notorio. Generalmente, lo que había de bueno o de malo aquí faltaba allí y las omisiones que se notaban acá no se advertían allá. En el momento mismo de iniciarse la guerra civil fué fácil apreciar rasgos fundamentales del Sur y del Norte. El Sur contaba con jefes militares de elevada talla, muy escasos en el Norte. En cambio, los hombres de Estado del Norte, hijos de lo que más había de genuina democracia en la Unión, rivalizaban ventajosamente con los del Sur. Los máximos personajes de la lucha, Lincoln y Davis, nacidos en Kentucky, respondían, con prescindencia de sus respectivos temperamentos y talentos, a las influencias de los medios en que habían sobresalido, y la superioridad de Lincoln sobre Davis tenía bastante que ver con los distintos climas políticos y morales bajo los cuales uno y otro se habían formado: el clima de libertad total del Norte y el clima de libertad parcial del Sur.

7

Con peculiaridades perfectamente definidas el Sur y el Norte propugnaban soluciones políticas, sociales y económicas. El pacto federal, la esclavitud de la raza africana, la agricultura, la industria y el comercio eran los motivos de la cruenta lucha. El Sur quería hacerse independiente, conservar el trabajo servil de la gente de color, incrementar la trata en regiones cercanas y lograr franquicias internacionales para la exportación de su algodón, su arroz y su tabaco. El Norte soñaba con preservar la Unión, transformar bosques y praderas del Oeste en fuentes de constante producción, aumentar el número de sus fábricas y colocar entre los consumidores de todo el país sus mercancías, con exclusión de las extranjeras, mediante un arancel proteccionista [18]. Lo que durante muchos años había sido una competencia pacífica, pero enconada, era ya un horrendo conflicto bélico.

Los países latinoamericanos no podían ver con indiferencia el conflicto que se enseñoreaba de los Estados Unidos. Los más cercanos al teatro de los acontecimientos juzgaban aquello sin dejar de ver sus propios problemas. México estudiaba lo que de favorable o adverso le reservaba la contienda: la República se agitaba entre los resabios negadores de sus fundamentos y subsistencia y las ansias de reforma políticosocial prohijadas por Juárez. Cuba tenía por espejo el vasto país vecino: La Isla también se hallaba poblada por hombres libres y hombres esclavos y envuelta en el debate sostenido por los entusiastas propulsores de su progreso y los acérrimos enemigos de toda mudanza. Los patriotas de Santo Domingo comparaban el antagonismo existente entre ellos y los partidarios de la anexión a España con la rivalidad llevada al paroxismo entre federales y confederados. Los demás pueblos de la América latina se alteraban, ya acongojados, ya esperanzados, pensando en lo que para todos se derivaría de una guerra de secesión en la más fuerte y poderosa de las naciones del Nuevo Mundo en una época en que Europa pretendía saciar sus apetitos de tierra y señorío en el propio universo de Colón.

Lincoln afrontó la guerra civil abnegada y patrióticamente. No la deseó nunca. Pero no la rehuyó cuando comprendió que era necesaria para defender y preservar la Unión. El hu-

18 HENDRICK VAN LOON, *The Story of America*, New York, 1942, p. 361.

mo del Fuerte Sumter cubrió, más que a los Estados Unidos, a casi toda América.

El Presidente, al iniciarse la lucha armada, dijo que el palacio estaba en llamas y deploró que, en vez de permitírsele acudir a extinguir el fuego, se le obligase a atender a quienes querían una habitación en el edificio incendiado. La parábola, en el bíblico lenguaje del triste, aludió a los buscadores de empleos oficiales que olvidaban el extremo peligro que se cernía sobre la Nación. El palacio en llamas simbolizaba a los Estados Unidos y mucho más: simbolizaba a los Estados Unidos y al resto de América, principalmente a la América de habla española, sujeta en gran parte a la codicia de potencias europeas.

Capítulo IX

EUROPA CONTRA AMERICA

It is not my purpose to review our discussions with foreign states, because, whatever might be their wishes or dispositions, the integrity of our country and the stability of our government mainly depend, not upon them, but on the loyalty, virtue, patriotism, and intelligence of the American people.

ABRAHAM LINCOLN.

1

El ciudadano llevado a la presidencia de los Estados Unidos crecía a tono con la necesidad. Su espíritu dominaba el problema del día. Si el problema se agravaba, en igual medida aumentaba su comprensión. Raramente hubo varón tan adecuado al acontecimiento. En medio de temores y envidias, en una Babel de opiniones y consejos, él trabajaba de continuo, con todas sus potencias y toda su honradez, para encontrar lo que su pueblo quería y la mejor manera de obtenerlo. En su valor no había simulación ni exageración [1]. Tamañas condiciones pasaron por dificilísima prueba cuando, en abril de 1861, quedaron rotas las hostilidades entre los que pretendían destruir el pacto federal y los que aspiraban a mantener la integridad de los Estados Unidos y la autoridad de sus rectores en el ámbito nacional entero. Con sabiduría apreció Emerson, el filósofo, la capacidad demostrada en aquel borrascoso tiempo por Lincoln, el estadista.

Al otro lado del Potomac la situación emperó inmediatamente después de la caída del Fuerte Sumter. Estados esclavistas vacilantes hasta entonces, tomaron este suceso por aviso de

[1] RALPH WALDO EMERSON, *The complete essays and other writings,* New York, 1940, p. 920.

que se hallaba presente la hora de decidirse. Viginia desoyó la categórica amonestación que a sus comisionados había dirigido Lincoln: el Estado de Virginia empezó por anunciar que su milicia no sería puesta a disposición de los poderes de Wáshington para el caso u objeto que tenían en mira y acabó por sumarse a la rebeldía organizada en el Sur. Harper's Ferry pasó a ser la armería de los confederados. En Baltimore, en un tumulto contra tropas que atravesaban la ciudad para ir a Wáshington, el 19 de abril de 1861, murieron dos hombres de Massachusetts, las primeras víctimas de la insurrección. La armada del Sur se situó en la bahía de Norfolk.

El Norte no permaneció inactivo. El mismo día de los sangrientos sucesos de Baltimore, con noticias los funcionarios de Wáshington de que el Sur expendería patentes de corso para asaltar las vidas, propiedades y naves de los ciudadanos de la Unión ocupados con el comercio legal en los mares y en las aguas de los Estados Unidos, el Presidente estableció por medio de una proclama el bloqueo de todos los puertos de los Estados Confederados [2]. Tan grave como la guerra misma para el pueblo norteamericano era el bloqueo para el tráfico internacional que comprendía al Sur.

2

El Ministro de España en Wáshington no se sentía tranquilo ni en medio del conflicto interior que constreñía a la Unión a reservar todas sus fuerzas para su propia defensa y a no emplearlas en una empresa exterior, como podía ser la de evitar la violación de la Doctrina Monroe en Santo Domingo o en México [3]. Por supuesto, los Estados Unidos velaban por la integridad de América con la mesurada energía pautada por Lincoln desde que hizo saber a Seward su intención de conducir en lo fundamental las relaciones exteriores. El 23 de abril de 1861 el gabinete de Madrid conoció una nota muy expresiva del representante diplomático de la Unión. Los Estados Unidos no se hallaban en disposición de permitir que España o cualquier otra potencia europea se mezclasen en las contiendas de México o de las naciones antillanas. Ad-

[2] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. VI, pp. 248-250.

[3] JERÓNIMO BÉCKER, *Historia de las relaciones exteriores de España durante el siglo XIX,* Madrid, 1924, vol. II, p. 402.

mitir este principio equivaldría a abrir un manantial inagotable de discordias entre los monárquicos de Europa y los republicanos de América y a tener que considerar a aquéllos como rivales: se presentarían bajo la capa de amistad y obrarían con ánimo de dominar a países débiles. España conservaba una isla, la de Cuba, que, con su bien fortificado puerto de La Habana, extendía su señorío hasta las bocas del Mississippi, y los Estados Unidos se negaban a consentir que España adquiriese a Santo Domingo como un nuevo baluarte para su uso o para uso de otro reino europeo y en perjuicio del comercio norteamericano. A esta amonestación, que atendía preferentemente a los intereses materiales de los Estados Unidos, respondió el Ministro de Estado de España que Madrid era por completo ajeno a lo que ocurría en Santo Domingo, que las autoridades de Cuba se habían limitado a proteger a súbditos hispánicos, que el gobierno de la Reina no había adoptado acuerdo alguno y que resolvería la cuestión sin consultar su conveniencia y atento sólo a lo que exigiesen su dignidad y la representación que le correspondía [4]. La actitud de España no se avenía con la advertencia de los Estados Unidos.

El gobierno de Madrid acudió al recurso de ganar tiempo en la cuestión de Santo Domingo. Temía las consecuencias de una complicación con los Estados Unidos. Pero no renunciaba a tomar la fácil presa que era la infeliz república antillana. Y acomodó su conducta a un procedimiento sencillo: esperar las pruebas de la espontaneidad y unanimidad con que se hubiese proclamado la anexión para convencerse de que con la aceptación de lo que se le brindaba no lastimaría ningún principio, ningún interés, consideración alguna de las que debía guardar en asunto de tanta importancia. ¿Poseían los políticos de Madrid elementos de juicio suficientes para presumir la espontaneidad, la unanimidad y la totalidad de opiniones y pronunciamientos a que dejaban sujeta su determinación respecto de Santo Domingo? Ya dijo bastante el acuerdo del Consejo de Ministros comunicado al Capitán General de Cuba: en teniendo el gobierno de Isabel II la seguridad de que el pueblo dominicano había emitido su voto de incorporación a España con la libertad necesaria y la plenitud de su soberanía, su resolución sería inmediata y firme, tan firme que, adoptada, no retrocedería ante obstáculo alguno. Esto iba en camino de ser una verdad. Pero existían dos verdades más, una en apoyo de lo que España premeditaba hacer y otra en contra-

4 *Ibid.*, pp. 396-397.

dicción con lo que el gabinete de Madrid expresaba: a) Los Estados Unidos, sumidos en la guerra civil, no podían encarar adecuadamente un conflicto internacional; b) Santo Domingo no era enteramente favorable a la anexión a España, pues en sus campos empezaban a aparecer grupos insurrectos [5].

El representante diplomático de España en los Estados Unidos había previsto la proclama federal que dispuso el bloqueo de los puertos del Sur, y había solicitado instrucciones de su gobierno. Este le ordenó que se pusiese al habla con los plenipotenciarios de la Gran Bretaña y Francia en Wáshington y que concertase su actitud con la de ellos [6]. En realidad, la paralización del tráfico marítimo de los Estados Confederados decretada por Lincoln tenía extraordinaria importancia para las posesiones de España en las Antillas, especialmente para Cuba. Detrás de la inquietud de García Tassara se hallaban enormes intereses económicos y políticos de su país. Por lo que tocaba a la Unión, sus entorpecimientos nacionales se producían desde afuera y desde adentro. Desde afuera, por las tentativas de expansión de Europa en América. Desde adentro, por la postura que los Estados Unidos adoptaron frente a ese peligro y por las presumibles derivaciones del bloqueo que el Norte organizaba contra el Sur.

3

Entre los cuidados dedicados por Lincoln a su cuerpo diplomático en el extranjero se halló, y con razón de sobra, la provisión de la legación en España. El estar bajo la soberanía hispánica las islas de Cuba y Puerto Rico, sobre todo Cuba, colocaba a España en el número de las naciones cuyos intereses eran afectados por el conflicto norteamericano. Pero a esto se agregaba algo no menos grave: la renovación de los propósitos conquistadores de Madrid, lo que ya era evidente en Santo Domingo y se veía venir en México. Lincoln escogió para el delicado cargo de Ministro en España a Carl Schurz, quien, natural de Alemania, había logrado en los Estados Unidos excelente fama como abogado, orador, adalid del progreso de su patria adoptiva, adversario de la esclavitud de la raza negra y republicano de influencia en la población germana del Oeste. Para hacer efectiva esta selección,

[5] *Ibid.*, pp. 578-581.
[6] *Ibid.*, pp. 584-585.

el Presidente necesitó contrariar el criterio de su Secretario de Estado, opuesto al nombramiento de Schurz [7]. El nuevo legado de los Estados Unidos en Madrid recibió instrucciones verbales de Lincoln y escritas de Seward, unas y otras estrechamente relacionadas con las Antillas:

1. Función principal del Ministro de la Unión en Madrid sería la de mostrar bajo la luz más favorable la situación de su país al gobierno cerca del cual iba a acreditarse. En España él no podría apelar a ningún sentimiento antiesclavista, puesto que las colonias hispánicas estaban manchadas con la servidumbre de parte de la población. Pero para España tenían que ser trascendentes la amistad y los buenos deseos de los Estados Unidos, a cuyas costas se hallaban tan cercanas las de las posesiones que ella conservaba en las Antillas. Era conveniente que España conociese la superioridad de los recursos del Norte respecto de los del Sur, superioridad que anunciaba la derrota de la sección rebelde y el crecimiento de la República en provecho propio y de sus vecinos. En el Norte apenas existía el deseo de adquirir a Cuba. En cambio, este deseo era fuertemente alentado en el Sur, a extremo tal que, si por un milagro los Estados Confederados llegaban a lograr su independencia, se esforzarían en aumentar su territorio con el de Cuba [8].

2. Política tradicional de los Estados Unidos era la de respetar la dominación de España en Cuba y Puerto Rico. Dada la cercanía de estas islas a las costas de la Unión, la propia Unión consideraba derecho y deber suyos evitar que ambas Antillas o cualquiera de ellas cayesen en las manos de una potencia hostil a los Estados Unidos. Los Estados Unidos habían abrigado la creencia de que algún día podrían adquirir a Cuba y Puerto Rico de manera justa y legal, con el consentimiento de los interesados en su situación política. En el entretanto la Unión había creído conveniente a su seguridad que las dos islas continuasen en posesión de España. El presidente Lincoln se hallaba satisfecho de la sabiduría de semejante medida y se inclinaba a mantenerla tan tenazmente como sus predecesores. Sin embargo, la persistente conducta del gobierno de Wáshington en torno a las Antillas hispánicas guardaba estrecha relación con la no agresividad de España. Y de agresividad de España en América hablaban los sucesos culminantes en la proclamación del reinado de Isabel II en

[7] CARL SCHURZ, *The Reminiscences,* New York, 1907, vol. II, p. 299.
[8] *Ibid.,* p. 253.

Santo Domingo. El Ministro de los Estados Unidos en Madrid debía manejar tales antecedentes y conclusiones para dejar establecida la verdadera posición del gabinete de Wáshington en cuanto a los planes de reconquista de España en el Hemisferio Occidental [9].

Los puntos de vista de Lincoln acerca de España, de sus dominios en América y de sus designios reconquistadores no se apartaron del vital interés que para el Presidente entrañaba la integridad de la Unión. Seward encareció a Schurz la necesidad de recordar a los ministros de Isabel II los motivos económicos, políticos e históricos por los cuales España no debía favorecer al Sur, de cuyos excesos expansionistas el Norte había sido valladar [10]. En lo de respetar la soberanía de España en Cuba y Puerto Rico se encontraba presente la doctrina de Henry Clay, el mentor político de Lincoln, pero también influía la urgencia de cortar el avance de dos actividades hispánicas: a) la ya iniciada para recuperar territorios americanos que conocían la independencia; b) la muy posible enderezada a ayudar a los Estados Confederados. En este punto jugaban en España y los Estados Confederados recíprocas simpatías, nacidas y mantenidas al calor de la igualdad o analogía de los regímenes económicosociales existentes en las Antillas hispánicas y en el Sur. La esclavitud de la raza africana merecía la misma consideración, por ejemplo, en Cuba y en la Carolina del Sur: en cada una de ambas tierras se la miraba como fundamento irreemplazable de su vida material. Entre la población de Cuba y la del Sur había cierto paralelismo. De 1.396.530 habitantes que en el año de 1861 tenía la Isla eran 603.046 de color. De éstos, 232.493 libres y 370.553 esclavos [11]. No pudo parecer extraño que España se prometiese ventajas para sí del quebrantamiento de la Unión, considerado seguro en Madrid por quienes deparaban a su deseo la categoría de suceso fatal.

9 DEPARTMENT OF STATE, BUREAU OF ARCHIVES, Wáshington, D. C.: William H. Seward to Carl Schurz, April 27, 1861.

10 *Ibid.*

11 JOSÉ ANTONIO SACO, *Colección póstuma de papeles científicos, históricos, políticos y de otros ramos sobre la Isla de Cuba,* La Habana, 1881, p. 307.

Por muy riesgosas que fuesen las dificultades internacionales, mucho más lo eran las nacionales. El Sur no cejaba en el propósito de producir la secesión: a la proclama que dispuso el bloqueo de sus puertos contestó en los territorios sujetos a su influencia con la ocupación de la propiedad pública de los Estados Unidos, la obstrucción de la recaudación de las rentas federales y el arresto de funcionarios de la Unión. Lincoln declaró el 27 de abril de 1861 comprendidos en el bloqueo a los Estados de Virginia y Carolina del Norte [12] y llamó el 3 de mayo al servicio de las armas a más de ochenta y dos mil hombres [13]. El mes de mayo sumó a los Estados Confederados los de Arkansas y Carolina del Norte. El área de la guerra se extendió a las islas adyacentes: el Presidente dispuso que en Key West, Tortugas y Santa Rosa no se permitiese el ejercicio de funciones que no se acomodasen a la Constitución de los Estados Unidos y autorizó al comandante de las fuerzas federales en Florida para suspender allí, en creyéndolo necesario, el derecho de *Habeas Corpus* [14].

Los temores creados en Wáshington por las maniobras desarrolladas desde España y Cuba en torno a la proclamación del reinado de Isabel II en Santo Domingo se vieron confirmados sin mucha demora. Un real decreto, fechado el 19 de mayo de 1861 y precedido de una larga exposición emitida por el Consejo de Ministros, dispuso que el territorio que constituía la República Dominicana quedase incorporado a la monarquía española y que el Capitán General de Cuba cuidase de la ejecución de lo ordenado [15]. Esta decisión europea era una agresión a América, a toda América. En circunstancias distintas de las que en 1861 imperaban en los Estados Unidos, el gobierno de este país habría reaccionado en forma extrema contra España. Pero la totalidad de las fuerzas materiales y morales de la Nación debía concentrarse en el empeño de debelar la rebelión del Sur.

A fines de mayo de 1861 el Norte forzó el paso hacia el Sur. Tropas federales cruzaron el Potomac, ocuparon las altu-

[12] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. VI, pp. 256-257.

[13] *Ibid.,* pp. 263-265.

[14] *Ibid.,* pp. 271-272.

[15] JERÓNIMO BÉCKER, *Historia política y diplomática desde la indepenedencia de los Estados Unidos hasta nuestros días (1776-1895),* Madrid, 1897, p. 487.

ras de Virginia en frente de la ciudad de Wáshington y se apoderaron de Alejandría. El mes de junio comenzó bajo la impresión general de que sería fecundo en acontecimientos sonados. La Unión quedó victoriosa en las acciones de Philippi y Romney. Pero su ejército fué rechazado en Big Bethel. Los principales movimientos se produjeron en Virginia. El Estado de Tennessee se agregó a la Confederación.

5

Desde Wáshington se seguía con ansiedad la marcha de la opinión oficial de los países con los cuales la Unión mantenía relaciones diplomáticas. Europa encerraba varias incógnitas. La América latina continuaba mereciendo singular consideración. El Presidente sostenía con fervor la idea de acelerar la cordial y amistosa aproximación entre los Estados Unidos y sus vecinos continentales. A este efecto, hizo nuevas designaciones para el servicio exterior: a) Ministros plenipotenciarios en el Brasil, Chile y Perú, respectivamente, James Watson Weeb, Thomas H. Nelson y Christopher Robinson; b) Ministros Residentes en Colombia o Confederación Granadina, Costa Rica y Venezuela, respectivamente, Allan A. Burton, Charles N. Riotte y Henry T. Blow; c) Comisionado en el Paraguay, Charles A. Washburn. Parte de las instrucciones comunicadas a los así nombrados se refirió a la que ya era política hemisférica de Lincoln:

1. El Ministro en Colombia estaría aliviado del cuidado de las reclamaciones de ciudadanos de la Unión contra el gobierno ante el cual iba a acreditarse, pues el arreglo de ellas se hallaba en manos de una comisión compuesta por representantes de ambas naciones. Lo esencial de su misión tenía carácter político y miraba a trascendentales consecuencias. Los Estados Unidos deploraban que la Confederación Granadina sufriese los efectos de una guerra civil y deseaban que pronto pudiese gozar de seguridad y prosperidad. Lincoln sabía que su predecesor había aconsejado al gobierno de Bogotá con motivo de la lucha intestina que afrontaba y ofrecido sus buenos oficios para ayudar a terminarla [16].

2. El gobierno de la Unión se consideraba insuficientemente informado respecto del carácter de la controversia co-

[16] DEPARTMENT OF STATE, BUREAU OF ARCHIVES, Wáshington, D. C.: William H. Seward to Allan A. Burton, May 29, 1861.

lombiana para poder decidir si los consejos de Buchanan habían sido sabios y si su mediación hubiese sido beneficiosa. Lincoln no dudaba de lo justo y humano del objetivo que en aquel caso buscaba su antecesor. Pero su manera de pensar y proceder no le permitía imitarlo. Pertenecía por entero al pueblo de la Confederación Granadina la facultad de regular sus propios asuntos políticos. Cualquier intento de intervención por parte de los Estados Unidos en los negocios interiores de un país amigo se apartaría del plan de acción del Presidente. A juicio de éste, una nación incapaz de sostenerse sin ayuda extranjera no podría mantener legítimamente su independencia mucho tiempo después de hacerse cliente de otra nación. La precaución de Lincoln procedía de verdadera amistad, y no de falta de amistad, hacia la Confederación Granadina y los demás pueblos de la América latina [17].

3. Las reclamaciones de norteamericanos contra Nicaragua habían constituído un punto de irritación diplomática. Sin embargo, este asunto se encontraba en vías de una solución satisfactoria, sólo pendiente del asenso del Senado de la Unión a una enmienda propuesta por Nicaragua. Por consiguiente, la actividad del Ministro de los Estados Unidos en esta república centroamericana debía dirigirse a otros objetivos. El legado aseguraría a Nicaragua que era propósito irrevocable de Lincoln tratarla razonablemente, con ánimo justiciero y dentro del más amistoso espíritu, para contribuir a su bienestar y su prosperidad [18].

4. El Presidente hizo instruir a sus representantes en Nicaragua para que se esforzase en cultivar sentimientos cordiales hacia los Estados Unidos. Cuidaría de que no se produjese parcialidad alguna en provecho de otra nación y en perjuicio de la Unión. Procuraría mejorar el tráfico comercial entre los Estados Unidos y Nicaragua. Todo esto debía ser impulsado y conducido en términos que beneficiasen a Nicaragua tanto como a los Estados Unidos [19].

5. Los ataques sufridos por Nicaragua a manos de la codicia de ciudadanos de la Unión habían quebrantado seriamente las relaciones entre ambas repúblicas. Lincoln, adversario siempre de toda agresión de los Estados Unidos a la América latina, insistía en llevar a ésta la seguridad de que su administración se hallaba empeñada en rectificar errores e in-

[17] *Ibid.*
[18] *Ibid.*: William H. Seward to Andrew B. Dickinson, June 5, 1861.
[19] *Ibid.*

justicias que él mismo había condenado. Su Ministro en Nicaragua fué categóricamente instruído para hacer ver a este país que podía contar con la simpatía y la ayuda de los Estados Unidos en todo lo que necesitase. Otra recomendación sumamente expresiva recibió el legado: procuraría que las memorias desagradables de pasadas dificultades fuesen enterradas [20].

La definición de la política latinoamericana de Lincoln era diáfana. La idea de someter a comisiones mixtas el arreglo de viejas reclamaciones entre los Estados Unidos y países del resto de América inspiró confianza [21]. El despacho de legados con el encargo de expresar y demostrar que el gabinete de Wáshington quería tratar a las naciones vecinas con criterio de igualdad y con profundo respeto, cualesquiera que fuesen su tamaño y composición, señaló el advenimiento de una América nueva [22]. La América nueva concebida por Lincoln, y ya en formación por efecto de su acción internacional, se abría camino por obra de espontáneas y generosas rectificaciones.

6

El intento de bloquear los puertos del Sur había puesto en situación embarazosa a las potencias europeas con intereses en América. Cada una de ellas tuvo que adoptar una actitud clara frente al conflicto. Los representantes diplomáticos de la Gran Bretaña, Francia, Rusia y Prusia en Wáshington, al ser notificados de la proclama dispositiva del bloqueo, se reunieron y acordaron darse por enterados de la intención de establecerlo. De aquella acción conjunta quedó excluída España, no obstante la cercanía de sus posesiones americanas a las costas de la Unión. Las determinaciones europeas no tardaron en sobrevenir. La Gran Bretaña empezó negándose a reconocer el bloqueo y acabó por declararse neutral. Su ejemplo fué seguido por Francia y los Países Bajos. España emitió el 17 de junio de 1861 análogo pronunciamiento, bien que en términos más benignos para el Norte [23]: su Ministro de Estado trató de

20 *Ibid.*

21 B. VICUÑA MACKENNA, *Diez meses de misión a los Estados Unidos de Norte América como ajente confidencial de Chile,* Santiago 1867, vol. I, p. 203.

22 *Ibid.*, vol. II, p. 24.

23 JERÓNIMO BÉCKER, *Historia política y diplomática desde la independencia de los Estados Unidos hasta nuestros días (1776-1895)*, Madrid, 1897, p. 496.

evitar el uso de la palabra beligerancia o de cualquier otra capaz de prejuzgar la cuestión de derecho suscitada por el Sur en sus pretensiones de ser admitido como una nueva república [24].

Seward negaba enfáticamente que hubiese guerra en los Estados Unidos. Según su expresión, existía una sedición armada, que no entrañaba mutación alguna en el poder político de la Unión, uno solo, el mismo reconocido por las naciones extrañas [25]. Frente a esta opinión del Secretario de Estado, generada o compartida por el Presidente, algunos periódicos exhibieron la expuesta por Lincoln, casi un cuarto de siglo atrás, cuando, en su oposición a la guerra de los Estados Unidos contra México, él admitió que cualquier pueblo que se sintiese en disposición y con fuerzas para ser independiente poseía el derecho de levantarse, expulsar el gobierno que provocaba su rebelión y darse uno más conveniente a sus intereses [26]. A este lenguaje se parecía mucho el usado por el Sur, que pedía que se le reconociese como beligerante, y por Europa, inclinada a acceder a semejante solicitud.

La postura de la Europa occidental frente al conflicto desencadenado en la Unión respondía a estados de conciencia anteriores a la contienda. Los proyectos de dominación en tierras de América allá concebidos eran alimentados con la esperanza de que la única gran potencia del Nuevo Mundo dejaría de serlo o se debilitaría en triunfando la secesión propulsada por los Estados Confederados. Unicamente así se explicaba que la Gran Bretaña, enemiga del tráfico de esclavos, viese con simpatías las actividades y el posible triunfo de una vasta región que luchaba por mantener la condición servil de parte de su población y que su Primer Ministro, el vizconde de Pálmerston, considerase la posibilidad de reconocer la soberanía internacional de la Confederación, una de las mayores amenazas creadas contra la seguridad de la Unión [27]. Francia obraba a tono con las aspiraciones del Emperador, ganoso de ser árbitro de pueblos en ambos hemisferios: los grandes periódicos galos se ufanaban

24 JERÓNIMO BÉCKER, *Historia de las relaciones exteriores de España durante el siglo XIX*, Madrid, 1924, vol. II, p. 589.

25 DEPARTMENT OF STATE, BUREAU OF ARCHIVES, Wáshington, D. C.: William H. Seward to William L. Dayton, June 17, 1861.

26 CARL SANDBURG, *Abraham Lincoln. The War Years,* New York, 1943, vol. III, p. 193.

27 WALTER LIPPMANN, *U. S. Foreign Policy*: *Shield of the Republic,* Boston, 1943, p. 21.

de ser partidarios del Sur. España procedía con más cautela. ¿Apreciaba Madrid el peligro que para la conservación de Cuba como posesión española encerraba el auge de la Confederación, presidida por Jefferson Davis, que no había ocultado sus intenciones de aumentar el área de su país con la de la Isla? En el fondo, los políticos y estadistas españoles, con las naturales excepciones, observaban alegremente la quiebra que para la patria de Benjamín Franklin presagiaba la lucha armada entre el Norte y el Sur. Europa estaba contra América.

Las ideas del Sur sobre la expansión territorial fueron modificadas por las necesidades de la guerra contra el pacto federal. No habían desaparecido los partidarios de la creación de un imperio que podría comprender a Cuba y otras regiones donde se hablaba el idioma español. Pero aparecían voces nuevas: las voces de los sostenedores de que los verdaderos intereses de la Confederación no consistían en ampliar su área. El Brasil y España —la metrópoli de Cuba y Puerto Rico— eran países con esclavos, a semejanza de la Confederación. Tomar a Cuba, por ejemplo, significaría para la Confederación perder la amistad de España. Ningún intento de adquirir a Cuba implicaría la abolición de la servidumbre que sufría parte de la población de la Isla. El Sur debía negociar un tratado comercial con España y cultivar la amistad del pueblo cubano. A mayor abundamiento, algunos separatistas sostenían que el proyecto de anexar la principal de las Antillas a los Estados Unidos había nacido y se había criado en el Norte [28]. Sin embargo, en el Sur subsistían propósitos de agresión a la América latina que complicaban la política exterior de Lincoln.

7

A mediados de 1861 eran insistentes los rumores según los cuales la Confederación pretendía apoderarse de la Baja California y otras regiones mexicanas. Seward reaccionó contra esta tentativa de una manera no concordante con los lineamientos trazados por Lincoln: escribió a su Ministro en México que la Unión se hallaba dispuesta a comprar la Baja California, para salvarla de la codicia de los confederados,

28 REMBERT W. PATRICK, *Jefferson Davis and his cabinet,* Baton Rouge, 1944, p. 16.

si México deseaba llevar adelante la negociación[29]. La iniciativa del Secretario de Estado no pudo prosperar. De prosperar, habría negado fundamentales actitudes rectificadoras abrigadas por el Presidente, viejo e invariable enemigo de la expansión de los Estados Unidos en tierras latinoamericanas.

El 13 de junio de 1861 Horatio J. Perry, Encargado de Negocios de la Unión, visitó a Saturnino Calderón Collantes, Ministro de Estado de España, para leerle la nota en que Seward le había ordenado que protestase contra la anexión de Santo Domingo. El despacho procedente de Wáshington decía que el gobierno federal esperaba hacer efectiva su protesta. El Ministro quiso saber si esta expresión envolvía una amenaza. El Encargado de Negocios no se atrevió a responder. Tal perplejidad llevó a Calderón Collantes a dirigirse al plenipotenciario de España en Wáshington para que pidiese explicaciones a Seward e hiciese saber a éste los puntos de vista del gabinete de Isabel II en el caso de que la contestación confirmase la sospecha de que, en efecto, se trataba de una amenaza. De ser así, sobrevendrían grandes inconvenientes para España y para los Estados Unidos. España se vería constreñida a disponer los aprestos correspondientes a la probabilidad de una guerra más o menos próxima. Los Estados Unidos se considerarían obligados a adoptar análogas medidas. Las relaciones entre ambos gobiernos entrarían en una tirantez peligrosa y nociva. Para que no quedase duda alguna sobre las intenciones de Madrid en lo tocante a Santo Domingo, se advirtió en aquella coyuntura que la incorporación, hecho consumado, sería mantenida por España con todos los medios a su alcance.

El revuelo producido en Madrid por el despacho de Seward acerca de la anexión de Santo Domingo y por la reacción de Calderón Collantes compelió a Perry a referirse concretamente a la posición de su gobierno. El 19 de junio Perry entregó a Calderón Collantes una extensa nota acerca de las relaciones entre los Estados Unidos y España. El gabinete de Isabel II tenía que reconocer que las recíprocas obligaciones a que los Estados Unidos habían ajustado su conducta respecto de Europa habían sido anuladas en lo concerniente a España por haberlas violado ésta. En consecuencia los Esta-

[29] JAMES MORTON CALLAHAN, *American Foreign Policy in Mexican Relations,* New York, 1932, p. 281.

[30] JERÓNIMO BÉCKER, *Historia de las relaciones exteriores de España durante el siglo XIX,* Madrid, 1924, vol. II, pp. 398-399.

dos Unidos no se consideraban en el caso de seguir la política hasta entonces observada para con las potencias europeas y sus colonias en América. La prosecución o el abandono de esa antigua política por parte de la Unión, en cuanto a España, iban ya a depender de la apreciación que Wáshington hiciese de sus deberes e intereses, y no de los deseos e intereses de Madrid [31].

La cuestión de Santo Domingo siguió siendo fuente de dificultades para Lincoln. En Wáshington pudo pensarse que Londres manifestaría su inconformidad por la anexión en favor de España, puesto que entraban en lucha intereses coloniales de mucha monta. Pero este cálculo falló. La Gran Bretaña se abstuvo de protestar contra la expansión de España en las Antillas tan pronto como Leopoldo O'Donnell, Presidente del Consejo de Ministros de Isabel II, aseguró que la esclavitud de la raza negra no sería restablecida en el territorio incorporado [32]. Las potencias europeas con posesiones ultramarinas no dejaban de entenderse en detrimento de América.

8

La creciente gravedad de la lucha entre el Norte y el Sur no permitía a la Unión adoptar actitudes extremas con motivo de las demasías europeas en América. La inquietud que en Wáshington causó el regreso de España a Santo Domingo pudo avanzar hasta una ruptura de hostilidades entre los Estados Unidos y la monarquía reconquistadora. Pero los tiempos no eran propicios a una contienda internacional, y el tono de las palabras norteamericanas fué bajando. El alcance de las advertencias hechas al gobierno de Madrid quedó reducido a una protesta, muy distante de la postura bélica que llegó a temerse en España. Las diferencias sobre el modo de apreciar las actividades hispánicas en tierras del Nuevo Mundo que habían sido libres, o lo eran aún, no desembocaban en enemistades peligrosas. En 22 de junio de 1861 el Secretario de Estado de la Unión juzgó extemporáneo distraer la atención del Congreso con problemas que no fuesen los que Lincoln había señalado al convocarlo. Pocos días después,

[31] *Ibid.*, pp. 399-400.

[32] DEPARTMENT OF STATE, BUREAU OF ARCHIVES, Wáshington, D. C.: William H. Seward to Carl Schurz, June 21, 1861.

cuando García Tassara leyó a Seward el real decreto por el cual España había aceptado la anexión de Santo Domingo, el Secretario de Estado de la Unión consideró improcedente que su país fuese más allá del hecho de darse por informado [33]. Seward, en seguimiento de la línea de conducta trazada por Lincoln, frenó sus ímpetus ante la violación de la Doctrina de Monroe. Hubiese sido una temeridad rayana en la insania por parte de la Unión desatar un conflicto bélico internacional cuando ella se hallaba amenazada de destrucción por uno interno de tamaños gigantescos [34].

En julio de 1861 Lincoln tuvo ante sí las complicaciones derivadas de la conversión de la República Dominicana en colonia hispánica y del bloqueo por él decretado contra los puertos de las Estados Confederados. Lo de Santo Domingo se hallaba en el campo de meras explicaciones sobre las intenciones españolas y el alcance de las advertencias norteamericanas mientras ya era un hecho irremediable por el momento la expansión del reinado de Isabel II en las Antillas: las duras exigencias de la guerra civil no permitían a Lincoln contrarrestar con la fuerza el uso de la fuerza organizada desde Madrid y La Habana para precipitar la transformación política de Santo Domingo. Lo del bloqueo se encontraba en la órbita de las potencias europeas que comerciaban en tierras y mares de América: la pretensión de aislar al Sur había generado la declaración de neutralidad pronunciada por las aludidas naciones del otro lado del Atlántico, neutralidad equivalente al reconocimiento de la beligerancia de los Estados Confederados.

El Presidente procedió en aquellas azarosas primeras semanas de la guerra civil con la responsabilidad privativa de un estadista. El ideólogo no apareció en ningún momento. Y el estadista, obligado a juzgar ajenas determinaciones, dió señales de admirable cordura. Las complicaciones exteriores no desquiciaban al hombre afanado en mantener la integridad de los Estados Unidos. Un día de julio de 1861 el Secretario de Estado le pasó la traducción del documento que declaraba la neutralidad de España frente a la lucha entre el Norte y el Sur, y él, el gobernante que en la Casa Blanca extremaba su paciencia y su serenidad en el estudio de la conflagración nacional,

33 FREDERIC BANCROFT, *Life of William H. Seward,* New York and London, 1900, vol. II, p. 158.

34 SAMUEL FLAGG BEMIS, *The Latin American Policy of the United States,* New York, 1943 pp. 108-109.

se manifestó satisfecho y agradecido por un acto del gabinete de Isabel II que, en puridad de verdad, en poco beneficiaba a la Unión. Las monarquías europeas se confabulaban para sacar aprovechamientos de las desgracias de América, y él, el animador del respeto a la soberanía y dignidad de estas tierras, extraía fuerzas de flaquezas para evitar males mayores. Los países latinoamericanos tenían abiertas las heridas inferidas por la arrogancia y la codicia de predecesores suyos, y él, el nuevo ciudadano de alto oficio de un medio mundo, persistía en el empeño de acendrar la amistad entre los Estados Unidos y los demás pueblos de la vecindad hemisférica.

Capítulo X

SECESIÓN Y GUERRA

As a private citizen the Executive could not have consented that these institutions shall perish; much less could he, in betrayal of so vast and so sacred a trust as the free people have confided to him.

ABRAHAM LINCOLN.

1

En Lincoln se hallaban concentrados los poderes del gobierno de la Unión desde el 15 de abril de 1861. Las facultades de que el Presidente hizo uso fueron las privativas de la dictadura. Esta dictadura no tuvo por fuente la voluntad legislativa, porque no era posible esperar el resultado de deliberaciones parlamentarias para afrontar la actividad bélica iniciada con violencias del Sur. Pero surgió y se desenvolvió bajo la autoridad moral que acompañó al Presidente desde que él convocó al Congreso para que adoptase acuerdos acerca de sus actos y determinaciones. La dictadura de Lincoln se aproximó así a lo clásico —al modelo proveniente de la Roma republicana—, que incluía de manera fundamental la rendición de cuentas. A partir del momento mismo en que libró la primera de sus proclamas contra la rebelión el estadista se dispuso a rendir cuentas al Congreso.

De acuerdo con la Convocatoria expedida por Lincoln a raíz del ataque al Fuerte Sumter, el Congreso se reunió el 4 de julio de 1861. El Poder Legislativo fué llamado a deliberar sobre asuntos relacionados con la rebelión del Sur. Como era natural, el Presidente señaló en su mensaje del propio 4 de julio las necesidades jurídicas y materiales que el Senado y la Cámara de Representantes debían atender.

El mensaje empezó refiriéndose a lo sucedido en la Na-

ción en los cuatro meses transcurridos desde la inauguración de la nueva administración. Esta información fué dedicada, tanto como al Congreso, en parte al pueblo de los Estados Unidos y en parte al resto del Mundo. Muchos y muy vitales eran los intereses en debate. El Presidente había encarado un gravísimo dilema: o destrucción inmediata de la Unión o efusión de sangre para preservarla. El dilema abrazó no sólo a los Estados Unidos. A la familia humana se presentó la cuestión de saber si una república constitucional —la democracia o el gobierno del pueblo por el pueblo mismo— podía o no podía mantener la integridad de su territorio contra enemigos internos. La tolerancia del Gobierno indujo a algunas potencias a obrar como si fuese un suceso próximo el aniquilamiento de la Unión. Contra tal suposición se manifestó oportuna y hábilmente la actividad mental de los estadistas norteamericanos, y el respeto hacia ellos en los países extraños ocupó el lugar que parecía reservado al desvío. Para hacer frente a los enormes infortunios nacionales, ya en la esfera de la lucha sangrienta, el Ejecutivo se vió en el deber de emplear, y empleaba con hondo pesar, su poder bélico. El Congreso estaba llamado a considerar o a ratificar lo hecho. Nunca había existido en los Estados Unidos un ejército tan numeroso como el que se encontraba en pie, formado únicamente con los soldados que acudieron por su libérrima voluntad a tomar las armas. No cabían transacciones sobre el punto capital decidido en la elección recién celebrada. El máximo magistrado federal lamentaba la imposibilidad, política y moral, de retroceder. Con semejante sentido de la responsabilidad había extendido su acción hasta donde lo había creído de su derecho. El Congreso iba a usar el suyo. El Ejecutivo y el Legislativo, escogida su causa sin dolo alguno y con sana intención, debían renovar su confianza en Dios e ir adelante sin miedo y con varoniles pechos [1].

Los que escucharon o leyeron el mensaje presidencial del 4 de julio de 1861 tuvieron que reconocer la presencia de una profunda continuidad histórica en el pensamiento y la acción del autor de este documento y de la oración pronunciada cuatro meses atrás en el frontispicio del Capitolio de Wáshington. Lincoln se dirigió a los Senadores y Representantes de la Nación, hombres de preparación suficiente para comprender sin dificultad el contenido de aquel escrito. Pero sus pala-

[1] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln*. Lincoln Memorial University, vol. VI, pp. 297-325.

bras fueron emitidas con tal fuerza de verdad y razón, a la par que en un lenguaje tan decorosamente claro, que penetraron en el común de las gentes con una facilidad y una confianza casi sin precedentes en la Unión. Los convencidos lo tuvieron por genuino tribuno del pueblo.

Ambas ramas del Congreso recibieron con respeto y entusiasmo la exposición de la política concebida por el Ejecutivo ante la tentativa de secesión. Y adoptaron acuerdos de suma importancia: a) aceptar las ideas de Lincoln opuestas a reconocer las organizaciones separatistas del Sur y enderezadas a hacer valer la verdad de que el Norte no pretendía oprimir, ni abrigaba la intención de conquistar o subyugar, ni quería menoscabar los derechos e instituciones permanentes de los Estados, ni aspiraba a otros objetivos que no fuesen los de mantener la supremacía de la Constitución, preservar la Unión y afrontar la cruenta lucha sólo hasta el momento necesario; b) autorizar al Presidente para que anunciase el estado de rebelión contra el gobierno federal y suspendiera toda relación comercial entre el Norte y el Sur; c) recomendar al Ejecutivo la confiscación de las propiedades usadas para promover la secesión; d) emancipar a los esclavos de individuos armados contra la Unión cuando estos siervos se encontrasen dentro de las líneas del ejército federal o llegasen a ellas; e) conceder quinientos millones de pesos para fines bélicos; f) disponer la suscripción de un empréstito popular; g) prescribir un llamamiento a las armas de quinientos mil voluntarios; h) revisar los aranceles e impuestos para aumentar las rentas nacionales; i) declarar buenos y legales los actos oficiales realizados por el Presidente con motivo de la contienda. Estos pronunciamientos y conclusiones admitieron la existencia de la guerra civil, de hecho y de derecho, y crearon un nuevo orden judídico, que privó de valor y eficacia a la doctrina según la cual el Ejecutivo debía ceñir sus resoluciones a las facultades que le hubiesen sido delegadas para el ejercicio de poderes marciales.

La solidaridad entre los actos del Presidente y los acuerdos del Congreso tuvo notoria influencia en la política exterior delineada, ensayada y mantenida en Wáshington. Las proclamas de bloqueo contra los puertos del Sur, origen de graves entorpecimientos en las relaciones de la Unión con otras naciones, alcanzaron máxima autoridad al ser ratificadas por el Poder Legislativo. Las previsiones y determinaciones de Lincoln respecto de la acción de algunas potencias europeas en el Hemisferio Occidental ganaron prestigio. La idea de

estrechar los nexos de los Estados Unidos con los pueblos latinoamericanos, para dar a la vecindad entre ellos un sentido de entrañable amistad, participó de las fuerzas morales adquiridas por su propulsor.

2

Mientras el Congreso deliberada y adoptaba acuerdos en armonía con las apreturas de la Nación, sometida a la dura prueba de la guerra civil, arreciaba el choque de las armas. Un general que iba distinguiéndose al servicio de la Unión, George B. McClellan, arrancó a los confederados la parte oriental de Virginia. Las fuerzas federales ofrecían señales de prometedora intrepidez. Pero sobrevinieron horas de adversidad para su causa. Los Estados Confederados reunieron su Congreso en Richmond, en Virginia. El 21 de julio de 1861 la batalla de Bull Run acabó en derrota para las tropas de los Estados Unidos, que se desmoralizaron y dispersaron a la vista del enemigo. La secesión penetró en el Estado de Missouri. El Sur confiaba en seguir avanzando hacia el Norte. El desaliento entre los leales al pacto federal infundió la creencia de que la ciudad de Wáshington sería capturada. Nunca fué más necesaria ni se halló más presente que entonces la ecuanimidad del Presidente. Sus disposiciones en instantes de peligro y pánico inspiraron fe y entusiasmo salvadores.

El mar se hallaba abierto a riesgosas actividades del Sur, a despecho de las proclamas de bloqueo contra sus puertos. En el mes de julio surgieron nuevas dificultades en las relaciones entre la Unión y España por haber entrado en la bahía de Cienfuegos, después de hundir en aguas de la Isla de Pinos la barca federal *Golden Rocket,* el vapor confederado *Sumter,* —cinco cañones y doscientos hombres—, con siete naves apresadas. Las autoridades de Cuba permitieron al *Sumter* reponerse de combustible y provisiones. El Capitán General, en contestación a la protesta del Cónsul de los Estados Unidos en La Habana, transfirió el tratamiento de la controversia el plenipotenciario hispánico en Wáshington [2]. En Wáshington no existió coincidencia de pareceres. El Secretario de Estado aspiró a que en los puertos de Cuba no fuesen admitidos bajeles con el pabellón de los Estados Confederados.

[2] HERMINIO PORTELL VILÁ, *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España,* La Habana, 1939, vol. II, pp. 142-143.

El Ministro de España sostuvo que el decreto de neutralidad librado por su gobierno, decreto que proscribía los buques de guerra o corsarios con presas, implícitamente los autorizaba sin ellas. En esta opinión se atrincheró Serrano al disponer que se permitiese el acceso en Cuba de los barcos mercantes procedentes y con bandera de la Confederación, que así quedaron tan protegidos como los de la Unión; los del Sur no podían ser molestados en la Isla por la acción directa o indirecta de agente extranjero alguno y los funcionarios de la Colonia los considerarían como pertenecientes a una nación sin representación consular en Cuba [3]. Razón de sobra tuvo Seward para temer que de tales medidas pasase España al reconocimiento de los Estados Confederados. Aun sin llegar a semejante conquista, el Sur fué entonces bien servido. Por la cercanía de la mayor de las Antillas a la Confederación, ésta se encontró en condiciones de burlar el bloqueo y utilizar la Isla para mantener sus nexos comerciales con el resto del Mundo y recibir pertrechos bélicos.

3

Intereses y pasiones alternaban en las relaciones de las autoridades y la población cubanas con las dos secciones que luchaban en la América de habla inglesa. Los funcionarios por España mantenidos en la Isla y los partidarios y usufructuarios del régimen colonial simpatizaban con el Sur, cuyos avances tenían, a su juicio, doble significación: a) seguridad para el mando enseñoreado de Cuba y para los valores materiales creados a su sombra, esencialmente apoyados en la esclavitud de la raza negra; b) esperanza de que la vecina potencia, cuyo extraordinario tamaño no les era grato, quedase dividida en dos naciones, ninguna de las cuales podría constituir el freno o la amenaza que en aquélla había para los excesos o la mera subsistencia de España en América. Los cubanos de ideas avanzadas —los nacidos en el país que abrigaban propósitos de liberación o deseaban un gobierno más comprensivo y tolerante— anhelaban la victoria del Norte. En realidad, Lincoln era motor de un fenómeno nuevo en la mecánica política de Cuba: las corrientes afectivas de parte de los habitantes de esta Antilla hacia los Estados Unidos

[3] JERÓNIMO BÉCKER, *Historia de las relaciones exteriores de España durante el siglo XIX,* Madrid, 1924, vol. II, pp. 590-591.

provenían de la creencia de que ya eran perfectamente compatibles el progreso de la Unión y el reordenamiento institucional de la Isla sin que ésta fuese absorbida por aquélla.

En Wáshington se comprendía la necesidad de sopesar los diversos factores que influían en la política exterior. Los Estados Confederados insistían en buscar el favor de España. Jefferson Davis había concretado su adhesión a la doctrina del Destino Manifiesto en la aspiración de que Cuba fuese adquirida o tomada por su nación, y el gobierno que él presidía en julio de 1861, por el autorizado conducto de Robert Toombs, participante también de tan agresiva idea, confesó que la separación del Sur había hecho el cuasi milagro de precipitar el cambio de intenciones en conformidad con el cual los Estados Confederados deseaban que la Isla continuase siendo de España [4]. El régimen de Richmond esperaba como una de las consecuencias de la batalla de Bull Rum ser reconocido y ayudado por Europa [5]. Una expresión confidencial del Ministro de España en Wáshington al Capitán General de Cuba reflejó fielmente la gravedad de la situación de los Estados Unidos: para ver triunfantes las ambiciones hispánicas en América, García Tassara solicitó de Serrano confianza en Dios, en ellos mismos y en los acontecimientos [6].

En horas en que la actividad bélica se exhibía en la ensenada de Wilson, se conspiraba en lejanas tierras contra el prestigio internacional de los Estados Unidos y la integridad de América. El Brasil era teatro de actitudes adversas a la Unión. El ciudadano que la representaba en Río de Janeiro cuando Lincoln asumió la presidencia —Richard K. Meade, ya sustituído con James Watson Webb— afirmó que él, como todo verdadero hijo de Virginia, prefería ver el regreso de ese Estado a la condición colonial antes que consentir que volviese a la Unión. Con tal conducta guardó armonía la del emperador brasileño cuando expidió una proclama de neutralidad que no podía ser del agrado de Lincoln [7]. En Europa surgían siniestras intenciones y tentativas. Napoleón III no ocultaba su antipatía hacia los Estados Unidos y pretendía

4 HERMINIO PORTELL VILÁ, *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España,* La Habana, 1939, vol. II, p. 144.

5 JAMES MORTON CALLAHAN, *Cuba and International Relations,* Baltimore, 1899, p. 335.

6 ARCHIVO DE EMETERIO S. SANTOVENIA, La Habana: Gabriel García Tassara a Francisco Serrano, Agosto 1º, 1861.

7 LAWRENCE F. HILL, *Diplomatic Relations Between the United States and Brazil,* Durham, N. C., 1932, pp. 147-149.

hacer valer su opinión contraria al señorío de la libertad democrática en México [8]. Madrid comunicó a La Habana instrucciones conducentes a que el Capitán General de Cuba, obrando rápida y enérgicamente, demandase de México una absoluta reparación por agravios de que España se creía víctima y organizara en la Isla una expedición armada en apoyo del indicado requerimiento [9]. El haber acordado el Congreso de México la suspensión de todos los pagos por concepto de empréstitos extranjeros indignó a España y a Francia y aguijó la propensión de ambas a invadir en son de guerra el territorio de la República [10].

4

Una comisión mixta del Congreso de la Unión se acercó a Lincoln para pedirle que recomendase un día de humillación pública, rogativa y ayuno, que debía ser observado por el pueblo de los Estados Unidos con solemnidades religiosas y súplicas al Todopoderoso. Esa exhortación encontró fervorosa acogida en quien había templado su alma penetrando en la sabiduría de las páginas bíblicas.

El Presidente expidió el 12 de agosto de 1861 una proclama que parecía venida de muy lejanos tiempos. Recordó el universal y permanente deber de reconocer el supremo gobierno de Dios. La patria norteamericana, antes unida, próspera y feliz por la bendición de Dios, se hallaba entonces afligida por las facciones y la guerra civil, terrible visitación en la que intervenía la mano del Todopoderoso a causa de las faltas y los crímenes de los componentes de la Nación. Menester era implorar la divina misericordia para que no sobreviniesen mayores castigos, y para que imperasen de nuevo la ley, el orden y la paz en toda la vasta extensión del país, y para que fuese restablecido el inestimable don de la libertad civil y religiosa. Con antecedentes y miras de tan acendrado valor espiritual, el jefe del Ejecutivo señaló el último jueves de septiembre de 1861 como día de humillación, rogativa y

8 ANTONIO DE LA PEÑA Y REYES, *Notas de Don Juan Antonio de la Fuente, Ministro de México cerca de Napoleón III*, México, 1924, pp. 10-11. *(Archivo Histórico Diplomático Mexicano)*.

9 EMETERIO S. SANTOVENIA, *México y España en 1861-1862*, México 1939, p. 45.

10 EGON CAESAR CONTE CORTI, *Maximiliano y Carlota*, México, 1944, p. 77.

ayuno para el pueblo de los Estados Unidos, y encareció a todos los ciudadanos, y de manera especial a los sacerdotes y ministros de las diversas creencias y a los cabezas de familia, la necesidad de observar y guardar lo dispuesto, según la forma de adoración de cada cual, con humildad y solemnidad, a fin de que las súplicas de la Nación ascendiesen al Trono de Gracia, fuente de abundantes bienaventuranzas [11].

La clemencia del Cielo debía andar acompañada de las potencias asequibles en la Tierra. Así lo entendió el Presidente cuando, el 16 de agosto de 1861, prohibió el tráfico mercantil entre la mayor parte del territorio de los Estados rebeldes y el resto de la Unión [12]. El Norte iba poniendo en juego todas las fuerzas nacionales, así las inmateriales como las materiales, para contrarrestar la impetuosa acción del Sur.

Para Lincoln no era un secreto la influencia que el Sur podía desarrollar en España en perjuicio del Norte. En Richmond se apelaba a cuantos medios eran considerados idóneos para mejorar la situación internacional de los Estados Confederados. Las posesiones de España en las Antillas, principalmente Cuba, eran objeto de constante atención por parte de Jefferson Davis y sus consejeros. El Sur quiso negociar con España un tratado de amistad, comercio y navegación. Para adelantar este propósito, Robert Mercer Taliaferro Hunter, Secretario de Estado de la Confederación, tuvo a su disposición argumentos capaces de convencer a la nación hispánica de las ventajas derivables de la victoria de los separatistas norteamericanos. España era una única potencia europea que, por la condición social de sus colonias en América, conservaba intereses análogos a los de la Confederación. Aun el deseo de enriquecer con el territorio de Cuba el de la Unión, en lo tocante a ciudadanos del Sur —se opinaba en Richmond en agosto de 1861—, había obedecido únicamente a la aspiración de fundir países organizados bajo sistemas económicos muy semejantes. Desde Richmond también se advertía a los políticos de Madrid que el triunfo del Norte engendraría serios peligros para la soberanía de España en los restos de su imperio ultramarino [13]. Por supuesto, razones contrarias a las manejadas en beneficio propio por el Sur abonaban la espe-

11 JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. VI, pp. 341-343.

12 *Ibid.,* pp. 345-348.

13 REMBERT W. PATRICK, *Jefferson Davis and his cabinet,* Baton Rouge, 1944, pp. 92-93.

ranza, acariciada por los hispanoantillanos de ideas liberales, de que el auge del Norte y el avance de sus mejores ideales precipitarían el progreso de la libertad de hombres y pueblos en América.

5

A Wáshington llegaron exactos informes sobre la situación de México el 22 de agosto de 1861. Procedían de Corwin, afanado en estrechar la amistad del gobierno de Lincoln con el de Juárez. Este había reorganizado su gabinete. Ministro de Relaciones Exteriores era Manuel María de Zamacona. Juárez y sus colaboradores querían trabajar con probabilidad de buen suceso en el desarrollo de la reforma institucional, en el arreglo de la administración pública, en la pacificación del país y en la salvación de la sociedad sin lastimarla. Pero un enorme peligro seguía amenazando a la Nación: el peligro de la intervención europea, que podía derivar hacia la usurpación de parte del territorio de la República [14].

La América latina pasaba por el amargo trance de afrontar extremos riesgos. La caída de la República Dominicana era un trágico aviso. El Perú había dado pruebas de noble y edificante inquietud en pos de la solidaridad hemisférica en el Congreso Americano de 1847-1848 y en el Tratado Continental de 1856, y quiso ser consecuente con ese pasado frente a los ímpetus reconquistadores de España en 1861. El gabinete de Lima dirigió una circular a sus iguales del Nuevo Mundo invitándolos a unir sus esfuerzos para oponerse al espíritu invasor de la antigua metrópoli y rechazar toda ingerencia europea en el Hemisferio Occidental [15].

De cierta manera coincidieron con el pronunciamiento americano del Perú las gestiones realizadas por el gobierno de Lincoln para impedir la presencia de las armas europeas en México. El Ministro de los Estados Unidos cerca de Juárez echó a andar la idea de que su país prestase su aval o el dinero necesario para que la Gran Bretaña, Francia y España se sintiesen seguras de cobrar o cobrasen el importe de las reclamaciones pecuniarias que alimentaban el proyecto de in-

[14] THE NATIONAL ARCHIVES, Wáshington, D. C.: Thomas Corwin to William H. Seward, July 29, 1861.

[15] JERÓNIMO BÉCKER, *Historia política y diplomática desde la independencia de los Estados Unidos hasta nuestros días (1776-1895)* Madrid, 1897, p. 487.

tervención de las mencionadas potencias en la República, si bien el legado afeó su iniciativa con la propensión a tomar parte del territorio mexicano, con el consentimiento de México, para la Unión [16]. El Secretario de Estado de Lincoln intentó adelantar esta solución, que en vano expuso a la Gran Bretaña y Francia [17].

En la tarde del 30 de agosto de 1861 Lincoln recibió al Encargado de Negocios de México. Romero le expuso con amplitud el estado de los asuntos políticos de su país. Sostuvo que los intereses de México y los Estados Unidos se hallaban identificados. Ilustró la aseveración señalando algunos peligros. En siendo bloqueados los puertos de México por la Gran Bretaña y Francia, se imposibilitaría el traslado de tropas norteamericanas de California a Arizona a través de territorio mexicano, para lo cual acababa de conceder permiso el gobierno de Juárez. Si la Gran Bretaña tomaba a Matamoros, podría sacar por allí todo el algodón del Sur. Lincoln, que oyó a Romero con marcada atención y sin interrumpirlo, expresó que Corwin le había informado de los sucesos narrados por Romero y que existía absoluta conformidad entre ambas versiones. De las principales dificultades de México hizo una relación que Romero tuvo por cabal prueba de que se hallaba penetrado del fondo de ellas. Y dió a conocer al Encargado de Negocios antecedentes y propósitos de la mayor importancia. El y sus colaboradores oficiales se ocupaban en estudiar los asuntos de México con preferencia. Su objeto era evitar la intervención armada de la Gran Bretaña y Francia en la república vecina [18].

Las circunstancias adversas a México intensificaban la inquietud de Lincoln. El Presidente deseaba que México conservase su independencia. Pero se dejó llevar por una sugerencia de Corwin contraria a la integridad del suelo de la vecina república: la sugerencia de que la ayuda pecuniaria que los Estados Unidos prestasen a México quedara garantida en términos que podrían desembocar en la reducción del área de la nación prestataria. Lincoln autorizó a Corwin para concluir con el gobierno de Juárez un tratado por el cual la

16 JAMES MORTON CALLAHAN, *Cuba and International Relations*, New York, 1932, p. 281.

17 JERÓNIMO BÉCKER, *Historia de las relaciones exteriores de España durante el siglo XIX*, Madrid, 1924, vol. II, p. 501.

18 [MATÍAS ROMERO], *Correspondencia de la Legación Mexicana en Wáshington durante la intervención extranjera. 1860-1868*, México, 1870, vol. I, pp. 729-730.

Unión asumiría la obligación de satisfacer los intereses de la deuda exterior de México, que, por su parte, aseguraría en favor de los Estados Unidos el reembolso del dinero así pagado con las tierras públicas y sus derechos sobre minas en la Baja California, Chihuahua, Sonora y Sinaloa, tierras y derechos que pasarían al dominio de los propios Estados Unidos en el caso de no realizarse el expresado reembolso dentro del término de seis años. La nota de Seward a Corwin expresiva de estas determinaciones del Ejecutivo encerró ideas no muy afines. Lincoln reiteraba su decisión de coadyuvar a la conservación de la soberanía internacional de México a la vez que mostraba su conformidad con la proposición de adelantar una negociación llamada a culminar en la venta mal disimulada de los principales Estados fronterizos de México con la Unión [19].

La conspiración europea contra la soberanía mexicana fué muy fuerte desde principios de septiembre de 1861. Hasta por medio de los periódicos se discutía la manera de desarrollar el plan invasor, para el que se aspiraba a recabar por lo menos la anuencia del gabinete de Wáshington [20]. España aceleró sus preparativos, resuelta a intervenir en México [21]. El representante diplomático de Lincoln en Londres habló de acuerdo con instrucciones de su gobierno e hizo advertencias fundamentales: los propósitos de que la ingerencia de España daba señales inquietaban a los Estados Unidos, contrarios a todo entrometimiento de Europa en América [22].

El esfuerzo bélico de la Unión confundía a la Confederación. Pero la Confederación también causaba estragos en las filas de la Unión. La terrible pugna era igual en agua que en tierra. El bloqueo contra los puertos del Sur era ilusorio. En Charleston, por ejemplo, buques de todos los calados entraban y salían diariamente, los corsarios saludaban la plaza con salvas bajo la luz solar y muchos extendían su tráfico a Cuba [23]. Las frecuentes visitas de los barcos confederados a la

19 THE NATIONAL ARCHIVES, Wáshington, D. C.: William H. Seward to Thomas Corwin, September 2, 1861.

20 ANTONIO DE LA PEÑA Y REYES, *Notas de Don Juan Antonio de la Fuente, Ministro de México cerca de Napoleón III,* México, 1 924, pp. 31-32. (*Archivo Histórico Diplomático Mexicano*).

21 JERÓNIMO BÉCKER, *Historia de las relaciones exteriores de España durante el siglo XIX,* Madrid, 1924, vol. II, p. 499.

22 SILVIO A. ZAVALA, *México Contemporáneo* en RICARDO LEVENE, *Historia de América,* Buenos Aires, 1941, vol. XI, p. 70.

23 JERÓNIMO BÉCKER, *Historia de las relaciones exteriores de España durante el siglo XIX,* Madrid, 1924, vol. II, p. 585.

Isla, a veces amparados con registros más o menos falsos y con el pabellón de los Estados Unidos, obligaron al Cónsul de éstos en La Habana a llamar severamente la atención del capitán general, propicio a la tolerancia, hacia el caso de la fragata *Bamberg* y el bergantín *Allen A. Chapman*, surtos en la bahía de La Habana, con documentación del Norte y al servicio del Sur [24]. El Capitán General se negó a proceder contra los enemigos de la Unión, alegando su incompetencia legal para hacerlo [25]. En el fondo de la actitud de Serrano se hallaba el deseo de favorecer a los Estados Confederados. La actividad marítima del Sur no se detenía en el Golfo de México ni en el Caribe. Conflicto parecido al que se discutía en La Habana ocurrió en los mismos días en el Brasil. El *Sumter*, la nave de guerra confederada que había estado en Cienfuegos, atracó en Maranhao, donde las autoridades del Imperio, desoyendo la protesta del Cónsul de la Unión, le permitieron abastecerse de carbón y víveres [26]. Indudablemente, los agentes del régimen monárquico, en América como en Europa, no mostraban simpatías por la causa que Lincoln acaudillaba.

El proyecto de intervenir en México adquiría forma y movimiento en Europa. En la segunda quincena de septiembre de 1861 se hablaba abiertamente en París y en Biarritz, donde se hallaba Napoleón III, del establecimiento de una monarquía en México [27]. España, presta ya a conducir sus armas en actitud hostil a México, buscaba una alianza con la Gran Bretaña y Francia con dos fines confesados: obtener satisfacciones materiales y morales y forzar al país contra el cual se desarrollaría esa triple agresión a que optase por un gobierno que diera seguridad absoluta en el interior y garantías suficientes en el exterior [28]. Las asechanzas contra México andabas mezcladas con otras maquinaciones de políticos europeos. Opiniones expresadas por el conde Walewski, hijo natural de Napoleón I, reflejaron el sentir de muchos hombres de su clase. Walewski enlazó los asuntos de México con la guerra civil de los Estados Unidos y con el régimen republicano de gobierno. La ruina de la Unión, la república ideal, como él la

24 ARCHIVO NACIONAL DE CUBA, La Habana: Thos. Savage a Francisco Serrano, Septiembre 7, 1861.

25 *Ibid.*: Francisco Serrano a Thos. Savage, Septiembre 12, 1861.

26 LAWRENCE F. HILL, *Diplomatic Relations Between the United States and Brazil*, Durham, N. C., 1932, p. 149.

27 JERÓNIMO BÉCKER, *Historia de las relaciones exteriores de España durante el siglo XIX*, Madrid, 1924, vol. II, pp. 514-515.

28 *Ibid.*, pp. 499-500.

llamó, atenuaría el ardor de los republicanos de Europa. Pero los sueños que se extendían entre las masas desaparecerían mucho antes si México, una de las primeras naciones de América, renunciaba a su condición de república y prefería la monarquía, combatida por todas partes en Europa. Según Walewski, dos acontecimientos americanos producirían un fenómeno europeo: la división de los Estados Unidos y la introducción de la monarquía en México pondrían fin a lo que él diputaba utopías de las multitudes del Viejo Mundo [29].

Los graves planes y presunciones de Europa acerca de América no dejaban de ser tenidos en consideración por Lincoln. Los asuntos de México avivaban su atención y lo ponían en guardia. Los rebeldes del Sur se disponían a violar la frontera septentrional del país de Juárez [30]. La probable agresión de los Estados Confederados a México y los propósitos de Europa contra este república hispanoamericana suscitaron nuevas afirmaciones de Lincoln. El Presidente hablaba de la capital importancia de conservar la integridad territorial y la independencia absoluta de México. Y pensaba en la necesidad de adoptar medidas dirigidas al logro de ese fin, esencial quizá para la seguridad de los Estados Unidos y sin duda para el éxito de la civilización en América [31].

En la mañana del 1º de octubre de 1861 el Encargado de Negocios de México y el Ministro de España en Wáshington se vieron en una de las calles de la capital de la Unión. García Tassara llevó a Romero a su casa. El legado hispánico aprovechó la ocasión para dar salida a sentimientos no muy amables. Manifestó que México nada debía temer por las amenazas que partían de Europa. Pero no ocultó su creencia de que los proyectos de ingerencia nacían del deseo de obtener satisfacciones e influir en el establecimiento de un gobierno cuyas orientaciones agradasen a las potencias monárquicas con las que se hallaban en relación los reaccionarios enemigos de Juárez. Dijo más: dijo que todos los preparativos y todo lo que se hablaba respecto de intervención tenían por principal objeto sondear a los Estados Unidos, ver cómo pretendían reaccionar y dejarles saber con hechos que Europa se burlaba

29 EGON CAESAR CONTE CORTI, *Maximiliano y Carlota,* México, 1944, pp. 82-84.

30 THE NATIONAL ARCHIVES, Wáshington, D. C.: Thomas Corwin to William H. Seward, September 7, 1861.

31 *Ibid.*: William H. Seward to Thomas Corwin, October 2, 1861.

de la Doctrina de Monroe [32]. La insolente franqueza de García Tassara constituía un aviso tan alarmante para Lincoln como para Juárez.

En una conversación tenida con Seward el 12 de octubre de 1861 escuchó García Tassara una opinión que pudo parecer destinada a sofocar sus arrogancias imperialistas. El Secretario de Estado expresó al Ministro de Isabel II en Wáshington que, aún reconociendo el derecho de España a defender intereses lesionados y reparar agravios recibidos en México, el propósito de hacer la guerra a este pueblo engendraba una cuestión en cuyas eventualidades entraba un conflicto entre los Estados Unidos y las potencias de Europa [33]. Estas frases reflejaban una idea muy arraigada en la mente de Lincoln.

6

En los días de octubre de 1861 en que McClellan defendía el paso del Potomac a la cabeza de ciento cincuenta mil hombres, y Lincoln maduraba la idea de que este general asumiese el comando de los ejércitos de la Unión, entraron en Cuba, por el puerto de Cárdenas, en un vapor confederado procedente de Charleston, John Slidell y James M. Mason, los prohombres enviados por el gobierno de Richmond a Europa como agentes diplomáticos. Ambos se trasladaron a La Habana, visitaron al Capitán General en compañía del Cónsul de la Gran Bretaña y dejaron iniciadas sus gestiones en favor del Sur [34]. De La Habana partieron con rumbo a Inglaterra a bordo del vapor correo *Trent,* de matrícula británica, y en alta mar fué el *Trent* detenido y sus dos conspicuos pasajeros extraídos y conducidos a los Estados Unidos por el buque de guerra norteamericano *San Jacinto,* comandado por Charles Wilkes, cuya vida era una extraña sucesión de condecoraciones y juicios sumarísimos [35]. Este atrevimiento de Wilkes estuvo desde luego llamado a desembocar en extremos entorpecimientos para la Unión, sin excluir el de la guerra con

32 [MATÍAS ROMERO], *Correspondencia de la Legación Mexicana en Wáshington durante la intervención extranjera. 1860-1868,* México, 1870, vol. I, pp. 546-547.

33 JERÓNIMO BÉCKER, *Historia de las relaciones internacionales de España durante el siglo XIX,* 1924, vol. II, p. 501.

34 HERMINIO PORTELL VILÁ, *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España,* La Habana, 1939, vol. II, pp. 146-147, 161.

35 HENDRIK VAN LOON, *The Story of America,* New York, 1942, p. 388.

la Gran Bretaña, sólo evitable por la serenidad y la sabiduría de Lincoln, siempre dispuesto a ceder en lo no esencial para avanzar en lo esencial. Por haber hecho escala Slidell y Mason en La Habana, el incidente del *Trent* excitó particularmente en Cuba las pasiones de los que seguían con atención la contienda entre los Estados Unidos y los Estados Confederados.

La política internacional y la guerra civil se mezclaban con inusitada frecuencia en la atención prestada a los negocios públicos por Lincoln y sus colaboradores. El Ministro de los Estados Unidos en Madrid tenía instrucciones concretas para vigilar y frustrar la posibilidad de que España reconociese el gobierno de Richmond, y Schurz condujo fielmente su gestión. Pero el Sur no abandonaba su deseo de conseguir un tratamiento diplomático exactamente igual al que gozaba la Unión. La Habana fué escogida para desenvolver un plan encaminado a intensificar las facilidades con que la Confederación contaba en las Antillas para comunicarse con el resto del Mundo. Un antiguo cónsul de la Unión en la capital de Cuba, Charles I. Helm, con el carácter de representante de los Estados Confederados, laboró activamente cerca del Capitán General de la Isla y entre esclavistas y reaccionarios. Aunque no logró que Serrano le permitiera entrar en funciones oficiales, su presencia y su actividad en La Habana lesionaron los intereses de la Unión. La posición de Cuba como punto de contacto de la Confederación con Europa se relacionaba con las violaciones de la Doctrina de Monroe que redundaban en menoscabo de las fuerzas materiales y morales del régimen presidido por Lincoln [36].

La paciencia de los estadistas de la Unión solía ser atacada por la equívoca conducta de los agentes de España en las Antillas. Una de las notas de Seward a Schurz reflejó el hondo malestar producido a Lincoln y a sus consejeros por lo que ocurría en Cuba. El gobierno de Wáshington venía garantizando a España la posesión de la Isla y no abrigaba intenciones adversas a ese interés colonial, pero no se hallaba dispuesto a mirar con indiferencia procederes llamados a hacer de Cuba una palanca accesoria para quebrantar a la Unión y sus instituciones [37].

[36] HERMINIO PORTELL VILÁ, *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España,* La Habana, 1939, vol. II, pp. 144-146.

[37] DEPARTMENT OF STATE, BUREAU OF ARCHIVES, Wáshington, D. C.: William H. Seward to Carl Schurz, November 5, 1861.

7

Ni el fragor de los combates entre el Norte y el Sur ni las complicaciones de la política exterior apartaban al Presidente del propósito de dar nuevo tono a las relaciones de los Estados Unidos con los países latinoamericanos. La amistad de la Unión con el Perú se había entibiado en la época de Buchanan hasta el extremo de quedar interrumpidos sus nexos diplomáticos. La renovó Lincoln al nombrar Ministro cerca del gobierno de Lima a Chistopher Robinson. Pero no se contentó con decretar esta designación, e hizo proveer a su legado de instrucciones claras y expresivas. Cuando Seward las suscribió circulaba por el mundo de Colón la iniciativa peruana enderezada a producir la unidad hemisférica frente a los excesos a que Europa se entregaba en América. La coincidencia de la determinación de Lincoln respecto del Perú con el pronunciamiento de Lima entrañó singular importancia por el contenido de la nota que Seward dirigió a Robinson:

1. El Secretario de Estado advirtió a Robinson que con el nombramiento en éste recaído Lincoln había querido renovar las relaciones amistosas de la Unión con el Perú. El gobierno de Lima, naturalmente, pretendería una explicación acerca del cambio de posición por parte de Wáshington. El trance sería desagradable para el representante diplomático de los Estados Unidos. Pero no podría ser eludido. Admitida la necesidad de contestar la prevista indagación del Perú, correspondería decir que la mudanza no era consecuencia de una consideración meramente personal o parcial del gabinete de Wáshington.

2. El Presidente de los Estados Unidos opinaba que las repúblicas americanas tenían intereses comunes, que surgían de su propia vecindad, de la analogía de sus actitudes acerca de la comunidad hemisférica y de la similitud de sus instituciones económicas, sociales y políticas. La inexperiencia de muchos hombres en cuanto al régimen republicano y la incompleta sinergia de las razas pobladoras del Nuevo Mundo mantenían en peligro la armonía y la paz entre las naciones. Cualquier rompimiento de esta naturaleza excitaba las intrigas y los deseos de intervención extranjeros en daño y perjuicio de los países en discordia. Tales reflexiones determinaron a Lincoln, sin examinar los sentimientos o la acción de su prede-

cesor, a buscar la reconciliación de los Estados Unidos con el Perú.

3. Cualesquiera que hubiesen sido las causas apreciadas por su antecesor para retirar la representación diplomática de la Unión en el Perú, Lincoln entendió que era menester rectificar. En reanudándose las relaciones entre ambos países, sus gobiernos podrían llegar a conclusiones conciliatorias y fecundas.

4. El legado de Lincoln en el Perú recibió especial encargo de asegurar en Lima que los Estados Unidos eran sinceros y cuidadosos en su amistad y afecto hacia esta república del Pacífico. La Unión deseaba la prosperidad y el progreso del Perú por el pueblo del Perú mismo y por el auge de la civilización. De acuerdo con el respeto que en los Estados Unidos había para sus propios derechos e intereses, el Presidente se mostraba reverente para con los del Perú: él quiso que el Perú se sintiese seguro de contar con las cordiales simpatías que debían inspirar las relaciones de los Estados Unidos con los demás pueblos de América, de toda América [38].

Las instrucciones del Secretario de Estado de Lincoln al Ministro de los Estados Unidos cerca del gobierno de Lima obedecieron a la línea de conducta seguida en los casos de México, Colombia y Nicaragua. En ellas hubo rectificación y ratificación. Rectificación, porque modificaron fundamentalmente la política de los Estados Unidos bajo la administración de Buchanan en lo tocante al Perú. Ratificación, porque de nuevo mostraron las intenciones y las decisiones de Lincoln en torno a las relaciones de la Unión con las demás naciones americanas. Estas intenciones y decisiones continuaban favoreciendo el principio según el cual las repúblicas que compartían el área del Hemisferio Occidental con los Estados Unidos debían considerarse de ellas tan amigas como vecinas.

En el trimestre vencido en la primera quincena de noviembre de 1861 la administración de Lincoln se sintió apoyada por actos y conclusiones nacionales y atraída por la necesidad de organizar la defensa de América. Los actos y conclusiones nacionales procedían del Congreso, reunido en Wáshington por iniciativa de Lincoln. La necesidad de organizar la defensa de América se hallaba demandada por las agresiones europeas. El robustecimiento del concepto de la propia

[38] *Ibid.*: William H. Seward to Christopher Robinson, November 12, 1861.

conservación en los ciudadanos de los Estados Unidos advino conjuntamente con la conciencia hemisférica precipitada por el peligro común —peligro para la Unión y peligro para las repúblicas latinoamericanas— derivado de ideas y hechos de las potencias europeas decididas a pasar por encima de la soberanía internacional de pueblos del Nuevo Mundo. Los eventos exteriores ponían a prueba la ley del pensamiento y de la conducta de Lincoln acerca de la seguridad de toda América.

Capítulo XI

TRIPLE ALIANZA CONTRA MÉXICO

> *The forbearance of this government had been so extraordinary and so long continued as to lead some foreign nations to shape their action as if they supposed the early destruction of our National Union was probable.*
>
> ABRAHAM LINCOLN.

1

Una mala noticia procedente de Europa llegó a Wáshington en noviembre de 1861: la noticia de que la reina de España, el emperador de Francia y la soberana del Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda, por medio de una convención que plenipotenciarios suyos firmaron en Londres el 31 de octubre, acababan de concertarse con la mira de exigir de México una protección absoluta para las personas y propiedades de sus súbditos, así como el cumplimiento de obligaciones que con las mencionadas potencias había contraído la República. El grave acuerdo —la Triple Alianza— se alzaba sobre el fundamento de que las altas partes contratantes eran víctimas de una conducta arbitraria y vejatoria. Su finalidad consistía en combinar su acción contra el país presidido por Juárez [1].

La Triple Alianza declaró que no buscaba en México ninguna adquisición de territorio ni ninguna otra ventaja y que se obligaba a no ejercer en los negocios interiores de la República influencia alguna capaz de menoscabar el derecho de la Nación a escoger la forma de su gobierno. Pero su nacimiento estuvo acompañado del designio de emplear en su demanda la fuerza de las armas. Los jefes de las tropas europeas

[1] GENARO ESTRADA, *Don Juan Prim y su labor diplomática en México,* México, 1928, p. 158. (*Archivo Histórico Diplomático Mexicano*).

destinadas a México podrían, al amparo de la convención del 31 de octubre de 1861, llevar a cabo las operaciones militares que les pareciesen adecuadas para el logro de los objetivos propuestos. Lo que la Gran Bretaña, Francia y España se disponían a hacer en México era demasiado desde el punto de vista de Lincoln. Hollar el suelo de México en son de guerra era algo por él duramente censurado desde que los Estados Unidos lo habían realizado. Y su parecer sobre asunto de tanta importanica permanecía inalterable. El hombre que se afanaba en preservar la Unión era amenazado por las consecuencias presumibles de un serio conflicto internacional.

En los momentos en que Lincoln se preguntaba hasta dónde irían las potencias europeas concertadas para invadir a México, ya una de ellas, la que tenía intereses coloniales situados más cerca de los Estados Unidos, se apresuró a designar a uno de sus caudillos sobresalientes para que guiase la parte que le correspondía en la atrevida empresa. La reina Isabel II confió a Juan Prim, uno de los generales más populares de España, el mando de las tropas destinadas a México y su plenipotenciario para negociar un tratado con Juárez, ambos encargos relacionados con el deseo de obtener reparación completa de los agravios imputados al gobierno de la República. En las instrucciones transmitidas a Prim el gabinete de Madrid insertó conceptos sospechosos: a) habló de la necesidad de propiciar en México el advenimiento de un poder fuerte, legal e ilustrado, con voluntad y medios suficientes para preservar el orden interior, organizar la administración pública y proteger a los extranjeros; b) apuntó la idea de que la conducta así seguida serviría de principio y base para proporcionar a todos los pueblos de América normas fomentadoras de respeto, propias de las naciones civilizadas [2]. Lo que estas aspiraciones encubrían formaba parte del plan que los políticos hispanos habían iniciado con la decapitación de la República Dominiana.

Los reveses exteriores para los Estados Unidos asomaron la cabeza en Colombia a la vez que la cuestión de México se agravaba. El Ministro de la Unión en Bogotá, ateniéndose a los deseos de Lincoln, según los cuales no debía insmicuirse en las luchas intestinas del país ante el cual se acreditaba, no presentó sus credenciales cuando dejó rendido su viaje, porque acababa de producirse un cambio de poderes como con-

2 EMETERIO S. SANTOVENIA, *México y España en 1861-1862,* México 1939, p. 56.

secuencia de una insurrección. La situación gobernante tuvo esta cautela como señal de hostilidad, y su reacción inmediata consistió en dar calor, con sus parciales, a un movimiento de opinión contrario al mantenimiento del pacto federal en los Estados Unidos. Los propósitos de buena amistad hacia la Confederación Granadina de que era mensajero Allan A. Burton, en nombre de Lincoln, quedaron entonces enervados por el recelo de los triunfantes revolucionarios [3].

2

La misión de Schurz en Madrid entró en extraordinaria actividad con motivo de la participación de España en la triple alianza contra México. El plenipotenciario de los Estados Unidos, por impulso propio y obedeciendo a instrucciones de Seward, se adentró en la tarea de dar a conocer la posición del gabinete de Lincoln y averiguar cuáles eran las intenciones de Isabel II respecto del nuevo empeño ultramarino. No se limitó a celebrar conferencias oficiales, ni se circunscribió a hablar el lenguaje diplomático. Como verdadero representante de quien se había empeñado en hacerle Ministro, llevando en sus palabras el pensamiento del Presidente, exploró el sentir de personajes de influencia gubernamental y en la órbita política.

En relación con el caso de México, lo primero que Schurz hizo fué expresar al Ministro de Estado ciertas ideas de su gobierno. Los Estados Unidos consideraban importante para el pueblo mexicano su libertad y su independencia y la integridad de su territorio. Por su condición de vecinos de México y por la forma republicana de su régimen, semejante al de México, estimaban nocivo para su seguridad y bienestar, que eran la seguridad y el bienestar de toda América, que cualquier potencia extranjera subyugase al amenazado país, lo tratase como a tierra conquistada y cambiase sus instituciones políticas independientemente de la voluntaria elección del pueblo. La Gran Bretaña, Francia y España podían emprender la guerra contra México en demanda de reparaciones, pero los Estados Unidos querían evitarla, como lo habían probado y lo probaban ofreciendo reiteradamente sus buenos oficios y su cooperación pecuniaria. El Ministro de Estado,

[3] E. TAYLOR PARKS, *Colombia and the United States. 1765-1934,* Durham, N. C., 1935, pp. 253-254.

Saturnino Calderón Collantes, expuso que España no podía aceptar la oferta de la Unión después de la firma de la convención tripartita y dejó caer palabras sospechosas: expresó a Schurz que las naciones aliadas no se sentían inclinadas a tener en cuenta las opiniones prevalecientes en el pueblo mexicano [4].

Una entrevista de Schurz con Prim tenía su fundamento en el hecho de hallarse designado el general español para conducir tropas y negociaciones en México. El héroe de la guerra de Africa acogió cordialmente al legado de Lincoln. No ocultó su anhelo de comunicar íntimos pensamientos y sentimientos al Ministro de los Estados Unidos. Sus propósitos respecto de la doble misión que debía desarrollar en México guardaban relación directa con la conservación de la libertad de este pueblo para reordenar sus asuntos interiores. Era absurda la pretensión de establecer en México una monarquía, pretensión de una minoría frente a muy arraigados hábitos republicanos. Si alguna acción llegase a desenvolver en torno a los negocios públicos del infortunado país hispanoamericano, sería la encaminada a sostener al gobierno emanado de la voluntad popular. La voluntad popular, a su juicio, respaldaba a Juárez. En este punto tenía ideas propias, en conformidad con las cuales obraría. Siempre había sido liberal, y tanto en México como en España continuaría siendo fiel a sus principios. Con referencia a la Unión, expresó sus simpatías por la gran república americana, cuyas instituciones admiraba. De sus manifestaciones, especialmente de las concernientes a sus designios sobre México, quiso que Schurz diese noticia al gobierno de Lincoln [5].

El plenipotenciario norteamericano en Madrid conversó con algunos políticos, no menos notables por sus condiciones intelectuales que por sus ideas avanzadas: Nicolás María Rivero, Salustiano de Olózaga y Emilio Castelar. Entre éstos Castelar fué quien más honda impresión dejó en su ánimo. Aunque el famoso orador hablaba mal el francés, idioma que utilizó para entenderse con Schurz, le hizo percibir su poético entusiasmo por la democracia republicana que Lincoln presidía y el fervor con que deseaba que los campeones de las libertades humanas debelasen la insurrección de los detentadores de esclavos [6].

[4] CARL SCHURZ, *The Reminiscences*, New York, 1907, vol. II, pp. 291-298.

[5] *Ibid.*, pp. 297-298.

[6] *Ibid.*, p. 267.

La manera de proceder de Schurz en Madrid estuvo muy en armonía con las concepciones e instrucciones de Lincoln. Las confesiones de Prim por él obtenidas constituían un regalo para el Presidente. En momentos diferentes Lincoln y Prim habían adoptado actitudes parecidas en defensa de la integridad y la soberanía de México, colocadas en peligro por sus respectivos países. De nuevo, en 1861, la desventura de México producía la conjunción de las ideas del caudillo español con las del primer ciudadano oficial de los Estados Unidos. El diplomático por Lincoln enviado a la corte de Isabel II procedió en forma que justificó el empeño con que el Jefe del Ejecutivo había sostenido su designación frente a los reparos de Seward [7].

En los altos destinos de Cuba iba apareciendo la influencia de Lincoln. La tendencia de muchos habitantes y alteradores de la Isla favorable a su agregación a los Estados Unidos se extinguía por obra de las ideas y actitudes del Presidente. Estas ideas habían abierto plaza a un mundo político nuevo. Las actitudes que seguían a tales ideas dificultaban el avance de las viejas ambiciones expansionistas, que habían aguijado la inclinación a pasar de una metrópoli a otra metrópoli en los cansados de sufrir un arbitrario e infecundo régimen colonial. La máxima autoridad española en Cuba oficialmente declaró muerto en la Isla el espíritu de anexión a los Estados Unidos, agitados por una lucha de gigantes [8].

Los propulsores de la reconquista de América por España creyeron que la guerra secesionista franqueaba el adelanto de sus temerarios proyectos. El pavoroso conflicto cohibía al gobierno de Lincoln de reaccionar contra los ímpetus europes. ¿Podría América conservar las libertades que había logrado y la soberanía internacional alcanzada por casi todos sus pueblos? Por dudar de la efectividad de esto y confiar demasiado en las consecuencias de lo que no era sino un pasajero infortunio del universo de Colón, el Capitán General de Cuba se dió prisa en obedecer las instrucciones emanadas de Madrid para agredir a México. Los entusiasmos de Serrano, totalmente compartidos por la Junta de Autoridades de La Habana, desembocaron en la organización de una escuadra de dieciséis buques de guerra y una división terrestre de seis mil hombres, al mando la primera de Joaquín Gutiérrez

[7] *Ibid.*, p. 299.

[8] ARCHIVO NACIONAL DE CUBA, La Habana: Francisco Serrano al Ministro de la Guerra y Ultramar de España, Noviembre 26, 1861.

de Rubalcava y la segunda de Manuel Gasset y Mercader y destinadas ambas, más que a obtener reparaciones y desagravios por la vía del miedo, a desatar la guerra en el territorio de la República: según las palabras del Capitán General de Cuba, la honra de España y su prestigio ante el Mundo quedaron entonces confiados a las bayonetas de sus soldados y a los cañones de su armada [9]. Mientras en la Península ultimaba Prim los preparativos de la expedición que iba a conducir a México, de La Habana salía para Veracruz la despachada por Serrano con tanto alarde que en la capital de la Isla se hablaba de la próxima anexión de México a España.

3

En medio de turbulencias políticas sin precedentes la Unión tenía motivos de gratitud hacia Dios por la buena salud de sus dirigentes y por las abundantes cosechas del año de 1861. Así empezó Lincoln su mensaje del 3 de diciembre al Congreso. Luego entró en el examen de las condiciones internacionales y nacionales del país. Las relaciones con las potencias extranjeras habían sido conducidas con extremada solicitud. Los embarazos del comercio constituían la principal palanca puesta en acción por el Sur para excitar la hostilidad de otras naciones contra el Norte. Cualesquiera que fuesen las intenciones o los deseos foráneos, la integridad de los Estados Unidos y la estabilidad de sus instituciones dependían fundamentalmente de la lealtad, la virtud, el patriotismo y la inteligencia de su pueblo. Y el pueblo norteamericano daba señales concluyentes de que quería salvarse. Estados que habían parecido indiferentes o desafectos a la Unión —Maryland, Kentucky y Missouri— aportaban ya a la defensa nacional cuarenta mil combatientes. La preservación de la Unión, primordial objeto de la contienda por parte de Lincoln, ganaba fuerza y autoridad [10].

A despecho de los muchos años transcurridos desde que Haití había conquistado su independencia, todavía en 1861 los Estados Unidos seguían sin reconocerla. De esto hablaron a mediados del año Charles Sumner, el Presidente de la Co-

9 GENARO ESTRADA, *Don Juan Prim y su labor diplomática en México,* México, 1928, pp. 27-32. (*Archivo Histórico Diplomático Mexicano*).

10 JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. VII, pp. 33-34.

misión de Relaciones Exteriores del Senado de la Unión, y Matías Romero, el Encargado de Negocios de México en Wáshington. Sumner informó a Romero que los Estados Unidos no habían reconocido aún la emancipación del país francoantillano porque era una república de negros y el hecho del reconocimiento significaría la abjuración de la política seguida por la Unión desde su establecimiento, política basada en la supuesta imposibilidad de la raza africana para gobernarse a sí misma [11]. Contra semejante línea de conducta se alzó Lincoln. En el mensaje de 3 de diciembre de 1861 al Congreso expuso que no veía razón alguna para que los Estados Unidos retardasen el reconocimiento de la soberanía internacional de Haití y, con la de Haití, la de Liberia. No quiso inaugurar una nueva política sin la aprobación del Congreso: sometió a su consideración la conveniencia de proveer a los gastos necesarios para acreditar Encargados de Negocios en Haití y en Liberia [12]. Su determinación respecto de Haití guardó relación estrecha con su conocido deseo de acendrar la solidaridad hemisférica.

4

México reclamó de manera imperiosa la atención de Lincoln. Sobre proceder ese requerimiento de las actividades de la Triple Alianza, los representantes diplomáticos de España, Francia y Gran Bretaña en Wáshington comunicaron a Seward el texto de la convención de 31 de octubre de 1861. Según el documento de Londres, las altas partes contratantes no deseaban proceder con carácter exclusivo, y, sabiendo que los Estados Unidos también tenían reclamaciones insatisfechas por México, los invitaban a adherirse a su decisión de utilizar la fuerza de las armas para obtener adecuada reparación [13]. El Secretario de Estado consultó al Presidente. La respuesta de Seward, dada el 4 de diciembre de 1861, trasuntó las opiniones de Lincoln:

1. El Presidente no se creía en libertad de indagar si los

11 [MATÍAS ROMERO], *Correspondencia de la Legación Mexicana en Wáshington durante la intervención extranjera. 1860-1868,* México, 1870, vol. I, p. 447.

12 JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. VII, pp. 33-34.

13 GENARO ESTRADA, *Don Juan Prim y su labor diplomática en México,* México, 1928, p. 158. (*Archivo Histórico Diplomático Mexicano*).

soberanos invitantes tenían derecho a proceder en la forma acordada en Londres. ¿Podían por sí mismos determinar si les asistía razón para reclamar y anunciar la guerra contra México? ¿Les asistían motivos suficientes para declararla separada o conjuntamente? Su resolución era la de abstenerse de dar respuesta a estas preguntas.

2. Los Estados Unidos tenían reclamaciones pendientes contra México. Pero el Presidente no consideraba necesario buscar satisfacción a tales reclamaciones por medio de su adhesión o asentimiento a la convención de Londres. Dos razones apoyaban este parecer de Lincoln: a) los Estados Unidos preferían seguir la política recomendada por el Padre de la Patria y mantenida con feliz éxito, política que les vedaba entrar en alianzas como aquella a que eran invitados por la Gran Bretaña, Francia y España; b) México era vecino de la Unión y poseía un sistema de gobierno similar al de la propia Unión en sus principales fases, y los Estados Unidos alentaban un interés activo hacia la seguridad, prosperidad y progreso de México.

3. El gobierno de Lincoln había ofrecido al de Juárez ayuda material para satisfacer las demandas justas de los monarcas europeos coligados contra México y para evitar así la guerra que habían acordado traer a América. El resultado de esta gestión, conducida por el Ministro de la Unión cerca de Juárez, pendía de dos trámites: a) en primer lugar, concernía a México decidir si aceptaba o no aceptaba el tratado propuesto por Corwin; b) en segundo término, correspondía al Presidente y al Senado de los Estados Unidos aprobarlo. Quedaba advertido que el propósito de Lincoln se hallaba inspirado en el anhelo de ofrecer a México un resorte capaz de eliminar sus dificultades con las potencias europeas.

4. La Unión admitía la creencia de que los soberanos participantes en la convención de Londres no aspiraban a adquirir territorios ni ninguna otra ventaja análoga en la empresa para cuyo desarrollo se habían concertado. Igualmente esperaba Lincoln que los poderes coaligados no dejasen en México abierto el camino a futuras conquistas, partiesen éstas de donde partiesen, sin excluir a los Estados Unidos. De manera muy especial el Presidente de la Unión ansiaba que las tres altas partes contratantes, así aislada como conjuntamente, en el curso de las hostilidades que serían rotas por efecto de lo pactado en Londres, se abstuviesen de emplear influencia alguna

que pudiera lesionar o coartar el derecho del pueblo mexicano a escoger libremente la forma de su gobierno [14].

La negativa de Lincoln a participar en la acción conjunta de la Gran Bretaña, Francia y España contra México no satisfizo al Encargado de Negocios de la República en Wáshington. Romero deseaba que los Estados Unidos se adhiriesen a la convención de Londres, suponiendo que así sería neutralizada la agresión de las tres potencias monárquicas [15]. Su vehemencia solía llevarlo a peligrosos estados de confusión. A despecho de su clara inteligencia, en aquella grave ocasión olvidó que en la gestión diplomática, acaso más que en cualquier otra, la paciencia y la comprensión debían andar juntas y mantenerse hermanadas, y conservarse inalterables, para evitar que el agente humano cayese en errores y excesos fatales. ¿Cuál habría sido la opinión de la América latina acerca de Lincoln si éste hubiese decidido participar en un concierto internacional concebido para arrancar, por medio del uso y abuso de la fuerza, a México, nación materialmente débil e interiormente perturbada, satisfacciones y prestaciones que podían ser discutidas en forma incruenta? Por de contado, tan pronto como Romero reflexionó sobre la actitud de Lincoln, leyendo y analizando las razones aducidas en la respuesta norteamericana a la invitación europea, reconoció que el Presidente estaba procediendo con un espíritu de generosa amistad y alta consideración hacia México [16].

En las notas por las cuales Seward expresó a los plenipotenciarios español, francés y británico que los Estados Unidos rehusaban adherirse a la convención concluída en Londres el 31 de octubre de 1861 quedó dicho que Corwin había conducido la negociación de un tratado entre la Unión y México destinado a ayudar a esta nación a solventar las reclamaciones pecuniarias de las potencias europeas. Tres días después de aquella expresión de Seward, el 7 de diciembre de 1861, Lincoln sometió a la consideración del Senado el proyecto de tratado enviado por su Ministro en México [17]. Los Estados Unidos prestaran a México hasta la suma de diez millones de dó-

[14] FRANCIS WHARTON, *A Digest of the International Law of the United States,* Wáshington, 1886, vol. I, pp. 312-315.

[15] [MATÍAS ROMERO], *Correspondencia de la Legación Mexicana en Wáshington durante la intervención extranjera. 1860-1868,* México, 1870, vol. I, p. 627.

[16] *Ibid.,* pp. 640-641.

[17] THE NATIONAL ARCHIVES, Wáshington, D. C.: Thomas Corwin to William H. Seward, November 29, 1861.

lares, representados por bonos, con el interés anual del seis por ciento y con la garantía de los terrenos públicos, derechos mineros, propiedades nacionalizadas, cuentas cobrables, hipotecas y cualesquiera otros bienes de análoga naturaleza de la pertenencia de la parte deudora. Del cumplimiento de determinadas condiciones del tratado cuidaría una comisión integrada por cinco personas, designadas tres por el Presidente de la República de México y dos por el de los Estados Unidos. Las cláusulas del documento enviado por Lincoln al Senado se hallaban redactadas con un sentido de equidad y en un tono de respeto hacia México que distaron mucho de parecerse al lenguaje usado por las potencias europeas que hostigaban con sus demandas al gobierno de Juárez.

5

En aquellas días, los de la primera semana de diciembre de 1861, Lincoln padeció bajo los efectos de la política europea contra América. En la cabeza del gobernante daban vueltas ideas contradictorias: las relativas a la imposibilidad en que se hallaban los Estados Unidos de oponerse con la fuerza a la fuerza bélica de la Gran Bretaña, Francia y España, las referentes a la necesidad de no dar la sensación de que la Unión abandonaba a México y las que provocaba el peligro de guerra internacional por el incidente del *Trent*. El luchador solía caer en profunda melancolía. Para librarse de ella, acogiéndose al esparcimiento de su predilección, iba al teatro. Una noche su hijo Thomas, el pequeño *Tad,* apareció en la escena: metido en un uniforme de persona mayor, agitando la bandera nacional. El improvisado actor entonó una canción para decir al padre Abraham que los patriotas se aproximaban a la victoria. Del palco presidencial partió una estrepitosa carcajada. Así, por cambio de ambiente, el Jefe del Ejecutivo se distraía. Y ¿por qué reía de modo tan llamativo? Reía, sí, reía, según él explicó, porque no debía llorar.

La nueva política de los Estados Unidos para con México tuvo una doble manifestación en el tratado postal y en el de extradición concluídos el 11 de diciembre de 1861. El primero se adecuó al propósito de incrementar las relaciones amistosas entre ambas naciones. El segundo se halló particularmente aconsejado por las necesidades derivadas de la perturbación de la normalidad institucional a un lado y a otro del Río

Grande. Y la nueva política de la Unión hacia México era parte de lo llevado a la Casa Blanca por el abogado de Springfield.

Mientras Lincoln y sus colaboradores emitían pronunciamientos y consumaban esfuerzos en defensa de México se exhibieron en distintos lugares de América actos de manifiesta hostilidad a los intereses generales del Nuevo Mundo y a los particulares de la Unión. El Capitán General de Cuba declaró al agente de Jefferson Davis en La Habana que, a falta del reconocimiento por España de la independencia del Sur, la bandera confederada era respetada y honrada en todos los puertos de la Isla visitados por la marina mercante de los rebeldes contra la Unión [18]. El gobierno de Río de Janeiro, firme en su desafección al de Wáshintgon, alegó que la práctica de las naciones europeas, el tamaño del ejército del Sur, el bloqueo decretado por la Unión y el canje de prisioneros conferían el estado de beligerancia a la Confederación, y recordó los precedentes sentados por la Unión en los casos de contiendas intestinas en países latinoamericanos [19]. La expedición despachada en La Habana contra México arribó a Veracruz y enarboló el pabellón hispano en esta plaza y en la fortaleza de San Juan de Ulúa [20]. Claramente se veía que la integridad de la Unión y la institución republicana en América, por las que Lincoln tanto se afanaba, eran atacadas por la monárquica Europa, secundada por el imperio del Brasil.

Los peligros, amenazas y reveses para los Estados Unidos en los últimos días del año de 1861 fueron tantos que no pudo compensarlos el triunfo de sus armas en Dranesville, en Virginia. La Gran Bretaña se preparaba a guerrear con la Unión en tanto que Jefferson Davis pretendía hacer de ese territorio europeo la base naval de la Confederación, y fué menester la capacidad de Lincoln para evitar todo el mal que tales novedades hubiesen significado [21]. El puerto de La Habana estuvo visitado, y con honda agitación, por las naves que de Europa se dirigían a México en son de conquista: la capital de Cuba pareció teatro de internacional tumulto por la presencia de tropas de la Triple Alianza, especialmente de las comandadas

[18] HERMINIO PORTELL VILÁ, *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España,* La Habana, 1939, vol. II, p. 147.

[19] LAWRENCE F. HILL, *Diplomatic Relations Between the United States and Brazil,* Durham, N. C., 1932, pp. 150-151.

[20] JERÓNIMO BÉCKER, *Historia de las relaciones internacionales de España durante el siglo XIX,* Madrid, 1924, vol. II, p. 504.

[21] HENDRIK VAN LOON, *The Story of America,* New York, 1942, pp. 388-391.

por Prim, cuyos verdaderos designios eran conocidos por muy pocos observadores [22]. La aversión de Napoleón III al régimen presidido por Lincoln —el Emperador veía en la Unión el reverso de su obra— se manifestaba de un modo singular: en la persistencia de planes que tendían a realizar en México lo contrario de lo prometido por París a Wáshington [23]. Los amagos de España y Francia sobre México compelieron al Ministro de Lincoln cerca de Juárez a pedir ansiosamente a Seward que realizase gestiones enderezadas a lograr que cada república hispanoamericana tuviese representación diplomática en el propio México, procedimiento que juzgaba idóneo para la defensa hemisférica [24].

El Poder Ejecutivo y el Congreso tuvieron que afrontar enormes dificultades económicas. El año de 1862 fué esperado por una suspensión de pagos en metálico por parte de los bancos de Nueva York. Los países de la América latina que comerciaban con la Unión sufrían también las consecuencias de tales desajustes. El caso de Cuba era instructivo: en la Isla había malestar y penuria a causa de la guerra. Y el Sur no se hallaba en condiciones de ofrecer más que el Norte: en último término, no podía cambiar azúcar por azúcar [25]. Todo ello empujaba a los españoles hacia México. Iban sedientos de oro, como en los tiempos de la conquista. Hasta soñaban con la antigua dominación y con el antiguo situado [26].

El 5 de enero de 1862 se presentó en la Legación de México en Wáshington el peruano Manuel Nicolás Corpancho, nombrado encargado de Negocios de su país cerca del gobierno de Juárez. Matías Romero escuchó de labios de Corpancho opiniones muy acordes con las suyas acerca de la ingerencia de Europa en América. Corpancho y Romero veían que el peligro alcanzaba a mucho más que a México. En compañía de Romero visitó Corpancho al Ministro de España en Wáshington, al Presidente de la Unión y al Secretario de Estado.

[22] EMETERIO S. SANTOVENIA, *México y España en 1861-1862,* México D. F., 1939, pp. 59-61.

[23] ANTONIO DE LA PEÑA Y REYES, *Notas de Don Juan Antonio de la Fuente, Ministro de México cerca de Napoleón III,* México, 1 924, pp. 41, 50, 83. (*Archivo Histórico Diplomático Mexicano*).

[24] JAMES MORTON CALLAHAN, *Cuba and International Relations,* New, York 1932, pp. 285-286.

[25] JAMES MORTON CALLAHAN, *Cuba and International Relations,* Baltimore, 1899, p. 332.

[26] ANTONIO DE LA PEÑA Y REYES, *Notas de Don Juan Antonio de la Fuente, Ministro de México cerca de Napoleón III,* México, 1 924, p. 39. (*Archivo Histórico Diplomático Mexicano*).

García Tassara, en rueda de diplomáticos que había sentado a su mesa, invitó a Romero a beber a la salud de la independencia de México y expresó que no tendría inconveniente en repetir tal brindis en la Puerta del Sol o en el recinto de las Cortes del Reino [27]. La entrevista con Lincoln fué de mera cortesía. Seward oyó el 7 de enero lo que Corpancho dijo, vertido al inglés por Romero. El Perú se limitaría a vigilar los acontecimientos de México mientras España se condujese legalmente. Tan luego como esta potencia intentase reconquistar a México el Perú se opondría a ello por la fuerza y coadyuvaría con las demás repúblicas americanas en la tarea de sostener el régimen de Juárez. Lima esperaba de Wáshington actitud análoga e instrucciones a su Legación en México para que procediese de acuerdo con la del Perú. El Secretario de Estado prometió escribir a Corwin para que atendiese a Corpancho y expuso el deseo de continuar otro día la conversación [28]. La reanudaron el 9 de enero. Corpancho manifestó que el Perú se hallaba dispuesto a contribuir con dinero y con un cuerpo de ejército de cinco o seis mil hombres a la defensa de México contra la Triple Alianza, por considerar que amenazaba a toda América, y demandó el concurso de los Estados Unidos. Seward se mostró contrario a que la Unión tomase parte en una acción bélica sobre el suelo de México y advirtió que con esta conducta el gabinete de Lincoln, decidido a entorpecer cualquier propósito antiamericano de la Triple Alianza, no se apartaba de su espíritu amistoso hacia México [29].

La política de la Casa Blanca sobre México se desarrollaba en conformidad con claros criterios. Lincoln quería evitar que la nación vecina fuese víctima de las demasías europeas. Pero esta posición suya no olvidaba una necesidad y una regla: a) la necesidad de no emplear en empresas exteriores los recursos bélicos que reclamaba la preservación del pacto federal; b) la regla según la cual su gobierno debía abstenerse de intervenir en los asuntos interiores de las repúblicas americanas en forma que diese lugar a la presunción de que regían aún en los Estados Unidos las ideas propulsoras de la expansión territorial.

27 [MATÍAS ROMERO], *Correspondencia de la Legación Mexicana en Wáshington durante la intervención extranjera. 1860-1868,* México, 1870, vol. II, pp. 4-5.

28 *Ibid.,* p. 7.

29 *Ibid.,* pp. 7-8.

Desde Wáshington se observaba con profunda inquietud el avance de la Triple Alianza hacia México. En la travesía hacia Veracruz los bajeles británicos se adelantaron a los españoles y franceses. Estos navegaron en conserva desde La Habana. Todos fondearon en Veracruz en los días 6, 7 y 8 de enero de 1862. Al bajar a tierra, donde imperaban las tropas hispánicas enviadas por Serrano, Prim declaró que los ejércitos europeos estaban en México a fin de exigir satisfacciones por agravios pasados y garantías para el porvenir, y no con propósitos conquistadores [30]. Las palabras del General dejaban entrever la posibilidad de que los invasores reconociesen el gobierno presidido por Juárez y negociaran con él en oposición a la tendencia de establecer una monarquía en suelo mexicano. Así y todo, la presencia de las armas de la Gran Bretaña, Francia y España en México creaba una de las situaciones más enojosas para la política internacional de Lincoln.

6

Las afinidades y conexiones entre las autoridades españolas situadas en Cuba y los rebeldes al pacto federal no decrecían. A principios de 1862 escandalizó a los defensores de la Unión la noticia de lo ocurrido en 1861 en la Isla respecto del tráfico de esclavos: en treinta mil se fijaba el número de los que habían entrado procedentes de Africa, a despecho de los esfuerzos del gobierno de Lincoln para contrarrestar la trata, y el infame comercio había sido amparado y explotado por altos funcionarios de la Colonia [31]. A esto se agregaba la incontenida simpatía de Serrano hacia el Sur: el Capitán General llegó a expresar a mediados de enero de 1862 que dentro del término de sesenta días Londres, París y Madrid reconocerían la independencia de los Estados Confederados [32]. Tales desmanes y propensiones eran moralmente compensados con el entusiasmo de los cubanos de ideas avanzadas por los progresos de la Unión, que ya contaba con cerca de medio millón de hombres sobre las armas, y victorias de la causa de Lincoln como la lograda en Mill Spring, en Kentucky.

30 EMETERIO S. SANTOVENIA, *México y España en 1861-1862, México, D. F.*, p. 60.

31 CARL SANDBURG, *Abraham Lincoln. The War Years,* New York, 1843, vol. I, p. 383.

32 HERMINIO PORTELL VILÁ, *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España,* La Habana, 1939, vol. II, p. 148.

El Presidente obró de acuerdo con demandas de la opinión pública cuando Simón Cameron, Secretario de la Guerra, fué acusado de defraudar el Erario. El Jefe del Ejecutivo sometió a Cameron a un cambio de posición oficial: lo separó del gabinete y lo designó Ministro en Rusia. Con esta decisión ayudó al adicto en desgracia, que había contribuído decisivadente a su nominación presidencial en la Convención Nacional del Partido Republicano: lo ayudó en los momentos en que más se le veían sus pecados y abusos. No quiso poner en peligro, en la hora crucial de la Nación, la amistad de un Estado rico e influyente, la unión del Norte frente al Sur unido. Entonces, una vez entre muchas, Lincoln, que era hombre, demostró que sabía ser indulgente con los hombres y que empleaba la indulgencia, a la par que la sagacidad, porque era estadista [33].

El Presidente tenía que sustituir a Cameron en la Secretaría de la Guerra. Había conocido al abogado Edwin M. Stanton en 1855, en circunstancias muy desagradables para él: Stanton se había referido a su colega de Springfield al expresar que no se asociaría a un maldito estrafalario, simio de largos brazos. Después, a raíz del desastre de Bull Run, calificó de imbécil la administración federal. Así y todo, Lincoln ofreció la Secretaría de la Guerra a Stanton, el caballero de la barba perfumada, que aceptó. El acierto del Presidente dió a los Estados Unidos un enérgico y hábil organizador al buen precio de mucha cristiana caridad y absoluta ausencia de rencor y odio [34].

7

Las angustias de Corwin ante el allanamiento del territorio mexicano por la Triple Alianza encontraron eco en la Casa Blanca. El 24 de enero de 1862 el Presidente se dirigió al Senado para solicitar su consejo en relación con la idea de hacer al gobierno de Juárez un préstamo, que Corwin consideraba necesario. Lincoln pretendió obtener la rápida acción del Senado a fin de poder enviar a su plenipotenciario instrucciones que le permitiesen proceder de manera que queda-

33 JOSÉ MARTÍ, *Escenas Norteamericanas,* La Habana, 1941, vol. XII, pp. 37-41.

34 STEFAN LORANT, *Lincoln. His Life in Photographs,* New York, 1941, p. 96.

sen protegidos los intereses de la Unión y salvados los de México [35].

En la segunda quincena de enero de 1862 los representantes de la Gran Bretaña, Francia y España en México discurrieron acerca de la forma de gobierno que convenía a la nación invadida. El legado británico creía que en Londres iba a verse con agrado el establecimiento de una monarquía en México, y advirtió que la Reina carecía de Candidato. El Plenipotenciario francés confesó que el Emperador, prefiriendo la monarquía, apadrinaba la exaltación de Maximiliano de Austria, por cuyo triunfo el Emperador se disponía a trabajar con todos sus medios de acción. El caudillo español expresó que para los opinantes, voceros de países de régimen monárquico, resultaba éste el más aceptable, pero que no estaba bien que tres potencias, luego de declarar a la faz del Mundo que con el envío de tropas a México no premeditaban mudanzas institucionales para la República, pretendiesen imponer su voluntad al pueblo mexicano [36]. La actitud de Prim correspondía a lo dicho por él a Schurz en Madrid, anuncio que tanto había complacido a Lincoln.

De concierto con justas exigencias populares, Lincoln acometió en enero de 1862 la tarea de acelerar una fuerte ofensiva contra los insurgentes. El día 27 expidió una orden general, en su carácter de Comandante en Jefe del Ejército y de la Armada, para que cuatro semanas después las tropas que se hallaban en los alrededores del Fuerte Monroe, en el Potomac, en Virginia Occidental y en las inmediaciones de Munfordville, el ejército y la flotilla situados en el Cairo y las fuerzas navales del Golfo de México se moviesen en cumplimiento de las disposiciones que oportunamente se librarían. Con las tropas del Potomac, reservadas las necesarias para la defensa de Wáshington, se formaría una expedición destinada a ocupar un punto al sudoeste de Manassas. McClellan opuso un plan suyo al de Lincoln. El Presidente solicitó de McClellan que contestase a varias preguntas, hechas con el propósito de indagar de parte de quién se encontraba la razón. ¿Cuál de los planes requería menos tiempo y menos dinero? ¿Por cuál era más segura la victoria? ¿De cuál era posible esperar menores dificultades en caso de una derrota? Con recursos

[35] JULIUS W. MULLER, *Presidential Messages and State Papers,* New York, 1917, pp. 1884-1885.

[36] EMETERIO S. SANTOVENIA, *México y España en 1861-1862, México,* D. F., 1939, pp. 71-72.

persuasivos, triunfando de la ajena incomprensión al cabo de pacientísimas discusiones orales y epistolares, Lincoln logró que no se malograse su idea de desarrollar una enérgica acción bélica [37].

Por iniciativa de Mary Lincoln, fué introducida una notable innovación social en la Casa Blanca: en lugar de las acostumbradas recepciones públicas, con enorme gentío, se estableció la consistente en la reunión de unas quinientas personas, especialmente invitadas. Aunque esta novedad no armonizase con la sencillez y modestia del Presidente, no inquietaba a su consorte, tan dada a posturas y gustos excéntricos. Por lo demás, unas horas de apartamiento del fragor oficial, dedicadas a meras cortesanías y conversaciones intrascendentes, constituían un transitorio alivio espiritual para el estadista adentrado en el estudio de intrincadas cuestiones.

En una noche de fiesta en la Casa Blanca uno de los pequeños hijos de Lincoln, William Wallace, padecía fiebre proveniente de un resfrío, lo que obligó a la madre a ausentarse varias veces del sarao y al padre a indicar que no se bailase. El tierno paciente empeoró. La enfermedad acabó por consumir su vida. El tránsito del pequeño acongojó profundamente a Lincoln: la irreparable pérdida, sobre ser pérdida de su carne y de su sangre, lo dejó recordando con infinita melancolía la encantadora disposición de *Willie,* a los doce años de edad, para buscar la belleza en los libros y para producirla en poemas que escribía con facilidad. En medio de embarazos nacionales e internacionales Lincoln arrostró íntimo y acerbo dolor. Muy herido debió de sentirse el triste cuando, al cabo de contemplar durante largo rato el inanimado cuerpo del adolescente, dijo que era una crueldad haberlo hecho morir [38].

En febrero de 1861 las armas de la Unión ganaron batallas y prestigios. La captura de las fortalezas de Henry y Donelson, con millares de prisioneros, en Tennessee, y otras notables acciones de guerra en tierra y mar, igualmente coronadas por el buen éxito, permitieron al gobierno y al pueblo de los Estados Unidos confiar en su estrella benigna. Por supuesto, no era de esperarse que los dirigentes de la Unión pudieran desentenderse de las graves responsabilidades naciona-

[37] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. VII, pp. 89-94.

[38] CARL SANDBURG AND PAUL M. ANGLE, *Mary Lincoln, Wife and Widow,* New York, 1932, pp. 92-102.

les para concentrar sus fuerzas morales en asuntos exteriores, aunque éstos entrañasen tanto peligro como el que para toda América había en el desembarco de tropas extranjeras en México.

8

Los plenipotenciarios de la Triple Alianza decidieron entrar con el gobierno de Juárez en negociaciones, que adquirieron trascendencia al quedar firmados el 19 de febrero de 1862 los llamados preliminares de La Soledad. Este suceso contrarió a los adversarios de la soberanía del pueblo mexicano. Uno de ellos, el Capitán General de Cuba, relacionó los preliminares de La Soledad con las gestiones enderezadas a lograr que los Estados Unidos garantizasen a las potencias europeas el pago de las deudas que reclamaban a México, y afirmó que, de prosperar tal intento, perderían la Gran Bretaña, Francia y España, la oportunidad de ejercer la influencia a que aspiraban en el país invadido a la vez que la Doctrina de Monroe alcanzaría un triunfo más en los momentos en que parecía amenazada de muerte [39].

El 1º de marzo de 1862 Seward recibió del representante diplomático de los Estados Unidos en Viena una nota expresiva de que la corona de México había sido ofrecida al archiduque Maximiliano y que éste se mostraba inclinado a aceptarla [40]. Sin pérdida de tiempo Seward dió a conocer a Lincoln la grave noticia. El Presidente y el Secretario de Estado reflexionaron una vez más sobre la cuestión del país vecino. Temían que las demostraciones de las tropas españolas, francesas y británicas contra México fuesen seguidas de una perturbación destinada a crear una monarquía. Los Estados Unidos ansiaban la paz de las naciones y aspiraban a ser leales en sus relciones lo mismo con los aliados que con México. El Presidente dió instrucciones al Secretario de Estado para que sometiese a la consideración de las partes interesadas sus puntos de vista, y el encargo fué cumplido el 3 de marzo de 1862 así:

1. Lincoln había contado con las seguridades dadas por

39 EMETERIO S. SANTOVENIA, *México y España en 1861-1862,* México D. F., 1939, pp. 63-68.

40 EGON CAESAR CONTE CORTI, *Maximiliano y Carlota,* México, 1944, p. 123.

la Triple Alianza a su gobierno de que ella buscaba en México una reparación de agravios, y no objetivos políticos. No dudaba de la sinceridad de los aliados. Y, si su confianza en la buena fe de las promesas que habían hecho llegaba a desaparecer, podría ser reinspirada por explicaciones concretas, afirmativas de que España, Francia y Gran Bretaña no intentaban intervenir ni intervendrían para producir un cambio en la forma constitucional de gobierno existente en México o una mudanza política en oposición a la voluntad del pueblo mexicano.

2. El Presidente entendía que los aliados estaban unánimes en admitir que la temida perturbación en México era promovida sólo por ciudadanos mexicanos situados en Europa. Sin embargo, creía de su deber expresar a la Triple Alianza, con todo candor y absoluta franqueza, la opinión de que ningún gobierno monárquico fundado en México bajo la protección de escuadras y ejércitos llevados a las aguas y al suelo del propio México tendría seguridad ni permanencia. La instabilidad de tal monarquía aumentaría si se destinase el trono a cualquiera que no fuese natural de México. El nuevo régimen caería pronto a menos que tuviese en su apoyo alianzas europeas. Esta eventualidad constituiría el estreno de una perenne política de intervención monárquica armada por parte de Europa —intervención injuriosa y prácticamente hostil al sistema de gobierno casi general en Ámériac— y el principio, más que el fin, de una revolución en México.

3. Las miras del Presidente estaban fundadas en el conocimiento de los sentimientos y hábitos políticos de los pueblos americanos. Por consiguiente, en el previsto caso de llevarse a cabo la creación de una monarquía en México, no cabía duda de que los intereses permanentes y las simpatías de la Unión estarían por las demás repúblicas del Hemisferio Occidental. No se intentaba predecir el curso de los acontecimientos que amenazaban la normalidad de las relaciones entre América y Europa. Bastaba repetir esta opinión de Lincoln: la emancipación de América, antes dominada por Europa, había sido el principal fin de su historia en el último siglo.

4. No era probable que tuviese buen éxito una empresa monárquica en México mientras la población de América aumentaba tan rápidamente, sus recursos se desarrollaban tan vigorosamente y su sociedad se consolidaba tan tenazmente bajo los principios de la democracia republicana. Ni era ne-

cesario sugerir a la Triple Alianza las dificultades con que tropezarían las naciones europeas para coincidir con firmeza en una política favorable a tal contrarrevolución como conforme a sus propios intereses. Ni era menester reiterar que, por mucho empeño que los aliados pusiesen en evitar que sus fuerzas de mar y tierra auxiliaran a una facción en México se achacaría la perturbación a la presencia de sus armas. Aunque esta presencia se había producido para un fin diferente, por seguro podía tenerse que sin ella no se hubiese intentado, ni siquiera se hubiera concebido, tamaña alteración.

5. El Senado de los Estados Unidos no había mostrado aún su asentimiento a las medidas precisas propuestas por el Presidente para prestar auxilio al gobierno de Juárez, con aprobación de los aliados, y aliviarlo de sus embarazos pecuniarios. Pero eso era una simple cuestión de política interior. Sería muy erróneo mirar el presunto desacuerdo entre la Casa Blanca y el Capitolio como indicio de un cambio de opinión oficial o popular respecto de los cordiales y excelentes deseos de la Unión hacia la seguridad, la estabilidad y el bienestar del sistema republicano de gobierno en México [41].

Las advertenicas de Lincoln a las potencias europeas con motivo de la tentativa de establecer una monarquía en México circularon por todas las capitales de Occidente, desde Viena hasta La Habana. Ellas evidenciaron un anhelo del Presidente: el anhelo de defender la paz, la integridad territorial y las instituciones republicanas de América. Quienes participaban del privilegio de conocer de cerca las intenciones de Lincoln pudieron afirmar que en la nota diplomática del 3 de marzo de 1862, fiel trasunto de ideas y palabras suyas, hubo mucho de cortés sarcasmo al aludir a la buena fe de las manifestaciones provenientes de la Triple Alianza [42].

9

Por haber comprendido lo que la política interamericana de Lincoln tenía de nuevo y saludable, el gobierno del Perú designó Ministro en Wáshington a F. L. Barreda. Este presentó sus credenciales al Presidente el 3 de marzo de 1862.

[41] DEPARTMENT OF STATE. BUREAU OF ARCHIVES, Wáshington, D. C.: William H. Seward to Charles Francis Adams, March 3, 1862.

[42] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY. *Abraham Lincoln. A history*, New York, 1890, vol. VI, p. 48.

El discurso pronunciado entonces por Lincoln se refirió a la conducta de su país en el seno de la comunidad de las naciones civilizadas. Los Estados Unidos no tenían enemistades, animosidades ni rivalidades ni intereses que se hallasen en conflicto con los demás pueblos. Su prosperidad, engrandecimiento y felicidad eran y debían seguir siendo consecuencia de la paz interior y de la paz entre ellos y el resto del Mundo. El Jefe del Ejecutivo, que se complacía en exaltar el hecho de que los Estados Unidos eran amigos de todas las otras naciones, no pretendía ocultar la verdad de que ellos abrigaban especiales sentimientos de fraternidad y simpatía por las naciones que, como ellos mismos, basaban sus instituciones en el principio de la igualdad de derechos humanos y más particularmente por aquellas que, siendo vecinas de la Unión, cooperaban en el afianzamiento del progreso y de la cultura en el Hemisferio Occidental[43].

Las frases dirigidas por Lincoln al Ministro del Perú en Wáshington no pudieron pasar inadvertidas. De ellas tomó buena nota el representante diplomático de México. Y el de Chile quiso aprovecharlas para dar eficaz cumplimiento a instrucciones procedentes de su gobierno. Francisco Solano Asta-Buruaga, Encargado de Negocios de Chile en la Unión, señaló la aparición de un hermoso fenómeno de política interamericana: la Triple Alianza había pretendido enajenar de los Estados Unidos la buena voluntad de la América de habla española, y con su intervención estrechaba las relaciones entre aquélla y la Unión, a la que sus vecinas miraban ya como la nación que más y mejor podía contribuir a la salvación de su soberanía internacional[44].

El Ministro del Perú en Wáshington puso en marcha un plan enderezado a robustecer la solidaridad interamericana. Aspiró a que las naciones del Nuevo Mundo adoptasen actitudes uniformes respecto de los inusitados sucesos que se desarrollaban en los Estados Unidos. Con esto quería adelantar dos bellos objetivos: a) apoyar la causa cuyo triunfo era favorable al Hemisferio Occidental; b) inclinar la amistad e influencia de la Unión hacia los otros pueblos de América en una época en que eran amagados por parte de Europa. Barreda apoyó su proyecto en buenas razones. La política de Europa consistía en incrementar la discordia y la guerra en

43 [MATÍAS ROMERO], *Correspondencia de la Legación Mexicana en Wáshington durante la intervención extranjera. 1860-1868,* México, 1870, vol. II, pp. 69-70.
44 *Ibid.,* pp. 75-76.

los Estados Unidos para hacerlos impotentes, y la política de América debía ser enteramente contraria a eso, porque la ruina de la Unión destruiría el equilibrio del Mundo y el único poder que poseía los elementos necesarios para contrarrestar los designios conquistadores prohijados al otro lado del Atlántico [45].

Un año había bastado para que la América latina trocase la indiferencia y la desconfianza respecto de la política de los Estados Unidos hacia las demás naciones de América por el interés y el respeto que despertaban las ideas enderezadas a cultivar la compenetración de todas las repúblicas del Hemisferio Occidental. Este cambio de postura, debido era al prestigio ganado por Lincoln en la comunidad internacional del universo de Colón. Las palabras por él pronunciadas en el acto en que el Ministro del Perú le presentó sus credenciales no eran las primeras salidas de sus labios para exaltar la importancia de una entrañable convivencia hemisférica. Lo que sí hicieron aquellas expresiones fué ratificar su deseo de que los pueblos que con el suyo batallaban por acreditar las excelencias de la libertad republicana se sintiesen, como iban sintiéndose, tan amigos como vecinos de los Estados Unidos. La cooperación americana que Lincoln anhelaba robustecer progresaba en los términos evidenciados por los pensamientos y esfuerzos de los representantes diplomáticos del Perú y de Chile en Wáshington.

10

En un mensaje enviado al Congreso en 6 de marzo de 1862 Lincoln indicó que, si algún Estado adoptaba la abolición gradual de la esclavitud, la Unión debía contraer la obligación de cooperar con recursos pecuniarios al cumplimiento de tal medida [46]. Periódicos contrarios a la esclavitud y periódicos moderados coincidieron en los elogios tributados a la iniciativa presidencial. Unos observaron con fruición que el Jefe del Ejecutivo se declaraba en favor de la extinción de la dura institución, casi olvidada entonces en el seno del Poder Legislativo. Otros reconocieron que él se situaba en terreno constitucional, puesto que partía del supuesto de que cual-

[45] *Ibid.*, pp. 81-83.

[46] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. VII, pp. 112-115.

quier Estado tomase el acuerdo de abrogación de la servidumbre de la raza africana. En suma, la opinión adelantada por la Casa Blanca entrañaba un poderoso aliciente para los aspirantes a la igualdad de derechos humanos en el ámbito nacional.

La campaña peninsular, de la que Lincoln se prometía felices resultados para la Unión, enardeció con análoga intensidad al Norte y al Sur. En tierra y en agua chocaron con furia las armas de ambos contendores. La aparición del ariete confederado *Virginia* cerca del Fuerte Monroe constituyó un grave aviso para la Unión. Lincoln comprendió sin tardanza que a los embates de naves blindadas era indispensable oponer algo más que buques de madera. La prueba ofrecida por el monitor que anuló la acción del *Virginia* por la calidad de su coraza no menos que por su batería decidió al gobierno de Wáshington a precipitar la construcción de barcos de hierro. La rebelión del Sur no podía ser debelada sino con el cúmulo de potencias espirituales y materiales que el Presidente de los Estados Unidos organizaba y vigorizaba colocando la preservación del pacto federal por encima de toda otra empresa patriótica o humana.

En el agitado primer trimestre de 1862 se produjeron dos novedades en la representación diplomática de la Unión en el resto de América. A Honduras fué destinado James R. Partridge como Ministro Residente. Con funciones semejantes pasó Robert C. Kirk a la Argentina. Lincoln cuidaba de mantener y reforzar las relaciones hemisféricas por las vías usuales. Las horas del primer aniversario de la inauguración de su presidencia demandaban un creciente intercambio de noticias y pareceres sobre la convivencia internacional.

La situación entre los prohombres de la Triple Alianza en México se puso tirante en marzo de 1862. Los franceses, engreídos por el arribo de nuevas fuerzas imperiales, obraban desconociendo los términos de la convención de Londres y no ocultaban el designio de atentar contra la República. Los británicos y españoles, mayormente el plenipotenciario de Isabel II. se oponían a los excesos bonapartistas. El 29 de marzo Prim estaba preparado para adoptar una decisión grave: si los franceses insistían en desconocer los tratados, él —y posiblemente España estaría acompañada de la Gran Bretaña— se retiraría de México y embarcaría sus tropas para La Habana. En esta ocasión Prim declaró que México contaba para de-

fenderse con los recursos naturales del país y con la ayuda de los Estados Unidos [47].

Con la opinión expuesta por Prim acerca del auxilio de los Estados Unidos a México coincidieron algunas expresiones de Juárez a Matías Romero emitidas el 29 de marzo de 1862. Juárez deseaba que, si el Senado de la Unión accedía a la concertación del empréstito proyectado por Corwin y apoyado por Lincoln, el dinero se destinase en parte al pago de las reclamaciones legítimas de los aliados, pero principalmente a la defensa de la Nación y a la protección de sus intereses. El Presidente de México reconoció en la buena disposición del gobierno y del pueblo de la Unión hacia su causa la manifestación de un noble interés por la suerte de toda América [48].

En la nota diplomática expedida para dar a conocer a las potencias europeas los puntos de vista de Lincoln contrarios al establecimiento de una monarquía en México había expresado Seward la duda de que el Senado de la Unión consintiese en que ésta prestara auxilio pecuniario al gobierno de Juárez. Un mes después de aquella manifestación el Secretario de Estado informó a Corwin de que el Senado era opuesto al tratado concertado en noviembre de 1861: el Senado, sin dejar de apreciar la bondad de la negociación desechada, la consideró riesgosa para el valor en circulación de la moneda nacional. No se limitó Seward a transmitir al Ministro en México la desagradable noticia; Seward dijo a Corwin que el Presidente deseaba contribuir en alguna otra forma a que la hermana república saliese de sus dificultades con la Triple Alianza [49].

El 6 de abril de 1862 Manuel Doblado, Ministro de Relaciones Exteriores de México, y Thomas Corwin, Ministro de los Estados Unidos de América cerca de Juárez, ajustaron un tratado con el propósito de que la Unión ayudase de manera efectiva a la vecina nación en sus esfuerzos por satisfacer las obligaciones que le imponían sus pactos con potencias europeas y por estableer el orden interior de la República. Los Estados Unidos prestarían a México once millones de dólares, por término no mayor de veinte años, con el interés del

[47] EMETERIO S. SANTOVENIA, *México y España en 1861-1862, México,* D. F., 1939, pp. 79-81.

[48] ANGEL POLA, *Miscelánea. Comunicados, respuestas, iniciativas, dictámenes, informes, brindis, etc., de Benito Juárez,* México, 1906, pp. 350-352.

[49] THE NATIONAL ARCHIVES, Wáshington, D. C.: William H. Seward to Thomas Corwin, April 3, 1862.

seis por ciento y con garantía de los terrenos públicos y de los bienes eclesiásticos tomados por el gobierno. Las cláusulas del nuevo tratado que pretendía auxiliar a la patria de Juárez en la defensa de su libertad y de la integridad de su suelo estuvieron inspiradas en las altas consideraciones que desde hacía tres lustros pautaban la conducta de Lincoln, así como la de Corwin, para con México [50].

La tirantez en el seno de la Triple Alianza se agravó. El 9 de abril de 1862 se reunieron en Orizaba los comisarios de las tres naciones signatarias de la convención de Londres. Los de Francia declararon que no seguirían tratando con el gobierno existente en México, que continuarían prestando protección y apoyo a los emigrados que conspiraban contra la República y que se disponían a dar principio a las hostilidades. Los españoles y británicos consideraron que eso violaba la convención de Londres, y resolvieron retirar las fuerzas de sus respectivas naciones [51]. La ruptura de la Triple Alianza obedeció principalmente al pensamiento y a la acción de Prim, en conformidad con lo que tenía manifestado y ratificado. La conducta de Prim en México, a juicio de algunos hispanos, anunció la consagración de la influencia de los Estados Unidos y el abandono por Europa de toda actividad en América [52]. En cambio, el propio Prim creyó que su política era leal expresión de los compromisos de la Triple Alianza para con ella misma y para con los Estados Unidos y el resto del Mundo [53]. En suma, la situación de México empezó entonces a despejarse, puesto que la intervención de Europa se redujo a la mantenida por Napoleón III.

Los representantes de Napoleón III en México perdieron la ecuanimidad ante la disolución de la Triple Alianza y la probabilidad de que el gobierno de Lincoln auxiliase al de Juárez con un préstamo. Expresaron su inconformidad con cualquier tratado que enajenase o gravara los bienes y derechos que constituían la garantía sobre la cual reposaban los créditos que Francia quería hacer valer contra México [54]. La

[50] *Ibid.*: Thomas Corwin to William H. Seward, April 16, 1862.

[51] EMETERIO S. SANTOVENIA, *México y España en 1861-1862,* México D. F., 1939, p. 82.

[52] JERÓNIMO BÉCKER, *Historia política y diplomática desde la independencia de los Estados Unidos hasta nuestros días (1776-1895)*, Madrid, 1897, p. 480.

[53] EMETERIO S. SANTOVENIA, *México y España en 1861-1862,* México D. F., 1939, p. 89.

[54] JOSÉ M. IGLESIAS, *Revistas históricas sobre la intervención francesa en México,* México, 1868, vol. I, pp. 16-18.

protesta iba dirigida a evitar el perfecionamiento de lo pactado entre el Ministro de Relaciones Exteriores de Juárez y el plenipotenciario de Lincoln en México a fin de que de los Estados Unidos saliesen varios millones de dólares para la vecina república, que los destinaría, en todo o en parte, a eliminar la razón o el pretexto de la intervención extranjera.

La presencia de la Triple Alianza en México dejó huella dolorosa en el espíritu de toda América. Los esfuerzos de Lincoln no habían podido ir más allá de la reiteración de advertencias muy categóricas, a veces enérgicas, casi siempre mesuradas, que era lo sumo que le permitía la pavorosa guerra civil. Entre las causas de la retirada de la Gran Bretaña y España del territorio mexicano, se contó la insistencia con que el Presidente de la Unión defendía la soberanía internacional y el régimen republicano de los pueblos del Hemisferio Occidental. Pero allí, en el suelo de México, seguían las armas de Francia amenazando la libre determinación de un país y el ordenamiento institucional de una sociedad de naciones.

Capítulo XII

CARTA DE EMANCIPACIÓN

Free labor has the inspiration of hope; pure slavery has no hope.

ABRAHAM LINCOLN.

1

En el segundo trimestre de 1862 arreció la colisión de la Unión y la Confederación. La causa nacional contaba con la pericia de un general, Ulysses S. Grant, quien iba distinguiéndose rápidamente y hacía sentir sus arremetidas en las filas del Sur. George B. McClellan se acercaba en son agresivo a la capital de los separatistas. Otros jefes sin notorios antecedentes crecían en capacidad y actividad frente a los ímpetus de la rebelión. El río Mississippi, Georgia, Carolina del Sur y Louisiana eran teatros de rudas peleas. El gobierno de Lincoln llevaba encima la inmensa responsabilidad de proveer a las necesidades de una guerra colosal. El Presidente no era militar, ni aficionado siquiera al estudio del arte y de la ciencia de mover numerosas tropas, pero ponía todo su cerebro y su corazón en la tarea de buscar a los hombres mejores para la dirección de la gigantesca lucha, estimularlos con su confianza y secundarlos con la adopción de medidas acordes con las duras exigencias del momento. Al cabo, quería conservar para sí, y conservaba con dignidad, porque era deber constitucional suyo, la función de Comandante en Jefe del Ejército y de la Armada de los Estados Unidos.

Las desviaciones de la política exterior de otras potencias ofrecieron a Lincoln la oportunidad de seguir siendo algo más que el primer magistrado de la Unión en circunstancias excepcionales. Las ambiciones de Europa sobre América acuciaban el sentido de la propia defensa en los pueblos del mundo de Colón. La conducta de Lincoln para con estos países

producía el efecto de prepararlos moralmente para resistir y repeler las agresiones premeditadas contra sus instituciones y hasta contra su soberanía internacional. En el mes de abril de 1862 Chile mostró cómo evolucionaba la opinión de la América latina respecto de los Estados Unidos. Voces que en época no lejana se habían dejado oír para condenar severamente los procederes de la Unión en sus relaciones con el resto del Hemisferio señalaron la presencia de una reacción en favor del gobierno de Lincoln. ¿A qué era debida esta reacción? Claramente se expresó entonces: las tendencias absorbentes por parte de los Estados Unidos y en menoscabo de otras tierras de América se habían manifestado en el mediodía de la Unión, y las ideas y acción de Lincoln tenían reducidas a la impotencia las intenciones expansionistas [1]. Quienes en la América de habla española habían temido al vecino de lengua inglesa ponían entusiasmos y aplausos en el lugar antes ocupado por recelos y antipatías. Agente eficacísimo de tal mudanza en Chile era Thomas H. Nelson, plenipotenciario de Lincoln y ejecutor de los deseos del Presidente dirigidos a respetar y exaltar de igual a igual a cada una de las naciones del Nuevo Mundo [2]. Los signos de la popularidad de Nelson, y con la de Nelson la de Lincoln, en Chile, fueron cabal reconocimiento de que en Wáshington se amaba la coordinación y la prosperidad de los intereses hemisféricos tanto como los de la propia Unión, que por conservar los suyos vertía raudales de sangre humana.

En lo que a España quedaba de su antiguo imperio colonial en América, las opiniones se exhibían ya con precisión respecto de la contienda afrontada por Lincoln. Los adictos a la causa del Norte aprovechaban los medios disponibles en un régimen de escasa tolerancia para significar sus preferencias. En Cuba el diario *El Siglo,* editado en La Habana, daba la nota lincolniana. Inició su táctica en ese sentido publicando noticias tan inofensivas como las relativas al cambio introducido en las fiestas sociales de la Casa Blanca por el Presidente o, para hablar con más exactitud, por su esposa: con la reseña de un pasatiempo intrascendente aparecieron mezcladas referencias a las instituciones republicanas, a las ventajas de la democracia y a las simpatías de que gozaba el gobierno establecido en Wáshington [3]. Poco a poco *El Siglo,* que repre-

1 *El Ferrocarril,* Santiago, Abril 30, 1862.

2 HENRY CLAY EVANS, JR., *Chile and its relations with the United States,* Durham, N. C., 1927, pp. 85-86.

3 *El Siglo,* La Habana, Mayo 2, 1862.

sentaba las propensiones liberales del país, avanzaba en la exposición de hechos y aspiraciones referentes a la guerra civil, a lo que Lincoln simbolizaba en la horrenda lucha y a la compenetración de los pueblos americanos frente a las agresiones europeas. Los cubanos cuyos sentimientos reflejaba *El Siglo* sabían que el triunfo del Sur sería un tremendo golpe al progreso humano.

2

Desde lejos se apreciaba con justicia el esfuerzo de Lincoln por preservar la Unión y respetar la dignidad de los demás pueblos de América. La defensa de la integridad material y moral de las naciones vecinas a los Estados Unidos avivaba la ojeriza contra éstos por parte de las potencias europeas agresoras del Nuevo Mundo. Afrontar semejante situación entrañaba un atrevimiento grande, aunque elevado y noble, en momentos en que Lincoln necesitaba retener en la ciudad de Wáshington, seriamente amenazada por las armas confederadas, las tropas destinadas a reforzar el ejército de McClellan. El mes de mayo de 1862 fué tiempo de espantosa tormenta para el empeño bélico organizado por el Presidente, sólo compensada por el prestigio que sus ideas y procederes ganaban entre la gente honrada de todas partes.

El representante diplomático de México en Wáshington se decidió en mayo de 1862 a informar de manera personal y confidencial a Lincoln de la situación de los negocios públicos de su país. A este efecto, lo visitó en la mañana del 16 de mayo. El Presidente recibió cordialmente al Encargado de Negocios. Romero se extendió en consideraciones acerca de la intervención de Europa en México y la comunidad de intereses entre el propio México y los Estados Unidos. Lincoln expresó su creencia de que las dificultades de la república de Juárez dependían del curso de los acontecimientos de la Unión. Su fe en el triunfo federal, robustecida en el viaje que acababa de hacer hasta el Fuerte Monroe, le permitía mostrarse optimista respecto de la suerte de la nación vecina [4].

La situación de México se mantenía dentro de los términos que parecían fijados por las radicales determinaciones de

[4] [MATÍAS ROMERO], *Correspondencia de la Legación Mexicana en Wáshington durante la intervención extranjera. 1860-1868,* México, 1870, vol. II, p. 184.

España y la Gran Bretaña: la intervención europea en la República era asunto exclusivo de Francia. En Madrid pudo parecer extemporánea la conducta de Prim, pero el gabinete presidido por Leopoldo O'Donnell se mostró conforme con la retirada dispuesta y consumada por el héroe de la guerra de Africa [5]. Por otra parte, España temía ser juguete de las ambiciones de Napoleón III, empeñado en hacer emperador de México a Maximiliano de Austria e incrementar el comercio francomexicano en detrimento de los intereses hispánicos [6]. Estos desajustes de la política europea respecto de América mejoraban la posición internacional del gobierno de Lincoln.

El Congreso de la Unión deparó a Lincoln el honor de juntar su nombre a la creación del bien familiar o casa solariega. La nueva ley estableció el derecho de todo campesino mayor de edad y con hogar constituído a sustraer de los peligros de embargo y remate su casa y una porción de tierra hasta cierto límite. Muy en armonía con los datos de la adolescencia de Lincoln, hijo y honra de las praderas, estuvo el nacimiento de una institución que, defendiendo al labriego pobre de errores frecuentes en momentos difíciles, evidenciaba un impar espíritu de piedad hacia la población rural [7].

En los días en que los negocios extranjeros experimentaban alivio producido por el definitivo desistimiento de España en su empresa sobre México, el Presidente vivió en intensa expectación por lo que ocurría en la Nación. Los choques armados entre el Norte y el Sur fueron en extremo cruentos a fines de mayo y principios de junio de 1862. Robert F. Lee se dejaba notar como experto jefe confederado. La Unión fué heroica y eficazmente defendida en la batalla de Fair Oaks o Seven Pines. Las tropas del Sur no avanzaron hacia Wáshington. Las de McClellan fueron insuficientes para tomar a Richmond.

La posición internacional de Haití siguió siendo objeto de especial atención a causa de las esperanzas puestas en la política serenamente americana y francamente liberal de Lincoln. La república antillana estuvo en peligro de caer bajo la acción absorbente de potencias extranjeras coligadas contra

[5] JERÓNIMO BÉCKER, *Historia de las relaciones exteriores de España durante el siglo XIX*, Madrid, 1924, vol. II, p. 524.

[6] JAMES MORTON CALLAHAN, *Cuba and International Relations*, Baltimore, 1899, p. 341.

[7] JOSÉ COMALLONGA, *El Homestead* en *La Reforma Social*, La Habana, 1914, vol. I, pp. 191-196.

el Hemisferio Occidental: se la creyó amenazada por Francia o España. Así y todo, no fué esto lo que movió las opiniones en Wáshington acerca de Haití. En Wáshington hubo debates públicos acerca de Haití por haber solicitado Lincoln la intervención del Congreso en el reconocimiento de la independenia de la república. En el Senado y en la Cámara de Representantes se discutió apasionadamente la medida solicitada por el Presidente. Senadores demócratas basaron su oposición al criterio del Poder Ejecutivo en prejuicios, más que en razones: se dijo que la sociedad de Wáshington no se hallaba preparada aún para recibir a un ministro negro y que en la galería del Senado reservada a los diplomáticos no iba a lucir bien la presencia de un haitiano. La admisión de Haití como nación soberana fué defendida en el Senado por Charles Sumner. El eminente orador expuso motivos esenciales en abono de su causa. Desvió la discusión de la faz racial. Recordó la importancia del comercio de los Estados Unidos con Haití. Destacó la urgencia de contener en las Indias Occidentales la ambición de las cortes del otro lado del Atlántico. La mayoría de los senadores de la Unión se produjo en favor de la solución requerida por Lincoln. En la Cámara de Representantes el asunto corrió igual suerte, no obstante la actitud contraria de los demócratas. El 5 de junio de 1862 el Presidente sancionó la ley que lo autorizó para nombrar representantes diplomáticos en Haití y Liberia [8]. Los Estados Unidos encontraron entonces, en Haití, una nueva nación americana, obra tanto de la iniciativa de Lincoln y el tesón de Sumner como de las peripecias suscitadas por la intentada secesión del Sur [9].

3

En junio de 1862 Colombia, por medio de su Ministro de Relaciones Exteriores, Manuel Ancízar —en su infancia trasladado a La Habana, donde creció y se educó tan brillantemente que se le tenía por una de las glorias cubanas [10]—, manifestó su parecer sobre la cooperación americana. En una circular dirigida a sus colegas de las demás repúblicas del

[8] RAYFORD W. LOGAN, *The Diplomatic Relations of the United States with Haiti. 1776-1891,* Chapel Hill, N. C., 1941, pp. 300-303.

[9] DANTE BELLEGARDE, *Quatre Grands Panamericains* en *Cahiers d'Haiti,* Port-au-Prince, Février, 1944.

[10] *El Siglo,* La Habana, Mayo 2, 1862.

mundo de Colón expresó Ancízar la forma en que Colombia deseaba participar en el desenvolvimiento del Tratado Continental, la creación debida a una iniciativa peruana. Colombia se hallaba en disposición de adherirse al Tratado Continental, y, ya en el terreno de una amplia acción hemisférica, mostró su preferencia por la reunión de un congreso de plenipotenciarios, de acuerdo con una de las previsiones de aquel instrumento de derecho público americano. Al efecto indicado, ofreció todas las comodidas apetecibles para la instalación de la conferencia en la ciudad de Panamá. Pero Colombia quiso que se trabajase con eficacia en torno a la seguridad, la independencia y el bienestar de las repúblicas del Hemisferio Occidental. Aspiró a que las relaciones entre estos pueblos se rigiesen por un cuerpo de doctrinas capaz de constituir una fuerte alianza moral, no política. Y señaló que el modo más fácil y efectivo de alcanzar la reunión de un congreso internacional republicano consistía en que cada una de las naciones comprendidas en el empeño acreditase un ministro plenipotenciario cerca del gobierno de los Estados Unidos de América, cuya grande autoridad moral daría sombra y protección suficientísimas a la conferencia. Como fundamento de esta elección se expuso el de que los usos internacionales, en armonía con la razón, habían establecido que se debía deferencia a las naciones superiores en poder y antigüedad [11]. Algo más influyó en la opinión manifestada por Colombia: en la opinión expresada por Colombia influyó el conocido afán de Lincoln en pos de que la América latina tuviese confianza en la amistad de la Unión. Así lo dejó entrever Ancízar cuando, en nota destinada al representante diplomático del Perú en Bogotá, dijo que la participación de los Estados Unidos en la propuesta junta de plenipotenciarios depararía a la suma de sus resoluciones el carácter de una seria notificación de principios nuevos [12].

El Ministro de Relaciones Exteriores de Colombia no procedió con ligereza al apreciar que en la Unión había factores determinantes de fe en la justicia internacional. Debía de haber tenido ya noticia de un pronunciamiento poco antes salido de Wáshington con destino a Colombia. Fiel reflejo de la opinión de Lincoln fueron las palabras de Seward que fijaron la posición jurídica de ciertos empresarios norteamerica-

11 ALBERTO ULLOA, *Congresos Americanos de Lima,* Lima, 1938, vol. I, pp. 682-683. (*Archivo Diplomático del Perú.*)

12 *El Siglo,* La Habana, Octubre 25, 1862.

nos trasladados a Nueva Granada. Los ciudadanos de los Estados Unidos de América –no importaba la forma en que hubiesen adquirido esta condición política– que hubieran ido a Colombia y elegido allí su domicilio y el campo para sus actividades, sin intenciones precisas y manifiestas de regresar a la Unión, se hallaban sujetos a las leyes de Colombia que afectasen sus derechos y propiedades, exactamente lo mismo que los ciudadanos de esta nación [13]. Bien podía creer en el advenimiento de principios nuevos quien fuese sabedor de un cambio tan esencial como el que anunciaba el gobierno de la Unión respecto de la manera de considerar la situación de los norteamericanos que residían en Colombia para negociar en la esfera privada. No existía duda de que Lincoln dejaba atrás la época en que compatriotas suyos gozaban del irritante privilegio de ser protegidos por la fuerte autoridad de su país cuando les convenía abroquelarse con ella para exigir inusitadas indemnizaciones del que les había ofrecido posibilidades de opulencia.

Los asuntos de México mantenían viva la atención oficial en Wáshington. La Cámara de Representantes y el Senado querían estar informados del desarrollo de los acontecimientos de la vecina república. El Poder Ejecutivo no se mostraba tardo ni remiso en suministrar los datos solicitados. El Encargado de Negocios de México, Matías Romero, redoblaba su actividad diplomática y ganaba prestigios por su capacidad y su celo, que le permitieron tener enterado al gobierno de Lincoln de los manejos monárquicos de su país y agentes de Napoleón III para transmitir a Francia parte del territorio situado al Sur del Río Grande [14].

El 23 de junio de 1862 Lincoln se dirigió el Senado con motivo de haber recibido de Corwin el tratado negociado con el gobierno de Juárez para facilitar un préstamo a la República. Sin conocer la resolución del Senado adversa a tal operación, el Ministro de los Estados Unidos adelantó las gestiones enderezadas a concertarla, así por lo que entrañaba de efectiva ayuda a México frente a la agresión europea como por lo que podía contribuir a mejorar los intereses de la Unión. El Presidente no pretendió que el Senado mudase de parecer. Pero, en justicia a su legado en México y por respeto al gobierno de Juárez, se decidió a someter a la conside-

[13] E. TAYLOR PARKS, *Colombia and the United States. 1765-1934,* Durham, N. C., 1935, p. 303.

[14] *El Siglo,* La Habana, Mayo 20, 1865.

ración de la Alta Cámara el mencionado instrumento y la correspondencia cruzada en relación con el mismo [15].

En México se estudiaban los hechos y las posibilidades de los Estados Unidos influyentes en la situación afrontada por Juárez. La guerra secesionista era aprovechada por la perfidia europea para allanar a América. La determinación de la lucha intestina de la Unión posibilitaría la acción de Wáshington contra los planes de Napoleón III. El gobierno de Lincoln se conducía adecuadamente: protestaba que no reconocería como válido ningún cambio que se efectuase en México bajo la presión de las bayonetas extranjeras, porque en este caso no podía haber libertad ni tenerse lo que así se produjera por expresión del sentimiento nacional. En cambio, los republicanos de México andaban errados cuando creían que el Senado de la Unión autorizaría a Lincoln para auxiliarlos pecuniariamente [16].

En la América del Sur se extendía la confianza inspirada por Lincoln respecto de la defensa y cooperación de todas las naciones del Hemisferio. En la Cámara de Diputados de Chile se denunció que el egoísmo de Europa pretendía enseñorearse de América. El régimen republicano en el Nuevo Mundo era difícil, pero la monarquía era imposible. Si los Estados Unidos no hubiesen sido visitados por la desgracia de la rebelión interna —tal fué la conclusión chilena—, Napoleón no se habría atrevido a acercarse a México [17]. En la Argentina, la palabra del gobernador de San Juan, Domingo F. Sarmiento, en un acto oficial, señaló el ejemplo dado por Lincoln en el desarrollo de sus facultades mentales y en su ascensión cívica [18]. América tenía ya por honor suyo el hecho de que existiese un hombre de las ideas y los procederes de quien en junio de 1862 ocupaba la presidencia de la Unión.

4

La lucha entre el Norte y el Sur se hizo atroz en los últimos días de junio de 1862. Cruentísimas batallas se suce-

15 JULIUS W. MULLER, *Presidential Messàges and State Papers*, New York, 1917, pp. 1906-1907.

16 JOSÉ M. IGLESIAS, *Revistas históricas sobre la intervención francesa en México*, México, 1868, vol. I, pp. 44-45.

17 HENRY CLAY EVANS JR., *Chile and its relations with ths United States*, Durham, N. C., 1927, p. 85.

18 D. F. SARMIENTO, *Obras*, Buenos Aires, 1914, vol. XXI, p. 141.

dieron. La de la colina de Malvern, en Virginia, estrenó el mes de julio. Las tropas confederadas se replegaron hacia Richmond mientras el ejército del Potomac conquistó mejores posiciones. Los leales a la Unión pelearon con extraordinario denuedo y afrontaron enormes sacrificios. La contienda adquirió magnitud superior a todas las conjeturas. Lincoln llamó trescientos mil hombres más a las armas [19].

El Ministro de los Estados Unidos en Costa Rica, Charles N. Riotte, solicitó del gobierno de la Unión que adoptase medidas encaminadas a salvaguardar a las naciones latinoamericanas. El Secretario de Estado conferenció con el Presidente. Ambos comprendían que la Unión pasaba por mayores desórdenes y riesgos que sus vecinos. La conciencia patria reclamaba del médico que se curase a sí propio. Los pareceres de Lincoln dados a conocer por Seward a Riotte, en instrucciones de 7 de julio de 1862, hicieron luz sobre puntos esenciales de la política exterior de los Estados Unidos:

1. Los Estados Unidos no podían, a menos de incidir en falsedad, alentar en las repúblicas latinoamericanas la esperanza de que su soberanía iba a ser garantizada mediante el empleo de la fuerza por la Unión. Doctrinas y prácticas internacionales provenientes de George Wáshington eran tenidas por erróneas. Pero su arraigo en la mente popular cerraba el paso a la idea de desviarse de ellas en momentos en que la guerra civil daba lugar a intrigas y agresiones extranjeras.

2. Posible era decir que las pautas de aislamiento internacional no habían sido trazadas por George Wáshington para que rigiesen de manera permanente. En realidad, él las había concebido como plan de acción hasta que fuesen desarrollados los recursos de los Estados Unidos, lograda su cohesión y adaptadas sus potencias a las exigencias de la vida nacional. Cualesquiera que hubiesen sido los sueños de los rectores de la Unión acerca de esta feliz mudanza, destruídos se hallaban por el terrible golpe de la guerra civil, desencadenada con tal severidad que se encontraba abierta una grave interrogación. ¿Era inexpugnable el pacto federal y podría la Unión seguir siendo fuerte y durable? El momento no se mostraba propicio a la discusión y revisión de las doctrinas de los padres de la Nación opuestas a enredadoras alianzas.

3. La ayuda más efectiva que los Estados Unidos podían prestar a las naciones latinoamericanas consistía en la influen-

[19] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. VII, p. 250.

cia moral resultante de la consolidación y fuerza de sus instituciones republicanas. Cuanto al mejoramiento de la sociedad y al aumento de las posibilidades colectivas, cada uno de los pueblos latinoamericanos tenía que allanar por sí mismo sus dificultades. Las potencias europeas habían sido respetuosas para con ellos mientras los Estados Unidos permanecieron inalterados e inexpugnables. Los temores y peligros sufridos por la América latina eran consecuencia de los reveses de la Unión. En siendo éstos vencidos, la América latina recobraría el sentido de su seguridad.

4. La expresión de estas opiniones del Presidente no significaba falta de conmprensión de la importancia económica, las ventajas morales y los efectos políticos de las fraternales y afectuosas relaciones de los Estados Unidos con los demás países del Nuevo Mundo. El americanismo era un solo interés y debía ser una sola aspiración en todo el Hemisferio. El republicanismo era un interés universal y marchaba hacia un destino único para felicidad o desdicha, más que de América, del Mundo entero. Pero este plan de acción, que difundía dos sentimientos y adelantaba dos intereses, había de ser obra de tiempo, prudencia y paz, no de guerra y conquista [20].

Lincoln había solicitado la acción del Congreso para llegar al reconocimiento de la soberanía de Haití con sincero deseo de establecer relaciones diplomáticas con la república negra de las Antillas. Así, al amparo de la autorización acordada por el Senado y la Cámara de Representantes, nombró el 12 de julio de 1862 Comisionado y Cónsul General de los Estados Unidos en Haití a Benjamín F. Whidden. El sereno y perseverante renovador de las relaciones interamericanas dió de esta manera otro paso adelante, positivamente atrevido en un medio en que incomprensiones y prejuicios raciales luchaban por no desaparecer.

5

La esclavitud de la raza negra había engendrado la idea de la secesión, la que, a su vez, había precipitado la guerra civil. Los leales a la Unión se agigantaban en sus esfuerzos por sostenerla. La abolición de la esclavitud no había sido una causa popular, a despecho del fervor de oradores y escritores

20 DEPARTMENT OF STATE, BUREAU OF ARCHIVES, Wáshington, D. C.: William H. Seward to Charles N. Riotte, July 7, 1862.

enemigos de la condición servil de parte de la población y no obstante el bochorno exhibido en páginas como las de *Uncle Tom's Cabin,* de Harriet Beecher Stowe. La contienda armada sí hizo popular la abolición de la esclavitud[21]. ¿Podía a mediados de 1862 pensarse en acelerarla desde las alturas del poder público? He aquí el más intrincado de los problemas encarados por Lincoln. El Presidente sometió su conducta a importantes hechos y reflexiones.

Por muy arraigada que estuviese en Lincoln la convicción de que había que resolver de una vez por todas aquella vieja cuestión de la casa dividida —la Nación que era mitad libre y mitad esclava—, no podía obrar con independencia, pues no estaba seguro de que sería respaldado por la mayoría de la población y era cierto que sus propios adictos, los adictos a la Unión, discrepaban entre sí acerca de la determinación que procedía tomar. En el juego de las posibilidades presumibles era menester introducir la certidumbre de que la inhumana institución se hallaba herida de muerte. Los pasos del estadista se encaminaron hacia la emancipación gradual por dos medios: a) indemnizaciones a los dueños de esclavos; b) colonizaciones de libertos. Si la guerra continuaba, la esclavitud expiraría por el simple frotamiento que causaba la lucha armada, sin que de aquella quedase nada que representara su valor para los usufructuarios. Por consiguiente, a estos convenía, y convenía a sus pueblos, asegurar indemnizaciones substanciales, en otro caso perdidas, optando por la emancipación gradual, que pondría término a la contienda feral y desviaría hacia sus patrimonios el dinero que el conflicto bélico, de persistir, se tragaría sin retorno alguno. En previsión de graves o insuperables dificultades para la convivencia sobre el mismo suelo de los que hasta entonces eran explotados y explotadores, Lincoln pensó que, siendo fácil adquirir en la América latina abundantes tierras a precios reducidos, en ellas podrían establecerse colonias de libertos, al principio bajo la acción y el estímulo oficiales y luego por la espontánea voluntad de los siervos arrancados a la gleba. Una orden expedida el 22 de julio de 1862 empezó a dar expresión jurídica a tales ideas: los jefes militares de la Unión situados en los Estados Confederados emplearían en trabajos de la defensa federal a personas de la raza africana, pagándoles un razonable salario, y llevarían cuenta de estas personas y de sus

[21] RUDOLF ROCKER, *Las corrientes liberales en los Estados Unidos,* Buenos Aires, 1944, p. 100.

propietarios, a fin de tener en tiempo oportuno base para las correspondientes indemnizaciones [22].

En el verano de 1862 Lincoln vió que las cosas iban de mal en peor. El camino seguido no daba señales de tener salida. La Unión estaba a punto de jugar su última carta y perder el juego si no cambiaba de plan. Entonces el Presidente se resolvió a impulsar la poltica emancipadora. Sin consultar al Gabinete, preparó el borrador de una proclama. Después de meditar mucho reunió el 22 de julio al Consejo de Secretarios. Leyó a sus colaboradores el borrador de la proclama por la cual él, como Comandante en Jefe del Ejército y de la Armada, declaraba libres a partir del 1º de enero de 1863 a todos los esclavos residentes en el Estado o los Estados donde no se aceptase la autoridad constitucional de la Unión [23]. Chase opinó que debía obrarse en términos más fuertes. Blair expresó que lo propuesto haría perder las elecciones de otoño. Seward dijo que aprobaba la medida, pero con la adición de que se pospusiese su promulgación hasta poder presentarla al país apoyada por una gran victoria. Lincoln aceptó lo indicado por Seward [24].

El 25 de julio de 1862 Lincoln expidió una proclama dirigida a los rebeldes. Les exigió que volviesen a la obediencia. Si no deponían las armas, quedarían sujetos a los acuerdos tomados por el Congreso para suprimir insurrecciones, castigar traiciones y tomar y confiscar los bienes de los enemigos [25].

6

La solidaridad americana se exhibía con creciente vigor en los países de habla española del Hemisferio Occidental. Periódicos de las ciudades de Lima, México y La Habana coincidieron a mediados de 1862 en la exaltación de muy perceptibles muestras de fraternidad hemisférica. En el Continente y en las Antillas eran estudiadas de modo detenido e insistente la gravedad y las consecuencias de la invasión de México por tropas francesas. Tal examen descubría el pen-

22 JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. VII, pp. 287-288.

23 *Ibid.,* pp. 289-290.

24 F. B. CARPENTER, *Six months at the White House with Abraham Lincoln,* New York, 1867, pp. 20-22.

25 JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Memorial University, vol. VIII, pp. 291-292.

samiento de propiciar la uniformidad de miras políticas en los gobiernos del Nuevo Mundo para resistir las tentativas antidemocráticas de algunas potencias europeas. Con no disimulada complacencia se daba por consumada la unión moral de los pueblos americanos y se esperaba que la magnitud de los peligros y el apremio de las necesidades hiciesen lo demás [26].

Los países colonizados por España apreciaban en la administración de Lincoln cambios evidenciadores de la eliminación de las ideas y prácticas que durante mucho tiempo habían perturbado su sosiego. Ciertamente, los Estados Unidos no rivalizaban ya con las cortes de Europa en el deseo de satisfacer apetitos de tierras y de dominación con detrimento de la integridad y soberanía de las repúblicas latinoamericanas. Ejemplo concluyente de esta nueva postura de Wáshington fué ofrecido cuando el legado de la Unión en Bogotá rehusó intervenir en la ejecución del proyecto de separar a Panamá de Colombia y convertir el Istmo en un protectorado de los Estados Unidos [27].

En Europa fueron a mediados de 1862 motivo de planes y divergencias los asuntos de la América de habla inglesa. Un representante de los Estados Confederados visitó a Napoleón III, de quien recabó el reconocimiento de la independencia del Sur. El Emperador comunicó instrucciones a su Ministro de Relaciones Exteriores, entonces en Londres, para que explorase el ánimo del gobierno británico respecto de ese grave paso. La Gran Bretaña no se mostró dispuesta a suscitar un rompimiento con Wáshington, aunque en las esferas oficiales imperaban las simpatías hacia el Sur [28]. Frente a la predilección de Pálmerston y la mayor parte de los dirigentes del Reino Unido hacia el Sur se alzaron muchos radicales, principalmente librecambistas, así como los obreros organizados, que tomaron posición definida contra los esclavistas. La actitud de estos trabajadores fué abnegada, porque ellos sufrían de manera grave, más que cualesquiera otros en su país, las consecuencias de la guerra americana, la que, en prolongándose —y se prolongaría evitándose el aplastamiento del Norte—, sumiría en espantosa miseria a quienes ganaban el sustento diario en labores que requerían materias pri-

[26] *El Siglo,* La Habana, Julio 8, 1862.

[27] E. TAYLOR PARKS, *Colombia and the United States. 1765-1934,* Durham, N. C., 1935, p. 225.

[28] EGON CAESAR CONTE CORTI, *Maximiliano y Carlota,* México, 1944,

mas procedentes de la patria de Benjamín Franklin [29]. La fortaleza con que los operarios de las fábricas británicas acompañaron su adhesión al Norte produjo dos efectos utilísimos para la causa de Lincoln: a) evitó el reconocimiento de la soberanía internacional de los Estados Confederados por Londres; b) impresionó y abochornó a las clases acomodadas [30].

La iniciativa de los Estados Unidos de Colombia enderezada a organizar un congreso internacional republicano, integrándolo con plenipotenciarios de América acreditados cerca del gobierno de Wáshington, fué estudiada de manera concienzuda por Costa Rica. El Secretario de Relaciones Exteriores de Costa Rica, Francisco M. Iglesias, contestó en 14 de agosto de 1862 el despacho de su colega colombiano. Costa Rica opinó que la conferencia debía celebrarse en Panamá. En lo tocante a la idea de reunirla en Wáshington y de hacer participar en ella a los Estados Unidos de América, el gabinete de San José se habría manifestado conforme con el pensamiento expresado por el de Bogotá si se hubiese tratado de intereses hemisféricos en su lata acepción o, dicho en términos más precisos, si se hubiera procurado solamente prevenir agresiones de Europa contra América. Pero existían otros riesgos para las débiles naciones latinoamericanas, para sociedades e instituciones a medio consolidarse, para razas tenidas por inferiores. No siempre regían los destinos de la Unión —así habló Iglesias— hombres moderados, justos y probos, como los que formaban la administración de Lincoln: en la gran república había partidos cuyas doctrinas podían ser fatales para los mal seguros países de la América latina [31]. Las advertencias de Costa Rica constituyeron cumplido reconocimiento de la buena política interamericana ensayada por Lincoln.

La América latina entró en el universo de las ideas de Lincoln acerca de las soluciones que demandaba el problema racial de la Unión. Él había expresado la posibilidad de coordinar la emancipación gradual de los esclavos y el establecimiento de éstos en tierras de clima a ellos propicio [32]. En conformidad con tal iniciativa, el Congreso autorizó al Presidente: a) para proveer a la instalación y colonización fuera

[29] K. MARX-F. ENGELS, *Correspondance,* Paris, 1933, vol. VII, p. 10.

[30] ARTHUR BRYANT, *English Saga,* London, 1940, p. 188.

[31] ALBERTO ULLOA, *Congresos Americanos de Lima,* Lima, 1938, vol. I, pp. 685-686. (*Archivo Diplomático del Perú*).

[32] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. VII, pp. 49-50.

de las fronteras de los Estados Unidos de gente de color emancipada por efecto de disposiciones legales y que se hallase en actitud de emigrar; b) para sufragar hasta determinado límite los gastos de instalación y colonización de personas de raza africana que deseasen trasladarse a Haití, Liberia u otro paraje extranjero. A la ejecución del plan así echado a andar se refirió Lincoln en el discurso que dirigió el 14 de agosto de 1862 a una diputación de hombres de color. El país que entonces consideraba adecuado para una colonia se encontraba en la América del Centro, más cerca de la Unión que Liberia, a unos siete días de navegación desde los Estados Unidos, sobre una importante línea de tráfico entre el Atlántico o el Caribe y el Pacífico [33].

7

La acción del Presidente y la del Congreso en relación con la esclavitud de la raza negra se desarrollaban bajo el anhelo de llegar a su extinción. Ideas del Jefe del Ejecutivo y medidas adoptadas por el Poder Legislativo confluían en el propósito de extirpar la condición servil de parte de la población de los Estados Unidos. Intenciones y palabras de Lincoln daban vueltas a la necesidad de eliminar aquella gangrena social. Sin embargo, su prudencia —no mayor que su voluntad de asestar el golpe de gracia a la esclavitud— no era bien comprendida por los radicales de su propio partido. Por los inconformes con la política presidencial habló Horace Greeley cuando publicó en *The New York Tribune,* el 20 de agosto de 1862, *The Prayer of Twenty Millions.* Esta oración de millones, destinada a Lincoln, lo acusó de no cumplir en debida forma las resoluciones legislativas sobre emancipación. Greeley dijo que la causa de la Unión había sufrido y sufría inmensamente por la errónea deferencia del Presidente hacia los rebeldes esclavistas [34].

La severa imputación firmada por Greeley sacudió el espíritu del estadista. Y el estadista contestó sin demora al autor de *The Prayer of Twenty Millions.* Quería salvar la Unión, y quería salvarla por el camino más corto dentro de la Constitución. Cuanto antes pudiera restaurarse la autoridad na-

33 *Ibid.,* vol. VIII, p. 6.

34 WILLIAM SPENCE ROBERTSON, *América Contemporánea* en RICARDO LEVENE, *Historia de América,* Buenos Aires, 1941, vol. XII, p. 173.

cional más próxima estaría la Unión de lo que había sido. Si había quienes no aspiraban a salvar la Unión sin acabar con la esclavitud simultáneamente, él no se hallaba de acuerdo con ellos. Su objetivo fundamental en aquella lucha consistía en salvar la Unión, y no en salvar o destruir la esclavitud. Si podía salvar la Unión sin emancipar un solo esclavo, lo haría. Si podía salvarla emancipando los esclavos, lo haría. Si podía salvarla emancipando algunos y dejando otros como estaban, lo haría. Lo que hacía respecto de la esclavitud y la raza de color era fruto de la creencia de que ayudaba a salvar la Unión. Cuando se abstenía de ejecutar algo procedía así por no encontrarse seguro de que su trabajo podía contribuir a salvar la Unión. Haría menos siempre que creyese que esto servía mejor a la causa. Trataría de corregir errores en demostrándosele que existían. Adoptaría nuevas ideas tan pronto como apareciese que eran verdaderas ideas. De esta manera fijaba su propósito en armonía con su deber oficial. No pretendía modificar en forma alguna su deseo personal, tantas veces expresado, de que todos los hombres y en todas partes fuesen libres [35].

La respuesta de Lincoln a Greeley estuvo cargada de la innata lógica y la matemática precisión que tanta fuerza deparaban a su palabra. Su deber oficial —deber de estadista y patriota— lo constreñía a salvar la Unión. Su deber moral —deber de cristiano— no le permitía olvidar la infausta suerte de los esclavos. En conciliar ambos deberes se halló su sabiduría. Su paciencia y su superioridad lo acompañaron en la tarea de buscar lo mejor. Se sentía custodio de la Unión, y a esta empresa subordinaba cualesquiera otros empeños. Pero no desertaba de la convicción de que todos los hombres debían ser libres. En su intimidad espiritual, colaborando intensamente corazón y cerebro, vivía con creciente ansiedad la idea de mejorar el Mundo con la abolición de la esclavitud de la raza negra en los Estados Unidos.

El fragor de los combates mantuvo en llamas el mes de agosto de 1862. La Unión ganó y perdió batallas de la mayor importancia. La sangre corrió en abundancia. Miles de soldados y valientes generales del Norte sucumbieron frente al enemigo. El ejército de Virginia necesitó atrincherarse en las inmediaciones de la capital federal.

Bull Run era un nombre geográfico que había adquiri-

[35] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Memorial University, vol. VIII, pp. 15-16.

do singular categoría histórica en la guerra civil con motivo de la derrota allí sufrida por las armas de la Unión. Un nuevo descalabro recibieron en Bull Run los federales a fines de agosto de 1862. Esta vez el suceso adverso tuvo una grave consecuencia político-social: frustró la ocasión esperada por Lincoln —la ocasión de una victoria militar de su causa— para dar expresión jurídica a la idea de asestar un fuerte golpe a la esclavitud de la gente de color.

Los triunfos de los Estados Confederados en agosto de 1862 sirvieron en Cuba para delimitar con toda exactitud los campos en que se hallaba situada la opinión pública. El representante del Sur en La Habana recibió pruebas de la predilección del Capitán General de la Isla por los enemigos de la Unión y pudo cerciorarse de que Serrano andaba acompañado de sus paisanos residentes en la Colonia en el cultivo de ese sentimiento. En Cuba se tornaban caudalosas dos corrientes contrarias: la de los españoles, que veían como propios los intereses de los confederados, y la de los hijos del país, que admiraban en la acción de Lincoln la aurora de tiempos mejores para los amadores de la libertad humana [36].

Las complicaciones internacionales mantenían a Lincoln en constante vigilancia por el peligro que encerraban para la causa del Norte. El presidente escuchaba las opiniones ajenas y las relacionaba con las suyas. En septiembre de 1862 el Encargado de Negocios de México se valió de un amigo para hacer llegar a Lincoln su parecer sobre los planes de Francia. Romero pensaba que Napoleón III, en logrando triunfar de Juárez, emplearía contra los Estados Unidos los formidables elementos acumulados por los invasores de México. Una alianza del Emperador con el Sur, para humillar al Norte, era de temer [37]. Estas sospechas habían ocupado la mente de Lincoln, pero tuvo que aumentar su inquietud el hecho de que el representante diplomático del gobierno de Juárez discurría en torno a la presunción de que las ambiciones monárquicas se sobrepondrían en México a los intereses republicanos.

[36] HERMINIO PORTELL VILÁ, *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España,* La Habana, 1939, vol. II, p. 148.

[37] [MATÍAS ROMERO], *Correspondencia de la Legacion Mexicana en Washington durante la intervención extranjera, 1860-1868,* México, 1870. vol. II, p. 396.

En septiembre de 1862 fué rudo el encuentro de las armas que combatían y defendían la subsistencia del pacto federal. Las tropas de Lee invadieron a Maryland y las de Stonewall Jackson tomaron a Harper's Ferry para los confederados. La Unión obtuvo victorias resonantes en el propio Maryland y en Mississippi.

Lincoln aguardaba desde el mes de julio la oportunidad de exaltar un triunfo militar de la Unión con el anuncio de la libertad de los esclavos de los Estados rebeldes. Había dejado en barbecho la minuta de la proclama propuesta a su Consejo de Secretarios, aunque de cuando en cuando, mientras vigilaba los acontecimientos, le añadía o quitaba algo, la retocaba aquí o allí. Llegó la semana de la batalla de Antietam, en Maryland. En las inmediaciones de Wáshington, a tres millas de la ciudad, Lincoln recibió la noticia de que la ventaja se hallaba de parte de la Unión. Se sintió abrasado por memorias que eran parte de su existencia misma. Recordó los buques llenos de seres encadenados. Los mercaderes de carne humana y aquella infamia que juntaba en un saldo comercial tres vacas, dos caballos, cuatro cerdos, diez esclavos y un arado [38]. Quiso cumplir el voto solemne, hecho ante Dios y confirmado en presencia de sus máximos colaboradores oficiales, de celebrar con un acto de misericordia la esperanza de que la Unión no perecería [39]. Sin moverse de aquel paraje tomó de nuevo y puso en limpio el borrador de la proclama. Regresó el sábado a la Casa Blanca. El Gabinete adoptó y autorizó la publicación del documento con la sola añadidura del verbo mantener en el lugar donde el Presidente había fijado la obligación de reconocer la libertad de las personas elevadas de objetos a sujetos de derecho [40]. Esta magna carta de emancipación fué dada, para enseñanza y beneficio de los hombres, el 22 de septiembre, a los mil ochocientos sesenta y dos años de Jesucristo y ochenta y siete de la independencia de los Estados Unidos de América.

La proclama de emancipación comprendió la ratificación de medidas en ejecución y el anuncio de otras de inusitada naturaleza. Su autor obró como Presidente de los Estados Uni-

[38] HENDRIK VAN LOON, *The Story of America,* New York, 1942, pp. 336-370.

[39] F. B. CARPENTER, *Six months at White House with Abraham Lincoln,* New York, 1867, p. 90.

[40] *Ibid.,* pp. 22-23.

dos y Comandante en Jefe del Ejército y de la Armada. Su contenido fué claro: a) la Unión proseguiría la guerra a fin de reanudar prácticamente las relaciones constitucionales entre los Estados Unidos y el pueblos que los formaban en aquellos parajes de la Nación en que tales relaciones se hallasen o pudieran hallarse suspendidas o perturbadas; b) el Jefe del Ejecutivo recomendaría de nuevo al Congreso la adopción de leyes por las cuales la Unión podría ofrecer ayuda pecuniaria a los Estados con esclavos que no se encontrasen en rebeldía contra los Estados Unidos y que voluntariamente hubiesen acordado o acordasen la inmediata o gradual abolición de la esclavitud dentro de sus respectivos límites; c) la Unión continuaría el esfuerzo para fundar con personas de raza africana colonias en América o en cualquier otra parte, siempre con el consentimiento de esas personas y el del gobierno del país elegido; d) a partir del 1º de enero de 1863 todos los esclavos existentes en un Estado en guerra contra la Unión quedarían libres; e) el Poder Ejecutivo de los Estados Unidos, incluyendo a las autoridades militares y navales, reconocería y mantendría la libertad de tales personas y se abstendría de realizar acto alguno dirigido a reprimirlas en sus esfuerzos por lograr su emancipación. El Presidente fijó reglas para hacer efectiva la liberación de los siervos comprendidos en la proclama y ofreció procurar que los ciudadanos que habían permanecido fieles a los Estados Unidos fuesen compensados por sus pérdidas, sin excluir la de sus esclavos, tan luego como se restableciese el vínculo constitucional entre la Unión y los Estados que lo hubiesen interrumpido [41].

9

Algunas fases fundamentales de la emancipación de la esclavitud dejaron de ser resueltas en la proclama de 22 de septiembre de 1862. Del estado político de los libertados nada se dijo. El tratamiento de la situación de los esclavos que no vivían en las zonas en que la guerra se desarrollaba quedó para otra ocasión. En realidad, en las regiones leales a la Unión y en las dominadas aún por las armas confederadas los esclavos seguían esclavos. Pero la resolución de Lincoln

[41] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. VIII, pp. 36-41.

no fué mal recibida sino por los enemigos de su administración. Los demás, los sedientos de justicia humana, la aplaudieron como un positivo movimiento hacia la abolición de la esclavitud en todos los Estados Unidos [42]. La palabra augusta de Emerson advirtió que el Ejecutivo de la Unión se colocaba por primera vez al lado de la libertad. La medida satisfizo a los abolicionistas, fortaleció la inconformidad popular en los Estados Confederados y produjo sentimientos contradictorios entre los habitantes de las comarcas limítrofes [43]. En suma, era menester destruir el dique de la inicua institución, y Lincoln lo destruyó.

En Lincoln pesaba sobremanera el deseo de obrar de acuerdo con las normas constitucionales y legales. Lastimar un derecho del adversario era para él afrontar una situación difícil. Pero una de sus convicciones más arraigadas le permitía discernir perfectamente entre el anhelo de ceñirse a determinado precepto jurídico y la obligación de salvar los intereses colectivos para cuya protección se había adoptado el propio precepto. Bajo el señorío de esta concepción política el Presidente resolvió el 24 de septiembre de 1862 poner coto a la acción de quienes pretendían estorbar el alistamiento de voluntarios y ayudaban aun con peores medios a los rebeldes contra las instituciones de los Estados Unidos: a) dejó a las personas comprendidas en tales casos sujetas a la ley marcial y sometidas a juicio y sanción por cortes o comisiones militares; b) suspendió el privilegio del *Habeas Corpus* para toda persona arrestada en algún fuerte, campamento o prisión por orden de autoridad militar o por sentencia de corte militar [44]. Nadie pudo esperar que tan enérgica medida no suscitase acres censuras. Lincoln se atenía a los resultados últimos, y los resultados últimos debían corresponder a la razón del atrevimiento.

Estaba dicho: en las tentativas sobre colonización de territorios extranjeros con negros emigrados de la Unión el Congreso y Lincoln consideraban indispensable la concurrencia de dos consentimientos: el del gobierno del país donde se pretendiese organizar cada colonia y el de los llamados a constituirla. No tardó en surgir la negativa de algunas de las

42. CHARLES A. BEARD AND MARY R. BEARD, *A Basic History of the United States,* New York, 1944, p. 276.

43 NICHOLAS MURRAY BUTLER, *Building the American Nation,* New York, 1939, p. 262.

44 JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. VIII, pp. 41-42.

naciones de América tenidas por adecuadas para recibir a gente de color libre. Las repúblicas de Guatemala, El Salvador, Costa Rica, Nicaragua y Honduras expresaron su oposición a que en territorios de ellas se introdujesen establecimientos de la índole de los indicados [45]. Seward, por encargo del Presidente, eligió otro camino: se dirigió a la Gran Bretaña, Francia y los Países Bajos para expresarles el deseo de entrar en negociaciones acerca del fomento de la población en sus posesiones americanas con personas de oriundez africana recién emancipadas en los Estados Unidos. En Colombia encontró cierto ambiente favorable un norteamericano anheloso de obtener para sí ventajas provenientes de los dineros que el Congreso había concedido a Lincoln para desarrollar los planes de colonización, que iban apareciendo erizados de dificultades [46].

Por vías paralelas avanzaban en 1862 la solidaridad de las repúblicas de América y la emancipación de los esclavos de los Estados Unidos, solidaridad y emancipación en las que Lincoln tenía puestas muy caras ilusiones. Su pensamiento y su acción trabajaron bajo el imperio de amenazas y complicaciones. La política por él concebida para mejorar y dignificar las relaciones entre los Estados Unidos y la América latina alcanzó en 1862 posiciones importantes, como quedó evidenciado en expresiones oficiales y públicas que partieron de países antes ofendidos o recelosos ante la conducta de los rectores de la Unión. Durante meses azarosos ocuparon la mente del estadista las reflexiones determinadas por la necesidad de abolir la esclavitud sin colocar en peligro la subsistencia de la Unión. Una comunidad de repúblicas regida moralmente por el mutuo respeto de todas ellas, sin distinción por el tamaño geográfico o por la composición racial, armonizaba perfectamente con una nación que iba dejando de ser mitad esclava y mitad libre.

[45] FRANCIS WHARTON, *A Digest of the International Law of the United States,* Wáshington, 1886, vol. I, pp. 38-39.

[46] E. TAYLOR PARKS, *Colombia and the United States. 1765-1934,* Durham, N. C., 1935, pp. 275-277.

Capítulo XIII

UNIÓN Y ABOLICIÓN

...If there is anything which it is the duty of the whole people to never intrust to any hand but their own, that thing is the preservation and perpetuity of their own liberties and institutions.

ABRAHAM LINCOLN.

1

Un día del mes de octubre de 1862 un personaje procedente de Wáshington, después de examinar un campamento militar de la Unión, se dirigió con su comitiva hacia un antiguo almacén de granos dedicado a hospital de heridos de la Confederación. Allí se exhibían las tristes escenas dejadas por las batallas. El primate paseó su vista, con emoción, por todos lados. Su melancólica mirada reflejaba íntimo dolor. Dejó escuchar su voz a los inutilizados combatientes, vencidos en los campos de pelea por las armas que defendían la causa que él representaba. Les expresó que, si ellos no se negaban, él tendría el mayor placer en estrechar sus manos. Explicó que ineludibles obligaciones compelían al Norte a proseguir la guerra que tantas víctimas devoraba en ambas partes. Aunque ellos fuesen sus enemigos por la fuerza irresistible de las circunstancias, él no les guardaba rencor y les daría su diestra con la simpatía y la buena voluntad de un hermano. Hubo un breve e impresionante silencio. Los que podían andar se acercaron a quien les acababa de hablar y calladamente apretaron entre sus dedos los de él. Los incapacitados para levantarse no quedaron excluídos de aquel contacto: el visitante recorrió las camas en que yacían y los consoló con el ofrecimiento de que procuraría mejorar su situación y disminuir sus sufrimientos. El raro encuentro terminó en forma conmovedora: todos los lastimados lloraron. El personaje proceden-

te de Wáshington que suscitó tamaño sacudimiento espiritual era el Presidente de los Estados Unidos. Los desangrados defensores de la secesión allí concentrados no vieron ya en Lincoln a un adversario: vieron a un varón misericordioso, digno de respeto y amor fraternales.

El estadista que se acercaba y consolaba a los tristes era hombre, de la clase no numerosa que señaló Lucio Anneo Séneca, nacido para levantarse sobre las cosas terrenas. Miraba con tranquilidad los dolores, las pérdidas, las heridas, las llagas y los grandes movimientos que bramaban en torno suyo. Recibía plácidamente las cosas adversas y con moderación las prósperas, sin rendirse con aquéllas ni desvanecerse con éstas. Quería reconstruir la Unión y asegurar la libertad de todos sus habitantes, y una de sus armas favoritas era la caridad.

El conocimiento de sucesos como el de la visita de Lincoln a un hospital de heridos confederados no quedaba limitado a la América de habla inglesa. Por la otra América, por la América latina, ese conocimiento circulaba y era motivo de reflexiones y comentarios de elevado valor moral. Se señalaba la conducta del Presidente, despojado de odios en medio del tronar de fusiles y cañones, como prenuncio de una real convivencia humana. Esta alborada de paz, con perdón y olvido de inmensos agravios, estaba llamada a alcanzar a todos: a los integrantes de la Unión que sería reconstruída y a los demás pueblos del Hemisferio Occidental, por cuya mejor comprensión se trabajaba en la Casa Blanca. La reproducción de relatos acerca de generosas actitudes del máximo magistrado exaltaba su personalidad y su ideario [1].

Los países de la América latina seguían recibiendo del gabinete de Wáshington muestras de un vigoroso espíritu de conciliación. En octubre de 1862 llegó su turno al Ecuador. Entre esta república y la Unión existían viejas diferencias, de las que eran aceda expresión numerosas reclamaciones establecidas por ciudadanos de los Estados Unidos ante el gobierno de Quito. Para negociar una convención que pusiese término a tales demandas, que entorpecían la amistad de las dos naciones, Lincoln confirió amplio poder a su Ministro en el Ecuador, Frederick Hassaurek, a quien, además, Seward envió, a fin de que le sirviesen de pauta, copias de los instrumentos que contenían los arreglos a que la Unión había llegado con Nueva Granada y Costa Rica para eliminar di-

[1] *El Siglo,* La Habana, Octubre 30, 1862.

ficultades análogas a las que motivaban aquel especial encargo [2]. El Presidente del Ecuador había expresado a Hassaurek su gratitud hacia la Unión por el espíritu liberal de la iniciativa encaminada a crear una comisión conjunta para llegar a un satisfactorio acuerdo sobre las aludidas reclamaciones [3].

2

En las aguas de Cuba y en las limítrofes los barcos de la Confederación traficaban de modo que el bloqueo decretado por Lincoln contra el Sur era violado con demasiada frecuencia. La acción de la armada de los Estados Nnidos se dejó sentír en las cercanías de la Isla. Un día el jefe de las fuerzas navales norteamericanas que cruzaban a la vista de Cuba expresó que la jurisdicción marítima de España en esta Antilla no exceda de tres millas. El Ministro de Isabel II en Wáshington, en nota dirigida al Secretario de Estado el 8 de octubre de 1862, expuso razones contrarias a la aceptación de la jurisdicción de tres millas. Manifestó que su gobierno la tenía fijada en seis en mar abierto, conforme a reglas del Derecho Internacional y a principios que cada nación había modificado a su arbitrio. Recordó que entre España y los Estados Unidos no existía tratado alguno restrictivo de tal jurisdicción. Y significó la esperanza de que la Unión hiciese entender a los jefes de sus fuerzas navales en el Golfo de México que la zona jurisdiccional de Cuba se extendía a seis millas en mar abierto y que solamente fuera de ese límite les era dado ejercer actos de que no pudiese conocer la autoridad española [4]. Seward consideró que las cuestiones que apuntaba García Tassara eran importantes y de no fácil solución. Además de someter el asunto a examen en su Departamento, quiso conocer la opinión del Secretario de la Marina, Gideon Welles [5]. Hasta enojo experimentó Welles por haber entrado Seward en el terreno de la discusión con motivo de la representación de García Tassara. Su juicio se relacionó con la necesidad indeclinable de no desatender la defensa de la Unión.

[2] DEPARMENT OF STATE, BUREAU OF ARCHIVES, Wáshington, D. C.: William H. Seward to Frederick Hassaurek, October 10, 1862.

[3] *Ibid.*: Frederick Hassaurek to Minister of Exterior Relations of Ecuador, November 6, 1862.

[4] *Ibid.*: Gabriel G. Tassara to William H. Seward, October 8, 1862.

[5] GIDEON WELLES, *Lincoln and Seward,* New York, 1874, pp. 168-169.

Ensanchar la jurisdicción marítima de España en Cuba sería ayudar y alentar a los que él llamó malhechores, empeñados en causar daños y perjuicios a un pueblo, el pueblo de los Estados Unidos, en desgracia [6]. La controversia así suscitada por García Tassara debía de producir extremas desazones. Era improcedente suponer que aquello no iba a pasar de una protesta y la consiguiente contestación, puesto que se conocían de sobra la predilección de los funcionarios hispánicos que imperaban en Cuba hacia la Confederación y el vital interés que para la Unión entrañaba la persecución de sus enemigos aun lejos de sus fronteras.

Las dificultades presumibles por haber entrado Seward a discutir con García Tassara sobre la jurisdicción marítima de España en Cuba ¿tuvieron algo que ver con exceso de facultades en el Secretario de Estado? Los mal informados pudieron suponer que Lincoln dejaba proceder libremente a Seward y no participaba en el tratamiento de los asuntos exteriores. Nada estuvo más lejos de la verdad que tal presunción.

Las relaciones de Lincoln con los diplomáticos acreditatos cerca de él no se limitaron a los actos sociales celebrados en la Casa Blanca. El Presidente procuraba mantenerse en contacto con todos los núcleos humanos que lo rodeaban, desde el formado por simples ciudadanos que le deparaba baños de opinión pública hasta el constituído por los jefes de las misiones extranjeras establecidas en Wáshington. Estos tenían entrada franca en el despacho presidencial, y el alto magistrado favoreció con su sencilla manera de ser y obrar la recíproca comunicación de noticias, impresiones y juicios hasta extremos sin precedentes en la Unión [7]. La innovación, que no era del agrado de Seward, generaba el prodigio de que uno de los más llanos gobernantes se condujese como un soberano habituado desde mucho tiempo atrás a conducir con destreza conversaciones y negociaciones internacionales de la mayor trascendencia.

Lo de la jurisdicción marítima de España en Cuba excitó las pasiones en Madrid y agrió las relaciones de la corte hispánica con Wáshington. El hecho de haber apresado, incendiado y destruído el crucero norteamericano *Montgomery* un buque mercante con bandera británica en la playa de Mariano, muy cerca de La Habana, llevó al gabinete de Isabel II

[6] *Ibid.*, pp. 169-171.
[7] D. F. SARMIENTO, *Obras*, Buenos Aires, 1902, vol. LII, p. 212.

a adoptar actitudes enérgicas [8]. Toda complicación en la política exterior, mayormente si efectuaba los intereses de la Unión, se reflejaba en los valores morales conducidos por Lincoln y en los sentimientos que la guerra civil alimentaba en la parte latina del Hemisferio Occidental.

México había autorizado la admisión de los buques confederados en sus puertos [9]. Esta medida lesionaba los intereses defendidos por Lincoln. Pero más nociva para el Norte era la ventaja que el Sur sacaba del tráfico con el exterior a través de Matamoros, un punto geográfico del que la Unión no podía apartar la atención. En octubre de 1862 llegaron a reunirse en Matamoros, cargando algodón procedente de los Estados Confederados, dieciocho barcos mercantes, en su mayor parte británicos. El suceso produjo extraordinaria excitación en Wáshington. Lincoln debió de admitir en seguida la urgencia de ocupar con fuerzas de los Estados Unidos la ribera izquierda del Bravo. Alguien, oficiosamente, preguntó al encargado de Negocios de México en la Unión si su gobierno consentiría en que tropas norteamericanas pasasen también a la orilla derecha del río. La idea era peligrosa para las buenas relaciones entre las dos naciones limítrofes [10].

3

La porción de Cuba integrada por los hijos del país, republicanos y anexionistas, blancos y negros, sentía cada vez más próximos sus intereses y aspiraciones a los de la causa encabezada por Lincoln. La contienda armada entre el Norte y el Sur reencendía semana tras semana las simpatías criollas hacia la subsistencia de la Unión, elevada al rango de cuestión nacional en la Isla. La gente de color de La Habana —no sin inquietud para las autoridades coloniales— acudía a los muelles para esperar las noticias relativas al desarrollo de la guerra. En octubre de 1862 negros cubanos exaltaban a Lincoln en sus cantos:

[8] JERONIMO BÉCKER, *Historia de las relaciones exteriores de España durante el siglo XIX,* Madrid, 1624, vol. II, pp. 597-600.

[9] [MATÍAS ROMERO], *Correspondencia de la Legacion Mexicana en Wáshington durante la intervención extranjera. 1860-186*8, México, 1870, vol. I, p. 821.

[10] *Ibid.,* vol. II, p. 543.

...Avanza, Lincoln, avanza:
Tú eres nuestra esperanza... [11]

En Wáshington mereció plena aprobación la conducta observada por el Ministro de los Estados Unidos en Colombia al negarse a tomar parte en el proyecto de separación de Panamá sobre la base de hacer del Istmo una dependencia de la Unión. Seward trasmitió a Burton expresiones terminantes. Lincoln no sabía ni se detenía a indagar cuáles podrían ser las influencias que se desarrollarían en relación con aquel designio. Su gobierno obraba sin conexión alguna con manejos como el indicado, y no se mezclaba ni se mezclaría en las cuestiones de política interna de Colombia [12].

La trascendencia de la proclama de emancipación dada por Lincoln fué apreciada en forma varia por los observadores foráneos, muy en armonía con las ideas y los intereses de cada cual. Las más opuestas tendencias se manifestaron en torno a la obra del estadista que libertaba a esclavos en masa.

Periódicos de Londres, Liverpool y Mánchester, que opinaban por las clases gobernantes, los banqueros, los literatos, los rentistas, los tejedores de algodón y los comerciantes en general, criticaron de manera acerba a Lincoln. Llegó a escribirse que el Presidente asumía ilegal y traidoramente una parte exorbitante de la autoridad federal y convertía el Poder Ejecutivo en usurpador y malhechor en sus relaciones con los diferentes Estados. Estos detractores de Lincoln, aun admitiendo que él hubiese sido influído por motivos de filantropía, le imputaron actos de tiranía. Se dijo que la postura de un gobierno que anunciaba un golpe de Estado que debía efectuarse tres meses después era más que ridícula: era lastimosa. El primer magistrado de la Unión fué objeto de las peores diatribas de la gente acomodada del Reino Unido.

El pensamiento extranjero no sujeto a la política oficial de las potencias europeas ni a las ambiciones de grupos apreció con exactitud la importancia de la medida adoptada por el Poder Ejecutivo de la Unión. La proclama emancipadora encerraba no menos valor como síntoma que como hecho: cubría una etapa del camino hacia la total liberación. El furor que había desatado en el Sur la magna carta de Lincoln probaba su trascendencia. Los actos del emancipador podían

11 HERMINIO PORTELL VILÁ, *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España,* La Habana, 1939, vol. II, p. 170.

12 DEPARTMENT OF STATE, BUREAU OF ARCHIVES, Wáshington, D. C.: William H. Seward to Allan A. Burton, October 28, 1862.

parecer condiciones pequeñas y complicadas presentadas por un procurador al procurador de la parte contraria. Pero esto no impedía admirar su fondo histórico [13]. Lincoln ocupaba ya la posición privativa de un reposado y sereno enemigo de la esclavitud, maestro en el arte dificilísimo de responder a todas las exigencias del ministerio que había asumido [14].

De cuando en cuando la ajena ambición ponía a prueba los principios del alto magistrado. Conocido su deseo de colonizar con negros recién emancipados regiones de América fuera de las fronteras de los Estados Unidos, se le presentaban proyectos al parecer adecuados a sus propósitos. El senador Samuel C. Pomeroy, de Kansas, le propuso la compra de una porción de tierra en la América del Centro. Dos naciones pretendían tener soberanía sobre el aludido suelo. Pomeroy llevó a la Casa Blanca escrituras y planos. El Presidente se puso los espejuelos y examinó todo aquello con el cuidado privativo de un viejo abogado. Pero había algo más importante que unos títulos de dominio. La rectitud de su conducta lo llevó a sopesar las consecuencias de la adquisición de un inmueble que constituía casi un bien litigioso entre dos repúblicas americanas. Y optó por abstenerse de realizar un acto que podría dar ocasión a que se le considerase continuador de los compatriotas suyos que tantos estragos habían causado en las relaciones de la Unión con los pueblos del resto del Hemisferio Occidental [15].

La suerte de las armas oscilaba de continuo entre el Norte y el Sur. A fines de octubre y principios de noviembre de 1862 sobrevinieron acontecimientos de carácter militar causantes de conmociones públicas. No fué tranquilizador para los federales que el enemigo lograse un valioso botín en Pennsylvania. Ni se halló destinada a producir sosiego entre los leales a la Unión la noticia de que A. F. Burnside había reemplazado a McClellan en lugares de peligro para la seguridad nacional. La remoción de McClellan se calificó de acto reprobable, y la censura recayó principalmente en Lincoln, tachado de desconocedor de la ciencia y el arte de guerrear y tenido por inexperto político [16].

[13] K. MARX-F. ENGELS, *Correspondance,* Paris, 1933, vol. VII, pp. 160-162.

[14] JOSÉ MARTÍ, *Escenas Norteamericanas,* La Habana, 1941, vol. IV, p. 127.

[15] JAY MONAGHAN, *Diplomat in Carpet Slippers. Abraham Lincoln deals with Foreign Affairs,* Indianapolis - New York, 1945, p. 253.

[16] D. F. SARMIENTO, *Vida de Abran Lincoln,* Nueva York, 1866, p. 185.

Contra el tenor de los instrucciones recibidas al partir hacia Caracas, el Ministro de los Estados Unidos en Venezuela, Erastus D. Culver, entró en relaciones con el gobierno presidido por José Antonio Páez. Lincoln desaprobó la conducta de Culver, y Seward dió las razones de la actitud del Presidente. El Presidente negaba el reconocimiento al régimen de Páez no por considerar que el que le hacía oposición fuese el legítimo gobierno de Venezuela, sino porque insistía en el deseo de no intervenir en forma alguna en las discordias intestinas de las potencias amigas. Reconocer a uno cualquiera de los dos gobiernos que dentro de un país se disputaban por medios revolucionarios la representación nacional era dar al agraciado una fuerza moral constitutiva de un innegable acto de ingerencia. Con arreglo a las ideas de Lincoln, procedía esperar con paciencia el desenvolvimiento de los sucesos, y, en definitiva, reconocer, de los dos gobiernos, al que triunfase completamente del otro [17]. Esta doctrina podía parecer sostenida por el gabinete de Lincoln, como creyó el Encargado de Negocios de México en Wáshington, con el propósito de que las naciones europeas se atemperasen a ella en sus determinaciones respecto de los insurrectos del Sur [18]. Sin embargo, era innegable que obedecía a convicciones de Lincoln anteriores y superiores a las complejidades de la guerra civil.

4

El otoño de 1862 tenía reservados graves reveses y amarguras a Lincoln. Se le acusaba de ser el máximo responsable del fracaso de la campaña peninsular. Se le atribuía el haber desviado el prístino objetivo de la guerra, puesto que no se luchaba para salvar la Unión, sino para emancipar a la raza negra. Se le culpaba de conducir al país a un insoportable cansancio. Se aprovechaba todo ese cúmulo de imputaciones para concitar a los electores a que votasen por candidatos desafectos a los propósitos de la Casa Blanca. El Presidente llegó con tan enorme carga al 1º de diciembre de 1862, día en que presentó al Congreso su mensaje anual. Por medio de este documento emitió expresiones trascendentales:

17 DEPARTMENT OF STATE, BUREAU OF ARCHIVES, Wáshington, D. C.: William H. Seward to Erastus D. Culver, November 19, 1862.

18 [MATÍAS ROMERO], *Correspondencia de la Legacion Mexicana en Wáshington durante la intervención extranjera.* 1860-1868, México, 1870, vol. II, p. 589.

1. La guerra había creado alarmas y excitado ambiciones, generadoras de una profunda agitación por todo el Mundo. Sin embargo, el gobierno de la Unión se había abstenido de participar en controversias de otras naciones y a promediar entre bandos de las mismas, dejando a cada una la responsabilidad de su conducta y el manejo de sus negocios.

2. Durante los últimos meses no sólo no se había producido cambio alguno en las relaciones entre los Estados Unidos y las demás naciones de América, sino que habían florecido sentimientos más amistosos que los preexistentes en los pueblos vecinos, cuyos adelantos y seguridad se encontraban tan íntimamente ligados a los de la Unión. Tal observación era especialmente aplicable a México, Nicaragua, Costa Rica, Honduras, Perú y Chile.

3. Había que adoptar una política capaz de terminar la guerra. A la abolición total de la esclavitud podía llegarse por dos vías: a) reconociendo la libertad de todos los esclavos que la hubiesen obtenido o la obtuvieran por accidentes de la guerra; b) ayudando pecuniariamente la Unión a los Estados en la tarea de abolir la esclavitud de manera inmediata o gradual. En el primer caso se hallaban comprendidos los siervos a que se refería la proclama de 22 de septiembre de 1862. El presidente solicitó del Congreso que aprobase las indicadas formas de liberación como una enmienda a la Constitución de los Estados Unidos.

4. Seguía vigente el plan de colonizar con personas libres de color, mediante su consentimiento, cualesquiera regiones fuera de los Estados Unidos. La raíz de este tipo de colonización se hallaba en una objeción a la permanencia de aquellas personas en la Unión: se insistía en que su presencia perjudicaría y trastornaría el trabajo. En épocas como la que corría ningún hombre debía proferir expresión alguna de que no pudiese ser responsable ante la posteridad. El Presidente consideraba imaginaria, y hasta maliciosa, aquella objeción. Pero era innegable que la reducción de la cantidad del trabajo hecho por los negros merced a la voluntaria emigración de éstos aumentaría la demanda de obreros y la adecuada cuantía de sus salarios.

5. Muchos libertos habían solicitado que fuese favorecida su emigración con fines colonizadores. Algunos ciudadanos habían manifestado el deseo de protegerla, movidos por interés, patriotismo o filantropía. Pero varias repúblicas hispanoamericanas habían protestado contra la proyectada medida en cuanto pudiese afectarlas y las personas de color inclinadas a

la emigración no parecían dispuestas a trasladarse a Liberia o Haití, únicos países donde con certeza serían recibidas y admitidas en el pleno goce de los derechos civiles y políticos. Sólo un cambio de opinión abriría paso al ideado movimiento de libertos hacia el exterior.

6. La Unión se componía de su territorio, sus habitantes y sus leyes. El territorio era la única parte durable. Se sucederían las generaciones, pero el territorio estaría presente siempre. Deber de la mayor importancia era estimar esta porción perpetua de la Nación.

7. Sólo por el concierto de sus componentes triunfaría la Nación. Los dogmas del tranquilo pasado eran inadecuados para la época de la guerra. Como este caso era nuevo, era menester pensar y actuar de nuevo. En librándose el hombre, se libraría el país. Los ciudadanos que llevaban encima la responsabilidad de semejante tarea no podían escapar a la Historia. Dejarían larga memoria, aun a pesar de ellos mismos. Ni el valor ni la intransigencia los eximirían. La terrible prueba por que pasaban iluminaría su honor o su deshonor hasta la última generación. Lincoln y sus seguidores se declaraban defensores de la Unión. El Mundo no olvidaría esta afirmación. Ellos sabían cómo habían de salvar la Unión. El Mundo no ignoraba que ellos sabían cómo iban a salvarla. Los Estados Unidos se salvarían noblemente o perderían miserablemente su última y mejor esperanza. Se encontraban ante una posibilidad llana, pacífica, generosa y justa. Si la aprovechaban, el Mundo los aplaudiría siempre y Dios los alabaría eternamente [19].

El segundo mensaje anual de Lincoln reflejó su equilibrio interior. La ansiedad del alterador alcanzaba tamaños extraordinarios, agrandados por la decisión de extinguir la esclavitud del hombre por el hombre en su país, que él deseaba rehacer en lo político, lo social y lo económico. Sus infinitos anhelos patrióticos y humanos marchaban estrechamente unidos a la paciencia aneja a su temperamento y a su condición de estadista. Con ánimo entero soportó los infaustos días siguientes a la derrota de las tropas federales por las de Lee en Fredericksburg, en Virginia. El mes de diciembre avanzaba entre congojas, afrontadas con estoicismo por aquel que sólo tenía por victorias suyas las que afirmaban la subsistencia de la Unión, con la añadidura de que ésta de-

[19] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. VIII, pp. 93-131.

bía quedar limpia de la abominación inherente al trabajo servil de parte de su población. El año de 1862 expiraba en medio de afligentes zozobras, bien que atenuadas moralmente por la consoladora realidad de que la total emancipación de la gente de color se aproximaba por efecto de un impulso incontenible.

El desastre de Fredericksburg desquició el espíritu de muchos políticos en Wáshington. El Senado, en una reunión extraoficial, acordó recomendar a Lincoln que eliminase del Gabinete a Seward, tenido por responsable de graves reveses nacionales. Tan pronto como el Secretario de Estado conoció el deseo de lo senadores envió su dimisión al Presidente. En una nueva deliberación los miembros de la Alta Cámara modificaron su propia resolución en el sentido de aconsejar al Jefe del Ejecutivo que reorganizase el Gabinete. El Secretario del Tesoro, Salmon P. Chase, renunció inmediatamente después de haber ido a la Casa Blanca la comisión senatorial encargada de comunicar al Presidente el resultado de las conferencias celebradas en el Capitolio. Lincoln escuchó las opiniones de los partidarios de la remoción de sus consejeros constitucionales, y tramitó la crisis ministerial con audiencia de los grupos en pugna. Llamó a los componentes de la mentada comisión senatorial, y habló con ellos a presencia del Gabinete. Como consecuencia de esta entrevista, el Presidente resolvió no aceptar las dimisiones de Seward y Chase, quienes consintieron en retirarlas, y el Gobierno pudo continuar afrontando los embarazos colectivos sin pasar por los radicales cambios que el Senado había juzgado convenientes [20].

5

Lincoln había prohibido la exportación de armas y municiones de guerra. Con referencia a la agresión de Francia contra México, la precaución de la Unión debía mantenerse, acaso más rigurosamente, si la potencia europea pretendía abastecerse en la Unión, siquiera en parte, para llevar adelante sus planes. Sin embargo, los funcionarios norteamericanos incidieron en una grave contradicción: en tanto detenían en Roses Point los pertrechos despachados legalmente hacia el Canadá para que allí fuesen embarcados con destino al go-

20 CARL SANDBURG, *Abraham Lincoln. The War Years,* New York, 1943, vol. I, pp. 636-660.

bierno de Juárez —detención fundada en la creencia de que tal cargamento podía caer en poder de los confederados— accedieron al deseo galo de extraer de los Estados Unidos mulas, carros y forrajes para emplearlos en la empresa de sacar de la zona dominada por la fiebre amarilla a los soldados de Napoleón III transportados a México con la intención de crear un imperio y asignarlo a un príncipe extranjero. El Encargado de Negocios de México en Wáshington protestó contra la actitud propicia a ese abastecimiento [21]. El Secretario de Estado explicó que no estaba proscrita la exportación de carretas y que la república de Juárez, al amparo de los principios generales del Derecho Internacional, no podía quejarse del embarque por Nueva York de las compradas para uso de las tropas francesas en México [22].

El material adquirido en los Estados Unidos para el ejército de Napoleón III situado en México sería utilizado en la obra de combatir a los patriotas que peleaban por su independencia. La razón expuesta por Seward a Romero carecía de valor aceptable, y la administración de Lincoln y la seriedad de su política americana —americana en el sentido más amplio del vocablo— quedaban desdoradas por el error, la torpeza o el miedo que había detrás de la autorización para la discutida exportación. El asunto adquirió en los propios Estados Unidos dimensiones de escándalo. La insistencia y energía con que el representante diplomático de Juárez se opuso al procedimiento que el Secretario de Estado consideraba correcto sólo consiguieron que Seward determinase que por sus colegas de la Guerra y del Tesoro se decidiera cuáles artículos constituían contrabando bélico. En el mejor de los casos, con arreglo a las ideas sobre neutralidad que imperaban en Wáshington en los últimos días de 1862, la Francia agresora y el México agredido serían tratados por la Unión de la misma manera en la satisfacción de sus necesidades [23].

Las diferencias entre Wáshington y Madrid giraban en las postrimerías de 1862 en torno a la jurisdicción marítima de España en Cuba y el asilo que buques hispánicos daban a personas comprometidas en la rebelión contra el gobierno

21 [MATÍAS ROMERO], *Correspondencia de la Legación Mexicana en Wáshington durante la intervención extranjera.* 1860-1868, México, 1870, vol. II, pp. 549-550, 589, 592-593, 655-663.

22 FRANCIS WHARTON, *A Digest of the International Law of the United States,* Wáshington, 1886, vol. III, p. 511.

23 HILARIÓN FRÍAS Y SOTO, *Juárez glorificado y la Intervención y el Imperio ante la verdad histórica,* México, 1905, pp. 211-216.

de los Estados Unidos[24]. Lo segundo no amenazó las buenas relaciones entre ambas potencias. En cambio, lo primero siguió perturbando la serenidad de quienes intervenían en su discusión. Seward contestó el 16 de diciembre la nota de García Tassara de 8 de octubre. El Secretario de Estado cumplió instrucciones del Presidente, de seguro teniendo presente la opinión expresada por el Secretario de la Marina, cuando mantuvo el principio según el cual aquella jurisdicción se hallaba reducida a tres millas. La Unión tenía puntos de vista concretos. Se negaba a admitir que España, sin la formal concurrencia de otras naciones, ejerciese una soberanía absoluta fuera del expresado límite. No negaba poseer un interés temporal —el determinado por la guerra civil— en el mantenimiento de una amplia libertad en los mares, a fin de hacer efectivas sus operaciones navales. No abrigaba resentimiento ni idea de hostilidad contra España. Tampoco alentaba plan alguno adverso a la dominación de España en Cuba. En lo fundamental de la cuestión, en lo que era motivo de la controversia diplomática, no accedía a reconocer la jurisdicción marítima de seis millas a que España aspiraba en Cuba[25]. En Ministro de Isabel II en Wáshington examinó los documentos aducidos por Seward, insistió en que se tomara en consideración su demanda y terminó proponiendo que se iniciase una negociación sobre la base de la igualdad de las respectivas jurisdicciones marítimas[26].

La buena disposición del gobierno de Haití para recibir a los libertos que emigrasen de los Estados Unidos se tradujo en el arrendamiento de la Ile á Vache con destino a una colonia de norteamericanos de color. Dentro de los dos meses siguientes a su arribo, cada uno de ellos declararía su intención de optar por la ciudadanía haitiana. A quinientos ascendió el número de los que debían formar el grupo inicial. El interés de Lincoln por esta solución iba decreciendo frente a los obstáculos con que tropezaba[27].

[24] JERÓNIMO BÉCKER, *Historia de las relaciones exteriores de España durante el siglo XIX*, Madrid, 1924, vol. II, pp. 606-609.

[25] DEPARTMENT OF STATE, BUREAU OF ARCHIVES, Wáshington, D. C.: William H. Seward to Gabriel G. Tassara, December 16, 1862.

[26] *Ibid.*: Gabriel G. Tassara to William H. Seward, December 30, 1862.

[27] RAYFORD W. LOGAN, *The Diplomatic Relations of the United States with Haiti*, Chapel Hill, N. C., 1941, p. 308.

Con el 1º de enero de 1863 advino el plazo que Lincoln se había dado a sí propio en la proclama de 22 de septiembre de 1862 para publicar los nombres de los Estados o de las partes de éstos que se hallasen en abierta rebelión contra el gobierno de la Unión. Los que se encontraban en el previsto caso eran Arkansas, Texas, Louisiana, Mississippi, Alabama, Florida, Georgia, Carolina del Sur, Carolina del Norte y Virginia, con excepción de numerosas parroquias de Louisiana, los cuarenta y ocho condados agrupados bajo la denominación de Virginia Occidental y algunos más. En otra proclama, la expedida el mismo 1º de enero de 1863, Lincoln declaró y ordenó que todos aquellos que se considerasen esclavos en los mencionados Estados, quedaban desde entonces y para siempre libres. Las autoridades civiles y militares de la Unión reconocerían y mantendrían la nueva condición social de estas personas. Los emancipados debían abstenerse de toda violencia, salvo en el caso de tener que defenderse, y se hallaban obligados a trabajar fielmente por jornales razonables. Los aptos serían admitidos al servicio del Gobierno y en las guarniciones de los fuertes, puestos militares, tripulaciones de los buques, estaciones u otros puntos. En favor del acto así ejecutado, que el Presidente creía sinceramente de justicia y amparado por la Constitución, él apeló al juicio de la humanidad invocando la protección del Todopoderoso [28]. La firma que autorizó este documento —la firma del egregio emancipador puesta al pie del magno manuscrito— quedó siendo trasunto de una profunda emoción: letra clara y menuda que trazó, trémula, una mano habituada a promover el bien público y acendrar los valores humanos.

Cuando el Mundo empezaba a conocer la proclama presidencial de 1º de enero de 1863, fuente jurídica de la emancipación de millones de negros en la América de habla inglesa, llegaron a los Estados Unidos las expresiones de simpatía de los obreros de Mánchester, en Inglaterra, hacia la libertadora y humana política de Lincoln, contenidas en una oración y unas resoluciones puestas en el correo en vísperas del año nuevo. El Jefe del Ejecutivo las recibió con no disimulada satisfacción. Le deparaba extraordinaria consolación saber que desde tan lejos se seguía con interés afectivo la marcha de su pronuncia-

[28] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. VIII, pp. 161-164.

miento y de su obra, interés acompañado de privaciones y sacrificios que conmovían al ciudadano de origen humildísimo. Además, sus ideas económicosociales le permitían sentirse muy próximo a quienes ganaban el sustento con las manos. El trabajo era anterior al capital e independiente del mismo. El capital no habría existido sin la previa aparición del trabajo. Muchas de las cosas buenas provenían del trabajo, sin que aprovechasen a aquellos a quienes eran debidas. Semejante fenómeno era injusto e intolerable. En asegurar a cada trabajador el producto íntegro de su tarea veía Lincoln una empresa digna de todo gobierno [29].

El Presidente quiso que los obreros de Mánchester conociesen su gratitud y algunos de sus puntos de vista sobre los graves problemas en cuya apreciación él y ellos coincidían. Por un ineludible estado de necesidad él había asumido la defensa de la Constitución y de la integridad de la Unión. No era siempre potestativo de los gobiernos ensanchar o restringir el alcance de los esfuerzos morales realizados, de concierto con las exigencias y posibilidades políticas, en seguimiento del bien público. En América se conocía y deploraba la magnitud de las privaciones que con motivo de la guerra civil de la Unión padecían los trabajadores de Europa. Vivían engañados los que pensaban que podía ser favorecido por el Viejo Mundo el intento de derribar en el Hemisferio Occidental un régimen y un empeño basados en el señorío de derechos inalienables. Los sufrimientos, la firmeza y las declaraciones de los menestrales de Mánchester entrañaban un ejemplo sublime de heroísmo cristiano, no sobrepujado en ningún país ni ninguna edad: era una enérgica e inspiradora afirmación del poder inherente a la verdad y de la esperanza en el triunfo universal de los principios de justicia, humanidad y libertad [30]

Detrás de la generosa manifestación de simpatía de los obreros ingleses para con el gran libertador de esclavos de América surgieron a ambos lados del Atlántico severos pronunciamientos y extremas actitudes. Acusaciones violentas contra Lincoln, motines y hasta la muerte de indefensos trabajadores negros fueron expresiones del desagrado de los esclavistas de la Unión. Del Ministerio de Negocios Extranjeros de Londres partió un duro análisis de las proclamas emancipadoras: lord

29 RUDOLF ROCKER, *Las corrientes liberales en los Estados Unidos,* Buenos Aires, 1944, pp. 78-79.

30 JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. VIII, pp. 194-197.

John Russell dijo que se había decretado la supresión de las cadenas donde los Estados Unidos no ejercían autoridad y, en cambio, eran consentidas donde la conservaban, además de dejar frustrada la aspiración de los abolicionistas, que querían la libertad total e imparcial de los esclavos, y no una venganza contra sus dueños [31].

7

La situación entre los Estados Unidos de América y los Estados Unidos de Colombia no se había diafanizado aún al comenzar el año de 1863 La Cámara de Representantes de la Unión solicitó del Ejecutivo que expresase las razones por las cuales Manuel Murillo Toro no era admitido por Wáshington como plenipotenciario del gobierno del presidente Tomás C. de Mosquera. Una guerra civil había producido en Colombia todo un enredo respecto de la legación en los Estados Unidos. En el informe que envió a la Cámara —una relación de los legados de Bogotá en Wáshington durante tres lustros— Lincoln dejó ver que no eran imputables a él los hechos originadores de la petición de datos de la Cámara de Representantes [32]. Ciertamente, Lincoln no se negaba por puro capricho a recibir de manera oficial a Murillo Toro, quien, con su presencia en la Unión, apreciaba de cerca la serena y alta política del Jefe del Ejecutivo hacia la América latina.

Las relaciones entre el Encargado de Negocios de México en Wáshington y el gabinete de Lincoln llegaron a peligrosa tensión en enero de 1863. El día 7 Seward rechazó las imputaciones hechas por Romero al gabinete de Lincoln tres semanas antes. El 14 Romero dirigió a Seward una nota por la cual acusó al gobierno de la Unión de parcialidad hacia Francia por el embarque de efectos destinados a las tropas que detentaban parte del territorio de la República. El 17 contestó Seward a Romero para rehusar la continuación de la controversia, convencido, a juicio del diplomático mexicano, de la debilidad de su posición. El 19 Romero informó a Juárez de esta desagradable situación y significó los deseos

31 M. MÁRQUEZ STERLING, *Proceso Histórico de la Enmienda Platt,* La Habana, 1937, vol. I, pp. 427-428.

32 JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. VIII, pp. 188-191.

de suspender su comunicación con Seward y pedir su pasaporte: prefería retirarse a su país y tomar las armas en defensa de su patria antes que seguir en un lugar en que consideraba menospreciados los intereses por él representados [33],

La conducta del gobierno de Lincoln frente al conflicto franco-mexicano a fines de 1862 y comienzos de 1863 no satisfizo las pautas de solidaridad americana que el propio Presidente venía exponiendo desde hacía tiempo. Así lo evidenciaron la actitud radical del Encargado de Negocios de México en Wáshington y las iniciativas del Senado de los Estados Unidos encaminadas a investigar las actividades del Ejecutivo y a declarar que era urgente sostener la Doctrina de Monroe en defensa de la vecina nación [34]. Lincoln continuaba opinando que era improcedente exponer a la Unión a una guerra con Francia, y a esto podía conducir una enérgica demanda contra la intrusión de Bonaparte en México. Pero las dificultades entre el México de Juárez y la administración de Lincoln nada tenían que ver con el peligro de una contienda armada de la naturaleza de aquella que la Unión esquivaba. Al cabo, Juárez se daba por satisfecho con la causa por él simbolizada y demostrando la justicia de su política al mantener el principio de no intervención como una de las primeras obligaciones de los gobiernos en el respeto debido a la libertad de los pueblos y a los derechos nacionales [35].

8

El relevo de McClellan por Burnside no dió el resultado apetecido. A las desazones producidas por la política nacional y la internacional se sumó en enero de 1863 la sensación de inseguridad que daban las armas encargadas de la defensa de la Unión. Burnside dimitió el comando del ejército del Potomac. El 25 de enero Lincoln lo sustituyó con Joseph Hooger. Para el estadista que ocupaba la Casa Blanca la situación era sobremanera angustiosa: deber suyo era conservar la vieja estructura política de los Estados Unidos, llevar adelante el

33 [MATÍAS ROMERO], *Correspondencia de la Legación Mexicana en Wáshington durante la intervención extranjera, 1680-1868*. México, 1870, vol. III, pp. 114-125.

34 JAMES MORTON CALLAHAN, *American Foreign Policy in Mexican Relations*, New York, 1932, p. 289.

35 ANGEL POLA, *Discursos y Manifiestos de Benito Juárez*, México, 1905, p. 84.

reordenamiento social por medio de la extinción de la esclavitud de parte de la población y concebir y desarrollar los planes llamados a colocar a sus tropas bajo jefaturas idóneas para acelerar la victoria.

No era fácil en un país agitado e incendiado con motivo de crueles pugnas entre la raza blanca y la de color eliminar en pocos meses prejuicios arraigados en muchos años. La sociedad de Wáshington, a despecho de hallarse en su seno el gobierno que estaba precipitando la libertad de los negros, albergaba a elementos adversos a la convivencia que Lincoln había querido adelantar reconociendo la independencia de Haití y estableciendo relaciones diplomáticas con la república antillana. El Presidente de Haití, Fabre Geffrard, con conocimiento de los reparos expuestos en el Congreso de la Unión acerca de la posible presencia de un ministro de su país en Wáshington, había encargado a James Redpath, animador de asociaciones antiesclavistas, que expresase su profunda gratitud a Lincoln por el reconocimiento de la nación negra del Caribe y su disposición a no enviar a Wáshington, si tal era el deseo del Jefe del Ejecutivo norteamericano, a un hombre de color como representante diplomático de Haití. Lincoln autorizó a Redpath para decir a Geffrard que él, el Presidente de los Estados Unidos, no rompería su camisa si su colega le mandaba un negro. En febrero de 1863 Ernest Roumain quedó acreditado como Encargado de Negocios de Haití en Wáshington y hondamente agradecido por la forma en que fué acogido en la Casa Blanca. En este tiempo ya Lincoln participaba de la veneración de los haitianos con Charles Sumner, cuyo retrato se hallaba en incontables hogares de Haití [36].

De Ernest Roumain se escribió a poco de su llegada a los Estados Unidos que tenía cara bien formada, tez algo oscura, mejillas radiantes y ojos de belleza criolla. El humorismo no dejó pasar aquella oportunidad sin aprovecharse de ella. La mano de un artista dibujó un banquete diplomático concebido por su fantasía. El Encargado de Negocios de Haití —Su Excelencia Negra, según el observador— aparecía sentado entre la respetable señora de Lincoln y la encantadora señorita Chase. Los puestos destinados al resto del cuerpo diplomático estaban vacíos [37]. Pero había algo más importan-

[36] CARL SANDBURG, *Abraham Lincoln. The War Years,* New York, 1943, vol. I, pp. 578-579.

[37] *Ibid.,* vol. I, p. 579; vol. II, pp. 136-137.

te que esas expresiones: la lección de fraternidad humana ofrecida por el alto y sereno espíritu de Lincoln.

El Presidente de Haití tenía cabal concepto de la trascendencia de las relaciones normales de su gobierno con el de Lincoln. Sabía que ellas iban a impulsar el tráfico mercantil haitianonorteamericano. Pensaba que eran un secreto del futuro las demás consecuencias del nuevo trato debido a la voluntad del Jefe del Ejecutivo de la Unión. El haber salido Haití de una estricta neutralidad respecto de la guerra entre el Norte y el Sur para franquear la acción de la flota de los Estados Unidos fué en marzo de 1863 una de aquellas consecuencias felices, muy acorde con la gratitud de la república negra hacia la poderosa nación que le había tendido su mano y la consideraba su igual en el orden moral [38].

9

La publicación de las notas canjeadas entre Romero y Seward sobre la autorización otorgada a Francia para extraer de los Estados Unidos material bélico con destino a México acentuó el malestar que en los republicanos latinoamericanos producían ciertas actitudes del gobierno de Lincoln. Los inconformes no silenciaron sus juicios. Consideraron violado el Derecho Internacional, olvidadas las previsiones de Monroe, infringidas las relaciones especiales que ligaban a los pueblos de Juárez y Lincoln y cometida una monstruosa inconsecuencia al observar la Unión la misma conducta que tanto se había afeado a la Gran Bretaña. Censuraron al Senado de los Estados Unidos por haber rechazado una iniciativa contraria a la intervención de Francia en México. Deploraron que la contemporización triunfase en Wáshington. Acusaron a los supremos poderes de la Unión de imitar las flaquezas de la Gran Bretaña y España, dejarse llevar por la corriente de los acontecimientos, abandonar la causa de la justicia y comprometer su dignidad por no malquistarse con el señor de Francia. Advirtieron que se necesitaría el reconocimiento de los Estados Confederados por Francia para que Lincoln, Seward y sus seguidores se resolviesen a romper lanzas con el Emperador, cuya audacia pretendía hacer de México la Argelia de América [39].

[38] RAYFORD W. LOGAN, *The Diplomatic Relations of the United States with Haiti. 1776-1891,* Chapel Hill, N. C., 1941, pp. 303-305.

[39] JOSÉ M. IGLESIAS, *Revistas históricas sobre la intervención francesa en México,* México, 1868, vol. I, pp. 429-430.

Por el sur del Hemisferio, en el Brasil, las cosas no tomaban un camino satisfactorio para los intereses de los Estados Unidos. En la primavera de 1863 se multiplicaban los motivos que asistían al gobierno de Wáshington para quejarse de la tolerancia con que el gabinete de Río de Janeiro observaba las actividades de los Estados Confederados en aguas del Brasil [40]. Poco, si algo, significaban para una monarquía los principios de cooperación americana con tanto ahinco auspiciados por Lincoln, ya que en gran parte iban enderezados a incrementar la democracia republicana. Nada de extraño había en que el Imperio, país con esclavos, no se sintiese atraído por la Unión, donde había empezado a extinguirse la servidumbre de la raza africana.

En Wáshington no se desatendía la conveniencia de mantener adecuadamente cubierto todo el servicio exterior de la Unión en el resto de América. De las repúblicas de la América del Centro sólo en El Salvador se echaba de menos hasta principios de abril de 1863 la representación diplomática de los Estados Unidos. El día 16 del expresado mes la designación de Ministro Residente en El Salvador recayó en James R. Partridge. El nombramiento del nuevo legado respondió al propósito de incrementar las relaciones interamericanas en momento en que se hallaba lejos de desaparecer el peligro europeo acuciado por la falta de solidaridad hemisférica durante mucho tiempo y por las dificultades que encaraba la gran potencia que Lincoln se afanaba por conservar entera.

Para Lincoln era difícil a mediados de abril de 1863 saber a ciencia cierta si avanzaba, retrocedía o permanecía estacionario en la compleja e ímproba tarea que hechos y circunstancias ineluctables mantenían sobre sus hombros. En la balanza de sus victorias y reveses materiales y morales había de todo. La suerte vacilaba entre las armas del Norte y las del Sur. La nueva y buena política que el Presidente ensayaba en las relaciones interamericanas sufría el quebranto que denunciaba la falsa posición de los Estados Unidos frente al conflicto francomexicano, puesto que el régimen de Juárez vivía bajo la amenaza de que el mercado norteamericano abasteciese a las tropas de Napoleón III de mucho del material que necesitaban para adelantar su empresa invasora. Las vicisitudes de la guerra civil obligaban al conductor de la Unión a tomar determinaciones que con frecuencia eran censuradas

[40] LAWRENCE F. HILL, *Diplomatic Relations between the United States and Brazil,* Durham, N. C., 1932, p. 152.

con acritud y embarazaban su espíritu. Las proclamas emancipadoras eran tenidas por poco menos que una bendición del Cielo o por una obra de parcialidad y de venganza contra los dueños de esclavos de los Estados rebeldes, opuestos dictámenes que obedecían a las ideas y los sentimientos de quienes los emitían.

Al cabo de dos años de intensa y cruenta lucha, en medio de infinitas congojas, el adalid venido de Springfield a Wáshington encontraba consolación en la fuerza de sus convicciones. Había defendido la Unión por encima de la abolición o de la subsistencia de la esclavitud de los negros, pero ya se encontraba persuadido de que el acabamiento de la inhumana institución precipitaría de consuno el fin de la brega sangrienta y la reconstrucción de los Estados Unidos. Tenía declarado que la Unión se salvaría noblemente o perdería miserablemente su última y mejor esperanza, y se hallaba resuelto a no dejar escapar de las manos de su pueblo las potencias llamadas a preservar la Nación.

Capítulo XIV

PELIGROS DE GUERRA INTERNACIONAL

Although we have failed to induce some of the commercial powers to adopt a desirable melioration of the rigor of maritime war, we have removed all obstructions from the way of this humane reform, except such as are merely of temporary and accidental occurrence.

ABRAHAM LINCOLN.

1

Las grandes cuestiones que mantenían en guerra entre sí a las dos secciones de la América de habla inglesa no cabían en el ámbito de este vasto país. En las actitudes internacionales respecto del Norte y del Sur con frecuencia influían más los intereses que las simpatías por uno u otro de los contendores. Potencias de Europa se aprovechaban de la gravedad del conflicto para satisfacer ambiciones imperialistas en el Hemisferio Occidental. Pueblos de América encaraban el eclipse de su independencia o el peligro de ver negada su libre determinación. La nación que Lincoln se empeñaba en preservar se hallaba en posición especialísima, así para su bien como para su mal, en medio de tan inquietantes novedades.

En el gobierno superior de Cuba había sido sustituído Francisco Serrano por Domingo Dulce. El nuevo máximo funcionario de la Isla quedó aleccionado por su antecesor. Las palabras expresivas de la adhesión de Serrano a los Estados Confederados —alma y corazón con ellos y promesa de influir en Madrid en favor del reconocimiento de la soberanía internacional de los rebeldes— sonaban sin cesar en los oídos de Dulce. No tardó mucho este general en dar motivos para ser tenido por enemigo de la Unión. Sobre ser notoria la inclinación de los representantes de España en Cuba hacia la

Confederación, adquirierón tamaños escandalosos el contrabando de armas y municiones y el tráfico comercial de que se aprovechaba el regimen de Jefferson Davis en la mayor de las Antillas [1]. La corte hispánica reiteraba sus protestas de neutralidad, pero sus agentes en América desarrollaban actividades contrarias a las ideas y determinaciones de Lincoln.

La Unión daba golpes y los recibía en los campos de batalla. En mayo de 1863 su posición mejoraba en regiones tan importantes como las del Mississippi. Los adictos a la causa federal que no flaqueaban ni ante las mayores adversidades observaban que no habían estado errados al depositar su confianza en la serena capacidad de Lincoln en los momentos más difíciles. El Presidente se esforzaba por conducir los negocios públicos, y el principal negocio público era la guerra, sin caer él en la desesperación ni precipitar a la Nación en un desastre irremediable.

Napoleón III solicitó y obtuvo la cooperación de la Gran Bretaña y Austria para llevar al ánimo del emperador de Rusia la conveniencia de mejorar la situación de Polonia. Después, en consideración a las históricas simpatías norteamericanas hacia el infeliz pueblo que tan desesperada y valientemente peleaba por su libertad, recabó el apoyo de los Estados Unidos para aquella alta finalidad. De acuerdo con instrucciones del Presidente, Seward expresó cuáles eran los puntos de vista y conclusiones de su gobierno en el caso de Polonia. Exhibió la opinión de George Wáshington acerca de las alianzas internacionales como una dificultad insuperable para acceder a las pretensiones de los gabinetes de París, Londres y Viena. Aunque el Padre de la Patria había admitido la posibilidad de que llegase un tiempo en que la madurez de sus instituciones permitiría a la Unión participar en las deliberaciones de las potencias extranjeras en provecho del Mundo, en 1863 la política de abstención, por más rigurosa y absoluta que pudiese parecer, pesaba tanto sobre los ciudadanos de los Estados Unidos que éstos no podían separarse de ella sino en ocasión urgente de manifiesta necesidad. No era prudente abandonar semejante línea de conducta cuando una sublevación interna privaba al Gobierno de los consejos de parte de los habitantes del país. Naturalmente, la Unión se negó a prestar la colaboración demandada por Francia [2].

1 HERMINIO PORTELL VILÁ, *Historia de Cuba en sus relaciones con Estados Unidos y España,* La Habana, 1939, vol. II, pp. 149-150.

2 FRANCIS WHARTON, *A Digest of the International Law of the United States,* Wáshington, 1886, vol. I, pp. 181-183.

El esfuerzo conjunto de París, Londres y Viena en favor de Polonia y la abstención de Wáshington obedecían a un complejo de intereses y propósitos. No era extraño que las mentadas grandes potencias europeas tomasen el caso de Polonia para crear una dificultad a Rusia si eso convenía a ellas. Pero resultaba la contradicción entre la iniciativa de Napoleón III para libertar a Polonia y la obstinación con que el Emperador pretendía desconocer la soberanía de México. ¿Aspiraba Francia a neutralizar en provecho suyo la actitud de los Estados Unidos sobre México con el halago de la invitación a propulsar la resurrección de Polonia?

La negativa de Lincoln a secundar la política internacional de Napoleón III se apoyaba con autoridad y fuerza en las doctrinas de no intervención tan recomendadas por él para dignificar las relaciones entre la Unión y las demás naciones de América. Sin embargo, el hecho de que Seward calificase de humanísimo al Zar por haber emancipado a gran número de siervos tenía que dar oportunidad a los desatendidos solicitantes para emitir mordaces comentarios. Mientras en Rusia era posible exhibir la satisfacción del Zar por la forma en que Seward había excusado a los Estados Unidos de asociarse a Francia, Gran Bretaña y Austria para aliviar la triste fortuna de Polonia, no faltaban en Londres quienes dijesen sarcásticamente que se comprendía la compenetración existente entre los gabinetes de Wáshington y San Petersburgo, porque, teniendo la Unión su Polonia, análogas eran las circunstancias de Rusia y la América federal y aplicable era el principio de no intervención en el conflicto afrontado por Lincoln [3].

El diario *El Siglo,* de La Habana, quedó en mayo de 1863 bajo la dirección de Francisco de Frías, conde de Pozos Dulces. Este periódico, que había dado cabida a noticias e impresiones satisfactorias para los cubanos que simpatizaban con Lincoln, empezó a acentuar su adhesión a los Estados Unidos tan pronto como en la redacción de sus páginas se notó la presencia de Pozos Dulces, quien, no obstante su título nobiliario, alentaba ideas y procedimientos muy acordes con el régimen republicano de gobierno. Ya al expresar las aspiraciones que él iba a servir desde las columnas de *El Siglo,* con el propósito de acelerar la transformación económicosocial de la Isla, advirtió que los huesos insepultos en los campos de Virginia proclamaban con irresistible evidencia que el progreso era un nombre vano si no tenía por base el derecho,

[3] *El Siglo,* La Habana, Julio 9, 1963.

por asiento la justicia y por remate la inviolabilidad de la conciencia humana, bellos atributos que su clara inteligencia y noble pasión contemplaban en el partido de Lincoln [4].

2

En la segunda quincena de mayo de 1863 Erastus Corning y otros caballeros de Albany, en Nueva York, celebraron un mitin, en el que acordaron expresar al Presidente: a) el designio de sostener la Unión, asegurar la paz por medio de la victoria y apoyar al Ejecutivo en toda medida constitucional y legal para sofocar la rebelión; b) la censura dirigida a la administración federal por actos que los reunidos consideraban inconstitucionales, como los arrestos militares. De estas dos proposiciones Lincoln dedujo una tercera: los asistentes al mitin se hallaban resueltos a mantener al Gobierno, no obstante la perversidad de algunos de sus actos [5].

El Presidente calificó la conducta de los congregados en Albany de patriótica y digna de su gratitud. Habría terminado así la carta que escribió el 12 de junio de 1863 en contestación a la que había recibido de Albany. Pero se sintió compelido a referirse a los juicios sin cesar emitidos contra actos que él creía ineludibles. Habló como abogado, y expuso razones jurídicas. Opinó como estadista, y fijó responsabilidades y obligaciones propias y ajenas. Las detenciones diputadas arbitrarias se habían consumado en personas entregadas, no sin buen éxito, al trabajo de impedir nuevos alistamientos, fomentar deserciones y dejar al Gobierno sin una fuerza adecuada para reprimir la rebelión, y él pensaba que no le ataba las manos la Constitución para defender la Constitución, ni lo llevaba la veneración a la libertad individual a permitir la destrucción de la libertad colectiva. Los caballeros de Albany se consideraron demócratas antes que ciudadanos norteamericanos, y él hubiese preferido hallarlos colocados en terreno más alto que la plataforma de un partido, porque estaba persuadido de que, parapetándose en elevada posición, todos podrían combatir por la patria mejor de lo que les era posible hacerlo desde un paraje bajo, donde, por hábito, prevención y esperanzas egoístas, malgastaban vigor e ingenio en

[4] *Ibid.,* Mayo 20, 1863.

[5] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. VIII, pp. 298-299.

encontrarse vicios y asestarse golpes. En prueba de la eficacia de su manera de preservar la Unión, señaló la verdad de que los juicios y las acciones que al principio del conflicto bélico se manifestaban con enorme confusión ya adquirían formas normales y entraban en canales regulares [6].

Los padecimientos morales del Presidente eran grandes. La incomprensión florecía sin cesar. El cerebro y el corazón de Lincoln trabajaban día y noche en busca de recursos persuasivos, de medios capaces de atenuar los males circundantes, de soluciones para tantos conflictos en marcha. Con excesiva frecuencia el triste, al cabo de muchas horas de conferencias y labores con elevados funcionarios, conspicuos políticos y simples ciudadanos, se quedaba a solas con sus inquietudes. Mientras los demás dormían y descansaban, sin poder él lograr lo mismo, se entregaba al estudio de los asuntos que demandaban inmediatas providencias. Con el macilento rostro iluminado por una bujía, calzados los espejuelos, leía y releía, y meditaba, y creía haber dado con la idea salvadora, y planeaba la manera de vencer las resistencias de los llamados a secundarlo más activamente. En algún momento lo asaltaba el desaliento engendrado por la presunción de que se frustraría su deseo de aunar las voluntades y acciones indispensables para llevar adelante sus proyectos. Pero la tortura duraba poco. Una vez más, acaso la milésima vez, fiaba en las fuerzas morales de su pueblo y dejaba listo el trabajo que a la mañana siguiente debía señalar un nuevo paso de avance hacia la consecución de sus propósitos patrióticos y humanos.

En el verano de 1863, con frecuencia, muy temprano, Walt Whitman se detuvo para ver pasar a Lincoln, hermoso a fuerza de fealdad, montado en su caballo moro, con su alto sombrero, su raído traje negro y el talante fundamentalmente sencillo de viejo granjero. El poeta admiraba la incompatibilidad del carácter del Presidente con la bambolla y el atuendo. Veía que en el estadista se juntaban la ternura más limpia y cordial con el viril coraje de los hombres del Oeste: bajo los surcos, bajo las arrugas ahondadas por las grandes responsabilidades, bajo el aire del varón lastado, bajo las complicadas cuestiones de la vida y la muerte, en armoniosa combinación de valores, latían la bondad, la dulzura, la tristeza y la firmeza. Tanto como un glorioso conductor de la democracia —un grande y verdadero capitán de la democracia— Lincoln era el arquetipo de hombre concebido por Whitman:

[6] *Ibid.,* pp. 299-314.

la ecuación perfecta del amor y del valor. Lincoln era para Whitman la realización de la esperanza democrática que con palabras augurales él había perfilado, poniendo su corazón sobre el corazón de su pueblo, al hablar de algún heroico, sagaz, saludable, bien informado y barbado herrero o botero norteamericano, de mediana edad, que saldría del Oeste para encabezar la tarea de sanear y embellecer a su patria [7].

Se distraía y oreaba su mente con los paseos vespertinos, o con la asistencia a funciones teatrales, o con la narración de cuentos aprendidos o concebidos para deshacer la gravedad de una cuestión o de un instante, o con lo que le gustaba enseñar a su tierno *Tad,* o con las canciones tristes o las tocatas en el banjo que, a solas y casi siempre a instancias suyas, le dedicaba Ward Hill Lamon. Pero todo eso era insuficiente para equilibrar el peso de tareas y dificultades tan interminables como agobiadoras. Alguien que lo veía a menudo en la calle se dolió sincera y profundamente de su estado físico en junio de 1863. ¡Pobre hombre! Parecía encontrarse apesadumbrado, agotado, exhausto, apagado. Su aspecto era el de un varón justo cuyos días estaban llenos de extenuativo desaliento y cuyas noches pasaban en consumidor insomnio. Aquello era el precio de su grandeza sin par [8].

¿Aquilataban sus sacrificios todos aquellos a quienes él servía? De todo había en la vida nacional. Hasta su seguridad personal tocaba extremo peligro. El Presidente acostumbraba recorrer a caballo las tres millas existentes entre la Casa Blanca y el Hogar del Soldado, donde residía en los meses de calor. Una noche, alrededor de las once, montado en su *Old Abe,* salió para el Hogar del Soldado. Iba a trote corto, llegando ya a los terrenos del Hogar, cuando el estampido de un tiro, al parecer de rifle, producido a menos de cincuenta yardas del sitio en que se hallaba, lo sacó súbitamente de los pensamientos que lo absorbían, le hizo perder su chistera y lo obligó a dejar que su corcel continuase la marcha a galope tendido. Después de aquello, no obstante haber silbado la bala muy cerca de su cabeza, él siguió creyendo que nadie, deliberadamente, empuñaría un arma con el propósito de matarlo [9].

[7] LUIS FRANCO, *Walt Whitman,* Buenos Aires, 1945, pp. 97-98.

[8] ADAM GUROWSKI, *Diary,* New York, 1864, vol. II, pp. 241-242.

[9] CARL SANDBURG, *Abraham Lincoln. The War Years,* New York, 1943, vol. II, pp. 205-207.

La templanza podía volver a reinar en la conciencia nacional por efecto de la experiencia que la ardorosa contienda iba dejando en su camino, como reconoció Lincoln. Más difícil era contener durante mucho tiempo los ímpetus confederados. A mediados de junio de 1863 Lee movió sus tropas hacia Maryland y Pennsylvania. Tomó plazas importantes. Atravesó el Potomac. Hizo avanzar una fuerza de caballería hasta muy cerca de la ciudad de Wáshington. El Presidente se conmovió cuando supo que sus compatriotas de Pennsylvania y de los Estados vecinos peleaban bravamente en defensa de su suelo y sus instituciones.

Con el incremento adquirido por las fuerzas cívicas mantenedoras de la Unión corrían parejas las manifestaciones de comprensión entre las repúblicas del Hemisferio Occidental. Chile ofreció un ejemplo muy instructivo. Reiteradamente había llamado la atención su frialdad respecto de la solidaridad hemisférica. En cambio, a mediados de 1863 se veía crecer su entusiasmo por la cooperación americana, que se reflejaba en la suscripción en favor de los hospitales de sangre del México de Juárez y en las simpatías hacia Lincoln, en quien se advertía la presencia de un defensor de la libertad de sus coterráneos y del respeto debido a todos los pueblos del Nuevo Mundo. Ese estado de opinión se robustecía a medida que las ideas sobre la unidad americana penetraban en las muchedumbres [10].

La guerra secesionista seguía influyendo en la seguridad de América. La flojedad del gobierno de Lincoln en el caso del despacho de efectos consignados a las tropas francesas invasoras de México había dependido del deseo federal de no desafiar un conflicto bélico con Napoleón III. Por su parte, el Emperador se abstuvo en junio de 1863 de avanzar con el propósito de reconocer a los Estados Confederados ante el peligro de una contienda armada con los Estados Unidos, la que, a su entender, frustraría la expedición gala contra México y todo lo que iba detrás de tamaña empresa [11].

Lo que Lincoln había hecho en beneficio de la posición internacional de Haití fué agradecido y correspondido por la república antillana con servicios efectivos. En Haití la flota

10 *El Siglo,* La Habana, Julio 24, 1863.

11 HERMINIO PORTELL VILÁ, *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España,* La Habana, 1939, vol. II, p. 162.

de la Unión encontró fácil modo de abastecerse de carbón. A fines de junio de 1863 estas tomas de combustible constituyeron una ayuda importante a la marina de guerra de los Estados Unidos [12].

Por mar y tierra los instrumentos al servicio de los Estados Unidos trabajaban vigorosamente. La acción de la armada del Norte era cada vez más efectiva contra la navegación y las posiciones de la Confederación. La derrota sufrida por los rebeldes en Ohio les enseñó que el regimen de Lincoln iba disponiendo con acierto de los recursos bélicos. Y la fuerza de las armas ayudó a la Unión a lograr un excepcional triunfo político, consistente en el ingreso de la Virginia Occidental en la comunidad jurídica nacional. El nuevo Estado, erigido en parte del territorio que había visto nacer a famosos Presidentes, fué saludado en junio de 1863 con fruición por los sostenedores del pacto federal.

La lucha feral entre el Norte y el Sur se mantuvo en la segunda quincena de junio de 1863 con la intensidad a que la había llevado la invasión de Maryland y Pennsylvania por Lee. Lincoln consideró conveniente reemplazar a Hooker por G. G. Meade en el comando del ejército del Potomac. El nuevo jefe concentró las fuerzas federales de que podía disponer, y el 1º de julio las puso a pelear con las de Lee en Gettysburg, en Pennsylvania. La batalla continuó durante dos días en medio de titánicas demostraciones de valor por ambos contendientes. Las tropas de Lee fueron derrotadas, y en su retirada hacia el Potomac dejaron en poder de Meade banderas, enormes pertrechos y millares de cadáveres, heridos y prisioneros. En el aniversario de la declaración de la independencia nacional Lincoln anunció al pueblo que las armas del Potomac acababan de cubrirse de honor con una victoria que entrañaba un grandioso suceso para la causa de la Unión [13]. El intento confederado de invadir el Norte quedaba arruinado en el campo de Gettysburg. En las mismas horas en que desde Wáshington se daba a todo el país la feliz noticia del triunfo federal alcanzado en Gettysburg, el 4 de julio de 1863, allá lejos, en el Mississippi, Grant se apoderó de Wicksburg, con lo que obtuvo el dominio completo del inmenso río.

12 RAYFORD W. LOGAN, *The Diplomatic Relations of the United States with Haiti. 1776-1891,* Chapel Hill, N. C., 1941, pp. 306-307.

13 JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. IX, p. 17.

El Ejecutivo había considerado necesario hacer uso de la autorización recibida del Congreso para decretar nuevos reclutamientos, y llamó trescientos mil hombres a las armas. La impopularidad de esta resolución degeneró en graves desórdenes y quebrantos. Del 13 al 16 de julio de 1863 Nueva York fué teatro de motines, incendios y asesinatos, perpetrados en ausencia de la milicia local, llevada a Pennsylvania en los duros días de la brega contra Lee. La disciplina y seguridad sociales quedaron restablecidas en Nueva York, pero esto no extinguió al pronto en el espíritu de Lincoln la pena patriótica que le causaba sentirse incomprendido por muchedumbres de ciudadanos [14].

En julio de 1863 el representante de los Estados Confederados en París informó al Embajador de España cerca de Napoleón III que éste se hallaba en disposición de negociar con la Gran Bretaña y la propia España un tratado para garantizar a la última la posesión de Cuba. El agente de Jefferson Davis quiso conocer la opinión del gabinete hispánico sobre tal proyecto. El Embajador trasladó el requerimiento a Madrid. Y el Ministro de Estado de Isabel II contestó que en ocasión propicia su gobierno prestaría especial atención al asunto [15]. Aquella proposición envolvía el deliberado designio de acelerar el reconocimiento de los Estados Confederados por las potencias europeas. El momento no era inadecuado en cuanto a España, donde la nobleza y el ejército afirmaban su condición de enemigos de la Unión [16].

Por su cercanía a la América de habla inglesa y por su situación de colonia europea, no grata a muchos de sus hijos sobresalientes, era Cuba uno de los países de la América latina que se hallaban más pendientes del curso de la guerra que ensangrentaba el Continente. En ella pelearon algunos cubanos. Ambrosio José González, que con Narciso López había conducido a la Isla una expedición libertadora, descolló en las filas confederadas. En las federales se distinguió Federico F. Cavada, que alcanzó el empleo de coronel y cayó pri-

[14] J. A. SPENCER, *History of the United States,* New York, vol. IV, pp. 377-380.

[15] JERÓNIMO BÉCKER, *Historia de las relaciones exteriores de España durante el siglo XIX,* Madrid, 1924, vol. II, pp. 620-621.

[16] HERMINIO PORTELL VILÁ, *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España,* La Habana, 1939, vol. II, p. 166.

sionero en Gettysburg [17]. Los acontecimientos militares de los primeros días de julio de 1863 fueron comentados en La Habana alegremente. Como golpes decisivos sufridos por la Confederación se consideraron la rota de Gettysburg y la caída del gran baluarte de Wicksburg. Por lo que a Cuba tocaba, fué saludada con regocijo la próxima reconstrucción de la Unión, suceso que devolvería a la Isla todas las condiciones de progreso y de actividad comercial de que se hallaba privada por efecto de la lucha fraticida enseñoreada de la gran república [18]. Así, con visible disimulo, se expresaba el contento de los liberales de Cuba por el auge del pensamiento y de la obra de Lincoln.

De los sentimientos de la isla de Santo Domingo favorables a la Unión fué dignísimo agente José Gabriel Luperón. Este antillano, luego de protestar contra la maniobra que había convertido la República Dominicana en colonia de España, se trasladó a los Estados Unidos y tomó plaza en las filas del Norte. Una de sus proezas consistió en cortar la cadena que impedía el paso de los buques federales en el río Mississippi [19]. La causa cuyo conductor era Lincoln apasionaba a los soldados de la libertad de pueblos y hombres en todas partes.

En el Sur se hería sin cesar la dignidad humana en la gente de color. El régimen de Jefferson Davis declaró que las garantías contenidas en las leyes de la guerra no alcanzaban a los negros. Lincoln reaccionó ante tal injusticia. Consideró que era deber de todo gobierno proteger a sus ciudadanos, cualesquiera que fuesen su clase, raza o condición, y que vender o esclavizar prisioneros a causa de su color era regresar a la barbarie. Una orden de retaliación, expedida por el Presidente en 30 de julio de 1863, colocó bajo la protección oficial de los Estados Unidos a todos sus soldados indistintamente, con la adición de que por cada uno que el enemigo enajenase o encadenara sería uno de los rebeldes sometido a trabajos públicos hasta que aquel quedase en libertad [20]. La lucha entre la esclavitud y la emancipación requería de Lincoln tanta energía como la preservación de la Unión.

17 JOSÉ ANTONIO FERNANDEZ DE CASTRO, *Ensayos Cubanos de Historia y de Crítica,* La Habana, 1943, pp. 136-137.

18 *El Siglo,* La Habana, Julio 16, 1863.

19 GREGORIO LUPERÓN, *Notas autobiográficas y apuntes históricos,* Santiago, República Dominicana, 1939, p. 108.

20 JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. IX, pp. 48-49.

En México los negocios públicos se agravaron. Juárez tuvo que establecerse con su gobierno en San Luis Potosí. Sus enemigos, al amparo de las armas francesas, constituyeron una regencia, organizaron una asamblea, se establecieron en la capital de la República, adoptaron el régimen monárquico y acordaron ofrecer la corona imperial al archiduque Maximiliano de Austria. Napoleón III se sintió feliz al recibir la noticia de esas determinaciones [21]. En cambio, Lincoln mostró honda inquietud: vió malogrado el proyecto, que Grant había concebido y él consideraba tentador, de lanzar una expedición contra Mobile, por la necesidad de que la acción bélica de la Unión apresurase el restablecimiento de la autoridad nacional en Texas [22]. La ocupación de Texas por tropas federales era particularmente demandada por la necesidad de poner fin al tráfico del Sur con el exterior por Matamoros, el puerto mexicano que los secesionistas aprovechaban para abastecerse.

A la vez que Lincoln expresaba a Grant el propósito de llevar sin demora las armas federales a Texas, determinación aconsejada por los progresos que en México alcanzaban el ejército y la política de Napoleón III, Seward envió instrucciones a Corwin para que se abstuviese de establecer comunicación con la regencia organizada bajo la protección de las tropas francesas [23]. Por otra parte, el gobierno de Wáshington quería conocer directamente los designios del Emperador, y encargó a su Ministro en París que pidiese al de Relaciones Exteriores de Francia informes sobre los planes que Bonaparte pretendía desarrollar contra los intereses públicos que Juárez representaba. Sin cesar crecía en los Estados Unidos el temor de que Francia se decidiese a utilizar en América la experiencia colonial adquirida en Africa y a usar la intervención en México a modo de trámite previo para incrementar su patrimonio ultramarino [24].

No era poco ni simple el trabajo que el reformador ha-

[21] EGON CAESAR CONTE CORTI, *Maximiliano y Carlota,* México, 1944, p. 177.

[22] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. IX, pp. 56, 64-65.

[23] DEPARTMENT OF STATE, BUREAU OF ARCHIVES, Wáshington, D. C.: William H. Seward to Thomas Corwin, August 8, 1863.

[24] JAMES MORTON CALLAHAN, *American Foreign Policy in Mexican Relations,* New York, 1932, p. 291.

bía asumido cediendo a su deseo de no dejar prosperar peligrosas imputaciones lanzadas por personas o grupos responsables contra algunos de sus actos fundamentales. En un mitin celebrado en Springfield se afirmó que la emancipación decretada por el Ejecutivo era inconstitucional. Acaso por venir de donde venía, por venir de la amada tierra de Illinois, Lincoln se sintió espoleado para seguir entonces su propia regla de refutar ciertas afirmaciones de quienes no pensaban como él. El 26 de agosto de 1863 escribió a James C. Conkling, portavoz de los reunidos en Springfield. El Presidente creía que la Constitución investía al Comandante en Jefe del Ejército y de la Armada con la ley de guerra en tiempo de guerra, y una medida de guerra era la libertad de los negros por él decretada. Su proclama, como ley, era válida o no era válida. Si no era válida, no necesitaba ser retirada. Si era válida, era tan imposible retirarla como resucitar a un muerto. La verdad era que los progresos bélicos de la Unión no se habían detenido después de la proclama de emancipación. Lincoln conocía importantes opiniones de jefes militares en campaña, de algunos de los que más decisivos servicios prestaban a los intereses nacionales: las opiniones según las cuales la política de emancipación y el uso de las tropas de color entrañaban el golpe más duro dado a la rebelión [25].

El encargado de Negocios de los Estados Unidos en Madrid, Horacio J. Perry, informó a Seward que el marqués de Miraflores, Ministro de Estado, le había asegurado que España no reconocería la independencia de la Confederación. Seward expuso la complacencia de Lincoln por la actitud hispánica. Pero el Secretario de Estado no se contentó con trasmitir el sentimiento de gratitud del Presidente. El resto de su nota de 3 de septiembre de 1863 a Perry fué lo más importante de ella. El gabinete de la Reina podía determinar por sí mismo si tendría la posesión de Cuba con esclavitud mejor garantizada mediante el reconocimiento de los Estados Confederados —acto que la Unión consideraría como una agresión a ella o poco menos— o merced a una cordial amistad con los Estados Unidos, custodios durante sesenta años de aquella posesión. Seward agregó algo de suma significación: aunque la Unión no quería nuevos territorios, e indudablemente no quería nuevos territorios con esclavitud, ella no era una enérgica propagandista de la emancipación de la raza

[25] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. IX, pp. 95-102.

africana[26]. Por de contado, semejante aseveración negaba el imperio de la lógica. Cualquiera que fuese el grado de sinceridad de aquella declaración de Seward, se halló lejos de una realidad muy visible: la acción liberadora de Lincoln constituía ya una fuerza moral influyente en la evolución de todo país donde subsistiese la explotación de unos hombres por otros hombres.

6

Las diferencias entre Madrid y Wáshington en relación con la jurisdicción marítima de España en Cuba molestaron reiteradamente a los funcionarios hispánicos. Los Estados Unidos, con la actitud de su flota en el Golfo de México y con la actitud de su Departamento de Estado, se obstinaban en desconocer lo alegado por el gobierno de Isabel II. Este quiso proceder con cautela, y resolvió sostener en teoría la jurisdicción de seis millas, pero evitando en la práctica conflictos en cuanto fuese posible y lo permitiese la dignidad de su pabellón[27]. Mas las cosas fueron de mal en peor. Las reclamaciones por infracciones cometidas hasta dentro de las tres millas aumentaron el trabajo de García Tassara en Wáshington. El Ministro necesitó hacer algunas advertencias esenciales. España obraba ya no sólo en ejercicio de su derecho, sino, lo que era más, en cumplimiento del deber internacional de proteger la navegación ilícita y el comercio de buena fe. No respetar en las inmediaciones de Cuba la jurisdicción establecida por la Metrópoli era convertirse en agresor, y los Estados Unidos no debían permitir tamaña responsabilidad[28]. Madrid reiteró su disposición a entrar en una negociación sobre la base de la igualdad de jurisdicciones[29]. Como la situación no daba señales de salir de tanto embarazo, el gabinete de la Reina, oído el dictamen del Consejo de Estado, pasó instrucciones a su legación en Wáshington para que manifestase al gobierno de Lincoln, y así lo hizo García Tassara el 9 de

26 HERMINIO PORTELL VILÁ, *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España,* La Habana, 1939, vol. II, pp. 158-159.

27 ARCHIVO NACIONAL DE CUBA, La Habana: El Ministro de Estado de España al Capitán General de Cuba, Abril 7, 1863.

28 *Ibid.*: El Ministro de España en Wáshington al Capitán General de Cuba, Mayo 19, 1863.

29 DEPARTMENT OF STATE, BUREAU OF ARCHIVES, Wáshington, D. C.: Gabriel G. Tassara to William H. Seward, May 14, 1863.

agosto de 1863, que a la expiración del plazo de dos meses, contado desde esa fecha, se ordenaría a los buques de guerra hispánicos que obligasen a respetar en las aguas de Cuba el límite de seis millas, que era el determinado por las leyes acerca de la jurisdicción marítima en los dominios de España [30].

Una nota diplomática como la enviada el 9 de agosto de 1863 por García Tassara a Seward equivalía al anuncio de una próxima ruptura de relaciones y aún a una amenaza bélica. En realidad, los Estados Unidos se hallaban muy lejos de prestarse a acceder a una pretensión llamada a mermar la acción de sus cruceros contra la de los buques de la Confederación. El aviso español constituyó un nuevo motivo de inquietud para Lincoln, sobremanera necesitado de paz exterior para no detenerse en el ímprobo empeño dirigido a reconquistar la interior.

Razones poderosísimas asistían al gobierno de Lincoln para no allanarse a la demanda del gabinete de Isabel II, obstinado en que la flota de los Estados Unidos respetase la jurisdicción de seis millas en aguas de Cuba y decidido a poner la fuerza al servicio de su pretensión. Los confederados no tenían puertos libres de bloqueo efectivo, ni poseían barcos fabricados, armados y tripulados por ellos en la parte que dominaban, y se valían de buques fabricados, armados y tripulados en naciones neutrales ligadas a la Unión por tratados de amistad. Estas naves no encontraban puertos que pudiesen utilizar para adjudicarse las presas, y robaban, saqueaban y despojaban continuamente los bajeles mercantes de los Estados Unidos en alta mar. Tan nocivo sistema de piratería, contrario a las costumbres bélicas de los países civilizados, se exhibía en las inmediaciones de Cuba. La aspiración hispánica de mantener una jurisdicción marítima de seis millas en la Isla dificultaba grandemente la acción punitiva de la flota norteamericana, y sólo en caso de hallarse en guerra con España hubiera sido concebible que los Estados Unidos admitiesen tal hecho. Por consiguiente, Lincoln se mostró dispuesto únicamente a aceptar, sujeto a la aprobación constitucional del Senado, que la controversia se sometiese al arbitraje de la Gran Bretaña, Francia, Bélgica, Holanda, Rusia, Dinamarca o Italia, o al estudio de una comisión compuesta por uno

[30] *Ibid.*: Gabriel G. Tassara to William H. Seward, August 9, 1863.

o dos delegados de los Estados Unidos, igual número de España y un súbdito de otra potencia [31].

Una de las más graves cuestiones suscitadas en la época de la administración de Lincoln entre los Estados Unidos y España, a causa de los intereses que ésta tenía en Cuba, era la constituída por la jurisdicción marítima. La controversia había llegado a un extremo peligroso. Cada día dejado atrás era un paso de avance hacia una mayor tirantez, puesto que España tenía prefijada la fecha desde la cual utilizaría la fuerza de los cañones para hacer respetar su autoridad en una zona de seis millas en torno al territorio cubano. El procedimiento concebido por Lincoln y expresado por Seward a García Tassara podía ser una solución. Wáshington envió instrucciones a su legación en Madrid para que propusiese al gabinete de Isabel II la designación del Rey de los Belgas como árbitro entre los dos gobiernos, con la obligación por parte de ambos de acatar y cumplir la decisión que Leopoldo I dictase [32].

Por las fechas dentro de las cuales se produjeron notas de muy diferentes tonos entre Madrid y Wáshington —reclamaciones por las actividades navales de la Unión en las inmediaciones de Cuba, discusión sobre la jurisdicción marítima de España en la Isla, manifestaciones de la decisión del gobierno hispánico de no reconocer a los Estados Confederados, amenaza por parte de España de utilizar la fuerza para imponer su autoridad en aguas más o menos cubanas y expresiones de Seward que, para halagar a España, negaban las esencias de lo mejor de la obra de Lincoln— en la corte de Isabel II se concibió y adelantó un nuevo plan en relación con los Estados Unidos. En España existían dos grupos respecto de la guerra secesionista. Con el Sur simpatizaban los militares y los aristócratas, inclinados a seguir la política de Napoleón III. Con el Norte, los elementos clericales, influyentes en la voluntad regia y en las clases humildes. Los partidarios de la Confederación pretendieron crear una situación internacional acorde con sus sentimientos [33].

Las instrucciones dadas a García Tassara para que anunciase al gobierno de Lincoln el propósito de hacer respetar por la fuerza el límite de seis millas en las aguas inmediatas

[31] *Ibid.*: William H. Seward to Gabriel G. Tassara, August 10, 1863.

[32] ARCHIVO NACIONAL DE CUBA, La Habana: Horatio J. Perry al Marqués de Miraflores, Septiembre 13, 1863.

[33] HERMINIO PORTELL VILÁ, *Abraham Lincoln,* La Habana, 1942, pp. 18-19.

a Cuba no habían sido consultadas con Isabel II. Así lo declaró ésta con asombro e indignación a Antonio de Orleans, duque de Montpensier, cuñado suyo, partidario de la Unión y confidente del Encargado de Negocios de los Estados Unidos en Madrid. El Duque se propuso evitar que la escuadra española iniciase las hostilidades contra la Unión el 9 de octubre, que era el día fijado. Perry logró que Nicolás María Rivero, jefe de los demócratas españoles, se comprometiese a impedir la guerra entre España y los Estados Unidos. Por vías secretas, casi misteriosas, laboró en igual sentido Carolina Coronado, la poetisa peninsular casada con Perry. El marqués de Miraflores, Ministro de Estado, fué compelido por un prominente sacerdote para dejar de ser instrumento de la intriga urdida para llevar a España a un conflicto bélico con la Unión. Una extraña combinación de factores no concertados entre sí —un miembro de la casa real, un primate de la oposición, la esposa del representante diplomático de Lincoln en Madrid y un eclesiástico— consiguió desbaratar los planes de militares, aristócratas y altos funcionarios empecinados en iniciar una contienda armada destinada a crear enormes dificultades a la Unión sobre las que ya perturbaban su acción internacional y sus avances nacionales por efecto de la presencia y arrogancia de Europa en México [34].

La feliz culminación de los esfuerzos desarrollados en Madrid en favor del mantenimiento de la paz entre España y los Estados Unidos coincidió con la llegada a poder de Perry de las instrucciones que Lincoln le había hecho enviar para que presentase al gabinete de Isabel II la proposición de someter al arbitraje del Rey de los Belgas la cuestión de los límites marítimos de Cuba. El Ministro de Estado aceptó la idea procedente de Wáshington con inusitada celeridad, con la celeridad aconsejada por las circunstancias extraordinarias que rodeaban a mediados de septiembre de 1863 las relaciones hispanonorteamericanas [35]. Las notas entonces canjeadas entre Perry y Miraflores discutieron si el examen del asunto debía referirse a la jurisdicción de tres millas o a la de seis, pero esto era secundario: lo esencial era eliminar el peligro de una ruptura cuyas consecuencias podían ser pavorosas, aunque, de todos modos, quedaba el temor de que, en prosperan-

[34] *Ibid.*, pp. 19-23.

[35] ARCHIVO NACIONAL DE CUBA, La Habana: El Marqués de Miraflores a Horatio J. Perry, Septiembre 17, 1863.

do la tesis sostenida por España, los Estados Unidos sufrirían los efectos de algo que casi carecía de precedentes en su historia [36].

7

La creciente ansiedad producida en Wáshington por los acontecimientos que se desarrollaban en México fué causa de que Lincoln hiciese dirigir en septiembre de 1863 serias advertencias a las cortes europeas más estrechamente relacionadas con las mutaciones políticas que amenazaban la soberanía de un pueblo hispanoamericano tan inmediato a los Estados Unidos. Los Estados Unidos se habían mostrado neutrales en un conflicto bélico francomexicano ante las seguridades dadas por Napoleón III de que sólo pretendía deshacer entuertos nocivos a los intereses de súbditos suyos, sin que premeditase dominar en México o influir en su ordenamiento institucional. Pero los actos de Francia en México eran ya considerados en el propio México y en la Unión como una negación rotunda de tales seguridades. Esto obligaba al gobierno de Wáshington a pensar en lo difícil que le sería mantenerse en la rígida observancia de sus leyes de neutralidad. Francia debía convenir con los Estados Unidos en que los intereses de ambas potencias reclamaban una rápida acción enderezada a preservar la independencia de México y la libertad de sus habitantes. También Austria se hallaba en el caso de no dejarse arrastrar por engañosas ilusiones: Austria no debía defraudar a Lincoln en la creencia de que el Emperador no permitiría que su gobierno se viese envuelto en algún plan hostil a la Unión [37].

La postura de los Estados Unidos en relación con las actividades francesas en México respondió a claras razones de alta política, expuestas por Seward en armonía con las ideas de Lincoln. El Presidente aspiró a que los Emperadores de Francia y Austria —el primero por ser el promotor en la aventura monárquica que perturbaba a México y el segundo por ser el jefe de la familia real llamada a dar el nuevo soberano— detuvieron la marcha de acontecimientos que amenazaban la seguridad de América. Los procederes de Napoleón III merecían particulares consideraciones. El 26 de sep-

[36] GIDEON WELLES, *Lincoln and Seward,* New York, 1874, p. 173.
[37] FRANCIS WHARTON, *A Digest of the International Law of the United States,* Wáshington, 1886, vol. I, pp. 317-319.

tiembre de 1863 Seward dirigió a William L. Dayton, el plenipotenciario de la Unión en París, una extensa nota, destinada a explicar a Drouyn de l'Huys, el Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, las ideas de Lincoln acerca de dos trascendentales cuestiones: a) la actitud de Bonaparte con motivo de la guerra civil; b) la conducta de Francia para con México. La exposición de esas ideas tuvo tanto de severo como de leal amonestación:

1. Por varios conductos se sabía en Wáshington que Napoleón III había participado de la opinión, tan generalizada entre los estadistas europeos, según la cual los esfuerzos para conservar la Unión fracasarían. A este prejuicio atribuía Lincoln el concierto de Francia con la Gran Bretaña para producirse en términos con demasiada frecuencia favorables a los enemigos armados de la Unión. No sin razón eran tenidos esos procedimientos por injuriosos para los Estados Unidos. Los defensores del pacto federal no se sentían seguros de que el Emperador no reincidiese en sus inclinaciones a alentar y ayudar a los insurrectos, pero esperaban que él modificaría su juicio adverso a la Unión ante la evidencia de que ésta era indestructible.

2. Los Estados Unidos mantenían con referencia a México los mismos principios que aplicaban a cualquier otra nación. Ellos no encontraban ni un derecho ni una disposición que los autorizase para intervenir por medio de la fuerza en los negocios internos de México, ya para mantener una república, ya para derribar un régimen imperial que su pueblo adoptase. Los Estados Unidos tampoco se sentían inclinados a poner su fortaleza al servicio de ninguno de los dos bandos en la guerra francomexicana. En todas las fases de este conflicto bélico ellos habían ajustado sus actos al principio de no intervención que deseaban que las demás naciones observasen respecto de los Estados Unidos. En Wáshington se conocía plenamente que la opinión prevaleciente en México favorecía la subsistencia allí del régimen republicano, y no el advenimiento de una monarquía impuesta por el extranjero. También se sabía en Wáshington que en esa opinión de los habitantes de México influía mucho la popular de los Estados Unidos: Lincoln creía que la opinión popular de los Estados Unidos era justa y eminentemente esencial para el progreso de la civilización en América y que la ingerencia europea en los países del Nuevo Mundo o los intentos para dominarlos se frustrarían ante la incesante y siempre crecien-

te actividad de las fuerzas materiales, morales y políticas de la propia América.

3. Los Estados Unidos no negaban que su salvación y su felicidad se hallaban íntimamente ligados a la preservación de las instituciones republicanas en todo el haz de América. Ellos habían dado a conocer esta opinión a Napoleón III. Francia no debía adoptar en México una política contraria a tales sentimientos norteamericanos. Los proyectos de Napoleón III anunciaban el peligro de una colisión entre Francia y algunas repúblicas del universo de Colón.

4. Los avances del peligro que la actitud de Napoleón III entrañaba para América se exhibían en rumores que con frecuencia tocaban a los Estados Unidos. Un día se atribuía a Francia el designio de apoderarse de Texas. Otro día se señalaba el Mississippi como uno de los objetos de la codicia gala. Otro día se daba por segura una coalición entre Francia, la regencia establecida en México y los insurgentes del Sur. Lincoln no se asustaba por ninguna de estas versiones. El no se dejaba turbar por sospechas tan absurdas e injustificables. Sin embargo, sabía que tales sospechas eran cultivadas más o menos en la Unión y exageradas en países por igual adversos a Francia y América [38].

Las ideas de Lincoln sobre la situación de México tomaban formas concretas. No tenían por únicos vehículos las notas salidas del Departamento de Estado. También en la órbita de las relaciones privadas se manifestaban, sin duda con mayor libertad y exactitud. En un coloquio sostenido por el Presidente con John M. Thayer, este general le preguntó qué había del ejército francés en México. El interrogado levantó los hombros y frunció las cejas. Inmediatamente después dijo palabras esclarecedoras. El no se hallaba por completo atemorizado, pero la perspectiva de las cosas le desagradaba. Napoleón III se había aprovechado de los embarazos de los Estados Unidos con motivo de la guerra civil, y llevaba adelante el establecimiento de una monarquía en México con desprecio total de la Doctrina de Monroe. La política del opinante, la política de Lincoln, procuraba atender sólo a una dificultad a la vez. Por consiguiente, aplazaba su acción decisiva para el momento en que los federales triunfasen y restauraran la Unión. Cuando esto ocurriese notificaría a Luis Napoleón que ya era hora de que sacase las tropas galas de México. Y él, Lincoln, esperaba que entonces, al retirarse de América las

[38] *Ibid.*, pp. 319-322.

huestes de Napoleón, los mexicanos arreglarían a Maximiliano [39].

La empresa monárquica concebida y propulsada por Napoleón III y encabezada por Maximiliano de Austria no cabía en México, a juicio de algunos de sus animadores. Se premeditó eliminar obstáculos ideológicos con el proyecto de que España y Francia impugnasen oficialmente la Doctrina de Monroe. La Emperatriz de los franceses pretendió ganarse la buena voluntad de Isabel II con la afirmación de que la suerte de Cuba dependía de la de México y que el auge del régimen monárquico en México le permitiría extenderse por el resto de América y abriría un amplio campo a la casa reinante de España, deseosa de proveer de soberanos a países que habían formado parte de sus vastos dominios ultramarinos. El propio Maximiliano acarició desde Europa la esperanza de absorber los territorios pertenecientes a las repúblicas organizadas entre México y Brasil [40]. Razón tuvo Lincoln cuando hizo recordar a los emperadores de Francia y Austria que él era custodio de la institución republicana en toda América.

8

En Cuba eran observados indicios de movimientos de carácter revolucionario. La gente de color se agitaba con el conocimiento de lo que ocurría en los Estados Unidos. En medio de las congojas del esclavo aparecía como una luz misteriosa la noble memoria de la recién decretada emancipación de millones de siervos en la América de Lincoln. Los negros de la Isla encontraban consolación cuando en sus cantos y coloquios seguían pidiendo a Lincoln que avanzase, porque él era de ellos la más dulce esperanza [41].

Llenas de embarazos estuvieron las relaciones de los Estados Unidos con España por efecto de la insurrección iniciada en la parte hispánica de Santo Domingo para restablecer la República [42]. Este hecho fué conectado con el uso que de

[39] CARL SANDBURG, *Abraham Lincoln. The War Years,* New York, 1943, vol. II, pp. 395-396.

[40] EGON CAESAR CONTE CORTI, *Maximiliano y Carlota,* México, 1944, pp. 212-213, 216-217.

[41] HERMINIO PORTELL VILÁ, *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España,* La Habana, 1939, vol. II, p. 171.

[42] CHARLES CALLAN TANSILL, *The United States and Santo Domingo. 1798-1873,* Baltimore, 1938, p. 220.

los puertos de Haití hacían barcos de guerra de la Unión, los cuales se consideraban allí como en sus propias aguas [43]. A virtud de informes recibidos de las autoridades de Cuba, el Ministro de España en Wáshington dirigió al Secretario de Estado una nota para llamar la atención del gobierno de Lincoln hacia el inusitado hecho de que a la vista de buques de la armada federal se había efectuado el desembarco en Cabo Haitiano de las armas llevadas por el transporte *Amelia,* de Haití, con destino a los enemigos del régimen colonial en Santo Domingo [44].

García Tassara no creía complicada a la administración de Lincoln en el movimiento revolucionario dominicano, pero abrigaba serias sospechas. En el fondo de esa cuestión se encontraría siempre la mano del Norte. Los abolicionistas enlazaban su causa con la suerte de Santo Domingo y Haití, y tendían a favorecer cualquier empresa contraria al afianzamiento del poder de España en la reincorporada Antilla. Los alteradores dominicanos seguramente habían solicitado y obtenido la ayuda de norteamericanos enemigos de la esclavitud. La rebelión de Santo Domingo —tal era la conclusión de García Tassara— debilitaba mucho a España en el Nuevo Mundo y abría cauce a peligrosos cálculos sobre su trascendencia [45].

Seward eludió una respuesta satisfactoria al requerimiento del legado de Isabel II sobre dudosas actividades u omisiones de la armada de la Unión en aguas haitianas. Pero aprovechó la representación de García Tassara para hablar de la conveniencia de que existiese reciprocidad entre Madrid y Wáshington para evitar contrabandos, tráfico ilícito y comunicación de La Habana con los confederados [46]. García Tassara se consideró obligado a recordar la necesidad de que el gobierno de Lincoln cumpliese con sus deberes hacia el de España [47].

La fundación en Haití de la colonia de gente de color libre, emigrada de los Estados Unidos, puso en guardia a elevados funcionarios hispanos. Lincoln no tenía incluída a Es-

[43] RAYFORD W. LOGAN, *The Diplomatic Relations of the United States with Haiti. 1776-1891,* Chapel Hill, N. C., 1941, pp. 305-306.

[44] DEPARTMENT OF STATE, BUREAU OF ARCHIVES, Wáshington, D. C.: Gabriel G. Tassara to William H. Seward, October 7, 1863.

[45] ARCHIVO NACIONAL DE CUBA, La Habana: El Ministro de España en Wáshington al Capitán General de Cuba, Octubre 12, 1863.

[46] DEPARTMENT OF STATE, BUREAU OF ARCHIVES, Wáshington, D. C.: William H. Seward to Gabriel G. Tassara, October 17, 1863.

[47] ARCHIVO NACIONAL DE CUBA, La Habana: El Ministro de España en Wáshington al Capitán General de Cuba, Octubre 19, 1863.

paña entre las potencias con territorios en América cuya aquiescencia había hecho explorar en relación con su plan de facilitar fuera de la Unión un modo de vivir tranquilo, decoroso y próspero a los negros norteamericanos recién emancipados. Por consiguiente, Cuba no estaba entre los países del Nuevo Mundo señalados por Lincoln como posibles patrias adoptivas de los hombres de la raza africana que deseasen abandonar el suelo de la Unión. Pero el que Cuba pudiese estar o no estar escogida por Lincoln para su raro ensayo poco o nada alarmaba a los dirigentes españoles, pues eran ellos, en definitiva, los llamados a consentir a negar la ejecución del proyecto: los alarmaba, y mucho, que se reforzase la población de las Antillas con negros libres cuando subsistía aún la esclavitud en los restos del imperio ultramarino hispánico. Una evidencia palpitante de la obra humanísima del emancipador del Norte constituía un germen nocivo para los explotadores de la abominable institución y para los intereses políticos de España [48].

9

El Encargado de Negocios de la Unión cerca del gabinete de Isabel II se había dado prisa en enviar a su país información estrictamente confidencial del resultado de sus gestiones para evitar una agresión de España a los Estados Unidos. La vía utilizada estuvo en armonía con la importancia del asunto: Legación de Portugal en Madrid — Legación de Portugal en Londres — Departamento de Estado. El propio Perry fué quien dió a conocer a Seward la aceptación por España del arbitraje del Rey de los Belgas propuesto por Lincoln. Al fin, el 9 de octubre de 1863 —era justamente el día en que vencía el plazo de dos meses fijado por Madrid para empezar a emplear la fuerza al servicio de su pretensión de ejercer autoridad en una zona de seis millas en aguas de Cuba— García Tassara notificó a Seward que el gobierno de la reina había manifestado su conformidad con la proposición de referir la controversia sobre la jurisdicción marítima de España en la Isla al juicio del citado monarca [49]. Pocas horas después Seward acusó recibo de la nota de García Tassara que confirmaba la eli-

48 *Ibid.*

49 DEPARTMENT OF STATE, BUREAU OF ARCHIVES, Wáshington, D. C.: Gabriel G. Tassara to William H. Seward, October 9, 1863.

minación de un obstáculo que venía inquietando a Lincoln y a sus principales colaboradores [50]. Ya sólo restaba el mero trámite de poner sobre el papel los términos del convenio. ¡No habría, por lo menos entonces, guerra entre España y los Estados Unidos!

Los negocios de México reclamaban con tanta frecuencia la atención de Lincoln que no podía ser monopolizada por las necesidades bélicas, no obstante su importancia capital y la urgencia de aprovechar la buena estrella que para los ejércitos federales solía brillar en medio de atroces choques. En octubre de 1863 Seward escribió largamente a Viena y París. Al representante diplomático de la Unión en Austria advirtió que la discusión de tales negocios debía ser llevada por los gabinetes de los Estados Unidos, Francia y México: clara manera de decir que el plenipotenciario en Viena no tenía por qué inmicuirse en la intrincada controversia. Al legado en París comunicó instrucciones tan concretas como trascendentales con motivo de haber hablado Drouyn de l'Huys a Dayton de la conveniencia de que la Unión reconociese sin mayor tardanza el imperio ideado para México. Seward recordó que Napoleón III no ignoraba un punto de suma importancia: los Estados Unidos tenían dicho que no encontraban fácil ni deseable el establecimiento de un gobierno extranjero y monárquico al otro lado del Río Grande. Por lo demás, Lincoln seguía en paz y amistad con el régimen de Juárez y quería continuar procediendo de acuerdo con los principios según los cuales debían los destinos de México quedar en manos de su propio pueblo, cuya voluntad era la única llamada a decidir sobre su soberanía [51].

Los republicanos de México no apartaban su atención de las reacciones de Lincoln ante la intervención francesa y los avances monárquicos en América. El régimen de Juárez no deseaba que los Estados Unidos le proporcionasen hombres: quería dinero, armas y apoyo moral. Con esto podría triunfar de invasores y desleales. El conocimiento de las notas diplomáticas salidas de Wáshington hacia París trasmitía fe y entusiasmo al México empeñado en seguir siendo libre. Se celebraba que Lincoln hubiese tomado la actitud digna y enérgica esperada de sus antecedentes [52].

50 *Ibid.*: William H. Seward to Gabriel G. Tassara, October 9, 1863.

51 FRANCIS WHARTON, *A Digest of the International Law of the United States,* Wáshington, 1886, vol, I. pp. 322-327.

52 JOSÉ M. IGLESIAS, *Revistas históricas de la intervención francesa en México,* México, 1868, vol. II, p. 136.

Los peligros de guerra internacional para la Unión habían sido grandes en lo que iba del año de 1863. En el mes de octubre no estaban totalmente eliminados. Las relaciones de Wáshington con Madrid mejoraban. En cambio, la inconformidad de Lincoln con las agresiones de que era víctima el pueblo de México podía en cualquier momento derivar hacia un rompimiento con Francia. El estadista de la Casa Blanca era antagonista de fuerzas colectivas, así foráneas como internas, que sólo serían vencidas por una extraordinaria capacidad humana, ciertamente no extraña a misteriosas potencias superiores.

Capítulo XV

DOCTRINA DE GETTYSBURG

> *...We here highly resolve that these dead shall not have died in vain; that this nation, under God, shall have a new birth of freedom; and that government of the people, by the people, for the people, shall not perish from the Earth.*
>
> ABRAHAM LINCOLN.

1

El visitante entregó una carta de su gobierno al elevado funcionario que lo recibía. Este habló con animación. Mencionó su excelente disposición en todo momento hacia la nación vecina. Había deseado sincera y profundamente que ella gozase las bendiciones de la paz interior y de la seguridad exterior en un ambiente de libertad e independencia absolutas. El legado del país amigo no podía olvidar que siempre él había sido objeto de la estimación y el respeto públicos y de las simpatías populares en la tierra donde representaba a la suya. Tales sentimientos permanecían inalterables.

El lugar de la recepción diplomática que dió ocasión a aquellas manifestaciones era la Casa Blanca. El día, el 29 de octubre de 1863. El extranjero, Matías Romero, exaltado a la función de Ministro de México en Wáshington. El opinante, Abraham Lincoln [1]. El Presidente de los Estados Unidos acababa de reafirmar, sin más ni más, las conclusiones acerca de la inviolabilidad de México a que había llegado el antiguo miembro de la Cámara de Representantes por Illinois, el ciudadano inconforme con la doctrina del Destino Manifiesto.

[1] EMANUEL HERTZ, *Abraham Lincoln. A New Portrait,* New York, 1931, vol. II, p. 915.

En octubre de 1763 el pueblo de México, el México de Juárez, parecía condenado por sentencia irrevocable de Europa a ser crucificado. Un emperador, el de Francia, llevaba adelante su designio de crear una monarquía donde existía una república. Otro emperador, el de Austria, permitía que de su familia saliese el soberano llamado a perturbar el desarrollo de las instituciones políticas en América. ¿Hasta dónde llegarían los Estados Unidos en su oposición a los atrevimientos europeos que se enseñoreaban del suelo mexicano? ¿Se apartaría Lincoln del propósito de desconocer el nuevo orden de cosas inventado para el alterado e incomprendido país situado al Sur del Río Grande? ¿Se mantendría firme el Presidente, el estadista reflexivo y justo en la resolución de no retirar su amistad a Benito Juárez, su parigual en el hábito necesario de luchar contra las fuerzas del mal? Lincoln dejó contestadas estas preguntas cuando recibió de manos de Matías Romero la carta oficial que lo acreditaba como Ministro de México —del México republicano sostenido y conducido por Juárez— en la Unión.

La obra de Lincoln había cesado de ser sólo el esfuerzo de un ciudadano encumbrado: era asimismo la causa del pueblo libre de los Estados Unidos. Este empeño había dejado de estar encerrado en el ámbito nacional: se expandía también por el resto de la América ansiosa de ser plenamente una democracia republicana. De América se había extendido a Europa la admiración hacia el espíritu rector de la transformación fundamental de ciertos pensamientos y hechos humanos. La universalidad de semejante actitud se manifestaba en la alegría con que era saludada por gente de buena voluntad diseminada por la redondez de la Tierra.

En España, país monárquico con colonias donde la esclavitud de la raza negra era tenida por institución indispensable para la subsistencia económica, la obra de Lincoln arrancó aplausos que se oían al otro lado de la mar grande. Catalanes y vascongados rivalizaban en el deseo de mostrar su predilección por lo que amaba y defendía el emancipador de millones de indefensos siervos. Naturales de Cataluña enviaron al Presidente de los Estados Unidos una efusiva felicitación, que centenares de ellos firmaron, por la serena valentía con que saneaba y hermoseaba la condición humana. Además, asumieron la función de animadores de una empresa de mayor significación. La poetisa Carolina Coronado —la esposa de Perry, a quien en gestiones de su importancia

prestaba cooperación eficaz por su calidad de española bien relacionada en la corte de Isabel II— había glorificado a Lincoln en un canto salido de su estro. Y a Carolina Coronado de Perry se dirigieron en octubre de 1863 algunos de los habitantes de Barcelona admiradores del nuevo libertador de muchedumbres para pedirle que escribiese un libro dedicado a divulgar entre los españoles el conocimiento de los hechos y las tendencias de la guerra norteamericana. Mientras otros podían envilecer el talento ante cualquier dignidad, con tal que ésta estuviese envuelta en oropeles, ella debía enaltecer el nombre de la patria hispánica, en bellas páginas, ilustrando las mentes, conmoviendo los corazones y acalorando las imaginaciones. Los solicitantes prometieron a Carolina Coronado que millares de proletarios iban a agradecerle la doctrinas que encerrase aquel libro, que conservarían como el tesoro de la educación de sus hijos [2].

2

Gettysburg había pasado de simple expresión geográfica a la categoría de nombre famoso: consecuencia de una acción de guerra que, sobre haber convertido este pedazo de tierra en esponja de sangre del Sur y del Norte, señalaba un glorioso y trascendental esfuerzo bélico de la Unión. Con aquella precisión con que solía intuir, o adivinar más que juzgar el alcance de los acontecimientos, Lincoln anunció al pueblo en el momento mismo de conocer los resultados de la batalla de Gettysburg que el ejército del Potomac acababa de cubrirse de honor y de asegurar un grandioso avance a la causa federal. Naturalmente enraizó luego la idea de dedicar a cementerio nacional una parte del ya histórico campo de Gettysburg, tumba de tantos valientes. El 19 de noviembre de 1863 fué día escogido para efectuar, con la asistencia de Lincoln, el acto de la consagración.

Desde la víspera del día señalado para la consagración del cementerio nacional de Gettysburg el Presidente, en su manera de andar en el despacho del Ejecutivo, en la Casa Blanca, sin pronunciar palabra, dió muestra de hallarse atraído por un pensamiento fijo. En ese estado de alma se mantuvo durante horas. En el tren que lo llevaba a Pennsyl-

[2] *El Siglo,* La Habana, Marzo 22, 1864.

vania pareció sumido en alguna reflexión [3]. Al cabo, tomó papel y, poniéndolo sobre una de sus rodillas, escribió lo que era de seguro producto de largo trabajo mental y acaso reminiscencia de lecturas de tiempo más bonancible, del tiempo en que el reverendo Theodore Parker explicaba que la democracia tenía que ser el gobierno propio, directo, sobre todo el pueblo, por todo el pueblo, para todo el pueblo [4].

La inquietud y el dolor trabajaban demasiado en el corazón de Lincoln. Infinitas eran las zozobras y angustias por él sufridas. Los inmensos deberes y sacrificios afrontados durante tres años en lo cimero de la Nación se reflejaban en las profundas arrugas de su frente y de sus mejillas. Las diferencias entre la cara del político de Springfield y la faz del magistrado que se hallaba en Gettysburg evidenciaban los tormentos de un grande espíritu.

El acto del 19 de noviembre de 1863 en Gettysburg se inició a las diez de la mañana con una parada militar. La procesión recorrió las principales calles de la población y se detuvo en el nuevo cementerio donde los militares saludaron al Presidente. El discurso que suscitaba expectación estaba a cargo de Edward Everett, en diferentes épocas plenipotenciario en la Gran Bretaña, rector de la Universidad de Harvard, jefe del Departamento de Estado, senador de la Unión y candidato vicepresidencial y siempre orador de extraordinarios recursos y excelente fama. Everett empezó a hablar. Lincoln oyó con extremada atención aquella palabra prestigiosa y magistral. Algunos pasajes excedieron sus buenas esperanzas. Le pareció magnífica la refutación de la tesis de que el gobierno federal era sólo una agencia de los Estados. Se sintió conmovido por el homenaje tributado a las nobles mujeres norteamericanas por su angelical asistencia a los soldados de la Unión [5]. La disertación de Everett duró aproximadamente dos horas. Y luego el turno de Lincoln. El Presidente se levantó con lentitud. Sin utilizar el papel que había escrito en el coche del ferrocarril, seguro de la posesión de sus ideas, comenzó a expresarlas en voz alta en presencia de quince mil personas.

[3] CARLOS PEREYRA, *La Novela del Plagio. La Brevedad de un Discurso* en *Diario de la Marina,* La Habana, Agosto 16, 1931.

[4] WILLIAM E. BARTON, *The Life of Abraham Lincoln,* Boston-New York, 1943, vol. II, pp. 208-209.

[5] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. IX, pp. 210-211.

Ochenta y siete años habían transcurrido desde la fundación en el continente americano de una nación concebida en la libertad y dedicada a la proposición de que todos los hombres habían nacido iguales. Los empeñados en la guerra civil se hallaban poniendo a prueba si esa nación, o cualquier otra nación en igual ambiente concebida y a aquel objeto dedicada, podía perdurar. El orador y sus oyentes se encontraban reunidos en un enorme campo de batalla de esa guerra. Querían consagrar una porción de tal campo de batalla como lugar de eterno descanso de los que allí habían perecido para que la nación creada por sus padres continuase viviendo. Era propia, y a la vez justa, semejante consagración. Pero, con más amplio entendimiento ellos no podían dedicar, no podían consagrar, no podían santificar, aquel lugar. Los bravos, vivos o muertos, que habían luchado allí lo tenían hecho ya por encima de la potestad de acrecentarlo o disminuirlo. El Mundo notaría muy poco, y no lo recordaría por mucho tiempo, lo que se dijese junto a aquellas tumbas, pero nunca olvidaría lo que ellos habían hecho. Correspondía a los vivos, a los entonces reunidos, continuar la obra impulsada con tanta nobleza por los que habían peleado en aquel sitio. Era bueno que los decididos a cumplir tamaño deber fuesen allí a reanudar la ingenua labor que les quedaba por delante —la de que aquellos muertos venerados afirmasen la devoción de los vivos por la causa a que ellos habían consagrado su devoción ardorosa y definitivamente—, de modo que allí, en alto, declarasen que aquellos muertos no habían sucumbido en vano, que su nación bajo Dios, renacería con la libertad y que el gobierno del pueblo, por el pueblo, para el pueblo, no desaparecería de la Tierra [6]

Eso y no más que eso fué lo que Lincoln dijo en Gettysburg. En pocas frases vertió las ansias de su espíritu. Tan corta fué su oración —oración plena, en la acepción pura del vocablo— que un fotógrafo deseoso de tomar la parte gráfica de lo que se producía careció de tiempo para poner la placa en su cámara: todo había terminado cuando él, el fotógrafo, creía que aquello empezaba [7].

El fondo de doctrina antigua armonizó perfectamente con la enunciación del dogma democrático en el discurso pronunciado por Lincoln en Gettysburg. La doctrina antigua le

[6] *Ibid.*, pp. 209-210.

[7] STEFAN LORANT, *Lincoln. His life in photographs*, New York, 1941, p. 83.

venía de la Sagrada Escritura: percepción hebraica y unción cristiana acomodadas al pensamiento y al sentimiento de un hombre superior. La anunciación del dogma democrático guardaba estrecha relación, manifestada hasta en la reproducción literal, con la definición dada por Theodore Parker, seguramente recordada por el orador. Pero entre el fondo de doctrina antigua y la enunciación del dogma democrático renacieron dos ideas capitales del reformador. La primera de esas ideas sostenía la proposición jeffersoniana de que todos los hombres habían nacido iguales, y ella era luz interior que permitía a Lincoln avanzar con firmeza hacia la abolición de la esclavitud de la raza africana en su país cuando ya emancipación total y preservación del pacto federal eran términos inseparables. La segunda de las ideas centrales llevadas por Lincoln a su oración de Gettysburg miraba a todos los pueblos, no el suyo únicamente, como lo demostró con claridad al advertir que en la guerra civil se encontraban sometidas a prueba la subsistencia de los Estados Unidos y la de cualquier otra nación concebida en la libertad y dedicada a respetar la igualdad humana, y ello exaltaba sus virtudes ante las demás repúblicas de América y deparaba a su obra sentido de universalidad.

Lincoln tuvo por signo de unánime desagrado el silencio que siguió a las palabras por él pronunciadas en Gettysburg. Observó que mientras era celebrado con exaltación el largo discurso de Everett se guardaba absoluta reserva respecto del suyo. Después, dominado por la creencia de que su oración había causado pésimo efecto, cortó las ajenas manifestaciones verbales referentes a sus frases y negó importancia a las opiniones favorables de los periódicos, las que consideró como meros cumplimientos. Bajo esta deplorable sensación se hallaba cuando, en la tarde del día siguiente al del acto de Gettysburg, caminando por una de las calles de Wáshington fué conducido por el azar a una prisión-hospital. Un oficial confederado, herido en acción de guerra y moribundo, sin saber que hablaba con el Jefe del Ejecutivo, le expresó que era un varón excepcional aquel que en el cementerio nacional recién consagrado acababa de hacer una oración —la breve oración aparecida en la prensa y leída al agonizante unas horas antes— henchida de amor para sus partidarios y para sus adversarios. En la Historia no se encontrarían seis discursos que pudieran igualarse al del Presidente en Gettysburg. Tan sólo a un grande entre los humanos era dable ser par-

cial sin odios ni rencores. El expirante conocía que un minuto de reverente silencio, casi sin respirar el auditorio, había coronado la cortísima oración del alto funcionario, y dijo que eso constituía el más perfecto tributo pagado por un pueblo a un orador. La revelación del soldado del Sur puso lágrimas en los ojos de Lincoln [8].

Everett emitió juicio sobre la oración de Lincoln en Gettysburg: la consideró destinada a resonar en todas las edades. Algunas horas después de pronunciada por primera vez, cuando se oían aún los ecos del acto celebrado en el histórico campo de batalla, en parte ya cementerio nacional, Lincoln escribió a Everett. Admitió que cada uno de ellos había procedido adecuadamente en Gettysburg. Ni Everett hubiese podido hacer un breve discurso, ni él, Lincoln, uno largo. Everett había hablado en forma satisfactoria, de gran valor para su país, y a ratos había conmovido al Presidente. El Presidente se alegró de saber por la opinión proveniente de Everett, que lo poco que había dicho no era enteramente un fracaso. Aquellas apretadas cláusulas, suma expresión del ideario del libertador de mirada triste, estaban llamadas a pasar de boca en boca —era el presagio de Everett, orador eminente— por los siglos de los siglos.

Las escuetas palabras pronunciadas por Lincoln en el cementerio nacional de Gettysburg fueron precedidas y seguidas de un largo y horrendo choque en torno a Chattanooga, en Tennessee, algo semejante a lo ocurrido cinco meses atrás en lo que ya era camposanto en Pennsylvania. Los cuerpos de ejército de Rosecrans, Hooker y Grant, a veces peleando a una altura mayor que la de las nubes, batieron heroicamente a los confederados, forzados a abandonar el terreno en términos que compensaron las pérdidas poco antes sufridas por los federales que necesitaron concentrarse en Chattanooga. La victoria de la Unión fué decisiva en Missionary. En poder de las fuerzas de la Unión siguió en noviembre de 1863 Chattanooga, cuyo sitio costó a las del Sur seis mil prisioneros y cincuenta cañones. Los disparos de artillería en las inmediaciones de Chattanooga parecieron lejanas salvas en honor de los valores inmanentes exaltados por Lincoln en Gettysburg.

La actividad de los abolicionistas norteamericanos en la

[8] MARY RAYMOND SHIPMAN ANDREWS, *The Perfect Tribute,* New York, 1906.

[9] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. IX, pp. 210-211.

cuestión dominicana era temida por los funcionarios españoles. Ya García Tassara tenía expresadas a Domingo Dulce, la suprema autoridad de Cuba, las sospechas que le infundían el carácter y las tendencias de aquellos ciudadanos del Norte. En realidad, existía una relación lógica entre la propensión liberadora denunciada por el diplomático hispano y lo fundamental y permanente de la política de Lincoln, así en lo nacional como en lo interamericano. Los temores del Ministro de España en Wáshington crecieron tanto que él se consideró obligado a protestar oficialmente contra la existencia de grupos organizados en los Estados Unidos para alentar a los revolucionarios antillanos y enviar armas a Santo Domingo [10].

La noticia de los magníficos resultados obtenidos por las armas de la Unión en noviembre de 1863 se esparció por el resto de América con interés no inferior al que esos sucesos bélicos despertaron en los Estados Unidos. Sin entrar en consideraciones técnicas, a que invitaban las resonantes victorias del Norte, los distantes observadores aprovecharon la oportunidad que se les presentaba para juzgar al lidiador que hacía posible la subsistencia de la Unión. Una voz cubana se dejó oír con acentos que eran expresión del sentir propio y eco del sentir de los demás hombres que en la América latina percibían la influencia moral de Lincoln, irradiada bajo el signo de la libertad universal. El conde de Pozos Dulces, el eminente escritor habanero, opinó acerca de la personalidad y la obra del emancipador de esclavos y soldador de su nación.

Las miradas de los latinoamericanos se fijaban en Lincoln, el hombre desconocido, calumniado y escarnecido que de labriego se había elevado al primer puesto de una gran república en momentos tan críticos y solemnes que nunca volverían a presentarse para poner a prueba el temple y la energía de una grande alma. El eminente ciudadano, penetrado de los deberes impuestos por el juramento de conservar intactas la Constitución y la Unión, había cerrado los oídos a toda sugestión que no tendiese al logro de esos sagrados objetos. Sólo así se explicaba que se le hubiese hecho víctima de todas las inculpaciones, invectivas y calumnias amontonadas sobre sus hombros por separatistas y demócratas y hasta por propios amigos suyos, secundados unos y otros por la malquerencia de los gobiernos europeos. Se le había visto y se le veía en singular postura en medio de inicuos clamores: impertérrito, sin ceder un ápice

10 DEPARTMENT OF STATE, BUREAU OF ARCHIVES, Wáshington, D. C.: Gabriel G. Tassara to William H. Seward, November 19, 1863.

delante de los peores reveses, sin desmayar ni por un instante, lleno de fe, firme en su propósito y con la confianza deparada por la conciencia del deber cumplido y la justicia de su causa. Con tamañas potencias morales defendía y conservaba ileso el sublime legado de otro varón excepcional, puesto a prueba como él y como él también triunfante de las circunstancias y de los hombres. Tenía ánimo esforzado, abnegación y patriotismo, consagrados con invariable entereza al servicio de su país y al auge de una idea santa, despreciando las oposiciones y resistencias conjuradas en su daño. Su verdadero puesto se hallaba en las edades. Las nuevas generaciones, sin distinción de patria ni de bandera, lo colocarían en elevado pedestal. El nombre de Lincoln se encontraba destinado a ocupar una página gloriosa en el libro de los egregios: como otro imperecedero, el de Wáshington, el nombre de Lincoln tenía ya señalado su lugar en la Historia por aquellos a quienes no deslumbraban las pasiones de partido ni las miserias del momento que corría. La nación norteamericana, para perpetua memoria de su fundador y su restaurador, los trasmitiría enlazados a la más remota posteridad[11].

Quien interpretaba los pensamientos y sentimientos de los pueblos latinoamericanos pretendió columbrar el destino reservado a Lincoln. Seguramente pareció aventurado su dictamen. El propio opinante advirtió que no quería echarla de profeta. Pero él creyó que su juicio no era el fruto de febril alucinación ni reflejo de excesiva admiración. ¿Provenía su vaticinio del conocimiento de la capacidad de crear, la capacidad de perdonar y la capacidad de amar que constituían virtudes cardinales del prócer? ¿Adivinaba el cubano que en diciembre de 1863 escribió que el nombre de Lincoln pertenecía, y con gloria, a todos los tiempos?

4

Unas reflexiones de Lincoln en defensa de la proclama de emancipación adujeron la buena verdad de que jefes militares de la Unión habían reconocido la eficacia de los servicios prestados en sus filas por soldados de color. Ciertamente, uno de los progresos federales en el año de 1863 consistió en el excelente resultado que estaba dando el cumplimiento de la disposición presidencial enderezada a que los recién sa-

11 *El Siglo,* La Habana, Diciembre 5, 1863.

lidos de la esclavitud pudiesen tener ingreso en la milicia nacional. Los alistados por esta vía no eran los únicos negros que peleaban por la subsistencia de la Unión, pues muchos procedentes de los Estados denominados libres también acudían a los llamamientos bélicos de Lincoln. Unos y otros contribuían con su valor y disciplina al triunfo del Norte, que era el triunfo de ellos y de su redentor.

El Presidente favorecía la idea de establecer una línea de barcos entre los Estados Unidos y el Brasil. Muy en armonía con esta actitud se hallaron en lo fundamental las gestiones conducidas por su Ministro en Río de Janeiro. La negociación sobre el nuevo servicio naviero requería la intervención de los poderes públicos del Brasil y de los Estados Unidos. James Watson Webb llevó las cosas de manera que la correspondiente concesión debía otorgarse por el Brasil en favor de su hijo Robert S. Webb, quien después las trasmitiría al padre. Seward trasladó a la Casa Blanca las notas confidenciales procedentes de Webb. Tan pronto como el Jefe del Ejecutivo conoció los manejos impropios e ilegales del Ministro resolvió abstenerse de solicitar del Congreso la cooperación necesaria para terminar los arreglos conducentes a la inauguración de una ruta marítima que él era de los primeros en considerar útil [12]. Lincoln prefirió ver frustrado un proyecto que tenía su beneplácito a consentir en la consumación de un concierto interamericano que dañaba la moralidad de su administración y el crédito exterior de la Nación.

El Congreso había autorizado al Ejecutivo para amnistiar a participantes en la rebelión. El Presidente tenía expedidas varias proclamas con disposiciones referentes a la libertad de los esclavos. Tales precedentes indujeron a personas comprometidas en la tentativa de secesión a someterse a la autoridad de los Estados Unidos y trabajar por el restablecimiento de gobiernos locales adictos a la Unión. Lincoln no desoyó las solicitaciones de clemencia de quienes habían combatido contra la causa que él encabezaba, y sometió a estudio conjuntamente esas imploraciones y sus propias ideas acerca de la reconstrucción nacional.

Para llegar a prontos y eficaces resultados en medio de las victorias federales, era menester empezar a curar las heridas morales y materiales sufridas por el cuerpo de la Nación. El Presidente había luchado y luchaba por preservarla de

12 LAWRENCE F. HILL, *Diplomatic Relations between the United States and Brazil,* Durham, N. C., 1932, pp. 165-167.

disolución y ruina. Cuando tuvo la seguridad de que estos objetivos no se frustrarían inició la difícil tarea de ayudar a levantar la Unión con el concurso de vencedores y vencidos.

En 8 de diciembre de 1863 fué expedida una proclama presidencial de amnistía y reconstrucción. Para ella se concedió total perdón a todos y cada uno de los participantes en la rebelión contra el pacto federal, con excepción de los que habían tenido mando militar o naval, los que habían abandonado el Congreso o pedido baja en las fuerzas armadas de la Unión para apoyar a la Confederación y los que habían tratado a las personas confiadas a su custodia de modo distinto del prescripto en las leyes de la guerra para los prisioneros. La medida de conmiseración dictada por el Jefe del Ejecutivo comprendió la restauración de los derechos de propiedad, excluído, naturalmente, el relativo a esclavos. A cambio de lo que así otorgaba, Lincoln dispuso que por cada uno de aquellos que se acogiesen a la amnistía se prestara juramento de fidelidad a la Constitución de los Estados Unidos y a los mismos Estados Unidos y de acatamiento y apoyo a los actos producidos por el Congreso y por el Ejecutivo con motivo de la guerra respecto de la condición servil de parte de la población mientras no fuesen derogados, modificados o anulados por acuerdo del Poder Legislativo o por decisión de la Corte Suprema [13].

¡Amnistía y reconstrucción! Estas santas palabras traducían sentimientos profundamente cristianos. Quien las suscribió no daba sorpresa alguna. De su formación moral y de las propensiones de su espíritu había que esperar siempre perdón y olvido para los agravios provenientes de sus adversarios. La pasión y la memoria eran por él utilizadas para fines altísimos. Y urgía restaurar la Nación. Entre lo esencial para restaurar la Nación se hallaba la justicia social debida a los hombres exonerados de la esclavitud. La proclama de amnistía y reconstrucción, en lo concerniente a las funciones especiales atribuídas a los Estados que se reincorporasen a la Unión, reconoció la necesidad de proveer a educar a los emancipados y sacarlos de la condición de trabajadores sin tierra y sin hogar [14]. ¡Santas palabras eran las que, ante el Todopoderoso, hablaban de amnistía y reconstrucción cuando aún tronaban los cañones y ardía la contienda civil! Un

[13] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. IX, pp. 218-221.

[14] *Ibid.,* p. 222.

clima de confianza tan misericordiosamente deseado tenía que contribuir a impulsar la mejoría del país, de manera principal en las regiones castigadas por el conflicto bélico.

5

El tratado concluído entre los Estados Unidos y la Gran Bretaña para suprimir el tráfico de esclavos africanos fué ratificado y puesto en ejecución en 1863. Este feliz acontecimiento internacional era fruto de la política emancipadora de Lincoln, tan gloriosa como discutida. El Presidente expresó con satisfacción que el odioso e inhumano tráfico había terminado para siempre en cuanto al pueblo norteamericano [15].

Las relaciones entre Wáshington y Londres mejoraron por efecto del concierto sobre supresión de la trata. El haber llegado a coincidir las opiniones de los Estados Unidos y la Gran Bretaña en un asunto de tanta importancia políticosocial amplió las posibilidades para otros acuerdos llamados a acendrar la amistad de las dos potencias. Al fin, el gobierno de la reina Victoria se decidió a ejercer su autoridad para impedir que saliesen de los puertos ingleses nuevas expediciones hostiles a la Unión. Lincoln se refirió en su mensaje anual al Congreso de 8 de diciembre de 1863 a ese cambio de conducta para decir que era lo que justamente esperaba [16].

Al declinar el año de 1863 Lincoln señaló el hecho de que su gobierno seguía en paz y amistad con las naciones extranjeras. La Gran Bretaña le deparaba el sosiego proveniente de arreglos negociados con facilidad y de actos unilaterales que hablaban de respeto a la Unión. El emperador de Francia se declaraba campeón de la neutralidad entre el Norte y el Sur, aunque su peor pecado acerca de América no podía producirse por el reconocimiento de la independencia de los Estados Confederados, sino por su creciente intrusión en la vida mexicana. Las dificultades entre Madrid y Wáshington, agravada por la cuestión relativa a la jurisdicción marítima de España en Cuba, se hallaban atenuadas, y el arbitramiento del Rey de los Belgas, sugerido por el propio Lincoln, estaba llamado a hacer renacer una cordialidad internacional cuya importancia era notoria por la condición de colonia hispánica

[15] *Ibid.*, p. 225.
[16] *Ibid.*, p. 224.

que tenía Cuba, fuente de abastecimiento de la Confederación. Las relaciones de los Estados Unidos con la América latina continuaban ascendiendo a un nivel de recíproca consideración. La controversia por tanto tiempo pendiente entre la Unión y Chile por reclamaciones de ciudadanos de aquélla se encontraba resuelta desde que ambos países aceptaron sin dilaciones ni reservas la decisión del monarca belga. En Lima trabajaba activa y eficazmente la comisión mixta encargada de poner término a demandas de los Estados Unidos contra el Perú. Era de esperarse un concierto satisfactorio en el caso del tráfico interoceánico por Nicaragua. El haberse acreditado en Wáshington y Bogotá representantes diplomáticos de Colombia y la Unión, respectivamente, señalaba otro avance de la política de comprensión y solidaridad americanas que constituía una de las vitales aspiraciones de la Casa Blanca [17]. Quedaba lo de México, pero esto se hallaba sujeto a dos claras determinaciones de Lincoln: *a*) la de mantener el principio de no intervención por parte de los Estados Unidos, criterio muy acorde con el de Juárez; *b*) la de constreñir a Napoleón III a sacar sus tropas de México tan luego como cesase la guerra en la Unión.

Seward y García Tassara discutieron las cláusulas que pautarían al arbitraje relativo a la jurisdicción de España en aguas de Cuba. El Secretario de Estado sometió a la consideración del Ministro de Isabel II un proyecto de tratado [18]. El legado hispánico propuso dos modificaciones [19]. Seward reconoció que esas enmiendas no eran contrarias a las intenciones de las partes [20]. El enfadoso pleito entró así en su fase final en diciembre de 1863. Eliminar una complicación internacional era para Lincoln afianzar el predominio de la Unión en la cruenta lucha por su total reconstrucción.

6

Al otro lado del Río Grande continuaba Juárez defendiendo la soberanía internacional de su país con los brazos de sus heroicos seguidores y con las fuerzas de su espíritu.

[17] *Ibid.*, pp. 224-227.

[18] DEPARTMENT OF STATE, BUREAU OF ARCHIVES, Wáshington, D. C.: William H. Seward to Gabriel G. Tassara, December 9, 1863.

[19] *Ibid.*: Gabriel G. Tassara to William H. Seward, December 9, 1863.

[20] *Ibid.*: William H. Seward to Gabriel G. Tassara, December 17, 1863.

Manejaba él mismo un arma prodigiosa: el arma de su paciencia, no menor que la de Lincoln. Luchaba como podía. Sabía esperar. De vez en cuando ponía su pensamiento en los Estados Unidos. No esperaba ni deseaba que éstos llevasen sus ejércitos a México, sino que recobrasen la autoridad inherente a una gran potencia en paz, para que una feliz mudanza visitase a la República. En la intimidad natural entre padre e hijo, en carta que el 12 de diciembre de 1863 escribió a Pedro Santacilia, Juárez fijó con sencillez y diafanidad su pensamiento. Ansiaba que con la ayuda de Dios los defensores de la Unión alcanzasen una pronta solución en la guerra civil y quedaran en aptitud de llamar al orden a Luis Napoleón. A su entender, iba a bastar la cesación de la contienda bélica en la vecina nación para que el Emperador cambiase el tono de su insensata política contra el pueblo mexicano [21]. Absoluta era la armonía de esta opinión con la expuesta una semana atrás por Lincoln a John M. Thayer sobre la presencia de las tropas francesas en México. Si Juárez hubiese tenido información directa y circunstanciada del coloquio de Lincoln con Thayer, no habría podido expresar una creencia más coincidente con la aludida de Lincoln que la dada a conocer por él a Santacilia.

La Francia imperial no se curaba del achaque de intervenir en los asuntos privativos de las naciones americanas. So color de que se ideaba agregar el Ecuador a los Estados Unidos de Colombia, el Ministro de Napoleón III en Bogotá dirigió al gobierno cerca del cual estaba acreditado una nota cuyo contenido se tuvo por anuncio de que Francia pretendía inmiscuirse en los negocios públicos de la República. El gobierno de Colombia notició esto, que era tanto como una amenaza condicional, a Lincoln, por si juzgaba pertinente vigilar los movimientos de Francia hacia una nueva intrusión en la política del Hemisferio Occidental. El Presidente solicitó explicaciones de París. El Emperador negó la existencia del proyecto que se le atribuía. Seward puso en conocimiento del Ministro de Colombia en Wáshington la respuesta de Francia. Funcionarios de Quito tuvieron la gestión del gabinete de Lincoln por manifestación de un concierto entre la Unión y Colombia contrario a la independencia del Ecuador. De Wáshington salieron expresiones categóricas de la actitud de Lincoln. El Presidente no se creía con derecho a ex-

[21] BENITO JUÁREZ Y PEDRO SANTACILIA, *Archivos Privados,* México, 1928, vol. I, p. 19.

poner opinión alguna respecto de las cuestiones que dividían al Ecuador y Colombia. No tomaba parte en ellas. Deseaba, sí, que ambos países hispanoamericanos mantuviesen la paz entre sí y perfeccionaran las instituciones representativas del régimen republicano. Bajo la inspiración de estos sentimientos gustosamente gestionaría ante cualquier potencia por encargo y en favor del Ecuador, como en el caso mencionado lo había efectuado con el deseo de proteger a Colombia. Verdaderamente, la investigación así realizada había sido practicada en provecho no menos del Ecuador que de Colombia [22].

Los conceptos vertidos por Lincoln al recibir de manos de Matías Romero la carta credencial de Ministro de México en Wáshington no eran por sí solos suficientes para poner sosiego y optimismo en el partido de Juárez. Aquellas palabras del alto magistrado de la Unión habían llevado un principio de consolación a los republicanos de México en horas en que veían hollado el suelo nacional y amenazada la vida de sus instituciones por los soldados de un imperio. Pero estos peligros crecían sin cesar. El propio Romero se manifestó sorprendido y dolido, en diciembre de 1863, ante el hecho de que Napoleón III, cuyos planes atacaban tanto a los Estados Unidos como a México, hubiese podido reunir en el Golfo un grande armamento de mar y tierra sin ninguna oposición eficaz por parte de la Unión.

Los actos y determinaciones de valor espiritual de Lincoln traspasaban las fronteras nacionales. En los momentos en que él se complacía en ejecutar la resolución conjunta adoptada por el Senado y la Cámara de Representantes para enaltecer a Grant y a los oficiales y soldados que bajo el mando de este general habían peleado en batallas triunfales, tan decisivas para la subsistencia de los Estados Unidos, su gobierno procuró acendrar las relaciones políticas con Chile asociándose a los sentimientos así de dolor como de alegría de la república del Pacífico y disponiendo que se rindiesen especiales honores a su bandera en las fiestas patrias. Estas cortesías fueron un agente de la fraternidad americana que Lincoln quería adelantar por todos los medios a su alcance. Chile las aceptó y agradeció como elegante expresión de una política internacional que llevaba a la Unión a tratar de igual a igual a un país que distaba de ser semejante a ella en los tamaños de su territorio y población, aunque lo era en el orden moral

22 DEPARTMENT OF STATE, BUREAU OF ARCHIVES, Wáshington, D. C.: William H. Seward to Frederick Hassaurek, December 14, 1863.

y en la disposición a intensificar la solidaridad hemisférica [23]. En realidad, Chile no había recibido de otros dirigentes de los Estados Unidos manifestaciones de respeto como las que ya debía a Lincoln.

7

Los días de Gettysburg y Chattanooga —cuando el máximo conductor de la Unión pronunció palabras evangélicas sobre un camposanto patrio y los defensores del pacto federal y de la libertad de todos los hombres pelearon en cumbres más altas que las nubes— quedaron señalados por el fenómeno políticosocial que fué la ascensión de Lincoln en el aprecio universal. América y Europa dieron señales de hallarse enteradas de la presencia de cosas nuevas en el vasto país regido principalmente por la voluntad, a la vez tierna y férrea, del ciudadano salido de las praderas y colocado por el destino en la Casa Blanca. Semejante conocimiento acendró respetos y afecciones hacia el singular lidiador.

Las relaciones entre los Estados Unidos y las demás repúblicas americanas se mantenían en el tono cordial y comprensivo que la política lincolniana había querido que tuviesen. Hasta la más apartada —por razones geográficas y por razones de una política internacional que sentía predilección por Europa— comenzó a pensar en la conveniencia de poner a la cabeza de su legación en Wáshington a uno de sus hombres eminentes por el talento y el carácter. Al declinar el año de 1863 el gobierno de la Argentina maduraba la idea de nombrar Ministro cerca del de Lincoln a Domingo F. Sarmiento, educador, escritor y estadista excepcionalmente dotado de inteligencia, cultura y experiencia. Sarmiento era uno de los forjadores de la nueva nación que la Argentina anhelaba ser después del derrocamiento de Juan Manuel de Rosas, conocía a fondo las instituciones políticas y sociales de la Unión y se afanaba por contribuir a estrechar los lazos de amistad y cooperación entre todos los pueblos del Hemisferio Occidental. La Argentina deseaba tener en los Estados Unidos un representante diplomático digno de Lincoln y de lo que Lincoln simbolizaba.

Con las ideas favorables a Lincoln que se abrían paso en

23 BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA, *Discursos Parlamentarios,* Universidad de Chile, 1939, vol. I, p. 733.

la distante Argentina corrían parejas las conclusiones que ratificaba la cercana Cuba respecto del conductor de la Unión. En esta colonia hispánica el espíritu liberal vigilaba la marcha de la guerra existente en los Estados Unidos. En diciembre de 1863 en La Habana se publicaron juicios muy instructivos. Se exhibió la satisfacción causada por la seguridad de que la Unión no sería destruída. Se saludó con alborozo la verdad de que por todas partes se modificaba la errada opinión de que la quiebra del pacto federal era cosa apetecible. Se vió a la América entera haciendo votos por su conservación. Se recordó que la Gran Bretaña aplaudía la elocuente voz de quien diputaba hijas de una perversidad las simpatías por la aspiración separatista del Sur. Se advirtió que el jefe de la nación más adelantada de Europa no podía oponer una voluntad de monarca prusiano a las ideas y tendencias de un pueblo como el francés, muy acordes con las de Lincoln. Las ideas y tendencias de Lincoln se ajustaban a las de la civilización. Los avances impulsados por él merecían la sanción de sus contemporáneos y de la posteridad [24].

No estuvo solo el parecer cubano según el cual Napoleón III no debía encarar el riesgo de desviar las ideas y tendencias del pueblo francés concordantes con las de Lincoln. Desde otro punto de vista se manifestó en términos parecidos Juan Prim, el general que había conducido a México la parte española de la expedición militar acordada por la Triple Alianza y que de México había retirado las tropas hispánicas, con honra y provecho para su nación, en un acto inspirado en principios y conclusiones semejantes a los de Lincoln en relación con la república presidida por Juárez. A su regreso de México, Prim había visitado la Unión, conocido a Lincoln y apreciado las fuerzas materiales y morales que, en escrito que empezó a circular en 1863, juzgó superiores a las de cualquier otra potencia. Esta apreciación llevó consigo un aviso de la mayor importancia, sobre el que Prim llamó la atención de los estadistas franceses [25].

¿Habló Prim, español, de los valores colectivos regidos por Lincoln con criterio de hombre del Nuevo Mundo? ¿Su opinión reflejó estados de conciencia de su país, En verdad, la voz de Prim no fué la única que se alzó en España para emitir juicios esenciales acerca de los Estados Unidos. A los Estados Unidos y a su Presidente se refirieron de modo en-

[24] *El Siglo,* La Habana, Diciembre 20, 1863.
[25] *Ibid.,* Marzo 8, 1864.

comiástico otros hombres de la Península. De Lincoln, más que de los Estados Unidos, habló un periódico de Bilbao en las postrimerías de 1863. Bien pudo parecer que la aludida publicación vascongada difundía el consenso de la gente de ideas avanzadas de toda Europa sobre el emancipador de millones de esclavos. Acaso así lo entendían quienes se ocuparon en reproducir en América aquellas reflexiones relativas a Lincoln [26].

La Europa liberal tenía a Lincoln en 1863 por mucho más que uno de los primeros ciudadanos de la época: lo tenía por una doctrina, por una idea, por el símbolo de una transformación inmensa. Desde los tiempos de George Wáshington no había producido América un repúblico tan convencido, tan enérgico, tan desinteresado y tan modesto como Lincoln. La escrupulosidad del Presidente se hallaba acompañada de una profunda fe en los principios. El estadista celoso, fiel a sus juramentos consitucionales, respondía a los anhelos del ciudadano consecuente, cuya popularidad era hija de sus virtudes. Otros obreros de la Historia han merecido apodos que hablaban de batallas, conquistas, crueldades, saberes, grandezas, lumbres y glorias. Su sobrenombre —el honrado Abe— exaltaba una fuerza moral más sencilla, pero más significativa. Esas palabras entrañaban la breve y brillante apología de un patriarca del mundo cristiano y de un prócer llamado por el destino a conjurar una crisis histórica [27].

Desde Europa se medían con exactitud las fuerzas morales merced a las cuales Lincoln lograba sobreponerse a las tremendas consecuencias de la conflagración nacional. Permanecía sereno, incansable en el trabajo, apegado al cumplimiento de las leyes, enérgico con la rebelión, pío con los caídos, imparcial entre los bandos que se disputaban la supremacía política en la Unión y persuadido del triunfo definitivo de la justicia. No se doblegaba bajo la pesadumbre de las inmensas responsabilidades que había asumido. Amaba y respetaba la Constitución. No daba oídos a pretensiones ilegales o excesivas de amigos o enemigos. Exigía de todos, por cuantos medios aconsejaba la necesidad de adelantar la salvación pública, los sacrificios que la Nación reclamaba [28].

La universalidad que la buena reputación de Lincoln iba adquiriendo tenía estrecha relación con sus actitudes funda-

[26] *Ibid.*, Enero 17, 1864.
[27] *Ibid.*
[28] *Ibid.*

mentales. Más que la proeza de alinear las potencias físicas y espirituales de la Unión frente a la bélica tentativa de arruinar el pacto federal, o tanto como la heroica determinación de abolir la esclavitud de la raza alricana en su patria, impresionaba las conciencias honradas la luz irradiada por sus ideas, puestas al servicio del adelanto humano. Una nueva doctrina se expandía por el Mundo: la doctrina de Gettysburg. En Gettysburg había exaltado Lincoln la conducta de los fundadores y de los mantenedores de la Unión para llegar a conclusiones aplicables a todos los hombres y a todos los pueblos. De una fuente insecable de amor habían partido aquellas pocas frases, que eran vehículo de las ansias e inquietudes de un lidiador afanado por el progreso y la mejora de su especie. La doctrina de Gettysburg alcanzaba el rango de valor ecuménico.

Capítulo XVI

MISERICORDIA Y AUTORIDAD

Important principles may and must be inflexible.

ABRAHAM LINCOLN.

1

El filósofo iba acumulando conceptos sobre la manera de ser y la conducta del estadista. El pensador no acababa de salir del asombro que le producía la revelación de la vigorosa personalidad del conspicuo ciudadano por él observado y estudiado. En circunstancias gravísimas para la Nación, cuando más se necesitaba y deseaba la presencia de un varón de mucho carátcer y mucha bondad, feliz combinación de energía y ternura excepcionales, no cabía duda de que tamaña exigencia estaba satisfecha. El filósofo anotaba las condiciones que concurrían en el estadista.

Ralph Waldo Emerson seguía con creciente atención los pasos de Abraham Lincoln. La razón de su interés no se hallaba tanto en el hombre en quien él descubría inteligencia y virtudes extraordinarias como en el país que sólo con empeños a la vez heroicos y misericordiosos podía salvarse de extremas dificultades. Pero un fuerte espíritu de justicia lo llevaba a reconocer que el ocupante de la Casa Blanca reunía en sí facultades que lo hacían merecer bien de su patria. En la mente de Emerson se fijaban concretos juicios acerca de la tolerancia, la imparcialidad, la filantropía y la sapiencia de Lincoln.

En su actividad oficial Lincoln demostró tener un amplio buen humor, que lo hacía tolerante y accesible para el menesteroso. La posesión de un espíritu imparcial lo inclinaba a escuchar el ruego del implorante. La paciencia que era parte de su temperamento lo mantenía habilitado para admitir

sin aflicción las innumerables visitas que recibía. Su filantropía avanzaba en medio de los trágicos sucesos de la guerra. Cuando un pobre negro dijo que *Massa Linkum* estaba en todas partes, refiriéndose a los inmensos bienes que deparaba donde la necesidad era mayor, emitió un elogio digno de la generosidad del emancipador de millones.

El discurso jocoso era un rico don de este hombre pío y melancólico. Semejantes eran la gracia de su habla y su capacidad para escuchar. En la Casa Blanca disfrutaba semanalmente de aquellos baños de opinión pública que para él eran las visitas de sus compatriotas. Sentado en un sillón, como quien aguardaba cosas gratas al corazón, recibía a los que de todas partes llegaban. Sus oídos nunca estaban más atentos que en aquellas frecuentes ocasiones. Una palabra de asentimiento salida de sus labios era causa de inusitado placer. Una negativa suya tenía la virtud de no herir al solicitante. Sus decisiones severas aparecían despojadas de aspereza. En la conversación faz a faz lograba sondear a su colocutor y conocer su intimidad. Este modo de conducirse era para un hombre de trabajo constante, en situaciones ansiosas y desoladoras, el descanso natural, tan bueno como el sueño, y la protección del sobrecargado cerebro, atacado por el resentimiento y la insania circundantes.

Las frases felices de Lincoln eran vías por donde su sapiencia corría hacia millones de personas. El peso y la penetración de pasajes de sus conversaciones, discursos, epístolas y mensajes difundían fuerzas morales e intelectuales: certero sentido común, definiciones elocuentes, consoladoras previsiones y tono elevado, más humano que nacional. Su breve oración en la consagración del cementerio de Gettysburg se leía y releía como admirable expresión de su facultad para usar un lenguaje reservado a muy pocos en el Mundo [1].

El comportamiento sencillo de un alto funcionario en un país sin humos ni petulancias constituía un suceso dichoso. Lincoln lo producía desde la primera magistratura nacional. El que se le hubiese visto alguna vez, muy de mañana, en la entrada de la Casa Blanca, calzadas aún las zapatillas, saludando a los transeúntes y esperando al vendedor de periódicos, como cualquier vecino de la ciudad de Wáshington, era un hecho inolvidable para los patriotas. La ausencia de atuendo en torno suyo daba lugar a juicios muy favorables a él.

[1] RALPH WALDO EMERSON, *The complete essays and other writings*, New York, 1940, pp. 918-919.

Cuando un visitante del Jefe del Ejecutivo contaba que éste había salido de su despacho, con la tarjeta del recién llegado en la mano, para adelantarse a recibirlo, se repetía el relato con fruición y se encomiaba al político venido de las praderas de Illinois.

Llevaba en lo mejor de su espíritu el santo amor al prójimo. Ofender no era propensión suya. Pero la suspicacia ajena podía hacerle aparecer como irrespetuoso de la dignidad humana. O el cansancio y el agotamiento alteraban su ecuanimidad. El Presidente no tenía empacho en mostrar su congoja por la presunción de que alguien creyese que él lo había menospreciado. Un episodio en que intervino con un jefe de tropas federales era digno de ser exhibido. El militar lo visitó una tarde, al cabo de horas de intensa labor en la Casa Blanca, en solicitud de una prórroga de licencia, otorgada por enfermedad, para ir a recoger el cadáver de su esposa, víctima de un naufragio. Lincoln se incomodó porque se le molestase con un asunto que era de la incumbencia del Secretario de la Guerra y descargó su enojo sobre el triste, poco menos que echado de la Mansión Ejecutiva. Una noche terrible sobrevino para el Presidente. Al día siguiente, temprano, el primer ciudadano de los Estados Unidos se presentó en el hotel donde se albergaba el ofendido, le pidió perdón por lo ocurrido la víspera y le entregó el permiso para ir al encuentro de los restos materiales de su consorte. Procederes de esta naturaleza eran recordados por quienes observaban con admiración cómo Lincoln sabía recobrar la serenidad, el concepto de lo justo y el equilibrio necesario para reparar una demasía propia.

A golpes de grandeza eliminaba obstáculos, vencía oposiciones, ganaba voluntades. Las vicisitudes de su país y las de su existencia lo constreñían a afrontar una lucha horrenda, ni deseada ni provocada por él, enemigo de todo lo que emponzoñase la convivencia humana. La guerra, por lo que tenía de fratricida, solía imponerle crueles trances. A solas lloraba —lloraba el Presidente de los Estados Unidos— porque generales suyos se decidían a fusilar, por desertores, a mozos campesinos que no querían aprender el arte de matar y morir peleando. Un acto cualquiera de tan noble linaje le aseguraba albergue en lo mejor del corazón de cada uno de sus semejantes [2].

Con un claro sentido de las responsabilidades públicas

[2] JOSÉ MARTÍ, *Norteamericanos,* La Habana, 1939, vol. III, p. 17.

definía sus deberes, que juzgaba más importantes que sus derechos. No dejaba oscurecer su mente con los vahos de la popularidad. Por su afición al simil, diputaba sus relaciones con las muchedumbres semejantes a las de un abogado con sus clientes. Un abogado consciente no podía permitir que sus clientes condujesen el pleito en forma contraria a su parecer. Si su manera de regir los negocios públicos no era del agrado de muchos ciudadanos, oportunidad tendrían éstos de prescindir de sus servicios por los medios privativos de una democracia. En el entretanto era obligación suya no dejar en otras manos el gobierno de la Nación.

Desnudo de mezquinas pasiones se presentaba ante pequeños y ante grandes. Los pequeños no encontraban en él la adulación del demagogo. Ni los grandes podían verle como un rival. A los de abajo advirtió desde el principio de su administración que eran indignos de que les buscase habitación cuando la pretendían en el palacio que estaba en llamas. De los servicios de los de arriba se valía o prescindía con arreglo sólo al bien común.

2

Las campañas militares de 1863 habían dejado en lo alto la bandera federal. El año de 1864 se inició con buenas esperanzas para las armas de la Unión. Numerosos eran los presagios favorables al propósito de conservar la estructura nacional sin menoscabos ni desprendimientos y exenta del oprobio de la esclavitud de parte de la población. Pero la situación no se presentaba para el Norte tan aliviada de peligros que fuese posible apartar la atención del aparato militar organizado a costa de sacrificios sin tasa. El Sur continuaba batallando por la secesión en términos inquietantes. La causa a cuya cabeza se hallaba Lincoln contaba con renovadas fuerzas físicas y morales. Los Estados Unidos ofrecían señales concluyentes de querer salvarse. Al lado del Preidente se encontraban notables valores humanos, como Ulysses S. Grant, el conductor de tropas que iba dando la medida requerida por la gigantesca contienda civil.

En la festividad del año nuevo, el 1º de enero de 1864, el Presidente departió muy afectuosamente con el Encargado de Negocios de México. Con visible interés inquirió del diplomático noticias acerca de la situación de su país. Conside-

raba que no había empeorado en forma alguna. Así lo deseaba. Pero la ocasión, a juicio del visitante, puso de manifiesto algo más que la buena voluntad de Lincoln hacia México, Romero observó que el Jefe del Ejecutivo, en uno de los salones de la Casa Blanca, padecía bajo la sospecha de que sus palabras de simpatía para la república de Juárez, de ser oídas por determinados circunstantes, le suscitasen desagrados. El Encargado de Negocios de México mencionó los nombres del Secretario de Estado y del Ministro de Francia: Seward, por el empeño de evitar dificultades con la corte de Napoleón III, y Henri Mercier, por la necesidad de ser custodio de los designios del Emperador, embarazaban la conversación de Lincoln sobre uno de los asuntos exteriores que con mayor persistencia reclamaban su atención[3].

La América latina vivía alerta respecto de la de habla inglesa a la vez que ésta no podía ser indiferente en presencia de sucesos, proyectos e ideas de aquella. El caso de México se levantaba como una permanente violación de la Doctrina de Monroe y una amenaza para la libertad republicana en el Nuevo Mundo. Lo que ocurría en México excitaba el instinto de la conservación propia en la comunidad de naciones salidas la mayor parte del imperio colonial de España en América. Por eso fué por lo que el Perú, tras maduras reflexiones y reiteradas expresiones públicas, lanzó oficialmente a la circulación el designio de celebrar un congreso americano, llamado a considerar cuestiones de la gravedad de la invasión de México por los soldados franceses. La representación diplomática de Lincoln cuidaba de mantener informado al Presidente de lo que se pensaba y realizaba en el universo de Bolívar[4].

La guerra civil suscitaba hondas meditaciones en los países inmediatos a los Estados Unidos. Los hombres previsores de Cuba, por ejemplo, apreciaban lo que había de adverso en la lucha que ensangrentaba a la vecina república y de prometedor en el triunfo de Lincoln. El porvenir de la vida antillana dependía en gran parte de la marcha de los acontecimientos en la nación que Lincoln quería reconstruir. De la mayor importancia eran algunos de los puntos de vista

[3] [MATÍAS ROMERO], *Correspondencia de la Legación Mexicana en Wáshington durante la intervención extranjera, 1680-1868*. México, 1871, vol. IV, pp. 1-2.

[4] DEPARTMENT OF STATE, BUREAU OF ARCHIVES, Wáshington, D. C.: Christopher Robinson to William H. Seward, January 16, 1864.

expuestos al estudiar el presumible desarrollo de tales sucesos:

1. Calamidades de todo género, si bien sólo se mencionaban las comerciales, pesaban sobre los pueblos productores o industriales por efecto de la perturbación y el desequilibrio provenientes de la desastrosa contienda. Por lo que respectaba a Cuba, peligraba su envidiable destino de ser la principal, si no la única, proveedora de un mercado especial situado a sus puertas y de un país que, en reverdeciendo el árbol de la paz, alimentaría a su sombra cien millones de consumidores.

2. Entre los síntomas perniciosos que para el comercio y la prosperidad futuros de Cuba aparecían ya, como consecuencia de la situación imperante en la Unión, había uno que amenazaba a los hacendados en particular y a la economía en general. La guerra secesionista, a semejanza de la que a principios del siglo XIX asoló a Europa, presagiaba una transformación industrial que necesariamente iba a poner en apretura la producción de azúcares en la Isla y su comercio con el país de Lincoln. El cultivo de la remolacha en algunos fértiles Estados del Norte era uno de los medios eficientes que el genio tenaz e inventivo de los yanquis había escogido para triunfar del Sur. La empresa, realizada como ensayo en grande escala, había alcanzado éxito felicísimo, según lo consignaban las publicaciones agrícolas del Norte. Para la industria de la caña en Louisiana, tal empeño sería terrible y destructor. No se trataba de hacer un dudoso aprendizaje ni de crear procedimientos fabriles, como había acontecido con las primeras tentativas de extraer el azúcar de la remolacha en Francia a causa del bloqueo continental: sólo se necesitaba aclimatar una industria de antemano adelantada y pujante, que en manos de gente progresiva podía dejar atrás todo el perfeccionamiento de que con razón se jactaba la manufactura europea.

3. La realización del plan remolachero del Norte sería la muerte de las esperanzas locamente abrigadas por la sección disidente de la Unión. Ya había contribuído a alimentar los instintos proteccionistas a que tan desacertadamente solían obedecer los Estados Unidos. No acostumbraban éstos emprender sino en grande escala. El día en que se aclimatase o, por mejor decir, se fijara en su inmenso territorio la industria del azúcar, y que a la producción y transformación de la remolacha se dirigiese con preferencia la inagotable corriente de inmigración que descuajaba y poblaba las apartadas soledades del Oeste, habría sonado la hora anunciadora

de la desaparición o la nulidad de la imprevisora industria cubana.

4. Las reflexiones cubanas motivadas por el incremento del azúcar de remolacha en los Estados Unidos desembocaban en verdades contra las cuales sería inútil luchar cuando se convirtiesen en nefastas realidades. A esto, y en no lejano plazo, llevaba la continuación de la guerra civil, y con mayor certeza aún si, contra todas las probabilidades, estuviese destinada a fragmentarse la gloriosa herencia de George Wáshington, tan ahincadamente defendida por Abraham Lincoln.

5. La inmediata terminación de la guerra en los Estados Unidos redundaría en enorme conveniencia para Cuba. Sólo los miopes o mal aconsejados podían querer que se prolongase. Lo sabio era favorecer una vigorosa solidaridad con la existencia y conservación de un gran pueblo, productor y consumidor a la vez, en el Nuevo Mundo. En semejante demostración era procedente prescindir de toda cuestión de principios, aunque éstos, en su manifestación mejor, también se hallaban en conformidad con el doble anhelo de que el choque de las armas cesase y la Unión se mantuviera en la forma por Lincoln concebida y propugnada [5].

No era una vulgar exposición de motivos la autorizada por el prohombre de Cuba que estudió las adversas consecuencias de la guerra en el Continente y señaló los dichosos éxitos esperados por la pronta victoria de la causa conducida por Lincoln. El estadista que desde la Casa Blanca se esforzaba por preservar la Unión, intacta en su territorio y limpia de la miseria de la esclavitud, impulsaba y desarrollaba una obra que apasionaba noblemente a los países vecinos al suyo. Para Cuba, como para otros países de América, era esencial que el silencio de los cañones en la república de habla inglesa asegurase su bienestar económico. Pero también a Cuba, como al resto del Hemisferio Occidental, llegaría parte de lo que de prez y provecho había en el auge de las doctrinas y aspiraciones políticosociales de quien a principios de 1864 ocupaba la presidencia de los Estados Unidos.

3

Las exigencias de la guerra no cesaban. El 1º de febrero de 1864 Lincoln firmó una orden para reclutar quinientos

[5] *El Siglo,* La Habana, Enero 24, 1864.

mil hombres, que debían servir por tres años o durante lo que restase de lucha armada. Parejos eran el sacrificio de la Nación y el del Presidente. El de la Nación, por la nueva sangría que anunciaba aquel llamamiento. El del Presidente, por el dolor que le causaba tener que adoptar decisión tan dura.

Los proyectos de Lincoln para crear fuera de los Estados Unidos colonias de gente de color libre pasaron por reveses irremediables. La colonia organizada en territorio de Haití no dió los resultados que el Presidente se había prometido. Muchos de los trasladados a esa parte de las Antillas clamaron por su regreso a la Unión. El Presidente dispuso el 1º de febrero de 1864 que se situase un transporte marítimo en la costa de la isla de Santo Domingo para conducir a Wáshington a los colonizadores que desearan volver a su patria. Ellos serían empleados y mantenidos en los campos para personas de la raza negra ubicados en las inmediaciones de la capital federal [6]. En realidad, el tipo de colonización propulsado por el Jefe del Ejecutivo no había contado con simpatías ni adhesiones considerables. Los recién libertados no se hallaban dispuestos a cambiar de residencia. Algunos de los países tenidos por adecuados para recibir a los presuntos emigrantes no querían contribuir al ensayo. Y Haití, propicio a coadyuvar a la realización de un empeño prohijado por Lincoln, era teatro de una triste experiencia y un innegable fracaso.

El movimiento regresivo de la parte de habla hispánica de la isla de Santo Domingo se había desarrollado paralelamente a los embarazos del gobierno de Lincoln. Españoles ansiosos de reconquistas en América y antillanos enemigos de la independencia propia habían aprovechado la inminencia de la contienda civil de los Estados Unidos para adelantar los planes destructores de la República Dominicana. Pero la República Dominicana vivía en los corazones y en las mentes de muchos patriotas. Estos patriotas incrementaban día por día los esfuerzos consagrados a recuperar la soberanía internacional de su país, detentada por Isabel II. Sus imploraciones para obtener apoyo material y moral de los amigos de la libertad diseminados por el Mundo, entre los que situaban a Lincoln, no eran escuchadas con la atención que ellos esperaban. De Lincoln no alcanzaban todo lo que esperaban. Sin embargo, el representante diplomático de España en Wásh-

[6] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. IX, pp. 301-302.

ington exhibía su inquietud por la ayuda que la Unión pudiese prestar a los revolucionarios dominicanos.

La política de Lincoln en el caso dominicano fué explicada por Seward a principios de febrero de 1864. El Secretario de Estado echó una mirada a los acontecimientos internacionales de los tres últimos años. Había habido revoluciones o intentos de revoluciones en el antiguo reino de Polonia y en Colombia y guerras entre Francia y México, entre el Ecuador y Colombia, en la América del Centro y en Venezuela. Análoga a la conducta seguida por el gabinete de Lincoln con motivo de esos conflictos bélicos, atendiendo al mismo grado de precaución, era su actitud en cuanto a la lucha civil existente en Santo Domingo. Los Estados Unidos no apoyaban sediciones foráneas, pero evitaban atravesarse en el camino del progreso humano: dejaban al gobierno y al pueblo de todo Estado extranjero el arreglo de sus negocios públicos y el goce de sus instituciones. El Presidente pensaba que las naciones eran iguales en su independencia y soberanía y que cada nación debía hacer por las demás sólo lo que razonablemente esperase que éstas hiciesen por ella [7]. España no podía aguardar de los Estados Unidos una acción adversa a los patriotas dominicanos.

En febrero de 1864 un fuerte ejército federal comandado por Sherman atravesó el Este del Estado de Mississippi, desde Wicksburg hasta Meridian, en demanda de Alabama. De Memphis debían acudir tropas de caballería para cooperar con las de Sherman, pero la oposición que encontraron en el tránsito les impidió cumplir ese cometido. Sherman destruyó muchas millas de ferrocarril en Meridian, libertó a unos seis mil esclavos, los agregó a su hueste y regresó a Wicksburg. Peor suerte cupo a Seymour. Este general de la Unión emprendió una campaña militar en Florida, y el 20 de febrero fué derrotado en Olustee, con pérdida de mil hombres. En Wáshington había quien soportaba enorme parte del dolor derivado de los tropiezos de las armas defensoras de la Unión. Lincoln sentía punzado el corazón cada vez que recibía la noticia de la frustración de uno de los empeños federales con que ansiaba precipitar el fin de la contienda.

[7] DEPARTMENT OF STATE, BUREAU OF ARCHIVES, Wáshington, D. C.: William H. Seward to Gabriel G. Tassara, February 3, 1864.

4

Las responsabilidades de Lincoln con ocasión de la lucha por preservar la Unión tenían fases pavorosas. El Presidente se había visto obligado a vencer colosales resistencias para continuar combatiendo con la fuerza a los negadores del pacto federal. No todos los contrarios al Sur eran partidarios de sostener una guerra sin precedentes. Otros de los de su bando habían hablado para acusarlo de exceso de energía o de tibieza en la aplicación de las medidas llamadas a debelar la rebelión. El problema de la esclavitud, no menos después que antes de optar el Jefe del Ejecutivo por la abolición, había inflamado las pasiones en los más opuestos sentidos. Pero la cuestión más enojosa era la de los mandos militares. Las levas de cientos de miles de hombres no eran regidas por el genio marcial apto para hacer más rotundos los avances y triunfos federales. Sin embargo, había un general que iba satisfaciendo totalmente las ansiedades del Presidente. En la cabeza de Lincoln el nombre de Ulysses S. Grant ocupaba el espacio reservado al del conductor de tropas capaz de dar plenitud a las victorias y glorias de las armas de la Unión.

Lincoln llevaba buena cuenta de los sucesos que marcaban la ascensión de Grant. De oscuro oficial, a quien la miopía de ciertos jefes tanto hizo por privar del anhelo de servir con eficacia en las filas federales, Grant se elevó a posiciones de importancia. Se aferró al principio de que quien atacase primero vencería al enemigo, puesto que la bregа se desarrollaba entre huestes improvisadas, en las que no podían existir ciencia ni perfección, y era imprescindible emplear el denuedo contra el denuedo. Se abroqueló con la insensibilidad ante el peligro. Ya en Wicksburg, ya en Chattanooga, a ras de las aguas o en alturas sobre las nubes, aseguró para su causa triunfos memorables y definitivos. Destruyó las fuerzas con que el Sur privaba al Norte de los beneficios de la navegación por los grandes ríos; más que héroe, fué ganador de majestuosas vías fluviales para la Unión. Ni tiempo ni gusto tenía para ir a Wáshington, porque estaba junto a su deber, lejos, donde mayores eran el peligro y la necesidad para la Nación. Y aquel que observaba desde la Casa Blanca, ansioso en la espera del advenimiento del destinado por Dios para secundarlo en la tarea de llegar cuanto antes a la paz por la guerra, todavía a principios de 1864 no conocía personalmente al lidiador cuya extraordinaria aptitud bélica tanta fe le infundía.

La excelente opinión de Lincoln acerca de Grant se había enfrentado con dictámenes en extremo adversos a reconocer la idoneidad del guerrero. La esposa del Presidente, inclinada a juzgar sin embozo todo lo humano, tenía por un carnicero a Grant, despoblador, según ella, del Norte, porque perdía dos hombres por cada enemigo que sacaba de combate. A esto respondía Lincoln afirmando que Grant alcanzaba muchas victorias [8]. Una comisión de caballeros cristianos se había acercado al Jefe del Ejecutivo para indagar si era verdad que Grant bebía demasiado. Lincoln, peinándose la barba, había contestado que él ignoraba la exactitud de aquella imputación, pero que, si era cierta, quería saber dónde el héroe compraba su licor, para enviar un barril del mismo a cada uno de sus generales [9]. Al cabo, Lincoln iba adelante con la razón, y la razón se hallaba de parte de Grant: Lincoln, carácter, más que otro alguno, nacido de la Naturaleza, sabía distinguir entre Grant y los jefes celosos y gente de política, que sin su influjo, sin mirar por su patria, lo hubiesen sacado del mando [10].

En la primera semana de marzo de 1864 la prestancia de Grant estaba reconocida en términos acordes con la voluntad de Lincoln. Una ley de la Nación restableció el grado de Teniente General, el más elevado en la milicia de los Estados Unidos, y a él fué llamado el lidiador de Wicksburg. Por los nombramientos de favoritismo que paralizaban la guerra y la privaban de los soldados mejores, en Grant se había acumulado mucho odio, hecho de desdén y miedo, a la capital federal, odio que únicamente la grandeza y prudencia de Lincoln podían atenuar [11]. El Presidente quiso que Grant se presentase en Wáshington.

El encuentro de Lincoln y Grant en Wáshington fué la consumación de la alianza de dos hombres para el mejor servicio de la patria común por superior dispensación. El 9 de marzo de 1864 el Presidente entregó al Teniente General el despacho que lo investía de esta dignidad. Lincoln dijo a Grant que aquel documento contenía la aprobación del pueblo de los Estados Unidos por lo que había hecho y su confianza en él por lo que aún tenía que hacer en la terrible lucha en que todos se encontraban envueltos. Tan alto honor

[8] CARL SANDBURG AND PAUL M. ANGLE, *Mary Lincoln, wife and widow*, New York 1932, pp. 105-106.

[9] JOSÉ MARTÍ, *Norteamericanos*, La Habana, 1939, vol. I, pp. 138-139.

[10] *Ibid.*, pp. 146-147.

[11] *Ibid.*, p. 136.

le imponía una nueva responsabilidad. El país, que tanto esperaba de él, bajo la dirección de Dios, sabría sostenerlo. Y con los votos del país, así expresados, iban los del propio Presidente [12].

5

La exaltación militar de Grant debía crear bellas esperanzas para los sostenedores de la Unión. El primer lugar entre los optimistas correspondía a Lincoln. Tan grande como su responsabilidad ante la Nación era su fe en el triunfo de ella. Pero urgía ayuntar las fuerzas materiales y las morales y poner a disposición del eximio organizador y conductor de tropas los resortes necesarios para contrarrestar las arremetidas del Sur. El Presidente dictó medidas destinadas a satisfacer al Teniente General. Luego de encargar a Grant de la jefatura suprema de los ejércitos de los Estados Unidos, asignó altas funciones a los mayores generales H. W. Halleck, W. T. Sherman y J. B. McPherson. Halleck, a quien el Ejecutivo agradeció los esfuerzos realizados mientras había ocupado el cargo en que lo sustituía Grant, quedó adscripto a la Secretaría de la Guerra en funciones graves. Sherman fué puesto a la cabeza de la división del Mississippi, que comprendía los departamentos de Ohio, Cumberland, Tennessee y Arkansas. McPherson mereció el comando de Tennessee. También el Presidente reclamó el servicio de las armas de doscientos mil hombres más [13]. Cantidad en las filas y calidad en la dirección —una dirección decidida a aprovecharse de la iniciativa en el ataque— constituían dos factores trascendentes.

Los asuntos exteriores no marchaban tan normalmente como para no demandar atención continua de Lincoln. La codicia europea se manifestaba con dos finalidades: a) para retener por fuerza, cuando no pudiese ser de grado, lo bien o mal habido en América; b) para incrementar este patrimonio ultramarino. La vigilancia de tales propensiones requería tiempo, prudencia y energía de los altos funcionarios de la Unión, en forma especial del Presidente. Cualesquiera que fuesen las circunstancias imperantes en la guerra civil,

[12] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. X, pp. 33-34.

[13] JULIUS W. MULLER, *Presidential Messages and State Papers,* New York, 1917, pp. 1865-1866.

Lincoln no daba la espalda a los negocios internacionales que entrañaban interés o riesgo para el Hemisferio Occidental.

Ni fácil ni fructuosa resultaba para España la reconquista de la tierra dominicana. La insurrección de la parte oriental de la isla de Santo Domingo impuso a España una excesiva inversión de hombres y dinero para mantener allí su soberanía. El malestar derivado de semejante estado de cosas se reflejó en las relaciones diplomáticas entre los gobiernos de Madrid y Wáshington. En las conversaciones de Lincoln con Seward acerca de las dificultades internacionales aparecían con frecuencia el nombre de España y el de su plenipotenciario García Tassara conjuntamente con acciones y reacciones referentes a la situación de países hispanoamericanos.

El haber prohibido el gobierno de Lincoln la exportación de correaje contratado para las tropas españolas situadas en Cuba fué considerado por el legado de Isabel II en Wáshington como un acto de hostilidad a los intereses hispánicos. El hecho, enojoso de suyo para García Tassara, lo fué más con motivo de las interpretaciones a que dió lugar. En Wáshington se explicó al Ministro de España que la conducta observada en el caso del material de guerra que se pretendía destinar a Cuba obedecía a la norma que se aplicaba a los insurrectos de Santo Domingo. La nación europea se sintió herida con semejante proceder, que equivalía al reconocimiento de la beligerancia de los rebeldes a la dominación de España en esa Antilla. Madrid se revolvió contra la opinión de Wáshington, y, para expresar su inconformidad, escogió la vía de una circular a sus representantes diplomáticos, encargados de significar a los gobiernos cerca de los cuales se hallaba acreditados que España tenía a los buques al servicio de los revolucionarios dominicanos por piratas, sin que patente de corso alguna pudiera salvarlos de la aplicación de las sanciones creadas para el delito de piratería [14].

La advertencia del Ministro de Estado de España iba dirigida a los Estados Unidos: Lincoln debía saber que la corona consideraba súbditos rebeldes, indignos del trato internacional, a quienes en Santo Domingo peleaban por el restablecimiento del gobierno independiente y republicano. La cautela de Lincoln, afanado en evitar todo conflicto exterior, no podía llegar al extremo de dejar pasar por valedero un

[14] JERÓNIMO BÉCKER, *Historia de las relaciones exteriores de España durante el siglo XIX*, Madrid, 1924, vol. II, pp. 403-405.

criterio que estimaba erróneo. El Secretario de Estado de Lincoln frenó los ímpetus del Ministro de Isabel II en Wáshington cuando le advirtió que la nota de Madrid agrandaba la cuestión planteada dando carácter de piratería al corso y pretendiendo castigarlo con arreglo a tan severo juicio [15].

Por el lado de Francia crecían las pretensiones sobre América con el allanamiento de México. Napoleón III quería valerse de la monarquía que estaba creando en el Nuevo Mundo para aumentar las posesiones de Francia. Un ex-senador por California, William M. Gwin, había convencido al Emperador de la procedencia de hacer del Estado de Sonora, en México, una colonia francesa o algo parecido. Y entre las peticiones de Bonaparte en los momentos en que Maximiliano de Austria se disponía a afrontar el riesgoso empeño mexicano se contó la relativa a poner a Sonora, donde existían ricas minas de metales, bajo la inmediata y soberana protección de Francia. Maximiliano se negó a acceder a la mentada demanda de Napoleón III, seguramente por considerar peligroso iniciar su reinado con la cesión de parte del país a una potencia europea, aunque ésta fuese la amparadora de sus intereses políticos. El plan de Gwin y la decisión de Bonaparte constituían nuevas amenazas para los valores nacionales defendidos por Lincoln. La ideada acción en Sonora debía precipitar un conflicto entre Francia y los Estados Unidos, con burla y desprecio de la Doctrina de Monroe y el probable reconocimiento de los Estados Confederados por París [16]. El estadista de la Casa Blanca no desconocía cuanto en su daño se tramaba fuera de la Nación, y una de las aptitudes que utilizaba para no agravar su posición consistía en su equilibrio interior, cuyos tamaños no eran menores que los de las complicaciones circundantes.

6

A cada paso Lincoln tenía que someter a su propio juicio situaciones muy complejas para conservar a la Unión en paz con las potencias europeas sin postergar fundamentales principios del derecho público americano. Así y todo, la más pesada de las cargas morales que él soportaba era la que

[15] *Ibid.,* p. 405.

[16] EGON CAESAR CONTE CORTI, *Maximiliano y Carlota,* México 1944, p. 251.

le imponían los dos problemas mayores de su administración: el íntegro mantenimiento del pacto federal y la extinción de la esclavitud que sufría aún parte de la población nacional. Ambas cuestiones requerían la intervención de las armas en la extensión y con la intensidad que Lincoln deseaba.

Pocas veces se había visto al máximo magistrado de un pueblo llevar simultáneamente tantas riendas en las manos para acelerar la marcha del carro de una guerra. El hecho de que Grant hubiese asumido la jefactura de los ejércitos de la Unión no liberaba al Presidente de la obligación de vivir atentísimo al movimiento de todos sus generales en campaña. Mientras en Louisiana, Tennessee y Kentucky tronaban cañones y fusiles, y los federales mostraban su fortaleza para atacar y rechazar a los confederados, y la contienda adquiría enardecimiento sumo, Lincoln analizaba con el Secretario de la Guerra, con los altos mandos militares, consigo mismo, en coloquios y monólogos cuajados de emoción creadora, las peripecias y posibilidades de un conflicto que envolvía lo mejor de su vida y de la vida de la Nación.

Hombres y mujeres de color en gran número arrastraban todavía cadenas en la Unión. Los pequeños hijos de quienes así padecían se hallaban destinados, por lo menos jurídicamente, a recorrer el camino frecuentado por sus mayores. La señora de Horace Mann y algunas personas de menos de dieciocho años de edad pretendieron remediar la infelicidad de la generación naciente. Por conducto de Charles Sumner elevaron un memorial a Lincoln para que dclarase libres a todos los niños esclavos en los Estados Unidos [17].

Interceder por los niños esclavos en los Estados Unidos era ofrecer a Lincoln un precioso regalo espiritual. La instancia de la señora de Horace Mann y de las personas colocadas bajo sus auspicios en defensa de aquellas pobres criaturas deparó consolación y alegría al Presidente. El hombre de Estado confesó que se sentía dichosísimo por la presencia de corazones tan llenos de justas y generosas simpatías. Por lo demás, la petición no le producía embarazo alguno, a despecho de no contar él con todo el poder necesario para otorgar la merced señalada. Esperaba alcanzarlo. En el entretanto había que recordar que tamaña potestad se hallaba en manos de Dios. Y Dios quería usarla en beneficio de la niñez cuyo porvenir estaba amenazado por la abominable servidumbre [18].

[17] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. X, p. 68.
[18] *Ibid.,* p. 69.

En el Capitolio de Wáshington los negocios públicos de México despertaban inusitada atención. La política de Lincoln, henchida de inquietud por el mantenimiento de la libertad republicana en las naciones americanas, era compartida por los hombres que con él procuraban preservar la Unión. Más aún: en el Senado y en la Cámara de Representantes se estudiaba en 1864 con encendida pasión la suerte del pueblo organizado al otro lado del Río Grande.

En el Senado la defensa de México tenía por adalid a James A. McDougall. Este senador era un antiguo amigo y compañero de profesión de Lincoln, a quien había tratado en el foro de Springfield. De Illinois había ido a California. En los días en que Lincoln asumió la Presidencia la Legislatura de California, tras más de veinte votaciones y con el apoyo de los republicanos, eligió al demócrata McDougall para sustituir en el Senado a William M. Gwin, aquel que aconsejaba a Napoleón III que hiciese de Sonora una Colonia francesa. En el Congreso no observó McDougall conducta diáfana: daba a Lincoln solamente un tibio apoyo, pasaba con frecuencia por un *copperhead* y solía suscitar escándalos. En cierta ocasión alardeó de sus preferencias por las mujeres, los licores y la guerra de manera tan impropia que Charles Sumner quiso que fuese expulsado del Senado, extrema medida que evitó la intercesión de Lincoln cerca del prohombre, de Massachusetts. Era enemigo declarado de Seward [19]. Tales hechos y circunstancias debieron de influir en la belicosa actitud que adoptó con la intención de favorecer a México. Luego de expresar su opinión de que era un atentado contra América la ocupación de México por tropas de Napoleón III, propuso en el Senado que se señalase un breve plazo para la retirada de las mismas, en la intelección de que, de no ser efectuada, romperían los Estados Unidos las hostilidades con Francia [20].

En la Cámara de Representantes se distinguió Henry Winter Davis, de Maryland, como propulsor de la iniciativa enderezada a significar la protesta del Congreso de los Estados Unidos por lo que en México ocurría con creciente gravedad.

19 MILTON H. SHUTES, *Lincoln and California,* Stanford University, California, 1943, pp. 57, 87-88.

20 THE CONGRESSIONAL GLOBE, Washington, D. C., January 13, March 23, 1864.

Por la unanimidad de los votos de los ciento nueve representantes asistentes a la sesión del 4 de abril de 1864, la Cámara aprobó una resolución conjunta, propuesta por Davis, encaminada a declarar que el Congreso de los Estados Unidos no quería que su silencio dejase en las naciones del Mundo la impresión de que era indiferente espectador de los acontecimientos deplorables que se desarrollaban en México y consideraba oportuno manifestar que el pueblo de los Estados Unidos era contrario a reconocer a un gobierno monárquico erigido sobre las ruinas de una república en América y bajo los auspicios de una potencia europea [21]. Las frases escritas por Henry Winter Davis reproducían terminantes conceptos expresados desde hacía varios meses en las notas diplomáticas en que Seward consignó el pensamiento político de Lincoln.

En despacho de 7 de abril de 1864 Seward dijo al Ministro de los Estados Unidos en París que la resolución aprobada por la Cámara de Representantes el día 4 interpretaba con exactitud el unánime sentimiento del pueblo de la Unión respecto de México. Pero el Secretario de Estado juzgó pertinente añadir algunas explicaciones sobre lo hecho por la Cámara. Cuestión distinta era la de que los Estados Unidos estimasen necesario o procedente expresarse en la forma adoptada por los representantes. Y esta cuestión era esencialmente ejecutiva: su decisión corespondía al Presidente, y no a la Cámara, ni aun al Congreso. No obstante el profundo respeto debido a una exposición de las miras parlamentarias sobre un asunto grave e importante, Lincoln no pensaba apartarse por el momento de la política seguida en lo concerniente a la lucha entre México y Francia. [22]

Las ideas predominantes en el Congreso con motivo de los acontecimientos mexicanos coincidían con las del Presidente, aunque éste se mantuviese inmoto en la decisión de evitar a la Unión el riesgoso trance de un conflicto bélico internacional. El Presidente no deseaba menos que el Congreso oponerse a la introducción del régimen monárquico en México. Pero tenía pensado y declarado que mientras no terminase la guera civil los Estados Unidos debían abstenerse de ir más allá de los límites de las severas advertencias dirigidas a Napoleón III por la vía diplomática, adicionadas con la negativa a reconocer la existencia en México de gobierno al-

[21] *Ibid.*, April 5, 6, 1864.

[22] DEPARTMENT OF STATE, BUREAU OF ARCHIVES, Wáshington, D. C.: William H. Seward to William L. Dayton, April 7, 1864.

guno que no fuese producto de la libérrima voluntad popular. Entre la República y el Imperio —el Imperio que esperaba monarca— la predilección de Lincoln estaba clara: para él, como para la Nación, el legítimo régimen político de México era el encabezado por Juárez, con el que la Casa Blanca conservaba amistosas relaciones.

En lo cierto se hallaban quienes en Wáshington meditaban acerca de los peligros que se cernían sobre las instituciones republicanas de México. De los altos destinos de México pretendían disponer los hombres de Europa y América que en la primera decena de abril de 1864 aceleraron el procedimiento escogido para poner un emperador en el lugar ocupado por Juárez. Tras escenas dramáticas entre príncipes de Austria, el 10 de abril, en Miramar, cerca de Trieste, el archiduque Fernando Maximiliano, vistiendo el uniforme de gala de almirante, pálido el semblante e inquieta la mirada, recibió a hijos de América que renegaban de la democracia republicana y aceptó bajo juramento la corona de México con el nombre de Maximiliano I[23]. Un eco misterioso pudo esparcir por el Hemisferio Occidental el anuncio de la agravación de un conflicto de intereses e ideas entre dos mundos. Pero la dura realidad de la guerra civil no permitía a Lincoln, cabeza visible de la más poderosa de las naciones de América, traspasar las fronteras de su propia prudencia. Con pesadumbre observaba el ocupante de la Casa Blanca cómo Europa avanzaba en América aprovechándose de la impotencia transitoria de la república por él regida. Lo único que podía hacer era esto: obrar con cautela y no dejar de prepararse para el caso de que, a despecho de sus esfuerzos para conservar la paz exterior, nuevas complicaciones lo precipitasen hacia el riesgoso trance internacional que tan ahincadamente se empeñaba en evitar[24].

8

En la consideración de las desgracias que afligían a México el carácter y la bondad de Lincoln se encontraron sujetos a dolorosa prueba. Igual fenómeno moral se producía en

[23] EGON CAESAR CONTE CORTI, *Maximiliano y Carlota,* México, 1944, pp. 271-273.

[24] JOSÉ GONZÁLEZ ORTEGA, *El Golpe de Estado de Juárez,* México, D. F., 1941, p. 176.

relación con la cruenta lucha entre los desafectos al pacto federal y los que batallaban por sostenerlo. La tolerancia de los ataques de Europa a la soberanía de América, aunque tal asentimiento fuese obligado, entrañaba un suplicio para quien se oponía a la expansión territorial de la Unión con menoscabo de los países vecinos. La intervención en una guerra sin precedentes, no obstante no ser responsable de su existencia, constituía un tormento para quien amaba apasionadamente la paz entre los hombres y entre los pueblos.

Sacrificio punzante, y no postura cómoda, había para Lincoln en la política de freno y caldera que seguía en relación con los negocios extranjeros y con la guerra civil. La necesidad inexcusable de asegurar la conservación de la Unión lo compelía en abril de 1864, como lo había obligado durante los tres años anteriores, a proceder con extremada cordura en el tratamiento de las dificultades internacionales, entonces agravadas por el advenimiento de una monarquía en México. Lo que en opinión de algunos podía parecer neutralidad por parte suya se hallaba muy lejos de serlo. La neutralidad en asuntos en que intervenían los principios no figuraba entre las normas a que adecuaba su conducta pública. Lo que un cubano, el conde de Pozos Dulces, escribió aludiendo a los sucesos que ensangrentaban a los Estados Unidos concordaba con una de las ideas fundamentales de Lincoln: la neutralidad era la indiferencia o la tibieza, la nulidad del patriotismo [25]. Y el patriotismo del Presidente no se encerraba en las fronteras de su país: tenía por órbita a América entera. Los intereses y las doctrinas que influían en la vida de América, de toda América, se encontraban en la esfera de su pensamiento y su acción.

En el año de 1864 la misericordia y la autoridad de Lincoln se acendraban con arreglo a las exigencias colectivas. En medio de los trabajos y reveses que padecía la Nación su ánimo se inclinaba a participar del dolor de millones y a remediarlo moral y materialmente. Con palabras y hechos levantaba la esperanza de sus conciudadanos en la renovación patria. El poder de que la voluntad popular y la ley constitucional lo mantenían investido era usado con majestad digna de la grandeza de su causa. Su capacidad para dirigir contribuía con eficacia suma a restablecer la integridd de la Unión bajo el señorío de la libertad de todos los componentes de su población.

25 *El Siglo,* La Habana, Abril 15, 1864.

El pobre negro que lanzó la expresión según la cual *Massa Linkum* estaba en todas partes habló lenguaje evangélico. La ubicuidad atribuída por un espíritu sencillo al raro lidiador definió el sereno y constante meditar y obrar de quien, con la impetrada ayuda de Dios, ponía la mente y el corazón dondequiera que el bien público y el decoro humano reclamasen la presencia de sus ideas y sentimientos.

Capítulo XVII

RENOMINACIÓN PRESIDENCIAL

It has long been a grave question whether any government, not too strong for the liberties of its people, can be strong enough to maintain its existence in great emergencies.

ABRAHAM LINCOLN.

1

Los últimos tres años habían sido de incesante fragor. La Nación no conocía cosa igual, ni por la índole de los acontecimientos ni por sus dimensiones. Estaba previsto desde el día en que el acongojado se despidió de Springfield: en la historia de los varones de alto oficio que habían pasado por la Casa Blanca no aparecían dificultades semejantes a las que bordeaban al primero de los ciudadanos de la Unión en el tiempo que corría. Era el mes de abril de 1864. Entre los nombres unidos a tantas novedades trágicas descollaba el de Abraham Lincoln.

Desde Wáshington no podían verse sino con persistente inquietud los sucesos nacionales. El mes de abril de 1864 tuvo terribles reveses para la Unión. Los confederados, sobre tomar el Fuerte Pillow, en Tennessee, y a Plymouth, en la Carolina del Norte, pretendieron sembrar con actos de innecesaria crueldad el terror en las filas del Norte y entre los negros. Ni con exaltación ni con ira, sino con dolor salido de lo más sensible de su espíritu, tenía que observar Lincoln la diferencia existente entre sus intenciones y los proceders de algunos rebeldes. Lo mejor de sus vigilias era consagrado a inventar los medios capaces de rehacer a su pueblo moral y materialmente. La guerra, aun siendo lo que era, podía conducirse, a juicio del reformador, en términos que no cerrasen la posibilidad de aplicar sus pías reglas de perdón y olvido.

Los excesos atribuídos a los confederados que habían capturado el Fuerte Pillow no fueron pasados en silencio por Lincoln. Tales demasías eran reacciones inadecuadas contra la participación de soldados de color en la defensa de la Unión. Ante el pueblo de los Estados Unidos, y ante el mundo cristiano, y ante la Historia, y ante Dios, el Presidente se consideraba responsable de la iniciativa enderezada a que negros y blancos peleasen juntos por el mantenimiento del pacto federal, que ya llevaba consigo la abolición de la esclavitud de la raza africana en el país en guerra [1].

La entrada de Lincoln en el cuarto año de su administración presidencial estaba precedida de experiencias extraordinarias. Su trienio de gobierno se había desarrollado entre una cruenta lucha interna y un peligroso equilibrio internacional. El número de los que tenían fe en su capacidad para triunfar de los enemigos de la Unión había crecido y crecía a medida que la guerra civil había atacado y atacaba la herencia de los padres de su patria. La tirantez de las relaciones de su país con las potencias empeñadas en agredir a América no había desembocado ni desembocaba en conflicto bélico porque él, Lincoln, no se había apartado ni se apartaba del propósito de mantener la paz exterior sin olvidar el decoro de sus funciones públicas.

Para el lidiador era más importante la victoria de su causa que el señorío que iba adquiriendo su personalidad. Pero su personalidad se robustecía y ganaba prestigios por efecto de la fortaleza de su causa. La obra de Lincoln, por tener esencial importancia para la Nación, acrecentaba su fama. El dolor de su pueblo era dolor suyo. Su bienaventuranza dependía de la de aquellos a quienes regía y aun de la de los que se negaban a acatar su autoridad. El Presidente se afanaba por ser un amigo eficaz del hombre. Salvar al hombre de injusticias y expoliaciones era el fundamental objetivo de su destino sobre la Tierra.

2

Ideas y hechos americanos continuaban presentando a Lincoln y Juárez como exponentes del progreso humano en su siglo. Los pensamientos y esfuerzos de los dos

[1] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. X, pp. 78-79.

prohombres eran estudiados y encomiados por los animadores de la libertad y la dignidad humanas en todas partes. Europa, que había aplaudido a Lincoln, también se dió por enterada de que Juárez llevaba en sí y desarrollaba altas aspiraciones de un país en el que extraños poderes querían dominar. Abraham Lincoln presidía con decoro y valentía a los que batallaban para que los Estados Unidos fuesen moral y materialmente la primera república del Mundo. Benito Juárez acaudillaba al México que rechazaba la intervención extranjera y el régimen monárquico. Ambos combatientes encaraban inmensos sacrificios, entre los cuales sobresalía el consistente en conducir a sus pueblos en la terrible faena de matar y morir, porque no se resignaban a ver escarnecidos y hollados altos valores y derechos políticosociales.

Un europeo grandílocuo quiso exhibir lo que el Mundo estaba debiendo a Lincoln y Juárez. Este europeo era Emilio Castelar, campeón de la política progresista en España. De España, nación monárquica, por añadidura con colonias donde la esclavitud de la raza de color merecía la consideración de elemento económicosocial irreemplazable, partió la voz exaltadora de los servicios mediante los cuales Lincoln y Juárez bravamente defendían la libertad republicana y la redención de millones de hombres. En abril de 1864 Castelar opinó sobre Lincoln con no menos entusiasmo que el demostrado cuando había hablado con Carl Schurz de la obra del Presidente. Y al lado de Lincoln puso a Juárez. Sus conclusiones aparecieron con marca de universalidad:

1. La democracia era un fenómeno políticosocial exaltado en el siglo XIX. Constituía el máximo carácter moral de aquel tiempo. Alcanzaba rango principal entre las virtudes colectivas que brillaban en Europa. Tenía a Garibaldi. Y podía presentar a dos hombres que se sostenían firmes sobre la tierra a sus pies agrietada y con los ojos puestos en ideales más altos que las nubes de pavorosas tempestades. Estos dos hombres, con ser pariguales, desenvolvían sus actividades creadoras en situaciones muy disímiles. El uno presidía una república grande. El otro, una en decadencia. El uno se hallaba al frente de la primera nación del Mundo. El otro, al frente de la última. El uno desafiaba a Europa. El otro por Europa era perseguido y hostilizado. El uno disponía de tesoros. El otro sufría pobreza. El uno contaba tropas innumerables. El otro estaba casi solo. Pero ambos demostraban de análoga manera la fuerza de convicción, la energía de carác-

ter aneja siempre a la idea de libertad, lo mismo para impedir la soberbia en la prosperidad que la desesperación en la desgracia. El uno se llamaba Lincoln. El otro, Juárez.

2. Lincoln presidía a hombres de una raza que desde su aparición en la Historia tenía, si por instrumento la libertad, por fin la utilidad, encerrada primero en su barca, después en su choza, posteriormente en sus tribus, siempre en su altiva individualidad, más idónea para el cálculo que para la inspiración. Así y todo, a manera de un héroe griego, Lincoln había quebrantado las cadenas del esclavo e inaugurado una política épica de enormes aventuras y de sublimes desasimientos. Por el pobre negro, arrancado como una bestia de las costas de Africa, encerrado en su ergástulo, privado de personalidad, no había dudado en arrojar a la Nación, con sus derechos y grandezas, en la hoguera de una guerra. La aristocrática sangre anglosajona corría a torrentes por la redención del negro. Si las ciudades antiguas hubiesen resucitado, habrían creído que la posteridad había enloquecido al ver una república sacrificarse por los esclavos, por esclavos semejantes a los que ellas habían matado por millares para divertir cortos momentos de ocio.

3. Parejo al heroísmo de Lincoln era el de Juárez. A Juárez podía aplicarse el verso de Lucano: *Victrix causa diis placuit, sed victa Catoni.* Al lado de los que parecían vencidos, resistiendo a la invasión extranjera, se hallaba Juárez, como Lincoln se mantenía imperturbable en presencia de las fuerzas del mal. Estos próceres, que se levantaban cuando mundos enteros se desplomaban sobre sus cabezas, eran obreros mayores de la Historia. Juárez se veía en desgracia, abandonado, entregado al egoísmo foráneo por una turba de traidores, acompañado de generales ineptos, representante de una raza caída, jefe de un pueblo sin esperanza, con la espada del primer imperio de Europa extendida sobre su frente y las bayonetas de los invasores puestas en su pecho. Pero Juárez, al igual que Lincoln, no se rendía al destino adverso, y, severo e inflexible, se erguía, entre las ruinas, a modo de la personificación sagrada de la República y de la Patria.

4. Lincoln, el bueno, el prudente, alzaba las manos al Cielo, pidiendo a Dios que iluminase a sus enemigos antes de arrojar en la sima a la República. Conmovían su amor a la idea de la emancipación, la rigidez de su conducta para aplicar los principios de justicia, el valor con que llamaba a la guerra, la entereza con que destruía hierros, la perseverancia con que de-

fendía la Unión y la dulcedumbre con que alargaba sus próvidos brazos a los abismos donde yacía el negro, sin que su bienhechora acción fuese paralizada o desviada por las amenazas de Europa, ni el furor de los filibusteros, ni la rabia de los comerciantes de carne humana, ni la indecisión de sus partidarios. Su voluntad obraba milagros. Hablaba, y conducía al sacrificio a una raza positivista. Mandaba, y un ejército de quince mil hombres subía a seiscientos mil y una escuadra que parecía surgir del seno de los mares asombraba al Mundo. Señalaba el camino del deber cívico, y los trabajadores y comerciantes dejaban sus talleres y negocios para pelear y morir en las orillas del Mississippi por la libertad del esclavo, por la redención del negro, con el valor de los mayores guerreros, con la abnegación de los primeros mártires.

5. Un republicano de la antigüedad, un personaje de Plutarco, no hubiese comprendido a Juárez. A diferencia de los virtuosos que se despedían del Mundo con la certidumbre de que sus ideales habían sucumbido con su buena estrella, Juárez estaba seguro de la supervivencia de sus principios, Como Lincoln, Juárez, legítimo hijo de su siglo, creyente en la eficacia de la libertad y en la fuerza de la ley del progreso, apretaba sobre su pecho los últimos jirones de la bandera de la República, porque sabía, en medio de sus infortunios, que los usurpadores y tiranos pasaban y perecían y que la libertad subsistiría mientras Dios dirigiese el movimiento de la Historia.

6. Excepcional era la posición de Lincoln en el desarrollo histórico de su pueblo. Los puritanos fundaron la Colonia. Hombres sobresalientes del siglo XVIII crearon la República. Lincoln la santificaba. Los puritanos labraron un templo para la libertad del pensamiento. Los alteradores encabezados por George Wáshington dieron a la democracia tierra fecunda para que realizase su ideal y produjera sus maravillas. Lincoln despejaba de nubes las estrellas de la Nación. El negro no oiría el chasquido del látigo, ni la negra concebiría a sus hijos para el mercado primero y para la afrenta de la servidumbre después. Millones de bestias de carga se convertirían en millones de personas libres. Las últimas cadenas del paria que desde Abel había cruzado la Tierra, con la conciencia aletargada y el espíritu extinto, saltarían hechas pedazos para siempre entre los dedos de un varón que sabía ser fuerte.

7. Tan firmes como las convicciones de Lincoln eran las de Juárez. El reformador de México llevaba realizados in-

sólitos esfuerzos a fin de preservar la soberanía internacional de su país y la libre determinación de su pueblo para regirse en lo político, lo social y lo económico con arreglo a su derecho a vivir mejor. Lo que un general no se atrevió a hacer lo hizo él, simple togado; tomar el gorbenalle de la República en momentos en que la reacción interior y la codicia exterior pretendían ahogar, hundiendo a la propia República, las ansias y normas que buscaban la emancipación del espíritu y la renovación de la existencia nacional. Un ciudadano exaltado a supremo jefe de ejércitos y un abogado en función de caudillo de un pueblo en medio de horribles luchas constituían dos sucesos de México que sólo tenían parangón en los Estados Unidos. Sin ningún arte militar, por la energía de su carácter, por la fuerza con que tremolaba la bandera de la República, Juárez reunía en torno suyo a los que no renegaban de la fe cívica. Donde él plantaba esa bandera se hallaba su patria.

8. Sobre los altares de Dios colgaba Lincoln las cadenas rotas, porque en Dios tenía confianza suma. Esta certidumbre de lo infinito era una de sus primeras virtudes. Lincoln no dudaba. Sabía que simultáneamente los lazos materiales se aflojaban y los lazos morales se estrechaban. Estaba seguro de que con el acabamiento de las tiranías, individuales o colectivas, resurgía la idea de Dios, sol de los días serenos de la conciencia humana.

9. Mucho había en Juárez de lo necesario para triunfar de extrema adversidad. Si inmensas eran las desventuras que afrontaba, grande era él. Mientras hubiese un hombre con tanta potencia espiritual no podía morir la democracia en América. El carácter de Juárez, como el carácter de Lincoln, era un ideal de moralidad vivo y luminoso.

10. El ejemplo dado por Lincoln y Juárez era eminente. El Mundo los contaba ya entre sus héroes. Acaso les tocaba pasar de lo temporal a lo eterno antes de llegar al término de sus respectivas obras. Ante tal probabilidad ellos no podían caer en desesperación. Siempre les quedaría la gloria de dejar en la Tierra la energía moral y el calor vivificante emanados de las almas de los mártires [2].

El juicio de Emilio Castelar acerca de los empeños de Lincoln exaltó la compenetración entre el Presidente de los

[2] EMILIO CASTELAR, *1872. Juárez y Lincoln. 1905* en *Honor a Juárez*, Oaxaca, 1905, pp. 57-64.

Estados Unidos y los liberales del resto del Mundo. Los gobiernos de Europa podían seguir alentando recelos y maquinaciones contra los avances políticos y sociales de América. Eso no era trascendental: trascendental era el movimiento de opinión que se desarrollaba en favor de las ideas y los hechos que tenían a Lincoln por custodio y propulsor.

La ecumenicidad de pensamientos, sentimientos y actos de Lincoln contribuía a rodear de respetos sus realizaciones. El mantenimiento de la Unión era empresa magna, que suscitaba admiración por las gigantescas dimensiones de la lucha armada. Sin embargo, lo extraordinario de la labor del Presidente provenía de otros acaecimientos. Grandes determinaciones suyas señalaban al Mundo cómo era posible sanear y hermosear la condición humana en forma nueva y gloriosa. Lincoln libertaba a millones de negros y preparaba el restablecimiento de la paz nacional con un raro y bello sentido de la justicia y el amor humanos.

Mucho había sufrido Lincoln por las discrepancias entre los planes de sus generales y los preferidos por él. Particularmente lo habían contrariado los proyectos de McClellan para mover el ejército del Potomac. El Presidente había considerado ineludible el deber de expresar al caudillo militar su disentimiento. La necesidad lo había puesto más de una vez en situación de hacer valer su condición de Comandante en Jefe del Ejército y de la Armada. La exaltación de Grant a la categoría de inmediato subalterno suyo en el mando de las tropas de los Estados Unidos inició un cambio favorable a la conformidad de las opiniones del Presidente con las de su principal teniente.

Al finalizar el mes de abril de 1864 Lincoln tenía motivos para confiar en la previsión y pericia de Grant. Todo hablaba del acierto con que se habían acordado las últimas preeminencias otorgadas al rescatador de los grandes ríos. El Presidente quiso que antes de abrirse la campaña de primavera el Teniente General supiese, por confesión ejecutiva, que en Wáshington, especialmente en la Casa Blanca, producía satisfacción lo que el jefe militar había hecho hasta el 30 de abril. Pero no se detuvieron ahí sus expresiones. Lincoln no conocía ni trataba de conocer los pormenores de los planes de Grant: le bastaba conocer, como conocía, su idoneidad para los empeños bélicos. Grant se mostraba vigilante y confiado en sí mismo, y Lincoln, contento con esto, se abstenía de ponerle restricciones o hacerle reparos. Mientras el Presidente ansiaba

que se evitase algún enorme desastre, o alguna captura de tropas federales en gran número, sabía que tales puntos no escapaban a la atención del Teniente General. Una sola cosa pidió el estadista al guerrero; que no dejase de informarle si faltaba algo que en su poder estuviese dar. Y una extraordinaria merced le deseó: Que Dios sostuviera a quien era guía de un bravo ejército y amparo de una causa justa[3].

Grant se sentía feliz por la disposición de ánimo y por la eficacia de los actos de Lincoln para con él. Cuando recibió la nueva manifestación de confianza del Presidente, la que calificó de benévola, declaró que desde que estaba a la cabeza de todo el Ejército admiraba y agradecía la prontitud con que se acordaba cuanto requería, sin que se le hubiese pedido explicación alguna. Quizá el éxito no llegase a ser tan dichoso como él lo anhelaba y esperaba. En el caso de sobrevenir un revés no podría imputarse en causa a Lincoln.

Las necesidades impuestas por la guerra, aun en momentos en que parecía que la Unión había encontrado en Grant al hombre capaz de acelerar su victoria, mantenían atadas las manos de Lincoln para toda acción internacional susceptible de desembocar en un conflicto bélico. Contra la agresión de Francia a México, con la añadidura de la elección recaída en Maximiliano de Austria para que rigiese el imperio inventado al Sur del Río Grande, la actitud del Presidente no pasaría de lo ya conocido: severas amonestaciones dirigidas a Napoleón III y negativa de reconocer la existencia de una monarquía en vez de la república de Juárez. El lenguaje de Seward, que llevaba el pensamiento de Lincoln a las notas que dirigía a sus plenipotenciarios en París y Londres, era explícito. Los destinos de América no debían estar sujetos a los arreglos concluídos en las capitales políticas de Europa. En los Estados Unidos se manifestaba reiterada y vigorosamente el deseo de que el Gobierno defendiese con mayor energía la Doctrina de Monroe. Una determinación coactiva de Lincoln respecto de Francia en la primavera de 1864 hubiese sido peligrosa para la seguridad de la Unión. Los riesgos nacionales obligaban a dejar a un lado, hasta donde era posible, las demasías extranjeras[4]. Por lo demás, la cuestión de México, cualesquiera que fuesen los hechos y circunstancias predominantes en la Unión, some-

[3] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. X, pp. 90-91.

[4] JAMES MORTON CALLAHAN, *American Foreign Policy in Mexican Relations,* New York, 1932, p. 296.

tía a prueba la norma del Presidente opuesta a toda intervención en asuntos foráneos que pudiese ser tomada por reincidencia en la política expansionista tan en boga en su país en tiempos entonces recientes.

Lincoln tenía previsto que el encumbramiento de Grant a la jefatura de los ejércitos de la Unión y la expiración del invierno iban a confluir en inusitados sucesos de guerra. En mayo de 1864 las disposiciones de Grant, no enervadas ni siquiera por veladas objeciones de la Casa Blanca, ya se dejaron sentir. Meade en el Potomac y Sherman en Chattanooga movieron sus tropas en la primera semana de mayo. Las órdenes de Grant y su cumplimiento anunciaron a Lee que las inspiraciones de Lincoln empezaban a producir efectos extraordinarios. La estrategia de Grant venció la de Lee en Spottsylvania, en Virginia.

4

El Perú se hallaba agitado desde que en su territorio se inició la propaganda en favor de la aplicación de la Doctrina de Monroe en los casos creados por la ingerencia de Europa en el Hemisferio Occidental. En parte por el influjo de tal propósito, en parte por la arrogancia con que procedían los españoles engolosinados con ideas de reconquista, se produjeron trastornos graves en una colonia de vascos establecida en Talambo. La sanción impuesta a los peruanos acusados por los españoles no satisfizo a éstos. Madrid envió a Lima a Eusebio de Salazar y Mazarredo, como comisario especial y extraordinario de Isabel II, en demanda de una reparación. El gobierno del Perú sólo accedió a recibir a Salazar con el carácter de agente confidencial. La solución no fué del agrado de Salazar, quien, aprovechando la oportunidad de que una escuadra de su país cruzaba aguas chilenas, indujo al almirante Pinzón a tomar posesión de las islas de Chincha, ricas de guano, en garantía de la indemnización reclamada al Perú por daños y perjuicios. La agresión de España causó enorme excitación en el Perú [5]. Y en el Perú mismo y en el resto de América se tuvo aquello por insistente inclinación de España a dominar en tierras del Nuevo Mundo que ella había perdido. Estaba claro que una vez

[5] JERÓNIMO BÉCKER, *Historia política y diplomática desde la independencia de los Estados Unidos hasta nuestros días (1776-1895)*, Madrid, 1897, pp. 488-489.

más Europa intentaba violar la Doctrina de Monroe, de la que Lincoln era custodio en la medida en que se lo permitía la conflagración nacional.

El ataque de España al Perú en las islas de Chincha conmovió a toda América. El hecho fué acompañado de una declaración grave: el allanador alegó que España no había reconocido nunca la independencia del Perú. El conflicto internacional así suscitado amenazaba la seguridad de América. Al caso de Santo Domingo se había agregado el de México. Al de México sucedía el del Perú. Lincoln debió de considerar en toda su magnitud la trascendencia de lo que ocurría en daño y perjuicio de la integridad hemisférica y expresar a Seward sus puntos de vista. El Secretario de Estado dió instrucciones al Ministro de los Estados Unidos en Madrid a fin de que ante el gobierno de Isabel II protestase de la detentación consumada en Chincha y del contenido de la explicación ofrecida por los funcionarios hispánicos y manifestara que la Unión no podía ver con indiferencia el amago de reducir al Perú por la fuerza de las armas para privarlo de parte de su territorio [6].

No quedó como un secreto diplomático la nota enviada por Seward a Dayton con motivo del acuerdo adoptado el 4 de abril de 1864 por la Cámara de Representantes contra el establecimiento del régimen monárquico en México bajo los auspicios de una potencia europea. El periódico oficial del gobierno francés afirmó que éste había recibido del de Wáshington satisfactorias explicaciones acerca del sentido y alcance de la resolución aprobada por la Cámara de la Unión. En la sesión celebrada por la Cámara el 23 de mayo de 1864 el representante Henry Winter Davis, autor de aquella resolución, leyó lo publicado por el diario de París y logró que se pidiese a Lincoln el envío de copia del documento contentivo de las manifestaciones que le eran atribuídas en la corte de Napoleón III [7].

Tan pronto como recibió el requerimiento de la Cámara el Presidente le pasó el traslado de la nota dirigida por Seward a Dayton el 7 de abril. El representante Davis censuró la conducta de Lincoln. El Jefe del Ejecutivo se había apartado de los usos de los gobiernos constitucionales al hacer asunto de explicaciones diplomáticas una resolución que se hallaba pendiente de la consideración del Senado y que era de carácter grave y delicado. Era de lamentar que se hubiese informado al

[6] SAMUEL FLAGG BEMIS, *The Latin American Policy of the United States,* New York, 1943, pp. 112-113.

[7] *The Congressional Globe,* Washington, D. C., May 24, 1864.

gabinete francés de una discordancia seria y capital de opiniones y jurisdicción entre el Congreso y el Poder Ejecutivo. Ofendía a la dignidad de la Cámara la negación de la potestad de proceder como lo había hecho. Sorprendía la opinión del Presidente según la cual era cuestión puramente ejecutiva la de la forma y el tiempo de expresar el juicio de los Estados Unidos sobre reconocimiento de un gobierno monárquico impuesto a un país americano [8].

La nota de Seward a Dayton, aunque había advertido que la resolución de la Cámara interpretaba con exactitud el sentimiento unánime del pueblo de los Estados Unidos acerca de México, se había excedido en el deseo de evitar complicaciones internacionales, como lo apuntó el representante Davis. La crítica de éste fué dirigida contra Lincoln. En realidad, el Presidente era el responsable de la política exterior, la que él inspiraba y orientaba en todo lo fundamental, y fundamental era, en opinión suya, evitar una guerra exterior cuando la interior tenía dimensiones sin precedentes. Sin embargo, la opinión de los republicanos de México fué más severa para Seward que para Lincoln. Un vocero de Juárez estimó rayana en la humillación la prudencia de Seward en sus relaciones con la Francia de Napoleón III [9].

La insistencia con que Europa agredía a América obligaba a los estadistas del Nuevo Mundo a precipitar la coordinación de las actividades enderezadas a contrarrestar los peligros desatados sobre algunos de sus pueblos. Al finalizar el primer semestre de 1864 el conflicto hispano-peruano tenía en movimiento las inteligencias más despiertas. La República Argentina mostró interés en llegar a acuerdos hemisféricos frente a las tentativas de recolonización de España. Su Ministro de Relaciones Exteriores, Rufino de Elizalde, se ocupó de indagar cuál era la posición de los demás gobiernos americanos respecto de la probabilidad de una guerra entre España y países del Pacífico. ¿Qué providencias adoptaban los Estados Unidos? ¿Cómo veía Lincoln la situación de la América latina? ¿No advertía la Unión los riesgos que arreciaban para los pueblos cuya defensa había dado nacimiento a la Doctrina de Monroe? De las respuestas que se diesen a estas preguntas dependía en gran parte la seguridad de América. En la última decena de mayo de 1864, Elizalde lanzó una idea atrevida: pa-

8 JOSÉ M. IGLESIAS, *Revistas históricas sobre la intervención francesa en México,* México, 1868, vol. II, pp. 393-394.
9 *Ibid.,* pp. 394-395.

ra la preservación de la libertad en el Hemisferio Occidental era conveniente sublevar a Cuba y Santo Domingo contra la soberanía de España [10]. La posible insurrección de Cuba y Santo Domingo tenía estrecha relación con ideas y hechos propulsados por Lincoln.

La importancia de los triunfos nacionales de Lincoln era reconocida sin ambages en la América latina. La destrucción de las fuerzas que disputaban esas victorias no podía ser conocida con indiferencia al sur del Río Grande. El suceso tocaba tan de cerca al resto del Nuevo Mundo e influía tanto en el desenlace de cuestiones como las suscitadas por España y Francia, que se tenía como un acontecimiento de la historia de los pueblos amenazados por la codicia europea. A la causa sostenida por Lincoln se hallaba ligada la suerte de los demás países del universo de Colón. El eco de la batalla de Virginia sería igualmente terrible en Richmond, en México y en París [11].

Los hombres atormentados por las desgracias de América ponían sus ojos en Lincoln y su esperanza en el auge de las armas de la Unión. Pero la realidad era tan abrumadora que anulaba las fuerzas espirituales. Y únicamente con fuerzas espirituales podía Lincoln acudir en ayuda de la América latina, hollada por el invasor europeo. Mientras la gran discordia entre el Norte y el Sur de los Estados Unidos bramaba por las bocas de los cañones, y la república de Juárez parecía condenada a la desaparición, y el plenipotenciario Thomas Corwin se situaba en La Habana, ya inclinado a que su patria aceptase las consecuencias de la intervención de Europa en México, el príncipe austríaco destinado al nuevo trono imperial rindió su viaje a América. Maximiliano I penetró en México, al fenecer el mes de mayo de 1864, como un triunfador [12]. Así y todo, la recepción del nuevo soberano no pudo llegar a la apoteosis, por lo menos a la apoteosis moral, porque faltaban en su cortejo dos elementos esenciales: la conciencia nacional encarnada en Juárez y la representación diplomática de los Estados Unidos. Lincoln mantenía su negativa a reconocer la existencia de la monarquía que violaba la soberanía internacional de México.

10 MARIO BELGRANO, *España y el conflicto del Pacífico. 1864-1867. La actitud argentina ante España y otras cortes europeas* en *Contribuciones para el estudio de la Historia de América. Homenaje al Doctor Emilio Ravignani,* Buenos Aires, 1941, pp. 516-517.

11 JOSÉ M. IGLESIAS, *Revistas históricas de la intervención francesa en México,* 1868, vol. II, pp. 353-354.

12 EGON CAESAR CONTE CORTI, *Maximiliano y Carlota,* México, 1944, pp. 289-292.

5

La marcha del tiempo ponía ante Lincoln un problema de capital importancia. El de 1864 era año de elección presidencial. Annque la Nación estuviese conmovida por una guerra civil, nadie osaba prescindir de la consulta popular preceptuada por la Constitución. Bajo ésta habían crecido y se habían hecho poderosos los Estados Unidos. Su defensa entrañaba la razón primera de la causa del Norte. Cumplir sus disposiciones, aun a la luz de la hoguera bélica, era reforzar los fundamentos del pacto federal. El ánimo de Lincoln se halló en cabal disposición para facilitar la ejecución de la ley de leyes de la República en todas sus partes y de manera especial en lo concerniente a la renovación del mandato del máximo magistrado de la Unión.

Tres años y tres meses habían sido suficientes para probar el alto valor de la conducta del estadista. Se hallaba presente un político sin impurezas. Y el político basaba sus tareas y la realización de su destino en la observancia de rectos procederes. No era exiguo el número de apetencias insatisfechas que dejaba atrás. En contraposición a infinitas demandas de miembros del Partido Republicano, su partido, nuevo en la ocupación del poder público, el Presidente había rehusado la función de agente de colocaciones. Había enseñado la puerta de su despacho a pedigüeños de cargos oficiales sin condiciones para el desempeño de lo pretendido. Había atacado el nepotismo. Había querido retener para el mejor servicio y el mayor lustre de su administración a la gente idónea y leal, sin consideración a su filiación y con abstracción de simpatías personales. Advenía el momento de aquilatar el acierto con que había sido adoptado y seguido ese modo de obrar.

En tiempo de guerra nada tenía de extraño en los Estados Unidos que hombres de armas, con popularidad alcanzada como conductores de tropas, apareciesen entre los presuntos candidatos presidenciales. Uno de los auxiliares más eficaces de Lincoln, John Hay, señaló ciertas condiciones morales y políticas de cuatro generales que podían ser aspirantes a la Casa Blanca: Burnside, McClellan, Grant y Frémont. Burnside era violento y agresivo. McClellan, tímido y vacilante, Grant, sereno, íntegro y desinteresado. Frémont, débil e inhábil. Lincoln escuchó de labios de Hay un severo juicio: Burnside sería peligroso en el ejercicio de funciones de gobierno. Naturalmente, el hecho de que hubiese caudillos de la milicia capaces de

discutir la exaltación a la jefatura de la Nación no excluía la presencia de varones sobresalientes en la esfera civil dispuestos a entrar en la mayor de las disputas electorales.

La posibilidad de reelección de Lincoln dependía en primer término del Partido Republicano. En el seno de éste había ciudadanos eminentes —William H. Seward, Salmon P. Chase y Charles Sumner no eran los únicos—, con capacidad y popularidad bastantes para discutir la nominación con Lincoln. Los observadores extraños, aquellos que no dominaban las presunciones ni poseían los secretos privativos de la organización política de donde procedía el Presidente, no creían fácil que sus correligionarios le ratificasen su confianza llevándolo nuevamente de candidato. Por su parte, el Jefe del Ejecutivo se acogió a una discretísima reserva: eran otros, y no él, quienes debían decidir si a la Nación convenía o no convenía su continuación en la Casa Blanca después de la expiración de los cuatro años del período constitucional que corría.

La Convención Nacional del Partido Republicano se reunió en Baltimore en la primera decena de junio de 1864. Los objetivos de esta asamblea consistían en la designación de los candidatos a la Presidencia y a la Vicepresidencia de la República y en la discusión y adopción del programa de gobierno que serviría de base en la lucha electoral que iba a decidirse en el mes de noviembre. Lo segundo tenía la trascendencia natural en los Estados Unidos, por el celo de sus ciudadanos en el mantenimiento, la introducción o la modificación de normas fundamentales para la existencia nacional. Pero lo primero descollaba por efecto de los hechos y las circunstancias dominantes. Era acto de incalculable importancia aquel que directamente se relacionaba con la posibilidad de que la Unión prosiguiese su lucha por la propia conservación bajo la firme y limpia mano que guiaba sus pasos en la época más grave de su historia.

El primer escrutinio de la Convención de Baltimore, el 8 de junio de 1684, demostró que la inmensa mayoría de los delegados apoyaba la reelección de Lincoln: le habían dado sus votos todos los Estados allí representados, excepto Missouri. La inmediata adhesión de los de Missouri a la candidatura de Lincoln produjo su unánime aclamación por parte de los reunidos para el acto y de los espectadores. El entusiasmo de estos ciudadanos llegó al frenesí, muy en armonía con las corrientes de opinión que en favor del Presidente venían ma-

nifestándose en distintos lugares del país. Entre los hombres propuestos para la candidatura a la Vicepresidencia la Convención escogió a Andrew Johnson, notable por los extremos sufrimientos y la valerosa conducta con que había afrontado la rebelión en el Sur.

La ratificación de la confianza del Partido Republicano en Lincoln — no otra cosa significaba haberlo designado candidato a la Presidencia para un nuevo período— se halló acompañada de declaraciones de la Convención de Baltimore en conformidad con la conducta y los propósitos del primer funcionario de la Nación. La Convención emitió medulares pronunciamientos. Aplaudió la sabiduría, el patriotismo y la fidelidad a la Constitución y a los principios de la libertad americana con que él había desempeñado, bajo dificultades inauditas, los deberes de su cargo. Aceptó e hizo suyos los actos del Jefe del Ejecutivo, principalmente su proclama de emancipación y el empleo de libertos como soldados de la Unión. Aprobó la política oficial encaminada a demostrar que el pueblo de los Estados Unidos no miraría en ningún tiempo con indiferencia la tentativa de cualquier potencia europea para trastornar por la fuerza o mudar por el fraude las instituciones republicanas del Hemisferio Occidental y veía con desagrado, como una amenaza a la paz y a la independencia de la Unión, los extraños esfuerzos dedicados a obtener nuevos escabeles para gobiernos monárquicos, sostenidos por fuerzas militares extranjeras, en la vecindad misma de los Estados Unidos. Apoyó las medidas empleadas para sofocar la rebelión por medio de las armas, sin inclinarse a transigir ni ofrecer términos de paz sino a condición de que fuese acatado el pacto federal en toda su extensión. Y expresó el anhelo de propulsar la adopción de una enmienda adicional a la Constitución que prohibiese la existencia de la esclavitud dentro de los límites de la Nación.

Mientras los políticos de su partido deliberaban y tomaban acuerdos Lincoln guardó el silencio que cuadraba a su posición y a su decoro. Sus correligionarios, más atentos a la grandeza de su obra cívica que a la pequeñez de los antagonismos humanos, premiaron su labor de gobierno con el encomio, la aprobación y la voluntad de que él continuase rigiendo los destinos nacionales. El ímprobo afán del conductor de la Unión no necesitaba más para sentirse fuerte y decidido a proseguir el trabajo heroico. Ya era hora de que el lidiador hablase acerca de lo que el porvenir inmediato le ofrecía.

Libertad y Unión fueron los nombres invocados por el Presidente al recibir la primera notificación de su renominación. Corría el 9 de junio de 1864. En Wáshington circulaba, entre alborozos y esperanzas, la noticia de que la Convención de Baltimore acababa de designar a Lincoln candidato a la Presidencia por vía de reelección. ¿Qué reacciones producía en el Jefe del Ejecutivo el acto de Baltimore? Libertad y Unión decían bastante [13]. El emancipador de millones de siervos se mantenía en su puesto. El defensor del pacto federal no cedía terreno alguno del que había conservado y reconquistado. Pero el momento histórico era adecuado para que el hombre que sobre sí llevaba el peso de tantas responsabilidades públicas dejase oír con reiteración su voz, reposada y orientadora.

Una delegación de Ohio lo visitó para congratularlo. Esta atención, según él dijo, le llegaba con la proveniente de la Convención de Baltimore. No ocultaba la satisfacción que sentía. Sin embargo, todos necesitaban, más que asambleas políticas o elecciones presidenciales, el buen éxito de Grant. Ni por un momento debía olvidarse que era de la mayor importancia sostener a los bravos oficiales y soldados que se hallaban en campaña. Y, al invitar a sus oyentes a que lo acompañasen a vitorear a Grant y a sus heroicos seguidores, el Presidente agitó su sombrero con inusitado brío [14].

Con sencillez recibió a una representación de la Liga Nacional. Pronunció algunas palabras de cortesía y agradecimiento. Confesó que no se dejaba llevar por la ilusión hasta creer que la unanimidad con que sus allegados políticos se manifestaban en favor de su candidatura presidencial significase que él era el hombre máximo o el mejor hombre de los Estados Unidos. Pero todo aquello le hacía recordar la advertencia según la cual no era bueno cambiar de caballo cuando se estaba cruzando el río [15]. El símil claramente expresó que a la Nación no convenía mudar de Presidente en subsistiendo la guerra civil.

El 16 de junio de 1864 Lincoln asistió a una exposición organizada en Filadelfia para colectar fondos con destino a

13 JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. X, pp. 116-117.
14 *Ibid.,* pp. 121-122.
15 *Ibid.,* pp. 122-123.

la Comisión Sanitaria, encargada de ayudar al cuidado y bienestar de los que peleaban por la causa de la Unión. Fué recibido y agasajado calurosa y brillantemente. Un brindis hecho a su salud lo obligó a decir algunas palabras. El lugar, la ocasión y la muchedumbre allí apiñada estimularon su capacidad para improvisar.

El Presidente habló en el festival de Filadelfia del principal de los problemas nacionales en 1864: la guerra civil. La guerra que los Estados Unidos sufrían era, por su magnitud y duración, una de las más terribles conocidas por el Mundo. Había perturbado los negocios, destruído propiedades, arruinado hogares, hecho perecer a gran parte de la población, creado una enorme deuda pública, exigido contribuciones sin ejemplo en el país y causado un duelo tan hondo y general que los cielos parecían enlutados. Los esfuerzos y esmeros consagrados por las mujeres norteamericanas a los soldados que lidiaban por su patria constituían una magnífica demostración de que los recursos nacionales no se hallaban agotados y que la acción cívica colaboraría siempre con el empeño bélico. ¿Cuándo acabaría la contienda federal? A esta interrogación, que la suponía en todas las mentes, no quería contestar con aire de profeta. Los custodios del pacto federal habían aceptado la lucha, no provocada ni comenzada por ellos, con un objeto determinado. Cuando este objeto fuese logrado cesaría el estruendo de cañones y fusiles. El orador esperaba de Dios semejante merced. Por lo que a él tocaba, llevaría adelante la obra, aunque tomase tres años más [16]. Aquí apareció el político, atento a las posibilidades circundantes. El Presidente opinaba ya sin perder de vista la realidad de que era candidato a la misma magistratura que ocupaba. Si los votos de sus conciudadanos lo favorecían de nuevo, Lincoln conduciría la guerra hasta el punto en que sus motivos y derivaciones desembocasen en las soluciones que, al calor de su inspiración e influencia, había prohijado la Convención de Baltimore.

Casi tres semanas transcurrieron desde que la Convención Nacional del Partido Republicano designó candidato presidencial a Lincoln hasta el día en que él dió respuesta a la carta mediante la cual le fué notificada la renominación. La aceptó con gratitud honda y con aprobación cordial del programa adoptado por sus correligionarios. También agra-

16 *Ibid.*, pp. 127-130.

deció que el soldado y el marino no hubiesen sido olvidados por la Convensión, puesto que ellos merecían bien de la patria por cuya salvación exponían y sacrificaban sus vidas. Una de las resoluciones de Baltimore, la concerniente a la defensa del régimen republicano en el Hemisferio Occidental, reclamó especial atención del Presidente. Su conformidad con lo acordado no pendía de palabras: los hechos decían mucho más que las palabras. La política observada por su gobierno respecto de la intervención extranjera en México evidenciaba la absoluta armonía entre sus actos y las determinaciones de la Convención [17].

Las visicitudes de una guerra fraticida y las contingencias de una política internacional preñada de dificultades y peligros agitaban el ámbito dentro del cual se movía Lincoln. Esencial era para él conservar las posiciones logradas y seguir avanzando hacia la consecución de sus objetivos. Mientras no se solidase la Unión, se aboliese totalmente la esclavitud y se librase de amenazas y agresiones europeas a las repúblicas americanas, así en su independencia como en sus instituciones, mucho quedaba por hacer a quien era rector de tantos valores materiales y morales. Su renominación presidencial franqueaba el paso a la esperanza de que él llevaría adelante su obra en los términos que apuntó en el discurso de Filadelfia.

[17] *Ibid.,* pp. 136-137.

Capítulo XVIII

MISERIAS Y GRANDEZAS POLÍTICAS

The legitimate object of government is to do for a community of people whatever they need to have done, but cannot do at all, or cannot so well do, for themselves, in their separate and individual capacities.

ABRAHAM LINCOLN.

1

La previsión de Lincoln al decretar el bloqueo de los puertos usados por los rebeldes no había sido suficiente para asegurar a la Unión el dominio de las aguas. La historia de lo que llevaba de vida la guerra civil estaba salpicada de choques entre el Norte y el Sur y de incidentes internacionales engendrados por las actividades de la marina confederada. El Presidente no había desatendido en momento alguno la necesidad de inutilizar ese resorte de sus adversarios. Conocía el alcance y la eficacia que en lo económico y lo bélico tenía la acción de los bajeles del Sur, y apreciaba lo que la supresión o minoración de tal estorbo significaban para el Norte.

En junio de 1864, en momentos de efervescencia política por razón de la campaña preparatoria de la elección presidencial, Grant siguió dando golpes a sus contrarios. La pelea no era fácil: con frecuencia las tropas federales veían frustrados sus planes. Lo más importante de lo ocurrido en aquellos días fué lo concerniente a la armada confederada. Los corsarios *Alabama, Florida* y *Georgia,* fabricados en la Gran Bretaña y tripulados en parte por súbditos ingleses, habían desarrollado en América y Europa actividades extraordinariamente nocivas para las naves mercantes de los Estados Unidos. Uno de ellos se anotaba

la proeza de haber capturado más de cincuenta barcos de los destinados al servicio de la Unión. El *Alabama* dejó de inquietar a Lincoln en junio de 1864: en las inmediaciones de Cherburgo, en Francia, al cabo de corta lucha, fué echado a pique por el *Kearsarge*.

En las Antillas se complicaban los negocios públicos. La Gran Bretaña temía que España agrediese a Haití y que esto indujera a los Estados Unidos a inmiscuirse en el probable conflicto para apoyar al país allanado. Una exploración hecha por el representante diplomático de Londres en Wáshington dió por resultado una explícita declaración de Seward. El Secretario de Estado se hallaba informado de que Haití observaba una escrupulosa neutralidad ante la lucha hispanodominicana, por lo que era persumible que España se abstuviese de desarrollar cualquier movimiento concebido contra la república antillana. En tal situación de hechos la postura de Lincoln seguía siendo la privativa de un observador de los acontecimientos extraños sin ánimo de meterse en una complicación [1].

América excitaba de continuo los apetitos de dominio y tierras de Europa. Los proyectos recolonizadores de España se apoyaban en la fuerza de las armas y en las habilidades de la diplomacia. En tanto mantenía alarmadas a las naciones del Hemisferio Occidental con motivo de la ocupación de las islas de Chincha el gobierno de Isabel II canjeó las ratificaciones del tratado de reconocimiento, paz y amistad concluído con la República Argentina. Y pocos días después de manifestar el presidente Bartolomé Mitre que simpatizaba de todo corazón con los nobles y generosos votos del pueblo de Buenos Aires en favor del Perú, atacado por España, su legado en Madrid, Mariano Balcarce, aseveró que la cuestión entre el Perú y España ya no era una cuestión americana [2].

La solidaridad hemisférica fallaba. Oficialmente la Argentina cuidaba mucho sus relaciones amistosas con las potencias europeas. La conflagración existente en los Estados Unidos no permitía a Lincoln tomar una actitud decisiva

[1] RAYFORD W. LOGAN, *The Diplomatic Relations of the United States with Haiti. 1776-1891,* Chapel Hill, N. C., 1941, pp. 313-314.

[2] MARIO BELGRANO, *España y el conflicto del Pacífico. 1864-1867. La actitud argentina ante España y otras cortes europeas* en *Contribuciones para el estudio de la Historia de América. Homenaje al Doctor Emilio Ravignani,* Buenos Aires, 1941, pp. 518,-523.

para sacar a España del Pacífico. La aplicación de la Doctrina de Monroe tropezaba con el obstáculo, por el momento ineludible, de la guerra que reclamaba y absorbía la fortaleza material de la Unión.

2

José Agustín Argüelles, teniente gobernador de Colón, en Cuba, había vendido más de cien esclavos importados ilícitamente de Africa y se había trasladado a los Estados Unidos. Las autoridades de la Isla, al descubrir el fraude de Argüelles, habían reclamado su extradición, solicitada por García Tassara de Seward como una medida excepcional, por no existir tratado sobre la materia entre España y la Unión. El caso era de aquellos que caían de lleno en la esfera de la ación moral de Lincoln. Para el gabinete de Lincon, para Lincoln muy particularmente, era motivo de inusitado contento la aparición de una oportunidad propicia a la persecución de la trata, con mayores veras cuando las consecuencias de su humanitaria disposición iban a reflejarse tanto fuera como dentro del territorio nacional [3].

El gobierno de Lincoln accedió a la extradición de José Agustín Argüelles. Desgraciadamente, este laudable acto fué aprovechado por los inconformes con la política de la Casa Blanca para producir una agitación pública. Se habló en todos los tonos del derecho de asilo y de su violación por el Presidente. Nada significaba para sus adversarios el hecho de que Argüelles fuese un miserable mercader de carne humana. Ni les importaba que el delincuente hubiese pretendido encontrar amparo en la nación que sangraba a torrentes por extirpar la horrenda institución de la esclavitud de la raza negra. Ni pesaba en el ánimo de los alborotadores la consideración de que el Jefe del Ejecutivo se había ceñido a normas de conducta enraizada en lo hondo de su conciencia. Ni se aplacaban sus iras ante la evidencia de que el Presidente había apoyado su proceder en reglas de absoluta moralidad. Ni los conmovía la certeza de que anualmente entraban en Cuba, procedentes de las costas de Africa, miles de negros encadenados, con escarnio de las conciencias honradas y vio-

[3] DEPARTMENT OF STATE, BUREAU OF ARCHIVES, Washington, D. C.: Gabriel G. Tassara to William H. Seward, April 15, 1864; William H. Seward to Gabriel G. Tassara, April 16, 1864.

lación de los pactos internacionales[4]. La grita subió hasta el Congreso, que quiso conocer las razones atendidas al autorizar la captura y entrega de Argüelles. Lincoln entendió que el castigo de este malhechor tenía tanto interés para los Estados Unidos como para España. La Unión ofrecía asilo a todos los obligados a emigrar de sus países por persecuciones políticas, pero repelía a cuantos violasen las leyes protectoras de la dignidad y seguridad individuales[5].

Desde el Atlántico hasta el Pacífico, en las Antillas y en el Continente, la vida latinoamericana era sensible a la creciente autoridad moral de Lincoln. En Cuba los funcionarios españoles suspendieron la publicación del periódico *El Siglo,* y la gente bien informada relacionó esta restricción de la libertad de imprenta con la franca adhesión del diario habanero a las triunfantes ideas del Presidente[6]. En el Congreso de Chile se habló en la víspera del 4 de julio de 1864 de los intereses de los Estados Unidos, y Benjamín Vicuña Mackenna, miembro de aquel cuerpo legislativvo, señaló la diferencia entre la actitud de John Russell y la de Abraham Lincoln respecto del mundo de Bolívar y San Martín: los argumentos del altivo señor de la justicia internacional eran las baterías de la armada británica y el lenguaje del gobernante salido de las llanuras de Illinois iba acompañado de respeto y amistad hacia las naciones hispanoamericanas[7].

3

Los medios utilizados por los enemigos internos de la Unión no se detenían ante consideración alguna. Procuraban destruir lo que era obra de muchos años e ingentes esfuerzos, y sus dardos iban derechamente al corazón de la Nación. Preservar la Nación era para Lincoln un deber que a nada ni a nadie cedía el paso. Y en el cumplimiento de este deber el reflexivo y cauto gobernante no temía adoptar las

[4] CARLOS DE SEDANO, *Cuba, Estudios Políticos,* Madrid, 1872, pp. 213-214.

[5] FRANCIS WHARTON, *A Digest of the International Law of the United States,* Washington, 1886, vol. II, p. 746.

[6] HERMINIO PORTELL VILÁ, *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España,* La Habana, 1339, vol. II, p. 173.

[7] B. VICUÑA MACKENNA, *Diez meses de misión a los Estados Unidos de Norte América como ajente confidencial de Chile,* Santiago, 1867, vol II, apéndice, p. 24.

más severas providencias. De nuevo, el 5 de julio de 1864, un estado de necesidad pública obligó al Presidente a suspender el *Habeas Corpus*[8]. Lo tenía advertido y lo practicaba: su amor y acatamiento a una institución no lo llevaba al extremo de prosternarse ante ella, considerándola intangible, a trueque de comprometer la existencia de la propia institución. El *Habeas Corpus,* magnífico instrumento de la libertad humana, podía dejar de ser aplicado temporalmente en un esfuerzo por salvar todos los atributos de esta bella potestad.

El prócer, con los pies siempre apoyados en lo duro de la Tierra, levantaba los ojos al Cielo. Creía en fuerzas misteriosas, superiores a las manejadas por hombres. En sus adentros llevaba la certidumbre de que mientras procediese rectamente Dios estaría junto a él y que con la asistencia de Dios sus designios no podían malograrse. Por inspiración propia o a instancias de quienes lo ayudaban en la defensa del patrimonio nacional, solía exhortar a su pueblo a que lo acompañase a implorar la misericordia divina, que tanto podía contribuir a precipitar el advenimiento de la paz. En una proclama de 7 de julio de 1864 Lincoln fijó un día de ayuno y oraciones: los ciudadanos de la Unión fueron invitados, en conformidad con sus respectivos modos de entender y adorar lo eterno, a rogar al Todopoderoso por la cesación de la guerra en términos de justicia[9].

La reconstrucción del país era empresa sin cesar atendida por el Presidente. Su condición de estadista se exhibía, entre otras ocasiones dichosas para su patria, cuando sus miradas se dirigían no menos a lo por venir que a lo presente. En prever a tiempo radicaba uno de los secretos de su capacidad para gobernar. Medidas promulgadas por él adecuaban el arrepentimiento de ciudadanos de los Estados secesionistas a la conveniencia de reincorporarlos a la Unión. El Congreso, por iniciativa de Henry Winter Davis, aprobó un proyecto de ley sobre reconstrucción que no concordaba con el pensamiento y la acción que el Jefe del Ejecutivo había echado a andar. En una proclama de 8 de julio de 1864 Lincoln dió a conocer las razones que tenía para no sancionar lo acordado por el Poder Legislativo[10]. No le

[8] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memoiral University, vol. X, pp. 144-148.

[9] *Ibid.,* pp. 149-151.

[10] *Ibid.,* pp. 152-154.

parecía prudente ni útil alterar un plan ya en ejecución para reordenar la existencia nacional.

Estaba declarado con reiteración y por numerosas vías oficiales y privadas que el gobierno de Lincoln no se arriesgaría a una guerra internacional mientras no terminase la civil, aunque se le atacase con la violación de la Doctrina de Monroe. Grande tenía que ser el equilibrio de mente y corazón del hombre llamado a conducir una situación tan delicada y enojosa. Con todo, no se hallaba eliminada del universo de las ideas del Presidente la probabilidad de complicaciones y agravamientos que lo constriñesen a oponer la fuerza de las armas a las audacias de la monárquica Europa[11]. El imperio que pretendía enseñorearse de México obligaba al Hemisferio Occidental a sufrir una osadía incompatible con principios y normas de su derecho público. El trance era particularmente acerbo para Lincoln, que había advertido sin rodeos que el régimen republicano de gobierno debía considerarse irreemplazable en América y que la soberanía internacional de cualquiera de los pueblos de esta parte del Mundo era uno de los elementos de la seguridad de la nación por él regida.

Nadie anhelaba más que el Presidente el restablecimiento de la paz nacional. Sin embargo, había quienes daban señales de superar esa ansiedad de su alma: eran aquellos que en el seno de la Unión vivían bajo el terror de siniestras presunciones. Los rebeldes intentaban apoderarse de la ciudad de Wáshington y compeler a Grant a que desistiese del asedio de Richmond, y los medrosos del Norte suspiraban por cualquier arreglo con el Sur. El Presidente expresaba que la guerra podía durar tres años más, y los fatigados de su bando no ocultaban la creencia de que la Nación no resistiría tamaño sacrificio. Unos y otros coincidían con los primates de la Confederación que aspiraban a que Lincoln accediese a escuchar la opinión de Jefferson Davis sobre la cesación de las hospitalidades. Horace Greeley gestionó cerca del Presidente la concesión de un salvoconducto en favor de Clement C. Clay, Jacobo Thompson, James B. Holcombe y George N. Sanders, deseosos de trasladarse a Wáshington para negociar la reconciliación del Sur con el Norte.

De la ausencia de odios y resentimientos que fácilmente

11 JAMES MORTON CALLAHAN, *American Foreign Policy in Mexican Relations,* New York, 1932, p. 2998.

se observaba en el espíritu de Lincoln había que esperar determinaciones favorables al señorío de la concordia nacional. El día en que sonase el último tiro en la horrenda contienda debía señalar mucho más que el mero silencio de las armas. El estadista, colocado entre el deseo de recobrar la paz y el deber de sacar triunfantes los postulados a que consagraba lo mejor de su vida, no dudaba: la obediencia al deber era ley de su destino.

A quienes concerniese el conocimiento de sus conclusiones acerca del alcance del conflicto entre el Norte y el Sur se dirigió Lincoln el 18 de julio de 1864. De su parte habría salvoconductos para personas procedentes del campo rebelde si en éste se extendían análogos documentos en favor de las que representan a la Unión en el afán de terminar la guerra. Pero ¿sobre qué bases podrían iniciarse las negociaciones? El lenguaje presidencial fué claro, como claras eran sus intenciones. Toda proposición del Sur debía abrazar tres puntos: a) el restablecimiento de la paz; b) la integridad de la Unión; c) la extinción de la esclavitud. Una iniciativa que comprendiese tales puntos, en hallándose autorizada por los que mandaban los ejércitos a la sazón hostiles a los Estados Unidos, sería recibida y considerada por el gobierno de los Estados Unidos, el cual, por lo demás, haría concesiones liberales respecto de otros asuntos sustanciales, bien que colaterales [12]. El firmante de este aviso era fiel guardador de las pautas emanadas de su propia potestad.

4

En el seno del Partido Republicano adquirieron excesivo vigor los antagonismos poco después de la renominación presidencial de Lincoln. Los correligionarios del Presidente ahondaron sus divisiones cuando más necesaria era la unidad entre ellos. Unicamente razones doctrinales podían cohonestar la existencia de un fenómeno político que ponía en peligro la reelección del Jefe del Ejecutivo. En realidad, las había. Pero no todo era limpio en las discrepancias que se manifestaban en torno a las ideas y a los procedimientos preferidos por Lincoln.

12 JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. X, pp. 154, 159-161.

La Convención de Baltimore había adoptado acuerdos que aprobaban la política general de Lincoln. Los republicanos apoyaban los planes del Presidente relativos a la integridad de la Unión, al sometimiento de los rebeldes y a la extinción de la esclavitud. Sin embargo, en un punto singular de la pugna entre el Sur y el Norte flaqueaba la conformidad. El programa de reconstrucción nacional iniciado por Lincoln posibilitaba el reingreso en la Unión de todo Estado separatista en que se organizase un gobierno leal a los Estados Unidos y dispuesto a cumplir determinados requisitos fijados por el propio Presidente. Los radicales del Partido Republicano discrepaban del restaurador de la Nación: ellos querían que sin atenuaciones expiasen sus culpas los favorecedores de la secesión. El lenguaje de los extremistas no era igual al de Lincoln. Los extremistas hablaban de traición, odio y castigo. Lincoln pronunciaba palabras de perdón, olvido y amor.

Serenas pasiones y pasiones encrespadas se exhibían a derecha e izquierda del feote y melancólico varón que era capaz de dar lo que le quedaba de vida, por dejar a su pueblo en el pleno goce de las bendiciones de la paz, de la restañadora y edificante paz que propulsaba con su voz y su conducta. De la esclavitud, que tanto había contribuído a desencadenar la tormenta que a todos afligía, no debía quedar en la Nación más que una triste memoria. La libertad había de salir del conflicto bélico fortalecida y purificada, sin excluir de sus inefables beneficios a ninguna clase ni a ningún hombre. Millones de ciudadanos, de su partido y de fuera de él, participaban de estas generosas y constructivas opiniones. Frente a los que así discurrían se alzaban otros, que también deseaban el bien público, resueltos a sostener los principios según los cuales era menester reconstruir la Unión con procedimientos inquisitoriales para los secesionistas.

La intención de reelegir a Lincoln fué acompañada de una jaculatoria muy repetida: *God bless Abraham Lincoln*! Esto de que Dios bendijese al Presidente parecía salido de la entraña de lo mejor de su pueblo. Se recordaba la obra literaria de Harriet Beecher Stowe, tan henchida de compasión por los sufridores. Se veía en el Jefe del Ejecutivo al paciente alterador entregado a la ímproba labor de extirpar las injusticias de que era víctima una raza entera en una república fundada bajo el principio de que todos los hombres nacían iguales. Se repetía la exclamación: *God bless Abraham Lincoln*! El gran poder de Dios se pedía para que la Nación

no fuese privada en un momento crucial de su historia del gobernante consagrado a sanear y embellecer sus instituciones. Si de algo servían aún en el Mundo los valores morales, Lincoln continuaría desarrollando lo arduo de su labor en medio de inextinguibles fulgores.

La mayor de las congojas experimentadas por Lincoln no era causada por los que pretendían destruir la Unión: la mayor de sus congojas le era inferida por la intransigencia de ciudadanos que tenían aspiraciones análogas a las suyas. Henry Winter Davis, el representante por Maryland que atacaba al Presidente con motivo de explicaciones dadas al gobierno de Francia a raíz del acuerdo de la Cámara contra la intervención de Europa en México, se sentía ofendido por Lincoln desde el principio de su administración, cuando fracasó la probabilidad de que él fuese miembro del Gabinete. Y Davis se alió al senador Benjamín F. Wade para censurar con virulencia al Jefe del Ejecutivo, cuyos planes de reconstrucción ellos repudiaban. Y con Davis y Wade coincidió Wendell Phillips, que pronunció enérgicos discursos contra Lincoln y su política.

No desdeñó el Presidente a Davis, Wade y Phillips cuando declaró que no había leído ni leería sus desapacibles juicios. Conocía sus puntos de vista sobre la reconstrucción nacional, y este antecedente le bastaba para comprender que nada adelantaría enterándose circunstanciadamente de sus palabras. Le era difícil complacer a su censores. Más aún: le era imposible acceder a las pretensiones de ellos sin violar su juramento constitucional y los vitales principios que servían de fundamento al gobierno por él presidido [13].

El haber accedido el Presidente a la extradición de José Agustín Argüelles, el delincuente reclamado por las autoridades españolas de Cuba por la introducción y venta de esclavos procedentes de Africa, y el secuestro de dos periódicos de Nueva York, los divulgadores de una falsa proclama, permitieron a los adversarios de Lincoln alimentar una rabiosa agitación pública [14]. Los actos criticados llevaban consigo, por la limpieza de sus motivos, la más cumplida y satisfactoria defensa del alto magistrado. Pero ni por eso él dejaba de ser blanco del encono y rencor ajenos.

13 WILLIAM E. BARTON, *The Life of Abraham Lincoln,* Boston-New York, 1943, vol. II, pp. 292-293.

14 JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Abraham Lincoln. A history,* New York, 1890, vol. IX, pp. 44-45.

Por muy arraigada que estuviese en la conciencia nacional la idea de que era necesario e ineludible proseguir la guerra en condiciones que asegurasen la victoria de la Unión y la preservación de lo que ella representaba, un llamamiento de quinientos mil hombres a las armas en período electoral entrañaba un riesgo evidentísimo para los intereses políticos del Presidente. Sin embargo, Lincoln no se detuvo ante la urgencia de dar a Grant lo que Grant debía tener para debelar la rebelión. En el tercer trimestre de 1864 hacía falta agregar medio millón de combatientes a los que ya peleaban por la integridad de la Unión y la abolición de la esclavitud, y medio millón de soldados solicitó Lincoln de los Estados llamados a decir por medio del sufragio si él había de continuar o cesar en el ejercicio de la jefatura de la Nación[16]. La tormenta formada por los que ansiaban sacarlo de la Casa Blanca adquirió caracteres gravísimos. Las frases puestas en circulación para menoscabar el prestigio y la popularidad del Presidente eran demasiado expresivas: él menospreciaba los derechos individuales, vulneraba la libertad de imprenta, supeditaba a su capricho la ley de leyes de la República, procedía como un tirano. ¡Era, en todo y por todo, un tirano! Eso de arrojar otros cientos de miles de ciudadanos a la hoguera que consumía las fuerzas vitales del pueblo no podía ser perdonado al triste que no cejaba ante el deber que su ministerio le había impuesto.

5

La templanza le era menester más que nunca en aquellos días de 1864 en que se conjuraban tantos y tan complejos intereses contra sus intenciones y procederes. Con injurias y calumnias andaba mezclado algo peor: la pretensión de frustrar el reclutamiento decretado en el mes de julio. El proyecto, concebido por los demócratas, encerraba gérmenes de disolución para la parte de la Unión que se mantenía fiel al pacto federal. La conspiración no se detenía ahí. En agosto de 1864 se repitió en las inmediaciones del Hogar del Soldado la tentativa de alevosía contra el Presidente: en instan-

[15] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. X, pp. 164-166.

[16] CARL SANDBURG, *Abraham Lincoln. The War Years,* New York, 1943, vol. III, pp. 440-441.

tes en que él regresaba a caballo, a las once de la noche, sonó un tiro, se espantó y echó a correr la bestia, cayó el sombrero del jinete y apareció éste a los ojos del sereno de la finca como escapado de un grave peligro. El guardián recogió la prenda dejada por Lincoln en el camino y con sobresalto observó que tenía en la copa un agujero producido por una bala [16]. El Jefe del Ejecutivo no se atemorizó ante la evidencia del frustrado crimen. Pensaba que su muerte no cambiaría el curso de los acontecimientos en lo esencial y que en un país de costumbres sencillas, como era el suyo, facilidades sobraban para asesinar. Sus palabras, destinadas a la publicidad o vertidas en la intimidad, reflejaban una serenidad absoluta.

Soldados de un regimiento de Ohio que regresaban a sus hogares oyeron la voz de Lincoln. Ellos habían servido militarmente, y él les estaba agradecido, como a todos los demás que habían acudido al llamamiento de su patria. La oportunidad era propicia a la expansión de su espíritu en términos tan explícitos que la Nación quedase informada de su manera de reaccionar ante los errores y las injusticias de muchos de los que lo zaherían sin piedad. El Presidente deseaba que fuese más generalmente comprendido el carácter de la lucha en que el país se encontraba envuelto. Bajo el gobierno libre existente en los Estados Unidos todo hombre tenía derecho a ser igual a cualquier otro hombre. En la terrible contienda que entonces se desarrollaba, en triunfando los enemigos de la Unión, esa forma de gobierno y las restantes manifestaciones de los derechos humanos corrían peligro. Algo más de lo que se creía comúnmente se hallaba comprometido. Por resolverse estaba si las nacientes generaciones gozarían de los privilegios de que habían gozado las ya formadas. Lo dicho bastaba para comprender la improcedencia de permitir que motivos secundarios distrajesen al pueblo norteamericano de la realización de un gran propósito. La brega en marcha era demasiado importante para abandonarla por razones intrascendentes. El régimen adoptado por los forjadores de la Nación podía adolecer de desigualdades. No era justo, por ejemplo, que cada quien no pagase impuestos en exacta proporción al valor de sus bienes. Pero, si hubiese sido necesario acomodar las contribuciones a ese buen principio social antes de cobrarlas, jamás se habría llegado a percibirlas. Yerros se cometían, aunque los funcionarios y empleados públicos se empeñasen en evitarlos. A los ciudada-

nos que de los frentes de combate volvían a sus casas incumbía un nuevo deber: el deber de alcanzar la altura correspondiente a hombres dignos de vivir bajo un gobierno libre [17].

No era para entonces, sino para siempre, el trabajo que ejecutaban los defensores de la Unión. Esto dijo Lincoln a otros soldados de Ohio. En beneficio de los hijos de los hijos de él y de ellos debía perpetuarse el gobierno libre de los Estados Unidos. ¿Para qué se luchaba tanto y tan bravamente? Se luchaba, y quizá se lucharía durante años, para que todos los presentes tuviesen iguales probabilidades de buen éxito por su industria o inteligencia y pudiesen entrar en el disfrute de análogos privilegios en la carrera de la vida, sin excluir aspiración humana alguna. Bien merecía los sacrificios de una colosal pelea la nación que encerraba tales bendiciones [18].

En la agitada Casa Blanca y en el silencioso Hogar del Soldado, el Presidente, faz a faz con algún amigo entrañable, solía hablar de sus cuitas. Las del verano de 1864 eran de las más punzantes. En aquellos tormentosos días recordaba la marcha de los últimos acontecimientos políticos. Había sido renominado candidato a la Presidencia por unanimidad, y no mucho después se le acosaba para que rehusase tal designación. ¿Se beneficiaría el país si él se retiraba de la lucha? ¿Merecía su conducta los vituperios provenientes de sus juzgadores? Dios conocía sus pensamientos y obras. El afligido no tenía de qué arrepentirse. Había procurado cumplir su deber dando a cada cual lo suyo. Sin embargo, no ignoraba que personas perfectamente enteradas de sus actos decían que él se hallaba poseído por la concupiscencia dictatorial, que en determinados casos se conducía con olvido de la moralidad y que no vacilaba en dañar y perjudicar gravemente a sus conciudadanos sólo por retener para sí el máximo oficio de la Nación. Cuando platicaba de estas cosas acababa por sentir anudada la garganta y humedecidos los ojos: la ahogada voz y la fugitiva lágrima, eran exponentes cabales de la claridad de su alma.

En lo íntimo de su vida de relación, en lo concerniente a la conducta de su esposa, Lincoln apenas conocía la bonanza. Ella no renunciaba a su costosas frivolidades —tan costosas que temía que el marido conociese lo que sumaban las fac-

[17] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln*, Lincoln Memorial University, vol. X, pp. 199-200.
[18] *Ibid.*, pp. 202-203.

turas pendientes de pago—, ni dependía de su voluntad evitar los arranques y las intolerancias provenientes de sus histéricos celos. Mary Lincoln decía que apreciaba mucho la felicidad de su consorte, más que la suya propia, y en esta afirmación no había insinceridad [19]. Pero Abraham Lincoln, a causa de las intemperancias de su mujer, tenía que seguir sometiendo a durísimas pruebas su ecuanimidad, con notable recargo para sus fuerzas espirituales.

La adversidad lo armaba de rara fortaleza para resistir. El espíritu de servicio era uno de sus mejores compañeros en la actividad cívica. Estaba seguro de que podía ser útil a su patria en el Gobierno y fuera del Gobierno. En medio de dificultades tan complejas como las que se adueñaban de la Unión en 1864, que parecía ser el año crítico de la guerra secesionista, el estadista, penetrado de su deber y ganoso de satisfacerlo, puso en movimiento cerebro y corazón.

Los adversarios de su reelección adquirían excepcional preponderancia. Lincoln creyó en agosto de 1864 que tenía perdida la probabilidad de vencer en los comicios. Aún más: supo matar en su pecho el gusano que él veía corroer el equilibrio interior de todo candidato a un oficio público. Por eso, supeditando su amor propio al interés y a la gloria de su país, el día 23 preparó y suscribió un memorándum con destino a los miembros del Consejo de Secretarios. Lo llevó a la reunión del Gabinete, logró que sus colaboradores constitucionales lo firmasen sin leerlo, lo lacró y lo guardó. ¿Qué contenía el misterioso documento? El misterioso documento contenía una de las manifestaciones más genuinas del patriotismo de quien lo redactó. Lincoln había llegado en la mañana del 23 de agosto de 1864 a la creencia de que él sería derrotado en las urnas. En produciéndose tal suceso, su deber, según su conciencia, sería trabajar con su sucesor, desde la elección hasta la toma de posesión, para el salvamento de la Unión, porque, dadas las condiciones en que triunfaría el nuevo Presidente, sin su ayuda, y sin la ayuda de los que bajo su dirección se encontraban, le sería imposible conservar la Nación [20].

El patriota utilizó la luz de la experiencia. La Unión habría afrontado en mejores condiciones el infortunio que la

19 CARL SANDBURG AND PAUL M. ANGLE, *Mary Lincoln, wife and widow*, New York, 1932, pp. 106-115.

20 JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln*, Lincoln Memorial University, vol. X, pp. 203-204.

mantenía en guerra desde hacía más de tres años si James Buchanan hubiese auxiliado a Abraham Lincoln en los términos en que éste se disponía a ayudar a George B. McClellan, su presunto sucesor, pues el General parecía llamado a ser el candidato de los demócratas a la Presidencia. No había adoptado Buchanan en 1860 la norma que Lincoln se proponía seguir en 1864 de no ser fovorecido por el sufragio popular, y los Estados Unidos pasaban por el mayor peligro de su historia bajo el furor del conflicto bélico entre el Sur y el Norte. Lincoln se sentía menestral de aquella continuidad de eminentes acciones que era uno de los sólidos soportes de la grandeza nacional, y se preparaba a desempeñar en un futuro muy próximo el papel, tan secundario como honrosísimo, asignado al ciudadano anheloso de cumplir su deber no por razón de encumbramiento, sino por convicción cívica, cualesquiera que fuesen la posición y los medios que su destino le reservase.

6

La Convención Nacional del Partido Demócrata se reunió en Chicago el 29 de agosto de 1864. Lincoln había previsto con exactitud: aquella asamblea parecía responder a opiniones y exigencias peligrosas para los intereses políticos a la sazón dominantes en la Casa Blanca. La Convención dictaminó sobre los negocios públicos y la forma en que debían ser conducidos en un nuevo período presidencial. Afirmó que los esfuerzos para conservar la Unión por el experimento de la guerra, so color de necesidad bélica, o bajo una autoridad militar superior a la Constitución, habían violado la propia Constitución en todas sus partes, atropellado las libertades públicas, conculcado los derechos individuales y comprometido esencialmente la prosperidad del país, la justicia, la humanidad y la felicidad colectiva. Consideró impotentes tales esfuerzos. Declaró explícitamente que el sentir del pueblo norteamericano era favorable a que se trabajase sin demora para hacer cesar las hostilidades, ya en una convención de todos los Estados, ya por cualquier otro medio incruento que tendiese a restablecer la paz sobre la base del pacto federal [21].

[21] J. A. SPENCER, *History of the United States*, New York, vol. IV, p. 462.

De los pronunciamientos pasó a los hechos la Convención de Chicago. En ella fueron designados George B. McClellan y G. H. Pendleton candidatos a la Presidencia y a la Vicepresidencia [22]. El nombre de McClellan había estado en la mente de Lincoln al redactar el memorándum de 23 de agosto de 1864. Los adversarios más enconados del Presidente dentro de la lealtad a la Unión pensaban que un militar de prestigio, distinguido en la lucha contra el Sur e inclinado a la adopción de soluciones reñidas con las prohijadas por Lincoln —mantenimiento del pacto federal por medio de la fuerza frente a la fuerza usada por los que lo infringían y se oponían a la abolición de la esclavitud como consecuencia de la guerra misma— podría arrastrar la mayoría de los votos de la Nación. Se presumía que al lado de McClellan se situaría un factor muy influyente, acaso decisivo: el enorme número de ciudadanos llevados a los frentes de combate, atraídos por el recuerdo y brillo del General.

La forma en que McClellan aceptó la nominación pudo no ser del agrado de los extremistas del Partido Demócrata. Se le atribuía la intención de no desistir de aplastar la rebelión mediante el uso de las armas, como Lincoln quería. Pero éste observaba una diferencia sustancial entre su estrategia y la estrategia aun de los demócratas que preferían el empeño bélico para aniquilar a los secesionistas. Los demócratas deseaban utilizar sólo a los blancos en la milicia nacional y exigían que fuesen licenciados los negros que en ella portaban armas. Lincoln había puesto al servicio de la Unión a unos ciento cincuenta mil hombres de color, casi todos en funciones guerreras, y así contaba con una fuerza creciente en lo material y en lo moral para precipitar la consecución de sus objetivos militares y políticos.

La candidatura de McClellan presagiaba una indeseable mudanza. La vuelta a la esclavitud de los negros se hallaba detrás del probable triunfo de los demócratas. En produciéndose esta novedad, por Lincoln prevista con dramática sencillez una semana antes de la nominación de McClellan, sólo el contrapeso de la obra adelantada por el magno emancipador en los dos últimos años y su influencia moral cerca del presunto sucesor podrían salvar a la Unión, como el Presidente ansiaba desde lo más hondo y puro de su espíritu.

22 *Ibid.*, pp. 462-463.

Partidarios decididos del mantenimiento del pacto federal que no se hallaban conformes con actos de la administración de Lincoln habían designado a John C. Frémont candidato a la Presidencia. La nominación de McClellan por los demócratas llevó a Frémont a renunciar la recaída en él. El inquieto político y militar, al retirar su nombre de la contienda, advirtió que el programa de Chicago significaba separación y que la disposición de McClellan era favorable a la esclavitud en tanto que Lincoln estaba comprometido al restablecimiento de la Unión sin trabajo servil de parte de la población. El alto ejemplo de sincera adhesión a la integridad de la Nación dado por Frémont constituyó una magnífico refuerzo para Lincoln.

La presunción de la derrota de Lincoln en la contienda electoral descabezó agravios, antagonismos y pugnas que ponían sombras entre los adictos a la Unión, a aquella Unión que, innovada en lo social, el Presidente anhelaba salvar para su tiempo y para la posteridad como áncora y sostén de hombres libres. En el seno del Partido Republicano se apagaron las voces de protesta contra ideas y hechos del Jefe del Ejecutivo. Pero este cambio no bastaba. El peligro para la reelección del alto magistrado subsistía. Muchas dudas había acerca del rumbo que en definitiva tomaría la opinión nacional, llamada a determinarse en los comicios.

7

Al fin, lo presente poseía tan real trascendencia que lo futuro, por inmediato que estuviese, quedaba en plano subalterno. Al comenzar el mes de septiembre de 1864, precedido de extraordinaria agitación política, adornaban a la Unión los laureles obtenidos por el almirante Farragut en Mobile y por el mayor general Sherman en Georgia. La toma del Fuerte Morgan, del Fuerte Gaines y del Fuerte Podell dejó franca la entrada de la bahía de Mobile para los federales. Las operaciones en Georgia costaron a los confederados la pérdida de la ciudad de Atlanta. En horas del 3 de septiembre Lincoln usó la pluma para autorizar documentos que constituían la mejor de las comunicaciones entre él y su pueblo.

Sobre ser grato para el Presidente el anuncio de las victorias logradas por las armas de la Unión en Mobile y Georgia, hubo en él una irresistible propensión a exaltar el al-

cance de tan buenas nuevas. En la expresión de sus sentimientos combinó bellamente lo humano y la divino. El Jefe del Ejecutivo significó la gratitud nacional a Farragut, Canby, Granger y Sherman por las proezas recién consumadas y ordenó que en importantes plazas del Norte y del Sur se celebrasen con oficiales demostraciones de júblico los avances militares y navales de la causa federal. Abraham Lincoln recordó las bendiciones y los consuelos debidos a la Providencia e invitó a sus conciudadanos a que elevasen sus votos al Padre en acción de gracias y en súplica de que derramase sus mercedes sobre los enfermos, heridos y prisioneros, consolase a los huérfanos y viudas de los que habían perecido al servicio de su patria y continuase apoyando al gobierno de los Estados Unidos contra los esfuerzos de sus enemigos públicos y secretos [23].

El sesgo de los acontecimientos bélicos influía poderosamente en la situación política. Era indudable que el peso de las armas inclinaría la balanza electoral en favor o en contra de Lincoln con arreglo al ascenso o al descenso de la fortuna de la Unión. Y desde afuera se discurría sobre lo que pasaba y podía pasar en la Unión respecto del intrincado estado de cosas en que aparecían mezclados los sucesos de la guerra y las vicisitudes de los gobernantes y de los que aspiraban a serlo.

El Siglo, el periódico dirigido en La Habana por el conde de Pozos Dulces, seguía expresando opiniones que, más que de Cuba exclusivamente, parecían de toda la América latina, atenta a lo que ocurría en los Estados Unidos. Por lo que tocaba a la Isla, a su conservación y a su futuro desenvolvimiento, el pensamiento de Pozos Dulces era diáfano. El escritor examinó las consecuencias presumibles de la guerra norteamericana para su país. Mucho recelaba de quienes pretendían desatar con las armas los vínculos que habían sido origen de la grandeza y el poderío de la Unión. En cambio, nada temía del sistema federal defendido por Lincoln [24]. La victoria de Lincoln en las urnas era necesaria para la conservación de la Nación en la forma preferida por el emancipador y para el bienestar de los pueblos latinoamericanos.

La opinión de los radicales europeos, favorable a Lincoln, pudo considerarse competentemente expresada por Karl

23 JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. X, pp. 211-214.
24 *El Siglo,* La Habana, Agosto 27, 1864.

Marx cuando analizó la situación norteamericana. Este socialista científico atribuyó a Lincoln la posesión de grandes medios para triunfar en las elecciones. La victoria de otro candidato precipitaría una verdadera revolución. Pero no podía negarse que en las semanas de septiembre y octubre de 1864, durante las cuales se decidiría en principio la lucha comicial, la casualidad militar desempeñaría un papel excepcional. La cuestión más crítica desde el principio de la guera era aquella en que iba a resolverse si Lincoln continuaría o no continuaría en la Casa Blanca después del 4 de marzo de 1865. En pasando la difícil prueba, el viejo lidiador estaría libre para proseguir sus errores de mala gana. No estaba en sus manos la posibilidad de fabricar buenos generales. Pero podía mostrarse mejor inspirado en la selección de los miembros del Gabinete, bien que los periódicos del Norte que tachaban de incapaces a los secretarios de Lincoln no dejaban atrás en severidad a sus colegas del Sur, que constantemente denunciaban la incapacidad de los colaboradores de Jefferson Davis. Lincoln lograría mantenerse en la Presidencia con un programa muy liberal y en circunstancias diferentes de las que lo habían rodeado hasta entonces. El antiguo abogado de Springfield, invariable en sus manías de jurista, encontraría siempre la manera de conciliar sus atrevimientos con su conciencia [25].

8

El gobernante que atraía la atención de los extranjeros amantes de la libertad afinaba las relaciones interamericanas. Las dificultades entre los gobiernos de Quito y Wáshington con motivo de viejas reclamaciones de norteamericanos contra el Ecuador quedaron canceladas al canjearse las ratificaciones del tratado negociado por iniciativa de Lincoln [26]. La amistad de los Estados Unidos con Venezuela dió un paso de avance cuando en la patria de Henry Clay se acreditó como plenipotenciario de la de Simón Bolívar un hombre de talento. Blas Bruzual, saludado en la Casa Blanca con expresiones de confianza en las doctrinas republicanas y en la con-

[25] K. MARX-F. ENGELS, *Correspondance,* Paris, 1934, vol. VIII, pp. 84-85.

[26] DEPARTMENT OF STATE, BUREAU OF ARCHIVES, Washington, D. C.: Frederick Hassaurek to William H. Seward, July 28, 1864.

vivencia hemisférica [27]. En torno a la cuestión hispano-dominicana se produjeron los sentimientos de Lincoln de acuerdo con normas de conducta ya conocidas. La Unión no premeditaba extender su influencia en Santo Domingo y menos aún apoderarse de la Isla [28]. Aunque el Presidente no había accedido a las instancias del agente confidencial Pablo Pujol para que ayudase o asistiera oficialmente a los dominicanos que hacían la guerra a la soberanía de España en el país antillano, ellos obtenían de los Estados Unidos privilegios y tolerancias que no se ajustaban a una rígida observancia de las leyes sobre neutralidad [29].

En territorios correspondientes a puntos del mapa de América situados arriba y abajo se manifestaban propósitos adversos a Lincoln. El Canadá recibía y abrigaba a espías y agitadores confederados, que se sentían alentados por las actitudes de los tibios y los desleales que infestaban a Ohio, Indiana y otras regiones nacionales. El Brasil no se despojaba del desafecto hacia los Estados Unidos, determinado por su doble condición de país con esclavos y con régimen monárquico. En el Canadá se fraguaban movimientos de gente que en tierra extranjera laboraba contra el pacto federal. En el Brasil encontraban buena acogida los que en mares extraños trabajaban por el descrédito y la ruina de los intereses tutelados por Lincoln [30]. Tan nocivas maquinaciones, desarrolladas en connivencia con enemigos foráneos más o menos solapados, aumentaban la inquietud y congoja del lidiador.

La raíz de la fe religiosa del profundo alterador social fué descubierta por él mismo en forma que dejó explicadas algunas de sus actitudes en medio de las miserias y grandezas políticas del crítico año de 1864. Una comisión de personas de color de Baltimore entregó una Biblia a Lincoln. El Presidente estimó propicia la oportunidad para referirse al derecho de todos los hombres a ser libres. En su esfera de acción, dentro de sus posibilidades, había procurado ser, como creía ser, recto y justo, y su trabajo estaba hecho para el bien

[27] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Memorial University, vol. X, pp. 216-217.

[28] JERÓNIMO BÉCKER, *Historia de las relaciones exteriores de España durante el siglo XIX,* Madrid, 1924, vol. II, p. 406.

[29] SUMMER WELLES, *Naboth's Vineyard. The Dominican Republic.* 1844-1924, New York, 1928, pp. 280-281.

[30] JAY MONAGHAN, *Diplomat in Carpet Slippers. Abraham Lincoln deals with Foreign Affairs,* Indianápolis-New York, 1945, pp. 384-387.

de la humanidad en general. Recordaba esto por efecto de la presentación de aquel libro, el mejor regalo debido a Dios. Cuanto el buen Salvador tenía dado al Mundo había sido comunicado a través de las Sagradas Escrituras. Por ellas era factible en la Tierra distinguir entre la razón y la sinrazón. En sus páginas encontraba él las cosas más deseables para la bienaventuranza temporal [31]. Nunca una pública confesión alcanzó mayor valor que el de las palabras del hombre venido de las praderas acerca del magno libro de Dios, fuente inagotable de sus inspiraciones.

En días de miserias y grandezas políticas el varón honrado se afanaba por serlo plenamente. La verdad era para él espejo y escudo. Muy adentrada en su espíritu llevaba una santa convicción; se podía engañar a todas las personas durante algún tiempo o a algunas personas durante todo el tiempo, pero era imposible engañar a todas las personas durante todo el tiempo, Su vida pública lo defendía en los momentos en que con extremo ardor se hallaba en debate su conducta cívica y la existencia nacional. El honesto Abraham Lincoln hablaba y obraba a un tiempo para todos los hombres.

[31] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. X, pp. 217-218.

Capítulo XIX

REELECCIÓN

While I am deeply sensible to the high compliment of a reelection, and duly grateful, as I trust, to Almighty God for having directed my countrymen to a right conclusion as I think, for their own good, it adds nothing to my satisfaction that any other man may be disappointed or pained by the result.

ABRAHAM LINCOLN.

1

El Hogar del Soldado era una de las estaciones del hombre que ascendía hacia el monte doloroso que le tenían asignado sus deberes patrios y humanos. Para él, y hasta para su esposa, el Hogar del Soldado poseía bellas y sencillas condiciones que lo hacían preferible a la Casa Blanca. Mary Lincoln, aunque inclinada al boato social, en el retiro veraniego encontraba mejoría para viejos achaques y consolación para recientes penas. Abraham Lincoln percibía bienes mayores. La soledad del Hogar del Soldado sólo era aparente. En la modesta habitación él se daba cita con recuerdos, reflexiones, proyectos y esperanzas que sosegaban su espíritu y aliviaban su cuerpo. En el aspérrimo camino en que tanto menudeaban duelos y desengaños aquella parada le permitía concebir y aguardar, si no para sí, por lo menos para su pueblo, un justo y próspero destino.

En los días dedicados al trabajo en la Mansión Ejecutiva se procuraba sus escapadas con rumbo al campo. Al caer la tarde subía con la esposa al carruaje en la Casa Blanca. El coche avanzaba por caminos rurales, a menudo envuelto en la nube de polvo levantada por los caballos de la escolta del Presidente. En contacto con la Naturaleza, corriendo por entre el

cambiante paisaje, bajo la tenue luz solar, Lincoln descansaba. Esta manera de pasear se asemejaba al medio de viajar que tanto había utilizado en las praderas de Illinois: la reminiscencia de una época sin tumultos refrescaba su mente y ensanchaba su pecho. El magistrado de la Casa Blanca creía entonces ser el abogado de Springfield. El regreso a la ciudad era como un triste despertar.

En tiempo de afanes políticos, a menos de dos meses de la elección presidencial, el Jefe del Ejecutivo prestaba más atención a los asuntos militares que a su propia candidatura. De nuevo se manifestaba su predilección de ceder en lo no esencial para asegurar la esencial. Lo esencial consistía en intensificar el trabajo conducente al triunfo bélico de la Unión. Después de todo, acrecentar las posibilidades de ganar la guerra era aumentar las de la victoria comicial. Desde Grant hasta Sherman, pasando por Butler, Steedman, Sheridan y Canby, los generales de los Estados Unidos recibieron en septiembre de 1864 pruebas inequívocas de que el Comandante en Jefe del Ejército y de la Armada, sin salir de la Casa Blanca, vigilaba y estimulaba los movimientos de las muchedumbres de valientes que defendían la subsistencia de la Nación.

No eran inútiles las diligencias de Lincoln repecto de las fuerzas armadas ni baldía la decisión con que éstas querían llenar su cometido. En los campos de Virginia los federales triunfaron con reiteración en septiembre de 1864. Los procedimientos adoptados por Sheridan en el valle de Shenandoah constituyeron un terrible aviso para los confederados, cuyas pérdidas materiales, en el ganado extraído por los vencedores y en los molinos, graneros y bienes devorados por el fuego, valían muchos millones de dólares. Tres líneas escritas por el Presidente reconocieron la importancia de la victoria lograda por Sheridan: Dios bendecía al general, a sus oficiales, a todos los bravos vencedores [1].

Del interés con que en Wáshington se veían los estados de opinión del exterior favorables a la causa nacional dió claras señales Seward cuando, en despacho dirigido a su representante consular en La Habana, elogió la conducta del periódico *El Siglo,* defensor de la Unión y apologista de Lincoln en momentos en que muchos lo escarnecían en su patria [2]. El

[1] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. X, p. 227.

[2] HERMINIO PORTELL VILÁ, *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España,* La Habana, 1939, vol. II, p. 174.

conde de Pozos Dulces escribía con tanta frecuencia sobre la situación norteamericana y ponía tal énfasis en los juicios favorables al Presidente que bien pudo éste participar de los sentimientos expresados por Seward. Singular significación tenía el hecho de que en una isla sujeta al régimen colonial de una potencia europea, con la institución de la esclavitud como principal sostén de su economía, hubiese hombres de elevada calidad, y el conde lo era sin discusión, empeñados en contribuir con sus luces y prestigios a enaltecer la obra de quien se había ganado en buena lid el título de emancipador de millones de siervos.

La proximidad de la fecha en que el pueblo de los Estados Unidos determinaría la futura posición política de Lincoln inquietaba a la América latina. No obstante la ineficacia de la Unión para enervar la acción agresiva de España y Francia en el Hemisferio Occidental en aquella calamitosa época, los pueblos situados al Sur del Río Grande no podían ser indiferentes ante sucesos en que iba envuelta la suerte del gobernante que con valentía y sinceridad había puesto fin a la expansión de la América de habla inglesa en detrimento de la otra América. Lo que durante décadas había producido constantes sobresaltos y frecuentes infortunios materiales y morales para países vecinos de los Estados Unidos se hallaba reemplazado por la conducta que regía las ideas de Lincoln, inmoto en el empeño de que en su patria sólo viese el resto del mundo de Colón a una nación respetuosa de la integridad territorial y de la soberanía internacional ajenas. La potencia dirigida por Lincoln ya no amenazaba ni avasallaba a las repúblicas latinoamericanas. Hasta en casos como el de Cuba, colonia de España, los triunfantes principios de Lincoln alimentaban la esperanza de los que trabajaban por la consecución del gobierno propio.

2

El cubano que había merecido el elogio y la gratitud de Seward manejaba ideas muy suyas en el estudio de los negocios públicos de su país y en el examen de las cuestiones foráneas relacionadas con la existencia de su patria. El conde de Pozos Dulces, sobre ser un buen escritor, era un excelente economista. Y su capacidad de escritor y economista se manifestaban cuando él reflexionaba acerca de las causas y derivaciones del progreso y triunfo de las ideas y los ideales de Lincoln.

Inusitado era el fenómeno políticosocial elaborado por el prócer que desde las alturas del poder público extinguía en su país la institución de la esclavitud. E inusitado era el afán económicosocial del antillano que, sin desconocer ni negar las fuerzas morales presentes en el gran conflicto entre el Norte y el Sur, se adentraba en el estudio de los factores materiales que intervenían en la horrible contienda y que afectaban a un área americana mucho mayor que la de los Estados Unidos.

En la existencia de la guerra civil mucho había influído la lucha de intereses materiales entre las dos grandes secciones del país. Del análisis de los factores en pugna Pozos Dulces deducía que los Estados Unidos, al recobrar la paz y acelerar su reconstrucción, no podrían desentenderse de cuestiones tan vitales como la protección arancelaria que sostenía industrias sin adecuada base agrícola, el trabajo libre de los hombres por Lincoln sacados de la esclavitud, la necesidad de reforzar los ingresos fiscales y la conveniencia de increcentar el intercambio comercial entre la Unión y los países vecinos. Lo económico, que rivalizaría con lo político en la época siguiente a la cesación de las hostilidades, era estudiado por Pozos Dulces con el deseo de hacer luz sobre problemas vitales.

Antes de octubre de 1864 Pozos Dulces tenía expresadas muy serias opiniones acerca de la conflagración norteamericana y su influencia en los destinos de Cuba. Pero en los días en que apasionadamente se discutía en los Estados Unidos la reelección de Lincoln el Conde quiso esclarecer sus puntos de vista. Para el futuro de América, de la América nueva propugnada por Lincoln en papeles diplomáticos y en actos conocidos, encerraba importancia la interpretación económica de la guerra entre el Norte y el Sur y de los términos en que la Unión se consolidaría. Pozos Dulces expuso sus ideas con nitidez.

1. Ante la presunción de que la paz se celebraría en el Continente con el triunfo de la Unión había que indagar si el Sur quedaría en aptitud de seguir produciendo azúcar de caña y compitiendo ventajosamente con la de Cuba en el mercado de los Estados Unidos por efecto de la protección arancelaria que daba vida a su industria. La respuesta era negativa. Y esta respuesta negativa era una de las razones apreciadas en Cuba para desear la victoria de Lincoln.

2. Posible era que la explotación agraria de las comarcas del Sur dedicadas al cultivo de la caña experimentase una modificación profunda, enderezada a eliminar la producción de

azúcar como muy poco apropiada a las nuevas condiciones de vida de los Estados Unidos. El arancel protector de ciertas industrias privaba de ingresos a la Unión. En cambio, el consumo de azúcar de procedencia extranjera depararía cuantiosas entradas en la tesorería federal. La lucha afrontada por Lincoln demandaba aumentos extraordinarios en las rentas públicas.

3. Las cuestiones debatidas en el Continente inquietaban al Mundo entero, mayormente a los países americanos y de manera más particular aún a los situados en el área donde la influencia de los Estados Unidos se dejaba sentir en forma directa. Los principios en discusión eran esenciales. La pacificación que los liberales de Cuba veían apuntar ya en el sentido de sus simpatías iba a tener resultados materiales. Esta creencia aumentaba la ansiedad con que era esperado el término de la lucha.

4. El lado práctico de la solución que los progresistas de Cuba deseaban para el conflicto norteamericano tenía evidentes puntos de contacto con la prosperidad de la Isla. Esta verdad creaba la obligación de investigar las inmediatas consecuencias del fenómeno observado. Por fortuna, en una indagación de tal índole había una luz sosegadora; en el triunfo de los buenos principios que Lincoln iba salvando se hallaba la conveniencia de todos los hombres y de todos los pueblos. Para Cuba existían ventajas durables en el hecho de que los Estados Unidos entrasen de nuevo en la vía del progreso material en que tanto habían avanzado en las épocas de paz y que tanto había contribuído al desarrollo económico de la Isla. La conservación de la Unión, magno empeño de Lincoln, redundaría en beneficio de la mayor de las Antillas. Las creces y consolidación de un mercado cercano, seguro y vasto serían un manantial de provechos para los países llamados a surtirlo, entre los cuales Cuba sobresalía.

5. Igualmente fructuosa sería para Cuba y para los Estados Unidos una reforma que sustituyese la protección arancelaria inadecuada y excesiva con franquicias para la importación de azúcar y de tabaco, que la Isla lograba con notorias facilidades y ventajas. El azúcar y el tabaco de Cuba reemplazarían los de la Unión, que en el mercado de ésta mantenían una concurrencia ruinosa para la Isla. En cambio, Cuba podría comprar en los Estados Unidos en mayor escala y a mejores precios los productos naturales o manufacturados que necesitaba para su bienestar. Nuevas y más fecundas relaciones se establecerían

bajo la influencia de los intereses recíprocos que la mudanza había de promover. En el orden lógico y racional de las cosas estaba que esos valores se desarrollasen sin cesar y constituyesen permanentes bases de engrandecimiento y prosperidad para ambos países, así para el que Lincoln salvaba como para el que en la victoria del Presidente cifraba la posibilidad de una feliz transformación.

El complejo conflicto encarnado por Lincoln se encontraba aún en marcha cuando lo estudió Pozos Dulces. El propio Conde advirtió, recordando al sublime Redentor, que, aunque su país no vivía sólo de pan, tampoco podía pasar sin éste. Las naciones, como los individuos, tenían que preocuparse por sus intereses materiales a la vez que ensanchaban y perfeccionaban sus valores morales e intelectuales [3]. Las razones expuestas en torno a la obra de Lincoln por el director de *El Siglo,* de La Habana, llevaban la marca de la América latina. La América latina sólo podía considerarse tratada de igual a igual por la otra América, según Lincoln deseaba y había advertido, cuando estos pueblos se sintiesen tan amigos como vecinos [4].

Las dificultades internacionales creadas en América por las ambiciones de Europa no podían tener larga vida. La flaqueza del Nuevo Mundo con motivo del conflicto norteamericano era cosa llamada a desaparecer pronto. Lo comprendían así los políticos del otro lado del Atlántico que habían querido aprovecharse de los embarazos de la Unión para violar la Doctrina de Monroe y establecerse sobre tierras ajenas. El caso de Santo Domingo era instructivo. Aunque Madrid sostenía que el ejército hispánico no estaba vencido en las Antillas, en octubre de 1864 el gobierno de Isabel II resolvió abandonar su empresa recolonizadora en la eclipsada República Dominicana [5]. A Lincoln había sido imposible realizar el propósito de oponerse por la fuerza a la fuerza por España empleada en Santo Domingo. Pero el espíritu de rebeldía de los patriotas de la Isla y el conocimiento de la intención norteamericana eran factores concurrentes a la tarea de restaurar la independencia del país antillano. Detrás de la idea monroísta se hallaría la libertad de acción de Lincoln tan pronto como cesasen las hostilidades en los Estados Unidos.

3 *El Siglo,* La Habana, Octubre 9, 12, 1864.

4 FRANCIS WHARTON, *A Digest of the International Law of the United States,* Washington, 1886, vol. I, p. 311.

5 JERÓNIMO BÉCKER, *Historia de las relaciones exteriores de España durante el siglo XIX,* Madrid, 1924, vol. II, pp. 674-675.

En Lima se reunieron el 15 de octubre de 1864 plenipotenciarios de Bolivia, Chile, Colombia, Venezuela, Perú y Argentina para organizar el Congreso Americano, llamado a deliberar y adoptar acuerdos sobre las cuestiones de interés común de las naciones del Hemisferio Occidental. La ausencia de los Estados Unidos de América estaba explicada por los Estados Unidos de Colombia. El Ministro de Relaciones Exteriores de Colombia se había opuesto a que se invitase al gobierno de Lincoln a enviar representación a aquella conferencia internacional por entender que el mismo profesaba y practicaba el principio de absoluta prescindencia en los negocios políticos hispanoamericanos: se negaba a toda alianza y se limitaba a fortificar la confianza en el régimen republicano [6]. Al iniciarse las labores del Congreso, hablando por el Perú, José Gregorio Paz Soldán dijo que el gabinete de Wáshington había imposibilitado la adquisición de útiles de guerra y hecho perder un tiempo precioso para combatir a España en el Pacífico [7]. No existía ambiente grato para un yanqui en el seno de aquella asamblea sudamericana.

Bogotá había estado en lo cierto sólo parcialmente al exponer lo baldío de una invitación dirigida a Wáshington en relación con el Congreso Americano. La política hemisférica concebida por Lincoln se inspiraba en el anhelo de que la Unión tratase a las demás naciones del Nuevo Mundo con respeto semejante al que ella exigía para sí, con total eliminación de miras expansionistas o abusos de poder, y cuidaba de no avanzar hasta la concentración de alianzas o conclusión de conciertos que pudiesen parecer contrarios a los consejos de George Wáshington. Lincoln no consideraba improcedente el abandono de viejas normas internacionales: lo que lo detenía era la naturaleza de las dificultades nacionales. Por su parte, la América de habla española no había logrado librarse de inquietudes, perjuicios y recelos de tiempos no lejanos, cuando la codicia de los Estados Unidos había constituído una amenaza constante para los demás pueblos de América. La conducta de Lincoln había puesto término a esos excesos, y primates del continente meridional no se decidían a darse por enterados.

Las palabras del Ministro de Relaciones Exteriores de

6 ALBERTO ULLOA, *Congresos Americanos de Lima,* Lima, 1938. vol. I, p. 381.

7 *Ibid.,* pp. 414-415.

Colombia se hallaban escritas. Estas palabras, sobre recordar la postura de Lincoln respecto de convenios multilaterales, mantenían una tesis igualmente favorable a la abstención de los Estados Unidos en toda labor de coordinación de los intereses de las repúblicas del Nuevo Mundo por varias razones: a) la acción independiente que cumplía a las naciones hispanoamericanas sería embarazada por la preponderancia de un país vecino que ya tenía las condiciones de vida y normas de política exterior privativas de un poder de primer orden, las cuales podían llegar a ser fuente de antagonismo; b) la América de origen español, orgullosa de su soberanía internacional y deseosa de conservarla con dignidad, debía bastarse a sí propia, sin buscar nunca el arrimo de ajena potestad: c) uno de los principios fundamentales en la conducta del gobierno de Colombia, que éste ansiaba ver prevalecer así en el derecho externo como en el interno, consistía en no dudar de la capacidad de los pueblos para regir sus destinos y asumir la responsabilidad de sus actos [8]. Algunas de tales conclusiones coincidían absolutamente con las de Lincoln, que insistía en que los diplomáticos por él enviados a la América latina cuidasen de no menoscabar ni herir la autoridad y el prestigio de los gobiernos cerca de los cuales se acreditaban ni aún con amistosas mediaciones y que participaba del criterio de que una nación que se habituaba a que otra interviniese en sus negocios públicos acababa por no merecer su independencia. En una presunción de Colombia resaltaba una injusticia para Lincoln: la presunción relativa al peligro que entrañaba para la vida hispanoamericana la hegemonía de los Estados Unidos.

Desde el advenimiento de Lincoln a la Casa Blanca, y mucho más por obra de sus convicciones que por efecto de las complicaciones internas por él afrontadas, existía un irrestricto y profundo respeto por parte de los Estados Unidos a la integridad territorial y a la soberanía internacional de los restantes pueblos de América. Este respeto excluía la posibilidad de toda ingerencia en la vida de los países latinoamericanos. La no intervención de la Unión en la otra América era un principio lincolniano que no admitía modificación alguna. Por lo demás, la necesidad acompañaba a la doctrina. El Presidente no podía inmiscuirse en asuntos extraños por las mismas razones en que se apoyaba para luchar contra sus enemigos nacionales e internacionales inclinados a someter el gran plei-

[8] *Ibid.*, p. 381.

to de la secesión al dictamen de potencias europeas. En 1864 las fuerzas del mal preparaban nuevos golpes para arruinar por esa vía la causa de la Unión [9], El máximo sostenedor de la causa de la Unión había preferido siempre, y seguía prefiriendo, tratar los intereses ajenos con el mismo criterio adoptado para defender los suyos.

Claramente se vió que en el Congreso Americano inaugurado en 1864, en Lima, no participaron los Estados Unidos por causas diversas, en parte dependientes de la voluntad de Lincoln y Seward, en parte sujetas a la decisión de las repúblicas que dieron vida a aquel noble esfuerzo internacional. Por muy conspicuo que hubiese sido el político que pudo y debió enviar la Unión a la Conferencia, no habría dejado de estar en contacto con pariguales suyos. En una reunión de plenipotenciarios donde figuraban Domingo F. Sarmiento, Manuel Montt y Justo Arosemena el talento, la cultura y el carácter se hallaban representados de manera adecuada y digna. La colaboración de estos hombres de la América del Sur con un competente legado de la América del Norte, por añadidura leal seguidor de las orientaciones de Lincoln, hubiera desembocado en una fecunda coordinación de aspiraciones e intereses hemisféricos.

4

Los que no se atreguaban en el propósito de evitar la reelección del Presidente solían llegar en sus diatribas a lo inconcebible. ¿No se afirmaba que su continuación en la Casa Blanca significaría que el gobierno de su país no se hallaba fundado en la inteligencia, la justicia y la sana razón? Pero los adversarios de semejante laya tenían a veces que sentirse anonadados por la templanza del injuriado. Como quien sólo se encontrase solicitado por la urgencia de reordenar la vida nacional, él hablaba con olvido de la acrimonia que había en la lucha política previa a la consulta comicial.

Ciudadanos procedentes de Maryland le ofrecieron una serenata el 19 de octubre de 1864. Sus palabras con ese motivo fueron una magnífica retribución al agasajo que se le tributaba. La nueva constitución de Maryland extirpaba la esclavitud. Esto permitió a Lincoln congratular a sus oyentes, y a

[9] JAY MONAGHAN, *Diplomat in Carpet Slippers. Abraham Lincoln deals Foreign Affairs,* Indianapolis-New York, 1945, pp.376-390.

Maryland, y a la Nación, y al Mundo. Otra cosa había digna de su atención: el normal funcionamiento de los legítimos poderes de la Unión, mayormente el Ejecutivo, puesto que se hallaba bajo su rectorado. El orador batallaba por mantener el Gobierno, no por destruirlo. Por tanto, si no perecía, iba a ser Presidente hasta el 4 de marzo de 1865. Quienquiera que fuese electo en noviembre, con arreglo a la carta fundamental del país, sería debidamente instalado en la Casa Blanca al expirar su período. En el intervalo él realizaría supremos esfuerzos a fin de que el llamado a empuñar el timón en el próximo viaje lo iniciase con las mejores probabilidades de salvar la nave [10]. La idea puesta en el papel dos meses atrás, el 23 de agosto, se mantenía inalterada: su sentido de la continuidad histórica de su patria flotaba sobre toda otra consideración en horas en que su equilibrio interior sufría una recia prueba.

Del manejo de lo temporal se trasladaba fácilmente a la contemplación de lo eterno, siempre con el pensamiento clavado en la conveniencia de aliviar los dolores nacionales y acelerar el retorno de las inestimables bendiciones de la paz. A estas ideas respondieron el espíritu y la letra de su proclama de 20 de octubre de 1864. El Presidente asoció a sus conciudadanos a la acción de gracias y súplicas por él elevada al Todopoderoso en su anhelo de que una edificante armonía reinase sobre las generaciones entonces presentes y venideras en los Estados Unidos [11].

De Virginia llegó a Wáshington la noticia de una importante acción de guerra. Cerca de Middletown acababan de ser atacadas, perseguidas y confundidas tropas federales, pero la actividad, la pericia y el prestigio de Philip H. Sheridan, que de Winchester había galopado hasta el lugar del pánico, tenían deparada a la Unión una brillante victoria, abundante en la captura de cañones y prisioneros. Para Lincoln esta nueva fué un magnífico cordial. El bajel por él piloteado no naufragaba.

El mes de octubre de 1864 finalizaba bajo excelentes auspicios para la Unión. Sus armas se dejaban sentir en conformidad con las más halagüeñas esperanzas del Presidente. Los progresos de su causa se reflejaban en sucesos felices. Lo fué en alto grado el de la admisión de Nevada en la Unión. Desde marzo de aquel año existía un acta acordada por el Congreso

[10] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. X, pp. 243-244.
[11] *Ibid.,* pp. 245-246.

para que la población de Nevada adoptase una constitución y adquiriera la condición de Estado y éste pudiese ingresar en la comunidad nacional. El 31 de octubre Lincoln expidió una proclama por la cual, estimando cumplidas las condiciones señaladas por el Congreso, declaró que el Estado de Nevada entraba a formar parte de la Unión [12].

Era deseable y conveniente algún adelanto en la posición internacional de los Estados Unidos. La excelente disposición de Haití correspondió a lo que la nación afroantillana debía a Lincoln cuando, en 3 de noviembre de 1864, concluyó con el gobierno de su benefactor un tratado contentivo de evidentes privilegios para la marina norteamericana [13]. El Jefe del Ejecutivo debió de sentir íntimo placer con ocasión de recoger sazonados frutos de la siembra que había hecho en Haití.

5

Nunca una elección presidencial norteamericana había suscitado interés tan universal como la convocada para noviembre de 1864. En épocas de complicaciones internacionales las demás potencias y algunos políticos extranjeros habían podido estar pendientes del resultado de la consulta democrática de la Unión. En 1864 las grandes potencias y los políticos extranjeros no andaban solos en la ansiosa espera de la decisión comicial del pueblo de los Estados Unidos: eran acompañados, cuando no precedidos, por pensadores, alteradores, grupos sociales y muchedumbres de Europa y del resto de América. En la Gran Bretaña y Francia, por ejemplo, aparecía dividida la opinión pública entre adversarios y partidarios de Lincoln: oradores y escritores discutían apasionadamente en torno a las esencias del discurso de Gettysburg, a la doctrina encerrada en estas ya famosas palabras, a la libertad de todos los hombres, a la subsistencia del gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. La expectación en el Nuevo Mundo se hallaba de sobra justificada: para México, para algunas de las Antillas y para las repúblicas del Pacífico la suerte que corriese Lincoln en las urnas tenía suma importancia, puesto que de él no partirían atentados contra las naciones latinoamericanas, a las que había tratado en el terreno de la igualdad de derechos.

12 *Ibid.*, pp. 257-258.

13 RAYFORD W. LOGAN, *The Diplomatic Relations of the United States with Haiti. 1776-1891,* Chapel Hill, N. C., 1941, pp. 315-316.

El país no vivía como para dejar a merced de la suerte su porvenir inmediato, el porvenir que se hallaba a la vuelta de la primera esquina de su historia, porque a tanto equivalía aplicar la ley física de la inercia a la técnica de la política nacional. Constitucional y democráticamente podía ser detenida la acción del ciudadano que desde hacía casi cuatro años dirigía a la Unión, capeando furioso temporal. Entre los derechos inalienables de su pueblo se hallaba el de remover con sus votos al funcionario que ocupaba la Casa Blanca. La mudanza era peligrosa en un año crítico por la forma en que se desarrollaba la guerra civil y crítico por las contingencias de una elección presidencial. Pero la Unión, si tenía razón de ser, debía probar la razón primera de su causa; el respeto a las mejores instituciones provenientes de los fundadores, tan empeñados en demostrar la posibilidad de crear y sostener la libertad republicana a modo de suma expresión de la capacidad de los hombres para ordenar su existencia en común. Abraham Lincoln no se apartaba de esta norma. La doctrina de Gettysburg, producto de una admirable combinación de cerebro y corazón, era hija de la armonía entre las ideas llevadas a un papel famoso por Thomas Jefferson y las ideas defendidas por quien desde la Mansión Ejecutiva vigilaba en 1864 el destino de los Estados Unidos. Un solo pensamiento del Presidente explicaba su postura: él deseaba regir a la Nación de manera que, al expirar su mandato, cuando dejase de ser lo que oficialmente era y perdiese todas sus amistades sobre la Tierra, le quedara por lo menos el fiel, sincero y entrañable amigo que llevaba en sí mismo.

En la semana inmediata anterior al día de las elecciones ambos bandos recontaron sus fuerzas. Aunque los demócratas sufrían algunas grietas, producidas por los pacifistas que recordaban a McClellan sus antecedentes militares y la arbitrariedad de arrestos que él había provocado, ellos manejaban los privilegios de la oposición con tanta arrogancia que tenían por suya la victoria. Algo influía en favor de McClellan el deseo del Sur, que, por conducto autorizadísimo, declaró que el único rayo de luz que se percibía en el Norte era el movimiento de Chicago. Por su parte, los republicanos acumulaban e intensificaban sus esfuerzos para ganar la incruenta batalla. Como quiera que fuese mirada la situación nacional, descollaba la verdad de que el gobierno de Lincoln había poseído la capacidad necesaria para contrarrestar la violencia secionista, ya, más que contenida, acorralada. Del sentido eminentemen-

te práctico del pueblo norteamericano se podía esperar el imperio de la observación de Lincoln conforme a la cual no convenía cambiar de caballo cuando se estaba cruzando el río, y río impetuoso era el que la Unión debía atravesar por la vía electoral.

La elección se celebró el 8 de noviembre de 1864. El día 9 Lincoln habló a un numeroso grupo de ciudadanos que lo visitó en son de agasajo. En la hora en que hizo uso de la palabra no sabía aún cuál era el resultado de los escrutinios. Cualquiera que fuese, él no deseaba modificar esta opinión: los que en aquella difícil ocasión laboraban por el bien de la Unión se hallaban trabajando por los mejores intereses de su patria y del Mundo y no menos para las futuras edades que para el tiempo que corría. A Dios daba gracias por la prueba de adhesión que recibía de su pueblo. Por lo demás, ni siquiera intentaba impugnar los motivos opuestos a su triunfo personal. Lo esencial era la resolución de conservar el gobierno libre y los derechos del hombre [14].

El secreto de las urnas no duró mucho. Casi todos los Estados leales al pacto federal prefirieron a Lincoln. El Presidente, electo en 1860 por pluralidad de votos, estaba reelecto por franca mayoría. La noticia corría por el país como nueva evidencia de que la Nación quería salvarse.

6

En voz alta, dirigiéndose a muchos, el 10 de noviembre de 1864, Lincoln se refirió al gran suceso nacional de dos días atrás. Por largo tiempo había sido grave la cuestión de saber si un gobierno contrario a restringir las libertades públicas podía ser suficientemente fuerte para mantener su existencia en situaciones azarosas. La rebelión del Sur había puesto a prueba la capacidad de la República sobre este punto, y una elección presidencial celebrada en la forma ordinaria en el curso de la propia rebelión había aumentado la seriedad del caso. Pasado el peligro, era posible hablar abiertamente. Si la guerra había metido en apreturas a la parte del pueblo fiel al pacto federal sin hallarse dividida, ¿qué hubiese ocurrido en fraccionándose y paralizándose su acción por una lucha política en su seno?

[14] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. X, pp. 261-262.

Pero la elección había sido una necesidad. Jamás habría gobierno libre sin elecciones. Si el Sur obligase al Norte a prescindir de una elección nacional, o a posponerla, el Sur podría sostener con esto solo que tenía vencido y arruinado al Norte.

El Presidente quiso exhibir las enseñanzas que dejaba la elección. La elección que acababa de efectuarse, con todos sus inevitables incidentes y su ingrata lucha, también dejaba algo bueno. Ella había demostrado que el gobierno del pueblo podía sobrellevar unos comicios generales en medio de una terrible guerra civil, lo que hasta entonces no se había creído posible en el Mundo. Ella había evidenciado asimismo cuánta solidez y cuánta fuerza poseía la Nación: había evidenciado que aún entre los candidatos del mismo partido recibía más votos el que más decidida y sinceramente se hallaba al servicio de la Unión, el que menos transigía con la traición. Ella probaba, por lo que se sabía en el momento en que él hablaba, que el número de los adictos a la Unión en 1864 era mayor que en 1861. Bueno era el oro en su lugar, pero por encima del oro estaban los hombres vivos, valientes y patriotas.

La rebelión continuaba, y Lincoln preguntó por qué, habiendo pasado las elecciones, no habían de reunirse en un común esfuerzo los que tenían un interés común para salvar la patria común. Sus oyentes del 10 de noviembre conocían su actitud a tal respecto. Su mayor cuidado había sido y sería siempre no poner obstáculo alguno en el camino. Como brotando de lo más puro de su espíritu, otras palabras suyas, ya casi las últimas de su oración, no dejaron dudas acerca de la sinceridad de su apelación a la concordia nacional. Extraordinariamente sensible era él a la alta distinción de una reelección, y estaba agradecidísimo al Todopoderoso por haber conducido al pueblo a un justo acuerdo, según su creencia, para el bien del propio pueblo, pero su satisfacción no se aumentaba en manera alguna porque las esperanzas de otros no hubiesen sido correspondidas por el resultado de los comicios [15].

El conocimiento de los escrutinios primarios debió de llevar mucho consuelo al triste que no podía separar estas dos proposiciones: la verdad de que el gobernalle de la Nación estaría en buenas manos continuando en las suyas y la certidumbre de que así crecían sus responsabilidades, ya enormes. En 1864 había obtenido más votos que en 1860. Los depositados en las urnas a su favor el 8 de noviembre se transformaban

[15] *Ibid.*, pp. 263-265.

en 212 de los 233 que sumaban los de la elección de segundo grado, de acuerdo con los preceptos de la Constitución. Los escrutinios primarios revelaron otra gran cosa: los soldados habían sufragado por Lincoln. Entre Lincoln, el abogado venido de las praderas de Illinois, y McClellan, el general que había desempeñado el comando de los ejércitos de la Unión, los militares preferían a Lincoln. Los hombres que mataban y se disponían a morir con las armas en las manos ¿procedieron así por certera intuición, o por inspiración bajada del Cielo, o por irresistible inclinación hacia aquel a quien muchos de ellos veían y amaban como a padre?

7

El día de la elección presidencial Lincoln dirigió un telegrama a Seward, que se hallaba en Auburn, en Nueva York, no para pedir o dar informes sobre la marcha de los comicios, sino para trasmitir noticias acerca de la guerra. Las recibidas de Grant, Sherman, Thomas y Rosecrans eran satisfactorias, pero no importantes. Mejor era una procedente del exterior: en la costa de Brasil un barco de la armada de la Unión, el *Wachusett,* al mando del capitán Napoleón Collins, había capturado al *Florida,* residuo del corso —piratería en el lenguaje de Lincoln— organizado por los confederados para burlar el bloqueo y pasear su audacia a lo largo y a lo ancho del Atlántico. Lincoln advirtió a Seward que el aviso era exacto [16]. Tan exacto era el aviso relativo a la caída del *Florida* en poder del *Wachusett* que inmediatamente después de la elección presidencial Wáshington se vió envuelto en una nueva dificultad con Río de Janeiro.

El Imperio se sentía siempre molesto por las actividades de la Unión en sus aguas. En un puerto del Brasil el *Wachusett* había dejado acercarse al *Florida,* lo había atacado de noche, lo había reducido a la impotencia y lo había remolcado con rumbo a los Estados Unidos. Río de Janeiro reclamó a Wáshington. En realidad, el *Florida* se hallaba fuera de la posibilidad de ser usado por los rebeldes [17]. Y los acontecimientos públicos se desenvolvían en la Unión en forma propicia a la eliminación de complicaciones internacionales.

[16] *Ibid.,* p. 261.
[17] JAY MONAGHAN, *Diplomat in Carpet Slippers. Abraham Lincoln deals with Foreign Affairs,* Indianapolis-New York, 1945, pp. 385-392.

Lincoln estaba en condiciones de armonizar con el Brasil, siquiera fuese para mostrar a esta monarquía americana cómo él entendía la vecindad hemisférica. Sus instrucciones a Seward se ajustaron al deseo de dejar satisfecho al gobierno imperial.

El peligro europeo no desaparecía para la América latina porque la de Lincoln diese señales de fortaleza. España preparaba el abandono de sus empresas reconquistadoras en el Nuevo Mundo. Francia, no. Madrid se disponía a retirar las tropas hispánicas de Santo Domingo y a declarar que no abrigaba pensamientos ambiciosos contra sus antiguas colonias [18]. En cambio, París, por medio de la monarquía que se empeñaba en imponer al pueblo mexicano, desarrollaba todo un plan enderezado a precipitar la anexión de la América del Centro al imperio de Maximiliano. El conde Ollivier Rességuier, antiguo oficial de la marina austríaca, fué escogido para explorar la opinión de las débiles repúblicas americanas hasta las cuales quería Francia extender su influencia, y agentes de Napoleón III y Maximiliano I trazaron planes que consideraron idóneos para servir los intereses de sus soberanos [19]. Cuando Lincoln podía creer que se aproximaba el momento de iniciar la adopción de medidas destinadas a aplicar la Doctrina de Monroe, tan vulnerada por algunas potencias europeas durante su administración, Francia no cejaba en sus propósitos intervencionistas, como para probar la bondad de la idea de que Bonaparte estaba llamado a ser el protector de la América latina frente a los excesos atribuídos a la América anglosajona, otrora entregada a la doble labor de mermar los territorios y la soberanía de países vecinos.

La situación de la América latina respecto de Lincoln no consistía sólo en los embarazos de los días siguientes al de la reelección del Presidente. La frialdad de las relaciones entre el Brasil y la Unión no era suceso nuevo. Tampoco lo era la ambición de Francia proyectada sobre México y la América del Centro. Simultáneamente con estas dificultades políticas se manifestaron genuinas opiniones de la América latina acerca de la victoria comicial de Lincoln. El parecer emitido por México valió por el de todas las repúblicas que sufrían

[18] JOSÉ M. IGLESIAS, *Revistas históricas sobre la intervención francesa en México*, México, 1869, vol. III, p. 165.

[19] EGON CAESAR CONTE CORTI, *Maximiliano y Carlota*, México 1944, pp. 311-313.

o temían los desmanes europeos. El juicio difundido por Cuba tradujo los sentimientos de los pueblos del Hemisferio Occidental que confiaban en conquistar la libertad, para sí cuando la admiraban triunfante —éste era el caso en la patria de Lincoln— bajo otros cielos.

Del partido de Benito Juárez —el partido que en México sostenía el regimen republicano y la soberanía internacional— partieron expresiones de contento y confianza con motivo de la reelección de Lincoln. Allí había sido esperada como una prueba de que los Estados Unidos trabajaban por su propia salvación. El triunfo de Lincoln y Andrew Johnson, el candidato a la Vicepresidencia, se tuvo en México por anuncio cierto de una suerte mejor para los intereses colectivos representados por Juárez. La energía del primer magistrado de un gran pueblo, que encontrándose en circunstancias distintas de las muy adversas anejas a la guerra civil que declinaba, sería bastante para detener la intromisión de Francia en México [20].

La palabra orientadora de *El Siglo,* el periódico dirigido por el conde de Pozos Dulces, no estuvo tarda ni medrosa para divulgar el contento causado en Cuba por la noticia de que la libre voluntad del pueblo de los Estados Unidos mantenía a la cabeza de sus supremos destinos a Lincoln. Sin haber debelado aún la más poderosa de las insurrecciones conocidas en la Historia, en una singular demostración de capacidad para el gobierno propio, la Unión acababa de reelegir a Lincoln: era cierto que la gran república no miraba con indiferencia la sangre derramada en su esfuerzo por salvar principios inseparables del progreso humano frente a bastardos intereses materiales comprometidos en la enorme cuestión económica que había originado la tremenda lucha. La significación y las consecuencias del triunfo de Lincoln en las urnas eran y serían extraordinarias. Europa quedaba advertida de la actitud de América. Y América, la América de que eran parte los cubanos privados del derecho de manejar sus negocios públicos, contemplaba en la victoria de Lincoln el avance de vigorosas reformas y una señal de verdadera civilización [21].

La reelección de Lincoln creó la seguridad de que en

20 JOSÉ M. IGLESIAS, *Revistas históricas sobre la intervención francesa en México,* México, 1869, vol. III, pp. 94-95.
21 *El Siglo,* La Habana, Noviembre 16, 1864.

una vasta porción de América había un constructor que podía continuar su obra de saneamiento político y redención social. Quien exaltaba a su pueblo era por su pueblo mantenido en lo alto. Lincoln no se cansaba de dar a la Nación sus fuerzas físicas y las potencias de su espíritu. La Nación había puesto y dejaba en manos de Lincoln la potestad de purificar y preservar las instituciones patrias dignas de perpetuidad.

Capítulo XX

AMÉRICA LATINA

During the past year no differences of any kind have arisen with any of these republics, and on the other hand, their sympathies with the United States are constantly expressed with cordiality and earnestness.

ABRAHAM LINCOLN.

1

Cinco hermanos habían muerto gloriosamente en el campo de batalla defendiendo la subsistencia de la Unión y el derecho de todos los norteamericanos a ser iguales, exentos de esclavitud. La madre lloraba su inmensa pena en Boston. En la Secretaría de la Guerra se mostró a Lincoln una declaración del Ayudante General de Massachusetts acerca de este ejemplo de cívico desasimiento. El Presidente quiso comunicarse con la heroína que ya sólo vivía del recuerdo de sus hijos. Comprendía cuan débil e infructuosa debía ser cualquier palabra suya que intentase aliviar a la matrona de un dolor tan aplastante. Pero no podía menos que ofrecerle la consolación que significaba el agradecimiento de la república por cuya salvación ellos habían sucumbido. Con letra clara, escrita por su mano, el Jefe del Ejecutivo expresó eso a la señora Bixby, de Boston, en Massachusetts, y rogó al Padre Celestial que mitigase la angustia por ella sufrida y que de su quebranto únicamente le dejase la acendrada memoria de los amados seres desaparecidos y el solemne orgullo de haber pagado a tan elevado costo un sacrificio hecho en el altar de a libertad [1].

[1] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. X, pp. 274-275.

Atrás quedaban las enardecidas disputas de la campaña electoral. En el curso de ellas se había puesto énfasis en atribuir a Lincoln la condición de dictador. Aun después se hablaba de que lo era, bien que se atenuaba la imputación con el aserto de que apenas si se hallaba en la Historia un dictador más fuerte ni más modesto en apariencia. De él se decía que, conocedor sin par del genio nivelador de su pueblo, ocultaba de propósito su superioridad real bajo manto de medianía para no hacerse sospechoso siquiera de mérito extraordinario, el que sus compatriotas no le hubiesen perdonado [2]. En todo esto había exageración. En verdad, la reelección del Presidente era obra en no escasa medida del conocimiento que de sus virtudes y capacidad tenían sus conciudadanos, que consideraban, y con razón, conciliables la sabiduría y la sencillez, sobre todo en quien de manera tan directa se hallaba emparentado con la Naturaleza. De su dictadura iba quedando una excelente enseñanza. Lincoln decretaba y resolvía usando facultades excepcionales, a veces con violación de instituciones jurídicas, sin otro ánimo que el de salvar la vida de la República, madre de tales instituciones. Cuando del abuso de poderes le era posible obtener provechos personales, como hubiera ocurrido en el reciente caso de los comicios nacionales, su acción rigurosamente se circunscribía a la privativa del magistrado constitucional. Sólo así se abrió paso en la carrera de hombre público hasta alcanzar el título y el aprecio de gran símbolo de la democracia [3].

El equilibrio interior le era menester sobremanera al avanzar hacia la consolidación de su obra. Aunque el Sur realizaba supremos esfuerzos por evitar una derrota que lo condujese a la rendición incondicional, en noviembre de 1864 se veía cómo mejoraba la situación del Norte. Ambos, el Sur y el Norte, conocían las condiciones cuya modificación Lincoln no admitía. Hacia su consecución marchaba él sin vacilaciones. Ya estaba cerca de sus objetivos. Pero entonces necesitaba poner en movimiento todas sus potencias espirituales para no ver malograda una de las principales partes de su obra. Entre la guerra civil y la reconstrucción nacional no debía haber solución de continuidad. La Unión no se salvaría, al cabo, en no lográndose coordinar

[2] *Diairo de la Marina.* La Habana, Abril 23, 1865.

[3] AVERY CRAVEN, *Democracy in American Life,* Chicago, 1941, p. 2.

la generosidad útil del Norte con la sumisión del orgullo del Sur. En esto consistía lo ímprobo de la nueva tarea del Presidente: convencer a muchos de los de su bando de que sin perdón y olvido no cicatrizarían las heridas de millones de ciudadanos y llevar a la conciencia de los de la otra orilla que el porvenir sería tanto más fecundo y grande cuanto mayor fuese la compenetración de vencedores y vencidos en el inexcusable afán de rehabilitar los intereses materiales y morales que constituían el patrimonio común.

2

Los partidarios de Lincoln en la ciudad de Nueva York celebraron la reelección de su candidato en la noche del 23 de noviembre de 1864 con una gran comida. En el momento de los brindis se expresó que el triunfo que motivaba aquel acto debía considerarse como el definitivo de las instituciones republicanas en América y que las naciones de Europa sabrían dentro de poco que el Hemisferio Occidental había sido consagrado irrevocablemente a la libertad republicana. El senador John Sherman, invitado a decir algunas palabras, se mostró adicto a la Doctrina de Monroe, pero con la reserva de que los Estados Unidos debían abstenerse, entonces por lo menos, de complicar sus relaciones exteriores con la defensa del famoso principio inventado en su patria. Sherman se quedó solo en el mantenimiento de su opinión. Políticos de sólido prestigio advirtieron que la victoria de Lincoln estaba llamada a producir el doble efecto de solidar la Unión y extender al resto de América el goce de los derechos humanos asegurados en la lucha contra la rebelión sin igual en magnitud [4].

El gobierno de Lincoln no flaqueaba en el tratamiento de la cuestión de México. Sus fuerzas morales se hallaban al lado de Juárez. La Unión procuraba evitar hasta que se presumiese alguna inclinación de su parte hacia el reconocimiento del imperio de Maximiliano. El hecho de mantener relaciones diplomáticas con la república de Juárez, sin el menor asomo de asentimiento para la monarquía en México introducida por Napoleón III, afinaba la política interamericana.

[4] JOSÉ M. IGLESIAS, *Revistas históricas sobre la intervención francesa en México,* México, 1869, vol. III, pp. 169-171.

La opinión mexicana se exhibía en términos acordes con el pensamiento de Lincoln acerca de la cooperación americana en defensa de los intereses de cualquiera de las naciones del Hemisferio. El principio de no intervención había sido por él sostenido con firmeza y rectitud no siempre aquilatadas debidamente al Sur del Río Grande. Conocido era su temor a que la actividad de tropas norteamericanas en México, aun la de las enviadas con limpios propósitos, degenerase en menoscabo del país así ayudado. Una nota dirigida por Matías Romero al Ministro de Relaciones Exteriores de su país en 12 de noviembre de 1864 señaló un serio peligro. Romero pensaba que la presencia de fuerzas de los Estados Unidos en su patria para coadyuvar a la expulsión de las bayonetas francesas que rodeaban la corte de Maximiliano podría ser seguida de una demanda de Wáshington para que se le trasmitiese una porción del territorio de la república en desgracia, y, sobre este supuesto, llegó a considerar sabia y patriótica la política consistente en admitir la necesidad de la pérdida, reduciéndola en todo lo posible y resignándose a ver mermada el área nacional por donde y en cuanto resultase menos sensible para México [5]. El riesgo apuntado por Romero se encontraba fuera de lo probable, puesto que Lincoln, en su plan para apresurar la restauración de la soberanía internacional de México excluía deliberada y conscientemente la ingerencia armada en el implícito reconocimiento de la buena fe con que Lincoln había procedido y procedía al concretar su ayuda al régimen de Juárez al alcance de su acción política y su influencia moral.

Al otro lado del Atlántico la noticia de la reelección de Lincoln causó los contradictorios efectos determinados por las zonas de opinión que la recibían. Reaccionarios y monárquicos la admitieron como un mal inevitable, y comprendieron que había pasado el tiempo de auxiliar al Sur. Obreros y socialistas se juntaron para celebrar el feliz acontecimiento, y acordaron congratular al Presidente. De nuevo Karl Marx tomó la pluma —no sin agridulce deseo de que su estilo se diferenciase de la vulgar fraseología democrática, según su dura expresión— para exaltar al conductor del pueblo norteamericano. El mensaje dirigido a Lincoln por la Asociación

[5] [MATÍAS ROMERO], *Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la intervención extranjera. 1860-1868,* México, 1871, vol. IV, pp. 405-407.

Internacional de Trabajadores, organizada en Inglaterra, con la colaboración de alteradores y pensadores del Continente, pretendió ser fiel reflejo de la más sincera opinión europea acerca de la significación de los sucesos políticos de América [6].

3

El año de 1864, que tanto siginificaba en la administración presidencial de Lincoln, estaba en su último mes. Era la época en que de la Casa Blanca salía para el Capitolio el resumen de los sucesos que más habían influído en la vida nacional desde poco antes de empezar a usar el almanaque que se extinguía hasta el momento de dejar terminado el mensaje anual. El Jefe del Ejecutivo lo firmó el 6 de diciembre. A la cabeza del nuevo documento Lincoln puso la expresión de la gratitud y las abundantes cosechas en los últimos tiempos concedidas a la Unión.

Una advertencia capital insertó Lincoln en el mensaje que un mes después de su reelección dirigió al Congreso. Al presentar como condición indispensable para concluir la guerra civil el abandono de toda resistencia armada contra la autoridad nacional, el Presidente no se retractó de nada de lo dicho hasta entonces acerca de la esclavitud. Repitió lo manifestado un año atrás: mientras conservase la posición que tenía no intentaría derogar ni modificar su proclama de emancipación, ni pretendería hacer volver a la servidumbre ni a una siquiera de las personas libertadas por aquel documento o por cualquier acto del Congreso. Si, por una aberración colectiva, el pueblo quisiese imponer al Ejecutivo el deber de esclavizar de nuevo a tales personas, otro, y no él, llevaría a cabo semejante designio.

Muchos y muy importantes asuntos comprendió el Presidente en su mensaje de 1864 al Congreso. En lo nacional se habían producido acontecimientos magnos, al cabo de los cuales el país podía sentirse en segura posesión de dos grandes libertades: la republicana y la humana. En lo internacional el interés de los Estados Unidos se había manifestado en actos trascendentes, que fortificaban aquellas dos libertades: tanto prometían la lucha contra la trata y lo mejor de las relaciones

[6] K. MARX F. ENGELS, *Correspondance,* París, 1934, vol. VIII, p. 114.

diplomáticas. La actividad nacional se había desarrollado en forma que todos conocían. La gestión internacional requería especial información.

La lucha contra la trata tuvo en 1864 un episodio que sirvió de centro a enconadas polémicas. La presencia de José Agustín Argüelles en territorio de la Unión después de comerciar ilícita y escandalosamente en Cuba con esclavos arrancados a las costas de Africa, su captura y prisión por funcionarios norteamericanos a pedimento de España y su entrega a esta nación plantearon la necesidad de determinar si el respeto a la libertad de un delincuente se hallaba por encima del deber de extirpar el régimen de la servidumbre de una raza. Lincoln creía con firmeza que el Ejecutivo tenía, por el Derecho Internacional, la facultad y la obligación de negar asilo en los Estados Unidos a los enemigos del género humano. Por si el Congreso estimaba que lo hecho en casos como el de Argüelles no se hallaba pautado en las leyes federales, o que convenía adoptar mejores normas, el Presidente recomendó la adopción de medidas que evitasen de manera eficaz que extranjeros que traficaban en esclavos adquiriesen en la Unión domicilio y facilidades para ejercer su criminal ocupación.

Posible era que los insurrectos de los Estados Unidos no alcanzasen los privilegios correspondientes a un beligerante naval si de nuevo pretendían que se les concediesen. Las potencias marítimas deseaban tan sinceramente como él, pero no tan formalmente como él, frustrar los designios contra la paz. En realidad, habían surgido dificultades políticas en puertos del Brasil y de la Gran Bretaña y en la frontera septentrional de los Estados Unidos, dificultades que exigían una constante vigilancia y un alto espíritu de justicia y de conciliación por parte de la Unión y de los gobiernos con los cuales ella dilucidaba los problemas aludidos.

Desde el principio de su administración Lincoln tendía su mano a Liberia. La correspondencia oficial mantenida por la Unión con Liberia daba una idea satisfactoria de los progresos políticos y sociales de la república africana. La influencia norteamericana vigorizaba esos adelantos. Nueva mejoría iba a depararles la rápida desaparición de la esclavitud de los Estados Unidos. El Presidente quería seguir ayudando a Liberia. Pidió al Congreso autorización para venderle un pequeño barco de guerra por un precio moderado y pagadero a plazos. El buque era necesario para la seguri-

dad de Liberia, amenazada por hordas de su vecindad. A mayor abundamiento, para enervar el tráfico de siervos africanos, sería más efectivo un bajel manejado por Liberia que una escuadra de los Estados Unidos.

La situación del Japón era singular. Su forma de gobierno, anómala. La acción imperial en lo tocante al cumplimiento de los tratados, inconstante y caprichosa. Así, sin más ni más, veía Lincoln a la misteriosa nación oriental. Las potencias occidentales, procediendo con ilustrado acuerdo, algo adelantaban en sus relaciones con el Japón. Los Estados Unidos iban a la cabeza en tan difíciles avances. Lincoln pudo señalar hechos muy instructivos consumados bajo su dirección: las reclamaciones pecuniarias de la Unión contra el Japón habían sido pagadas o se encontraban en vías de arreglo y el mar interior había sido reabierto al comercio internacional. Y él tenía motivos para creer que estos actos aumentaban, en vez de disminuir, la amistad del Japón hacia los Estados Unidos [7].

Entre todo lo logrado en 1864 por Lincoln como máximo conductor de las relaciones diplomáticas de su país con naciones de Europa, Africa y Asia se destacaba lo relativo al Japón. Karl Marx tenía advertido desde 1858 que los norteamericanos, aunque su ciencia fuese superficial, sabían sobre el Japón más que los europeos [8]. Compatriotas de Lincoln ocupados con asuntos del Japón habían podido dar lugar al dictamen de Marx. Lincoln lo justificaba plenamente. Su política indicaba pautas a las potencias occidentales obligadas a tratar con el Imperio.

4

Desde hacía muchos años no se habían acumulado contra el Hemisferio Occidental tantas y tan malas aciones de Europa como las que Lincoln llevaba contadas y afrontadas en el tiempo de su presidencia. De las desgracias de la Unión había querido el Viejo Mundo aprovecharse para reincidir en graves pretensiones recolonizadoras y monárquicas. Sobre ser en general adversa a la causa federal la política oficial de las grandes potencias, del seno de éstas habían partido

[7] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. X, pp. 283-310.
[8] K. MARX F. ENGELS, *Correspondance,* París, 1932, vol. V, p. 272.

desconsideraciones, amenazas y agresiones de que no se hallaba curada aún la América latina. Lincoln había iniciado casi simultáneamente con su administración un tipo de relaciones entre la Unión y las demás repúblicas del Hemisferio Occidental tomado de la escuela de Henry Clay. Sus tiempos eran diferentes de los de su mentor, puesto que predecesores suyos en la Casa Blanca habían permitido, cuando no prohijado, excesos de los Estados Unidos enturbiadores de su amistad, necesaria y útil, con las otras naciones del mundo de Colón. Lo que él había querido y quería desarrollar en este medio globo ambicionaba la coordinación de los intereses de todos los pueblos americanos sobre la base de la igualdad de sus derechos y el respeto a sus territorios y soberanías.

La forma empleada en el mensaje presidencial de 6 de diciembre de 1864 para dar a conocer al Senado y a la Cámara de Representantes el estado de las relaciones diplomáticas de la Unión con las repúblicas latinoamericanas fué claro exponente de los progresos alcanzados por Lincoln en su política hemisférica. Las palabras del Jefe del Ejecutivo se refirieron más a hechos consumados que a propósitos acariciados:

1. México continuaba siendo teatro de una guerra civil. Las relaciones políticas de los Estados Unidos con el vecino país no habían sufrido alteración. Frente a la lucha franco-mexicana la Unión permanecía estrictamente neutral.

2. A solicitud de Costa Rica y Nicaragua, la Unión había autorizado a un ingeniero competente para levantar un plano del río San Juan y del puerto de San Juan. Todos debían felicitarse por haber sustituido con arreglos satisfactorios las desavenencias que habían excitado temores políticos y hecho cerrar una importante vía del tránsito interoceánico. Existían motivos para esperar que pronto se reabriese esa vía bajo excelentes auspicios.

3. Los Estados Unidos de Colombia habían reanudado sus relaciones con los Estados Unidos de América de una manera franca y cordial. Justo era reconocer la concurrencia de elevados sentimientos de amistad y respecto. Un esfuerzo de ambas naciones se dirigía a terminar los trabajos relativos a reclamaciones dejadas pendientes en 1861.

4. Una nueva constitución liberal, con la aprobación general del pueblo, regía en Venezuela. El gobierno organizado bajo esta carta magna se hallaba en estrechas y amables relaciones con el de la Unión. Caracas y Wáshington habían lle-

gado a definitivos y satisfactorios acuerdos sobre cuestiones enojosas.

5. Las indemnizaciones estipuladas por la comisión conjunta encargada de conocer las reclamaciones entre los Estados Unidos y el Perú se hallaban pagadas. Los dos países seguían siendo buenos y cordiales amigos. El Presidente de la Unión no había ahorrado esfuerzo alguno para conjurar la guerra entre el Perú y España.

6. Los Estados Unidos cultivaban excelentes relaciones con Chile, Argentina, Bolivia, Costa Rica, Paraguay, El Salvador y Haití. En los meses que acababan de pasar no había surgido ni la más ligera desavenencia con ninguna de estas repúblicas. Por otra parte, ellas expresaban constantemente, con cordialidad y seriedad, sus simpatías hacia la Unión.

7. En la porción de Santo Domingo ocupada por España no había cesado la guerra civil. Tampoco existían indicaciones de que terminaría pronto [9].

En el primero y en el último de los puntos considerados por Lincoln al finalizar el año de 1864 en relación con los países latinoamericanos se encontraban dos de las dificultades no eliminadas aún entre su gobierno y potencias europeas. El Presidente informó al Congreso que México y Santo Domingo ardían en guerra civil. Esta expresión, por sí sola, evidenciaba la firmeza con que el Ejecutivo sostenía criterios que eran fundamentos jurídicos muy favorables a la soberanía de los mentados pueblos, víctimas de la codicia europea.

La declaración oficial de que en México había guerra civil entrañó un rotundo mentís para Francia y para los primates de la situación monárquica llevada por Napoleón III al propio México. Los generales galos y la corte de Maximiliano, con no escaso contento de París, anunciaban que la paz era una de las bendiciones del nuevo imperio americano. El informe de Lincoln al Congreso, y en momentos en que la atención universal estaba pendiente de lo que se dijese en Wáshington, destruía la pretensión de hacer creer al Mundo que la patria de Hidalgo y Morelos aceptaba la mudanza de que era cabeza visible Maximiliano de Austria. Y la advertencia de que la Unión permanecía neutral frente a la lucha que ensangrentaba a México se debía a que Lincoln tenía reconocido como legítimo gobierno de México el republicano,

9 JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. X., pp. 283-285.

presidido por Juárez y atacado por políticos y armamentos que era una simple prolongación del régimen de Napoleón III.

Los revolucionarios dominicanos habían realizado esfuerzos para recibir elementos de combate por mar. España quería dar el carácter y el tratamiento de piratas a los barcos que auxiliasen a los patriotas de Santo Domingo. La Unión los tenía por corsarios, dignos de la consideración de tales. Cuando Lincoln estampó en su mensaje de 6 de diciembre de 1864 al Congreso de los Estados Unidos la frase expresiva de que en la parte de Santo Domingo ocupada por España existía una guerra civil ratificó su opinión propicia a los valientes que defendían el señorío de la libertad republicana en la Isla.

5

La defensa de México en los Estados Unidos adquiría tanta mayor fuerza cuanto más rápido era el avance de la causa federal. Con esta circunstancia entraban en conjunción apasionamientos políticos no gratos a Lincoln. Gente inconforme con ciertas orientaciones del Presidente, aunque servidora de los intereses de la Unión, pretendía presentarlo, si no como adversario del triunfo de la libertad republicana en el vecino país, por lo menos como tibio y vacilante defensor de una solución que afectaba al prestigio de la Unión, a su propia seguridad y al porvenir de toda América. Henry Winter David seguía propugnando en la Cámara de Representantes pronunciamientos saturados de tales ideas.

No cayó en el olvido ni en el abandono el propósito de que la Cámara de Representantes emitiese una declaración acerca de las explicaciones dadas por Seward al gabinete de Napoleón III a raíz del acuerdo por el cual ese cuerpo colegislador había condenado todo empeño destinado a expandir la monarquía en América. El Congreso reanudó sus tareas el 5 de diciembre de 1864, y el día 15 Henry Winter Davis promovió la discusión del dictamen emitido por la Comisión de Negocios Extranjeros sobre la disparidad de criterios entre la Cámara y el Ejecutivo. Las conclusiones prohijadas por Davis aspiraban a dejar sentadas varias normas de indudable importancia, a saber: a) el Congreso tenía derecho constitucional para prescribir la política exterior de los Estados Unidos, así para el reconocimiento de nuevos gobiernos como

respecto de otros puntos; b) el Presidente se hallaba obligado constitucionalmente a respetar la política exterior trazada por el Congreso, no menos en las negociaciones diplomáticas que en el uso de la fuerza nacional autorizada por la Ley; c) la validez de cualquier acuerdo del Congreso acerca de política exterior quedaba suficientemente probada con los votos que lo producían; d) el tiempo durante el cual se encontraba pendiente de debate una proposición de esa índole no era oportuno para ofrecer explicaciones diplomáticas a poder extranjero alguno [10].

Para entrar en la discusión de su informe, Davis solicitó de la Cámara la dispensa de los trámites reglamentarios. Ya iba a iniciarse el debate cuando el representante John F. Farnswort pidió que se pospusiese, y en votación nominal la Cámara accedió a ello. Davis se consideró desautorizado por la mayoría del Cuerpo, y renunció a seguir formando parte de la Comisión de Negocios Extranjeros. En la larga controversía a que esto dió lugar intervinieron numerosos diputados. Fueron recordadas las opiniones de Jefferson, Monroe, Madison, Jackson, Clay, Webster y John Quincy Adams acerca de las atribuciones del Ejecutivo y el Legislativo en la dirección de la política internacional. James G. Blain, apoyándose en el juicio de Jefferson, sostuvo que el Ejecutivo no podía abstenerse del tratamiento de determinado negocio exterior, ni quedar con las manos atadas, tan sólo porque el asunto estuviese pendiente de resolución en el Congreso. Davis explicó que, aunque él estaba dispuesto a atacar, sin excluir al Presidente, a todos los que se apartasen de los principios republicanos, en el caso que entonces ocupaba la atención de la Cámara no había sentido la necesidad de censurar a Lincoln: el dictamen, según sus palabras, no agredía al Jefe del Ejecutivo. Además, el propio Lincoln, con motivo del reconocimiento de la independencia de Haití y Liberia, había respetado la regla que al Congreso hacía partícipe del estudio de las cuestiones internacionales de interés para el país. La Cámara no aceptó la renuncia de Davis y esperó próxima oportunidad para resolver sobre el fondo de la iniciativa del representante por Maryland [11].

En la sesión del 19 de diciembre de 1864 la Cámara de Representantes discutió ampliamente el dictamen de su Comi-

10 *The Congressional Globe,* Washington, D. C., December 16, 1864.
11 *Ibid.*

sión de Negocios Extranjeros acerca de las facultades y los deberes del Congreso y del Ejecutivo en el tratamiento de los asuntos internacionales. El debate se desarrrolló en forma elevada. La parte resolutiva del informe fué modificada [12]. En lo sustancial triunfó Davis, deseoso de que la Cámara expresase su opinión contraria a la intervención francesa en México y al establecimiento del imperio de Maximiliano. Esto, ni más ni menos, era sostenido por Lincoln desde el principio de su administración, sin que en momento alguno hubiese mostrado intención de rectificar sus propias pautas.

6

Los adversarios internos del Presidente no despreciaban ninguna ocasión en que pudiesen entorpecer su acción respecto de los asuntos exteriores. La cautela de Lincoln, que tan provechosa había sido para la Unión en el desenvolvimiento de la guerra civil, era tenida por flojedad o incapacidad, y del Congreso partían flechazos hacia la Casa Blanca. Por lo demás, en el Senado y la Cámara no existía mucho entusiasmo para trabajar con asiduidad en la afinación de soluciones que no respondiesen directamente a la urgencia de restablecer la normalidad nacional [13].

El mes de diciembre iba deparando al Presidente mayor seguridad en el próximo fin de la guerra. La captura del Fuerte McAllister, la victoria lograda en Nashville, la ocupación de Savannah y el bombardeo contra el Fuerte Fisher señalaron nuevos y decisivos avances de las armas federales en los Estados de Georgia, Tennessee y Carolina del Norte. Con el triunfante esfuerzo de los combatientes de la Unión coincidieron las iniciativas desarrolladas por Lincoln, ansioso de no ver malograda la ocasión de precipitar el advenimiento de la paz: llamamiento de trescientos mil voluntarios más para el servicio militar, comunicación alentadora con sus generales, cortesía afectuosa hacia las esposas de los soldados en campaña [14].

La captura del *Florida* por el *Wachusett* en aguas del

[12] *Ibid.*, December 21, 1864.

[13] JAY MONAGHAN, *Diplomat in Carpet Slippers. Abraham Lincoln deals with Foreign Affairs,* Indianapolis-New York, 1945, p. 395.

[14] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. X, pp. 316-324.

Brasil había originado una querella entre Río de Janeiro y Wáshington que era menester eliminar. El Imperio se consideró maltratado por el atrevimiento de Napoleón Collins. La República no pretendió en este caso abroquelarse con el criterio de que el *Florida* no era un buque beligerante porque los rebeldes del Sur carerían del carácter y de los privilegios correspondientes a un beligerante. Lincoln favoreció el advenimiento de una solución amistosa. El 26 de diciembre de 1864 Seward dió explicaciones al gobierno del Brasil. Cuanto a la tripulación del *Florida,* el Secretario de Estado reconoció que había sido privada de libertad ilegalmente. La situación del barco enemigo ya no tenía remedio: se había hundido por efecto de una vía de agua [15].

Las actitudes de Lincoln hacia la América latina formaban escuela al expirar el año de 1864. Mientras el Presidente adoptaba inteligentes medidas de guerra, que estimaba indispensables para acelerar la terminación de la contienda, en distantes tierras se exaltaba su obra de libertador. No era un fenómeno político aislado, sino expresión de un estado de conciencia hemisférica, el entusiasmo con que Benjamín Vicuña Mackenna hablaba en Chile de las grandes y buenas cosas que ocurrían en la nación regida por Lincoln [16].

En los Estados Unidos de Colombia no lograba abrirse paso el plan concebido por Lincoln para eliminar los recelos creados en la América latina por las ambiciones y demasías de su país en épocas a la sazón no lejanas. Bogotá hacía aplicar inflexionablemente la norma dictada para que no se permitiese el paso de tropas extranjeras por Panamá. Con esta prohibición había tropezado el traslado de secesionistas aprehendidos y embarcados en el Oeste con destino a Nueva York. Pero lo peor no consistía en tal entorpecimiento: lo peor consistía en que Colombia obraba por resentimiento, nacido de la creencia de que en Wáshington se había visto con indiferencia la amenaza de pasar soldados españoles por el Istmo para atacar al Perú [17]. En verdad, Lincoln había amonestado al gobierno de Isabel II por sus excesos en el Pacífico, y Colombia se dió por satisfecha con la declaración que la

15 FRANCIS WHARTON, *A Digest of the International Law of the United States,* Washington, 1886, vol. III, p. 575.

16 B. VICUÑA MACKENNA, *Diez meses de misión a los Estados Unidos de Norte América como ajente confidencial de Chile,* Santiago, 1867, vol. I, p. 10.

17 E. TAYLOR PARKS, *Colombia and the United States 1765-1934.* Durham, N. C., 1935, p. 246.

Unión emitió. A fin de propiciar una comprensión mayor, el Jefe del Ejecutivo envió a Colombia en misión especial a Daniel E. Sickles, mayor general de los ejércitos de la Unión, en los que había peleado hasta quedar en peligro de muerte y perder una pierna en la batalla de Gettysburg. Sickles recibió amplias instrucciones del Secretario de Estado. Lincoln deseaba conciliar los derechos de Colombia sobre Panamá con el cumplimiento de las estipulaciones que de antiguo autorizaban el tránsito de fuerzas militares norteamericanas por el Istmo en hallándose destinadas a realizar cualquier servicio de los Estados Unidos, y no a hostilizar a otra nación. El Presidente prefirió el procedimiento persuasivo puesto en manos de Sickles al trámite de someter el conocimiento de la expresada dificultad al Congreso [18].

Libertad y Unión eran palabras gemelas en la concepción políticosocial de Lincoln. Unión quería decir mantenimiento de la obra forjada por los padres de su patria. Libertad significaba plena consecución del propósito de los fundadores. Durante mucho tiempo, durante aquellos largos años recordados en el discurso de Gettysburg, la Unión había tolerado la negociación de la Declaración de Independencia en cuanto ésta proclamaba que todos los hombres nacían iguales, dotados por el Creador con derechos inalienables a la vida, a la libertad y a la felicidad. Dar completo vigor a la Declaración de Independencia, exaltando lo que ella contenía de más profundo valor ético, era robustecer el objeto fundamental que sus firmantes se habían propuesto. La unidad nacional, como hecho inconcuso y como expresión jurídica, constituía un acontecimiento eminentísimo en la historia del Mundo. Pero sin libertad absoluta, sin libertad para cuantos individuos vivían bajo el cielo de la República, la unidad nacional no podía ocultar una horrible mancha. Cuando Lincoln adicionó su designio de preservar la Unión con la emancipación de los negros santificó las mejores ideas de los que en su país habían enseñado a crear.

Lo ocurrido en Missouri el 11 de enero de 1865 no fué suceso aislado. En otros Estados el pensamiento, el sentimiento y el júbilo colectivo podían manifestarse como en aquel cuyo nombre tan repetido había sido en horas arduas del conflicto entre los partidarios y los adversarios de la propa-

[18] DEPARTMENT OF STATE, BUREAU OF ARCHIVES, Washington, D. C.: William H. Seward to D. E. Sickles, January 6, 1865.

gación de la esclavitud. El 11 de enero de 1865 fué día de singular fiesta para los habitantes de Missouri. Con estrellas y franjas se hallaban decoradas las ciudades y aldeas. Y por la noche fueron iluminadas con fogatas. ¿Cuál era el motivo de semejantes expansiones? Por acuerdo de la Convención Constituyente del Estado, quedaba abolida la esclavitud de entonces para siempre. En adelante nadie tendría allí más amo que Dios. El entusiasmo penetraba hasta la cripta de hierro y piedra donde pies humanos habían llevado cadenas. La luz se proyectaba sobre las estrechas calles que conducían al río siniestro. Una canción inefable parecía ascender al Cielo: anunciaba una buena nueva que juntaba en sí penas, alegrías, anhelos, esfuerzos, la humildad del hombre ante el Todopoderoso, la majestad de quien poseía ya un alma entera. Una sola palabra era el principio y el fin de la inefable canción: Libertad[19].

Millones de hierros rotos por la serena y justa acción de aquel que quería ser bueno para que el Mundo fuese mejor. La mano que había preparado, exhibido, guardado y retocado el borrador de la proclama de emancipación continuaba guiando con firmeza el avance de la transformación social más trascendente de su patria. Al fin, el pan amasado por el negro iba a ser para el negro. Pero la tarea no se hallaba terminada. El titán no podía aún dejar de trabajar por el bien de los demás.

La Nación debía sentirse día a día más penetrada de la verdad de que estaba acabando de pasar las mayores dificultades de su historia. Unicamente así podría proseguir la gigantesca tarea de salvarse a sí propia. Había tenido en sus peores momentos un conductor paciente, hábil y abnegado, tan fuerte para conservar el amigo que llevaba en su conciencia como para resistir las fuerzas del mal. Libertad y Unión eran palabras representativas de acendradas esencias de un pueblo que veía aumentadas sus responsabilidades y deberes en los instantes en que vencía inmensos embarazos: Libertad y Unión eran palabras exaltadas por Abraham Lincoln en su afán de poner en armonía el regimen políticosocial de su patria con el espíritu y la letra del más célebre de los escritos de Thomas Jefferson.

19 RACKHAM HOLT, *George Washington Carver. An American Biography,* Garden City, New York, 1943, p. 1.

Los primates del pacto federal tenían ante sí la necesidad de aprovechar todas las posibilidades para aniquilar la rebelión. También se encontraban reclamados por el deber de resolver definitivamente la cuestión de la esclavitud. Lincoln llevaba sobre sí el peso de ambos problemas. El país alcanzaría la solución satisfactoria en la forma que el Presidente había expresado y continuaba expresando: rendición del Sur, reconocimiento sin cortapisas de la Unión y eliminación absoluta del trabajo servil de la gente de color. A despecho de la intensidad de las labores relativas a tales negocios públicos, encontraban cabida en la atención norteamericana los asuntos extranjeros, especialmente los del resto del Hemisferio Occidental.

En la sesión celebrada por el Senado el 13 de enero de 1865 se discutía un proyecto de ley acerca de las retribuciones pecuniarias de los funcionarios diplomáticos y consulares de los Estados Unidos. En la parte referente a México aparecía este país expresado con una sola palabra: *México.* El senador Benjamín F. Wade recordó que en México existían dos gobiernos. Frente al republicano, pretendiendo suplantarlo, se hallaba el monárquico, importado de Europa. El gobierno legítimo, el repúblicano, era el reconocido por el de Lincoln. Pero Wade estimó conveniente utilizar la oportunidad que tenía delante para no dejar duda alguna acerca de cuál era entre los regímenes políticos organizados en México el que merecía la aprobación de los Estados Unidos. El senador por Ohio consiguió que se pusiese *República de México* donde decía *México* [20].

La previsión del senador Wade cuando pidió y obtuvo que en una ley de los Estados Unidos, en el año de 1865, se mencionase la Repúbica de México, en vez de escribirse sencillamente México, llevó consigo la intención de molestar a Lincoln. El precepto, tal como quedó aprobado, desde luego garantizó que en ningún momento habría representación diplomática de la Unión cerca de la monarquía encabezada por Maximiliano, y para los no bien enterados de la rectitud moral y del pensamiento político de Lincoln respecto de la cuestión de México aquello debió de parecer una medida aconsejada por el temor de que el Presidente accediese a

[20] *The Congressional Globe,* Washington, D. C., January 14, 1865.

las instancias del Imperio enderezadas a establecer relaciones normales con el gobierno de los Estados Unidos. De nuevo se exhibió entonces la malquerencia que a menudo Lincoln soportaba: adversarios suyos consideraban cualquier procedimiento idóneo para menoscabar su reputación. Pero ellos olvidaban que una de las convicciones del repúblico era aquella de que su reputación era la sombra de su carácter, y su carácter, suave en la forma, en el fondo era férreo.

No en declaraciones carentes de sentido de responsabilidad, sino en notas diplomáticas destinadas al gobierno de Napoleón III, Lincoln había advertido cuáles eran sus decisiones sobre México. Cualquier intervención extranjera en el vecino país, sin excluir la de los Estados Unidos, siempre tendría su condenación. Entre el régimen republicano y el monárquico para México él prefería resuelta e irrevocablemente el primero, porque, además de responder a la voluntad de este pueblo hispanoamericano, era semejante al adoptado por la Unión y por casi todas las otras naciones del Nuevo Mundo. El reconocimiento del imperio inventado en Europa para México era imposible en Wáshington por las razones derivadas de los antecedentes apuntados y por la muy poderosísima de seguir mereciendo el gobierno de Juárez las consideraciones y la amistad oficiales del de los Estados Unidos.

Para un senador de la Unión, aunque no figurase en la rueda de los íntimos del Presidente, no podía ser un misterio el pensamiento de la Casa Blanca acerca de las cosas de México. Claramente había expresado Lincoln su idea: esperar a la terminación de la guerra secesionista, apremiar luego a Luis Napoleón para que sacase a sus soldados de la nación limítrofe y dejar a los mexicanos que inmediatamente después despachasen a Maximiliano. Ninguna duda lo intranquilizaba en cuanto a la aptitud bélica del partido de Juárez para derrotar a Maximiliano apenas dejase de contar con el apoyo de las armas francesas: Maximiliano correría a manos de Juárez suerte pareja a la de los rebeldes de la Unión.

El caso de México, sobre ser el de política exterior más espinoso afrontado por Lincoln, había servido y servía para probar los quilates de este hombre de Estado en lo tocante a la América latina. Antes de Lincoln se pudo hablar de la buena disposición de los Estados Unidos para las naciones hispanoamericanas. Ni Henry Clay, creador de una escuela de cooperación interamericana que no gozó de larga salud, había pasado de ahí. Estuvo reservado a Lincoln, con el reconocimiento por

su parte de la independencia de Haití, el privilegio de abarcar a todos los pueblos libres de América en el círculo de las relaciones exteriores de la Unión. Lincoln incluyó en el universo de sus ideas hemisféricas a la América latina entera. Y México, víctima de la codicia europea, le ofreció constante y peligrosa ocasión para demostrar su fidelidad a la libertad republicana y a la solidaridad americana.

Con la administración de Lincoln empezó una vida nueva para las relaciones interamericanas. Escasamente inclinados a cultivarlas se habían mostrado los Estados Unidos después del período de influencia oficial de Henry Clay. La Unión había resbalado en su conducta para con el resto del Hemisferio Occidental hasta ser temida y detestada. Allanamientos, usurpación de tierras y otros abusos de poder habían formado en los países situados al Sur del Río Grande la mala opinión y el enorme recelo que Lincoln encontró cuando se dispuso a liquidar antagonismos y a crear entre los vecinos de América, de toda América, la convicción de que la patria por él regida no veía en las demás patrias del universo colombino sino naciones hermanas, iguales en el Derecho Internacional e iguales en la común consideración que debían guardarse. Al cabo de menos de cuatro años la América latina era aliada natural y amable de la América de Lincoln.

Capítulo XXI

ABOLICIÓN DE LA ESCLAVITUD

In presenting the abandonment of armed resistance to the national authority on the part of the insurgents as the only indispensable condition to ending the war on the part of the government, I retract nothing heretofore said as to slavery.

ABRAHAM LINCOLN.

1

Francis P. Blair, padre de hombres que descollaban en el servicio de la Unión y él mismo ciudadano de notorios merecimientos, venía dando vueltas a la idea de ser mediador entre Abraham Lincoln y Jefferson Davis para acelerar el advenimiento de la paz nacional. De su propósito había hablado a Lincoln en un momento en que éste aguardaba noticias de acciones de guerra casi decisivas. El Presidente había aplazado una respuesta para después de la toma de Savannah. Tras la captura de Savannah había vuelto Blair a ver a Lincoln. Al iniciarse el año de 1865 Blair llevaba en uno de sus bolsillos un documento tan importante como breve firmado por el Jefe del Ejecutivo; el portador del diminuto papel se hallaba autorizado para pasar las líneas militares del Norte, ir al Sur y regresar [1].

No era Blair un emisario de Lincoln: era, llanamente, un ciudadano encantado con la esperanza de que él estaba trabajando de manera leal y sincera para lograr lo que durante cuatro años otros habían intentado en vano. Quería ser máximo agente de la concordia nacional. Llevaba en la cabeza, y puso sobre el papel, las bases de una solución que consideraba salvadora

[1] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. X, p. 327,

para todos, para los que ya podían considerar triunfante su empeño de conservar a la Unión y para los que veían frustrados sus esfuerzos para destruir el pacto federal. Lincoln conoció la idea de Blair en lo general, y no en sus pormenores.

Hacia el Sur se encaminó Blair. Desde el cuartel general de Grant escribió una nota derigida a Jefferson Davis, a quien expresó que deseaba visitar a Richmond en busca de determinados documentos. En otra nota le significó su anhelo de abrir su corazón ante el jefe de la rebelión. Davis manifestó a Blair que lo recibiría, pero la carta que llevaba tal aviso no llegó a manos del destinatario dentro de término prudencial. Blair regresó a Wáshington. Ya en el Norte se hablaba con insistencia de una mediación de Blair, más para censurarla que para alabarla. Al fin, Blair leyó la respuesta de Davis. Se trasladó de nuevo al vivaque de Grant, en la orilla del Río James, se embarcó en City Point y arribó a Richmond.

Luego de indagar si Davis tenía compromisos con potencias europeas que coartasen cualquier negociación suya con el gobierno de Lincoln, y Davis dijo que no los tenía, Blair inició la exposición de lo fundamental de sus propósitos. El Sur debía volver a la Unión. La paz dependía de la voluntad del Sur, obligado a comprender ya que atrás quedaba toda oportunidad de conseguir lo que se había propuesto al promover la secesión. El Sur no podía negarse a admitir la extinción de la esclavitud. En llegando el Norte y el Sur a conclusiones concordantes, y esto era lo deseable para el bien de la Nación, sólo armas extranjeras detendrían la reconciliación, apoyando la contumacia de algún Estado empeñado en conservar el trabajo servil de parte de su población, contra lo ya avanzado por Lincoln. ¿Se produciría tal hecho? Era menester mirar hacia México. En México había sido burlada y seguía burlada la Doctrina de Monroe por las ambiciones de Napoleón III, sin que ni el Norte ni el Sur hubiesen evitado el atentado. Y México, lejos de constituir entonces una amenaza para la Unión, acaso poseía el resorte necesario para solidarla.

Blair hizo algunas preguntas. ¿Por qué no se unían el Norte y el Sur ante el allanamiento de México por Europa? ¿Por qué no dejaban la guerra entre hermanos? ¿Por qué ambos, juntos, no echaban sus ejércitos sobre México, arrojaban del frágil trono imperial a Maximiliano, daban una lección formidable a Luis Napoleón, amparaban la república de Juárez, restablecían el respeto debido a los Estados Unidos y hacían efectiva de una vez la Doctrina de Monroe? ¿Quién

dirigiría con eficacia la acción de los ejércitos invasores? Blair sabía de un hombre capaz de conducir con acierto y gloria las tropas llamadas a poner las cosas en su lugar en México. Este hombre era Jefferson Davis,

El plan de Blair estaba destinado a seducir a Jefferson Davis. En puridad de verdad, el mediador esperaba de la realización de su vasto proyecto derivaciones muy sustanciales para el máximo promotor de la expirante secesión. Era posible desarrollar una verdadera empresa conquistadora: arrojar a Maximiliano del trono inventado por Bonaparte, intensificar la influencia del Sur en México, crear en el vecino país una dictadura para Jefferson Davis, agregar la estrella de México a la constelación del Sur en el cielo de la Unión, redondear el área de ésta con los territorios extendidos hasta Panamá y abrir el canal por donde se mezclarían las aguas del Atlántico y del Pacífico. Según Blair, Jefferson Davis tenía reservada una tarea ingente, muy superior a la de combatir la causa sostenida por Lincoln.

En la mente de Davis debió de aparecer, al escuchar a Francis P. Blair, la imagen de sucesos en que él había intervenido en el curso de varios años. Con Polk había coincidido en las apetencias generadoras de la guerra de los Estados Unidos contra México, calificada por Lincoln de injusta e innecesaria. En actos de propaganda política en vísperas de la secesión del Sur él había hablado de la procedencia de que Cuba dejase de ser posesión española, ya para agregarla a la Unión, ya para que entrase a formar parte de la nueva república angloamericana por su separatismo fraguada. Sus oídos eran acariciados por las frases de quien le anunciaba la posibilidad de realizar un viejo sueño expansionista, con la adición de que acaso recayese en él la ejecución de la atrevida empresa. En este fugaz tránsito de su pensamiento entre el pasado y el porvenir, con una grata escala en el presente, pudo surgir el recuerdo de Lincoln y de su política y conducta resueltamente contrarias a todo menoscabo de la soberanía internacional y la integridad territorial de México y de cualquiera otros países latinoamericanos. Pero ¿no lo estaba poniendo Blair en contacto con la memoria de George Wáshington y Andrew Jackson? Además, Blair daba a entender a Davis que Lincoln se hallaba en disposición de sacrificar arraigados sentimientos propios y acendradas afecciones personales para lograr lo que él creía necesario para el bien de la Nación.

Las observaciones y afirmaciones de Davis empalmaron con

las premisas y conclusiones de Blair. Davis confesó estar complacido de oír a Blair. No conocía a Lincoln, pero creía que su colocutor reflejaba fielmente las ideas de su máximo adversario. Aquello de que él pudiese contribuir a extender las fronteras de los Estados Unidos hacia Panamá, aunque era empeño grandioso, no le importaba tanto como la felicidad de su país. Para fijar con precisión sus miras, por inspiración propia o solicitud de Blair, Davis escribió una carta a su locuaz visitante. Dijo que deseaba expresarle en esta forma lo que de su parte Blair debía exponer a Lincoln. Davis se hallaba preparado: a) para entrar en negociaciones acerca de la terminación de la guerra; b) para enviar una comisión a cualquier lugar del Norte; c) para recibir una comisión que el gobierno de los Estados Unidos quisiera mandar al Sur; d) para propiciar la celebración de una conferencia de legados del Norte y del Sur destinada a discutir la paz de los dos países [2].

2

En el Sur y en el Norte el nombre de Francis P. Blair andaba de boca en boca. En Richmond se le había visto pasear en coche abierto. La prensa separatista informaba que él había cenado con Jefferson Davis. En la capital confederada lo más importante era la pretensa misión de Blair. En Wáshington, Nueva York y otras poblaciones del Norte se hablaba en todos los tonos de la visita de Blair al Sur. El hecho de que por sus hijos estuviese enlazado con la causa de Lincoln, con Lincoln mismo, deparaba innegable importancia a las actividades que desarrollaba al otro lado de las líneas de fuego de la Unión. La apariencia de las gestiones de Blair no favorecía a Lincoln.

En Wáshington declaró Blair que la población de Richmond deseaba la paz y las clases trabajadoras la ansiaban, por lo que la guerra podría terminarse en dos meses. Lo demás acerca de su viaje al Sur estaba reservado para Lincoln. El Presidente lo recibió en la Casa Blanca. Los planes de Blair para precipitar la reconciliación entre el Norte y el Sur por medio de la acción armada de ambas secciones en México fueron cosa nueva para Lincoln: ni ligeramente había pasado por su mente la idea de enviar tropas norteamericanas a la repú-

2 CARL SANDBURG, *Abraham Lincoln. The War Years,* New York,1943, vol. IV, pp. 28-32.

blica de Juárez. La carta de Davis que Blair puso al alcance de sus ojos hacía luz en torno a la situación moral de los primates de Richmond [3].

Era un proyecto impracticable el enderezado a que los Estados Unidos, en cooperación el Sur y el Norte, interviniesen con sus armas en México. Ideas y convicciones mantenidas por el Presidente durante muchos años, y hasta el momento en que de nuevo oía hablar de eso, eran opuestas a que su país exhibiese sus fusiles y sus cañones al otro lado del Río Grande. Lincoln había alzado su voz en el seno de la Cámara de Representantes para denunciar la innecesidad e injusticia de la guerra llevada a México en tiempo de Polk, pero este antecedente no era lo único que lo movía a repudiar lo prometido por Blair a Davis. Lincoln había rechazado el compromiso ideado por Crittenden para evitar la secesión atribuyendo a los partidarios de la esclavitud la intención de extender su dominación por tierras vecinas, pero tal actitud no era la última manifestación de su enemiga a determinaciones de la índole de aquella que le exponía Blair. Lincoln había disentido de Seward en 1º de abril de 1861 por negarse a crear un conflicto bélico exterior para eliminar el interior suscitado por la secesión del Sur, pero semejante postura no era una aislada inconformidad suya con procedimientos como el concebido por Blair para entusiasmar a Davis. Muy cerca de la Casa Blanca, en el Departamento de Estado, se hallaba la abundantísima prueba de los esfuerzos que durante su administración había realizado para no mandar soldados de la Unión a México.

La política de Lincoln contraria al envío de tropas norteamericanas a México tenía dos conocidos fundamentos: uno transitorio y uno permanente. El transitorio consistía en la improcedencia de sacar tropas del territorio nacional existiendo una guerra civil. El permanente era el principio según el cual los Estados Unidos debían abstenerse de intervenir en los asuntos interiores de los demás países. El fundamento transitorio desaparecería tan luego como la contienda entre el Sur y el Norte dejase de ser una amenaza para la Unión. El fundamento permanente, dada su naturaleza, no admitía modificación alguna. Esta actitud llevaba irrogadas a Lincoln fuertes censuras, ostensibles en su país y en México. Mientras su respeto a la soberanía de México lo constreñía a no permitir que sus soldados pisasen el vecino territorio, otrora hollado en forma que había provocado su enérgica protesta, sus severos

3 *Ibid.*, pp. 28, 32-33.

juzgadores, le atribuían humillante tibieza en la defensa de la Doctrina de Monroe. Pero él no había cejado en su propósito de fortalecer así, en la única forma que consideraba digna y eficaz, la amistad de los Estados Unidos con la América latina.

La solución ideada por Blair en su deseo de conducir a Davis a un arreglo con Lincoln, expuesta a éste en los momentos en que el mediador le hablaba de su viaje a Richmond, encerraba mayor gravedad que las consecuencias presumibles de una intervención armada de los Estados Unidos en México para expulsar a Maximiliano y a las tropas francesas que lo apoyaban. Blair subrayaba el pensamiento favorable a la extensión de la influencia norteamericana sobre México y la América del Centro, hasta llegar a utilizar el istmo de Panamá como frontera de la Unión. Evidentemente, esto era lo más reñido con la política y conducta de Lincoln que se podía presentar a su consideración. Entre las muchas contradicciones a que había tenido que hacer frente en el curso de la guerra civil ninguna aventajaba a la que existía entre la concepción conquistadora de Blair, no rechazada por Davis, y su profunda convicción americana, convicción de americano de toda América. empeñado en acendrar la coordinación de los intereses hemisféricos por medio del respeto a la integridad territorial y a la soberanía internacional de pueblos, aún en la adolescencia, que debían considerarse, con arreglo a los votos del propio Lincoln, tan amigos como vecinos de los Estados Unidos.

El Presidente escuchó a Blair con la paciencia y la serenidad en él habituales. Del intento contra México, que en favor de México no era, nada tenía que decir para información del Sur: el proyecto no merecía ni su más leve consideración. Sobre lo otro, sobre la gran cuestión nacional, sí estimó indispensable dejar conocer su opinión. Lincoln siguió procedimiento semejante al empleado por Davis: expresó en una carta dirigida a Blair lo que él quería que Davis supiese. Había leído la epístola escrita por Davis a Blair el 12 de enero de 1865. Blair podía asegurar a Davis que él, Lincoln, había estado constantemente, estaba el 18 de enero y continuaría estando dispuesto a recibir a cualquier agente oficioso de Davis o de otro ciudadano influyente entre los que aún resistían a la autoridad nacional, a fin de obtener la paz para el pueblo del único y común país de ellos [4].

[4] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. X, p. 342.

La carta destinada en 18 de enero de 1864 por Lincoln al viejo Francis P. Blair fué tan expresiva como cortante. En las esquelas cruzadas entre Blair y Davis aparecía cada uno de los nombres de Davis y Lincoln acompañado del título de Presidente seguido de etcéteras en abreviatura, y Lincoln mencionó a Davis, al señor Davis, sin más ni más. Davis había terminado su epístola aludiendo a sus dos países, al país de Lincoln y al suyo, al Norte y al Sur, y Lincoln se refirió al único y común país de ambos.

3

El escrito dirigido por Lincoln a Blair para que Davis lo leyese no cerró el paso a las gestiones del mediador. El caso se hallaba previsto por el prohombre de Richmond: aunque fuesen rechazadas sus ofertas de paz, él seguiría en actitud de negociar. Por consiguiente, Blair persistió en su empeño conciliatorio. La noticia de esto aumentó la excitación de la Unión, en parte porque algunos creían sinceramente que se estaba comprometiendo el porvenir de la causa del Norte, en parte porque la ocasión era propicia a los radicales ganosos de que Lincoln desterrase la caridad dominante en sus planes de reconstrucción nacional.

La verdadera posición de Lincoln en la órbita de las gestiones de Blair era un secreto para el pueblo de los Estados Unidos. El Presidente había recibido a un hombre de buena voluntad, y le había entregado dos documentos: a) el brevísimo que lo autorizaba a pasar las líneas militares del Norte, ir al Sur y regresar; b) la carta destinada a advertir a Jefferson Davis que él, Lincoln, había estado y estaba en disposición de oír y hacerse oír con el objetivo de obtener la paz para el único y común país situado entre el Canadá y México. De la Casa Blanca no habían salido explicaciones acerca de estas sencillas diligencias. De no haber existido demasiadas suspicacias en torno a los procederes del Jefe del Ejecutivo, en el Capitolio de la Nación y en los periódicos del Norte no se habría llegado a mediados de enero de 1865 a presunciones que por necesidad ineluctable herían al gobernante que era símbolo de la democracia y custodio de las libertades públicas.

Las noticias llevadas a Wáshington por Blair eran de extraordinario interés en cuanto a la moral de los dirigentes del separatismo. Los principales responsables de la rebelión

del Sur sufrían la flojedad precursora de un desastre. Veían venir el de su causa. Y pensaban en arreglos y transacciones. Lincoln no deseaba precipitar la paz a cambio de concesiones peligrosas para el mantenimiento de la Unión y la extinción de la esclavitud. Pero no podía dejar de ser agradable para él, como para todo sincero defensor del pacto federal y de la libertad republicana, saber que en la otra orilla del pavoroso conflicto ya se percibía la proximidad de la hora de la victoria del Norte.

Las inquietudes producidas por la suerte de las armas y las desazones provenientes de las intrigas fomentadas en su propio bando tenían colocado a Lincoln entre dos fuegos. Sus viejos contactos con la adversidad y su real conocimiento de los hombres no eran tan poderosos como para alejar de él la congoja que le causaban nuevos infortunios y desengaños. Sin embargo, su serenidad lo sacaba de descaecimientos. Alguna buena nueva procedente de los campos de batalla —la captura del Fuerte Fisher, en la Carolina de Norte, por ejemplo— levantaba su espíritu. El saberse comprendido y estimado por compatriotas suyos reanimaba sus potencias morales.

Un sacerdote, varias damas y algunos caballeros entregaron al Presidente un vaso confeccionado con hojas de árboles recogidas en el campo de Gettysburg. El orador que en Gettysburg había elevado el valor de la palabra humana rememoró el día de la consagración del cementerio nacional labrado en aquel pedazo de tierra empapado con sangre de héroes. Pero no se refirió a lo dicho por él: se refirió a lo dicho por Edward Everett, su compañero en la tribuna de Gettysburg, en loor de las mujeres norteamericanas. La vida de Everett, ya extinta en lo temporal, había sido grande, mayormente en los últimos años, al servicio de la Nación. De lo mejor debido a sus luces era el elogio tributado a las nobles matronas que tanta parte tenían en la obra y gloria de salvar las mejores instituciones patrias en los peligrosos tiempos que corrían. Lincoln deseó la bendición de Dios a quienes se le acercaban para recrearlo con dulces memorias [5].

[5] *Ibid.*, pp. 346-347.

Las ideas del Presidente acerca de la condición servil de parte de la población de los Estados Unidos había evolucionado por armonía con los acontecimientos nacionales. De la oposición a todo intento de llevar la inicua institución a los Estados donde no existía Lincoln había pasado a la decisión de declararla extinguida en aquellos que pretendían separarse de la Unión. El emancipador de millones de negros no pudo dar por terminada su obra de redención en una proclama que no comprendía a todos los que en su país arastraban fierros. Era necesario y justo que en la patria de Thomas Jefferson todos los hombres viviesen bajo la égida de la libertad. La total abolición de la esclavitud tenía ya el carácter de dogma lincolniano.

Los avances de Lincoln en los esfuerzos por suprimir la esclavitud en los Estados Unidos tropezaban con preceptos de la Constitución. La Constitución no hablaba de esclavos, pero se refería a personas libres: implícitamente aceptaba que las había sujetas al yugo ajeno. Lincoln y los que con él trabajaban por el ascenso social de su pueblo se ocuparon en dar expresión jurídica al hecho de la emancipación de los negros. El Congreso, por las dos terceras partes de cada una de ambas Cámaras, debía promover la adopción de una enmienda adicional a la Constitución para proscribir el trabajo servil en la Unión.

Desde junio de 1864 se hallaba paralizada en la Cámara de Representantes la tramitación de un proyecto de resolución conjunta, procedente del Senado, para someter a la ratificación de las Legislaturas de los Estados la enmienda constitucional indispensable para abolir irrevocablemente la esclavitud. La Cámara se había mostrado en desacuerdo con el Senado. En la sesión celebrada por la Cámara el 31 de enero de 1865 se abrió debate sobre una moción enderezada a reconsiderar la votación adversa al expresado proyecto de resolución. La resolución conjunta quedó aprobada por ciento diecinueve votos afirmativos contra cincuenta y seis negativos y ocho no emitidos. Cuando el Presidente de la Cámara anunció que la resolución conjunta acababa de pasar, puesto que había obtenido la mayoría requerida por la Constitución, la propia Cámara y los espectadores manifestaron su alegría en forma delirante. Los representantes republicanos rivalizaron en frenesí con los ocupantes de las galerías, sin excluir a las damas.

Uno de los diputados por Illinois, Ebon C. Ingersoll, propuso que, en honor de aquel sublime e inmortal acto, se suspendiese la sesión. Alguien demandó votación nominal para decidir sobre la iniciativa de Ingersoll. La Cámara se manifestó conforme con el representante del Estado de donde Lincoln había salido para la Casa Blanca. El reloj marcaba las cuatro y veinte minutos de la tarde del 31 de enero de 1865 [6].

En la noche del 31 de enero de 1865 Lincoln fué congratulado públicamente por haber aprobado la Cámara de Representantes la resolución contentiva de la enmienda constitucional destinada a abolir la esclavitud en los Estados Unidos. Los manifestantes escucharon de él palabras muy expresivas. El Presidente se refirió a los principales aspectos de la existencia nacional. La abrogación de la servidumbre tenía que alegrar a toda la Nación y al resto del Mundo. Sin embargo, quedaba aún mucho por hacer. El Congreso dejaba realizada una gran parte de la tarea. A los Estados, por medio de sus Legislaturas, tocaba la otra porción del trabajo, no menos importante. A la Casa Blanca acababa de llegar la noticia de que Illinois había evacuado, aquel mismo día, el trámite a su cargo. Era menester acelerar e intensificar las labores enderezadas a producir la reunión perfecta de todos los Estados, la que debía efectuarse de manera que no surgiesen nuevas inconformidades. Humildemente, anhelosos de que otros se sintiesen dueños de la gloria de poner término a la inhumana institución, el Jefe del Ejecutivo declaró que lo acordado por el Legislativo era superior al contenido de su proclama de emancipación. La enorme victoria moral ya asegurada lo llenaba de gozo [7]. Pero una verdad corría de boca en boca entre sus oyentes: la proclama de emancipación, aún con las limitaciones apuntadas por su autor, era la piedra angular de la patria nueva, de la patria que renacía bajo los fulgores de la libertad política y la libertad humana sin excepciones ni restricciones.

El Senado se dió por enterado el 1º de febrero de 1865 de que la Cámara de Representantes había aprobado sin modificación alguna la resolución conjunta destinada a someter a la ratificación de las Legislaturas de los Estados la enmienda constitucional abrogatoria de la esclavitud. El asunto era digno de preferente atención. El mismo 1º de febrero la

[6] *The Congressional Globe,* Washington, D. C., February 1º, 1865.
[7] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. X, pp. 352-353.

resolución recibió las firmas del Presidente de la Cámara y del Vicepresidente de la República. Al Senado llegó otra noticia: John G. Nicolay, el secretario de Lincoln, anunció a la Alta Cámara que el Presidente de los Estados Unidos acababa de aprobar y signar el documento contentivo del trascendental acuerdo del Congreso [8].

Pocas veces había puesto Lincoln su firma al pie de un documento con tan hondo sentido del amor al prójimo como en el momento del 1º de febrero de 1865 en que dejó autorizada una de las páginas más gloriosas de la historia de su patria. Por merced del Todopoderoso, según había previsto en su carta a la señora de Horace Mann, él participaba en la magna obra que dejaba a los Estados Unidos de América limpios de la ignominia de la esclavitud: ya las personas de color eran libres, no menos libres que las personas blancas. El Congreso y el Presidente sometían a la ratificación de las Legislaturas de los Estados y abandonaban a la contemplación de las edades el cuasi sagrado texto marcado por ellos mismos con el número XIII de las enmiendas a la Constitución.

1. Ni la esclavitud ni el trabajo forzado no impuesto por sentencia de los tribunales podrían existir en los Estados Unidos ni en lugar alguno sujeto a su jurisdicción.

2. El Congreso quedaría facultado para hacer cumplir por medio de leyes el XIII de los artículos adicionales de la Constitución [9].

Los estampidos de la artillería, tan frecuentemente escuchados en el curso de cuatro años como siniestros avisos de peligro y exterminio, podían llevar ya la alegría a los corazones de los procuradores del respeto a la dignidad humana sin limitaciones ni excepciones. La ciudad de Wáshington se adelantaba a saludar el advenimiento de la libertad nueva, de la libertad para todos los que pisaban el suelo de la Unión, de la libertad de aquellos por cuya redención Abraham Lincon había dado y seguía dando lo mejor de su egregio espíritu. Las aterrantes reminiscencias cedían su lugar a las nobles memorias. El melancólico hijo de las praderas, formado entre pobrezas y esperanzas, alzaba los brazos al Cielo en acción de gracias por la ayuda recibida de Dios para que en los Estados Unidos no hubiese de entonces en adelante mercados de esclavos, ni azotados, ni desventurados con collares

[8] *The Congressional Globe,* Washington, D. C., February 2, 1865.

[9] *Ibid.,* February 1º, 1865.

de cascabeles, ni fugitivos cazados como fieras, ni madres tratadas sin piedad, ni recién nacidos expuestos a la expoliación y al martirio. Una dulce consolación ensanchaba el pecho del emancipador cuando advertía que eran realidad inconcusa el anhelo y la ilusión de ver rotas para siempre las cadenas forjadas por unos hombres para aherrojar a otros hombres.

6

La enorme agitación causada por las gestiones conciliatorias de Francis P. Blair cerca de Jefferson Davis arrancó a Henry Ward Beecher de Brooklyn y lo hizo correr hasta Wáshington en busca de la verdad. El patriota, consternado, llegó a admitir que Lincoln, cansado de tan larga y cruenta guerra, se hallaba en disposición de aceptar algo que resultase ventajoso para el Sur. Por sus antecedentes, el gran predicador protestante tenía el derecho y el deber de realizar la cívica diligencia que deseaba evacuar en la capital federal. Había arremetido contra la esclavitud con brío y descomedimiento campesinos. Había cedido su tribuna a los abolicionistas, apedreados por la turba. Había entusiasmado a la Nación con su oratoria agresiva y esmaltada. Había ido a Inglatera, a la Inglaterra favorecedora de los rebeldes y de los dueños de negros, para hacerla reír, llorar, avergonzarse, seguir sus pasos por las calles y proclamar con él la justicia del pueblo capitaneado por Lincoln. Había introducido en el culto cristiano la libertad, gracia y amor de la Naturaleza[10]. Había concitado contra sí, por defender lo que Lincoln defendía, la inquina de sus adversarios: uno de ellos, Martín Kalbfleisch, representante por Nueva York, le había llamado politicastro del púlpito. Este paladín de la dignidad humana, sempiterno indagador de la razón de ser de las cosas del Mundo, quiso saber de labios de Lincoln qué era lo cierto en todo aquello de que se hablaba en torno a tratos entre el Norte y el Sur.

En aquellos momentos del 1º febrero de 1865 que la alegría de la emancipación reclamaba para sí, Beecher encontró en la Casa Blanca a un hombre que no daba señales de haber acabado de pasar por una emoción tan grata como profunda.

10 JOSÉ MARTÍ, *Norteamericanos,* La Habana, 1939, vol. I, pp. 41-42.

Lincoln se hallaba dominado por alguna inquietud enorme, seguramente mayor que el júbilo por él alcanzado al firmar el documento que aseguraba la abolición de la esclavitud en los Estados Unidos. Solos se sentaron en la sala de recibo Lincoln y Beecher. El Presidente tenía desordenada la cabellera, como si hubiese abandonado el peine. Su agotamiento inspiraba lástima. Al parecer, sus extremidades carecían de gobierno. Beecher dijo a Lincoln que, en permitiéndolo el interés público, él deseaba lograr alguna explicación acerca de las negociaciones de paz a que todo el mundo se refería. Luego de escuchar pacientemente, Lincoln miró hacia el techo en actitud pensativa y acabó por expresar a Beecher que esperaba enseñarle todos los documentos relativos a ese asunto. El Presidente se levantó de su silla, se dirigió a su escritorio, extrajo algo y volvió junto a Beecher. El predicador abolicionista leyó en una pequeña tarjeta las palabras escritas por el Presidente para autorizar el viaje de Blair hacia el Sur. ¡Aquello era todo! Que Blair pensara que podía hacerse algo provechoso, como lo pensaba, era cosa a que él, Lincoln, nada objetaba. Beecher experimentó inefable alivio al oír la explicación de Lincoln [11].

El Presidente pudo dar a Beecher noticias de las recientes gestiones de Blair. El espontáneo mediador había ido otra vez a Richmond. Sus nuevas conversaciones con Jeffferson Davis habían originado violentos ataques de los periódicos del Sur a su prohombre, acusado de sentar a su mesa a un asesino —el asesino, por añadidura extranjero, era Blair—, y el nombramiento por el propio Davis de tres comisionados para que procurasen negociar la paz con el Norte. Estos representantes del Sur eran John A. Campbell, Robert Mercer Taliaferro Hunter y Alexander H. Stephens: un antiguo magistrado de la Corte Suprema de la Unión y entonces miembro del gabinete de Davis, un viejo senador de los Estados Unidos y luego Secretario de Estado de los separatistas y un inolvidable colega de Lincoln en la Cámara de Representantes, elevado a la Vicepresidencia de la Confederación. Y él, Lincoln, acababa de designar a Seward para que, trasladándose al Fuerte Monroe, en Virginia, conferenciase oficialmente con Stephens, Hunter y Campbell sobre la base de su carta a Blair, aquella carta que se refería, refiriéndose al Norte y al Sur, a un país único y

11 CARL SANDBURG, *Abraham Lincoln. The War Years,* New York, 1943, vol. IV, p. 34.

común. El Secretario de Estado llevaba instruciones para hacer saber a los del Sur que era indispensable aceptar tres hechos:

1. El restablecimiento de la autoridad nacional en todos los Estados.

2. El mantenimiento de la abolición de la esclavitud.

3. La continuación de las hostilidades hasta que el Sur se rindiese y sus tropas quedaran desbandadas.

El Presidente autorizó al Secretario de Estado para expresar a los comisionados del Sur que toda proposición de ellos que no se opusiese a las condiciones por él indicadas sería considerada y aceptada con un espíritu de sincera liberalidad. Seward se hallaba advertido de la necesidad de satisfacer tres deberes: a) oír cuanto sus contentores deseasen decir; b) informar de ello a Lincoln; c) no extenderse hasta dar por definitivamente consumado arreglo alguno [12].

Mientras Seward se dirigía al Sur, el 1 de febrero de 1865, Lincoln cuidó de conservar la moral bélica en sus filas. Grant debía continuar la guerra en tanto se hablaba de paz. Nada de lo que era objeto de conversaciones entre hombres del Norte y hombres del Sur podía cambiar, impedir o retardar los movimientos o planes del Teniente General. La advertencia del Presidente era oportuna y acertada. En las líneas de ambos contendientes, con motivo del tránsito de los comisionados de Richmond, se había vitoreado a la paz [13]. Acaso por parte de la gente de Grant aquello no había sido sino mera cortesía. De todos modos, era digna de su causa la precaución del Comandante en Jefe del Ejército y de la Armada.

El comandante Thomas T. Eckert, encargado por Lincoln de ir a encontrarse con los legados de Jefferson Davis, llegó a City Point, en Virginia, el 1º de febrero de 1865. Grant pretendía participar en la conferencia, y Eckert necesitó proceder con energía para evitar la complicación derivable de cualquier error que pudiese cometer el Teniente General en conversaciones excesivamente delicadas. Luego entró Eckert en lo esencial de su trabajo. Explicó a los comisionados del Sur que era menester llevar por escrito las negociaciones y les entregó copia de las instrucciones de Lincoln. Ellos las leyeron y releyeron. Allí estaban las palabras que aludían

12 JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. X, pp. 351-352.

13 CARL SANDBURG, *Abraham Lincoln. The War Years,* New York 1943, vol. IV, pp. 35-36.

al único y común país de todos. Stephens, Hunter y Campbell eran partidarios de la paz, pero debían atenerse a lo escrito por Davis, que seguía hablando de dos países cuando pensaba en el Norte y en el Sur. Aunque habían salido de Richmond con la creencia de que serían recibidos por Lincoln en Wáshington, no tenían inconveniente en tratar con persona autorizada por él. Lo difícil radicaba en la estrechez de los límites dentro de los cuales les era posible opinar y discutir.

En todo el 1º de febrero Seward no entró en contacto con Stephens, Hunter y Campbell. Mas éstos hablaron con Grant y Eckert de lo meramente externo de la cuestión que los había llevado a las filas federales. Dados los términos de las instrucciones de Lincoln, ellos encaraban una gran dificultad. Eckert les había dejado saber lo bastante para quedar persuadidos de la imposibilidad de progresar rápidamente en las negociaciones. Grant y Eckert también lo comprendieron. Así lo informaron al Secretario de la Guerra y al Presidente. Grant deploraba que Lincoln no tuviese una entrevista con los tres personajes del Sur, a quienes atribuyó buenas intenciones y sincero deseo de concertar la paz y restaurar la Unión [14].

7

En la mañana del 2 de febrero de 1865 Lincoln se ocupó de enterarse de las noticias sobre la guerra. Leyó el informe de Eckert sobre los embarazos que no permitían a los comisionados del Sur avanzar en sus gestiones pacificadoras. Ya preparaba un telegrama para llamar a Seward cuando se le mostró el de Grant al Secretario de la Guerra acerca de las negociaciones promovidas por Blair. Este despacho cambió los propósitos del Presidente, quien sin dilación redactó dos partes: uno para Grant, encargándole que dijese a los caballeros del Sur que se encontraría con ellos en el Fuerte Monroe, y otro para Seward, anunciándole que se juntaría con él en el propio Monroe. La sagacidad de Grant había triunfado: Lincoln advirtió a Seward que iba a salir hacia el Sur por inducción de Grant [15].

Con inusitada prisa el Presidente dejó en la Casa Blanca asuntos y audiencias pendientes. En secreto, sin dar a cono-

14 *Ibid.*, pp. 36-37.

15 JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. X, p. 355.

cer su intención ni a persona tan de su íntima confianza como John G. Nicolay, entre nueve y diez de la mañana del 2 de febrero, salió de la Mansión Ejecutiva, seguido de un sirviente que llevaba en la mano una pequeña maleta. En el Potomac subió a un barco, Se dirigió a Hampton Roads, en las inmediaciones del Fuerte Monroe. Toda su guardia personal era el lacayo de la Casa Blanca portador de su ligero bagaje. Mientras el alto magistrado navegaba en demanda de Seward y de los comisionados del Sur, agolpadas en su cabeza las ideas despertalas por las causas de su viaje, atrás, en Wáshington, quedaban los desagrados y recelos creados por la súbita salida, de la que sus consejeros y auxiliares más cercanos se enteraban de manera no menos inusual que indirecta. ¿Por qué el Presidente, en circunstancias tan azarosas como las de aquellos días, permitía que su deseo de terminar el conflicto bélico lo condujese hasta un lugar donde podía ser envuelto por la astucia de sus adversarios armados? ¿Lo atraerían éstos para atribuirle luego el motivo del presumible fracaso del esfuerzo pacificador? Preguntas de esta laya y conclusiones de parecido jaez no constituían las peores expresiones en torno al atrevimiento cometido por Lincoln al dirigirse hacia el cubil secesionista. Los maledicentes aprovechaban la ocasión para hablar una vez más de la incapacidad y la inconsciencia que querían ver en la conducta del Jefe del Ejecutivo.

¡Cuánta agitación había en todo aquel 2 de febrero para Abraham Lincoln! Ya era de noche cuando él llegó a Hampton Roads. En un buque anclado a cierta distancia de la orilla lo esperaban Seward y Eckert. Por ellos supo que Stephens, Hunter y Campbell se hallaban en otra nave. El Secretario de Estado y los legados del Sur seguían sin comunicarse. Fué necesario dejar para la mañana siguiente la entrevista de los comisionados de los Estados Confederados con el Presidente de los Estados Unidos.

Fuerte oleaje e intenso frío acompañaron a Stephens, Hunter y Campbell en la mañana del 3 de febrero de 1865, cuando, mojados y temblando, se dirigieron al *River Queen,* donde se hallaba Lincoln. El diminuto y escuálido Alexander H. Stephens, con no más de cien libras, usaba un largo y grueso abrigo de manufactura confederada. Los silbidos del aire acompañaron los saludos de los grandes contendores. Los tres del Sur llegaban con la confianza que les inspiraban los dos del Norte. De Seward acababan de recibir la cortesía de unas

botellas de licor. De Lincoln tenían la prueba de sencilla grandeza que era su presencia allí, de concierto con los anhelos que habían expresado a Grant. Además, aquello no era un encuentro de desconocidos. La cosa pública, en tiempos idos, los había puesto en contacto por razón del ejercicio de altos oficios de la Unión. Señaladamente, no podían estar olvidadas las viejas cordiales relaciones de Lincoln y Stephens. ¿Cómo no iba a vivir en la memoria de ambos el día del año de 1848 en que la pequeña y pálida estrella de Georgia, con un discurso pronunciado en la Cámara de Representantes contra la guerra llevada por los Estados Unidos a México, había conmovido al rústico abogado de Illinois y cubierto de lágrimas sus ojos.

Los cinco personajes reunidos en un camarote del *River Queen,* en aguas de Hampton Roads, poseían sabias experiencias. Con esto, y con la llana manera de ser y proceder privativa de la gente de su pujante raza, fácil les fué pasar de los afables saludos a una conversación de muy diversos matices. Muchas cosas humanas, desde lo baladí hasta lo trascendente, fueron mencionadas y tratadas; la reconstrucción del Capitolio de Wáshington, la guerra entre la Unión y México que había hecho coincidir pensamientos y expresiones de Lincoln y Stephens, la lucha de la república de Juárez contra el imperio de Maximiliano, los derechos de los Estados, la evolución de las ideas de Lincoln sobre la esclavitud y su extinción, la deposición de las armas por los secesionistas, el respeto a la dignidad del Sur, la conveniencia de poner fin a la guerra civil, la admisión por el Congreso de la Unión de los senadores y representantes de los Estados que reingresasen en ella, las reclamaciones por propiedades confiscadas y destruídas, el sentido y alcance del último mensaje anual de Lincoln, las dificultades con que éste tropezaba en su acción ejecutiva, la resolución conjunta recién promulgada en Wáshington para acabar con la condición servil de los negros y el proyecto de enviar tropas del Norte y del Sur a México bajo la jefatura de Jefferson Davis. Naturalmente, de tantos y tan importantes negocios públicos era imposible hablar en poco tiempo, con mayores veras cuando los cinco primates, quien más, quien menos, participaban en semejante examen de hechos e ideas.

La llaneza dentro de la cual fué llevada la conferencia de Hampton Roads dió acceso al tono jovial, ultilizado hasta para salir de situaciones embarazosas. Hunter mencionó un precedente sentado por Carlos I de Inglaterra que podía ser

aprovechado por Lincoln para acceder a pretensiones del Sur, y el Presidente, luego de trasladar el asunto, por su índole histórica, a Seward, advirtió que su único claro recuerdo sobre aquello era el de que el Rey había perdido la cabeza. El propio Hunter dijo que Lincoln consideraba que los confederados había traicionado a la Nación y merecían ser entregados al verdugo —a lo que el interpelado respondió que Hunter expresaba su opinión mejor que él mismo—, y el antiguo senador federal manifestó que los secesionistas presentes estaban seguros de no ser ahorcados mientras Lincoln fuese Presidente. La habilidad entró en acción cuando Stephens, sin referirse a los dos países a que había aludido Davis ni aceptar lo de único y común país en que Lincoln había insistido, habló de las secciones del país. La franqueza estuvo presente al mencionarse la idea de Blair, muy del agrado de los del Sur, según la cual se precipitaría el término de la guerra civil enviando a México tropas acaudilladas por Jefferson Davis, con los aditamentos señalados por el entusiasta mediador.

Desde el principio de la conferencia de Hampton Roads comprendió Campbell que Davis había sido ilusionado y hasta engañado por Blair con el plan relativo a México. Apenas empezó Stephens a decir que existía una cuestión continental sobre la que cabía un acuerdo, y que éste podría terminar la guerra civil, Lincoln aclaró que Blair había hablado en Richmond de los asuntos de México sin su consentimiento. ¿Por qué —preguntó Stephens— no paraban el Norte y el Sur de pelear entre sí y, juntos, mandaban tropas a México? Lincoln respondió que él empezaría otro conflicto bélico solamente después de arreglar el problema de la Unión. Bien se veía que Lincoln y Stephens —tan parejos en la melancolía y el sufrimiento como desiguales en la complexión física— no llegaban a ninguna conclusión práctica y eficaz. Stephens se había entusiasmado con el pensamiento de que desarrollar en México el proyecto expuesto por Blair a Davis era dar salida a la cuestión entre federales y confederados. Lincoln rechazaba la idea de que en el Río Grande estuviese la puerta de escape del pavoroso conflicto nacional.

La inadmisión por Lincoln de una solución que tuviese por base la guerra en México, solución concebida por Blair y aceptada por Davis y sus principales seguidores, determinó el fracaso de la conferencia de Hampton Roads. Era inútil seguir conversando. Al cabo de cuatro horas, agotados los recursos de la persuasión por ambas partes, los cinco prominen-

tes ciudadanos consideraron llegado el momento de la despedida. Todavía en esta ocasión Stephens volvió a la carga para que Lincoln estudiase la posibilidad de concertar un armisticio con el fundamento de que el Norte y el Sur despacharían una poderosa expedición bélica hacia México al mando de Jefferson Davis. El Presidente, en un esfuerzo por ser amable con su antiguo colega en la Cámara de Representantes, le dijo que pensaría en lo que tanto apasionaba a Stephens, aunque no creía poder cambiar de parecer. En efecto, todos los antecedentes de su vida pública, así los remotos como los recientes, eran contrarios a que él y su país participasen en una empresa destinada, en último término, a desconocer la integridad territorial y la soberanía internacional de un pueblo vecino.

Ligeramente encorvado, como para disimular la diferencia de talla, Lincoln se hallaba frente a Stephens, ya en disposición éste de abandonar el *River Queen*. Lincoln se quedaba con la pena de que él y Stephens nada habían podido hacer entonces por la única y común patria de ambos. ¿Qué le sería posible realizar en el orden personal por su antiguo colega en la Cámara de Representantes? Stephens no sabía de cosa alguna en qué utilizar los servicios que Lincoln le ofrecía, a menos que el Presidente quisiese mandarle a un sobrino que llevaba veinte meses de prisionero en Johnson's Island, en Ohio. Lincoln se alegró con lo que acababa de oír, y le dijo a su colocutor que lo complacería, y le pidió el nombre de su allegado, y escribió esto en una libretita: *John A. Stephens.*

Los comisionados de Richmond estrecharon las manos de Lincoln y Seward y tomaron un bote de remos para trasladarse al barco que los llevaría a sus líneas militares. Simultáneamente se dirigió también a la nave de ellos, en una chalupa, un negro, portador de una cesta de champaña y una nota enviadas por Seward. Los del Sur leyeron el billete y agitaron sus pañuelos. El Secretario de Estado de Lincoln, hablando con auxilio de una bocina de su buque, les dijo que se quedaran con el champaña, pero que devolviesen al negro [16].

8

La conferencia de Hampton Roads dejó la huella de fuertes emociones y la certidumbre de que nada se avanzaba por

16 CARL SANDBURG, *Abraham Lincoln. The War Years,* New York 1943, vol. IV, pp. 37-46.

vías como aquélla hacia el advenimiento de la paz. Pero estaba probado que entre hombres de la calidad de los reunidos en el *River Queen* era posible tratar de las cuestiones más inextricables y delicadas sin descender al desabrimiento ni a la violencia. En Lincoln brillaron, y así solía ocurrir en todos los momentos difíciles de su vida de relación, el inmenso poder de su personalidad, el respeto y el amor a la coexistencia humana, el anhelo de solidar y hermosear las instituciones patrias y la decisión de no malograr los objetivos de sus ideas e ideales interamericanos. En Stephens, Hunter y Campbell se exhibió el deseo de alcanzar una solución que les permitiese salir a ellos y a los demás separatistas, del grave embarazo en que habían caído al pretender la ruina del pacto federal. Lincoln tenía señaladas las bases sobre las cuales debía quedar reconstruída la Unión, y cuanto se saliese de tales fundamentos carecía de capacidad para prosperar.

El Presidente regresó en seguida a Wáshington, donde se hablaba sin cesar de su ausencia y de los peligros de un inmediato arreglo con el Sur. En el Departamento de Estado un miembro del servicio secreto entregó a Seward un escrito. El Secretario lo leyó y lo mostró a Lincoln. El Jefe del Ejecutivo pasó la vista sobre lo que así llegaba a la Casa Blanca. Su silenció fué expresivo. Se denunciaba en aquella nota que la conferencia de Hampton Roads había sido provocada como parte de una trama internacional contra la Unión [17]. ¿Por qué iba a enojarse y a maldecir las horas invertidas en el esfuerzo inútilmente consagrado a discutir la posibilidad de poner fin a la guerra civil sin más efusión de sangre? Todo eso quedaba atrás sin consecuencias desagradables para su causa.

Muy explícito había sido el Presidente en Hampton Roads respecto de la limitación de sus facultades para tratar de la terminación de la guerra civil por un medio que no fuese el de la deposición de las armas por el Sur: expresa y respetuosamente se había referido a las atribuciones del Congreso. Sin embargo, en las regiones dominadas por su gobierno circulaban graves suposiciones e imputaciones contra él. Las principales ciudades de la Unión eran hervideros de pasiones. En Wáshington se discutía con excesivo ardor en torno a lo tratado por Lincoln con Stephens, Hunter y Campbell. Las sospechas adquirieron expresión oficial en el Capitolio.

[17] JAY MONAGHAN, *Diplomat in Carpet Slippers. Abraham Lincoln deals with Foreign Affair,* Indianapolis-New York, 1945, p. 404.

Como movidos por el mismo resorte, el Senado y la Cámara de Representantes se ocuparon en indagar lo que Lincoln había dicho, hecho y prometido en Hampton Roads. En ambas ramas del Congreso se propuso el 8 de febrero de 1865 la adopción de resoluciones encaminadas a obtener amplia información sobre misteriosas actividades del Poder Ejecutivo. La iniciativa del Senado se refirió a conversaciones y comunicaciones, bajo los auspicios del Presidente, con ciertos rebeldes, mencionando especialmente a Jefferson Davis. El documento de la Cámara aludió a negociaciones de paz y señaló la conferencia celebrada en Hampton Roads por el Jefe de la Nación y su Secretario de Estado con Stephens, Hunter y Campbell. Los dos cuerpos colegisladores acordaron pedir al Presidente que les informase sobre lo ocurrido en relación con asuntos de tanta importancia [18].

La Unión era como una grande empresa que tenía por principal gerente a Lincoln y por finalidad una misión histórica hacia la que necesitaba avanzar sin vacilaciones ni treguas. El Congreso podía demandar del Presidente el envío de datos acerca de actividades que daban lugar a juicios de varia índole, y así lo hizo resueltamente. Pero el Congreso no descuidaba el cumplimiento de su deber de mantener la normalidad institucional, y con toda puntualidad contó los votos obtenidos por los candidatos a las dos primeras magistraturas. Para el cuatrienio que comenzaría el 4 de marzo de 1865 fueron declarados Presidente y Vicepresidente, respectivamente, Abraham Lincoln, de Illinois, y Andrew Johnson, de Tennessee. Una comisión del Congreso notificó a Lincoln el resultado del escrutinio. El Presidente dijo en esta ocasión algunas palabras. Aceptó con profunda gratitud para sus compatriotas la demostración de confianza que recibía. No ocultó su temor acerca de su habilidad para cumplir obligaciones ineludibles, cuya dificultad se aumentaba por la existencia de evidentes peligros. Sin embargo, a la fe de que era depositario él añadía la suya en la fuerza del gobierno libre de los Estados Unidos, en la lealtad de su pueblo a los principios justos sobre los cuales se encontraba fundada la República y en la sabiduría del Supremo Regidor de las naciones [19].

Con diligencia digna de su elevada autoridad el Presidente atendió la solicitud de datos del Senado y de la Cámara de

[18] *The Congressional Globe,* Washington, D. C., February 10, 1865.

[19] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. XI, p. 10.

Representantes sobre las conversaciones y comunicaciones que habían culminado en la conferencia de Hampton Roads. Con sendos mensajes de 10 de febrero de 1865 envió a ambos cuerpos colegisladores copias de lo escrito con motivo de las frustradas gestiones de paz [20]. La sospechas echadas a andar en el ámbito nacional carecían de razón de ser. Las intrigas fraguadas por los adversarios internos de Lincoln quedaron sepultadas bajo la fiel y verídica versión de los trámites de un esfuerzo conciliador en el que el Jefe del Ejecutivo había puesto, más que fe, el sentido de su responsabilidad como conductor de un pueblo que a diario perdía sangre y vidas en una lucha sin ejemplo.

A su regreso de Hampton Roads, casi sin descansar, Lincoln ordenó que fuese situado en Wáshington el teniente confederado, prisionero de guerra, John A. Stephens, el sobrino de Alexander H. Stephens. De acuerdo con lo prometido a éste, el Presidente puso a John A. Stephens en el camino del Sur. Le entregó una carta para su tío. Abraham Lincoln solicitó de Alexander H. Stephens que escogiese y despachase hacia el Norte a un oficial federal que en Richmond se hallase privado de libertad y que necesitase recobrarla urgentemente por sus condiciones físicas [21]. Un canje de cautivos tan sencilla y rápidamente concluído era algo de lo poco fructuoso dado por la conferencia celebrada en el *River Queen*.

Entre la iniciativa del viejo Francis P. Blair para negociar la paz con el Sur y los últimos vestigios de la conferencia de Hampton Roads se había producido uno de los sucesos de mayor trascendencia en la historia de la Nación. El Congreso y el Presidente acababan de trasladar a la voluntad y jurisdicción de las Legislaturas de los Estados la enmienda constitucional abrogatoria de la esclavitud. La guerra civil podría durar más o menos tiempo, pero terminaría con el triunfo de la Unión. Uno de los acontecimientos concordantes con tamaña victoria era el advenimiento de la libertad para todos los hombres y todas las mujeres que poblaban y poblasen las tierras de los Estados Unidos de América, sueño elevado a realidad bajo el pensamiento y la acción de Abraham Lincoln.

20 *Ibid.*, pp. 10-32.
21 *Ibid.*, p. 32.

Capítulo XXII

CARIDAD PARA TODOS

With malice toward none; with charity for all; with firmness in the right, as God gives us to see the right, let us strive on to finish the work we are in...

ABRAHAM LINCOLN.

1

El hecho de haber ratificado el pueblo de los Estados Unidos su confianza en Lincoln por medio de los comicios produjo efectos universales. Fueron muchos los agregados sociales que manifestaron intenso contento por la decisión con que la Unión mantenía la libertad republicana, de la que el propio Lincoln quería hacer beneficiarios a cuantos pisaban el suelo del país por él regido. Las expresiones salidas de Londres con motivo de la reelección de Lincoln constituyeron una excelente prueba, y no fué la única, del alcance ecuménico del fenómeno políticosocial triunfante en la América de habla inglesa. Pero no tuvo menos importancia la actitud del Presidente con ocasión de lo que se pensaba fuera de la Unión acerca del movimiento ascensional por él conducido.

Cortésmente agradeció Lincoln los mensajes de felicitación que le habían enviado los trabajadores y alteradores or-organizados con carácter internacional y la sociedad antiesclavista existente en Londres. Estos grupos se hallaban constituídos, respectivamente, por proletarios y burgueses. Cada uno de ellos, al dirigirse al Presidente, había usado el lenguaje adecuado a sus orígenes, composición y aspiraciones. Por su parte, Lincoln, al corresponder a deferencias provenientes de tan lejos, no empleó el mismo tono. A los altruístas procuradores de los siervos, fuese el que fuera el lugar donde los hubiese, contestó con la circunspección, rayana en sequedad, ex-

hibida en su carta de felicitación. A los obreros y pensadores que ambicionaban la redención de los oprimidos, cualesquiera que fuesen la índole y el grado de su desgracia, escribió en tono llano y cordial, como cordial y llano había sido el tono de su expresión de júbilo ante la feliz novedad que, reteniendo al libertador en la Casa Blanca, permitía esperar la prosecución de los entonces recientes avances políticosociales de la vida norteamericana. El contraste entre estas dos manifestaciones de los sentimientos de Lincoln no dejó de llamar la atención de Inglaterra [1].

De relativa importancia fué lo externo de la comunicación de Lincoln con los que desde afuera seguían sus pasos. El acento de sus expresiones, en éste como en otros casos, era un simple empalme de sus afecciones con las afecciones ajenas por él inspiradas. Lo sustancial radicó en la precisión con que expuso algunas de sus ideas fundamentales. El repúblico que tanto había trabajado y trabajaba aún por salvar a su nación miraba hacia los demás pueblos sin ánimo de ingerencia, pero con la esperanza de que su esfuerzo y el esfuerzo de sus seguidores contribuirían a elevar los valores humanos en todo el Mundo.

La respuesta de Lincoln a la Asociación Internacional de Trabajadores comprendió claras afirmaciones. El Presidente acogió las palabras de los obreros manuales e intelectuales de Europa con el firme y sincero propósito de mostrarse digno de la confianza que habían depositado en él sus conciudadanos y le manifestaban en todo el Mundo los amigos del progreso. Tenía la convicción de que la política de su gobierno no era ni podría ser reaccionaria. Pero persistía en el plan, adoptado desde el principio de su administración, de abstenerse de toda propaganda exterior o intervención ilegítima. Se proponía seguir siendo justo y equitativo con los demás pueblos, seguro de que tal conducta habría de procurarle el apoyo de su país y la buena voluntad universal. A su entender, las naciones debían vivir no sólo para sí, sino para promover el bienestar y la dicha del género humano por medio de edificantes ejemplos y benévola comprensión. Por lo mismo, en su lucha con los insurgentes del Sur, él consideraba que su causa era la de cuantos aspiraban a sanear y mejorar los intereses colectivos. Fuertemente estimulado a perseverar en sus empeños se sentía cuando el testimonio de los trabajadores de Europa le demos-

[1] K. MARX-F. ENGELS, *Correspondance*, París, 1934, vol. VIII, p. 152.

traba que la actitud adoptada por el Norte contaba con su inteligente aprobación y sus profundas simpatías [2].

La naturaleza de la Asociación Internacional de Trabajadores y las tendencias de sus animadores habían constreñido a Lincoln a producirse con absoluta franqueza. Los términos de la nota publicada en Londres dejaron saber a Europa que el estadista poseía cabal conciencia de sus responsabilidades ante la Nación y ante el Mundo. La Unión no se inmiscuía en los asuntos interiores de los demás países. En cambio, su máximo conductor opinaba que ella cumpliría el deber de coadyuvar a la prosperidad y felicidad universales observando una conducta limpia y generosa. De cómo se pensaba en los Estados Unidos había ya buena noticia al otro lado del Atlántico. En Inglaterra se veía confirmado lo dicho por Henry Ward Beecher en defensa de la causa de Lincoln. Y era el propio Lincoln quien facilitaba el conocimiento exacto de su modo de apreciar la convivencia de hombres y pueblos.

2

Las relaciones internacionales que reclamaban el estudio de Lincoln tenían en febrero de 1865 su punto más delicado en México, Por supuesto, mencionar a México era entonces aludir a Francia. A la vista se hallaban los manejos de Napoleón III para inventar el imperio de Maximiliano y sacar provechos territoriales y mercantiles de su intervención en la vida pública del Nuevo Mundo.

Un intento que entrañaba una grave violación de la Doctrina de Monroe fué denunciado por el Ministro de México en Wáshington al Secretario de Estado de la Unión. Matías Romero dió a conocer a Seward el avance de negociaciones por medio de las cuales México, el México monárquico, podría llegar a transferir a Francia, a la Francia de Bonaparte, la soberanía de los Estados de Tamaulipas, Nuevo León y Coahuila, parte de los de San Luis Potosí, Zacatecas, Durango y Chihuahua, casi todo el de Sonora y la península de la Baja California. A cambio de esta cesión, y como para justificarla, Francia quedaría obligada a determinadas prestaciones: a) establecería en el suelo que deseaba adquirir una colonia militar encargada de proteger al imperio de Maximiliano contra ata-

[2] *The Times,* London, February 6, 1865.

ques procedentes de los Estados Unidos; b) cancelaría la deuda cuyo pago reclamaba a México; c) facilitaría el ingreso de trescientos millones de francos en el tesoro del Imperio de Marimiliano [3]. El proyecto de que habló Romero tenía mayores dimensiones que el aconsejado a Napoleón III por William M. Gwin, el ex senador por California, y podía ser fuente de honda inquietud para Lincoln.

Con motivo del plan destinado a traspasar a Francia considerable porción de territorio mexicano, según la denuncia hecha por Romero, Seward dió instrucciones a John Bigelow, que se hallaba al frente de la representación diplomática de la Unión en París, para que advirtiese al gabinete de Napoleón III que la proyectada cesión o la creación de un gravamen sobre la riqueza minera de Sonora serían vistas con desagrado por la Unión. El lenguaje del Secretario de Estado de Lincoln debió ser más severo. Pero los días de febrero de 1865 eran de apaciguamiento en Wáshington. Seward no sólo usó frases comedidas refiriéndose a una grave amenaza para la Doctrina de Monroe y para categóricas ideas del Presidente acerca de la integridad territorial de las naciones latinoamericanas: también explicó la actitud de su gobierno respecto de posibles actividades bélicas en México. Por si Francia daba crédito a las noticias referentes al proyecto de suspender o terminar la guerra entre el Norte y el Sur por medio de una acción combinada de tropas de ambas secciones contra las que Bonaparte mantenía en México, Seward expresó que Lincoln prefería llegar al fin de la contienda civil por los procedimientos ya pautados, y hasta entonces seguidos, en no interviniendo algún poder extranjero en favor de los rebeldes [4].

El descenso de la fortuna de los confederados llevó a Napoleón III a la conclusión de que convenía a sus propósitos mostrarse condescendiente en sus relaciones con los Estados Unidos. En febrero de 1865 ya el Emperador había abandonado la esperanza de que la Unión fuese derrotada. El fracaso de la secesión lo obligaba a soterrar sus malignos deseos acerca de la causa de Lincoln. Comprendía que México seguía siendo un punto peligroso para la amistad de Francia con los Estados Unidos, y decidió usar las formas amables como me-

[3] [MATÍAS ROMERO], *Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la intervención extranjera, 1860-1868,* México, 1871, vol. V, pp. 45-47.

[4] JAMES MORTON CALLAHAN, *American Foreign Policy in Mexican Relations,* New York, 1932, p. 299.

dio idóneo para no empeorar la situación de los intereses que pretendía fomentar bajo el maltrecho reinado de Maximiliano [5].

Las negociaciones entre los imperios de Luis Napoleón y Maximiliano a que se refirió Romero en nota dirigida a Seward encerraban enorme gravedad. ¿Existían realmente? ¿Tenían relación con la maniobra, puesta en conocimiento de Lincoln a su regreso de Hampton Roads, según la cual se elaboraba una alianza de Europa con la Confederación? ¿Fué por esto por lo que Seward advirtió a Bigelow que Lincoln no se apartaría de las normas que había adoptado para precipitar el acabamiento de la guerra civil mientras algún poder extraño no osase ayudar a los insurgentes? Cualesquiera que fuesen los temores y realidades de aquel momento, resultaba embarazoso para Lincoln todo lo que contribuyese a enervar las razones por él exhibidas para oponerse al envío de tropas norteamericanas a México.

La situación ventajosa de los intereses públicos regidos por Lincoln iba solidando el prestigio internacional de la Unión. Esto era perfectamente visible en lo que dependía de la Gran Bretaña, Francia y España, las tres potencias europeas confabuladas en 1861 para vulnerar la Doctrina de Monroe prevaliéndose de las inmensas dificultades nacionales afrontadas por el Presidente. Londres había dispensado sus simpatías oficiales al Sur, y trataba al Norte con los debidos respetos. París había sido cuna de las maquinaciones antiamericanas culminantes en la introducción del régimen monárquico en México, y estaba decidido a cultivar amablemente la amistad con Lincoln. Madrid había facilitado a los secesionistas el aprovechamiento de Cuba para burlar la persecución de las naves de la Unión, y mostraba extraordinario deseo de no aparecer como favorecedor del Sur. El gabinete de Isabel II, en el tratamiento de casos concretos, procedió con anhelo conciliador, que evidenciaba, más que su propia inclinación, la nueva política de las monarquías del otro lado del Atlántico para con la república de Lincoln. España adoptó enérgicas medidas para evitar que el buque confederado *Stonewall,* surto en El Ferrol, pudiese sacar beneficios de su paso por aquellas aguas [6]. La rectificación de la conducta de la Gran Bretaña, Francia y España respecto de los Estados Unidos redundaba en minora-

5 *Ibid.,* pp. 299-300.
6 JERÓNIMO BÉCKER, *Historia de las relaciones exteriores de España durante el siglo XIX,* Madrid, 1924, vol. II, pp. 617-618.

ción de los quebrantos y las amenazas que sufrían los países latinoamericanos que excitaban los apetitos de tierras y dominación de lo poderosos de Europa.

En la América latina se comprendía claramente la trascendencia de los acontecimientos en cuya elaboración tanto había influído e influía Lincoln. La opinión de los republicanos de México, una de las naciones del Hemisferio Occidental afligidas por la intervención europea, se manifestó por la pluma de uno de los principales colaboradores de Juárez.. Un ministro suyo, José M. Iglesias, escribió que, acaso con la sola excepción de Guatemala y del Ecuador, repúblicas gobernadas por hombres acusados de traición a la patria, los pueblos del Nuevo Mundo sentían y desarrollaban con creciente vigor el anhelo de oponerse a toda agresión de Europa a América, convirtiendo la Doctrina de Monroe en sabio principio de derecho público de este medio globo [7].

3

Por una proclama del 17 de febrero de 1865 el Presidente convocó al Senado de los Estados Unidos para que se reuniese en el Capitolio a las doce horas del 4 de marzo. El 4 de marzo se inauguraría el nuevo período presidencial. Lincoln continuaría en la Casa Blanca por deliberada y explícita voluntad de su pueblo. Muchos eran los que en Wáshington y en el resto de la Nación esperaban que ese día el Jefe del Ejecutivo hablase para todos sus compatriotas. Los diplomáticos acreditados cerca de su gobierno eran más ambiciosos en su expectación; presumían que las palabras que el encumbrado magistrado iba a pronunciar con ocasión de su segundo juramento entrarían en la órbita de lo universal.

El choque de las armas favorecía de hora en hora a la Unión. A mediados de febrero de 1865 la captura de Colombia y la de Charleston, en la Carolina del Sur, destacaron la eficacia de la campaña de Sherman entre mortíferos pantanos y ciénagas. La evacuación de Charleston por los confederados fué un suceso doblemente significativo para Lincoln. La importancia del suceso en sí mismo iba acompañada de la magnitud de la pérdida para el Sur de uno de los baluartes que

[7] JOSÉ M. IGLESIAS, *Revistas históricas sobre la intervención francesa en México,* México, 1869, vol. III, pp. 163-164.

había usado desde el principio de la guerra civil con el designio, ya frustrado, de romper el pacto federal. En la caída de Charleston, al cabo de tres años y diez meses de la conflagración nacional y de más de quinientos días de asedio a la ciudad, Lincoln vió brillar de nuevo el astro benigno de los grandes valores políticos y morales de que él era custodio por necesidad ineluctable.

La tarea de reconstruir la Nación mediante el señorío de las leyes y de la seguridad individual no era descuidada por Lincoln en momento alguno. En tanto la contienda feral entre el Norte y el Sur se desenvolvía en forma feliz para la Unión urgía robustecer en el seno de ésta la confianza en su capacidad para sostener el gobierno propio. Con motivo de la alteración del orden público en Missouri el Presidente fijó en 20 de febrero de 1865 conceptos capitales. En Missouri no existían a la sazón fuerzas militares enemigas. Pero en Missouri vidas y propiedades eran destruídas. Semejante estado de cosas no podía continuar. Cada hombre exento de la inclinación al robo o al asesinato debía contribuir al restablecimiento de la normalidad. Así tenía que pensar la mayoría de los ciudadanos en las distintas localidades. Por consiguiente, procedía dejar que los que de esta manera discurrían se reuniesen libre y frecuentemente para que se comunicaran sus pareceres y la mutua fe en el futuro de la Nación. Era esencial que cuantos alentaban la idea de conservar las instituciones patrias trabajasen en común con prescindencia de discrepancias producidas por cualesquiera otras intenciones. Lincoln consideraba víctimas de la opresión a las personas que en Missouri eran atacadas por alteradores de mala ley, falsos servidores de los intereses de la Unión, y esperaba que en los mitines indicados ellas reanudarían antiguas amistades y alcanzarían los favores de la caridad cristiana [8]. Con mucha caridad cristiana, con tanta como la que él sentía y practicaba, quería este político salir de una pavorosa guerra civil y acendrar la vida nueva de los Estados Unidos.

El Presidente notaba con regocijo el parejo avance de sus armas y de sus ideas. En los momentos en que los federales consumaban la toma de Wilmington, en la Carolina del Norte, la Legislatura de Tennessee inició la tarea de ratificar la

8 JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. XI, pp. 38-39.

enmienda constitucional votada por el Congreso y aprobada por Lincoln para abolir total y absolutamente la esclavitud. Aquello fué algo así como un privilegio para el Estado de donde había salido el Vicepresidente electo, Andrew Johnson. tan duramente hostigado en tiempos idos por los secesionistas. El suceso políticosocial de Tennessee tenía precedentes. Arkansas había abrogado la esclavitud, aunque limitando a los blancos los derechos electorales. Maryland había dado otro paso adelante al incluir la supresión de la servidumbre en la constitución adoptada con el concurso de la voluntad popular. Arkansas y Maryland habían obrado bajo la influencia del ejemplo dado por el emancipador. Tennessee tomó su decisión obedeciendo los dictados de aquellas conciencias que comprendían la necesidad, no menos cívica que humana, de secundar por las vías legales la obra redentora por Lincoln acometida en un angustioso momento de la existencia nacional y proseguida al columbrar la victoria de su causa.

Con ansiedad el Presidente examinaba la disposición del país para enfrentar las tareas de la reconstrucción. En 27 de febrero de 1865 telegrafió al gobernador de Missouri. El acongojado compartía con los buenos ciudadanos de Missouri los sufrimientos causados por gente colocada fuera de la ley [9]. Esto ocurría en el aspecto moral de la restauración nacional. En el orden material la obra por realizar era inmensa, como pudo apreciarse por el importe —más de dos mil millones de dólares— de la deuda pública [10].

4

Parecía hallarse muy lejos aquel día, cuatro años atrás, sin un minuto más ni un minuto menos, en que el gigantesco y melancólico hombre venido de Illinois había jurado desempeñar lealmente las obligaciones del cargo de Presidente de los Estados Unidos. La multitud y gravedad de los sucesos nacionales daban al tiempo mayores dimensiones. El pueblo había querido que el más elevado de sus mandatarios continuase dirigiéndolo en las inciertas circunstancias creadas por la guerra civil. El afán de salvar la Unión demandaba aún trabajo y desasimiento sin tasa.

9 *Ibid.*, pp. 41-42.

10 J. A. SPENCER, *History of United States*, New York, vol. IV, p. 516.

En el frontispicio oriental del Capitolio, en la ciudad de Wáshington, a mediodía del 4 de marzo de 1865, Abraham Lincoln se encontraba delante del Presidente de la Corte Suprema de los Estados Unidos. La espera no duró mucho. El encumbrado juez tomó al elegido por la voluntad popular el juramento de que en el cuatrienio que entonces se iniciaba sería defensor de las instituciones de su país. Esta ceremonia nada tenía de nuevo para los que cada cuatro años, el 4 de marzo, acudían al ya histórico lugar a presenciar una bella manifestación de la libertad y la democracia republicanas. Lo singular el 4 de marzo de 1865 podía estar en unas hojas de papel que Lincoln empezó a leer ante una muchedumbre compuesta de miembros del Congreso, funcionarios judiciales y ejecutivos, diplomáticos ávidos de escuchar palabras dignas de ser trasmitidas a su gobierno y ciudadanos para quienes el azaroso porvenir de su patria estribaba en lo que allí, y en aquellos instantes, se dijese por quien legítimamente representaba a la Nación.

Al presentarse por segunda vez a prestar el juramento de oficio, el Presidente creía tener menos motivos que en la ocasión pasada para explayarse. En 1861 había sido muy del caso entrar en pormenores sobre la política que había de seguirse desde la Casa Blanca. Poco de nuevo podía expresar a la expiración de cuatro años, durante los cuales había hecho declaraciones sobre cada punto y cada frase de la terrible lucha que aún absorbía la atención y ocupaba las energías de la Nación. El progreso de las armas federales, de lo que todo en aquel momento dependía principalmente, era tan conocido por los demás como por el propio orador. Este progreso era igualmente satisfactorio para el país y para su primer magistrado. Con grandes esperanzas para el futuro inmediato, ninguna predicción convenía aventurar.

En análoga coyuntura, hacía cuatro años, todos los ánimos estaban inquietos ante la perspectiva de una guerra civil. Todos la temían, y todos trataban de evitarla. Mientras en el frontispicio oriental del Capitolio el Presidente pronunciaba el discurso inaugural, exclusivamente consagrado a salvar sin guerra a la Unión, los agentes de los rebeldes andaban por Wáshington buscando la manera de destruir la Unión sin guerra, y tratando de disolver la Unión, y pretendiendo dividir la Unión mediante una negociación. Ambas partes condenaban la guerra. Pero una de ellas quería antes la guerra que dejar sobrevivir a la Nación mientras que la otra aceptaba

el conflicto antes que dejarla perecer. Y la guerra sobrevino.

Un octavo de la población nacional en 1861 se componía de esclavos de color, no diseminados por toda la Unión, sino situados en el Sur de ella. Estos esclavos constituían un especial y poderoso interés. Unánimemente se reconocía que este interés era de algún modo la causa de la temida guerra. Fortificar, perpetuar y extender este interés era el objeto por el cual los partidarios de la secesión se hallaban dispuestos a romper la Unión con la guerra a la vez que el Gobierno sólo pretendía restringir la expansión territorial de tal interés.

Ninguno de los bandos en discordia se imaginó en 1861 la magnitud ni la duración que alcanzaría la lucha. Nadie previó que habría de cesar la causa del conflicto antes de que el propio Presidente cesase. Cada quien iba tras un fácil triunfo y resultados menos fundamentales y sorprendentes que los ya logrados en 1865. Ambos contendores leían la misma Biblia y elevaban sus preces al mismo Dios, cuyo auxilio invocaba el uno contra el otro. Parecía extraño que hubiese hombres que imploraran la ayuda de Dios para obtener su pan con el sudor de los rostros de otros hombres. Pero el Presidente no quería juzgar a los demás, a fin de que él y sus seguidores no fuesen juzgados. Las súplicas de las dos secciones del país no podían ser oídas, y las de ninguna de ellas lo eran por completo.

El Todopoderoso siempre tuvo juicios propios. ¡Ay de aquel por quien el escándalo viniese! ¿Habría que suponer que la esclavitud en los Estados Unidos era un nuevo escándalo dispuesto por la providencia de Dios? ¿Quería ya el Omnipotente hacer desaparecer tal escándalo, por haber pasado su tiempo, y dar al Norte y al Sur una terrible guerra como el castigo debido a aquellos por quienes el escándalo había venido? ¿Se hallaría presente la confirmación de algo de aquello que los creyentes en un Dios vivo estaban siempre dispuestos a atribuirle? El orador ardientemente esperaba —fervientemente rogaba— que terminase pronto el horrendo azote de la guerra. Sin embargo, si Dios quería que la riqueza acumulada por el labrador durante dos y medio siglos de trabajo sin descanso se hundiese hasta que cada gota de sangre arrancada por el látigo fuera rescatada por una gota de sangre derramada por la espada, como había sido dicho hacía tres mil años, eso habría que repetir entonces, en 1865, en los Estados Unidos

de América, a fin de que los juicios del Señor fuesen a la vez verdaderos y justos.

Sin malicia para nadie, con caridad para todos, con firmeza en el derecho, en cuanto Dios le permitiese ver la justicia, el Presidente seguiría tarbajando para terminar la obra que él y sus compatriotas tenían entre manos. Había que curar las heridas de la Nación, y cuidar al guerrero, y velar por la viuda y los huérfanos del caído en el campo de batalla, y hacer todo lo factible para asegurar una justa y duradera paz entre todos los norteamericanos y con todas las naciones [11].

Así habló Lincoln a sus compatriotas, y a sus contemporáneos del resto del Mundo, y a la posteridad, el 4 de marzo de 1865. Acababa de advertir que no podía entonces decir tanto como había dicho hacía cuatro años. Ciertamente, en el discurso del 4 de marzo de 1861 había explicado un conflicto sin precedentes en su país y justificado una conducta —su propia conducta— cargada de responsabilidades, afrontadas con sereno coraje y profunda sabiduría. Pero la oración del 4 de marzo de 1865, tras una brevísima recapitulación de las causas, las razones, los pretextos y las vicisitudes de la guerra civil, estaba destinada a divulgar, en lenguaje de miles de años atrás, las sencillas y conmovedoras ideas de un hombre que juntaba en sí condiciones de profeta, apóstol y redentor.

La Nación y el Mundo comenzaron a saber el 4 de marzo de 1865 lo que Lincoln les prometía para su nuevo período presidencial. No había querido ni quería él la guerra, terrible azote sufrido por su patria. Pero la justicia se hallaba por encima de la inclinación de su espíritu. El conflicto subsistía no obstante haber desapaercido ya la esclavitud, causa del propio conflicto: desenlace absolutamente imprevisto por cuantos habían pretendido en vano evitar la conflagración que a todos envolvía. Estaba dicho por Jesús a sus discípulos: era inevitable que hubiese escándalos, mas ¡ay de aquel por quien viniesen! Si tal era la voluntad de Dios, habría que continuar rescatando gota por gota, con la espada emancipadora, la sangre derramada por el látigo de la esclavitud. Al cabo, los juicios del Señor serían ciertos, con el constante y perpetuo acatamiento de los hombres, en los Estados Unidos. Para llegar a tanto debían los patriotas seguir trabajando con caridad para todos. Y el primero en trabajar con caridad para todos, amando infinitamente al prójimo, era Abraham Lincoln.

11 JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. XI, pp. 44-47.

El ciudadano a quien se había querido privar del derecho y del honor de gobernar a todos sus compatriotas iba atrayendo —de grado o por fuerza, pero, al cabo, por la fuerza de su caridad tanto como por la fuerza de sus armas— a los descarriados. Su destino le tenía asignada función mayor. Valores morales por él amparados y defendidos no eran exclusivamente de los Estados Unidos: eran de toda América. Y América entera, a lo largo y a lo ancho de su continente y sus islas, comprendía que formaba parte del patrimonio hemisférico, perteneciente a todos los pueblos del mundo de Colón, lo mejor de la obra del caudillo político y del reformador social.

El conde de Pozos Dulces se fatigaba afanosamente escribiendo artículos para *El Siglo,* el periódico de La Habana, sobre la trascendencia de la política de Lincoln. Bajo un régimen colonial sin nexos de igualdad con la Metrópoli, en el que el censor de imprenta era uno de los principales funcionarios públicos, Pozos Dulces se valía de los buenos recursos de su talento para hablar con encomio a los cubanos de lo que Lincoln iba adelantando en la república vecina. En las páginas de *El Siglo* aparecía expresada con notoria frecuencia la opinión de que el triunfo de la Unión, en su lucha contra la secesión y la esclavitud, era signo de prosperidad y libertad para todo el Hemisferio Occidental [12].

El pensamiento de Benjamín Vicuña Mackenna afinó el juicio de la América latina sobre Lincoln. Vicuña Mackenna estimaba que el nombre del emancipador era para los pueblos de la América del Sur, especialmente para Chile, el emblema más conspicuo de las instituciones democráticas adoptadas en la mayor parte de las naciones del Nuevo Mundo. Por esta misión ímproba tan noblemente cumplida, no menos que por las elevadas condiciones de su personalidad, Lincoln se hallaba colocado en la opinión de la patria chilena a la altura en que los fundadores de la Nación habían contemplado la figura de George Wáshington, sin disputa el verdadero iniciador de la independencia global de las tierras americanas [13].

Por haber utilizado grupos de enemigos de la Unión el territorio del Canadá para desarrollar planes subversivos, las relaciones del régimen de Lincoln con el vecino del Norte,

12 *El Siglo,* La Habana, 1865.

13 BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA, *Discursos Parlamentarios,* Universidad de Chile, 1939, vol. I, p. 732.

como con la metrópoli del mismo, no fueron cordiales durante la mayor parte de la guerra secesionista. La situación empezó a suavizarse en los albores de 1865. El 8 de marzo el Presidente dispuso que dejaran de aplicarse al Canadá las medidas dictadas para que no se permitiese la entrada de viajeros sin pasaportes en los Estados Unidos. La resolución de Lincoln se fundó en una información recibida en Wáshington, la que daba suficientes razones para esperar de las ramas ejecutivas y legislativas del Canadá actos propios de un país amigo [14].

Acababa de iniciarse el segundo período presidencial de Lincoln cuando Seward insistió en hacer llegar a París el conocimiento exacto de la posición definitiva de los Estados Unidos respecto de Francia, la empresaria del ensayo monárquico introducido en México. La política de los Estados Unidos acerca de México era la del Presidente. Esta política seguía invariable. Francia decidiría sobre sus relaciones con la Unión. Una guerra entre ambas potencias sería de fabricación europea. Los Estados Unidos se defenderían en viéndose asaltados en su propio territorio. En ninguna otra parte atacarían a nadie. Por lo demás, ante las diligencias de Maximiliano para que Lincoln lo reconociese emperador de México, la posición del Presidente no dejó lugar a dudas. El gobierno de Lincoln mantenía trato diplomático amistoso con el de Juárez, y con este hecho era incompatible la admisión oficial u oficiosa de representantes o agentes de un régimen creado para eliminar el que en Wáshington se tenía por legítima expresión de la voluntad del pueblo mexicano [15].

6

La blandura de Lincoln en la consideración de las cuestiones de guerra y gobierno estaba inspirada en sentimientos dirigidos al logro del bienestar público. No había en su actitud nada de pusilanimidad, debilidad, doblez o abandono de deberes y derechos. La conmiseración que él sentía por los desgraciados y afligidos se detenía en el mismo lugar donde empezaba el interés nacional. El Presidente sabía que la reconstrucción de su patria demandaba la armónica concurrencia de

14 JULIUS W. MULLER, *Presidential Messages and State Papers,* New York, 1917, pp. 2015-2016.

15 JAMES MORTON CALLAHAN, *American Foreign Policy in Mexican Relations,* New York, 1932, p. 301.

la libertad y el orden. Su misericordiosa doctrina de perdón y olvido no excluía el señorío de la justicia.

El Congreso, celoso de la conservación de sus atribuciones, llevaba dadas abundantes pruebas de su capacidad. El Senado y la Cámara de Representantes habían conducido los problemas nacionales con elevación de miras. En ambas ramas del Poder Legislativo los deseos, iniciativas y actos de Lincoln habían sido y eran examinados cuidadosamente. La voluntad ejecutiva no tenía en el Capitolio el valor de una orden. A esto se oponía, no menos que el decoro del propio Congreso, el carácter del Presidente. Los senadores y representantes adversarios de la Casa Blanca procedían en el Capitolio, en el ejercicio de sus prerrogativas parlamentarias, con absoluta libertad, sin que el estado de guerra, aún siendo civil, fuese causa apreciable para enervar tales derechos. Lincoln, diputado por Illinois, había robustecido la convivencia de los poderes de la Nación sobre la base del recíproco respeto: su no olvidado discurso en la Cámara con motivo de la guerra llevada por James K. Polk a México, por él calificada de innecesaria e inconstitucional, había exaltado la real e inalterable existencia de las instituciones políticas de su patria. Lincoln, primer funcionario ejecutivo de la República, adecuaba sus relaciones con el Congreso al criterio exhibido cuando había sido miembro de este órgano de la Unión.

En lo substancial coincidían sin mayor dificultad el Presidente y el Congreso. El feliz concierto se había manifestado en horas de angustia y peligro para la Unión. Era natural que la armonía reapareciese para eliminar embarazos que se presentaban en las filas de los leales. El Congreso compartió con el Presidente la opinión de que era necesario aplicar reglas especiales a los desertores del servicio armado de los Estados Unidos.

En una proclama del 11 de marzo de 1865 Lincoln puso en ejecución lo acordado por el Congreso respecto de los desertores. Los requirió para que regresaran a sus puestos. Les notificó que, en volviendo al servicio o presentándose a sus respectivos mariscales prebostes dentro de los sesenta días siguientes al de la fecha de aquella proclama, serían perdonados, aunque con la obligación de portar las armas por lo restante del período para que habían sido alistados y por uno igual al perdido por la deserción[16]. Esta sencilla providencia

16 JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln, Memorial University, vol. XI, pp. 51-53.

tuvo más importancia moral que material: por ella el Presidente, en obedecimiento a sus pías inspiraciones y a lo votado por el Congreso, demostró la sinceridad efectiva de los principios bajo cuya protección él quería asegurar una justa y duradera paz entre todos sus compatriotas.

Thurlow Weed expresó a Lincoln la satisfacción que le había producido el conocimiento de los discursos presidenciales: el 9 de febrero, relativo a la notificación congresional de su elección, y el 4 de marzo, pronunciado en la inauguración de su nuevo período administrativo. El Jefe del Ejecutivo no ocultó la complacencia con que recibía esa manifestación de aprecio y admiración. Como todo hombre inclinado a sanear y embellecer los valores morales, él se sentía honrado con el aplauso de sus semejantes. Aquel encomio, tan particular e íntimo, le movió a obsequiar a Thurlow Weed con una confesión muy instructiva.

Buen juez de sí mismo, Lincoln consideró su discurso de 4 de marzo superior al de 9 de febrero. Once días después de haberlo leído en el frontispicio oriental del Capitolio —tan intensos eran los acontecimientos— ya podía aquilatar el mérito y la trascendencia de sus palabras. Creía que aquella breve oración alcanzaría su efecto mejor que cualquier otra cosa que él hubiese producido. En cambio, pensaba que no sería popular inmediatamente. ¿Por qué dudaba? Dudaba porque se preciaba de conocer a los hombres. Tenía por seguro que a los hombres no les agradaba que se hablase de diferencia entre las intenciones del Todopoderoso y las de ellos. Negar esto, negar la disimilitud entre los propósitos divinos y los humanos, era negar —subrayó el Presidente— la existencia del Supremo Gobernador del Mundo. Quien no la negaba había estimado necesario referirse a ella en una oportunidad excepcional. Cualquiera que pudiese ser la humillación contenida en la expresión de tamaña verdad, sobre él directamente recaía. Y esperaba que esto bastaría para que los demás viesen con benevolencia y comprensión su actitud espiritual [17]. Su actitud era la correspondiente al estado de alma de un esclarecido y encumbrado varón que se daba por satisfecho y muy enaltecido hallándose a los pies de Dios.

El discurso pronunciado por Lincoln en la consagración del cementerio nacional de Gettysburg había creado una doctrina: la doctrina de Gettysburg. La oración inaugural de su

17 *Ibid.*, p. 54.

segundo período presidencial dejaba anunciado el predominio de un principio: el principio que aspiraba a reordenar a un pueblo política y socialmente con caridad para todos. Aquella doctrina y este principio eran parte de la obra del magno reformador. Con caridad para todos, sin malicia para nadie, deseaba Lincoln terminar su obra. Y su obra era la de un custodio de instituciones patrias y emancipador de hombres.

Capítulo XXIII

PAZ Y LIBERACIÓN

We meet this evening not in sorrow, but in gladness of heart.

ABRAHAM LINCOLN.

1

Cualquier asiduo visitante de la Casa Blanca podía observar en marzo de 1865 que el Presidente no lograba salir del agobio derivado de los acontecimientos públicos. Con todo lo que había ocurrido en el curso de cuatro años, al cabo de ellos el cuerpo y el espíritu de Lincoln no gozaban de más alivio que al principio de su gobierno. La Unión iba salvándose y la esclavitud acababa de entrar en la etapa final de su extinción. Pero la importancia de ambos sucesos, cuyas consecuencias eran incalculables, aumentaba las inquietudes y obligaciones del conductor de las fuerzas nacionales. En el Jefe del Ejecutivo, por sus ideas y propensiones no menos que por sus atribuciones, confluían las miradas de cuantos habían intervenido e intervenían en las graves cuestiones consideradas como causas o efectos de la guerra civil. El mantenedor del pacto federal advertía claramente que se aproximaba con rapidez el momento en que él dejaría de ser el rector oficial de unos Estados frente a otros Estados para serlo de todos, de los leales y de los rebeldes, a punto ya de rehacerse la gran comunidad política en vano atacada en sus cimientos.

El mal crónico del lidiador, la melancolía, se presentaba con demasiada frecuencia. Los infortunios patrios punzaban su corazón. El hombre que había afrontado la guerra civil por necesidad inexcusable sufría presenciando el constante desfile de las miserias y atrocidades de aquel batallar sin precedentes. El río dejaba en la ciudad de Wáshington una inter-

minable y aterradora carga de heridos, moribundos y cadáveres. La procesión de ambulancias repletas de despojos humanos no tenía fin. Templos, casas y vestíbulos hacían la veces de hospitales. El Presidente no podía cerrar los ojos en medio de tantas desventuras. Y se afligía hasta lo increíble por ellas y por algo que ocurría muy cerca de él. En verdad, Mary Lincoln no compartía con Abraham Lincoln los pesares patrios. El marido imploraba la misericordia del Cielo para sobrellevar las desdichas que lo rodeaban, y la mujer no renunciaba a los lujos y ostentaciones con que deseaba señalar su paso por la Casa Blanca. El esposo perdía el sosiego y el sueño pensando en la monstruosa deuda pública y en los torrentes de sangre que costaba el noble afán de conservar la Unión, y la esposa se distraía y alegraba visitando tiendas y cultivando relaciones sociales basadas en lisonjas y gazmoñerías. El alto magistrado hablaba en público por exigencia de sus funciones oficiales, y la dama, en hallándose malhumorada, le decía en presencia de otras personas que jamás ella había oido peor discurso. Abraham Lincoln no detestaba a Mary Lincoln, cuyas debilidades comprendía y perdonaba piadosamente. Pero Mary Lincoln no ayudaba con adecuados sentimientos y procederes a aligerar el inmenso infortunio que Abraham Lincoln soportaba por amar a su país y a sus semejantes. En la Mansión Ejecutiva había un hombre solitario, con el corazón acongojado, agobiado por pesadas cargas [1].

En una noche triste, a poco de quedarse dormido, empezó a soñar. Soñó que en la Casa Blanca se levantaba un féretro, sobre el cual descansaba, envuelto en ropaje funerario, un cadáver. El cadáver, según el sueño, era el del Presidente, que había sido asesinado. Lincoln despertó sobresaltado y no pudo dormir más aquella noche. Después, recordando lo que había soñado, continuó sintiéndose extrañamente molesto [2].

Por determinación propia y por prescripción médica, Lincoln partió de Wáshington para City Point, en Virginia, el 23 de marzo de 1865, a bordo del *River Queen*, Lo acompañaron su mujer y uno de sus hijos. El viaje era atractivo para el Presidente por más de una razón: lo alejaba del ajetreo de la capital federal, lo trasladaba a las líneas militares donde se ha-

1 CARL SANDBURG AND PAUL M. ANGLE, *Mary Lincoln, wife and widow*, New York, 1932, pp. 112-118.

2 CARL SANDBURG, *Abraham Lincoln. The War Years*, New York, 1943, vol. IV, pp. 244-245.

llaba Grant y lo acercaba a tierras que otros habían pretendido segregar de la Unión.

En City Point el Presidente discurrió largamente con Grant sobre la marcha de los asuntos militares. Sherman acababa de consumar la ocupación de Goldsborough. Pasadas y futuras operaciones en la Carolina del Norte y en Virginia fueron examinadas por ambos próceres y tenidas por precursoras del colapso del Sur. El Comandante en Jefe del Ejército y de la Armada se mantuvo en comunicación telegráfica con el Secretario de la Guerra, Edwin M. Stanton, el antiguo adversario convertido en eficaz colaborador, a quien se complacía en dar buenas noticias y saludables ideas [3].

2

Mientras Lincoln oreaba su espíritu en Virginia recorrían las rutas oceánicas, en viaje hacia Europa, las palabras salidas de Wáshington para dejar perfectamente fijada la posición de los Estados Unidos en el escabroso problema de México. La actitud de Napoleón III oscilaba entre la conveniencia de no malquistar a Francia con la Unión, más fuerte y respetable en 1865 que en 1861, y la creencia de que él podía aún aprovecharse de los embarazos de una nación dividida para no cejar en el empeño de influir en la política del Hemisferio Occidental. Frente a esta obstinación se alzaba la oposición de Lincoln a toda intervención extranjera, sin excluir la de su patria, en México. La molesta cuestión de México podría desaparecer sin producir conflicto entre Francia y los Estados Unidos. Pero Francia, insistiendo en crear un sistema imperial en México, evidenciaba el deseo de aniquilar las instituciones republicanas allí y en el resto de América. Napoleón III no sentía por México simpatías análogas a las de Lincoln por este país [4]. Por México mismo, por la seguridad de América y por la subsistencia del régimen de gobierno que preferían casi todos los países del Nuevo Mundo, Lincoln no cedía ni un ápice en sus conocidos puntos de vista respecto de los intereses latinoamericanos.

La situación general de la América latina mejoraba en

[3] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. XI, pp. 61-66.

[4] JAMES MORTON CALLAHAN, *American Foreign Policy in Mexican Relations,* New York, 1932, p. 302.

conformidad con los avances de la causa sostenida por Lincoln. Paralelamente a la guerra civil de los Estados Unidos se había producido el regreso del pabellón de España a Santo Domingo. Paralelamente a la declinación de los rebeldes del Sur se manifestaba la de la soberanía de Isabel II en el país dominicano. En tanto Lincoln vigilaba desde City Point los movimientos de las tropas federales destinadas a precipitar la rendición de las confederadas deploraba el diputado Antonio Cánovas del Castillo, en Madrid, en el seno del Congreso, que España abandonase, como abandonaba ya, la empresa de Santo Domingo, cerrándose el camino de Occidente, el único abierto aún a la actividad y gloria hispánicas [5]. Decididamente, la República Dominicana renacía.

La certidumbre de que la Unión quedaría reconstruída con arreglo a las miras de Lincoln fortaleció en la América latina la esperanza de que la Doctrina de Monroe sería aplicada en defensa de México, del Perú y de cualesquiera otras naciones del Hemisferio Occidental agredidas por Europa. En México crecía la seguridad de que el imperio austrofrancés allí establecido por las bayonetas extranjeras duraría poco más que la contienda secesionista de los Estados Unidos [6]. Lincoln no ocultaba su decisión de evitar que la Unión se metiese en una nueva guerra bajo su presidencia [7]. Pero la fuerza de las armas sería sustituída adecuadamente con la fuerza moral de su gobierno, con arreglo a su plan, muy madurado y muy inflexible: demandar de Napoleón III la retirada de las tropas francesas que combatían a la república de Juárez y dejar a los mexicanos que despachasen a Maximiliano. En recobrando los Estados Unidos la paz, más vigorosos que en ningún tiempo pasado, su autoridal política sería suficiente para hacer acatar la Doctrina de Monore en beneficio de todos los pueblos independientes de América.

3

Desde City Point continuaba el Presidente observando el desarrollo de los acontecimientos bélicos. Se sentía entusias-

5 JERÓNIMO BÉCKER, *Historia de las relaciones exteriores de España durante el siglo XIX,* Madrid, 1924, vol. II, pp. 678-679.

6 JOSÉ M. IGLESIAS, *Revistas históricas sobre la intervención francesa en México,* México, 1869, vol. III, pp. 211-221.

7 EGON CAESAR CONTE CORTI, *Maximiliano y Carlota,* México, 1944, p. 357.

mado con la pericia y bravura demostradas por sus generales. Mary Lincoln había regresado a Wáshington. A ella y a Stanton trasmitía el Jefe del Ejecutivo las nuevas que recibía de los frentes de batalla. El supremo esfuerzo de Lee por salir del cerco que le habían puesto los federales, contribuyó a dar tamaños colosales a las acciones de los primeros días de abril de 1865. Sheridan saludó el advenimiento del mes con la victoria de Big Five Forks, en Virginia. Grant rompió en horas del 2 las líneas de Lee en Petersburg. Lee admitió la urgentísima necesidad de abandonar a Petersburg y Richmond. En la iglesia de San Pablo, en Richmond, se hallaba Jefferson Davis al recibir de Lee el grave aviso. Grant y Weitzel tomaron las dos importantes posiciones el 3. En la tarde del 3 Lincoln telegrafió a Stanton que Richmond ya se encontraba en manos de las tropas nacionales y que en la mañana siguiente él iría, con precaución, a la evacuada capital de los confederados [8].

Doce años cumplía Thomas Lincoln, el mimado *Tad,* el 4 de abril de 1865. El padre quiso celebrar el aniversario de este natalicio visitando a Richmond, como había anunciado a Stanton. El Presidente dejó a sus huéspedes en City Point y salió para Richmond con el pequeño Tad. Sin más guardia que unos diez marinos y cuatro oficiales vestidos de azul entró en la ciudad que los rebeldes habían pretendido elevar a la categoría política de Wáshington.

Richmond había sido saqueada por los malhechores: no por los vecinos secesionistas ni por los vencedores unionistas, sino por hombres colocados fuera de la Ley. La población ardía en agitación. Las mujeres blancas procuraban ver pasar al gigante del Norte, pero lo hacían a hurtadillas, bajo el temor que les producían las versiones propaladas acerca de la ferocidad injustamente atribuída de los triunfantes enemigos. Los negros estaban agrupados a lo largo de la carrera, ansiosos por acercarse al emancipador. Por las calles avanzó a pie, llevando de la mano a un niño de doce años, un hombre alto, muy alto, con un sombrero de alta copa: un hombre que por su estatura sobresalía entre los escasos marinos y oficiales encargados de custodiarlo. El hombre alto, muy alto, con el sombrero de alta copa, caminaba despacio y pensativo, pero con el paso seguro de quien no se hallaba

[8] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. XI, pp. 66-70.

habituado a retroceder[9]. La presencia de Lincoln en Richmond era advertida, entre zozobras de unos y alegrías de otros, como la aparición de una vida nueva para una sociedad conturbada por el odio de clases.

Todo Richmond andaba revuelto en torno al Presidente de los Estados Unidos, que no se cuidaba en la forma prometida a su Secretario de la Guerra. Se arremolinaban hombres, mujeres y niños, ancianos y adolescentes, negros, blancos y mestizos. Gritaban. Cantaban. Bailaban. Exhibían en alto sombreros, gorras y pañuelos. Aclamaban al recién llegado de extraordinaria talla. Los negros, los que ya se hallaban libres de fierros, procedieron en forma conmovedora. Sollozaban al acercarse a su redentor. Querían tocarlo, y sentir el roce de sus manos, y besar su vestimenta. Derramaron lágrimas. Lo llamaban Dios. Uno de ellos, viejo y animoso, pidió que el Señor bendijese al presidente *Linkum*[10].

La Historia podía contar pocos casos como aquel en que los redimidos cambiaban cordiales saludos con su redentor. Las escenas de Richmond serían inolvidables. Lincoln paseó sin odio ni resentimiento por la ciudad que había albergado a sus más acérrimos adversarios. Visitó la desierta mansión del fugitivo jefe de los rebeldes. Extendió su diestra a cuantos quisieron saludarlo faz a faz. Cuando tomó la ruta de City Point, en la noche del 4 de abril de 1865, llevaba el corazón cargado de inefables emociones. El directo contacto con los que ya no arrastraban cadenas —las cadenas despedazadas por el egregio lidiador— le había permitido contemplar una estrella nueva con los ojos de su limpio espíritu.

4

La situación de Santo Domingo sirvió de base para una gestión enlazada con el prestigio internacional recuperado por la Unión bajo el pensamiento y la acción de Lincoln. En Madrid se echó a andar la idea de un concierto de las potencias marítimas para garantizar la neutralidad de aquella Antilla, de la que se quería hacer la Suiza de América. En España se consideró buena la iniciativa, pero se declaró que el gobierno de Isabel II no adoptaría resolución alguna sin

[9] JAY MONAGHAN, *Diplomat in Carpet Slippers. Abraham Lincoln deals with Foreign Affairs,* Indianapolis-New York, 1945, pp. 413-414.
[10] *Ibid.,* p. 414.

conocer la opinión de los Estados Unidos. Palabras de Seward expresaron el sentir de Lincoln: la Unión saludaría con placer toda determinación de las naciones europeas inspirada en el criterio de que ellas debían abtenerse de perturbar la independencia de los dos pueblos políticamente organizados en la isla de Santo Domingo [11].

Entre el pensamiento políticosocial de Lincoln y el de Juárez había tanta similitud como entre sus propias vidas. Ambos eran libertadores y redentores de oprimidos, a quienes ellos comprendían perfectamente, con la capacidad que les habían deparado las vicisitudes de sus respectivas carreras, desde el desamparo y la penuria hasta la superioridad en las ideas y en los hechos. Opiniones muy diáfanamente expresadas por Juárez a principios de abril de 1865 concordaron de todo en todo con las que Lincoln venía sosteniendo sobre su país y sobre las relaciones de la Unión con México.

Juárez estudió las eventualidades de la ayuda que el México republicano podría recibir de su poderoso vecino, no como amo, sino como amigo, sin fijar condiciones humillantes, sin exigir el sacrificio de porción alguna del territorio, sin menguar la dignidad nacional. Entre los requisitos señalados por el gabinete de Juárez como esenciales para aceptar la cooperación de tropas procedentes de la Unión había dos de vital importancia: a) el ejército auxiliar se formaría con el conocimiento y la aprobación del gobierno de los Estados Unidos; b) el gobierno de los Estados Unidos garantizaría que ese ejército auxiliar no atentaría contra la independencia de México, ni contra la integridad de su suelo, ni contra sus instituciones, ni contra el libre funcionamiento de los órganos de la República [12]. A Juárez no entusiasmaba el proyecto de que voluntarios norteamericanos participasen en la lucha contra los invasores y traidores a que él hacía frente. Una fuerza colectiva y extraña necesitaba estar bien pagada y atendida para que resultase útil. En no siendo eso posible, pasaría a ser una plaga por sus errores y excesos, y sería peor el remedio que la enfermedad. Lo que Juárez esperaba de la actividad oficial de los Estados Unidos no era más ni menos que lo que Lincoln estimaba que su patria debía realizar por México.

[11] RAYFORD W. LOGAN, *The Diplomatic Relations of the United States with Haiti,* Chapel Hill, N. C., 1941, p. 316.

[12] [MATÍAS ROMERO], *Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la intervención extranjera 1860-1868,* México, 1877, vol. VI, pp. 121-122.

El jefe de los mexicanos defensores de su soberanía internacional consideraba difícil que la guerra civil de los Estados Unidos terminase por un arreglo. Sobre hallarse enconadísimas las pasiones en ambas secciones, no había posibilidad de transación entre la libertad sostenida por el Norte y la esclavitud sostenida por el Sur. Juárez celebraba y aplaudía la inflexibilidad de Lincoln. Y esta postura suya miraba tanto a los intereses privativos de México como a los de la patria de Lincoln. Más fructuoso sería para México el triunfo de Lincoln sin restricciones, aunque la contienda se prolongase, que una paz inmediata con sacrificio de legítimas aspiraciones humanas. Por otra parte, los republicanos de México, con su tenaz resistencia, aburrirían a los franceses y los obligarían a abandonar la empresa destinada a subyugar al país. A juicio de Juárez, bien servido quedaba México por quien suprimía totalmente la condición servil de parte de la población de los Estados Unidos y se abstenía de reconocer el imperio de Maximiliano.

Tanto influjo atribuía Juárez a las victorias del Norte y a la negativa de Lincoln a establecer relaciones diplomáticas con Maximiliano que suponía a Napoleón III meditando la rectificación de su política interventora en México. Aun cuando Bonaparte no pensase así, los sucesos y pronunciamientos norteamericanos de que en Chihuahua se tenía información a principios de abril de 1865 bastaban para infundir enorme desaliento entre invasores y traidores de México. Una de las poderosas fuerzas llamadas a malograr el empeño austrofrancés en México era la nación regida por Lincoln: un coloso levantado sobre extraordinarios elementos materiales y sobre sólidos principios de libertad [13].

Si Lincoln hubiese deseado someter a ajeno juicio su conducta en lo concerniente a México, habría tenido en Juárez, no obstante ser éste parte interesada en la controversia, un magistrado digno de su causa. Lo que Lincoln hacía y pensaba hacer en defensa de la independencia de México no era menos que lo que Juárez deseaba obtener de los Estados Unidos. Lo que Juárez anhelaba respecto de la lucha entre el Norte y el Sur no era menos que lo que Lincoln pretendía teniendo presentes los intereses de su patria y la seguridad del resto de América. Lo escrito por Juárez en Chihuahua guardaba absoluta analogía con lo dicho por

[13] BENITO JUÁREZ Y PEDRO SANTACILIA, *Archivos Privados*, México, 1928, vol. I, pp. 52-54.

Lincoln en la conferencia de Hampton Roads, donde el futuro de México había sido objeto de consideración conjuntamente con el porvenir de los Estados Unidos.

5

A la luz de los fuegos que abrían al Norte paso hacia el Sur todavía se reiteraba el deseo de discutir las bases de un arreglo. Se torcían las intenciones de Lincoln. Se insistía en interpretarlas caprichosamente. Para eliminar dudas, sin dejar de pelear mientras se hablaba de condiciones de paz, el Presidente fijó de nuevo en 5 de abril de 1865 sus ideas. Reiteró la expresión de sus tres conocidas condiciones previas para la cesación de la guerra. La aceptación de ellas por el Sur permitiría al Norte considerar respetuosamente y examinar con sincera liberación cualesquiera proporciones colaterales. En las concesiones por la vía del perdón Lincoln estaba dispuesto a comprender las confiscaciones de propiedades de los secesionistas, con la ineludible excepción de la referente a los esclavos, cuya emacipación era irrevocable [14].

La primera semana de abril de 1865, tan fecunda en novedades felices para Lincoln, expiraba en condiciones desastrosas para las huestes de Lee. En vano pretendió el caudillo militar de los confederados escapar a la persecución de Grant. En Appomatox, en Virginia, el 9 de abril, Grant obtuvo la rendición de Robert E. Lee y su ejército, reducido a unos veintisiete mil hombres. Lincoln regresó de City Point a Wáshington con la certidumbre de que a la rebelión separatista sólo le quedaban dispersas e impotentes tropas.

En excelente disposición de ánimo se encontraba el Presidente el 9 de abril de 1865. El viaje a City Point, la visita a Richmond y la rendición de Lee habían puesto en su corazón alegría que se reflejaba en su semblante. La recién recortada barba le sentaba muy bien. La diferencia entre el rostro que había salido de Springfield y el que más atraía la atención de los concurrentes a la Casa Blanca no estaba borrada, pues no habían pasado en vano cuatro años de intensísima inquietud e ímprobo trabajo ni era dable al macilento caballero ocultar la pérdida de treinta libras de

14 JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. XI, pp. 71-72.

peso. Pero los que vieron a Abraham Lincoln aquel Domingo de Ramos pudieron rememorar la entrada de Jesús en Jerusalén en medio de palmas y aclamaciones.

El conductor del magno esfuerzo de la Unión por no perecer ya podía deternese a sopesar los sacrificios colectivos consumados en cuatro años. Más de dos mil combates, con cerca de un millón de muertos y heridos y la erogación por parte del Norte de miles de millones de dólares, dejaba atrás la guerra civil [15]. El padre de familia miraba hacia adelante, fortificaba su fe en el advenimiento de días mejores, y hablaba a su esposa de los proyectos que acariciaba para cuando dejase la Presidencia. Difíciles tiempos y hasta hondas íntimas desdichas —en la Casa Blanca había expirado William Wallace Lincoln, el tierno *Willie*— señalaban su presencia en Wáshington en el cuatrienio que acaba de expirar. Pero le lucha feral se aproximaba a su fin, y el Presidente esperaba, con la bendición de Dios, cuarenta y siete meses de paz y bienaventuranza. Al cabo de ellos el matrimonio regresaría a Illinois, donde gozaría de tranquilidad acaso por el resto de sus días. Con el dinero ahorrado y que siguiese ahorrando la pareja no tendría lo suficiente para vivir sin trabajar. El viejo abogado de Springfield reabriría allí su bufete o establecería uno en Chicago, y con su profesión ganaría lo bastante para satisfacer las necesidades de un hogar sencillo y honorable [16].

Mucho optimismo, acaso demasiado optimismo, había en las palabras de Lincoln acerca de su inmediato porvenir. No andaba equivocado al creer que los próximos años serían de paz. ¿Estaba igualmente acertado al prometerse largos días de bienaventuranza? Con escasa fe podía esperar bienaventuranza para sí quien de continuo sacrificaba su sosiego material y espiritual por ser un ardiente, sincero y eficaz amigo del hombre. Salir de semejante situación era lograr una difícil liberación. Acaso esta liberación no se produciría sino con su tránsito, fuese cuando fuera, entre lo terrenal y lo eterno.

La vuelta de Lincoln y la noticia de la rendición de Lee alegraron simultáneamente a la población de Wáshington. Miles de personas se reunieron en las afueras de la Casa

[15] EGON CAESAR CONTE CORTI, *Maximiliano y Carlota,* México, 1944, pp. 356-357.

[16] STEFAN LORANT, *Lincoln. His life in photographs,* New York, 1941, p. 112.

Blanca en la noche del 10 de abril de 1865. El Presidente accedió al deseo de la muchedumbre cuando apareció en una de las ventanas de la Mansión Ejecutiva. Comprendió que los presentes querían escuchar un discurso suyo, y se excusó con la buena razón de que tendría que hablar a muchos de un momento a otro, con motivo de una demostración de júbilo popular que se preparaba [17], Su humor desvió a los entusiastas ciudadanos hacia la participación con él de las delicias de una banda de música.

Los progresos de la paz interior de los Estados Unidos influían en su seguridad exterior. Con serias dificultades había tropezado Lincoln en su propósito de aislar a los secesionistas. La actitud de las potencias marítimas de Europa había llevado al Presidente a decretar el bloqueo de los puertos del Sur en vez de dictar la orden de cerrarlos al comercio internacional: había optado por esta mudanza ante el temor de exacerbar la enemiga de las cortes del Viejo Mundo a la causa del Norte. Peor era lo sucedido respecto de los buques de la armada de los Estados Unidos: en ciertos puertos extranjeros les había sido negado el uso de derechos otorgados a los de otras banderas. Ambos casos ocuparon la atención del Presidente en los momentos en que se consideró debelada la rebelión.

En 11 de abril de 1865 Lincoln firmó una proclama declarando cerrados al comercio y bloqueados los puertos de los Estados renuentes aún para reconocer la autoridad de la Unión. En suspenso quedaron para la aludida parte del litoral de la Nación las reglas jurídicas relativas al tráfico de cabotaje y al internacional. Cualquier buque extranjero que intentase entrar en uno de los puertos así clausurados sería confiscado, con sus aparejos, pertrechos y carga, por los Estados Unidos [18]. Ya las potencias marítimas de Europa sabían a que se hallaban sujetas si pretendían burlar las disposiciones dictadas por Lincoln.

Puesto que la alegación de derechos emanados del de gentes y de pactos internacionales era baldía para que los barcos de guerra de los Estados Unidos no pasasen por enojosa discriminación en puertos extranjeros, el Presidente expidió en 11 de abril de 1865 una severa proclama. Era necesario lograr para los buques de la Unión consideraciones

[17] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. XI, pp. 77-78.
[18] *Ibid.,* pp. 79-81.

y franquicias semejantes a las que la Unión dispensaba a sus visitantes navales. A partir del público conocimiento de lo dispuesto por Lincoln su gobierno exigiría y concedería a las demás naciones una entera y amistosa igualdad de derechos y hospitalidad[19]. El Jefe del Ejecutivo, consciente de que el prestigio de su patria seguía al de su bandera, quiso que ambas fuesen tan respetadas en las ajenas aguas como ya lo eran en las tierras propias.

6

La ciudad de Wáshington se hallaba de fiesta el 11 de abril de 1865. Edificios públicos y residencias privadas aparecían adornadas con profusión. Banderas de la Unión ondeaban por dondequiera. Colgaduras con el tricolor rojo, blanco y azul se extendían de un lado a otro de las calles. Desfiles improvisados y bandas de música animaban a la capital federal. Por la noche hubo luminarias y fuegos artificiales. A la Casa Blanca afluyeron millares de hombres y mujeres. La aparición de Lincoln en una de las ventanas frente a las cuales bullía la muchedumbre fué saludada con estruendosos aplausos y gozosas exclamaciones. En aquella hora triunfal la intuición colectiva reconocía la eminencia de los servidores que la Nación debía al más encumbrado de sus conductores en una época de desconcertantes dificultades.

El Presidente esperaba la ocasión que tenía delante en la noche del 11 de abril para comunicarse abiertamente con sus conciudadanos. Aquellos momentos eran tan trascendentales para la existencia nacional que él no debía ni podía guardar silencio. Desde la ventana por donde se había dejado ver se dispuso a hablar. Los aplausos cesaron.

Motivos de satisfacción sin mezcla de aflicción favorecían el concurso a que Lincoln dirigió su palabra en la noche del 11 de abril de 1865. La evacuación de Petersburg y Richmond y la rendición del principal ejército rebelde constituían la mejor esperanza de una justa y pronta paz. Imposible era reprimir la alegría por lo que tal novedad significaba. En medio de todo esto no debían los presentes olvidarse de Aquel de quien procedía toda bendición. El pueblo sería

[19] *Ibid.*, pp. 82-83.

llamado oficialmente a consagrar solemnemente a Dios un día de gracias. También merecían grata recordación los que habían tenido la más dura parte en la causa del regocijo patriótico. Con ellos, muy cerca de las líneas de combate, había estado él, y desde allá había tenido el placer de trasmitir a Wáshington muchas buenas noticias, sin que le correspondiese porción alguna de la gloriosa ejecución de tantas y tan elevadas hazañas. El honor de ellas pertenecía enteramente a Grant y a sus bravos oficiales y soldados.

Las victorias militares de la Unión reclamaban imperiosamente la atención de gobernantes y ciudadanos sobre la reorganización de la autoridad nacional. Graves dificultades los rodeaban. A diferencia de las guerras internacionales, la entonces expirante carecía de parte autorizada con la cual pudiese tratar el gobierno de los Estados Unidos. Nadie poseía potestad idónea para dar por terminada la rebelión. Había que comenzar a reducir a los elementos discordantes. Los mismos leales no se hallaban de acuerdo en cuanto a la manera de realizar la reconstrucción.

Como regla general, el Presidente no leía las críticas a su persona o a sus actos a que él no podía dar condigna respuesta. A despecho de esta precaución, a su conocimiento llegaban las censuras que se le dirigían por suponerse que pretendía establecer en Louisiana un gobierno adecuado a sus deseos. Lo que él había efectuado respecto de Louisiana no era ni más ni menos que lo que el país sabía. Documentos oficiales publicados contenían sus puntos de vista acerca de la reorganización y del procedimiento mediante el cual los Estados rebeldes podían volver a la Unión. En Lousiana millares de ciudadanos, ganosos de abrazar otra vez el pacto federal, habían adoptado una nueva constitución para el Estado, dado a éste un gobierno, votado la abolición de la esclavitud, conferido por igual a negros y blancos el beneficio de las escuelas públicas y autorizado a la Legislatura para conceder el derecho de sufragio a la gente de color. A mayor abundamiento, la Legislatura había ratificado la enmienda constitucional abrogatoria de la esclavitud. La opinión de Lincoln era favorable al aprovechamiento de la actitud de los habitantes de Louisiana que se sentían unionistas. Desdeñarlos y rechazarlos era ayudar a desorganizarlos y dispersarsarlos. ¿Por qué había de tenerse a los blancos de Louisiana por indignos o cosa peor y llevárseles a la creencia de que los del Norte no los auxiliarían? ¿Por qué había de arreba-

tarse a los negros de Louisiana la copa de libertad que sus antiguos amos habían acercado a sus labios y dejarles sólo la débil esperanza de recoger el derramado y esparcido líquido donde, como y cuando pudiesen? Desalentando y paralizando a negros y blancos no se llevaría a Louisiana a convenientes relaciones prácticas con la Unión.

Los que habían luchado por salvar a la Unión no podían dejar de reconocer y apoyar al nuevo gobierno de Louisiana. Debían animar los corazones y fortalecer los brazos de los blancos que se mostraban respetuosos del pacto federal, a fin de que éstos se consagren a su propia obra, a defenderla con razones, a buscarle prosélitos, a pelear por ella, a alimentarla, a hacerla crecer y madurar hasta establecer el señorío de la autoridad nacional. La armonía de los blancos depararía confianza a los negros. Los negros, en viendo de acuerdo en su favor a sus antiguos dueños, sentirían celo, energía y coraje para coadyuvar a las tareas de la reconstrucción.

Lo dicho en torno a Louisiana era aplicable a todos los Estados disidentes. Sin embargo, tan notable peculiaridad se observaba en cada uno de ellos, y tan súbitos e importantes cambios se notaban entre las diversas regiones del país, y tan sin precedentes era la materia, que no resultaba acertado prescribir un plan exclusivo e inflexible para la reorganización nacional. En la situación a que habían llegado las cosas, y tal como iban desenvolviéndose, él, Lincoln, pensaba que podía verse en el deber de comunicar algo nuevo al pueblo del Sur. Estaba meditándolo, y no dejaría de obrar cuando lo creyese oportuno [20].

Con satisfacción sin mezcla de aflicción habló Lincoln a sus conciudadanos en la noche del 11 de abril de 1865. En todo su discurso no hubo una sola frase de rencor u odio. La venganza no tenía expresión en su vocabulario ni asiento en su corazón. Sus miradas se dirigían hacia el porvenir, que demandaba excepcionales esfuerzos de vencedores y vencidos. Había sonado la hora de suspender los reclutamientos, limitar la compra de derechos bélicos, minorar los gastos del servicio armado, reducir el número de generales y oficiales y remover las restricciones militares sobre tráfico en cuanto lo permitiese la seguridad pública. Se iniciaba otra época, la época en que, desaparecidos los términos correlativos de esclavos y amos y eliminada la guerra fratricida, la Unión

[20] *Ibid.*, pp. 84-92.

debía y podía reconstruirse bajo la influencia de los pensamientos y sentimientos de aquel que más ahincadamente había trabajado por salvarla.

La guerra civil había sido pavorosa. Hijos de la misma tierra, hasta parientes por consanguinidad, habían peleado entre sí, destruido propiedades de valor incalculable, afrontado el peligro con talento heroico, derramado torrentes de sangre y muerto por centenarse de miles. Las pasiones habían llegado en su exacerbación al paroxismo. La gran creación de los primeros padres de la nación norteamericana había estado a punto de perecer. En medio de tanto fragor, con la intención puesta en la mejora y con conservación de valores temporales y eternos, Abraham Lincoln había procedido con paciencia, serenidad y sabiduría. Con su discurso del 11 de abril de 1865, prenuncio de una pronta y justa paz, quiso robustecer lo mejor de su obra y de su doctrina y afirmar la piedra angular de la patria nueva.

7

El suceso más sobresaliente anunciado en los Estados Unidos para el 14 de abril de 1865 era el preparado, y celebrado, en Charleston, en la Carolina del Sur. Cuatro años y un día después de haber sido bombardeado el Fuerte Sumnter por los separatistas del Sur, comenzando así la guerra civil, de nuevo ondeó en el histórico bastión, con extraordinario atuendo y en medio del tronar de los cañones, la bandera de las barras y las estrellas. Los triunfantes partidarios del mantenimiento del pacto federal, en acción de gracias, leyeron salmos, elevaron preces y cantaron la antífona dedicada a recordar las grandes cosas debidas al Señor. Un predicador famoso, Henry Ward Beecher, congratuló a Lincoln porque Dios le había conservado la salud y la vida bajo el agobiador peso de una sangrienta lucha y le permitía contemplar, ya solidada, la unidad nacional, por la que tanto había trabajado.

En Wáshington hubo tumulto, pero tumulto gozoso, en la mañana del 14 de abril, cuando la muchedumbre aclamó estruendosamente a Ulysses S. Grant, recién llegado de las líneas de fuego del Sur. Al regocijo popular se añadió la alta consideración tributada por el Presidente al victorioso Teniente General invitándolo a presenciar las deliberacio-

nes del Gabinete, en la misma mañana, en una de las más satisfactorias y prometedoras sesiones celebradas a lo largo de cuarenta y nueve meses. El Poder Ejecutivo trató trascendentales problemas de la reconstrucción nacional y evidenció hallarse vigorosamente preparado para desarrollar la ímproba tarea.

En el curso de la reunión del Gabinete, como una deferencia al invitado, Lincoln preguntó a Grant si poseía noticias frescas de Sherman, para anunciarle en seguida que pronto, y muy importantes, las recibiría. El Presidente dió al Teniente General la razón de su esperanza. Acababa de tener, todavía la noche precedente, un sueño semejante al que lo había acompañado en la víspera de cada uno de hechos tan notables como las batallas de Bull Run, Antietam y Gettysburg: el sueño de una nave que andaba con inusitada rapidez, precursor de algún acontecimiento nacional.

El programa presidencial para el 14 de abril comprendía, tras la faena del Gabinete, hechos corrientes: entrevistas, paseo vespertino, nuevas conversaciones, atención a alguna carta y asistencia por la noche al teatro *Ford,* donde se estaba representando el drama *Our American Cousin.* Mientras en los templos de la ciudad de Wáshington predicadores y fieles pasaban aquel Viernes Santo dando gracias al Todopoderoso por haberles traído las bendiciones de la paz, durante tanto tiempo imploradas, Lincoln continuaba trabajando. Desde la plática a primera hora de la mañana con su hijo Robert, agregado al Estado Mayor de Grant, hasta los placenteros cambios de impresiones al caer la tarde con un grupo de ciudadanos de Illinois, con Schuyler Colfax, Presidente de la Cámara de Representantes, y con George Ashmun, que había dirigido la Convención Nacional del Partido Republicano en 1860, apenas descansó el Jefe del Ejecutivo.

Por crecientes temores acerca de la seguridad personal del Presidente, se sentían obligados Edwin M. Stanton y Ward Hill Lamon —Stanton como Secretario de la Guerra y Lamon como Jefe de Policía— a redoblar las precauciones en torno a Lincoln. Ambos sabían que los consejos y advertencias que ellos le dirigían no alcanzaban la eficacia que con vehemencia suma deseaban. Stanton conocía que el Presidente, luego de prometerle telegráficamente desde City Point que se cuidaría de veras en Richmond, había procedido allí, rodeado de vencidos secesionistas, con tanta imprudencia y

tanto olvido del peligro que él, el mismo Lincoln, según sus palabras, se habría alarmado en siendo otro el que hubiese ocupado su singular posición. Lamon había renunciado, aunque baldíamente, a ser su principal custodio por el poco caso que a sus observaciones y ruegos hacía Lincoln, quien solía contentar a su fiel guardián con vagas promesas de enmienda y deseos de que Dios lo bendijese. En la Semana Santa de 1865 Stanton y Lamon tenían motivos para abrigar honda inquietud: a sus oídos habían llegado rumores relativos a conspiraciones fraguadas con el propósito de atentar contra elevados personajes de la Unión. A despecho de sus misericordiosos sentimientos y de la magnanimidad de su conducta, Lincoln no era excluído de tan siniestras tentativas [21].

El Presidente iba a pie de la Casa Blanca a la Secretaría de la Guerra, en la tarde del 14 de abril de 1865, cuando, impresionado de seguro por recientísimo aviso, confesó su creencia de que alguien quería matarlo. Ciertamente, él había recibido una carta de James K. Van Alen. Este general, hombre de ideas conservadoras, había pedido al Presidente que, por amor de sus amigos y de la Nación, no se expusiese a ser asesinado. Lincoln contestó la esquela de Van Alen el propio 14 de abril. Se proponía seguir el consejo de sus amigos y emplear las debidas precauciones. Agradeció el apoyo que le ofrecían ciudadanos de buena voluntad, como Van Alen, para restaurar la Unión y hacer de ella un enlace, no menos que de Estados, de corazones y manos [22].

La noche del 14 de abril llegó. En la Casa Blanca, hablando con George Ashmun, Lincoln notó que su colocutor no había comprendido alguna expresión suya. Su concepto de la caridad lo llevó a advertir en seguida a Ashmun que él, Lincoln, no había tenido intención de ofenderlo. Luego, en el momento de partir para el teatro *Ford,* el Presidente escribió una tarjeta para que se permitiese a Ashmun y sus amigos entrar en la Mansión Ejecutiva a las nueve de la mañana del día siguiente.

Grant, invitado por el Presidente a la función del teatro *Ford,* no pudo aceptar esta cortesía. Con Lincoln y su esposa, para ir a ver el drama *Our American Cousin,* subieron al carruaje Henry Reed Rathbone, comandate designado por Stan-

[21] CARL SANDBURG, *Abraham Lincoln. The War Years,* New York, 1943, vol. IV, pp. 240-272.

[22] JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. XI, p. 94.

ton para acompañar al Jefe del Ejecutivo, y Clara Harris, la novia del oficial. Llegaron al *Ford* alrededor de las nueve. El espectáculo había empezado. Las dos parejas entraron en un palco cuya delantera estaba decorada con una gran bandera de la Unión. Los actores interrumpieron su diálogo. El público aplaudió. El Presidente se inclinó en señal de agradecimiento. Luego se sentó en una ancha mecedora. Mary Lincoln, a su lado. Rathbone y su prometida se acomodaron a continuación. Detrás del palco debía hallarse John F. Parker, uno de los guardias de la Casa Blanca [23].

Mary Lincoln, apoyada en su marido, le preguntó qué pensaría Clara Harris viéndola así. El Presidente, acompañando sus palabras con una amable sonrisa, le contestó: *She wont think anything about it.* Clara Harris no pensaba nada observando a Mary Lincoln tan cerca de su esposo [24]. Abraham Lincoln acababa de decir esto, poco después de las diez de la noche, cuando una bala de plomo, de menos de media pulgada de diámetro, disparada con un pistolete de bolsillo, se incrustó en el lado izquierdo de su cabeza, tres pulgadas detrás del oído. Instantáneamente, a semejanza de una luz apagada de un solo soplo, el cuerpo que ocupaba la amplia mecedora quedó inerte, cerrados los ojos, al parecer sin hálito alguno de vida.

En medio de la confusión de los espectadores, que no acertaban a comprender lo que ocurría, el hombre que sigilosamente había llegado a situarse detrás de Lincoln y hecho fuego con el pistolete de bolsillo agredió a Rathbone con un cuchillo, trepó a la barandilla del palco, desde ésta se dejó caer, se enredó con una de las espuelas colocadas en sus botas de montar en la bandera que decoraba aquel sitio, cayó al escenario con una tibia fracturada y salió a escape mientras el público escuchaba palabras no percibidas con facilidad. La turbación que siguió a todo esto, producido en un minuto, fué enorme. Por el fondo del teatro *Ford,* en un caballo ligero, tenido de las riendas por un muchacho, partió a galope John Wilkes Booth, el sujeto —actor de raza, fanático del Sur, odiador empedernido— que había disparado por la espalda, a mansalva, con premeditación y alevosía, contra Abraham Lincoln. Dentro, en el lugar del crimen, reinaba el pavor: ya

23 CARL SANDBURG, *Abraham Lincoln. The War Years, New York,*
24 CARL SANDBURG AND PAUL M. ANGLE, *Mary Lincoln, wife and widow,* New York, 1932, p. 227.

empezaba a saberse que el Presidente de los Estados Unidos yacía herido e inconsciente, abatido por satánica mano [25].

8

El auditorio del teatro *Ford,* de pie y excitado, se deshacía en preguntas. ¿Qué ocurría? ¿Por qué no continuaba el espectáculo? ¿Qué sucedía en el palco ocupado por el Presidente? ¿A qué se debía el alarido femenino salido de allí? ¿Por qué se clamaba por un médico? ¡Ah! Ya se oía y andaba de boca en boca la trágica y agobiante expresión. ¡Alguien había matado al Presidente! Sí, sentado en la amplia mecedora, con la cabeza caída hacia adelante, Lincoln parecía un cadáver. Pero Rathbone, su acompañante, herido y sangrante, no cesaba de realizar esfuerzos por establecer comunicación con quien pudiese auxiliarlo, mayormente con un facultativo. Al fin, tras duro esfuerzo, logró desprender una barra puesta por el asesino entre la pared y la puerta para impedir que ésta se abriese, contuvo a la muchedumbre que pugnaba por acercarse y dió paso a Charles A. Leale, joven cirujano de la milicia voluntaria de los Estados Unidos.

El médico, con la ayuda de algunos circunstantes, sacó a Lincoln de la mecedora y lo tendió en el suelo. Apenas notaba en la ilustre víctima señales de vida. En vano cortó la levita y la camisa en busca de alguna herida. Descubrió, levantando los párpados, que existía una lesión cerebral. Luego, pasando los dedos por la cabellera, encontró el orificio de entrada de una bala, obstruído por un coágulo. Al quitar éste, aligerada la presión cerebral, el moribundo recobró la respiración y el pulso, aunque muy débilmente.

Era necesario sacar a Lincoln del teatro *Ford.* Leale comprendió que no resistiría el traslado hasta la Casa Blanca, y dispuso utilizar un local cercano. Cuatro soldados alzaron el cuerpo y lo tomaron por el tronco y las piernas mientras Leale le sostenía la cabeza y dos médicos más cuidaban de los hombros. Bajo la dirección de un capitán, entre una doble línea de gente armada, el afligente y solemne grupo se dirigió a la vía pública. Desde la puerta de la casa número 453 de la calle Diez un hombre, con una bujía en-

25 CARL SANDBURG, *Abraham Lincoln. The War Years, New York,* 1943, vol. IV, pp. 280-282.

cendida en lo alto, llamó por señas a los acongojados conductores del Presidente. En el aposento alquilado por William Clark, sobre una cama de madera, fué puesto el derribado lidiador. Las manecillas del reloj andaban por las diez horas y cuarenta y cinco minutos de la noche.

El ambiente era humildísimo. La pieza medía quince pies de largo por menos de diez de ancho. La cama era pequeña para el cuerpo de Lincoln. Mantener al herido con las piernas dobladas hacia arriba no convenía a su estado. El médico Leale pretendió inútilmente suprimir la baranda de los pies de la cama. Por último, el paciente quedó colocado en posición diagonal, ligeramente reclinado, la cabeza y los hombros calzados con almohadas. La habitación de la casa número 453 de la calle Diez, donde yacía gravemente herido el gigante bueno venido de las praderas a Wáshington para gobernar a la Nación en el tiempo más difícil de su historia, era en la capital federal algo así como lo que las cabañas de Thomas Lincoln, marido de Nancy Hanks primeramente y de Sarah Bush después, habían sido en Kentucky e Indiana. En la noche del Viernes Santo del año de 1865 Abraham Lincoln, moribundo por voluntad y obra de un fanático convertido en criminal, ocupaba una sencilla pieza, digna de una hora suprema en la vida de un varón tan sencillo como esclarecido.

La noche de aquel Viernes Santo ¡cuán infinitamente larga iba siendo para los que velaban la lenta y dificultosa respiración de Abraham Lincoln! La gente de ciencia consideraba que nada tenía que hacer ante lo irremediable. Los otros, los allegados al prócer, guardaban en sus adentros inmensa pena. En torno al lecho se movían deudos, y amigos, y servidores, y patriotas de alto oficio. Se sucedían los gemidos de Mary Lincoln, y la tristeza de Robert T. Lincoln, y la consternación de John Hay, y la angustia de Andrew Johnson, y la inquietud de casi todos los miembros del Gabinete. La ausencia de Seward se hallaba de sobra justificada: en su cama de enfermo había sido acuchillado por uno de los consortes del asesino del Presidente. Edwin M. Stanton —¡cómo los recuerdos iban y venían por la cabeza del caballero de la barba perfumada!— vigilaba la expirante existencia del libertador de millones [26].

¡A qué pocos días se hallaba el Presidente de aquel en

26 *Ibid.*, pp. 283-297.

que había hablado con su esposa de esperanzas de paz y bienaventuranza! La paz y bienaventuranza que él tan recientemente se había prometido eran terrenales. La sabiduría del Supremo Gobernador de las Naciones, merecedora siempre de su acatamiento y alabanza, había guiado su mano y su corazón para devolver la paz a su patria y para ayudarla a gozar de larga bienaventuranza. Pero el fervoroso amigo del hombre sólo podía tener paz y bienaventuranza fuera del mundanal tumulto. A la paz y a la bienaventuanza iba llegando Abraham Lincoln por el camino de la liberación. Y el camino de su liberación era ya iluminado por la aurora del Sábado de Gloria.

A las siete horas y veintidós minutos de la mañana del 15 de abril de 1865, según el reloj de Edwin M. Stanton, dejó de latir el corazón de Abraham Lincoln [27]. El médico Leale sacó de uno de sus bolsillos dos monedas y las puso sobre los párpados del soldador de la Unión y emancipador de los esclavos, para dejar cerrar los ojos que no se habían cansado de ver misericordiosamente las desdichas de la Tierra. El rostro, macilento y sereno, reflejaba inefable paz, la paz de la eterna liberación de un justo.

[27] *The New York Herald,* New York, April 15, 1865.

Capítulo XXIV

ETERNIDAD

It was not the mere matter of separation of the colonies from the motherland, but that sentiment in the Declaration of Independence which gave liberty not alone to the people of this country, but hope to all the World, for all future time.

ABRAHAM LINCOLN.

1

En el sencillo aposento de la casa número 453 de la calle Diez, en la ciudad de Wáshington, se hallaban los restos materiales de Abraham Lincoln en la mañana del 15 de abril de 1865. Lo demás, lo imperecedero de su personalidad, acababa de tomar definitivamente plaza en el seno de las edades. Lo temporal quedaba atrás. Lo eterno constituía ya, sin lugar alguno a duda, el ámbito de su grande espíritu. Los hombres, aquellos por cuyo ascenso él había dado lo mejor de su vida, hasta la vida misma, empezaron entonces a coincidir en el reconocimiento de los méritos del lidiador y en la exaltación de su obra, consagrada a precipitar el saneamiento y la hermosura del Mundo.

Las dos empresas capitales de su existencia, el mantenimiento de la Unión y la abolición de la esclavitud en su patria, estaban consumadas. Aunque había aún rebeldes con las armas en las manos, la intentada secesión era asunto terminado. El principal cuerpo de ejército del Sur y su hábil jefe habían cesado de combatir. En todas las fortalezas de la Nación ondeaba la bandera de las barras y las estrellas. Sólo horas hacía que en el Fuerte Sumter, en Charleston, el estampido de los cañones había saludado la reaparición de la enseña federal. La condición servil de parte de la población de los

Estados Unidos no seguiría siendo un estigma de la República. La Unión se consolidaba sobre el principio de la libertad de todos sus habitantes. El primero de los defensores de la causa triunfante era la última de las víctimas devoradas por uno de los acontecimientos más trascendentes de la Historia.

El cadáver de Lincoln simbolizaba los sacrificios sin tasa que habían sido indispensables para conservar las intituciones políticas y mejorar las instituciones sociales de los Estados Unidos. La muerte del más conspicuo ciudadano en forma absolutamente nueva para la Nación, en insólitas circunstancias, rodeó los venerandos despojos de sumo dolor. Al dolor se unió la solemnidad por requerimiento imperioso de la realidad. Dos horas después de haber expirado el Presidente fueron sus restos materiales trasladados a la Casa Blanca. El terrible sueño por él contado a Ward Hill Lamon, su fiel custodio, había sido premonitorio: lo que se veía en la Mansión Ejecutiva evidenciaba su acabamiento terrenal. En torno al cuerpo inanimado empezó entonces a manifestarse la aflicción de todo un pueblo, estupefacto en presencia de lo irremediable.

En aquel Sábado de Gloria religiosos de todos los cultos hablaron en los Estados Unidos de la inmensa desgracia caída sobre la Nación. Su conductor, al cabo de supremos esfuerzos por el bien común, había sido abatido por mano criminal. Quien tanto había procurado la asistencia de Dios para sí y para su patria ya no pertenecía físicamente a los hombres. Nada le quedaba por dar, excepto las misteriosas e inagotables fuerzas de su espíritu. Su inmolación se había producido en horas muy señaladas en el universo cristiano: las horas consagradas a rememorar la pasión, el suplicio y la eternidad del Redentor. Uno de los seguidores del Maestro a distancia de siglos, después de laborar ahincadamente por la bienaventuranza temporal de millones de semejantes, cuando ya podía considerar terminado lo más arduo de su trabajo, yacía pálido, inmoto, en el seno de la paz sin término, por injusta y nefanda obra del odio de quienes no habían sabido distinguir entre lo bueno y lo malo. En cada uno de los acongojados ciudadanos que se acercaban a la fúnebre cámara de la Casa Blanca se manifestaba un moderno Nicodemo, ansioso de patricipar en el póstumo homenaje que se tributaba al abatido emancipador.

El Domingo de Resurrección, con el recuerdo de la de

Jesús, pudo deparar al pueblo de la Unión la dulcedumbre de la esperanza. El desaparecido campeón de las libertades humanas no era sólo el emancipador de los negros hasta hacía poco encadenados en su país. Un predicador cristiano, conocedor de lo que lejos de los Estados Unidos se opinaba sobre Lincoln, reveló que a las jaculatorias de los siervos que en el Sur lo santificaban había que añadir las voces de los pobres de distantes tierras que lo tenían por un elegido del Señor para sacar de cautiverio a todos los oprimidos [1]. Los que seguían percibiendo el roce de su vida y el influjo de sus ideas veían algo de milagroso en aquello de que su tránsito ocurriese cuando ya en la Nación de nuevo reinaba la paz.

2

De un extremo a otro del Norte se produjo un enorme estremecimiento al saberse que Lincoln había sido asesinado. Por muy generalizado que estuviese el temor de que el Presidente podía ser víctima de un atentado criminal, era imposible atenuar la consternación. Entonces se desarrolló un fenómeno por él entrevisto: el cielo de su patria apareció oscurecido. Hombres y mujeres, ancianos y niños, negros y blancos, en la plaza pública o en el rincón del hogar, gimieron y lloraron. Una súbita mudanza se había producido solamente en horas. A la alegría por el renacimiento de la paz sucedió la congoja por la horrenda desventura. Fueron dedicados los periódicos a condenar el nefasto acaecimiento, cerrados los comercios y las industrias, enlutadas las causas, puesta en todas partes la bandera nacional a media asta y exhibido con profusión el retrato del mártir.

En el Sur, en la sección del país que se había revelado contra la causa defendida por Lincoln, el desconsuelo causado por su muerte tuvo conmovedoras expresiones. Los afligidos no fueron únicamente los negros por él redimidos, aquellos que veían un semidiós en *Massa Linkum*. La pesadumbre se manifestó asimismo en los vencidos. En Richmond, la ciudad hasta hacía poco capital de los confederados, hubo luto. Un personaje de la debelada secesión dijo que el terrible suceso era la mayor desgracia que podía sufrir el Sur.

[1] JAY MONAGHAN, *Diplomat in Carpet Slippers. Abraham Lincoln deals with Foreign Affairs,* Indianapolis-New York, 1945, pp. 424-425.

Otro pidió la venganza del Cielo para el asesino. El principal conductor de las tropas separatistas, Robert E. Lee, confesó que, al dejar el mando de las fuerzas insurectas, se había rendido, no menos que a la artillería de Grant, a la bondad de Lincoln, a quien había llegado a respetar y admirar por su honradez y su magnanimidad [2]. Para el Sur era cierto que acababa de perder el mejor de los amigos que le quedaban en su infortunio.

Lejos de Wáshington, en su humilde morada de Illinois, Sarah Busch recibió la noticia de que su hijastro ya no vivía. Con resignación aceptó la triste nueva. Luego dejó caer algunas palabras. Abe Lincoln nunca le había dicho una frase áspera ni le había dirigido una mirada dura. Este aserto, tan sincero como sencillo, recordó uno de aquellos hechos que daban tamaños colosales a la personalidad de Lincoln.

Por toda la Nación, no menos por el Sur que por el Norte habló Ralph Waldo Emerson. El pensador reordenó sus ideas y conclusiones sobre la vida de Lincoln y las emitió a modo de responso laico ante la lobreguez de una calamidad que contristaba a los hombres buenos de una sociedad civilizada. Una espantosa noticia viajaba sobre mar y tierra, de país en país, como la sombra de un imprevisto eclipse. Por vieja que la Historia fuese y por diversas que pudieran ser sus tragedias, ninguna muerte había causado tan universal dolor como el que producía la de Lincoln.

El filósofo de Concord rememoró la titánica labor de Lincoln en los cuatro años de su presidencia: un piloto amarrado al timón durante un tornado. En esos cuatro años su inteligencia, su fortaleza y su magnanimidad habían sido probadas, y jamás había habido carencia de ellas. Por su valor, su espíritu de justicia, su sereno carácter, su sabio consejo y su humano sentido de las cosas, se había levantado como una heroica figura en el centro de una época heroica. Paso a paso había avanzado a la cabeza de la Nación. A veces había abandonado su habitual lentitud para no quedar a la zaga de su pueblo. Había llegado a ser verdadero representante de un mundo nuevo, genuino hombre público, padre de su patria. El pulso de veinte millones había latido en su corazón. En él alcanzaba sumidad la historia de los Estados Unidos de su tiempo.

Lincoln había vivido, según Emerson, lo suficiente para conquistar la grandeza entre sus ciudadanos. Había acelerado

2 CARL SANDBURG, *Abraham Lincoln. The War Years,* New York, 1943, vol. IV, pp. 344-345.

la abolición de la esclavitud. Había visto a Maryland, Missouri y Tennessee emancipar a sus siervos. Había conocido la rendición de Savannah, Charleston y Richmond. Había contemplado al principal ejército de la rebelión deponiendo sus armas. Había penetrado en la opinión pública del Canadá, de la Gran Bretaña y de Francia. Solamente George Wáshington podía comparársele en fortuna. El terror y la ruina de la recientísima tragedia elevaban su llamarada de gloria alrededor de la víctima ilustre.

Con el pensamiento clavado en la eternidad de la obra y fama de Lincoln, todavía asombrados al borde del abismo abierto por el horrible golpe, los compatriotas de Lincoln podían quedar silenciosos y dejar a las espantosas voces del tiempo el trueno de la fatal noticia. ¿Por qué había de persistir la desesperación? El llanto debía cesar ante la verdad de que el egregio creador seguía entre los suyos. Lincoln había sido el más activo y prometedor de los hombres. Su trabajo no había perecido. Y las loas por la tarea que había consumado estallaban en un canto de triunfo que las lágrimas vertidas con motivo de su tránsito no limitaban ni detenían [3].

3

En la mañada del 19 de abril de 1865 se iniciaron en la ciudad de Wáshington los funerales de Lincoln. Con una imponente escolta —los tres poderes de la Unión, el cuerpo diplomático acreditado en Wáshington, representaciones de las legislaturas de los Estados, el clero en todas sus denominaciones, corporaciones, asociaciones, ciudadanos y extranjeros, encabezados por militares de caballería, artillería e infantería y por fuerzas navales— el cadáver fué llevado de la Casa Blanca al Capitolio. En el palacio de las leyes de la República, entre los irrefrenables sollozos de miles de mujeres y hombres y el incesante tronar del cañón, por delante del frío cuerpo del redentor de esclavos y soldador de instituciones libres, desfilaron cuantos participaban en la honda pena producida por la despedida sin retorno de aquel que a través de cuarènta y nueve meses había regido la Nación en medio de extremos embarazos y riesgos.

3 RALPH WALDO EMERSON, *The complete essays and other writings*, New York, 1940, pp. 917-921.

Con arreglo a la costumbre establecida por sus antecesores, Lincoln debía abandonar la capital federal. Pero su caso no tenía precedentes: ningún otro ocupante de la silla de George Wáshington había sido víctima de una agresión homicida. Naturalmente, no fué su voluntad, sino la de sus deudos, la que determinó que su cadáver reposase definitivamente en Springfield. De allá había salido para asumir en Wáshington la presidencia de la Unión. Por el camino de hierro que lo había conducido a Wáshington serían llevados sus restos materiales a Springfield. Un tren con banderas y colgaduras, destinado a detenerse en importantes ciudades de la Unión, llevaría el inanimado cuerpo de Abraham Lincoln por tierras patrias donde resonaba aún el eco de su palabra, sentenciosa y guiadora

El fúnebre convoy salió de Wáshington el 21 de abril de 1865. Con el féretro de Lincoln iba uno más pequeño, el de su hijo William Wallace, el malogrado *Willie*. Atrás quedaban los recios esfuerzos del luchador epónimo, y las angustias de la guerra civil, y las vicisitudes de la abolición de la esclavitud, y las inquietudes anejas a la tarea de salvar a la Unión, y las insignes enseñanzas del estadista, y las previsiones del varón misericordioso. El prócer, después de dar a la Nación lo mejor de su cuerpo y de su espíritu, había saltado de allí a la eternidad.

El regreso de Wáshington a Springfield fué más lento que el viaje de Springfield a Wáshington cincuenta meses antes. En horas azarosas para los Estados Unidos habían saludado al nuevo primer magistrado miles de ciudadanos ansiosos de expresarle su solidaridad. Cuando ya se hallaban conjuradas las grandes dificultades, aunque a un precio tan alto que incluía la existenica del noble lidiador salido de las praderas, millones de norteamericanos fueron reuniéndose en Baltimore, Filadelfia, Nueva York, Albany, Buffalo. Indianápolis y otras ciudades en actitud reverente. En una de las paradas del enlutado tren apareció, sentado en un coche, James Buchanan, el antecesor de Lincoln en la Casa Blanca, casi olvidado al cabo de la fratricida lucha que nada había hecho él por evitar. Las vías férreas dieron paso a los que desde poblaciones no comprendidas en la ruta convenida en Wáshington quisieron acercarse a los restos del mártir. El dolor colectivo se expandió en términos sin precedentes. Personas de todas las clases sociales, sumidas en la amargura, demostraron que el deceso de Lincoln era duelo de la Unión, no de una parte geográfica

o política de ella. La llegada a Springfield, el 3 de mayo de 1865, tuvo el carácter de conmoción pública[4].

Los habitantes de Springfield recordaban el conmovedor adiós de Lincoln cuando había salido hacia Wáshington para asumir la Presidencia. Aquellas palabras suyas habían dejado entre sus amigos de Illinois una sensación de pena que reflejaba la del Presidente. Había expresado él la sospecha de que le esperaban embarazos superiores a los afrontados por sus antecesores desde la época de George Wáshnigton. Los cuatro años que acababan de transcurrir decían que había hablado proféticamente al despedirse de Springfield. Los que entonces habían quedado tristes, sabedores de la razón de tan siniestros presagios, luego sollozaban. La Nación no les devolvía al eminente ciudadano en cuerpo y espíritu, como para reanudar las antiguas relaciones: les devolvía el cuerpo, quieto e insensible, como para ser confundido con la amada tierra de Illinois, y les advertía que el espíritu había tomado una trayectoria infinita en el espacio y en el tiempo, como para no perecer en el curso de las edades.

Springfield no se había conmovido nunca tanto como en aquellas horas en que estuvo insepulto allí el cadáver de Abraham Lincoln. El funeral en Springfield, el 4 de mayo de 1865, cerró la serie de angustiosos sucesos y actos a que dió lugar durante tres semanas el crimen del teatro *Ford* de la ciudad de Wáshington. Los restos materiales del padre de la patria nueva —de la patria unida y sin esclavos— fueron llevados desde el Capitolio de Illinois hasta el cementerio de Oak Ridge. Con religioso recogimiento los acompañantes oyeron himnos, plegarias, una elocuente oración y el texto del hondo discurso inaugural que había enunciado una política sin malicia para nadie, con caridad para todos[5]. El féretro quedó depositado en un sencillo panteón, al pie de una eminencia, en un terreno cubierto de árboles. Aquel que había salido del bosque, del que siempre conservó amorosa memoria, quedó así guarecido bajo la fronda de la pradera inolvidada, madre de sus sueños y esperanzas.

[4] CARL SANDBURG, *Abraham Lincoln. The War Years,* New York, 1943, vol. IV, pp. 393-412.

[5] *Ibid.,* p. 413.

4

Mientras el cadáver de Lincoln era conducido a Springfield, la justicia humana se daba prisa en perseguir al autor del asesinato y a sus cómplices y encubridores. En la mañana del 26 de abril de 1865, en las inmediaciones de Bowling Green, en Virginia, la fuerza pública rodeó e incendió un granero, obligó así a salir del mismo a John Wilkes Booth, lo hirió gravemente, lo sacó de entre las llamas y lo puso a la sombra de un árbol. En su agonía lenta él quiso explicar los motivos de su inicua torpeza. Murió en momentos en que sobre los demás culpables caía la actividad punitiva de la Nación, no mayor que la condenación proveniente de los hombres honrados que a lo largo y a lo ancho del Mundo iban conociendo la alevosía perpetrada en la noche del 14 de abril contra el Presidente de los Estados Unidos de América [6].

Con sabia penetración lo tenía advertido Emerson: sobre la tierra y sobre el mar, de país en país, viajaba la espantosa noticia de la calamidad que entristecía a la gente buena de toda sociedad civilizada. La aterrante nueva de que el redentor de millones de hombres había sido asesinado llegaba al resto de América, y a la monárquica Europa, y a la república negra organizada en Africa, y a los lejanos países de Asia: sacudía las bases morales del Mundo. En el tiempo que corría, cuando América daba el alto ejemplo de devolver la libertad a una raza entera, ¿había sido posible la expansión de las fuerzas del mal hasta arrebatar la vida temporal al máximo conductor de empresa tan gloriosa? Aun los que por excesivo amor a sus privilegios temblaban, asustados ante la probabilidad de que lo ocurrido bajo el pensamiento y la acción de Lincoln fuese el principio de una transformación políticosocial de alcance universal, experimentaron aflicción derivada del súbito y cruel acabamiento del lidiador.

En Rusia, Alemania, Escandinavia, Italia, Suiza, Francia y Gran Bretaña se supo la noticia de la muerte de Lincoln como la de un fenómeno destructor de generosas ilusiones y realidades. Con el pánico de los pobres del Mundo se mezclaron las expresiones de los poderosos. Algunos que habían combatido con fiereza al emancipador se sintieron atrapados por el remordimiento. Se dijo que Europa no había sentido excitación tan profunda desde el asesinato de Enrique IV de Fran-

[6] *Ibid.*, p. 402.

cia, y que las generaciones entonces presentes nada semejante habían visto, y que nadie merecía menos que Lincoln el atroz desmán que había cortado el hilo de su vida, y que el sitio que le estaba reservado en la gratitud de la humanidad era eminentísimo. En la Gran Bretaña el Parlamento y el Gobierno adoptaron actitudes acordes con el infortunio de los Estados Unidos: la Cámara de los Lores aplaudió las palabras de John Russell, reveladoras de que la reina acababa de escribir una carta de condolencia a Mary Lincoln. En Francia, a despecho de las propensiones del Emperador, la Academia creó un premio para el mejor poema compuesto sobre la inmolación de Lincoln [7]. En Suecia y Noruega oficialmente se dispuso izar la bandera a media asta en señal de solidaridad con la aflicción que particularmente embargaba a la Unión [8].

Los oprimidos de Europa lamentaron la pérdida de uno de sus valedores, grande no menos por sus hechos que por sus ideas. En París una imponente muchedumbre se acercó a la delegación de los Estados Unidos en demostración de la pena que sufría la juventud francesa seducida por los prestigios de Lincoln. En Lyón veinticinco mil trabajadores llamaron a la América de Lincoln baluarte de la libertad y del progreso a que podía aspirar Europa para su bien. Socialistas y republicanos promovieron una suscripción entre los niños pobres de Francia para adquirir una medalla de oro con destino a la viuda de Lincoln. En la Gran Bretaña la protesta y consternación populares se manifestaron reiterada y vigorosamente. Londres, Mánchester, Liverpool y otras poblaciones evidenciaron que Inglaterra tenía a Lincoln por gonfaloniero de una edad nueva. Los menestrales ingleses sintieron su desplome con intensidad parecida a la que habían puesto en la oposición al reconocimiento del gobierno de Jefferson Davis por el de la reina Victoria [9]. Clubes de proletarios, sociedades cooperativas y periódicos obreros de Alemania afirmaron que la desaparición de Lincoln era para ellos una pérdida enorme [10]. Los italianos tuvieron el sacrificio y la gloria de Servio Tulio por antecedentes del sacrificio y de la gloria de Lincoln: ciu-

[7] JAY MONAGHAN, *Diplomat in Carpet Slippers. Abraham Lincoln deals with Foreign Affairs,* Indianapolis-New York, 1945, pp. 423-431.

[8] CARL SANDBURG, *Abraham Lincoln. The War Years,* New York, 1943, vol. IV, p. 375.

[9] JAY MONAGHAN, *Diplomat in Carpet Slippers. Abraham Lincoln deals with Foreign Affairs,* Indianapolis-New-York, 1945, pp. 430-431.

[10] CARL SANDBURG, *Abraham Lincoln. The War Years,* New York, 1943, vol. IV, p. 375.

dadanos romanos extranjeros una piedra de la muralla de Servio Tulio y la enviaron a Andrew Johnson con una inscripción alusiva a la similitud existente entre aquel que había sido víctima de un parricidio, favorecido por los partidarios de oprimir a la plebe y perpetuar la esclavitud, y el recién asesinado magistrado, inmolado por efecto de su decisión de mantener la Unión y abolir la servidumbre de los negros [11].

Tres rectores del pensamiento políticosocial de Europa emitieron opiniones que situaron a Lincoln en lo cimero de la consideración universal. Giuseppe Mazzini, el propulsor de la unidad italiana, reconoció que por esta causa Lincoln había hecho más en cuatro años que los alteradores europeos en medio siglo de enseñanzas [12]. Víctor Hugo, el desterrado de Guernesey, exaltó la personalidad de Lincoln y de los principios consagrados con su muerte [13]. Karl Marx, el socialista refugiado en Londres, habló de los corazones de dos mundos que vibraban de emoción al descubrir a todo un héroe en el hombre grande y bueno que había perecido como un mártir [14].

Regiones del Mundo que percibían muy directamente la influencia de la política de Lincoln tuvieron por ineluctable necesidad moral que sentir profunda congoja al conocer su tránsito entre lo temporal y lo eterno. En el Africa civilizada se alzaba Liberia, la república negra que tan especiales miramientos oficiales había alcanzado de los Estados Unidos bajo la administración de Lincoln. Liberia lloraba la caída del defensor de su raza, durante incontables siglos vilipendiada. En la América latina pueblos libros y colonos de potencias europeas recordaban lo que debían al estadista que había estrechado las relaciones políticas y afectivas de la Unión con sus vecinos por medio de normas internacionales y actitudes humanas que señalaban el advenimiento de una era nueva en el Hemisferio Occidental.

11 D. F. SARMIENTO, *Vida de Abran Lincoln,* Nueva York 1866, pp. XXI-XXIII.

12 JAY MONAGHAN, *Diplomat in Carpet Slippers. Abraham Lincoln deals with Foreign Affairs,* Indianapolis-New York, 1945, p. 425.

13 *Ibid.,* p. 432.

14 SAMUEL SILLEN, *Marx and Engels on Lincoln and the Civil War* in *Political Affair,* New York, 1945, vol. XXIV, pp. 149-150.

Entre las naciones latinoamericanas Haití ocupó el primer lugar en el orden a determinaciones atrevidas de Lincoln. Los Estados Unidos se habían negado, hasta el advenimiento de Lincoln a la Presidencia, a reconocer la soberanía internacional de la república negra del Caribe. En momentos en que subsistían vigorosamente los prejuicios de más de medio siglo, según claras palabras de político tan liberal como Charles Sumner, Lincoln tomó la iniciativa de que la Unión estableciese relaciones diplomáticas con Haití. Aunque no sin oposición, el Congreso accedió a los deseos del Jefe del Ejecutivo, y Haití adquirió prestigio y fuerza en el concierto de los pueblos libres. Todo esto fué recordado con gratitud al ocurrir la muerte de Lincoln. Haití expresó que el asesinato de su egregio amigo, cuya efigie era venerada en incontables hogares de la república francoantillana, levantaba una ola de dolor y condenación [15].

Los infortunios afrontados por México en los cuatro años de la administración de Lincoln excitaron constantemente la atención y el interés de la Casa Blanca hacia lo que pasaba al otro lado del Río Grande. Absolutas eran las pruebas de respeto a la integridad territorial y a la independencia política de México dadas por Lincoln en el curso de su vida pública, mayormente en medio de los embarazos de la guerra civil de la Unión. La república de Juárez, enhiesta en medio del vendaval desatado por la intervención de la monárquica Europa, se sintió compenetrada con su vecino del Norte ante la caída del excelso conductor. Al conocerla, Juárez padeció profunda amargura: bien sabía que su parigual en afanes heroicos venía trabajando con decisión y constancia insuperables por la completa libertad de todos sus semejantes [16].

La actitud oficial de México respecto del asesinato de Lincoln se manifestó en Wáshington y en Chihuahua. En Wáshington el plenipotenciario Matías Romero fué uno de los diplomáticos que extremaron las expresiones de solidaridad con el pueblo entristecido. En Chihuahua el Gobierno evidenció el sentimiento causado en México por la muerte de quien se había mantenido lealísimo amigo de la causa de Juárez en

[15] RAYFORD W. LOGAN, *The Diplomatic Relations of the United States with Haiti. 1776-1891*, Chapel Hill, N. C., 1941, p. 314.

[16] BENITO JUÁREZ, *Miscélanea. Comunicados, respuestas, iniciativas, dictámenes, informes, brindis, etc.*, México, 1906, p. 369.

las más difíciles circunstancias: decretó que se izase a media asta el pabellón nacional en los edificios públicos y puntos militares durante un día y que las autoridades, los funcionairos y empleados civiles y los miembros de las fuerzas armadas vistiesen luto durante nueve días [17].

La América del Centro reaccionó con dolor ante el aleve atentado que cortó la existencia de Lincoln. Antonio J. de Irisarri, el Ministro de Guatemala y El Salvador en los Estados Unidos, deplorando la muerte de Lincoln, tuvo su administración por la más amistosa y benévola hacia los gobiernos por él representados [18]. En Guatemala el terrible suceso causó profunda y penosa impresión [19]. Y fué reprobado en nombre de la civilización y del progreso como reflejando unánimes sentimientos de los pueblos cultos [20]. En El Salvador se lamentó públicamente la desaparición del nuevo regenerador de los derechos humanos, uno de los primeros varones del siglo XIX, heroico sostenedor de santos principios de justicia, hijo eminentísimo de América, y se consideró natural que el dolor del universo de Colón se sintiese también en Europa, en el Mundo entero, en cuantos países albergaban corazones generosos que detestaban la opresión y la esclavitud [21].

Las relaciones del gobierno de Lincoln con el de los Estados Unidos de Colombia habían tropezado con serios obstáculos, no obstante los buenos deseos de la Casa Blanca. Al fin, la comprensión se hallaba triunfante en 1865. El presidente Manuel Murillo Toro, al recibir a Daniel E. Sickles como enviado especial de Lincoln, emitió palabras esclarecedoras. Por haber representado hacía poco a su patria en Wáshington, aquilataba con exactitud los pensamientos y sentimientos del Jefe del Ejecutivo. Y dijo a Sickles que Colombia siempre fiaba en la amistad sincera y en la política fraternal de Lincoln y que la conducta honrada y generosa del salvador de la Unión en ninguna parte encontraría más simpatías ni más franca coo-

17 [MATÍAS ROMERO], *Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la intervención extranjera. 1860-1868,* México, 1877, vol. VI., p. 198; JOSÉ M. IGLESIAS, *Revistas históricas sobre la intervención francesa en México,* México, 1869, vol. III, pp. 340-341.

18 ARCHIVO GENERAL DEL GOBIERNO, Guatemala: A. J. de Irisarri al Secretario de Estado de los Estados Unidos de América, Abril 17, 1865.

19 *Ibid.*s El Ministro de Relaciones Exteriores de Guatemala a A. J. de Irisarri, Mayo 16, 1865.

20 *La Semana,* Guatemala, Mayo 21, 1865.

21 *El Constitucional,* San Salvador, Junio 15, 1865.

peración que en Bogotá [22]. Natural fué que la muerte de Lincoln conmoviese a Colombia.

Un literato y estadista colombiano, Salvador Camacho Roldán, puso sobre el papel reflexiones y conclusiones muy expresivas, acordes con las ideas circulantes en su patria con motivo de la alevosía del teatro *Ford* de la capital de los Estados Unidos de América. La tradición pura y sin mancha de las doctrinas republicanas y de los primeros tiempos de la Unión, interrumpida en el ocaso del período del segundo Adams, se reanudaba en el mártir del 14 de abril de 1865. Los intereses que habían deslustrado a la patria de Franklin cedían el campo a los principios de justicia, igualdad y reparación. El látigo había caído de las manos del mayoral. El perro de presa no buscaba ya al esclavo fugitivo en el fondo de los manglares del Mississippi. El lazo de amor que unía los corazones de los negros no volvería a romperse con la separación forzada de los esposos y de los padres y los hijos. El nefando consorcio de los conceptos de libertad y servidumbre quedaba disuelto para siempre. Una sola voz correría desde el Atlántico hasta el Pacífico y desde los lagos del Norte hasta el Golfo de México: ¡libertad! A enorme precio se lograba tamaña transformación. La humanidad tendría que llorar todavía por muchos años los horrores de la guerra civil de los Estados Unidos de América. Pero, sobre la sangre de los peleadores, sobre los huesos de lo muertos, sobre las cenizas de la hoguera, se levantaba la figura de Abraham Lincoln como la magna víctima ofrecida por el siglo XIX en expiación del gran crimen del siglo XVI. Por encima de las lágrimas provocadas por la inmensa hecatombe aparecía la sombra de Lincoln, símbolo del perdón y de la esperanza [23].

En Panamá produjo estupor la nueva de que ya Lincoln no existía. Se temió que con esa pérdida cambiase el curso de las cosas en todo el Hemisferio Occidental, cuyo hombre más importante era él [24]. El presidente del Estado, Jil Colunje, dispuso que la bandera colombiana fuese enarbolada a media asta en el territorio de su mando durante ocho días. En compañía de los principales funcionarios del Itsmo hizo una visita de pésame al Cónsul de la Unión en Panamá. Y declaró que la

22 *La Estrella de Panamá,* Panamá, Mayo 6, 1865.

23 JORGE ROA, *Colección de grandes escritores nacionales y extranjeros,* Bogotá, 1895, vol. IX, p. 8.

24 *La Estrella de Panamá,* Panamá, Mayo 2, 1865.

muerte de Lincoln constituía una inmensa calamidad para el Mundo entero [25].

Las dificultades internas de Venezuela habían puesto a prueba la rectitud de las miras de Lincoln en relación con su doctrina de no intervención en los asuntos privativos de los gobiernos de la América latina. Políticos deseosos de consolidar sus posiciones oficiales mediante un prematuro reconocimiento internacional, se habían sentido chasqueados por la actitud de Lincoln, firme en el propósito de que las determinaciones de su gabinete no influyesen en los cambios de dirigentes de los demás pueblos. Los que se sentían agraviados por eso exhibieron su enojo al ocurrir la muerte del Presidente, cuya conducta en defensa de la integridad de la Unión juzgaron severamente. Así y todo, quienes en Caracas emitían tales críticas reconocieron que por el asesinato de Lincoln se hallaba de luto la democracia y se afligía el corazón de todo republicano honrado y previsor [26].

Por su condición de país monárquico y con esclavos, el Brasil no había podido identificarse oficialmente con las ideas interamericanas de Lincoln. En Río de Janeiro la poesía asumió función política para enaltecer a Lincoln. Versos de Félix Ferreira señalaron la grandeza del prohombre que América acababa de perder. El canto elegíaco de Ferreira fué vehículo de lo más hondo y sincero del pensamiento del Brasil acerca del emancipador epónimo [27].

El Perú y Chile se hallaban en situación muy tirante con la Unión al llegar Lincoln a la Casa Blanca. Sufrían las consecuencias de los abusos de norteamericanos que utilizaban la fuerza de su gobierno para establecer reclamaciones contra los países donde fracasaban sus empresas privadas. En el curso de los cuatro años de su administración Lincoln extinguió arraigados recelos y animosidades, inspiró confianza y acendró las relaciones de su patria con aquellas naciones. El Perú y Chile se contaban entre los pueblos que veían con alborozo la política exterior del reconstructor de los Estados Unidos.

El Presidente de la República del Perú, Juan Antonio Pezet, expuso las razones del profundo pesar que su país sentía por la muerte de Lincoln. Las altísimas cualidades que habían adornado su personalidad eran los antecedentes de la simpatía

[25] *Ibid.*, Mayo 6, 1865.

[26] *El Federalista,* Caracas, Mayo 5, 1865.

[27] FÉLIX FERREIRA, *A Mort de Lincoln. Canto Elegiaco,* Río de Janeiro, 1865.

y la admiración del Perú hacia él, que tanto dejaba hecho por la amistad fecunda entre los gobiernos de Wáshington y Lima [28]. La Municipalidad de Lima consideró que el crimen del teatro *Ford* privaba a la Unión de un rector intachable, al Mundo de un varón justo y a la libertad de un decidido campeón: Lincoln había expirado, pero viviría eternamente en el recuerdo de los hombres honrados de toda la Tierra [9]. La Sociedad de Fundadores de la Independencia del Perú declaró que Lincoln había sostenido durante cuatro años las causas más nobles y sagradas, advirtió que su caída conmovía a la América entera, promovió la celebración de honras fúnebres y dispuso que sus miembros llevasen luto por ocho días [30].

En Lima y en El Callao se repitieron las manifestaciones de la tristeza originada por la pérdida del prócer convertido en mártir de su devoción al deber. En los edificios oficiales de la capital del Perú, así como en las legaciones y los consulados extranjeros, las banderas fueron enarboladas a media asta durante tres días. En El Callao los barcos de guerra del Perú, de la Gran Bretaña y de España honraron la memoria de Lincoln disparando sus cañones e izando sus respectivos pabellones en señal de duelo [31].

Una autorizada voz, la de Buenaventura Seoane, legado del Perú cerca del emperador del Brasil, se dejó escuchar con motivo del asesinato perpetrado en Wáshington. Seoane contemplaba a Lincoln circundado por la purísima gloria proveniente de una lucha redentora llevada hasta donde su brazo había alcanzado. El dolor de su martirio, el sentimiento de su pérdida y el luto de los Estados Unidos tocaban a todas las almas cristianas, a todos los hombres libres, a todos los pueblos civilizados, de manera especial al Perú y a su gobierno, estrechamente relacionados con el pueblo y el gobierno de la Unión por voluntad y obra de Lincoln. Quienes simpatizaban con la causa del gran purificador de la dignidad humana de-

28 DEPARTMENT OF STATE, BUREAU OF ARCHIVES, Washington, D. C.: El Presidente constitucional de la República del Perú al Presidente de los Estados Unidos de América, Mayo 28, 1865.

29 *Ibid.*: El Alcalde Municipal de Lima al Ministro de los Estados Unidos de América en el Perú, Mayo 22, 1865.

30 *Ibid.*: El Presidente de la Sociedad de Fundadores de la Independencia del Perú al Ministro de los Estados Unidos de América en el Perú, Mayo 23, 1865.

31 *Ibid.*: El Ministro del Perú en el Brasil al Ministro de los Estados Unidos de América en el Brasil, Mayo 18, 1865.

ploraban su acabamiento quizá con mayor intensidad que aquella con que habían aplaudido sus triunfos [32].

La condolencia de Chile por el tránsito de Lincoln se exhibió de diversas maneras. El concepto de que todos los espíritus justos y dignos se hallaban de duelo subió desde la intimidad de los hogares hasta la esfera oficial y la pública. Lejos de allí se había producido un suceso aciago, pero sus consecuencias se percibían como si tan tremenda desventura hubiese ocurido en la tierra propia. La víctima ilustre había hecho siembras de fe y esperanza sobre dilatadísima parte del Mundo.

Las madres chilenas enseñaban a la generación naciente a bendecir a Abraham Lincoln, tenido por el más preclaro de los redentores que los siglos habían visto después de Jesús. Por efecto de su sacrificio, su memoria era santa y gloriosa [33]. Cuando a Chile llegó la dolorosa nueva de su martirio, incomprensible para quienes creían en la fuerza del amor al prójimo, abundantes lágrimas corrieron por las mejillas de gente sencilla y honrada y muchos semblantes pálidos y acongojados evidenciaron cuán sincera y tierna era la devoción por este amigo del hombre [34].

El gobierno de Chile interpretó el dolor público causado por la sangrienta inmolación de quien había posibilitado la conservación de los Estados Unidos. Tuvo este acontecimiento por el más notable de la época que corría. Subrayó que en semejante resultado no había influído menos la buena fe y la admirable probidad de Lincoln que la fuerza de sus armas [35].

Con opiniones del Presidente de la República de Chile coincidieron las de Benjamín Vicuña Mackenna, entusiasta apreciador de los esfuerzos del estadista norteamericano enderezados a incrementar la solidaridad hemisférica. Vicuña Mackenna promovió en la Cámara de Diputados, de la que era miembro, la adopción de acuerdos destinados a honrar la memoria de Lincoln. Y expuso las razones de su iniciativa parlamentaria. La obra del Presidente había culminado en la libertad y vida civil de cuatro millones de seres humanos. La conclusión de la guerra y la reconstrucción de los Estados Unidos

[32] *Ibid.*: Buenaventura Seoane a James Watson Webb, Mayo 18, 1865.

[33] B. VICUÑA MACKENNA, *Diez meses de misión a los Estados Unidos de Norte América como ajente confidencial de Chile,* Santiago, 1867, vol. I, p. 277.

[34] *Ibid.*, vol. II, apéndice, p. 24.

[35] BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA, *Discursos Parlamentarios,* Universisidad de Chile, 1939, vol. I, pp. 733-734.

eran sucesos de extraordinaria importancia para la seguridad y el porvenir de las repúblicas latinoameriacnas. Las consecuencias de la contienda entre el Norte y el Sur, que acababa de poner fin a una inicua calamidad, determinaban un voto de profunda gratitud de todo buen ciudadano a la Divina Providencia. A estas consideraciones de carácter universal se añadía una privativa de Chile. La Nación recordaba que la política justiciera y reparadora de Lincoln había allanado todas las dificultades pendientes desde hacía muchos años entre Wáshington y Santiago, sustituyéndolas con simpatía y amistad cordialísimas. Vicuña Mackenna propuso que el retrato de Lincoln fuese colocado en la sala de recepciones del Ministerio de Relaciones Exteriores en homenaje a la grandeza y al sacrificio del inmolado primer magistrado y que su proyecto de ley se comunicase al Senado y a la Cámara de Representantes de los Estados Unidos como expresión de los sentimientos del Congreso de Chile [36].

De la capacidad productiva de Vicuña Mackenna salió un elogio de Lincoln, escrito desde el punto de vista sudamericano. El autor se explayó en exaltaciones y conclusiones políticas y sociales. El mundo de Colón gemía bajo el pesar por la muerte de un hombre honrado. El pueblo norteamericano conocía toda una era desde la misión iniciadora de George Wáshington hasta la misión culminante de Abraham Lincoln. El colono y el esclavo fueron los dos extremos de la transformación espiritual de la democracia moderna. Wáshington cambió el colono en ciudadano, y murió grande, casi santificado, para ser aclamado por las edades. Lincoln elevó el esclavo a hombre, y cayó como un mártir, con la Tierra entera por sepulcro. Entre la política de Monroe y la de Lincoln observó Vicuña Mackenna notables diferencias. La política de Monroe fué una expansión enérgica de los Estados Unidos dentro de la órbita americana: una amenaza a Europa. La política de Lincoln fué la expansión de la concepción ecuménica de la vida sobre la superficie terráquea: una lección al Universo. La doctrina de Lincoln, consagrada con la sangre de su autor, entrañaba una advertencia para todas las épocas, llamadas a convertirla en la religión de los amadores de la justicia [37].

[36] *Ibid.*, pp. 732-734.

[37] DANIEL J. HUNTER, *A Sketch of Chili,* New York, 1866, pp. 94-96, 105.

Espartaco feliz llamó Domingo F. Sarmiento a Lincoln en momentos en que se dirigía hacia los Estados Unidos como Ministro de la Argentina en Wáshington. Este hombre público del Sur, eminente por sus servicios a la cultura y a la libertad, llegó a la Unión cuando se hallaban frescas aún las emociones suscitadas por el asesinato del Presidente. La designación recaída en Sarmiento bajo la administración de Bartolomé Mitre, otro de los constructores de la Nación Argentina, daba la medida de la importancia que la patria de San Martín y Rivadavia reconocía a la política de Lincoln, magnífica escuela para todos los americanos cautivados por el arte y la ciencia de gobernar.

La Argentina manifestó oficialmente su aflicción por la muerte de Lincoln. Una ley de la República dispuso que el pueblo llevase luto por el aciago suceso. La provincia de Buenos Aires se sumó al homenaje acordado por la Nación: puso el nombre de Lincoln a una nueva población [38].

La opinión pública tuvo en la Argentina expresiones elocuentes con motivo de la caída de Lincoln. El espíritu del mártir era ya un santuario para la Unión, centro de la libertad. El defensor del pacto federal y emancipador de los esclavos había sido profeta en su tierra. La justicia humana había recobrado fuerza y lustre por voluntad y obra de quien simbolizaba la gran causa del siglo XIX. Abraham Lincoln gozaba de la inmortalidad de la Historia [39].

La oratoria y la poesía rivalizaron en Buenos Aires para exaltar la memoria del prócer recién inmolado. Héctor Varela habló el lenguaje de los hombres libres para señalar la grandeza de un apóstol de la común doctrina. Juana Manzo dedicó en verso un tributo a Lincoln, negador de todo pacto entre el derecho y la ambición [40].

En la admiración de Sarmiento a los grandes hombres descollaron Abraham Lincoln y Horace Mann, a quienes tuvo por sus dioses familiares. Y el estadista que hubo en Sarmiento compuso y publicó una biografía de Lincoln, nudo de las afinidades que el autor de *Facundo* vió entre la América anglosajona y la América latina. En la vida de Lincoln podía la

[38] D. F. SARMIENTO, *Obras*, Buenos Aires, 1899, vol. XXX, p. 79.
[39] *Nación Argentina*, Buenos Aires, Mayo 28, 1865.
[40] D. F. SARMIENTO, *Vida de Abran Lincoln*, Nueva York, 1866, pp. 307-308.

Argentina aprender lecciones utilísimas. Este maestro de buen gobierno republicano dejaba enseñanzas que la América del Sur no debía desoír. En la difícil situación que afrontó desde la Casa Blanca, con su existencia tan expuesta como la del soldado en el campo de batalla, no transigió, no exhibió disculpas, no flaqueó, no trepidó, no retrocedió nunca: siguió su camino con imperturbabilidad no menos rara que la confianza que inspiraba. Otros podían dudar. Lincoln no dudó jamás. Previó el fin adonde él y la Nación habían de llegar. Su misión consistía en salvar a la Unión, y la Unión fué salvada. Sarmiento estaba seguro de que el mejor homenaje de la América latina a la memoria de Lincoln consistía en seguir los pasos del excelso reformador. Su nombre había llegado al Sur del Hemisferio Occidental entreverado con las narraciones de los acontecimientos sorprendentes de una guerra gigantesca. Su obra era patrimonio de todos los pueblos libres o aspirantes a ser libres [41].

8

En las naciones libres de la América latina, mayormente las de regimen republicano de gobierno, era natural que se multiplicasen las expresiones de congoja por el fin terrenal de Lincoln. No pudo sorprender que las imprentas trabajasen para difundir tales sentimientos. En realidad, nunca se había producido un concierto de opiniones tan significativo como el debido a los periódicos de toda América en torno a la muerte de Lincoln. Algo de mayor importancia ocurrió: una de las colonias que a Europa quedaban en el Nuevo Mundo, la isla de Cuba, adoptó una actitud francamente lincolniana, no menos fervorosa que la de los pueblos independientes que demostraban honda pesadumbre por una desgracia que tenía dimensiones hemisféricas.

El caso de Cuba era especial. Sobre encontrarse situada muy cerca de los Estados Unidos, esta Antilla, con su condición de colonia de España, conservaba la institución de la esclavitud, que sus explotadores consideraban inseparables del bienestar económico de la isla. Frente a semejante parecer, y en armonía con su vecindad a la Unión, Cuba tenía hombres que en las ideas y en los hechos prohijados por Lincoln veían una

[41] *Ibid.*, pp. XIII, XLVI-XLVIII, 300.

magnífica coyuntura para precipitar el adelanto de fundamentales valores e intereses colectivos.

La opinión de los habitantes de Cuba no podía dejar de hallarse dividida frente a los sucesos que sacudían a la Unión. Los procuradores del régimen colonial solían hablar con reticencia de todo lo que concernía a los Estados Unidos, puesto que no se resignaban a admitir la supervivencia del pacto federal. Los abanderados del progreso de la Isla no ocultaban su predilección por la causa del Norte. La alevosa caída de Lincoln puso a prueba el temple de ambos bandos.

Los periódicos de La Habana partidarios del absolutismo colonial deploraron la muerte de Lincoln. Uno de ellos dijo que daba con dolor profundo la noticia del asesinato del estadista que había logrado dominar una situación dificilísima y recordó que su director, Juan Pérez Calvo, había tenido ocasión de conocer personalmente al Presidente y de apreciar sus excepcionales virtudes públicas y privadas [42]. Otro diario expresó que el infausto suceso frustraba la única oportunidad de salvación de que disponían los Estados Unidos: tan grande era el influjo que atribuía al hombre del pueblo que gobernaba en beneficio del propio pueblo [43]. A la actitud de los periódicos españoles se sumó la del Capitán General, Domingo Dulce, quien expresó su condolencia en una carta exenta de malas pasiones. Los peninsulares intransigentes que residían en Cuba no ocultaron su desazón por tales manifestaciones de solidaridad sentimental [44].

El conde de Pozos Dulces, por medio de *El Siglo,* el periódico que él dirigía en La Habana, interpretó el sentir de los cubanos cuando reflexionó alrededor del trágico acabamiento de Lincoln. De cuantos crímenes políticos recordaba la Historia, a juicio de Pozos Dulces, ninguno había sido más odioso ni había estado más preñado de destrucción y muerte para el pensamiento que hubiese podido inspirarlo que el perpetrado en la persona del Presidente. Algunas de sus circunstancias eran señaladísimas: la época escogida para consumar la alevosía, el propósito de herir en lo mejor de su estructura el frondoso árbol que tan dilatadas y fuertes raíces había echado en el territorio de la Unión y la condición de elegido por sufragio popular inherente al encumbrado ma-

42 *Prensa de la Habana,* La Habana, Abril 22, 1865.

43 *Diario de la Marina,* La Habana, Abril 23, 1865.

44 M. MÁRQUEZ STERLING, *Proceso Histórico de la Enmienda Platt,* La Habana, 1937, vol. I, p. 434.

gistrado. Lincoln había partido llevando en su frente la corona del martirio por Dios reservada en sus inescrutables designios para los apóstoles de las grandes causas [45]. Las palabras de *El Siglo* pautaron las manifestaciones del luto de Lincoln en Cuba.

El luto de Lincoln fué uno de los acontecimientos notables de Cuba en 1865. Desde antes del desplome material del coloso en muchas mansiones de la Isla, en casi todas las que albergaban a varones altruístas, filantrópicos, humanitarios y progresistas, le efigie del emancipador era un símbolo, una bandera, un medio de expresar aspiraciones hondamente sentidas en una colonia oprimida y en una tierra de esclavitud. Luego, al conocerse el cruento suceso del teatro *Ford* de la ciudad de Wáshington, hombres y mujeres usaron, cada uno de ellos en el reloj y cada una de ellas en el talle, cintas negras con el águila de la Unión y el retrato del mártir. A esto se llamó en La Habana, con toda propiedad, el luto de Lincoln [46].

El duelo cubano por el asesinato de Lincoln se adentró en los más tiernos corazones. La tristeza de los criollos ilustrados y acomodados y la aflicción de los negros que tanto habían anhelado el avance de Lincoln durante la guerra civil, por considerarlo su mejor esperanza, llevaron a las mentes infantiles la noción de que alguna desgracia terrible afligía al Mundo. Un niño, de doce años de edad, nacido en La Habana, tembló y lloró al saber la muerte de Lincoln, sin conocerlo, sin conocer ni un ápice de su vida. Este niño se llamaba José Martí [47].

En Cuba hubo quien dió modalidad útil y ejemplar a la compenetración de los espíritus liberales y generosos con los esfuerzos redentores de Lincoln: un culto hecho cuasi sagrado tras su cruento sacrificio. El popular y competente médico Juan Bruno Zayas Jiménez, en memoria de Lincoln, pagó la libertad de los niños nacidos esclavos en la Isla el 4 de julio de 1865 [48]. El noble doctor ofició de manera tan singular en el altar que para él y sus compatriotas era el recuerdo de la

45 *El Siglo,* La Habana, Abril 23, 1865.

46 ALFREDO ZAYAS Y ALFONSO, *Discursos y Conferencias,* La Habana, 1942, vol. I, p. 174.

47 FÉLIX LIZASO, *Epistolario de José Martí,* La Habana, 1930, vol. II, p. 26.

48 ALFREDO ZAYAS Y ALFONSO, *Discursos y Conferencias,* La Habana, 1942, vol. I, p. 174.

vida, pasión y muerte de aquel que había sacado de oprobiosa servidumbre a millones de seres humanos.

La poesía civil de Cuba se exhibió gallardamente en torno al nombre de Lincoln cuando él acababa de dejar al Mundo. Isaac Carrillo y O'Farrill, Luis Victoriano Betancourt, Juan Clemente Zenea y Alfredo Torroella pulsaron sus liras en los días en que La Habana lloraba la enorme desgracia [49]. Saturnino Martínez, español por nacimiento y artesano aficionado al cultivo de las letras, exaltó al patriarca de América, caído cuando muerto estaba el Señor del Cristianismo, y subrayó que el llanto vertido no humedecía el polvo de su sepulcro, sino el árbol gigante que su mano había plantado [50]. Miguel Jerónimo Gutiérrez recogió en un soneto los ecos de dispersos gemidos [51]. Los bardos cubanos que dieron salida a su vena elegíaca en torno a Lincoln ardían en ansias de admirar en su patria el suave imperio de las libertades políticas y humanas que el prócer inmolado dejaba solidadas en su gran país. Luis Victoriano Betancourt, cuando mencionó el dolor sin límites del Sur al Septentrión y del Este al Ocaso del mundo americano, sintetizó las ideas de cuantos en Cuba lamentaban la pérdida del lidiador de alma pura, amparo y sostén de esenciales valores ecuménicos.

Cuba quedó conmovida por la guerra civil de la vecina nación y por el despiadado óbito de Abraham Lincoln. Aunque sin tendencias revolucionarias ni conatos de expediciones guerreras, la Isla estaba excitada y como en espera de algo que nadie era capaz de expresar con exactitud. Se aceptaba la probabilidad de la abolición de la esclavitud sin el terror que hasta hacía poco inspiraba la sola mención de tal fenómeno. Dos cosas iban entreviendo los criollos: la cercanía de un horizonte despejado y el fin de la edad que corría [52]. Estas mudanzas en las ideas y en los hechos cubanos eran efecto del pensamiento y de la acción de Lincoln, que continuaba trabajando por el ascenso del Mundo.

49 *El Siglo,* La Habana, Abril 27, 30, 1865; Mayo 7, 1865.

50 *La Aurora,* La Habana, Noviembre 26, 1865.

51 *La Epoca,* Villaclara, Enero 1º, 1866.

52 JOSÉ ANTONIO FERNÁNDEZ DE CASTRO, *Medio siglo de historia colonial de Cuba,* La Habana, 1923, p. 329.

9

A raíz de la partida sin regreso de Lincoln, al examinar el alcance de su obra, Charles Sumner advirtió que todo esclavo, en Cuba, en Puerto Rico, en el Brasil o en cualquier otra parte, sentía ya los efectos de la proclama emancipadora expedida en lo más arduo de la guerra civil de los Estados Unidos [53]. En el fondo del pensamiento de Lincoln latía esa esperanza. Nunca pretendió él forzar la voluntad de otros pueblos para ajustarla a la del suyo. Pero siempre tuvo por seguro que sus anhelos de bien y justicia no eran patrimonio exclusivo de su patria.

En una tarea progresiva, yendo de lo menos a lo más, los principios y las actividades de Lincoln influyeron en el movimiento ascensional de América, de toda América, así de la latina como de la anglosajona. Ningún otro hombre apareció en la Historia con mayores ansias que las que él tuvo habitual y constitucionalmente para hacer por los demás lo que hubiese deseado que los demás hiciesen por él [54]. Lo que él quiso para su país lo quiso para el resto del Mundo. La parte del Mundo cercana al teatro de sus afanes, el resto de América, percibió claramente el sentido de sus ideales y aspiraciones. Los hombres meditadores y creadores comprendieron que la América por Lincoln concebida debía ser la comprendida entre los mares de Bering y los canales de la Tierra del Fuego: América una, y libre, y fundadora [55].

Lejos de América, como en América, había injusticias que demandaban reparación. Hasta allá, hasta las regiones de toda la redondez de la Tierra donde no se daba a cada quien lo suyo, llegaban las potencias del espíritu de Lincoln. El tiempo y el espacio ilimitados eran su ámbito natural. Su lenguaje no alcanzaba la grandilocuencia sino cuando él tendía la vista hacia el porvenir a la vez que abrazaba con ella a la humanidad entera [56]. La humanidad entera, y no Amé-

[53] CHARLES SUMNER, *Abraham Lincoln and the Promises of the Declaration of Independence* in JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln, Lincoln* Memorial University, vol. IX, p. L.

[54] CARL SANDBURG, *Abraham Lincoln. The War Years,* New York 1943, vol. IV, p. 381.

[55] ALBERTO REMBAO, *Vidas Paralelas de Lincoln y Juárez* en *La Nueva Democracia,* Nueva York, Enero, 1943.

[56] D. F. SARMIENTO, *Vida de Abran Lincoln,* Nueva York, 1866, p. 301.

rica sola, vestía luto y se inclinaba ante el polvo del mártir [57].

En prosa y verso, en libros y teatros, en caracteres latinos, griegos, rusos y japoneses, en lenguas germana, española, francesa, hawaíana, neerlandesa, inglesa, italiana, japonesa, portuguesa y rusa, en Berlín, Leipzig, Viena, La Habana, Buenos Aires, París, Honolulú, Amsterdam, Utrecht, Londres, Toronto, Florencia, Tokío, Río de Janeiro y Moscú, fueron exaltadas la vida y la obra de Lincoln [58]. Sus biografías formaron parte de la técnica revolucionaria en países tiranizados. Los escritores narraron a los pueblos sojuzgados todo lo referente al labriego que había llegado a ser primer magistrado, al desconocedor del odio, al amigo del hombre [59]. Una escuela nueva se difundía por toda la Tierra: la escuela donde se aprendía, aprendiéndolo de los méritos y virtudes de Abraham Lincoln, el inmenso poder del amor para construir y elevar aun en medio de fragorosa pelea.

En lo más sano de su cerebro y en lo más puro de su corazón llevaba Lincoln la certidumbre de que la Declaración de Independencia era fuente de sus sentimientos políticos. Desde el XVIII de los siglos cristianos la Declaración de Independencia exaltaba la libertad. Pero el gran principio comprendido en el celebérrimo manuscrito de Thomas Jefferson no podía quedar limitado al ámbito de los Estados Unidos. Abraham Lincoln creía firmemente que la libertad proclamada en la Declaración de Independencia era un atributo de la dignidad humana que llegaría a extenderse por todo el Mundo.

La vida, la pasión y la muerte de Lincoln fueron sucesos desarrollados bajo el influjo de la doctrina que adquirió expresión trascendente en Gettysburg y elevación insólita en el discurso inaugural de su segundo período presidencial. El gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo fué por él definido para beneficio y decoro de la Tierra. Sin malicia para nadie, con caridad para todos, habló quien trabajaba

[57] *Ibid.*, p. 307.

[58] DANIEL FISH, *Lincoln Bibliography* in JOHN G. NICOLAY AND JOHN HAY, *Complete Works of Abraham Lincoln,* Lincoln Memorial University, vol. XI, pp. 135-380; JAY MONAGHAN, *Lincoln Bibliography, 1839-1939,* Springfield, 1945, vol. II, pp. 411-422. (*Collections of the Illinois State Historical Library.*)

[59] JAY MONAGHAN, *Diplomat in Carpet Slippers. Abraham Lincoln deal with Foreign Affairs,* Indianápolis-New York, 1945, p. 433.

por el advenimiento de una paz justa y duradera entre los hombres y entre las naciones, apoyada en tres grandes libertades: la libertad espiritual, la libertad social y la libertad política. Por haberse consagrado al servicio de estos sublimes conceptos, hasta abreviar por ellos su jornada temporal, su entrada en las edades produjo universal conmoción y aseguró el predominio de ideas y creaciones redentoras.

ÍNDICE ALFABÉTICO

OBRAS DEL AUTOR

Tranquilino Sandalio de Noda. La Habana, 1910.
Cirilo Villaverde. La Habana, 1911.
José Victoriano Betancourt. La Habana, 1912.
El Ferrocarril a los Remates de Guane. La Habana, 1913.
Ramón Lazo. La Habana, 1914.
El Municipio de Ramón Lazo. La Habana, 1914.
Gonzalo de Quesada. Pinar del Río, 1915.
Los Arroyos de Mantua, puerto habilitado para el tráfico marítimo. La Habana, 1915.
Próceres Occidentales. La Habana, 1915.
Una heroína cubana. Pinar del Río, 1918.
Ensayo histórico de Pinar del Río. Pinar del Río, 1919.
Guáimaro. (En colaboración con Néstor Carbonell). La Habana, 1919.
Carlos Manuel de Céspedes. (En colaboración con Néstor Carbonell). La Habana, 1919.
El Ayuntamiento de La Habana. (En colaboración con Néstor Carbonell). La Habana, 1919.
Historia de Mantua (Pinar del Río). La Habana, 1923.
Vuelta Abajo en la independencia de Cuba, (Discurso leído en la Academia de la Historia de Cuba). La Habana, 1923.
Pinar del Río. Informe acerca del proyectado cambio de nombre de la provincia de Pinar del Río por el de Occidente. La Habana, 1925.
Cuba en 1826. (Discurso leído en la Academia de la Historia de Cuba). La Habana, 1926.
Manifiesto a los profesionales de La Habana. La Habana, 1926.
Leandro González Alcorta. La Habana, 1926.
Del pasado glorioso. La Habana, 1927.
Huellas de Gloria. La Habana, 1928.
Libro conmemorativo de la inauguración de la plaza del Maine en La Habana. La Habana, 1928.
Actas de las Asambleas de Representantes y del Consejo de Gobierno durante la Guerra de la Independencia. (Recopilación e introducción en colaboración con Joaquín Llaverías). La Habana, 1928-1933. 6 ts. (Academia de la Historia de Cuba).
José Manuel Mestre. (Discurso leído en la Academia de la Historia de Cuba). La Habana, 1929.
Eloy Alfaro y Cuba. La Habana, 1929.

González Alcorta y la libertad de Cuba. (Discurso leído en la Academía de la Historia de Cuba). La Habana, 1929.
Los Presidentes de Cuba Libre. La Habana, 1930.
Bartolomé Masó. (Discurso leído en la Academia de la Historia de Cuba). La Habana, 1930.
John A. Rawlins. (Discurso leído en la Academia de la Historia de Cuba). La Habana, 1931.
Prim, el caudillo estadista. Madrid, 1933.
Víctor Hugo y Cuba. La Habana, 1933.
Vida Constitucional de Cuba. La Habana, 1933.
Bolívar y Martí. La Habana, 1934.
Bolívar y las Antillas hispanas. Madrid, 1935.
Eloy Alfaro. (Translation of *Eloy Alfaro y Cuba*). [Washington, D. C.], 1935.
El Presidente Polk y Cuba. La Habana, 1936.
Dos creadores: Mazzini y Martí. La Habana, 1936.
Gómez el Máximo. (Discurso leído en la Academia de la Historia de Cuba). La Habana, 1936.
Remember the "Maine". La Habana, 1937.
Escovedo, el ciego que vió claro. La Habana, 1937.
El espíritu francés y la nación cubana. La Habana, 1937.
Genio y Acción: Sarmiento y Martí. La Habana, 1938.
Historia de Cuba. La Habana, 1939. Vol. I.
Bases para el reordenamiento institucional de la República de Cuba. La Habana, 1939.
México y España, 1861-1862. México, 1939.
Sarmiento y sus amigos cubanos. La Habana, 1940.
Maceo. La Habana, 1940.
Anacleto Bermúdez, abogado de los pobres. La Habana, 1940.
Presencia de Martí. La Habana, 1941.
Unidad histórica de la independencia hispanoamericana. Buenos Aires, 1941.
Vida de Alfaro. La Habana, 1942.
El Señor Valdés. La Habana, 1942.
Reforma y Revolución en Cuba. La Habana, 1942.
Mañach y la Nación. La Habana, 1943.
Vidas Paralelas: Ecuador y Cuba. La Habana, 1943.
El estudio de los problemas de la postguerra. (En folleto *Dos Discursos,* con el titulado *Nuestra República y su personalidad internacional,* por el Dr. Cosme de la Torriente). La Habana, 1943.
Política de Martí. La Habana, 1943.
Raíz y Altura de Antonio Maceo. La Habana, 1943.
Historia de Cuba. La Habana, 1943. Vol. II.
Martí, legislador. Buenos Aires, 1944.
Cosme de la Torriente, estadista. La Habana, 1944.
La bandera de Narciso López en el Senado de Cuba. La Habana, 1945.
Luis de las Casas, un gobernante creador. La Habana, 1945.
Un día como hoy. 366 fechas en la historia de Cuba. La Habana, 1946.
Pinar del Río. México 1946.

ÍNDICE

ACABOSE DE IMPRIMIR
EL DIA 15 DE JULIO DE 1948
EN LOS TALLERES GRAFICOS
AMERICALEE
TUCUMAN 353, BUENOS AIRES

PRINTED IN ARGENTINA

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723
Copyright by Editorial Américalee - Buenos Aires



Mui

350



BIBLIOTECA
DE CULTURA SOCIAL

TEATRO ARGENTINO, por
Alberto Ghiraldo, (2 tomos) $ 14.—

LAS NACIONALIDADES, por
F. Pi y Margall . . . . . . ,, 6.50

DE LA CRISIS ECONOMICA
A LA GUERRA MUNDIAL,
por Henri Claude . . . . ,, 6.—

EL SISTEMA COOPERATIVO, por James P. Warbasse ,, 6.—

¿QUE ES LA PROPIEDAD?,
por Pedro J. Proudhon . . ,, 6.50

CONFESIONES DE UN REVOLUCIONARIO, por Pedro
J. Proudhon . . . . ,, 6.50

HORAS DE LUCHA, por Manuel González Prada . . . ,, 5.50

INCITACION AL SOCIALISMO, por Gustavo Landauer ,, 6,50

GENESIS, ESENCIA Y FUNDAMENTOS DEL SOCIALISMO, por Emilio Frugoni
(2 tomos) . . . . ,, 14.—

EDITORIAL AMERICALEE
Tucumán 353 - Buenos Aires

